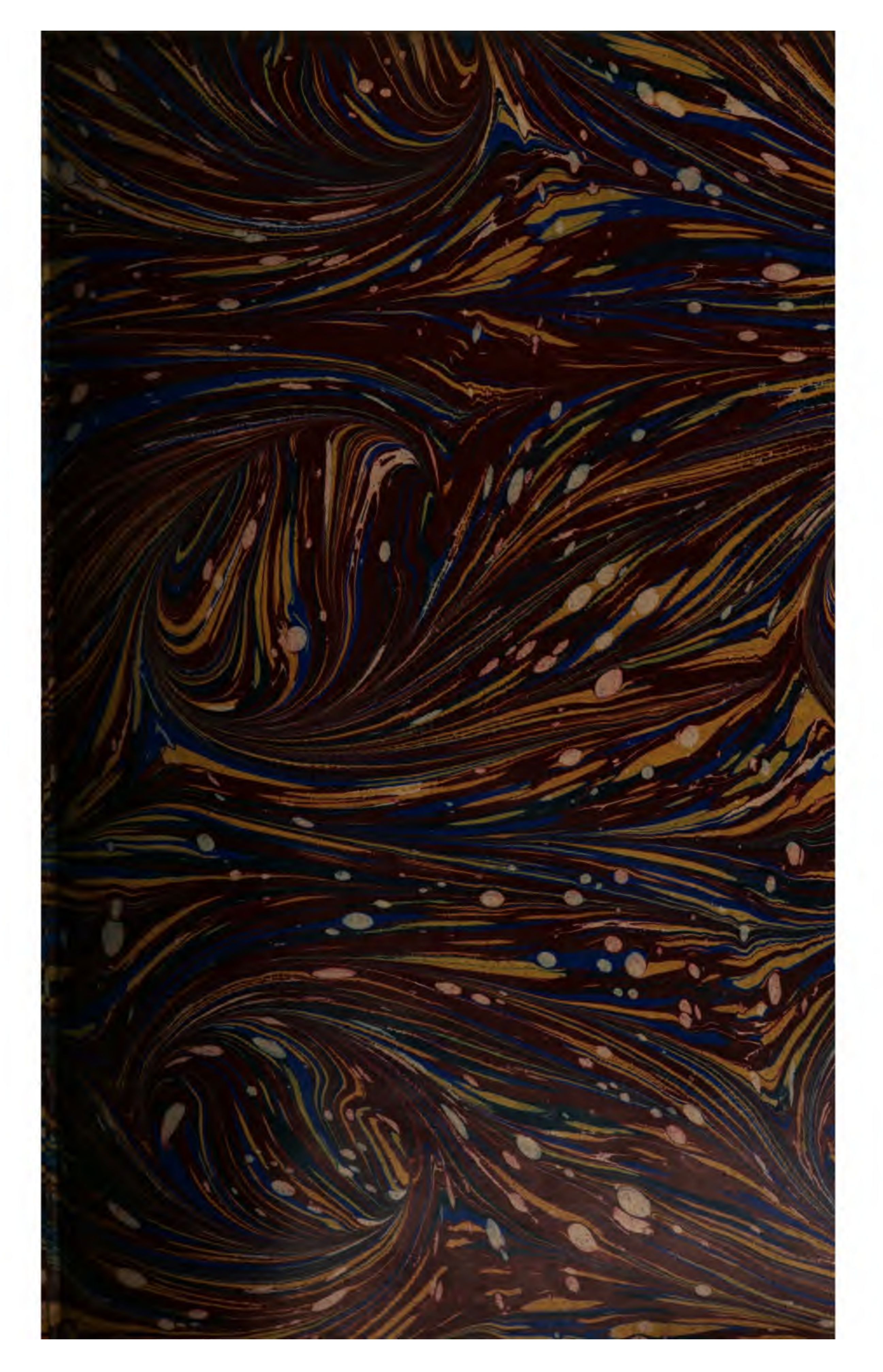

~~262 h 2~~
LSR 21 a 8
DOMI NUS ILLU MINA TIO MEA
Taylor Institution.



CRÓNICA UNIVERSAL

DEL

PRINCIPADO DE CATALUÑA,

TOMO II.

Barcelona: febrero de 1831.

CRÓNICA UNIVERSAL
DEL
PRINCIPADO DE CATALUÑA,

ESCRITA

A PRINCIPIOS DEL SIGLO XVII

POR GERÓNIMO PUJADES,

DOCTOR EN DERECHOS, NATURAL DE BARCELONA, Y CATEDRÁTICO DE SU UNIVERSIDAD LITERARIA.

PRIMERA PARTE.

TOMO II

Que contiene los sucesos desde la venida á Cataluña de Publio Cornelio Scipion en el año 213 ántes de Cristo, hasta la muerte de Tito Emperador Romano en el año 83 de la Era Cristiana.



BARCELONA:

Con Real licencia.

IMPRENTA DE JOSÉ TORNER,

CALLE DE CAPELLANS.

AÑO DE 1831.

PRIMERA PARTE

DE LA CRÓNICA UNIVERSAL

DEL

PRINCIPADO DE CATALUÑA.

POR EL

Dr. GERÓNIMO PUJADES.

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO XII.

De la venida á Cataluña de Publio Cornelio Scipion; y de la órden que trajo á su hermano Gneo Scipion.

1 Pasados algunos meses del año siguiente, que segun Florian, Viladamor, Fr. Juan Pineda y Garibay, era el de doscientos y trece ántes de la venida del Salvador: escriben los mismos autores, y con ellos Medina, Pedro Antonio Beuter, Micer Luis Pons de Icart, y el Obispo de Gerona, que hallándose Scipion con sus soldados y amigos en Tarragona muy contentos, gozando con el descanso el fruto de las pasadas victorias, y celebrando las que, segun avisos, lograban los Celtíberos contra Hasdrúbal y sus confederados; se les aumentó el contento cuando descubrieron de léjos treinta naves largas, segun Livio, que parecian tomar el rumbo hácia Tarragona. Las cuales, aunque al principio causaron alguna alteracion, y recelo de enemigos: no obstante bien descubiertas despues y conocido por su manera de navegar que eran romanas, cesó el temor y creció el contento; mayormente cuando desembarcando algunos de las naves menores que venian delante de la flota, dieron la noticia de que en ella venia por capitan Publio Cornelio Scipion, hermano de Gneo: aquel de quien dijimos en el cap. 29 del lib. 2º que era cónsul en la ciudad de Roma cuando Anibal

Año 213 ántes de Crist.

Fl. l. 5. c. 15. Vilad. c. 26. Pin. lib. 8. cap. 14. §. 2. Medin. p. 1 cap. 42. Beut. l. 1. c. 16. Icart, c. 17. Ob. de Ger. l. 5. c. Publi. Scip. in Hist. venit.

pasó contra Italia; y que traía unas compañías de soldados romanos que componian ocho mil hombres, con muchos víveres, y razonables socorros de municiones y vestuarios. Arribadas las naves al puerto de Tarragona segun el Obispo de Gerona y Mariana, ó al de Salou segun otros, desembarcó felizmente Publio Cornelio Scipion, y fué recibido con mucha alegría asi de los de Tarragona como de los demas pueblos vecinos, que habian acudido á la fama de la venida de estas naves.

2 Reposó Publio algunos dias, y despues entregó á su hermano las órdenes que traía del Senado, las cuales consistian, segun dice Livio, en que el Senado habia prorrogado en el empleo de cónsul á Publio Cornelio, y mandádole venir á juntarse con su hermano para proseguir la guerra contra los cartagineses. Y le rogaba el Senado á Gneo Scipion que no se moviese de España, y que prosiguiese la conquista en compañia de su hermano, porque así convenia á la república. Añadiéndole, que el Senado le habia quitado el cuidado de casar su hija, pues se la habia adoptado, prohijado, y casádola con un caballero de ilustre linage, ciudadano romano. Habla de este casamiento Estéban Forcátulo; y Florian y Viladamor escriben el dote que se le dió, y otras cosas que omito referir, porque es fuera de mi intento. Gneo Scipion obedeció gustoso las órdenes del Senado, quedándose en España acompañado de su nuevo socio y hermano Publio Cornelio Scipion; como lo verémos en el capítulo siguiente.

Liv., Dec. 3. l. 2. c. 8.

CAPÍTULO XIII.

Como los hermanos Scipiones destruyeron la ciudad nombrada Cartago vieja, y la pusieron por nombre Villafranca. Y como destruyeron tambien á Rubricata.

1 Ya dejo escrito en el capítulo diez y ocho del segundo libro que nuestro Obispo de Gerona, en su *Paralipómenon* de España, dijo que Cartago vieja era la que hoy se llama Villafranca de Panadés; y que la fundó Hamilcar Barcino. Prosiguiendo el mismo autor, dice que el primer hecho que emprendieron los dos hermanos Scipiones, fué el destruir la ciudad de Cartago vieja; y que á este fin enviaron á un caballero romano, recien venido con Publio, que se llamaba Marco Tito Sempronio. Adoptaron este pensamiento, para atemorizar á los cartagineses, y vengar la ruina de Sagunto. Marco Tito Sempronio con la tropa y máquinas correspondientes, llegado delante de Cartago vieja, comenzó luego las

Obisp. de Ger. l. de cit. Hist. c. de Urb. quæ quondam; y lib. 3. c. de loc. à Carthagi.

operaciones, y en pocos dias la asoló enteramente; de modo que la mas alta piedra se igualó con el suelo, y la mas baja se igualó con la superior, saliendo á ver el sol en su emisferio. Ha sido tan breve el citado autor en la narracion de este hecho memorable, que aunque podemos persuadirnos que pasarían algunas cosas dignas de haberlas escrito, no lo hizo así.

2 Arruinada y destruída Cartago vieja, comenzaron despues algunos romanos y cosetanos á reedificarla. Pero no quisieron los Scipiones que se le continuara el mismo nombre, porque parece que no solo aborrecian las cosas de Cartago, sino tambien hasta los nombres y sus memorias. Volvióse á reedificar y á poblar; y como para atraer habitantes, se les concedieron algunas inmunidades, privilegios, franquicias, y exenciones, por esta razon comenzaron á nombrarla *Villafranca*, como en el dia se llama. Empero en memoria de la ciudad asolada, cuyo nombre no pudo borrarse tan pronto del entendimiento de los hombres, la provincia, marca ó territorio conservó y mantuvo el nombre de la tierra, ó bien llamándola provincia *pœnitentium*, que quiere decir de los *penitentes ó condenados á pena*, porque continuaron los romanos el mismo ejercicio que habian tenido los cartagineses, como lo dije en el libro segundo, capítulo diez y ocho; ó bien llamándola Villafranca *pœnorum*, que quiere decir de los *cartagineses*, los cuales se nombran en latin *pœnos*, como lo advierte S. Antonino de Florencia en su *Historial*. Y por eso S. Ant. tit. 4. cap. 5. §. 14.
escribe el mismo Obispo de Gerona que en el dia, corrompido algo el vocablo, decimos *Villafranca del Panadés*.

3 Sin hacer mencion de esta restauracion de Villafranca, ni del motivo de su nuevo nombre, habla de su destruccion Micer Luis Pons de Icart. Y añade que con la asolacion y Icart, c. 15.
ruina de Cartago vieja, se ennobleció, hermoseó y creció Barcelona. Lo que yo me persuado habrémos de entender en estos términos: que muchos de los que habian vivido en Cartago vieja, no quisieron ó no pudieron habitar mas en ella, ni volver á su nueva poblacion; y se vinieron, y quedaron avecindados en Barcelona, que tambien era entónces estimada de los Scipiones: quienes en aquellos tiempos, y poco despues, la ennoblecieron, como presto lo diré.

4 Aumentóse tambien por aquellos tiempos la ciudad de Barcelona con la ruina y destruccion de otra ciudad que se nombraba *Rubricata*; la cual poseyeron los cartagineses en Cataluña, ademas de la ciudad de Cartago vieja segun escribe el Obispo de Gerona; quien dice que estaba situada cerca del rio *Rubricato* (hoy Llobregat), inmediata al sitio por donde

entra el rio en el mar, hácia la parte occidental; añadiendo que se nombraba *Rubricata* por causa del dicho rio, tomando de él su nombre; y que el rio le habia tomado de la gente de aquel territorio que tambien se llamaba *Rubricata*, y fué venida de África en tiempo que los cartagineses tenian señorío en esta parte de Cataluña. Pero como el autor no dice en qué tiempo fué esta destruccion, cuyo defecto me impide el dar tiempo cierto á su fundacion, por eso no la he puesto hasta ahora, que es el de su ruina y asolacion; como quien habla de un hijo abortivo, de quien tan presto se pone la sepultura como el nacimiento. Pero esto no obstante, si hubiesen de bastar conjeturas, á vista de la cercanía que el sitio citado tiene (como abajo verémos) con la ciudad de Barca y Villafranca, quizá podríamos decir que cuando Hamilcar Barcino fundó Cartago vieja y habitó Barcelona, algunas gentes de su compañía, que tuvieron este nombre *Rubricatos*, se irían á poblar en aquel sitio, y fundarían la ciudad, que de su nombre de ellos la llamaron *Rubricata*. Pero como todo esto no pasa de presuncion lo dejarémos así por ahora.

5 Declarando el mismo Obispo qué especie de gente eran aquellos, que él dice fundaron á *Rubricata*, advierte que en Africa habia un rio del mismo nombre, frontero, y opuesto al parage de nuestro rio Llobregat, que en latin se nombra *Rubricatum*, y que los habitadores de su ribera se nombraban *Rubricatos*; y que estos, pasando de Africa á España, llegados á nuestra costa, y á las corrientes de este rio, fundaron en la ribera de él una ciudad, que dándola su propio nombre la llamaron *Rubricata*, y al rio *Rubricato*. Y si esto es verdad (pues á no serlo, no lo hubiera escrito nuestro obispo de Gerona) estraño el que dijese Marinéo que *Rubricato* se nombraba así, porque llevaba arenas rojas: verdad es que casi siempre sus aguas son de este color.

Mar. l. 1. c. de Fluminibus.

6 Y si bien todo lo que hasta aquí tengo dicho es de los autores referidos, no dudo que habrá críticos que dirán, ¿qué es lo que me ha movido á poner aquí, y no en otro lugar los asolamientos de aquellas dos ciudades, si yo no estoy cierto, ni los escritores á quienes sigo tampoco señalan el tiempo de aquella ruína? Pero á estos reparos respondo, que no siempre en hechos tan antiguos se puede dar plena certidumbre, y debemos contentarnos con una razon aparente, que se acerque á lo verosímil; pues siendo cierto el suceso, importa poco errar el cuando, no siendo mucha la diferencia; como lo vemos en este nuestro caso, en que si erramos el tiempo, no puede ser de mucho, como presto lo verémos. Porque primeramente, por lo que mira al suceso de Cartago vie-

ja (hoy Villafranca de Panadés) dice el mismo Obispo que fué en tiempo de los hermanos Scipiones: y si era así, aparente razon es que fuese en aquel mismo tiempo cuando destruyeron á Cartago vieja; pues si esta ciudad ocupaba el mismo sitio que hoy ocupa Villafranca de Panadés, y era colonia cartaginesa, como queda esplicado en el capítulo diez y ocho del libro segundo, claro está que su vecindario habia de ser aborrecido de los Scipiones; y que teniendo ellos ya, por todo lo que hoy es Cataluña, tantos amigos, que como queda referido se habia ganado Gneo Scipion, y hallándose ellos de asiento en Tarragona, á la cual habian hecho metrópoli de la parte romana, les era vergonzoso tener á cuatro ó cinco leguas de esta ciudad á los enemigos, y sufrirlos allí, cuando los iban á buscar muy léjos, como lo habia hecho Scipion y hemos referido en los capítulos pasados; y en los siguientes verémos como los fueron á buscar los dos hermanos. Por lo que soy de opinion, que por librarse ellos de esta nota, y apartar de sí aquel padrasto, su primera salida debió ser sobre Cartago. Esta misma razon parece suficiente en cuanto al otro particular de la destruccion de *Rubricata*; la que sin duda asolaron, paraque no quedase pueblo alguno en favor de los cartagineses, ni donde pudiesen esperar tenerlo, mayormente siendo como era fácil y regular hacerlo en aquel tiempo, que la potencia cartaginesa iba decayendo en este país, como parece de los capítulos pasados; y por esto lo he escrito todo en este lugar.

7 Y pues hemos satisfecho al reparo en alguna modo, falta saber en qué terreno pudo estar situada aquella ciudad nombrada *Rubricata*; para cuya inteligencia he hecho todo cuanto me ha sido posible, buscando edificios viejos y antiguos, tratando con personas doctas y curiosas; y leyendo muchos libros, he hallado que el Mtro. Pedro Juan Nuñez dice que *Rubricata* era la que hoy se llama Martorell. Pero como este nombre no tiene asonancia ninguna con el de *Rubricata*, y sea cierto lo que dice Morales, que en la averiguacion de los sitios de los pueblos, la mejor y mas verdadera regla es, ver si hay territorio ó edificios que tengan similitud ó rastro del nombre que se va buscando; de aquí colijo, que salva la atencion debida á la persona y letras del Dr. Nuñez, no puede ser lo que él dice, mayormente cuando poco mas dentro de tierra, hácia la boca de Llobregat, á la parte de acá del mismo rio, á distancia de un cuarto de legua de Martorell á poca diferencia, se halla aquel pequeño lugarcito de quince ó veinte casas juntas, que se llama *Rubí*, y tiene algunos pocos vestigios, especialmente un castillo viejo con muralla, te-

Nuñez, de sitú Orbis c. Castella.

Mor. c. 1. de las Antiguedades.

da de tapia y argamasa, en un recuesto entre mediodia y poniente. Pasa por allí un arroyo, que despues, en frente de S. Andres de la Barca, se junta con el rio Llobregat, y le llaman *riera de Rubí*, y en el parage donde se juntan aquellas aguas hay una torre delgada, ciega hasta la mitad de su altura, y allí tiene una puerta muy alta, que sin duda se subia con escalera de mano, y era torre de atalaya, ó de las que Hasdrubal habia fundado, como lo dije en el capítulo veinte y siete del libro segundo; ó de las que fundaron despues, en tiempo que Cataluña se iba recuperando de los moros. La asonancia de aquel pueblo *Rubí* con *Rubricata* me ha hecho adoptar este juicio de que *Rubí* y no Martorell es la que fué *Rubricata*, porque corrompiéndose el vocablo, quitando la *r* y el *cata*, queda *Rubí*. Y no se opone el que el Obispo de Gerona la situe al poniente, á la otra parte del rio, aunque hallamos á *Rubí* en esta otra parte hácia Barcelona, y casi al levante del rio. Porque si el Obispo y Nuñez la ponen á la parte de allá del rio, Ptolomeo en la segunda tabla de España la pone de esta otra parte, y una buena distancia apartada del álveo del rio; y en el libro segundo, capítulo cinco de la segunda tabla, pone á *Rubricata* en los pueblos *lacetanos*, los cuales no pasaban de Llobregat: y Martorell está á la otra parte de Llobregat, y por eso fuera de los términos *lacetanos*, y en los límites de los *cosetanos*. Y á *Rubricata* le dá el mismo Ptolomeo diez y siete grados y veinte minutos de longitud; y de latitud le dá cuarenta grados y treinta y cinco minutos; que si bien se mira ha de venir forzado á este lugar de *Rubí*. Por lo que no obstan las autoridades del Obispo y de Nuñez, aunque de tanto peso y consideracion.

CAPÍTULO XIV.

Como los hermanos Scipiones fueron sobre Sagunto, y Acedux les libró las rehenes españolas.

1 Los historiadores que no tuvieron noticia de lo que hemos referido en el precedente capítulo, y entre ellos Florian de Ocampo, Beuter, el Mtro. Pedro Medina, Viladamor, Garibay y Juan Mariana, ponen por primera jornada de guerra de los hermanos Scipiones, la que contarémos en el presente capítulo, y fué en esta forma: Duraba aun la guerra entre los Celtíberos y Hasdrubal, y estaba tan enardecida, que los Scipiones tuvieron por ocasion proporcionada aquella estacion para poner en práctica sus ideas; porque ocupado Hasdrubal con los

Flor. l. 5. c. 15. Beut. l. 1. c. 16. Med. l. 1. c. 42. Vilad. c. 26. Gar. l. 5. c. 16. Mar. l. 2. c. 14.

Celtíberos, no podia embarazarles sus empresas; en cuyo concepto, segun Tito Livio, Florian, Viladamor, Micer Luis Pons de Icart, y el Obispo de Gerona, juntaron sus compañías antiguas y modernas, y sus dos armadas de mar, segun dice Medina y Beuter, que eran la que trajo de Roma Publio Cornelio, y la que tenia ya su hermano Gneo Scipion. Y si bien entre Medina y Beuter hay diferencia sobre si estaban en Empúrias ó en la Ampolla, estos mismos autores concuerdan en que luego que estuvieron á punto las compañías de tierra y de mar pasaron el rio Ebro, y sin hallar resistencia, se fueron á caer sobre Sagunto con intencion de cobrarla si podian, y restituirla á su primera libertad: la cual perdieron con muchos daños por mantenerse firmes en la amistad romana. Dábales ánimo el saber que Bostar habia quedado allí con todas las rehenes ó arras españolas, con poca gente de guerra: considerando ellos que si acertaban la empresa, y podian haber á las manos las arras, dándoles libertad, les sería fácil ganar con aquella clemencia las amistades de muchos, que con determinacion de no subsistir en el bando cartaginés, no se atrevian á descubrirse por temor de que no padeciesen los que por arras estaban detenidos en Sagunto.

Liv. Dec. 3. l. 2. c. 8. Icart. c. 17. Ob. de Gér. l. 5. c. quomodo Pub. Scipio.

2 Sabida por Bostar la venida de los Scipiones, juntó cuantas compañías pudo de sus amigos españoles; y dejando con la mejor guarnicion posible fortificada y guardada la ciudad, la encomendo á un caballero nombrado *Acedux*, ó *Acedus*, de nacion español; y saliendo de la ciudad con algunas compañías, puso su Real en la campaña, con ánimo de no permitir poner sitio á la ciudad, ó esperar allí lo que conforme la ocasion fuese mas conveniente de hacer.

3 Llegaron los Scipiones á la vista de Sagunto y de Bostar, y asentaron su Real, y unos y otros comenzaron algunos hechos de armas; sobre los cuales me refiero á los autores citados arriba, y que mas abajo citaré, contentándome con narrar solamente aquello que conduce á mi intencion, y como solemos decir, para hacer venir el agua á mi molino. Esto es lo que escriben Tito Livio, Beuter, Florian y Medina: que *Acedux*, considerando el estado de las cosas, y queriendo dejar el bando cartaginés, y mudarse al romano; para hacerse mas acepto á los Scipiones, concertó una traicion, que fué de este modo: Salióse de la ciudad en hora á propósito y fué á encontrar á Bostar, á quien dió á entender, que convenia soltar las personas españolas que tenian por rehenes, ó arras; porque con esta liberalidad quedarían prendados para valerlos en las necesidades ocurrentes. Convino Bostar, y quedaron de acuerdo que la noche inmediata en hora cauta y acom-

Flor. l. 5. c. 16. Med. l. 1. c. 42. y l. 2. c. 15.

pañados de buena guardia los sacase de la ciudad, y acompañase hasta lugar seguro. *Acedux* se volvió á Sagunto, y dió aviso de este concierto á los Scipiones, acordando con ellos la hora en que saldria de la ciudad con las rehenes, y el camino que llevaría, paraque ellos le saliesen al encuentro y de rebato se las quitasen; y así mismo sucedió. Y con esto por acercarse el invierno, los Scipiones alzaron su Real de Sagunto, y se volvieron á la ciudad de Tarragona, la que continuaron aumentando, y poblando así de romanos como de españoles, á los cuales concedian muchas inmunidades y franquicias. Igualmente iban adelantando la fábrica de la muralla, que ántes habian comenzado.

4 En aquella ocasion, segun Mariana, fué cuando los Scipiones hicieron colonia romana á la ciudad de Tarragona. Micer Icart tambien atribuye esta gracia á los Scipiones, aunque no dice en qué tiempo. Lo que es causa de que no se pueda saber con certidumbre, cuando, ó por quien se hizo esta merced, por la grande diversidad que hay de opiniones, como verémos en el capítulo 84.

Icart, c. 6.

CAPÍTULO XV.

Como los Scipiones se partieron los ejércitos; y el socorro que le llegó á Hasdrubal, y la batalla que tuvo con Galba, al cual venció cerca de Ascó.

1 Estaba ya la guerra tan encendida en aquella época, con las ocasiones referidas en los capítulos precedentes, que los hermanos Scipiones tuvieron por conveniente partir los ejércitos, del modo que dicen Tito Livio, Florian de Ocampo, Garibay y el Obispo de Gerona. Publio Cornelio Scipion tomó á su cargo el ejército y armada de mar, para guardar los pasos, costas y riberas, y hacer con ella la guerra; y su hermano Gneo tomó á su cuenta el ejército de tierra, como mas conocido de la gente, y práctico del país.

Liv. Dec. 3. l. 4. c. 8. Flor. l. 5. c. 18. Gar. l. 5. c. 17. Obisp. de Ger. l. 5 c. quomodo duo Scipion.

2 Hasdrúbal, que no se conceptuaba con fuerzas capaces para resistir á ninguno de los enemigos, se detenia en algunos lugares á su parecer seguros, y apartados de sus enemigos, esperando socorro de Cartago, cuyo Senado para podérselo enviar, procuró desde el principio del año 212 ántes de Cristo, reclutar gente y hacer armas, prevenir víveres y armar galeras para enviar á España. Y dicen algunos que hicieron capitan de esta armada á un caballero nombrado Hanon; bien que Mariana supone que Hanon no fué capitan de este socorro, sino que ántes bien contradijo á la voluntad del Senado,

Mar., l. 2. c. 14.

y á la de los que querian viniese socorro á España; diciendo que los Romanos se habian de vencer con nuevas amistades, paces y conciertos. Pero como no prevaleció este voto, se previno el socorro para España; el que por entónces no pudo ser mas que de cuatro mil soldados de á pié, y quinientos de á caballo; porque la necesidad, la brevedad del tiempo, y la importunacion de Hasdrubal, impidieron el que fuese mayor; como parece de Livio y Florian.

3 En el ínterin que esto pasaba en África, esperimentó Hasdrubal una rebelion en España en algunas ciudades de los Cartesios; y luego que le llegó el socorro, los acometió con mucho rigor, entrando por sus tierras, talando los campos, y robando cuanto hallaba por delante. Habiendo cobrado ánimo con esta victoria y con la gente que recogió en aquella rota, sin apartarse mucho de la marina dió sobre Galba, capitan general, duque ó señor de los Cartesios, segun Livio, ó de los Tricenios segun el Obispo de Gerona; el cual con un poderoso ejército mantenia la amistad de los Romanos. Y para provocarle á batalla, envió delante del ejército los soldados de armadura ligera, paraque acometiesen á Galba, y le incitasen á la batalla; y por otra parte repartió algunas compañías de gente de á pie, paraque robasen y talasen los campos, cautivando á los enemigos que encontrasen apartados del ejército y desunidos. Hiciéronlo así con tanta prontitud, que pusieron el pavor en las tiendas de Galba con el alboroto que causó aquel repentino y no esperado acometimiento, porque fueron muchos los que llegaron á ellas fugitivos y heridos. Pero luego que se juntaron todos en las tiendas, súbitamente depusieron el temor, de tal manera que todos se creían con valor no solo para defenderse, sino tambien para presentar la batalla á sus enemigos. Esto alentó á Galba, el cual salió con su ejército, saltando y gritando al uso y segun práctica de aquella tierra, cuya prontitud y atrevimiento causó grande temor á los que poco ántes los habian arrollado. Hasdrubal se retiró á un collado cerca de la montaña, estrecho y seguro, porque tenia por delante el rio Ebro. Y mandó que se recogiese allí mismo toda la gente de armadura ligera, y toda la caballería que andaba dispersa por los campos. Y aun no confiado en aquella positura, procuró con palos y otras cosas fortificar el Real como mejor pudo. Durante este temor que Hasdrubal tenia, se trabaron entre su tropa y la de Galba algunas escaramuzas y reencuentros de entidad, en los que se conoció que los caballeros de Numidia, flor del ejército cartaginés, no igualaban á los españoles; ni los ballesteros mauritanos se igualaban con los de España, ántes bien los espa-

ñoles les llevaban mucha ventaja en lo animoso, y en las fuerzas. No contentos estos con tener á sus enemigos tan apretados, viendo que no los podian sacar á campo raso para darles batalla, y que era dificil combatirlos en las tiendas, determinaron de ir á dar sobre una ciudad, que se nombraba *Assena*, ó *Ascua*, en la cual Hasdrubal habia dejado muchas provisiones de trigo. Y dice el Obispo de Gerona, que aquella ciudad era el pueblo que hoy se llama *Ascó*, situado en la ribera del Ebro corregimiento de Tortosa. Galba la tomó á fuerza de armas, segun dice Livio, aunque no declara los encuentros que para ello sucedieron.

4 Gozosos nuestros españoles con estos progresos de su valor, se dieron al descuido, diversion y paseo por aquel territorio, desunidos, separados y apartados de las tiendas, sin observar órden, concierto ni disciplina. Entónces Hasdrubal, que presto conoció aquella negligencia y descuido, mandó á su caballería, que saliese y diese sobre los que iban escampados, sin banderas. Y bajando él del cerro, donde le habian tenido atemorizado, comenzó á dar batalla ordenada á las tiendas de su enemigo. Avisaron luego las espías, y todos gritaron *al arma*, y cada cual así como llegaba tomaba las armas que podia, sin esperar banderas, ni órdenes de su capitan Galba, y así todos fueron desordenadamente á la batalla; y si bien que al principio con su intrepidéz espantaron á los africanos, así como fueron viniendo á ménos, y estos pocos no muy seguros, al paso que sus enemigos eran muchos y bien ordenados, comenzaron á mirarse los unos á los otros, y á retirarse poco á poco remolinándose; y como se iban apretando ellos con ellos, llegaron á verse tan estrechos, que no pudieron manejar las armas; ántes bien fueron rodeados de sus enemigos, que mataron la mayor parte de ellos, y solo un corto número, á la desesperada, rompió con grande ímpetu por enmedio de sus enemigos, y logró huir á las montañas y bosques; y los demas que quedaron en el Real, con grande espanto dejaron las tiendas, y el dia siguiente se dieron todos á Hasdrubal.

5 Fué á los principios grande la suerte de Galba; pero despues fué mayor su desgracia, por la falta de disciplina militar y por el desórden de su gente: pero no porque fuese vencido le hemos de escasear el honor que mereció su valor, osando con poca gente combatir contra un capitan como Hasdrubal, y haberle tenido encerrado en un bosque, y tomádole una ciudad. No he encontrado qué es lo que hizo Galba despues de su derrota; y así, pues no tengo fundamento, callaré si murió, si huyó, si fué preso, si escapó, si tuvo hijos, &c.

pues todo lo sepulta el tiempo y brevedad de la historia antigua. Si los pueblos de Gualba y Gualbes, que hay en Cataluña, son fundaciones ó denominaciones de este Galba, no tengo mas congeturas para pensarlo que la etimología y asonancia. Si bien lo mismo se podria atribuir al emperador Sergio Galba, como al referir su vida lo dirémos, donde parece habrá mejor ocasion que en este lugar.

CAPÍTULO XVI.

Del socorro que el Senado de Cartago envió á España á cargo del capitan Himilcon, con órden de que Hasdrubal pasase á Italia: y del sitio de Iliberia, con la batalla entre Hasdrubal y los Scipiones.

1 Pocos dias despues de lo contenido en el precedente capítulo, segun escriben Livio, Florian de Ocampo, Garibay Mariana, el Obispo de Gerona, Pedro Antonio Beuter y Antonio Viladamor, vinieron de Cartago unos embajadores á España con instruccion y órden paraque Hasdrubal, dejando las cosas de España en el mejor estado que pudiese, y recogiendo sus banderas y el mayor número de gente que le fuera posible, dejase el gobierno de España, y pasase á Italia á juntarse con su hermano Anibal, á fin de ir á destruir á Roma. Esta novedad ocasionó muchos movimientos en España, y especialmente en algunos de los pueblos confederados de Cartago, que desde luego propusieron pasarse al bando de Roma. Y así como lo supieron los Scipiones, se comenzaron á mover, y á ponerse en órden para resistir, y estorbar que Hasdrubal pasase á Italia: á cuyo fin empezaron prontamente á armar, y tripular las galeras que estaban á cargo de Publio Cornelio. Y Gneo Scipion puso á punto las banderas y las armas, ordenó la gente de tierra, y requirió á los pueblos confederados de Cataluña, que se hallasen prontos, para cuando fuese la ocasion.

Liv. Dec. 3. l. 3. c. 8. Fl. l. 5. c. 21. Gar. l. 5. c. 5. y 17. Marian. l. 2. c. 15. Ob. de Ger. l. 5. c. litteræ Carthagin. Beu. l. 1. c. 1. Med. p. 1. c. 43. Vilad. c. 26.

2 Hasdrubal, luego que entendió estos movimientos, avisó al Señorío cartaginés, espresando el peligro en que quedaban sus conquistas hechas en España, si no providenciaban de un Presidente que las defendiese y gobernase. En vista de esta representacion de Hasdrubal, el Señorío aprontó un nuevo ejército de tierra, y otra armada de galeras; y despachó los mensageros, y tras de ellos á Himilcon hijo de Bomilcar, porveído en el encargo de Gobernador ó Capitan general. Este, segun dicen Livio y Florian, precisado de una tormenta, desembarcó donde no quisiera, en parage desproporcionado á sus

ideas, y en un puerto peligroso, cuyo nombre ni sitio no declaran. Bèuter dice que fué en Cartagena, pero yo lo dudo; porque Florian y Livio dicen que desde donde desembarcó, hasta donde estaba Hasdrubal, luchó Himilcon con grandes peligros; de que resulta que el desembarco no pudo ser en Cartagena. Porque como hemos visto de lo hasta aquí escrito, Cartagena, y la mayor parte de la tierra hácia poniente estaba poseída por los cartagineses, y por consiguiente no tenia en ella Himilcon enemigos que lo pusiesen en peligro. Pero vamos al caso, fuese donde fuese el desembarco, concuerdan los escritores en que luego que desembarcó Himilcon, atendiendo á la inclemencia del tiempo, sacó la gente y las naves en tierra, y habiéndolas dejado bien cercadas de palenques y fosos, y con buena guardia; entróse él tierra adentro, acompañado solo de muy poca gente de á pié, y algunos caballos ligeros; y caminando secretamente noche y dia, llegó al Real de Hasdrubal, habiendo pasado grandes peligros y temores por el camino. Luego que se juntó con Hasdrubal, trataron de las órdenes é instrucciones que llevaba del Señorío de Cartago, procurando Himilcon informarse de lo que le convenia saber en su nuevo encargo. Hecho esto se volvió Himilcon prontamente con el mismo peligro y secreto á encontrarse con su gente y armada. Y Hasdrubal, viendo que de ningun modo podia escusar el viage á Italia, reunió su gente, ordenó las banderas y compañías; y formando de ellas su ejército, recogidos grandes tesoros, que le dieron sus amigos y confederados, se puso en marcha enderezándose hácia el rio Ebro.

3 Los Scipiones, que, como dejo referido, estaban prevenidos, luego que supieron el movimiento de Hasdrubal, cuidadosos del peligro de Italia y de la patria, si Hasdrubal lograba juntarse con su hermano Anibal, movieron tambien su ejército, y fueron á encontrarle con el fin de impedirle el paso del Ebro, para cuyo efecto le pasaron ellos primero á la otra parte. Puestos allí consultaron algunos dias lo que sería mas conveniente para detener al capitan Hasdrubal; y les ocurrió sitiar una ciudad, que entónces se llamaba *Hibera, Hiliberia, Hiberia ó Hiliberiana* (que de estos cuatro modos la hallamos escrita) principal y riquísima entre aquellos pueblos; de cuya fundacion y asiento hemos ya altercado en el libro primero, capítulo 12. Era aquella ciudad confederada de Cartago, y por esto la sitiaron los Scipiones, persuadidos de que Hasdrúbal acudiría á defenderla, atraído de su riqueza; y de que le era de mucha utilidad. Porque desde allí los cartagineses solian salir á hacer sus correrías por las riberas de Ebro, y tierras de los romanos, y tenian en ella la guardia

regular para defensa del enemigo. Pero no les salió á los Scipiones como se pensaron; porque Hasdrubal no la socorrió; ántes bien se fué á poner sitio á otra ciudad amiga y confederada de los romanos, la cual no estaba muy distante, y habia poco tiempo que se habia declarado por Roma. Pero su nombre le callan los autores.

4 Este hecho de Hasdrubal hizo ver á los Scipiones, que sus temores no se acreditaban tan pronto; pues Hasdrubal se detenia en lo que ellos no pensaban, y alargaba la marcha á Italia, que era lo que les daba cuidado. Y para mas bien detenerle, alzaron el sitio de *Hibera*, y dieron sobre Hasdrubal, poniéndose á solos cinco mil pasos de su ejército, que sería á poco mas de una legua, y desde allí tuvieron algunas escaramuzas y reencuentros de importancia unos y otros; y al fin todos en un mismo dia (como si hubieran estado de concierto) movieron sus ejércitos el uno contra el otro, y al punto que se vieron en distancia proporcionada, se hicieron señal y se acometieron como leones, trabando una cruel y sangrienta batalla, que causaba horror y espanto; y si bien que los de Hasdrubal hicieron su deber, declinó empero la victoria á favor de los Scipiones, porque se les dieron los españoles que estaban con los cartagineses, pasándose al ejército romano; el cual metió á saco el Real de Hasdrubal, tomando cuanto en él habia. Y luego que los pueblos que estaban dudosos vieron esta victoria, se pasaron al bando romano, y quedó Hasdrubal imposibilitado de pasar á Italia; y aun cuasi muy poco seguro de poderse sostener mas en España.

CAPÍTULO XVII.

De los nuevos socorros que vinieron de Roma y de Cartago; y de la pestilencia que hubo en España.

1 Luego que se supo en Cartago la rota del ejército de Hasdrubal, proveyeron nuevo socorro para enviar á España. Ordenaron á Magon Barcino que estaba dispuesto para pasar con un socorro á Italia, dejase aquel objeto, y se viniese á España; segun lo escriben Tito Livio, Florian de Ocampo, Garibay, Mariana, el Obispo de Gerona, Beuter, Medina y Viladamor. Obedeció Magon, y llegó muy presto á Cartagena con sesenta galeras llenas de buena gente. Este Magon es aquel que causó el error de Valera, que ya queda apuntado arriba en el libro segundo, capítulo treinta y uno.

Liv. Dec. 3. l. 3. c. 10. Fl. l. 5. c. 23. Gar. l. 5. c. 10. Ma. l. 2. c. 15. Ob. de Ger. l. 5. c. quomodo duo Scip. Beut. l. 1. c. 16. Med. p. 1. c. 43. Vilad. c. 26.

2 Llegado pues Magon á Cartagena con aquel socorro, que fué de veinte y dos mil peones, y mil y quinientos hombres de

á caballo, once elefantes, y muchos marcos de plata para reclutar gente en España; prontamente acudió allí, ó ya habia acudido Himilcon con sus galeras; y todos se juntaron con Hasdrubal: con cuyo socorro estaban los que se hallaban en Cartagena y los mismos capitanes tan ufanos, que ya no se acordaban de la pérdida pasada. Y determinaron sacar otra vez la gente á campaña, é ir á buscar los Scipiones para darles batalla.

3 En el mismo tiempo, segun el Obispo de Gerona, Beuter y Mariana, llegó de Roma otro grande socorro para los hermanos Scipiones, que estaban en Tarragona. Verdad es que
Fl.l.5.c.25. de Florian parece, que este socorro de los romanos no vino tan presto, sino es despues de sucedido lo que se escribirá en este capítulo; y que llegado tomó puerto en la ciudad de Empurias. Como quiera que sea, lo cierto es, que aunque parecia que las cosas habian de venir á un grande rompimiento, este no tuvo efecto, por causa de la grande pestilencia que hubo universalmente en España, segun lo escriben Florian y
Fl.l.5.c.23. Garibay (refiriéndose á Juliano Diácono); y lo mismo dicen
Ga.l.5.c.18. Medina, Mariana y Viladamor. Fué esta peste con mas fuerza en el Andalucía, de cuyas resultas murió Haspar, hijo de Anibal, y la muger de éste, nombrada Himilce, cuya muerte causó en Andalucía los movimientos de algunas ciudades, que se pasaron á los romanos; y especialmente la que se nombraba *Iliturge*, á la cual los cartagineses pusieron sitio. Pero acudieron los Scipiones, y la libraron; vencieron á los cartagineses, y mataron á Himilcon, como mas largamente lo escriben los citados autores, que yo lo dejo de referir por ser fuera de mi intento: pues Beuter pone la muerte de Himilcon en otra campaña, de que hablaré en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XVIII.

Como los romanos pasaron á Mallorca siguiendo á Hasdrubal Calvo, y el otro Hasdrubal Barcino vino contra Cataluña, y fué vencido por los Scipiones.

Fl.l.5.c.25. 1 Escribe el Mtro. Florian de Ocampo, que mientras duraba el sitio de *Iliturge* en Andalucía, y estaban ocupados los Scipiones en socorrerla, los de la ciudad de Tarragona tuvieron noticia de que en las islas de Mallorca y Menorca, habian tomado puerto un gran número de navíos y otras embarcaciones cartaginesas. Los Scipiones en respuesta de este aviso, les ordenaron que de toda la gente que fuese posible recoger, sin que las tierras quedasen despobladas, se armasen ga-

leras, cuantas mas pudiesen, y las tuviesen á punto hasta nueva órden. Pero despues, llegado el socorro de que he hablado en el precedente capítulo, y que dice Florian vino en esta ocasion, hubo aviso como aquella armada de Cartago, que habia dado sobre Mallorca, no era de peligro, porque era capitan de ella Hasdrubal Calvo, que iba á Cerdeña corriendo fortuna, y habia dado allí al través. Sabiendo en Tarragona las victorias que cada dia tenian los Scipiones sobre *Iliturge*, escribe el mismo Florian, que avisadas las galeras que habian venido con el socorro de Roma, y estaban en el puerto de Empurias, acudieron á juntarse con las otras, y todas de conserva tomaron la vía de Mallorca: pero fué aquella idea sin ningun efecto, porque cuando llegaron, ya Hasdrubal Calvo con la armada cartaginesa habia marchado á Cerdeña. Por lo que se fueron á Menorca, y allí tomaron refresco sin contradiccion alguna. Fl. l. 6. c. 27.

2 Entretanto que esto pasaba, escribe el mismo autor, y con él Beuter, que los cartagineses, reconociendo el peligro que les amenazaba, por lo mucho que los romanos se enseñoreaban en las partes de Iliturge, de donde no sabian como apartarlos, determinaron (entretanto que la flota romana iba en seguimiento de Hasdrubal Calvo, y las tierras de Cataluña, especialmente Tarragona, estaban algun tanto desprovistas de gente que pudiese salir á campaña) venir ellos á correr la tierra, y dar sobre aquella ciudad, para obligar á los Scipiones á que viniesen á su socorro, y se apartasen del poniente. Y con este propósito recogieron la gente, estendieron las banderas, ordenaron las escuadras, y comenzaron á marchar juntos mas de treinta mil africanos y muchos españoles que de ellos recibian sueldo; y de camino que venian hácia Cataluña, se detuvieron á sitiar un lugar, nombrado *Inchivil ó Incibil*, que algunos opinan que era el pueblo del reino de Valencia que se llama *Chelva*, á siete leguas de la ciudad de Tortosa, en el camino que á ella viene desde Sagunto. Y así parece que lo siente tambien Juan Mariana: aunque otros dijeron que *Inchivil* no era pueblo, sino un caballero, por lo que frisa con *Indibil*, del que hemos tratado mas arriba. Pero porque ya á estos los responde muy bien Florian, me refiero á lo que él escribe. Puesto el sitio sobre el dicho pueblo, enviaron algunas compañías con sus capitanes, para que corriesen la tierra, pasando á la parte de acá del rio Ebro. Beut. l. 1. c. 16.

3 Los Scipiones, que aunque estaban léjos tuvieron aviso de estas novedades; al punto despacharon con anticipacion tres compañías de soldados romanos, y por capitanes, caballeros

catalanes (ignoramos sus nombres), paraque viniesen con mucha diligencia á socorrer la tierra; y luego se dispusieron prontamente los dos hermanos con su gente. Pero ántes que llegasen, supieron que Hasdrubal Barcino, y Magon (sabiendo su venida) les habian salido al encuentro, y tomado los pasos, con intento de romperlos, desbaratarlos, y no dejarlos pasar mas adelante. Caminaban los romanos, como se suele decir, con la cuenta hecha; y así, aunque venian cansados, tomando poco reposo, y solo el que fué menester para ponerse en órden, arremetieron contra los cartagineses, y les dieron batalla con tanto acierto y valor, que no fué aquella de las menores victorias que tuvieron los Scipiones en España; y fué uno de los mejores despojos. Quedaron muertos en el campo de batalla tres mil hombres de los cartagineses, igual número de prisioneros, y muchos heridos, segun lo refieren algunos escritores; y otras historias dicen que los muertos llegaron á trece mil; y entre ellos murió como caballero y buen soldado el capitan Himilcon, aunque otros ponen su muerte en otro lugar, como lo hemos apuntado de paso en el capítulo precedente. Ganaron los Scipiones en aquella batalla cuarenta ó cuarenta y dos banderas africanas, diez elefantes vivos, y dos muertos. Cuantas mas batallas ganaban los Scipiones, mas crecia su reputacion; y los pueblos que estaban dudosos, se ponian de su parte: con lo que se iban alejando los enemigos, y ellos se iban enriqueciendo, y poniéndose de dia en dia mas ufanos y poderosos.

CAPÍTULO XIX.

Como la armada romana volvió á Cataluña, y los Scipiones acabaron de construir la muralla de Tarragona; y se trata de sus públicos edificios, plazas y aqueductos.

Año 211 ántes de Cristo. 1 El año siguiente, que era el de doscientos once ántes del Nacimiento del Señor, segun Florian de Ocampo, volvió á Cataluña la armada naval, que, como ya dejo referido, habia pasado á Mallorca en seguimiento de Hasdrubal Calvo, y trajo algunas presas de barcas africanas y griegas, que sin duda hallaría esparcidas corseando. En aquel tiempo que ya habian los Scipiones logrado la victoria espresada en el capítulo antecedente, se recogieron á Tortosa con su ejército, celebrando su prosperidad, con el gozo que tambien tuvieron de que no ménos prósperas estaban las armas romanas en Italia, segun lo dicen Mariana y Florian. Despues se vinieron los Scipiones á Tarragona, donde fueron bien recibidos, y con

Fl. l. 5. c. 8.

Mar. l. 2. c. 15.

muchas gracias, de que hubiesen apartado los enemigos de la frontera; y todo aquel invierno reposaron en aquella ciudad.

2 Advierten Florian, Mariana y Viladamor en sus Crónicas, siguiendo la General recopilada de órden del rey D. Alonso el sabio, que en aquel invierno, cuando los Scipiones reposaban en Tarragona, que como he dicho, segun Garibay, fué el año doscientos once ántes de Cristo, acabaron de construir la muralla de aquella ciudad, que años habia que se habia comenzado, y se habia ido adelantando con la aplicacion y diligencia de los hermanos Scipiones; como ya dejo hecha mencion en algunos parages de esta Obra. Prueba la dicha Crónica General esta conclusion y perfeccion de muralla, con ciertas letras latinas, que dice estaban esculpidas ó grabadas en una piedra, que en su tiempo se hallaba en dicha ciudad. Pero el Mtro. Florian (que escribió en tiempo del Emperador Cárlos quinto) advierte que él tenia manuscritas todas las memorias é inscripciones que en su tiempo se hallaban en Tarragona, y que no hallaba tal memoria: de que inferia que se habria perdido desde el tiempo de la dicha Crónica hasta el en que escribió. Y Micer Luis Pons de Icart tiene por cierta esta opinion; y habiendo él tambien transcrito todas las inscripciones de las piedras de aquella ciudad, no hace mencion de la de tal piedra, sino que para confirmacion de esto alega al Obispo de Gerona.

Vilad. c. 26.

Gar. l. 5. c. 18.

Icar. c. 6. y 8.

3 El sitio, circuito y ámbito de la dicha muralla, le describe el mismo Micer Pons de Icart muy largamente, por lo que á él me refiero; apuntando solamente que ocupaba cuarenta mil, ochocientas cuarenta y dos canas; que las paredes de la muralla tenian de grueso ó espesor seis canas y media, y las piedras de ella eran tan grandes, que la mayor parte tenian cinco canas de largo, y cuatro de grueso, poco mas ó ménos, por lo que se puede decir que mas parecian rocas ó peñas, que no piedras: cosa que no dudo causará admiracion, y dudará en darla crédito el que no lo haya visto, como yo; sino reflexiona que puede mas el ingenio que las fuerzas humanas. Tambien dice haber creido algunos, que aquella muralla se estendia mas de veinte y cinco mil canas mas allá, hácia la iglesia de S. Pedro y la era del diezmo. Y si bien que no osa afirmarlo, da algunas razones bastante suficientes para conciliar el crédito de los lectores, como se pueden leer en el mismo autor; pues como es libro de poco precio, y anda bastante entre manos, quien quiera lo puede haber; y yo me ahorro de ser largo. Basta decir en resolucion, que este circuito, y otro cualquier ámbito que tuviera, contenia en sí sesenta y cuatro mil vecinos, que la habitaban.

Y en testimonio de esto alega un cierto libro antiguo manuscrito, que él designa. Y así se ve que Garibay se engañó, cuando dijo que Tarragona era pueblo de dos mil vecinos, si ya no lo atribuímos á las variedades del tiempo, pues en ellas padeció muchas ruinas, como en sus propios lugares lo verémos: y en el dia no parece que esceda de mil vecinos, segun lo dice el mismo Micer Icart.

4 Adornada y fortificada Tarragona con la muralla, fué tambien hermoseada con diversas obras públicas, de las cuales diré aquí brevemente alguna cosa, paraque se comprenda su magnificencia, y porque viene mas á propósito que en otra parte, aunque no se tiene noticia de que todas sean obras de los Scipiones. Escribe el mismo Micer Icart que esta ciudad tenia *circo ó hyppadromo*, que era un lugar trazado en forma circular y larga, que comunmente llamamos forma ovada, y tenia como el teatro muchas gradas, donde se sentaban con tal órden, que no se impedian la vista los unos á los otros, cuando estaban mirando los juegos que en el circo solian hacerse; á los estremos habia unos mojones ó fitas, á modo de columnas ó agujas, que los nombraban metas. Y cuando se hacian ciertos juegos de caballos que tiraban carros, los que querian correr estaban de prevencion en uno de los estremos, en unas estancias que llamaban *cárceres*, y desde allí salian á hacer la carrera, cuando les hacian el correspondiente señal; y corriendo, y dando vuelta, como en una tela de justa, volvian á parar á los *cárceres* de donde habian salido. Y es de notar que aunque en alguas naciones, *cárceres* quiere decir *cárceles*, allí no se le daba este sentido, si no es por el sitio de donde partian y salian los que corrian en aquellos y otros juegos que allí se hacian, como lo declara muy bien el Mtro. Micer Antonio Ros, célebre doctor del Real Consejo de este Principado. Y quien quiera saber la diversidad de juegos y fiestas que los romanos acostumbraban hacer, y como las nombraban en este Principado, lea á Juan Corrasi, á Micer Icart y á Juan Bartolomé Mariliano.

Icart, c. 8. 27. 29. 35. 36. 38. y 44.

Ros l. 3. c. 13. núm. 20.

Corras. l. 4. c. 24.

5 Mas adelante tenia aquella ciudad un bello teatro, tan grande, que llegaba su circunferencia á trescientas, treinta y siete canas, con diez y ocho gradas ó escalones en alto. Estaba situado cerca de allí donde hoy se venera nuestra Señora del Milagro, como parece de los vestigios que en el dia se ven, y lo dice el mismo Icart. Allí se representaban las comedias, tragedias y sátiras; y estaba construido en forma de media luna. El curioso que mas por menor quiera saber la forma de los teatros, el orígen de ellos, y los actos que allí se representaban, que lea á Polidoro Virgilio, y al di-

Icart c. 8. y otros. Mar. l. 4. c. 10. 11. 12. 13. 14. y 15.

cho Micer Luis Pons de Icart. Tenia tambien la ciudad de Tarragona *emporio:* porque como á metrópoli de tan poderoso señorío, en tan fértil tierra, y en tiempo de abundancia era preciso fuese mucho su comercio. Y el puesto llamado *emporio* era como plaza ó mercadal, donde se vendia y compraba todo género de mercadería, y se celebraban las ferias y mercados, segun y como se hacian en la grande ciudad de Empúrias; de que ya dejo escrito. Estaba en aquel *emporio* de Tarragona señalado el puesto á cada negociante, y allí se habia de poner con su mercadería; cuyos puestos no podian cambiarse, porque cada uno en una piedra tenia esculpido su nombre. Y de allí quedó en muchas ciudades la consuetud, de que los obreros ó almotacenes asignan y señalan los lugares á los vendedores, como aun se observa y lo vemos en la *Pescadería* y en el *Born* de la ciudad de Barcelona; con lo que se evitan cuestiones que tendrían cada dia las *pescateras* y *verduleras*. Y ademas del emporio, tenia la dicha ciudad de Tarragona otro puesto que se llamaba *foro*, segun lo dice el mismo Micer Icart, quien añade que el principal objeto del *foro* era poner allí piedras con inscripciones para perpetua memoria, arcos triunfales, troféos, y estatuas de oro, plata ú otros metales, y mármoles en honra y obsequio de algunos dioses, emperadores y personas dignas de famosa recordacion. En prueba de lo cual alega una ley del Código del emperador Justiniano; pero á mi entender aquella ley no prueba lo que él quiere. Porque no habla palabra del *foro*, ni de tales hechos, ni dice si se habian de poner las estatuas en el *foro*, ni si el *foro* era para aquel fin ó para otro: ántes bien, dice el grande Dr. Hostiense que el *foro* es, plaza de mercado, donde se juntan los hombres para comprar y vender. Y así lo entendió despues el mismo Micer Icart en otro lugar. De donde á mi juício resulta que *foro* y *emporio* son dos diversos nombres con un mismo significado: mayormente que si, como dice el mismo Icart, se ponian aquellas memorias en el *foro*, paraque incitasen al público á actos de virtud, y para perpetuar aquellas honradas memorias; ¿en qué *foro* podian ser mas vistas, que en un *emporio* á donde acudia el mayor concurso de gentes, atraídas del general comercio? Y si bien que dicho autor les señala diferentes lugares, no implica el que en una ciudad tan grande y tan poblada, hubiese diversos *emporios*, *foros* ó plazas de mercado. Y quien quisiere entender algunas estatuas que estaban en aquel *foro*, lea al dicho Micer Icart. Que por no poder dar tiempo cierto á todas, quizá yo no podré escribir sino es de algunas.

Leg. & virtutum, C. Stat. & de imma.

Host. § 1. de Foro comp.

Icart c. 26.

6 Habia tambien en Tarragona multitud de templos, dedicados á la vanidad de los dioses de la gentilidad; de los cuales, aunque habla Micer Icart por presunciones y conjeturas; y lo mismo cuando trata de los nombres de los dioses á quienes los dedicaron, por lo que hay en esto alguna incertidumbre; no obstante, paraque se tenga el posible conocimiento de todo, parece del caso referir, aunque con brevedad, lo que él escribe en todo un capítulo. Y particularmente de aquel templo, cuyos vestigios se ven cerca del puerto en los huertos de Soldevila, el cual, conforme á las reglas de Vitruvio, por estar á la orilla del mar, debia ser del dios Neptuno ó de Venus. El otro, que hoy es honrado con título de Sta. María Magdalena fuera de la ciudad, porque está fuera, y por la obra de su arquitectura dórica, segun las reglas de Pedro Crinito, en el capítulo cinco del libro quinto *de honestâ disciplinâ*, es muy posible que fuese del dios Marte; que le consagró Tito Aurelio décimo por la salud del emperador Cómodo, como lo verémos en el capítulo cuarenta y ocho del libro cuarto. Tambien por las mismas razones de Vitruvio, debia ser templo de Vulcano lo que se ve en el huerto de Nicolás Rosell, con mucho estrago y pocos vestigios. Solian los Gentiles, segun dice Vitruvio, edificar templos junto á la plaza del emporio á la diosa Isis, porque creían que presidia á los contratos mercantiles. Por lo que parece que Tarragona tendria en el emporio algun templo dedicado á aquella vana deidad, de que dan indicio tres columnas jónicas, que aun subsistian en tiempo de Micer Luis Pons de Icart, cerca de la iglesia de S. Pedro de las Saladas; las cuales debian ser del pórtico ó cobertizo que estaba á la puerta del templo. Fué hecho aquel edificio por *Clodia Osiana* en honor y memoria de una hija suya, llamada Julia Sabina, como parece de la inscripcion de la piedra, que refiere el mismo Icart, que decia de este modo:

ISIDI. AUG.
SACRUM.
IN. HONOREM.
ET. MEMORIAM.
JULIÆ. SABINÆ.
CLOD. OSIANA.
MATER.

7 Y con presencia de lo que dice Vitruvio, de que los gentiles fundaban los templos de Júpiter, Juno y Minerva en sitio alto, sobreeminente y de obra jónica, dice Micer Icart, que por hallarse la iglesia de S. Fructuoso dentro de la ciu-

dad, en sitio alto, cerca de la muralla, y con algunas columnas jónicas, que relucen; se conjetura que en tiempo antiguo debió ser templo de alguna de aquellas tres fingidas deidades.

8 Era la diosa Palas la protectora de las ciudades; por lo que en Tarragona le fueron devotos, y la edificaron un templo, del cual quedó la memoria en una piedra, que Morales, en las *Antiguedades*, dice que era del *Genio* (de quien he hablado en otro lugar) escrita de este modo:

TUTELÆ.
TARACONÆ.

Aunque se ignora el sitio cierto donde estaba construido aquel templo, queda aun esta memoria de su existencia en aquellos tiempos. Y en los posteriores se edificaron otros muchos en Tarragona por los gentiles, de los cuales haré memoria en el discurso de esta obra, y especialmente en el capítulo noventa y cuatro del libro tercero, hablando de Augusto César.

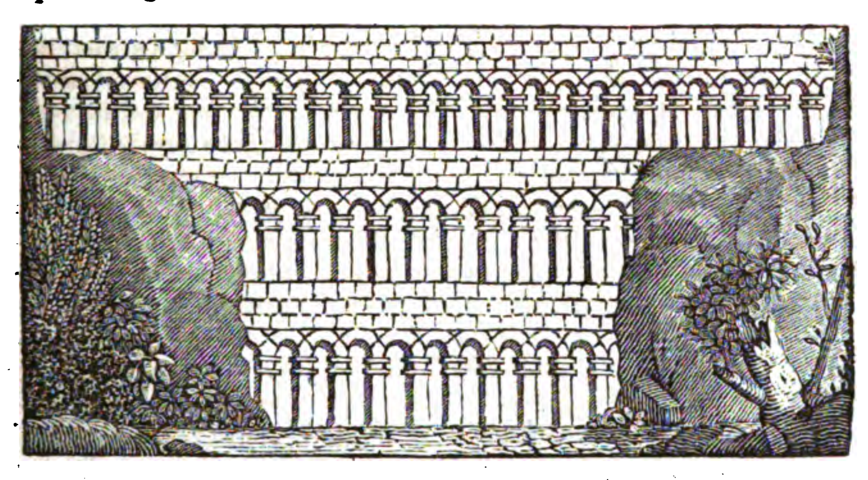
9 Tambien prueba Micer Icart que en Tarragona habia puerto. Y porque esta verdad resulta ya de muchas partes de esta obra, en las cuales hemos hablado, y en adelante hablarémos de él, no me detengo en averiguarlo. Tampoco me quiero detener en tratar de las minas, que tiene el territorio de la misma ciudad, de piedras muy alegres á la vista; unas de color de cielo, otras blancas, algunas encarnadas, muchas pardas y otras jaspeadas y matizadas de diversos colores, porque de ello escribe Micer Pons de Icart, y Micer Gerónimo Pau.

10 Hechas y acabadas las murallas de Tarragona, con las cuales quedó bien cercada y fortificada; y hermoseada con muchos edificios que la ennoblecian, se aumentó de tal manera el aprecio que de ella habian hecho los Scipiones, que contemplaban en ella una joya dignísima de estimacion por muchos motivos: uno por su situacion en la ribera del mar, y en su contorno cerca de diez leguas de tierra llana, que en el dia se llama el *campo de Tarragona*; abundante en aceite, pan y vino: y en el territorio de su jurisdiccion muchas villas mercantiles y populosas, dignas de ser ciudades. Su aire y clima, aunque templado, es mas caliente que frio, y por eso abunda de naranjas, limones y otros frutos de regalo, y de mucha hortaliza, aunque en lo antiguo era poca por falta de agua. Porque aunque junto á ella pasa un pequeño rio nombrado *Francolí*, es de poca consideracion, y en tiempo de mucho

calor queda sin agua y del todo enjuto. Pasaron los tarraconenses esta necesidad centenares de años, hasta este de mil seiscientos nueve, en el cual han tenido forma de volver el agua (de que habla Micer Icart) de la fuente de las Moriscas, desde la montaña de nuestra Señora de Lorito hasta la plaza *de las Cols* de aquella ciudad, en donde represada en un algibe en la plaza de la Seo, sobre las escaleras de la puerta principal, viene despues á caer en una pila de pardos lisos, alegrando la plaza y remediando aquella necesidad. Es su conducto obra de tanta consideracion, que casi se atribuye mas á providencia Divina, que á ingenio humano, por los muchos trechos y saltos que hace para venir al sitio señalado, bajando cerca de cuarenta canas, y subiendo otras tantas para llegar á aquella plaza.

11 En el tiempo de los romanos, ya la misma fuente de los Moriscas remediaba la falta del agua, con mucha destreza y artificio de aqueductos, de muchos de los cuales habla
Ic., c. 34. Micer Icart; y callaré de todos, hablando solo de aquel, que vulgarmente le llaman el puente de Ferreras, del cual hace
Mar. l. 2. c. 15. Au. dial. 4. mencion Florian de Ocampo, el P. Juan Mariana, y el arzobispo D. Antonio Agustin. Yo le ví en cierta ocasion, bajando del puente de Armentera á Tarragona: comenzaba aquel aqueducto á tomar el agua al pasar el rio de *Gaya*, por aquella villa del *Pont*, conforme lo escriben Micer Icart, y afirman todos los naturales de la tierra, tanto por la tradicion, como por los vestigios que en ella se encuentran; por cuanto á cuatro leguas de Tarragona, y una del Real Monasterio de santas Cruces, á unos quinientos pasos del rio, en donde tenia principio aquel conducto, se halla una grande torre de argamasa de figura cuadrada, con muchas quiebras que denotan la antigüedad del edificio. Habitaban en ella los que se nombraban prefectos de las aguas, que tenian el cargo y cuidado de ellas: así como hoy le tiene aquel á quien nombramos *Bayle de aguas*, y los romanos le nombraban *Hidrofilico*: como se puede ver en el Código del Derecho civil, que era lo mismo que si dijesemos *el Aguador*, ó guardia de las aguas, conforme allí mismo lo esplica la Glosa ordinaria. El zelo, estimacion y cuidado con que miraban los romanos el conducto de las aguas, las penas impuestas á los que los rompian, los privilegios é inmunidades de los oficiales que los guardaban, todo se puede ver en el mismo lugar citado del Dere-
Leg. decernimus §. universos de aquæductib. l. 11. C. cho civil, que por no ser largo, ni apartarme demasiado del asunto principal, no lo refiero; y continuo diciendo, que desde el dicho lugar ó poco distante, comenzó aquel aqueducto; y manifiestan sus vestigios que se dirigia hácia el monaste-

rio de santas Cruces, y luego hasta Vilarrodona; y haciendo su curso hácia el medio dia, pasaba el pueblo de Vallmol; y allí entre dos collados se encuentra á modo de un puente, que hacia pasar el agua del uno al otro. Y este es el edificio que nombran *Pont de Ferreras*. De allí tiraba el dicho aqueducto á la ciudad de Tarragona, en donde yo me hallaba el año de 1596, en el mes de junio. Y á las espaldas del palacio Arzobispal, fuera de la ciudad, junto á la muralla, ví mucha parte de señal del dicho aqueducto, y la canal por donde corria el agua, que tenia mas de dos canas de ancho. Despues, cuando volví en el año de 1599, ya no ví ni el rastro de aquello, porque lo habian destruido para descubrir la mina de unas piedras, de las cuales el arzobispo D. Juan Teres hacia en la Seo una capilla. La pontada que he dicho arriba, que pasaba de un collado á otro de Vallmoll, estaba del modo que aquí la figuro.



12 Con la cual figura creo se deja conocer lo vasto de aquella obra, y el grande coste que precisamente hubo de tener. Pero lo que mas suspende á cuantos la miran, es que despues de tantas guerras, mutaciones de estados y señoríos, como ha habido en Cataluña; y habiendo sido destruída la misma ciudad de Tarragona tantas veces, como verémos en esta Obra, se haya conservado aquel puente del aqueducto, de aqueste modo. Tiene aquel edificio, segun lo que hoy se comprende, once arcos en la parte de abajo, otros tantos en el medio, y veinte y cinco en la parte de arriba: en el medio tiene treinta y dos canas y media de alto; y en la cañonada por donde pasaba el agua tiene dos canas y media de ancho; de largo de un estremo á otro tiene doscientas treinta y cinco canas; cosa por cierto admirable. Esta fábrica aunque se tiene

por averiguado (segun la calidad de la obra) que es del tiempo de los romanos, no sabemos en que época se hizo: pero yo teniendo presente que los Scipiones ennoblecieron, aumentaron y hermosearon la ciudad, y la eligieron no solo para su habitacion, sino tambien para capital de la Provincia, hago juicio de que este aqueducto sería obra suya; porque era regular que á tanto aprecio y estimacion correspondiese una exacta aplicacion para abastecerla, especialmente de agua, porque sin ella quedaba sumamente defectuosa. Los idiotas y gente ignorante de la verdad de las historias, cuando los caminantes pasan por aquel puente, y preguntan qué es aquello? les responden con un largo cuento fabuloso, diciendo que un Rey de Tarragona tenia una hija recuestada, y pedida por muger de dos Príncipes, que la estimaban; y que habiendo ella de hacer la eleccion, dijo que aquel que mas presto facilitase la obra de la muralla, ó la introduccion del agua, aquel sería su marido. Y que el uno de ellos trajo el agua fabricando aquel puente para su conduccion. Esto es una fábula, semejante á la que escriben en algunas Crónicas castellanas sobre la poblacion de Cádiz por *Iliberia*: de la cual ya dije que omitia escribir en el libro primero; y lo mismo hago aquí, porque carece de fundamento.

15 Acabo esta narracion, diciendo que con estos y otros edificios públicos, quedó la ciudad de Tarragona ostentando tanta magnificencia, como se puede pensar; y se fué ennobleciendo y hermoseando mas y mas en adelante.

CAPÍTULO XX.

Como los Scipiones cobraron á Sagunto, y la volvieron á poblar: destruyeron á Teruel; y engrandecieron y dieron nombre á Valencia.

1 Con tantas y tales victorias, como los Scipiones habian alcanzado de sus enemigos, quedaron algun tanto desembarazados y sin estorbo, para pasar adelante con su buena fortuna. Y meditando sobre la desgracia de Sagunto que no pudieron contener los romanos, y avergonzándose digámoslo asi, de que ya habia seis años que la poseían los cartagineses, segun la cuenta de Florian y Mariana, ú ocho segun Beuter y Livio: y considerando cuan justo era recobrarla, para ponerla en su primitiva libertad, la que habia perdido por haber con firme constancia mantenido la amistad de los romanos: movieron los Scipiones su ejército, con resolucion de no parar hasta redimirla, ó morir en la demanda.

Ob. de Ger. l. 5 c. litteræ Carth. Fl. l. 5. c. 35. Mar. l. 2. c. 15. Beut. l. 1. c. 17. Liv. l. 4. D. 3. c. 14. y l. 2. c. 28.

2 Llegados que fueron á aquella ciudad, segun dicen los citados autores, y con ellos Pedro Medina; como venian con mayor poder que la primera vez, y hallaron á los cartagineses que estaban en ella con falta de gente y pocas municiones, añadiéndose á esta desprevencion el pánico terror que ya los africanos tenian á los romanos en vista de sus frecuentes victorias, les fué fácil conseguir su intento; pues los cartagineses, aunque hicieron lo posible, no pudieron resistir ni el primer asalto; y entraron los romanos, cautivando y matando africanos sin conmiseracion; cuya funcion fué el año doscientos diez ántes de Cristo, segun Garibay. Año 210 antes de Cristo.

3 Despues que se hizo público el recobro de la ciudad de Sagunto, se fueron restituyendo á ella sus naturales, que andaban fugitivos, y otros que servian en el ejército romanó; porque allí no dejaron ni un africano. Los Scipiones hicieron con ellos nueva confederacion; les concedieron muchos privilegios y franquicias, y los proveyeron para mucho tiempo de víveres: les dieron mucha moneda, y preciosas joyas; y les dejaron tambien muchas armas, máquinas, y todo lo conducente para su defensa.

4 Y como paraque los saguntinos pudiesen vivir con sosiego y placer, era conveniente aniquilar los enemigos que les estaban vecinos, que eran los de *Turdeto menor*, hoy Teruel, amigos de los cartagineses, y que causaron la destruccion de Sagunto; los Scipiones, para vengarlos, y asegurar sus conquistas, fueron con su ejército contra Turdeto; y no obstante que hubo una poderosa resistencia, la entraron por asalto, y la quemaron, destruyeron y asolaron enteramente, llevándose cautivos los vecinos, á quienes vendieron por esclavos; y todo el territorio le consignaron á los saguntinos.

5 Señala Florian de Ocampo, que concluidas aquellas empresas, los Scipiones reformaron su ejército, pareciéndoles que, como venía el invierno y se hallaban tan victoriosos, no tenian necesidad de tanta gente, mayormente no teniendo, como no tenian, noticia de venida alguna de enemigos. Y por esto, habiendo repartido entre los amigos muchas joyas y tesoros, los enviaron á reposar á sus casas. Y ellos, conforme lo dice Medina, se fueron á Tarragona, donde pasaron aquel invierno con mucha quietud. Fl. l. 5. c. 36.

6 Pedro Antonio Beuter escribe muy al contrario; pues dice que luego que los Scipiones concluyeron las dos dichas funciones, pareciéndoles que un hecho tan señalado no debia quedar sin alguna memoria, y viendo proporcion para otro hecho memorable, porque se hallaba á cuatro leguas de Sagunto la poblacion que nombraban *Roma*, del tiempo del rey Ro-

mo que la habia edificado; resolvieron ampliarla, engrandecerla y ennoblecerla, y mudarla el nombre de Roma en el de Valencia. Y asi lo hicieron, paraque no hubiese en el mundo mas Roma que la de Italia. De esto tambien hacen mencion Garibay, Bernardino Gomez Miedes, y Pedro Medina: y de lo que hicieron en dicha ciudad me refiero á los nombrados autores; así porque es cosa fuera de mi intento, como porque los reprende el Mtro. Florian de Ocampo, teniéndolo por historia apócrifa. Lo demas lo dirémos en el siguiente capítulo.

Ga. l. 5. c. 16. Mied. l. 12. c. 14 y 16. Med. lib. 2. c. 148.

CAPÍTULO XXI.

De las cloacas, que hicieron los Scipiones en Barcelona; y como le mudaron el nombre, llamándola Favencia; *y de algunas obras públicas de ella.*

1 Recuerdo al lector que en los capítulos veinte y tres y veinte y cuatro del libro primero, en el veinte y uno, veinte y dos, treinta, y treinta y uno del libro segundo; y en el trece del libro tercero, tratando de Barcelona, queda escrito que fué fundacion de Hércules: que la acrecentó Hamilcar Barcino; que los *betulones* embarazaban la obra: y que tal cual era, chica ó grande, les cupo á los romanos en la division que hicieron de España en dos partes, con el rio Ebro. Y tambien queda escrito que no obstante que Beuter haya dicho que la destruyó y asoló *Telongo Bachio*, no pudo ser por la razon que allí queda alegada. Tambien queda escrito que de las ruinas de *Cartago vieja* y de *Rubricata* se habia crecido y aumentado Barcelona. Ahora pues, en este lugar es de advertir lo que escribe Beuter, que acabada de poner en órden aquella nobilísima ciudad de Valencia, acordándose los Scipiones que la de Barcelona habia sido aumentada por Hamilcar, y desamparada de Anibal; y que á ellos les habia cabido en la dicha reparticion de la España; deseando ennoblecer el nombre romano, y reconociendo que para ello era menester poner en mejor estado y grandeza las poblaciones que habian sido de sus enemigos, para manifestar así la diferencia que habia de poder á poder, y de señorío á señorío; entretanto que el tiempo los ayudaba y estaban empleados en obras, resolvieron hermosear aquesta ciudad de Barcelona con algo que fuese magnífico y celebrado; á cuyo fin empezaron por lo mas útil, que fué hacer unas cloacas, que por entónces era lo que mas necesitaba. Y dice Garibay que se hicieron en el año doscientos diez ántes del Nacimiento de

Beut. l. 1. c. 17.

Cristo nuestro Señor. Y aunque es cosa bastante sabida lo que pueden ser estas obras, y que son lugares cóncavos por donde corren las aguas pluviales y las puercas hasta fuera de la ciudad, paraque purgada de aquella corrupcion corra el aire puro y sano, como lo dijo el juriseonsulto Ulpiano: debe advertirse que las cloacas son de dos maneras; unas públicas, cuyo cuidado corresponde á la república, y vá á ellas toda la inmundicia de las particulares: y otras particulares, que de la casa de cada cual corre la inmundicia á las públicas, como lo dice el mismo Ulpiano. Sabido esto, se entiende que diciendo Beuter y Garibay que los Scipiones hicieron las cloacas de Barcelona, aunque ellos no digan cuales fueron, se ha de entender de las públicas, ó *clavegueras* maestras, cuya reparacion costéa la república. De aquí se deduce la mucha antigüedad, que tiene esta policía y limpieza en Barcelona, que particularmente en esto escede á todas las ciudades del mundo; la cual ha sido continuada en tanta série de siglos, con tanto cuidado, que apénas hay calle ó callejuela, que no tenga *claveguera* ó cloaca, que todo es uno. Yo me persuado que las principales cloacas públicas fueron las que se hallan desde la Bocaría y Rambla hasta el mar; y desde Junqueras á la Riera de S. Juan, y á la Boria; pudiendo ir en cada una de ellas un hombre á caballo: y recogen las aguas que bajan de las montañas de Collcerola.

Ulp. l. 1. ff. de Cloacis.

2 Y si es verdad, como me lo persuado, pues lo escribe Ulpiano, que las cloacas se hacen para el fin de conservar la poblacion con limpieza, claro está que cuando la república emprendió este universal beneficio, fué paraque las aguas puercas no corrompiesen el aire; de que se infiere, que tendrian cuidado en que no se embarazasen y corrompiesen en las plazas y calles, haciéndose grandes y corruptos lodos, los cuales revueltos con las aguas y estiércoles de animales, y con el calor del sol engendrarían putrefacciones; y estas corromperían el aire. Y para evitar esto enteramente, el mejor medio era empedrar las plazas y calles; pues la esperiencia nos muestra que las poblaciones que no están empedradas, cada vez que llueve se ponen las calles intransitables por muchos dias con los lodos que allí se hacen. Al contrario sucede en Barcelona, pues en cesando de llover se camina á pie enjuto, y cuanto mas llueve mejor. Por lo que parece que no será estraño el pensar, que tambien en tiempo de los Scipiones, cuando hicieron las cloacas, se comenzó á usar el empedrado de las plazas y calles; todo lo cual fué y es una de las mejores obras y adornos que se podian hacer, y que nosotros debemos mantener, por ser una de las escelencias que Tobias publicaba de Tob. c. 13.

la santa ciudad de Jerusalen, diciendo que sus plazas estaban enlosadas de una piedra blanca y limpia.

3 Mejorada así nuestra ciudad de Barcelona, y no contentos aun los Scipiones con la honra que esto les conciliaba, quisieron poner en ella nuevos pobladores, que eran Faventinos de Italia, y quitar las antiguas memorias de Cartago, mudándola el nombre. Así lo hicieron en efecto, nombrándo-
Plin.l.3.c.2. la *Favencia*, como la nombra Plinio en sus libros de *natural historia*. Pero como el nombre de Barcelona estaba ya tan usado y arraigado, y la faz de la ciudad no se mudó, no pudo acabar de perderse enteramente el nombre antiguo, sino que ántes bien le retuvo; y aun algunos romanos la nombraban Barcelona, y á los que la poblaban *barceloneses*, como
Paul.L.fina. ff. de censi. parece de Paulo jurisconsulto, donde trata de las ciudades que gozan de inmunidad.

4 Ya que hemos hablado de edificios públicos de esta ciudad, no será fuera de propósito hacer mencion de algunos otros, que en ella se hallaban en tiempos pasados: de los cuales aunque no sepamos ciertamente que fuesen del tiempo de los Scipiones; no obstante, porque en el de su gobierno recibió aumento esta ciudad, como hemos visto y lo he dicho en este mismo capítulo, y porque estaban resueltos á continuar en hacer obras públicas como aquí vemos, no será presuncion muy remota el juzgar que las demas fuesen de ellos; ó por lo ménos, viene aquí mas á propósito hablar de ellas.

5 Entre otros edificios viejos de esta ciudad, me ocurre tratar de los aqueductos, que bajaban de la montaña de Monjuic, de la fuente que hoy se llama de los *Taronjers*. Los cuales cayendo por la falda de la montaña, por unas cañonadas debajo de tierra, venian á parar donde hoy es la puerta y calle de S. Pablo; y dan señal de esto cuatro caños de fuentes que se encuentran aun, los tres redondos, y por dentro huecos, con tanto diámetro como la pierna de un hombre. Los dos están fuera de la ciudad á la orilla del camino, bajando de dicha fuente; y sobre el uno de ellos (grande ahorro, que pierde una antigüedad) está hoy un mojon, término ó fita de la ciudad, en frente de la dicha puerta: estos dos eran de la alzada de un hombre. El otro está dentro de la ciudad en la dicha calle, en frente de una callejuela que pasa por detrás del altar mayor, ó sacristía de la iglesia de S. Pablo del Campo, y tiene mas de tres canas de alto. Y lo que sobra de muestra á este, falta al último, que no se muestra mas que algun palmo sobre la tierra arrimado á una pared, á mano derecha de quien va desde la Rambla al Monasterio, en el entremedio de las dos cloacas vieja y nueva, que se

encuentran en aquella calle. Desde donde se pierde el tino del lugar á donde podia ir el agua que por allí pasaba. De estos aqueductos hace memoria de paso Micer Dionisio de Jorba, en las *Escelencias* de esta ciudad.

6 Ademas de esto tenia Barcelona algunos suntuosos templos dedicados á los fingidos dioses de los gentiles. Y dejando por ahora aquel que era del dios Esculapio, del que tratarémos donde le corresponde; y tambien el de Júpiter, porque ya hemos hablado de él: se tiene por muy cierto, que en esta famosa ciudad habia un templo dedicado á la diosa Minerva; y así lo afirma Micer Gerónimo Pau en su *Barcinona*. Y se verifica con la inscripcion de una piedra, que luego figuraré; aunque no se colige de ella el sitio donde estaba edificado. Pero se infiere del P. Mtro. Diago, que era donde hoy está edificada la Catedral; bien que dice le mueve á adoptar esta opinion, cierta espiritual contemplacion, que con él pueden meditar los que están dados al loable y santo ejercicio de la meditacion. Pero como historiador, queriendo seguir al no ménos docto, que laborioso Ambrosio de Morales diré que los edificios romanos estaban por lo comun edificados en los sitios donde se encuentran las piedras antiguas, las cuales se conocen mas por práctica y esperiencia, que no por fundamental ciencia; por lo que me persuado que el dicho templo de Minerva estaba en el sitio que hoy ocupan las grandes casas de Gualbes; pues al pié de la escalera de la casa de Gualbes, de Bonaventura, yendo al Regomir, se encuentra un pedestal de ara, ó estatua romana, que sirve para subir á caballo, y está puesta de través, de esta manera.

Diago, l. 1. c. 5.

Moral. antiquitat. c. 1.

MINERVAE
AUG.
NAUTUSTIUS
HOMUNCIO
IIIIII. VIR. AUG.
COLLEGIO. FABR.
DONO. POSUIT.

7 Que quiere decir, que *Nautustio Homuncio*, *que era uno de los seis hombres Augustales*, *puso é hizo aquel donativo á Minerva*, *y al Colegio de los artífices*. Nombrábanse *Augustales* ó por ser personas de religion, y por ello dignos de veneracion y santimonia; ó por ser de aquellos que llevaban el primer órden y vanguardia en las guerras, como opina Ambrosio Calepino. Era tenida Minerva por inventora de to-
Cart. tit. de Minerva. das las artes, como lo dice Vicente Cartario: por lo cual, haciendo donacion á aquel Colegio, se honraba y respetaba la deidad, que allí presidia. A este Nautustio Homuncio nombran Diago y Micer Jorba Antistio: y realmente es error de impresion.

8 El mismo Micer Jorba dice que antiguamente esta ciudad tuvo un templo de gentiles, situado en el mismo sitio donde está la iglesia parroquial de Sta. Eulalia de Mérida, que tambien se llama *del campo*, fuera de los muros de Barcelona: mas no dice á cual deidad fué consagrado. Pero Gerónimo Pau y Fr. Diago, dándole el mismo sitio y lugar, dicen que fué dedicado á la diosa Venus; y que ántes de algunas guerras que en aquella época habian sucedido, ántes que Micer Pau escribiera (que ciertamente serían las turbaciones con el Rey D. Juan el segundo), se mostraban aun allí algunas sepulturas de romanos. Y que le destruyeron los mismos barceloneses, paraque desde allí no ofendiesen á la ciudad; y que despues se volvió á edificar lo que hay en el dia. Y ciertamente las paredes viejas que están en aquella iglesia, dán bastante vestigio de esto, mostrando que la obra vieja tenia la largaria al través de lo que es ahora; y que la puerta del templo miraba hácia la ciudad, como ahora mira al camino Real.

9 Tenia tambien esta ciudad otro puerto viejo y seguro á la falda de la montaña de Monjuíc, hácia la parte de Poniente, donde aun se mantiene el nombre en una capilla de nuestra Señora del *Port*, santuario bastante frecuentado, y en que ha hecho Dios muchos milagros con los verdaderos devotos, como lo dirémos en la segunda Parte de esta Crónica, cuando tratarémos de la institucion de esta sagrada capilla. Allí se hallaban aun pocos años hace, algunos anillos de hierro, como los que suele haber en los puertos de mar, para amarrar las gúmenas de los navíos, con que los aseguran de las borrascas. Y cuando era castellano ó feudatario del castillo que hay allí, Micer Miguel Serrovira, las quitó, yo no sé por qué, ayudando á dar prisa á que se acabe la memoria de estas antiguedades. Algunos del vulgo han pensado que la ciudad de Barcelona al principio fué fundada en aquel territorio; y que despues, porque el sitio era mal sano por causa de los estanques

de Remolar y de otros que hay por aquel llano de la poblacion de *Prat*, de los cuales en los inviernos salen tales nubarrones, que si no rompiesen y descargasen contra Monjuic, como descargan en gran parte, causarían todavia grandes daños á la ciudad; la mudaron al sitio donde hoy está. Pero como esto no tiene fundamento, omití el decirlo, cuando traté de la fundacion de esta ciudad; pues no es de consideracion el decir que el puerto estaba muy distante; porque mucho mas distante de Tarragona está el puerto de Salou, y no por eso ha dejado Tarragona de ser el emporio del comercio en aquellos tiempos, que ya dejo referidos. Pero como en muchas ocasiones en adelante será preciso hacer mencion de aquel puerto viejo de Barcelona, es el motivo porque me he detenido en lo que de él he dicho en este capítulo: en el cual ceso de hablar de las escelencias de esta ciudad, porque ellas son tantas, que nunca acabaría de referirlas; y porque algunas de ellas se escribirán en el resto de esta Obra, en los lugares que corresponderá.

CAPÍTULO XXII.

De las amistades que hicieron los Scipiones con el Rey Siface ó Sifax, y los Cartagineses con el Rey Gala: y de la primera vez que los Romanos dieron sueldo en la guerra.

1 Mientras que pasaban en Cataluña las cosas referidas en el anterior capítulo, habia un Rey en África, nombrado Siface ó Sifax, enemigo de Cartago, y que tenia continuas guerras contra aquel Señorío, y con otro Rey nombrado Gala, que estaba en medio de su reino y del de Cartago. Siface, segun Florian, Estéban Garibay y Mariana, era Rey de *Sigá*, y poseía toda la marina hasta cerca de Tanger y Ceuta, con algunos lugares tierra adentro, y era señor de alguna parte de la Numidia; y segun Pedro Antonio Beuter, Gala era Rey de la otra parte de la Numidia y de los Masulios. Quiso Siface hacer paz y conciertos con los cartagineses, por ciertos respetos que Florian y Mariana escriben largamente; y como no pudo lograr su intento, mudó de propósito, y volvió á continuar la antigua enemistad. Fl. l. 5. c. 37. Gar. l. 1. c. 19. Mar. l. 2. c. 17. Beut. l. 1. c. 18.

2 Los Scipiones, que estaban en España, tuvieron entero conocimiento de aquella enemistad; y segun dicen Tito Livio, Florian, Beuter y Medina, pareciéndoles este proporcionado medio para acabar de sacar de España á los cartagineses, ocupándolos con guerras en África, paraque no molestasen la Liv. l. 4. c. 17. Dec. 3. Fl. l. 5. c. 38. Med. l. 1. c. 37.

Italia, ni pudiesen enviar socorros á España, resolvieron contraer amistad con el rey Siface; para cuyo fin le enviaron tres embajadores, capitanes ó centuriones, uno de los cuales era Quinto Sertorio: y le rogaron que continuase con ardor la guerra contra Cartago, prometiéndole favor y auxilio para ello. Contentóle á Siface la promesa, y nombró tres de sus caballeros africanos, para que con los embajadores viniesen á España, á recibir el juramento de los Scipiones; y paraque cuantos vasallos suyos hallasen en servicio de los cartagineses, los hicieran pasar á la parte de los Scipiones: y él se detuvo en su reino á Quinto Sertorio, paraque enseñase á sus vasallos la disciplina militar de los romanos, y el modo de guerrear. Los otros embajadores vinieron á desembarcar en Alicante, cerca de *Calp*, segun Beuter, y desde allí negociaron lo que les habia ordenado su rey Siface. Y con efecto sus vasallos africanos se pasaron al servicio de los romanos en el ejército de los Scipiones: y allí donde estuvieron aquellos enviados de Siface, fundaron una poblacion en obsequio de su Rey, que la pusieron por nombre *Siphax*, y despues *Yphax*, la cual dice Pedro Antonio Beuter que fué arruinada en la guerra que los catalanes tuvieron con los genoveses.

3 Poco despues que el Señorío de Cartago supo estas amistades, hizo confederacion y alianza con el rey Gala, de quien ya dejo dicho que Siface era enemigo. Y este hizo capitan á su hijo Masenisa, que dió algunas batallas, y venció á Siface.

4 Sabido todo esto por Hasdrubal Barcino, Hasdrubal Gison y Magon, que como dejo dicho estaban en España, es-
Fl.l.5.c.39. criben Florian y Mariana, que viendo nuevas ocasiones de encender la guerra, se alegraron en estremo; y comenzaron á cobrar ánimo, y á divertir con cautela á los españoles celtíberos, procurando apartarlos de la amistad de los romanos, con promesas de señalarles cierto estipendio perpetuo, paraque
Med. l. 1. c. 48. los siguiesen en las guerras; bien que Medina pone muy diferente ocasion, diciendo que ya estos capitanes cartagineses no aguardaban favor del Señorío; y que por esto procuraron mañosos concertarse con los celtíberos.

5 Vistas estas ideas por los Scipiones, meditando sobre el medio de contener los celtíberos, paraque no se apartasen de su amistad, ó porque ya lo habian hecho, segun dice Micer
Icart, c. 17. Icart, prometieron darles aventajado partido y concierto, ofreciéndoles sueldo diario, ademas de la parte que les correspondiese del botin y despojo de la guerra. Y advierte Tito Livio y todos los otros, que esta fué la vez primera que Roma dió sueldo á sus soldados, pues ántes no daban sueldo cierto; sino que por términos, ó *colaciones* que ellos decian, como

si ahora dijesemos por parroquias, los ayudaban los amigos para hacer la guerra por cierto tiempo, y el despojo que hacian de los enemigos se lo repartian entre ellos; y lo que no se podia dividir lo vendian y se repartian el dinero; con lo que quedaban contentos y se daban por satisfechos. Así pues á los celtíberos les pareció muy bien aquello de tener un soldado sueldo diario; y admitieron el partido, quedando por los romanos; aunque no todos tomaron este partido, porque parte de ellos se quedaron con los cartagineses: y así fueron divididos los pueblos celtíberos. Los que abrazaron el partido de Roma, los admitieron y alistaron bajo las banderas romanas, repartiéndoles en los escuadrones, lo que ántes no se hacia; pues ni los ponian en los escuadrones, ni los mezclaban con la tropa romana.

6 Esta novedad la celebró el Senado Romano, y envió luego bastimentos, municiones y todo género de provisiones á España; como largamente lo escribe Florian de Ocampo. Pero esto fué la perdicion de los Scipiones, como lo verémos en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXIII.

Como Masenisa é Indivil ayudaron á Hasdrubal; y de la batalla que tuvieron con los Romanos, en la cual murieron los hermanos Scipiones.

1 Muy contentos estaban los Scipiones por haber atraido los celtíberos á su amistad, porque eran mas de treinta mil hombres. Pero como fueron los primeros mercenarios, que servian solo por el interés, y no por amor, por eso fueron la destruccion de los capitanes romanos, como resultará del contenido de este capítulo. Con aquel contento y alegría que los Scipiones tenian, viéndose poderosos; así como el año ántes habian vencido á Hasdrubal, y estorbádole su pasage á Italia, querian en el siguiente de doscientos nueve ántes de Cristo, arrojar y desterrar enteramente de España á los cartagineses, como lo dice Tito Livio. Año 209 ántes de Cristo. Liv. Dec. 3. l. 5. c. 13.

2 Hasdrubal Barcino, Hasdrubal Gison y Magon, que eran los tres capitanes africanos que estaban en España, entendidos los intentos de los Scipiones, tambien se pusieron á punto de guerra, segun escriben Florian, Medina y Mariana; y para esto procuraron juntar toda la gente que pudieron de amigos y confederados, y especialmente á nuestro catalan Indibil, que les era grande amigo (como dejo referido en el capítulo undécimo de este libro tercero): el cual les acudió prontamen- Fl. l. 5. c. 48. Med. l. 1. c. 48. Mar. l. 2. c. 18.

te con su gente, y con cinco mil hombres *susetanos*, todos pagados con anticipacion.

3 Entre tanto que esto pasaba en España, y se hacian las prevenciones de guerra, se disponía lo mismo en Africa para socorrer á los que estaban en España. Porque el rey Gala, despues de haber vencido al rey Siface ó Sifax, habia casado á su hijo Masenisa con una hija de Hasdrubal Gison, nombrada Sofonisba; y luego prontamente le hizo pasar con un grande socorro á España, paraque auxiliase á su suegro con siete mil infantes y sietecientos ginetes; los cuales desembarcaron en Cartagena en el mismo año de doscientos nueve, segun Garibay. Y con aquestos auxilios de Indibil y Masenisa, comenzaron los capitanes cartagineses á mover su ejército contra el de los romanos. Avisaron tambien á los celtíberos sus amigos, que estuviesen seguros, y no se moviesen hasta ver los movimientos que harían aquellos de su nacion, que se habian alistado en el ejército de los romanos.

Gar. lib. 5. c. 20.

4 Los Scipiones que supieron estos movimientos, como deseaban lo mismo que los cartagineses, pusieron tambien á punto su ejército, pareciéndoles que tenian bastante poder para encontrarse con ellos, y sacarlos de España. De modo que entónces andaban tres ejércitos por España, el uno de romanos, y los dos de cartagineses; guiados el uno por Hasdrubal Gison, Magon y Masenisa, y el otro por Hasdrubal Barcino solo; y estos dos ejércitos iban por distintas partes. El ejército romano lo mandaban los hermanos Scipiones. El primer ejército africano mandado por Gison, Magon y Masenisa, caminaba desviado del ejército romano algunas cinco jornadas á poca diferencia. El de Hasdrubal Barcino iba algo mas cerca de los Scipiones, hácia una ciudad que se nombraba *Anatorgin*, ó *Anitorgin* (que segun algunos era la que hoy se llama Astorga) á dos jornadas del ejército romano. Y escriben Livio, Florian, el obispo de Gerona, Beuter, Pineda y Mariana, que aunque las voluntades de todos eran conformes de encontrarse, y los Scipiones, mediante su poder, esperaban lograr el vencimiento; temiendo que si vencian á Hasdrubal Barcino, podrian los del otro ejército huir y escaparse por los bosques; á precaucion, resolvieron dividir el ejército en dos partes, tomando cada uno por la suya, para ir contra los otros. Para esto, Publio Cornelio Scipion tomó dos partes de las banderas y escuadras del ejército, y lo mas secreto que pudo, se pasó contra el ejército de Hasdrubal Gison. Y Gneo Scipion, con algunos italianos y los treinta mil celtíberos, se quedó para contrastar á Hasdrubal Barcino. De esta manera dicen comunmente que se dividió el ejército

Liv. dec. 3. l. 5. c. 18.
Fl. l. 5. c. 43. 44 y 45.
Ob. de Ger. l. 5. c. de morte Scipion.
Beut. l. 1. c. 18.
Pin. l. 8. c. 4. § 2. y 3.

de los Scipiones; pero á mí me parece que se dividió en tres partes, y que la una se encomendó á Tito Fonteyo, que estaba por las partidas y comarcas de Ebro y Tarragona; como se verá en el capítulo veinte y cinco. De manera que divididos así, y caminando los ejércitos en busca los unos de los otros, llegado ya Gneo Scipion á la vista de Hasdrubal Barcino, puso toda su gente en órden. Hasdrubal que le vió venir de aquel modo, con determinacion de acometer; y que ya no los dividia sino un rio que pasaba por en medio de los dos ejércitos; advirtiendo Hasdrubal que la mayor fuerza del ejército romano consistia en los españoles celtíberos, avisó á sus amigos que tenia en los pueblos de Celtiberia, para que pegasen de improviso contra los pueblos celtíberos, amigos de los romanos. Y al mismo tiempo envió algunos de sus celtíberos á hablar á los que habia en el ejército romano, rogándoles se apartasen de la amistad de Roma; y que ya que no quisiesen favorecer á los africanos, que á lo ménos no les fueran contrarios; pues Hasdrubal y sus hermanos eran hijos de españoles y casados con españolas. Este razonamiento y el aviso que tuvieron al mismo tiempo de lo que pasaba allá en sus tierras, fueron de tanta eficacia, que incontinenti los celtíberos sacaron sus banderas del Real, y se apartaron del ejército romano, marchando á sus tierras á socorrer sus casas. Quedó Gneo Scipion con mucho desconsuelo, pues por mas que los rogó, nunca pudo sacar de ellos otra cosa, sino es que no querian pelear contra ellos mismos. Conoció pues Scipion, que ya sus fuerzas no eran bastantes para resistir á Hasdrubal Barcino, y resolvió volverse atrás, tanto cuanto pudiese, porque estaba léjos de su hermano, y no era fácil juntarse los dos; y ya Hasdrubal habia pasado el rio para irle á encontrar. Por eso Gneo Scipion se iba alejando cuanto podia de él, buscando algun sitio fragoso, donde pudiese mantenerse algunos dias, ó escapar del enemigo.

5 Entretanto que Gneo Scipion se veía en estos aprietos, su hermano caminaba contra Hasdrubal Gison y Magon: pero luego que supo que con ellos estaba tambien Masenisa con tan grande socorro, reconoció las poderosas ventajas que le llevaban sus enemigos. Aumentóse este cuidado, luego que empezó á esperimentar que de dia y de noche se le acercaban, y que apénas sus soldados se apartaban del Real, cuando daban en manos de los Numidas de Masenisa, y los hacian esclavos. Añadióse á esto la venida de Indibil con sus soldados, y los *susetanos*, que segun dice Livio eran siete mil y quinientos. Y queriendo impedir el peligro que le esperaba, si estos se juntaban con los cartagineses, resolvió pe-

lear primero con Indibil, ántes que se juntára con sus aliados. Y para esto sacó de noche sus banderas; dejó en el campo por su comandante á Tito Fonteyo, el cual como ya he dicho tenia la otra parte del ejército romano; y él marchó haciendo su camino á encontrar á Indibil. Percibieron esta partida los de á caballo del ejército de Numida, que corrian el campo; y avisando á los cartagineses, acudieron prontamente á darle alcance, y le encontraron al tiempo que comenzaba á pelear con los de Indibil. Trabóse entre todos una batalla tan reñida, cruel y sangrienta, que de ambas partes murieron á millares; pero muchos mas de los romanos. Y á lo último, Publio Cornelio Scipion (que con valor los animaba) herido de una lanzada en el costado derecho, cayó muerto en tierra. De cuya muerte, ademas de los citados autores, Plut. in vita Scipi. Rom. Fl. l. 2. c. 6. hacen mencion Plutarco y Lucio Floro. Al punto comenzaron los enemigos con grandes gritos á publicar aquella sensible muerte, y apellidar la victoria. Y los romanos comenzaron á desmayar y á flaquear, de modo que muy pronto fueron vencidos, escapando los que pudieron al Real de Tito Fonteyo; donde llegaron muchos tan cansados de los trabajos, fatigas y peso de las armas, que murieron muchísimos de ellos. Y por el camino, con el alcance que les daban sus enemigos, acabaron muchos mas de los que murieron en el campo de batalla.

6 Los cartagineses, que con aquel feliz suceso consintieron en tener de su parte la ciega fortuna, no fueron perezosos en aprovecharse de ella. Antes sí, á toda diligencia, luego que hubieron tomado algun refresco soldados y caballos, juntos Hasdrubal Gison, Magon, Masenisa é Indibil, marcharon luego á reunirse con Hasdrubal Barcino en *Anatorgin*, donde fueron recibidos con la mayor alegría correspondiente á la buena nueva que llevaban.

7 No sabia aun Gneo Scipion la muerte de su hermano, y rota de su ejército. Pero como no recibia de él ningun aviso, y veía la venida de los capitanes cartagineses, sospechó lo que era. Y en su ejército se movieron melancólicas hablillas, y pronósticos lúgubres, como sucede en semejantes casos. Gneo Scipion observaba los latidos de su corazon, que mudamente le estaba diciendo lo sucedido á su hermano. Y con estos tristes pensamientos, presagios de su ruina, iba retirando atrás su ejército, lo mejor que podia, en busca de sitio proporcionado, donde poderse fortificar; á cuyo fin caminaba en las noches; y una de ellas tomó el camino hácia el rio Ebro, y parte donde hoy está Zaragoza, segun opina Beuter. A la mañanita, visto por los africanos que Gneo Scipion ha-

bia levantado el campo y marchado, enviaron detrás de él los caballeros de Numidia, y llegaron á encontrarle la tarde del dia siguiente. Luego que Gneo los vió cerca, hizo retirar su gente en un collado, un poco mas eminente que los sitios de su contorno; y como no encontraba comodidad, con que hacer reparos para fortificarse, porque por allí no habia fagina, y la prisa con que se iba arrimando el enemigo, no permitia irla á buscar á mayor distancia; tomó todas las albardas y bastos de los animales del carruage, el bagage, fardos, balas, sacos y algunas cuerdas; y con esto hizo sus baluartes, trincheras y reparos. Llegada la mañanita del dia siguiente, acabaron de llegar los otros escuadrones y capitanes africanos; y comenzaron á combatir el sitio donde Gneo se habia fortificado, maravillándose mucho de aquellos reparos. Los cuales al principio fueron de algun provecho, porque resistieron medianamente. Y fiados en esto los capitanes y tropa romana, irritaban á los cartaginèses con palabras injuriosas y de vituperio, alborotándolos con vilipendios y diciéndoles que los detenian unas cosas que no detendrian á las mugeres ni á los muchachos. Los enemigos que se vieron así ultrajar, se enfervorizaron todos á una, y acometieron con tanta furia y con tan grande ímpetu, que superaron los reparos; y cortando las cuerdas con que estaban atadas aquellas cosas unas con otras, lo desembarazaron, y se echó el ejército encima de los romanos, atropellando y matando á millares; de modo que como el poder era tan superior, no sirvió de nada la defensa.

8 Sobre la fortuna que corrió Gneo Scipion en este encuentro, son diversas las opiniones. Unos dicen que murió defendiendo aquella furiosa envestida. Lucio Floro y otros dicen que huyó con algunos pocos de los suyos á una torre, que habia allí cerca del Real; y que sus enemigos la pusieron fuego, y fueron abrasados dentro Scipion y cuantos con él estaban. Tito Livio refiere estas dos opiniones, sin declarar cual sea la mas cierta. Pero los demas tienen la primera por mas verosímil. Murió Gneo Scipion muy pocos dias despues que su hermano Publio, segun Plutarco; y segun los otros autores, fueron veinte y nueve, al cabo de veinte años que habia venido de Roma al gobierno de España. Y si bien que Pablo Orosio hace mencion de la muerte de estos dos hermanos, diciendo solamente que fueron vencidos y muertos en España por el capitan Hasdrubal; sin embargo, fueron tan llorados de los españoles, que no tuvieron desgracia que les fuese tan sensible, mayormente en Sagunto, Valencia, Tarragona y Barcelona, por los beneficios que de ellos habian

Pau. Orosio l. 4. c. Anibal.

recibido. Los soldados que escaparon de la batalla, huyeron por diferentes partes, cada cual á donde parecia poder salvarse: muchos acudieron al Real de Tito Fonteyo; y de ellos tratarémos en otro lugar, que será el capítulo veinte y cinco.

CAPÍTULO XXIV.

Del sitio de las anteriores batallas; muertes de los Scipiones, su sepulcro, y torre del camino de Tarragona.

1 Sobre los territorios donde se dieron las batallas descritas en el precedente capítulo, y donde murieron los Scipiones, difieren los autores; de modo que aun no está bien averiguado: motivo por el cual yo no osaré hacer opinion, para escusarme de manifestar tal vez alguna pasion por las glorias de mi país. Diré lo que siento, y dejaré la decision al juicio del lector.

Fl. l. 5. c. 46. Vilad. c. 18. Val. p. 2. c. 11. Pineda, l. 8. c. 14. § 3. Ga. l. 5. c. 20. Mar. l. 2. c. 18. Liv. Dec. 3. l. 5. c. 13.

2 Es de saber que Florian de Ocampo, Pedro Antonio Viladamor, Mosen Diego de Valera, Juan Pineda, Estéban Garibay y Juan Mariana, guiados por los escritos de Tito Livio, dicen que Publio Cornelio murió en Andalucía, y Gneo Scipion su hermano cerca de Cartagena. El vulgo en Cataluña tiene por tradicion, que la batalla de Gneo Scipion, ó el territorio donde murió, fué cerca de Tarragona, en el collado en que se encuentra una torre comunmente nombrada *la torre de los Scipiones*, junto al camino Real, á mano derecha de quien vá desde Barcelona á Tarragona, á la parte de acá del arenal, á la distancia de seis mil y quinientos pasos á corta diferencia de la ciudad de Tarragona, segun lo escribe Micer Luis Pons de Icart en las *Grandezas* de aquella ciudad. Esta vulgar opinion tiene su fundamento en dos estátuas ó figuras humanas de relieve, que con semejanza y vestidura de romanos están en aquella torre, las cuales dicen son estatuas ó imágenes de los Scipiones. Y esta opinion tuvieron algunos autores que yo he leído, y los alega Micer Icart, y tuvieron la misma Juan Annio de Viterbo sobre el Beroso, Pedro Medina, Mario Arecio y Juan Vaseo, concordando todos en esto mismo, de que allí fué la muerte de Gneo Scipion. Pedro Antonio Beuter, aunque como arriba he referido, ha dicho que Gneo cuando se iba retirando se fué cerca de Zaragoza, no insiste en si murió, ó no murió por allí; sino que refiriendo estas dos opiniones que tengo dichas, se arrima á la primera que es la de los que dicen que murió Gneo cerca de Cartagena: y para mejor relatar la segunda, y hacer ver el fundamento que tiene, hace demostracion de la figura de

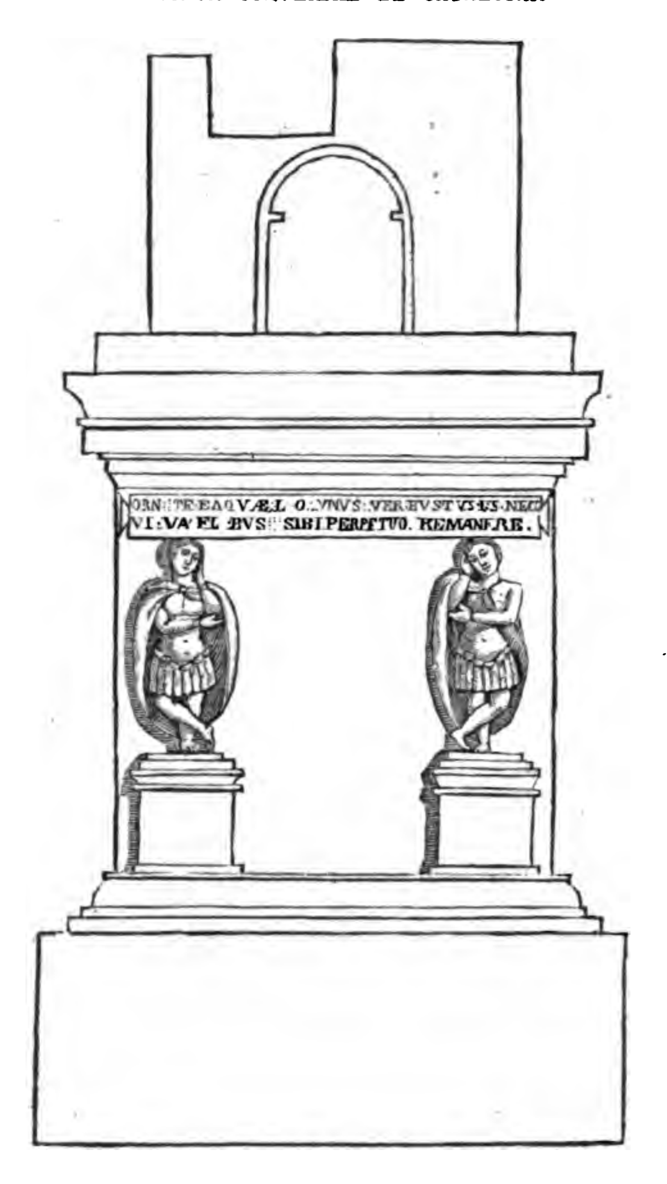
Annio, p. 2. f. 539.

aquella torre, pero muy al contrario de lo que ella es, porque la piuta de esta manera.



3 Pero hablando con la debida cortesía, ó él no habia visto la dicha torre, ó si la vió, fué tan de prisa que no se le imprimió en el entendimiento: y yo me persuado, que con sobrada confianza se gobernó por alguna relacion. Dios se lo perdone á quien de aquel modo se la dió pintada; porque es la causa de que..... una de dos: ó que quien á mí me creerá, tendrá en ménos á tan grave autor como es Beuter: ó si le cree á él, se burlará de mí, y estrañará que me atreva á corregirle, contradiciéndole. Pero protesto que mi ánimo está muy léjos de querer disminuir ni un pelo el aprecio y veneracion, que se merecen sus escritos; si solo mostrar sinceramente que fué engañado, como con frecuencia sucede con las relaciones. Y perdónenme los que leen muchos autores, y á ellos se apasionan; porque yo no me apasiono sino por la verdad.

4 Mas volviendo al asunto, es de saber que Micer Icart describe la dicha torre por medida y puntos, y toca algunas dificultades que sobre ella se ofrecen. Pero yo ántes de entrar á hacer la esplicacion de ella, quiero poner su figura, como la ví con mis propios ojos en el año de 1600, y es de esta forma.



5 La cual si es del tiempo que vamos escribiendo en este capítulo, siguiendo la cuenta del precedente, habíanse de contar mil ochocientos y nueve años que era hecha cuando yo la ví. La proporcion suya fué medida por mí, y un criado que yo llevaba, que era suficiente latino, bastante aritmético, geómetra y curioso pintor. Y vímos que la relacion de Micer Icart nos daba algunos palmos de diferencia, manifestándola él mas pequeña de lo que nosotros encontrábamos, por-

que él pone cuarenta palmos de elevacion, ó de altura, y veinte y dos en cada un cuadro, que vienen á ser ochenta y ocho palmos de circunferencia. Nosotros hallábamos que el pedestal tenia diez palmos de alto; el cañon donde estaban las estatuas y la cornisa, tiraba diez y nueve palmos; y todo lo de encima otros diez y nueve, que vienen á ser cuarenta y ocho palmos de longitud; y en cada un cuadro veinte y seis, que hacen ciento y cuatro palmos de diámetro en el pié: en el cañon diez y nueve palmos por cuadro, que son treinta y seis palmos de circunferencia. No sé si nos engañamos; pero bien sé que trabajamos para no errar. Las piedras de esta torre son todas picadas á nivel y muy grandes, unidas con betun á la romana; es ciega hasta la mitad, ó á lo ménos llena de piedras y tierra. Tiene aquellas dos figuras romanas en el cuadro que hace cara mirando al camino; y están sobre unos pedestales y basas, del modo que aquí estan pintadas, ambas á dos derechas, y la una tiene la pierna derecha sobre la izquierda, y el brazo izquierdo debajo el derecho, reclinando el codo del mismo brazo derecho sobre el izquierdo. La otra está con figura y gesto contrapuesto, teniendo la pierna izquierda sobre la derecha, y el brazo derecho debajo del izquierdo, reclinando el codo izquierdo sobre el brazo derecho; y las dos tienen la mano en la cara, reclinada la cabeza sobre la mano. Y si bien es verdad que el aire de mar ha consumido mucho la hermosura y pulidéz de estas figuras, no obstante, aun se comprende que es muy verdadera la descripcion que de ellas, en esta forma, hacen Beuter é Icart. Tienen tambien aquellas figuras unas capas en cierta forma; á las cuales los Romanos nombraban *togas*; y bajaban desde los hombros, hasta cuasi á los talones, rematándose en forma circular ú ovada. Sobre las cabezas tienen unas letras que están ya muy consumidas, y apénas se pueden leer, ó á lo ménos no se puede cumplidamente entender su contenido. Pero á mi entender, con lo que escribe Micer Icart, y lo que yo he visto, las tales letras son estas.

ORN: :TE: :EAQUE: :L: :O:VNVS:VER:BVSTVS:I:S NEGL.

VI: : :VA: : :FL: :BUS: : : : :SIBI. PERPETVO. REMANERE:

6 Algunas otras letras dice Micer Icart que habia en otro lugar entre las estatuas, escritas en una piedra mármol alabastrina; y que la quitó de allí, y se la llevó el Cardenal de España Fr. Francisco Jimenez de Cisneros, pasando por allí; y que no se sabe si se la llevó á Roma ó á Castilla. Si

es así, sin duda que la inscripcion de aquella piedra contenia la noticia de aquel edificio. Pero Ambrosio de Morales, en las *Antiguedades de España*, no quiere sufrir que esto se atribuya al Cardenal; porque dice que nunca el cardenal Jimenez vino hácia Tarragona; ni fué curador de la Católica Reina Dª Isabel, como lo ha escrito Micer Icart. Yo no quiero ponerme de parte del uno ni del otro, porque soy amigo de Sócrates y de Platon, y de la verdad mas que de todos. Pero en el puesto que dice Micer Icart, ni en toda la torre, he visto señal, donde hubiera podido estar aquella piedra, ni que falte piedra alguna de ella; pues á escepcion de lo que el aire de mar ha consumido, y la superficie de arriba que la antiguedad del tiempo ha destruido, no hay cosa que manifieste haberse movido, ni hay rastro de que haya habido letras en otro puesto, sino es las que están sobre las cabezas de los dos personages.

Moral. c. de Tarrag.

7 Vista y medida la espresada figura, y entendido lo que graves autores y la comun voz de Cataluña dicen, falta saber lo que responden los que son de contrario parecer. La primera razon que dan es: que Tito Livio dice que la muerte de Gneo sucedió entre Cartago y Tarragona; y que el rio Ebro estaba entre los dos ejércitos ántes de comenzarse la batalla. De que deducen que no pudo ser en el sitio donde está la torre, la cual es á la parte de acá de Tarragona. La segunda razon es: porque dicen que los Romanos no acostumbraban sepultarse, sino quemarse; de que arguyen, que habiendo sido Gneo Scipion despedazado ó quemado en la batalla, no se le hubiera hecho sepulcro; pues no acostumbraban los romanos sepultarse. La tercera razon es: que D. Antonio Agustin escribe que lo que se dice de aquella torre es fábula; y que aquellas figuras no son de los Scipiones, sino de dos esclavos que lloran la muerte de los Scipiones sus señores.

Ag. dial. 7.

8 Voy á satisfacer á estas razones del mejor modo que me sea posible; aunque con órden pervertido, porque así conviene para atar el hilo del asunto, como en el discurso se verá. En cuanto á la tercera razon, que es de D. Antonio Agustin, me admira que habiendo sido tan nuestro, nos haya disminuido el honor en cuanto ha podido, como parece de todos sus Diálogos; y lo noté en la fundacion de Barcelona. Pero me persuado que se le atribuye tal vez lo que no ha escrito, porque repugna el creer que hombre tan noble fuese ingrato al país, que tanto le honró; ó á lo ménos hubiera escrito lo que sentia con términos rebozados. Prescindiendo de esto (perdónenme sus letras y buena memoria) me atrevo á decir, no el que sea, ó que pueda dejar de ser aquella torre

el sepulcro de los Scipiones, pues no tiene certidumbre lo uno ni lo otro, sino que no se debe tampoco condenar por fábula, porque puede ser y dejar de ser, como aquí verémos. Pero digo que aquellas figuras ó estatuas no pueden ser de esclavos; y la razon es, porque están con vestidura de túnica, y cubiertos con togas: esto es, con sayo largo de mangas y capa colgando desde los hombros y espaldas hasta abajo, que es la *toga*; cuya vestidura, si creemos á Aulo Gelio, era de ciudadano romano. Y en Ambrosio de Morales, y Antonio Nebrisense vemos que los Romanos la usaban para sí y para sus hijos, nombrando á la *toga* de sus hijos *prætextata*: de la cual usaban hasta la edad de diez y ocho años; y de allí en adelante de la *toga viril*, ó *libera*. De que resulta que la usaban solamente los hombres de estado libre, ingénuos, y que fuesen de honor y dignidad; como eran los prefectos, los consejeros de ellos, los hombres consulares, los abogados consistoriales, y otros de semejante y mayor dignidad: como así se lee en las leyes hechas por los emperadores Arcadio y Honorio, Teodosio y Valentiniano, Leon y Antonino; que todas se hallan en el Código del Derecho civil. Es pues evidente que teniendo, como tienen, *toga* estas estatuas, eran de hombres que tenian honor y dignidad en la república; y por consiguiente que no eran de esclavos, porque estos no podian tener ni dignidad ni honor; como se vé en la autoridad del emperador Constantino, que hallamos en los libros del Código. Y así queda probado que estas estatuas, que tienen vestidura de hombres libres, ingénuos, de honor y dignidad, no podian ser figuras de esclavos.

Gel. l. 7. c. 12. Cale. Dic. Nebris. voc. Ju.

L. ne quis. l. iisdem. priv. l. cum advoc. l. post duos. c. advo. diversor. judi. Const. l. 2. c. si servus aut libert. l. 10. Just. in prin. just. de jure person. & in pri. de liber.

9 Ni se oponga contra este fuerte argumento, que serian de hombres de estado libertino; pues tampoco tiene lugar este efugio: porque aunque en catalan, cuando decimos *llibert*, entendemos un hombre que no está sujeto á ningun señor; aunque él ni los suyos nunca hayan sido esclavos: sin embargó en latin, este tal no se llama *liberto* ni *libertino*, sino *liber* ó ingenuo. El libre ó libertino es muy diferente, porque estos nombres significan hombre que fué esclavo, y alcanzó que su señor le diera libertad, como parece de la autoridad del emperador Justiniano, con la cual se entiende, quienes eran los *libertos* y *libertinos* entre los Romanos. De todo esto resulta, que aquellas estatuas no eran tampoco de *libertos*, ni *libertinos*, porque estos no eran admitidos á honores públicos, cargos ni dignidades: ántes bien, cuando se proveían los empleos, se tenia consideracion al nacimiento del hombre, como parece de la autoridad de Calistrato jurisconsulto. Y duraba esto aun en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiliano,

como se verá en el libro cuarto capítulo treinta y uno. De manera que como no podian tener honor público los esclavos, ni los *libertos*; y no se daba la *toga* sino á hombres de honor público; y teniendo, como tienen, *toga* estas estatuas, resulta que tenian cargo público; y que no eran figuras de hombres de servil y libertina condicion. De todo infiero por conclusion, que el decir lo contrario, ó no lo escribió el dicho arzobispo D. Antonio Agustin, ó fué un grandísimo descuido.

10 A la segunda razon, de que los Romanos no acostumbraban sepultarse, sino quemarse; respondo, que los que dijeron esto sabian poco de costumbres romanas: porque no todos los muertos se quemaban, sino que muchas veces tambien enterraban los cadáveres y los huesos de los muertos, poniéndolos en suntuosos monumentos y sepulcros, como parece en muchas partes del Derecho Civil, con las autoridades de los jurisconsultos Ulpiano, Cayo, Macer, Paulo y otros: de las cuales resulta tambien que los Romanos se debian enterrar vestidos: y aunque no se especifique el modo y forma de los vestidos, me persuado serian los mismos que llevaban en vida.

L. 2. §. prætor ait. l. liberum est. l. etsi §. funeris causa. l. funeris sumptus. ff. de relig. & sump. fun. l. rei. sepulc. ff. de sepul. viol. Julian. l. pergit. c. de sepul. viol.

11 Y si acaso quemaban algunos cadáveres, no se dejaban las cenizas al aire, ni se aventaban tampoco, sino que las enterraban y ponian en los sepulcros, como parece de una ley que hizo el emperador Juliano, contra los violadores de sepulcros; en cuya ley dispuso, que los que sacasen de ellos las cenizas de los muertos, fuesen tenidos por sacrílegos. Por lo que la Glosa en estas palabras de la ley, que dicen: AD BUSTA DEFUNCTORUM (que quieren decir *las quemaduras ó cenizas de los difuntos*) esplica que se quemaban algunos cuerpos cadáveres, ó huesos; y que puestas las cenizas en unos vasos ó cajitas, que ellos nombraban *urnas*, todo junto lo sepultaban. Así pues, aunque se quemasen, sepultaban las cenizas; y no obsta la razon que dice que los Romanos se quemaban; pues pudieron ser quemados, y despues sepultadas allí las cenizas.

12 No desvanece este argumento lo que Micer Icart ha querido apuntar, de que á los Scipiones, por ser hombres de tanta condecoracion, y tan grande calidad, no los hubieran sepultado en el campo fuera de la ciudad, sino dentro de ella aunque por leyes romanas estuviese prohibido hacer sepulcros dentro de las poblaciones: porque dice, que aquellas leyes no comprendian á las personas de tanta gerarquía. Yo hallo la ley y regla general hecha en diversos tiempos por los jurisconsultos Modestino y Ulpiano, y por los emperadores Dio-

cleciano y Maximiliano, y no sé encontrar la limitacion de la regla, ni la especialidad, escepcion ó privilegio, el cual quisiera se me mostrára por alguna otra ley, así como se muestra la regla. Y si se rige por autoridad de Pedro Crinito, historiador, responderé como jurista, acordándome de una respuesta de Ulpiano jurisconsulto, que espresamente es contra esta limitacion, pues dispone que ningun derecho pueda conceder sepulcros dentro de las ciudades. De manera que ni por privilegio ó por título de *clarísimo*, ni por otro motivo alguno, tenian limitacion las leyes sobredichas. Y así pues para todos en general se hacian los sepulcros en los campos, hallándose allí la dicha torre, no es exorbitancia pensar que pueda ser sepulcro de los Scipiones.

Jurecons. l. fundus. ff. famil. herci. c. l. pretor ait § divus. ff. de sepul. vid. l. mortuorum c. de relig. & sumpt. fun. L. pretor. § divus ff. de sepul. viol.

13 La primera razon, á mi juicio, es la mas fuerte de todas; y no obstante, á ella responde Micer Icart que se puede pensar que Tito Livio, como habla de Cartago, en vez de decir Cartago vieja, que hoy es Villafranca de Panadés, dijo Cartago nueva que es Cartagena. Y siendo así, sale por consecuencia que el sitio de la batalla fué entre Cartago vieja y Tarragona. Y lo que dice Livio de que un rio pasaba por en medio de los dos ejércitos, cuando se dieron vista uno á otro, se habia de entender del rio de Gaya, que está á media legua de la torre de la cuestion; y era muy fácil el que Livio tomase una Cartago por otra, y errase el nombre del rio, una vez errado lo principal. No mereciendo hacersele cargo por esto, porque en lo demas del hecho escribió la verdad; pues dentro de una ciudad vemos suceder esto cada dia, que varían las relaciones de las cosas que en ella suceden, mayormente en la asignacion del sitio. Esta razon no es mala y puede conducir para avivar los entendimientos, como lo dice el mismo Micer Icart; el cual ha mostrado en esto su agudo ingenio. Pero no es aparente; porque Cartago vieja ya no estaba en poder de los africanos, ni poseían ya nada en estos contornos; ántes bien (como dejamos referido conformándonos con los historiadores, en el capítulo veinte y tres) los africanos para encontrar á los Scipiones, salian de Cartagena; lo que prueba, que Micer Icart no se atrevió á determinarse.

14 Y si no ha de servir de mayor confusion el decir yo alguna cosa, es de advertir que tampoco puede ser, segun quieren Livio y los que le siguen, que la batalla de Gneo Scipion fuese cerca de Cartagena, porque si, como ellos dicen, el rio Ebro estaba en medio de los dos ejércitos, cuando comenzaron á descubrirse, y no pasando este rio por cerca de Cartagena, ni por los reinos de Granada, Toledo, Mur-

cia ni Valencia, sino por allí donde dijimos en los capítulos seis, once y doce del libro primero; resulta de aquí, ó que la batalla no fué cerca de Cartagena, ó que no era Ebro el rio que mediaba entre los dos ejércitos. Ni la retirada de Scipion le haría arrimar allí: porque si se retiraba, claro está que se volvia hácia acá. Y vista la pronta reparacion del ejército romano que hizo Tito Fonteyo, y Lucio Marcio en Cataluña, y de catalanes (digo de las tierras que hoy se llaman Cataluña), y la batalla que presto presentaron á Hasdrubal, la cual segun algunos fué en Cataluña, como lo verémos en el siguiente capítulo: todo esto que sucedió con tanta prontitud dentro de Cataluña, la brevedad del tiempo, la consecuencia de las cosas tan fácil y pronta, inducen un no sé qué de presuncion y necesidad para decir que lo antecedente sucedió tambien en Cataluña; aunque no fuese en el mismo sitio donde está la torre; pues pudo hacerse despues para sepulcro, y haber llevado allí los huesos ó las cenizas de los hermanos Scipiones. He dicho todo lo que parece tener algun fundamento; pero dejo la decision al buen juicio del lector, que con la inteligencia de lo que hay en pró y en contra, juzgará si aquella torre es ó no es sepulcro de los Scipiones.

CAPÍTULO XXV.

Como Tito Fonteyo y Lucio Marcio recogieron las reliquias del ejército. Y como Lucio Marcio venció á Hasdrubal y á Magon.

1 Los que escaparon de las dos batallas antecedentes se acogieron á diferentes partes y fueron los mas desgraciados los que se refugiaron á los pueblos amigos y confederados del Andalucía: porque, como la fe y lealtad de los hombres se trueca comunmente con las mudanzas de fortuna, y muchas veces no dura mas la constancia en la amistad que lo que duran las prosperidades; sucedió que á los unos les cerraron las puertas, y á los otros les acogieron, y despues que los tuvieron dentro los cautivaron, segun opinan Viladamor, Ambrosio de Morales y Juan Mariana. Pero los que se retiraron hácia Ebro y Tarragona, fueron mas venturosos y bien medrados, porque segun dicen los citados autores, y con ellos Pedro Antonio Beuter, Juan Pineda, Micer Luis Pons de Icart, Estéban Garibay y el Obispo de Gerona, Tito Fonteyo (de quien arriba hemos dicho que quedó con parte del ejército Romano) recibió muy bien á todos los que llegaron á recogerse á sus

Vilad. c. 27. Moral. l. 6. c. 1. y 2. Marian. l. 2. c. 39. Beuter l. 1. c. 18. Pin. l. 8. c. 14. § 1. Icart c. 18. Ga. l. 5. c. 21. Ob. de Ger. lib. 5. cap. de morte duo Scipio. c. 23.

banderas. Hubo tambien otro caballero Romano (que algunos dicen era capitan, otros que no era capitan ni de linage patricio, sino solo del órden y estado equestre, y centurion, que es gefe de cien hombres) el cual se nombraba Lucio Marcio, y estaba bien instruido del buen capitan Gneo Scipion, como dice Tito-Livio. Hacen mencion tambien de él los ya referidos autores, y Medina y Plutarco. Este caballero procuraba con eficacia restaurar aquella pérdida de los Scipiones; á cuyo fin se aplicó con mucha diligencia, como buen Romano, á recoger los soldados que pudo encontrar perdidos y fugitivos de las pasadas batallas, con los cuales, y con otros que juntó de las guarniciones en que estaban repartidos, y con algun auxilio que se le envió de parte de los amigos y confederados catalanes, que tenian en odio á los cartagineses, formó un ejército suficiente para resistir la fúria de los enemigos, que evidentemente esperaba que le darían encima. Hasdrubal luego que supo que Lucio Marcio iba juntando ejército, temiendo que si se le daba tiempo se reharía demasiado, y considerando cuanto le convenia no dar lugar á ello, pareciéndole ocasion oportuna para acabar con los Romanos, mientras se hallaban tan faltos de fuerzas, resolvió marchar contra Marcio; y asi lo puso en ejecucion, repartiendo su ejército en dos partes, poniendo la una al cargo de su hermano Magon, y gobernando él la otra. Supo Lucio Marcio que sus enemigos le venian á buscar, y se determinó á salir al encuentro de Hasdrubal, que venia adelantado. Llegaron á encararse los dos ejércitos; y como los Romanos no habian olvidado la derrota pasada, apénas vieron sus enemigos, se cubrieron de horror y espanto, de modo que su capitan Marcio tuvo mucho que hacer, y usar de palabras dulces, blandas y persuasivas para impedir la fuga. Pero luego que ya se vieron acometer de sus enemigos, se trocó el temor en valor, y procediendo como á la desesperada, apénas sintieron las trompetas, gritos y alaridos de sus enemigos, mudado el espanto en cólera, y revestidos de ira, acometieron al enemigo con tanto ánimo y ferocidad, que le hicieron huir muy vergonzosamente, matando un crecido número de ellos, quedando victoriosos los que ántes fueron vencidos, y postrados los que ántes fueron vencedores. Y aun querian pasar adelante con la victoria, persiguiendo en la fuga á sus enemigos; pero los contuvo su Capitan, y los hizo recoger y descansar con sabio acuerdo, porque si el enemigo se rehacia, no los hallase rendidos á la fatiga.

Liv. l. 5. c. 14. y 15. dec. 3. Med. p. 1. c. 49. Plut. in vita Scipion. Af.

2 Bien advirtieron los Cartagineses el grande daño que recibieron con aquella batalla; pero como vieron que los Roma-

nos no los seguian, y que se habian retirado á descansar, atribuyeron la pérdida á su desórden, y no á la fuerza y valor de los Romanos. Y como se hallaban tan ufanos con la muerte de los Scipiones, parecíales que ya entre los Romanos no habia á quien temer, ni hacian aprecio alguno de Marcio, ni de los demás; pensando que se habian retirado de temor, recelosos de la cortedad de gente que tenian. Con estos entusiasmos, que en su sentir eran juicios acertados, se recogieron los Cartagineses á su Real con mucho descuido. Lucio Marcio, que como buen romano era solícito, luego que tuvo aviso del descuido que habia en el Real Cartaginés, y entendió que las compañias de Magon se iban arrimando, hizo un largo rasonamiento á sus capitanes; y aquella misma noche acometió al Real de su enemigo con tan repentina fúria, que como los halló dormidos, en pocas horas los destruyó, escapando muy pocos; quedando los demas muertos ó cautivos. Y en la misma hora, para no dejar enfriar la sangre, que hervia en los corazones de sus soldados, y para no perder la ocasion que su buena fortuna le proporcionaba, partió desde allí hácia el ejército, que venia guiado del capitan Magon; y poco ántes de amanecer le encontró á una legua de distancia del Real destruido, estando muy ignorante de lo que acababa de suceder aquella misma noche. Acometióles Marcio con tanto furor, ánimo, braveza, gritos y rumor de armas, que en breve tiempo mataron la mayor parte de ellos, y cautivaron los demás. De modo que en un dia y una noche destruyó dos ejércitos del Cartaginés su enemigo, con lo que recobró la reputacion que habia perdido el pueblo Romano, cuando murieron los Scipiones; y adquirió grande opinion y crédito en España. Afirman algunos de los arriba referidos autores, que mataron treinta y siete mil de los Cartagineses, y cautivaron mil ocho cientos y treinta, y cogieron un grandioso botin. Con estas funciones quedaron bien vengadas las muertes de los Scipiones, ufanos y gloriosos los Romanos, y despreciados y abatidos los Cartagineses, los cuales en mucho tiempo no pudieron emprender la mas mínima accion.

3 Sobre el sitio donde fueron estas batallas, hay algunas opiniones. Beuter dice que fué en el reino de Valencia; y parece que el Mtro. Medina es del mismo sentir, porque dice que esta campaña fué viniendo Hasdrubal á la vuelta hácia Cataluña; de modo que parece entiende, que aun no habia llegado. Nuestro Viladamor dice que fué en Cataluña, á la parte de acá de Ebro, en el principio del año 209, ántes del Nacimiento de Cristo: y lo mismo afirma Morales, reprendiendo á los que dicen que fué en Valencia. Yo me refiero á

Año 209 antes de Cristo.

lo que él escribe; y basta por ahora haber dicho que la muerte de Gneo Scipion fué á la parte de acá del rio Ebro porque de aquí resulta que tambien á la parte de acá se habian de encontrar los ejércitos.

CAPÍTULO XXVI.

Del socorro que los Romanos enviaron á España con Cayo Claudio Neron, y el poco fruto que de él sacaron.

1 Ya ántes que sucediesen las dichas batallas, al tiempo que se iban recogiendo los soldados de aquellas sangrientas peléas de los Scipiones, y se veían esperanzas de poderse rehacer el ejército romano, habian ellos mismos hecho Pro-Pretor (que era lugarteniente de Pretor) al capitan Lucio Marcio, porque la ocurrencia no dió tiempo á que lo proveyese el Senado, á quien correspondía; y en virtud de aquel nombramiento fué recogiendo y animando aquellos esparcidos y atemorizados soldados; lo que le salió tan bien, como queda referido en el precedente capítulo. En virtud pues de aquel empleo, segun afirman Tito Livio, el Obispo de Gerona, Medina, Beuter, Morales, Valerio Máximo, Mariana y Viladamor, recayó sobre sus hombros todo el peso del gobierno de las cosas de España. Para cumplir como debia, luego que hubo ganado las sobredichas tres batallas, escribió largamente al Senado dándole una estensa y puntual relacion de todo lo que ántes y despues habia pasado. Esta noticia causó en Roma un universal regocijo y alegría, y templó el doloroso sentimiento con que se hallaban por la pérdida de los Scipiones y de su ejército: y á fin de que se fuese continuando la reparacion de aquellos daños, sin tardanza enviaron el socorro de gente que pudieron, segun la pronta necesidad y la brevedad del tiempo dieron lugar: como lo escriben Tito Livio y Morales.

2 Despues, obrando con mas despacio y reposo, dispusieron otro socorro mucho mas crecido, gobernado por Cayo Claudio Neron; pues aunque el Senado y toda la República habian quedado muy satisfechos del ánimo, valor, bondad y buen gobierno de Lucio Marcio; no obstante, paraque no sirviese de ejemplar tomar el mando sin autoridad del Senado, pareciéndoles que no lo debia haber admitido sin consulta del Senado, (porque como dicen los historiadores y con ellos los juristas, especialmente Bartolomé Cepola y Bartolomé Casaneo, tocaba solo al Senado el dar los títulos, oficios y cargos) determinaron enviar á Cayo Claudio Neron por Capitan general y Go-

bernador de España; de cuya venida, á mas de los arriba citados autores, escriben tambien Juan Pineda, Micer Icart y el Obispo de Gerona.

3 Partió para España Cayo Claudio Neron con doce mil soldados de á pié, y mil y ciento de á caballo, todos italianos; aunque, segun nota Morales, no falta quien diga que fueron solo diez mil de á pié, y seiscientos de á caballo; y que Neron no vino por General, sino por compañero de Marco Marcelo, que fué Capitan general; pero fué error de los que tal escribieron. Y porque dicho autor dá bastante razon de esto, me refiero á él mismo siguiéndole, y á Tito Livio con los otros ya alegados, los cuales escriben que Cayo Clau-
Año 208. dio Neron vino solo, y que fué su venida el año 208, segun escribe Garibay.

4 Llegó Neron á estos mares, y desembarcó en Tarragona, como metrópoli que era de los Romanos, y donde habia el mejor puerto para reparo de la armada, como dejo dicho en el capítulo tercero de este libro; aunque el Obispo de Gerona dice que desembarcó en Ebro. Fuese aquí ó allí, luego que desembarcó la gente, sacó á tierra las naves, precaviéndose por si acaso navegaban por allí corsarios cartagineses. Hecho esto, y habiéndose juntado con su gente otros muchos de las costas de Cataluña, que habian tomado las armas en su favor como amigos y confederados, se fué á buscar á Lucio Marcio que estaba á la distancia de ocho leguas de Tortosa, en la ribera de Ebro, en compañía de Tito Fonteyo. Luego que le encontró, juntaron los dos ejércitos, y comenzaron á marchar hácia el Andalucía en seguimiento de Hasdrubal Barcino, que ya se habia reparado de la antecedente rota: encontráronle, y le arrinconaron en un paso muy peligroso; de modo que si Neron hubiera sabido valerse de aquella ocasion, seguramente le hubiera muerto ó preso: pero se dejó engañar de Hasdrubal, que le supo entretener con proposiciones de paz, y á lo mejor se le escapó, sin que se efectuase: lo cual se apunta aquí de paso, y se omite lo demás, porque es suceso ageno de mi propósito, como de fuera de Cataluña, cuyo país es el principal objeto de esta Crónica. El curioso que todo lo quiera ver largamente, puede leerlo en los autores citados; pues aquí basta decir que viéndose Neron burlado de Hasdrúbal, de corrido se fué de España, ó el Senado le mandó que se retirase á Roma, lo cual no está averiguado entre los escritores.

CAPÍTULO XXVII.

Como vino á España el jóven Publio Scipion, desembarcó en Empúrias, y fué á Tarragona.

1 No obstante los favorables sucesos de los Romanos, las pretensiones de España aun se mantenian en balanza; pues si bien estos no lograban nuevas confederaciones, se mantenian firmes las que tenian. El Senado Romano, que no se descuidaba de proveer lo necesario, visto lo inútil que habia sido la venida de Cayo Claudio Neron, y que convenia enviar á España un Capitan general, que fuese hombre principal, paraque la gobernara con autoridad, poder y consejo; se juntó para la eleccion de sujeto en quien concurriesen todas estas cualidades, y á quien se le pudiese fiar el nombre y título de Procónsul; cuyo oficio y dignidad era lo mismo que arriba queda escrito en los capítulos 1, 3 y 29 del libro segundo; con la sola escepcion de que el Procónsul no estendia su poder sino en aquella provincia que se le encomendaba, como se puede ver en algunos lugares de Ulpiano, y en otros jurisconsultos que esplican todo su poder en los libros del Derecho Civil; sobre lo cual trata tambien Sebastian Branta.

Ulp. l. 1. & toto tit. ff. de offi. Proc. Brant. eo tit. in expo. tit.

2 De modo que congregados los Senadores para la espresada eleccion; escriben Plutarco, Tito Livio, Ambrosio de Morales, Pedro Antonio Beuter, Pedro Medina, Paulo Orosio, Juan Sedeño, Antonio Nebrisense, Jacobo Bergomense, Juan Pineda, el Obispo de Gerona, Valerio Máximo, Juan Mariana y Juan Vaseo, que la muerte de los Scipiones tenian tan desanimados á todos los caballeros romanos, que no hubo uno que se ofreciese á tomar aquel encargo; porque todos se miraban unos á otros, y ninguno hablaba. Pero viendo aquel silencioso espectáculo, se levantó de su asiento Publio Scipion, jóven de edad de veinte y cuatro años, hijo de Publio Cornelio Scipion, y sobrino de Gneo Scipion, difuntos; y en alta y pública voz pidió que se le concediese aquel encargo, que ninguno se atrevia á emprender; y no obstante su poca edad, salió elegido para aquel empleo de comun consentimiento de todos los Senadores; quienes le dieron por su lugarteniente de Pretor á Marco ó Mario Junio Silano, y á Cayo Lelio por legado: y él quiso é hizo otro legado mas, que fué Lucio Scipion su hermano; lo cual fué hecho al fin del año doscientos nueve ántes de Cristo, segun Viladamor; mil novecientos cuarenta despues de la poblacion de España, y dos mil diez y ocho despues del diluvio, segun Beuter. Pero yo creo habia de ser

Plut. in vita Scip. Afr. Liv. dec. 3. l. 6. c. 8. Mor. l. 6. c. 5. 6. 7. 8. y 9. Beut. p. 1. c. 19. Med. p. 1. c. 50. y 51. Oros. lib. 4. c. An. usq. & c. Scip. in Hisp. Sed. ti. 7. c. 7. Neb. in exta. Bergom. l. 7. Pin. l. 8. c. 14. § 4. Ob. de Ger. l. 5. c. Publ. Cornel. Val. Max. l. 3. c. 16. Mar. l. 2. c. 20. Vas. l. 1. c. 12.

Año 208. á la fin del año doscientos ocho ántes de Cristo, segun la cuenta puesta en el precedente capítulo, y la que se pondrá en el presente.

3 Elegido pues Publio Scipion para el gobierno de España, vino á hacer aun mas ruidosa la venganza de las muer- Flo.l.2.c.6. tes de su padre y tio, como lo dice Lucio Floro. Vino acompañado de su lugarteniente y de dos legados, con diez mil soldados de á pié, y mil de á caballo, embarcados en treinta galeras, que partieron de la boca del rio Tíber, y se engolfaron hasta que llegaron á vista de los Pirinéos de Cataluña, Ga.l.5.c.22. en el principio del año doscientos ocho, segun Garibay. Y habiendo tomado puerto, desembarcó en la ciudad de Empúrias con toda la gente que traía. No sabemos que allí hiciese cosa digna de memoria; sino que despues con la gente del ejército se vino por tierra, visitando de camino los pueblos amigos hasta Tarragona. Y toda la gente y embajadores, que á la fama de su venida habian acudido á Empúrias, se vinieron detrás de él á Tarragona. Tambien llegó allí su armada naval, que la hizo sacar á tierra, y despidió cuatro navíos marselleses amigos, que en el camino se habian juntado con él. De su venida, toda la tierra de los Celtas (que hoy es Cataluña), y principalmente la ciudad de Tarragona, hizo muchas alegrías y regocijos, recordando á la memoria la bondad de su padre y tio, á quienes tanto habian querido y estimado: y todas las ciudades que hasta entónces habian estado indecisas, le enviaron embajadores dándole la bienvenida, y ofreciéndose gustosos á servirle en todo cuanto les quisiese mandar. Y no obstante que aquel General ostentaba en su semblante la gravedad correspondiente al empleo, los recibió y respondió á todos con tanta afabilidad y agrado, que ninguno se apartó de él con descontento; y todos fueron publicando su grandeza y benignidad, llevando buenas respuestas á los comunes que los enviaron.

4 Despues de todo esto partió Scipion de Tarragona, y fué visitando todas las ciudades de amigos y confederados, que perseveraban en la amistad del pueblo Romano. Visitó tambien los alojamientos de los soldados, que segun dice Plutarco estaban por la ribera de Ebro; y les dió muchas gracias de parte del Senado Romano, estimándoles en gran manera la constancia que habian tenido en las adversidades pasadas, y el ánimo y valor con que habian resistido al enemigo, manteniendo el nombre Romano en España. Y honró muy mucho á Tito Fonteyo y á Lucio Marcio, como lo merecian, distinguiendo á Marcio con tomarle en su compañía, y para su consejo, haciendo de él mucho aprecio. Despues encomendó à Lu-

cio Silano, su lugarteniente, todo el ejército, segun dicen Morales y Viladamor; pero en Plutarco solo se lee que unió aquel ejército con el que él habia traído de Roma; y luego repartió en estancias y alojamientos todo el ejército, paraque invernasen; y él se volvió á Tarragona, dejando tan atemorizado el bando cartaginés, como alegre y contento el bando romano.

CAPÍTULO XXVIII.

Como Publio Scipion tomó por asalto la ciudad de Cartagena, por industria de unos pescadores de Tarragona.

1 Estuvo Publio Scipion invernando en Tarragona, y pasado el invierno, dicen Tito Livio, Morales, Viladamor, Beuter y Medina, que aunque tenia intento de ir con su ejército sobre Cartagena; porque era aquella ciudad la mas rića de España, y donde estaba toda la fortaleza, poder, municiones y bastimentos de los Cartagineses, segun dicen Juan Sedeño y Mariana, y porque era el terreno mas apto de toda España para combatir por mar y por tierra, conforme dice Plutarco; no obstante, solo habia fiado esta idea à Cayo Lelio su legado; si bien es verdad que en Plutarco se lee que era Lucio Marcio à quien habia fiado este secreto. Pero fuese el uno ú el otro, poco despues de haber empezado el año doscientos ocho ántes de la venida del Salvador, y mil nuevecientos cincuenta y siete despues de la poblacion de España, segun Viladamor y Morales; y dos mil diez y ocho despues del diluvio, como dice Beuter; ó dos años ménos, segun la cuenta de Garibay, que así sería en el año dos mil diez y seis despues del diluvio, y doscientos seis ántes de Cristo; mandó que se juntasen los ejércitos nuevo y viejo, y dispuso tambien que con mucha prontitud se echasen al agua las galeras y navíos, que en Tarragona tenia en tierra, y que prevenidos y juntos con las naves de transporte que tenia de catalanes (digo de aquellas naciones que habitaban lo que hoy es Cataluña) acudiesen á la playa de Tortosa, que está en la embocadura del Ebro, y á Amposta, y que allí le esperasen. Proveyó tambien que con mucha prontitud se juntasen en Tarragona todas las compañías de soldados, y gente de guerra de los confederados catalanes y demas amigos españoles, y sus romanos que estaban repartidos y aposentados en diversas estancias, donde habian invernado; y que acudiesen á la embocadura del Ebro á juntarse con el ejército. Él se reservó cinco mil españoles de su ejército, catalanes, elegidos de toda la flor de la gente, á los que encomendó la guardia de su persona, manifestando con esto la

Liv. dec. 3. l. 6. c. 18. y 19. Mor. l. 6. c. 9. y 10. Vilad. c. 30. y 31. Beut. p. 1. c. 19. Med. p. 1. c. 25. y 53. y p. 2. c. 146. Sed. tit. 17. c. 7. Mar. l. 2. c. 20. Plut. in vit. hujus Scip. Ga. l. 5. c. 22.

confianza que hacia de esta nacion, y en cuanto estimaba su lealtad. Partió de Tarragona, encaminándose á Tortosa y riberas del rio Ebro, donde encontró junto todo el ejército. Allí, segun con los otros autores escribe el Obispo de Gerona, hizo Scipion un grande razonamiento á todo el ejército, y principalmente á los soldados veteranos que habia encontrado en la tierra, animándolos con el ejemplo de las victorias pasadas, y con el nombre de Scipion, sobre lo que me refiero á Tito Livio, que lo relaciona largamente; y dice que acabado el razonamiento, todo el ejército mostró mucha alegría, aplaudiéndole con palmadas y gritos de *viva*, *viva* Publio Scipion; cuyos obsequios recibió él con muchas demostraciones de contento. Luego mandó que se quedase en esta parte de la provincia Marco ó Marcio Junio Silano con tres mil soldados de á pié, y trescientos de á caballo para guarda de Tarragona, y de las naciones que habitaban la tierra que en el dia llamamos Cataluña: y él con el resto del ejército, que pasaba de veinte y cinco mil hombres de á pié, y dos mil y quinientos de á caballo, pasó el rio Ebro, comenzando su marcha hácia Cartagena, no habiendo ninguno en todo el ejército que supiese á donde iba, sino Lelio ó Lucio Marcio, el cual poco á poco iba navegando con la flota muy disimuladamente, y con órden de entrar en el puerto de Cartagena al mismo tiempo que Scipion llegase á vista de la ciudad, caminando por tierra con mucha prontitud; y llegó al cabo de siete jornadas. Al mismo tiempo que plantaba el Real, sitiando la ciudad, entró la armada en el puerto; y quedó en pocas horas sitiada por mar y por tierra. Fueron tan fuertes y tan frecuentes los combates que le dieron, que al fin (no obstante la resistencia que los de dentro hicieron) la ciudad fué entrada prontamente á fuerza de armas, con el auxilio que les facilitó la industria de unos pescadores ó marineros de Tarragona, que estaban con unas barcas en un estanque ó balsa muy inmediato á la muralla de la ciudad, que segun Morales hoy se llama la *Albufera*. Esta hacia crecientes y menguantes, y cuando los pescadores vieron la retirada de la maréa, dieron aviso á Scipion, advirtiéndole que desde aquel punto el agua iría menguando, porque era cerca del medio dia. Con este aviso hizo Scipion poner mucha gente en los secanos que quedaban del menguante de la maréa; los cuales arrimando por allí las escaleras á la muralla, entraron la ciudad por aquella parte. Todo esto se hizo en el mismo dia que se puso el sitio, segun dice Lucio Floro. De modo que en un dia fué sitiada, vencida, entrada y pasados á cuchillo sus moradores con muchísima crueldad, pués no perdonaron más que las muge-

Ob. de Ger. l. 5. c. 10. Carthag.

Fl. l. 2. c. 6.

res y los muchachos; durando la sangrienta matanza hasta tanto que Magon (que estaba retirado en la fortaleza) se rindió á merced del vencedor. Entónces comenzó el saquéo y robo con mucho gusto de los soldados; tanto, que fué uno de los mas celebrados saquéos que cuentan nuestros historiadores, segun lo escriben Jacobo Bergomense y Juan Pineda.

2 Sobre lo que aquí se ha dicho de Magon, es de advertir que algunos dicen que era un capitan particular, y no el hermano de Anibal: así lo quieren Pedro Medina y Ambrosio de Morales. Pero el Bergomense dice que era el hermano de Anibal. Paulo Orosio, Livio y el Obispo de Gerona no especifican quien era: pero ciertamente se verá que no podia ser el hermano de Anibal; porque á este que fué preso en la fortaleza de Cartagena, le llevaron á Roma, y el hermano de Anibal le hallarémos aun mucho tiempo despues en España. Beuter dice que el preso se llamaba Hanon: y ciertamente se engaña. Yo me persuado que era Magon Barcino, que vino á España, segun dijimos en el capítulo diez y siete de este libro. Dejo de escribir aquí las joyas, tesoros, riquezas, multitud de esclavos, municiones, aparatos de guerra, vituallas, bastimentos, provisiones, y otras cosas, que se tomaron en aquella desgraciada ciudad de Cartagena. El que lo quiera leer, lo hallará en los autores que quedan alegados.

CAPÍTULO XXIX.

Como en el saco de Cartagena fueron halladas las mugeres de Mandonio y de Edesco, con las hijas de Indibil y otra doncella que fué presentada á Scipion.

1 De todo lo acaecido en la campaña y toma de Cartagena, lo que mas corresponde á la gloria de la nacion catalana, es el valor de unas señoras Ilergetas que fueron halladas en aquella ciudad. Escriben Tito Livio, Ambrosio de Morales, Jacobo Bergomense, Pedro Antonio Beuter, el Mtro. Pedro Medina, Juan Pineda y el Obispo de Gerona, que entre las arras que de los españoles amigos de los cartagineses fueron halladas en el saco de Cartagena, leyeron en un memorial ó lista de ellas la muger de Mandonio y dos hijas de Indibil, que eran tia y sobrinas; muger é hijas de aquellos valerosos capitanes, reyes y señores de los Ilergetes y parte de Celtiberia, de los cuales ya hemos hecho mencion en los capítulos once y veinte y tres de este mismo libro; y si bien habemos visto cuan amigos eran de los cartagineses, con mucha mas propiedad se ve en este lugar; pues para se-

Liv. Dec. 3. l. 6. c. 21.
Beut. p. 1. c. 19.
Med. p. 1. c. 54. p. 2. c. 146.
Pin. l. 8. c. 15. § 1.
Ob. de Ger. l. 5. captio no. Carthag.

guridad de la conservacion de su amistad habian dado en arras las mejores joyas, en las mas propinquas personas que tenian. Morales dice que tambien con aquellas señoras estaba la muger de Indibil, y la de otro caballero nombrado Edesco, de la cual no hay duda, como se verá en el capítulo siguiente. Ningun autor declara los nombres de estas señoras, y por eso los callo yo, para no escribir invenciones. Sabido por Scipion que aquellas señoras eran parte de la victoria y del despojo hecho á los enemigos, mandó que fuesen guardadas y tratadas con el recato y respeto que les correspondia por quienes eran; en lo que Scipion llevó tambien la mira de ganar por aquel medio la amistad de los contrarios. Emcomendólas á Flaminio Questor, que tenia el cargo que hoy llamamos tesorero de la República. Hallándose de aquel modo guardadas, un dia la muger de Mandonio, como señora valerosa, y en fin de la region y comarca que hoy es Cataluña (donde siempre ha habido señoras valerosas, como Dios mediante verémos mas adelante) se salió de en medio de las otras, acompañada de algunas gentiles jóvenes doncellas, quizá criadas, ó lo mas cierto sobrinas suyas, y de otras: y con el ostro lloroso y lastimado, pero con el semblante honesto y grave se presentó delante de Scipion; y arrodillada á sus pies le pidió por merced con mucha eficacia, que mandase á aquellos á cuyo cargo habia puesto la custodia y asistencia de ellas, que mirasen con gran cuidado por el respeto de las mugeres que allí se hallaban. Scipion la hizo alzar de tierra, y pensando que lo que le decia fuese sobre el asunto de que fuesen proveídas de las cosas necesarias, la respondió que estuviesen ciertas de que no les faltaría cosa alguna; é hizo parecer ante sí los que hasta entónces habian estado encargados de proveerlas, y los reprendió del poco cuidado. Viendo la señora aquella reprehension, conoció que no la habia entendido Scipion, y le replicó diciendo que no era aquello lo que ella le rogaba, ni la fatigaba lo que él decia: que ya confiaba que no les faltaría, pues cualquier cosa bastaba para el miserable estado en que se hallaban; y que otro mayor temor era lo que le congojaba, considerando la edad de aquellas doncellas; pues á ella ya su vejez y figura la aseguraban, y la tenian fuera del peligro que las otras podian temer; señalando al mismo tiempo á sus sobrinas y otras doncellas que allí estaban con ella. Entendió Scipion de aquellas palabras la honestidad y bondad de aquellas señoras, y como siempre las honestas lágrimas enternecen los nobles corazones, se enterneció el de Scipion en tanto grado, que hizo retirar las lágrimas de aquella señora con las suyas, que le

salieron al encuentro, saltándole de pura lástima que tuvo de ver afligidas á personas de tan alta gerarquía, honor y virtud. Y le respondió que no solo por lo que debia á la honestidad y virtud, sino tambien por el grande temor que en ella veía, se tendria particular cuidado en lo que pedia. Y luego las encomendó á un caballero viejo y venerable, encargándole que las tratára con tanta honra y respeto, como si fuesen mugeres é hijas de amigos del pueblo Romano.

2 Otro semejante caso, y no de no menor virtud, escriben de Scipion los mas de los citados escritores, y con ellos Juan Sedeño, Plutarco, Juan Pineda, Micer Icart, Juan Mariana, Guillermo Benet y Bartolomé Casaneo, diciendo que en el mismo saco y robo de Cartagena fué presa y cautivada una señora doncella, tan bella y agraciada, que por serlo en estremo les pareció á los soldados que ninguno era digno de ser señor de ella sino Scipion; y se la presentaron. Pero luego que la tuvo en su poder y supo que era esposa de un caballero español, no solo no quiso mancillar su honor, sino que la hizo guardar en parage donde él no la viese, é hizo buscar á su esposo, padre y suegro, y se la restituyó libremente: y como en agradecimiento le dieran como rescate una gran suma de moneda, Scipion la recibió, y allí mismo la dió al esposo de la doncella para aumento del dote que le tenian dado. Este generoso proceder ganó los corazones de toda aquella familia, que desde luego se hicieron finos amigos y confederados de Roma; y el esposo de aquella señorita se presentó de allí á pocos dias á Scipion con mil y cuatrocientos soldados de á caballo, que ofreció á su disposicion, y le sirvieron en las guerras que se continuaron. Lo que fué indicio de mucha nobleza en retribuir, y gran magestad en el poder. Era aquel magnánimo caballero de nacion celtíbero, y se llamaba Luccio, segun lo dicen Livio, Plutarco, Arecio, Garibay y Mariana. Pero en Valerio Máximo se lee que era nuestro ilergete Indibil, del cual, y de sus hijas y cuñada hemos ya hecho mencion; y lo mismo dice la *Glosa* de las Coplas de Juan de Mena. Ambrosio de Morales dice que no era Luceio, ni Indibil, sino otro caballero nombrado Alucio. Pero yo ahora reparo poco con él. Lo que estraño mucho es, que Livio y Valerio, que los dos fueron de un tiempo y florecieron cerca del año quince de Cristo, sean tan diferentes, siendo tanto mas vecinos que nosotros á estos sucesos. Y si es lícito ponerse en medio de dos tan grandes autores, anteponiendo la verdad á la aficion, yo me adheriria á Tito Livio. Porque en el capítulo siguiente verémos que Indibil se redujo á la amistad de Scipion por diferente bene-

Sed. tit. 17. c. 7. Plut. in vit. Scipion. Pin.l.1.c.15. § 2. Icart c. 17. Ma.l.2.c.26. Bene.c.Rey-nun. verb. testament. l. 1. num. 37. Cassan. p. 9. cons. 33.

Val. Max. t. 3. l. 4. c. 395.

Mena en las prim. Glos.

ficio, y con cierto pacto: y en este hecho vemos que el esposo de esta señora se hizo de la parte de Scipion generosamente, y luego incontinenti, sin pacto ni condicion alguna; y así el diverso modo de los dos parece que denota diferencia de personas. El lector podrá juzgar sobre esta variedad del modo que le dictáre su entendimiento, y con conocimiento de la autoridad de unos y otros escritores.

CAPÍTULO XXX.

Como Scipion envió á Lelio á Roma, y de la batalla que tuvo con Hasdrubal Barcino, y Masenisa, á los cuales venció.

Liv. Dec. 3. l. 6. c. 21. Mor. l. 6. c. 13. 14. y 15. Med. p. 1. c. 53. á 56. Ga. l. 5. c. 22. Ob. de Ger. l. 5. c. de cap. Carthagi.

1 Obtenida la victoria de Cartagena, y ordenadas las cosas en aquella ciudad, segun lo refieren Tito Livio, Morales, el Mtro. Medina, Estéban Garibay y el Obispo de Gerona, Publio Scipion se volvió á invernar á Tarragona, yendo por tierra con su ejército, y allí tambien acudió la armada de mar.

Liv. Dec. 3. l. 7. c. 3.

2 En el camino vinieron á él muchos embajadores, unos de sus confederados, y otros que venian á confederarse, así de los pueblos de la parte de acá del Ebro, como de los de la parte de allá. A muchos los oyó y despachó por el camino, y á otros los remitió á Tarragona, y luego que él llegó los oyó y despachó tambien. Llegado que hubo á la ciudad despachó á su legado Cayo Lelio á Roma, llevándose presos quince cartagineses Senadores, que fueron tomados en las batallas referidas y en la entrada de Cartagena. Con ellos llevaban tambien el capitan Magon, que tanto los habia resistido; y de esto hacen tambien mencion Jacobo Bergomense y Mariana. Llegó Lelio con los presos á Roma en treinta y cuatro dias; y luego incontinenti le volvieron á despachar para España, segun dice Livio. Entretanto que esto se hacia, y el invierno iba pasando, se entretenia Scipion en reparar las murallas de Tarragona, segun lo dice Mariana.

3 Luego que en Cartago supieron la pérdida de Cartagena, para reparar si fuese posible el daño recibido, enviaron á España cinco mil hombres de á caballo, con que los socorrió el rey Masenisa, de quien ya arriba en otro lugar hemos hecho mencion.

Mor. l. 6. c. 14. á 18. Vilad. c. 35. hasta 39.

4 Publio Scipion tuvo la noticia de la venida de aquel socorro hallándose en Tarragona (segun Morales y Viladamor) al tiempo que Lelio habia vuelto de Roma; y como supo tambien que Hasdrubal habia juntado un poderoso ejército, re-

solvió luego ir á buscarle, en tiempo que ya habia entrado el verano del año doscientos siete ántes del nacimiento de Cristo, ó doscientos cinco segun la cuenta de Garibay. Partió pues de Tarragona con su ejército por tierra; y su armada naval al mismo tiempo se hizo á la vela, siguiendo sus órdenes. Encaminóse Scipion hácia Andalucía sin detenerse, hasta que llegó á dar vista á sus enemigos. Allí hizo alto, y empezó á coger el fruto de su afabilidad y buen trato. Porque estando ya los dos campos el uno cerca del otro, los hermanos Mandonio é Indibil, y tambien el caballero Edesco, que (como dice Beuter) estaban agraviados de los cartagineses, ó porque no quisieron rescatar los rehenes que Scipion los tenia, ó porque los cartagineses los habian hecho mal trato, ó por variar de fortuna con la mudanza, ó por la esperanza de alcanzar lo que aquí dirémos, ó porque quisiesen mostrarse agradecidos al beneficio que Scipion habia hecho á Indibil (si es verdad lo que en el antecedente capítulo dice Valerio Máximo): fuese lo uno ú lo otro, los nombrados tres caballeros se pasaron á servir á Scipion, desamparando á Hasdrubal. Hacen tambien mencion de esta mudanza Juan Sedeño, Plutarco, Juan Pineda, Micer Icart y Juan Mariana. Livio y Medina dicen que Edesco, generoso entre los capitanes españoles, fué el primero que se pasó á los romanos, porque tenia la muger é hija presas en Cartagena en poder de los romanos, como ya he dicho. Y despues de él Indibil y Mandonio comenzaron á sacar sus banderas, y apartarlas del Real de Hasdrubal, dándoles asiento en unos collados poco desviados, desde donde podian tratar con Scipion sin ser vistos de Hasdrubal, como lo hicieron, presentándose delante de Scipion, á quien Indibil saludó, dándole tratamiento de Rey, y haciéndole en nombre de todos un largo razonamiento, deduciendo los motivos que tenian para pasarse á su ejército; declarando que solo les movian los malos tratos que de Hasdrubal habian recibido, y que no venian como á fugitivos. Scipion les respondió muy afable, y los recibió á todos con mucho amor; mandó luego que incontinenti se les restituyesen sus rehenes: esto es, á Mandonio su muger, á Indibil sus hijas, y á Edesco debemos creer le haría el mismo favor. Ademas de esto aquel dia les dió su mesa, y asentó con ellos sus amistades, recibiéndolos con toda su gente en su compañía y ejército.

Sed. tit. 17. c. 7. Plut. in vit. hujus Scip. Pin. l. 8. cap. 15. § 2. Icart c. 18. Mar. lib. 2. c. 21. Liv. dec. 3. l. 7. c. 13.

5 Pasados estos nuestros ilergetes al ejército de Publio Scipion, levantó el campo, y marchó á encontrar á Hasdrubal, llevando por guia á los mismos ilergetes hasta cerca del ejército enemigo. Muy pronto se trabó la batalla, que fué muy reñida y sangrienta; pero al fin fué vencido Hasdrubal Bar-

cino, y todo su ejército desbaratado, y Hasdrubal y Masenisa huyeron. Ganada la batalla, Scipion dió libertad á todos los españoles vencidos, haciéndolos amigos del pueblo romano; y á los cartagineses los hizo vender públicamente por esclavos. Hizo despues muchas mercedes à todos los españoles, que le eran amigos, y especialmente à Indibil, á quien le dió trescientos caballos y trescientos cautivos escogidos por él mismo, segun lo dice el Obispo de Gerona; con lo cual correspondió à lo que debia à Indibil, pues la victoria se debió atribuir al considerable socorro de aquellos caballeros ilergetes, y à los que de Tarragona llevó consigo Scipion. Tambien escriben Plutarco, Mariana y el Obispo de Gerona, que en aquella batalla fué preso un sobrino de Masenisa, à quien Scipion dió libertad; y honrado con donativos le envió à Africa.

Ob. de Ger. l. 6. c. præl. Pub. Corn.

Esta batalla está escrita mas largamente por los autores que he referido; y dicen que se tuvo cerca de la ciudad de *Betulo*. Por lo que algunos, como Pineda, creyeron haber sido en nuestra Cataluña, cerca de Badalona. Si los cartagineses en aquel tiempo hubiesen poseído alguna ciudad, castillo, ó fortaleza en estas tierras, yo adheriría á firmarme con él. Pero como no hallo razon que me incline á asegurarlo, correré con la comun, que quiere fuese dada esta batalla en Andalucía, como lo nota Morales en la *Crónica*, y despues lo prueba en las *Antiguedades de España*; y allí me refiero.

Mor. Cro. l. 6. c. 15. Ant. ca. de Betul.

CAPÍTULO XXXI.

Como Hasdrubal Barcino se pasó á Italia; y Hasdrubal Gison, Hanon y Magon fueron vencidos; el rey Masenisa se pasó á Africa, y los cartagineses se retiraron á Cádiz.

1 Despues que Hasdrubal Barcino fué vencido, huyó por los montes Pirinéos, pasando, segun algunos autores, por Navarra ó Vizcaya. Otros dicen que por la costa del mar Mediterráneo, como lo quiere Morales. Pero esto era preciso que fuese pasando muy disimuladamente; pues de otro modo no podia, porque entónces toda la tierra de Cataluña era amiga de los romanos. Fuese por allá, ó por acá, él subió los Pirinéos, y se bajó á Francia, y de allí se fué à Italia à contar sus desventuras à su hermano Anibal. De cuyo pasage, además de los autores alegados en el presente capítulo, tambien hacen mencion el Obispo Alfonso de Cartagena, y Mosen Diego de Valera.

Mor. lib. 6. c. 15.

Alfon. c. 4. Val. p. 3. c. 1.

2 Quedó en España el otro Hasdrubal Gison, con órden que le dejó el Barcino de que se retirase á la Estremadura.

Masenisa con el resto del ejército (que eran tres mil caballos) pasó por órden del mismo Hasdrubal Barcino á la parte de acá del Ebro, á las tierras que comprenden parte de Aragon, y parte de Cataluña, con la advertencia de que nunca se mantuviese fijo en parage determinado, sino es vagando de una parte à otra, conforme lo dictasen las ocurrencias; amparando á los confederados que aun quedaban de Cartago, y dañando à los romanos, como mejor pudiera. Y Magon el hermano de Anibal y Hasdrubal, dicen Mariana y el Obispo de Gerona, que fué enviado à reclutar gente à las islas Baleares. Pero de Tito Livio, Plutarco, Garibay y del mismo Obispo de Gerona consta que este Magon se quedó en la tierra de los españoles celtíberos.

3 Dice Micer Icart que aqueste Magon fundó à un cuarto de legua de Tarragona el pueblo nombrado *Magons*. No sé en que se funda. Si en la etimología, lo mismo parece podrian decir de *Mongò* en Empurias: del cual dije en el capítulo sesto del libro primero, y en el veinte y tres del libro segundo. Pero como Magon no consta que tuviese jamas residencia, ni mando alguno en esta tierra, es preciso decir que ésta opinion carece de fundamento.

Mar. lib. 2. c. 21. Ob. de Ger. l. 5. c. de Hasdrub. c. Han. Pœno. Livio Dec. 3. l. 8. c. 3. Plut. in vita hujus Scipio. Ga. l. 5. c. 21. Icart c. 47.

4 Volviendo à la historia, entre tanto que pasaban los sucesos aquí referidos, se estuvo Scipion en Andalucía todo el verano, y despues se vino à invernar à Tarragona.

5 Al principio del inmediato verano tuvo noticia Scipion que Hanon Barcino habia llegado de Cartagena en lugar de Hasdrubal Barcino, que habia traído nuevo ejército, y se habia juntado con Magon. Y luego Scipion tomó parte de su ejército, y con mucha brevedad marchó sin detenerse hasta que los encontró, y en campal batalla los dejó derrotados. A cuyo triunfo concurrió mucho Junio Silano; y Hanon fué preso y cautivado en aquella batalla. Hacen mencion de ella, á mas de los sobre dichos autores, el obispo Alfonso de Cartagena, Juan Pineda, el Obispo de Gerona, y Garibay, quien escribe que fué en el año doscientos cuatro ántes de Cristo nuestro Señor.

Año 204 ántes de Cristo.

6 Resuelto Publio Scipion á seguir lo favorable de su fortuna, en el año doscientos seis segun Viladamor, ó doscientos cuatro segun Garibay, envió al mismo Marco Junio Silano contra Hasdrubal Gison al Andalucía; y despues envió á su propio hermano Lucio Scipion: los cuales vencieron á Hasdrubal Gison; y sucedieron muchos lances, de que me refiero á Tito Livio, Morales y al Obispo de Gerona: advirtiendo solamente que acabadas aquellas campañas, se volvió Publio Scipion á invernar á Tarragona; y envió á su hermano Lucio á Roma,

Alfonso c. 4. Pin. l. 8. c. 15. § 3. Ob. de Ger. l. 5. c. præl. Mar. Sillan. Ga. l. 5. c. 23. Liv. l. 8. c. 3. Dec. 3. Mor. l. 6. c. 19. y 23. Ob. de Ger. l. 5. c. obsid. otigis.

llevando preso á Hanon, y lo presentó al Senado.

7 Habíanse vuelto á rehacer Hasdrubal Gison y Magon; pero fueron luego desbaratados por Scipion; y Hasdrubal Gison huyó á Cádiz. De cuya funcion me refiero á Tito Livio, Plutarco, Pineda, Mariana, y al Obispo de Gerona.

Liv. dec. I. 8. c. 6. y 7. Plut. ubi. 5. Pineda, de c. 15. § 4. Mar. l. 2. c. 22. y 23. Ob. de Ger. l. 5. c. pugna Scip.

8 Quedábale todavía á Scipion el vencer á Masenisa; y á este fin envió contra él á Junio Silano en el año doscientos cinco ó doscientos tres, segun las cuentas anteriores. Llevó Silano diez mil hombres; y apénas encontró á Masenisa, lo rodeó y sitió de modo que viéndose en el estremo de perder su gente, y quedar esclavo, trató secretamente de pasarse á la parte de Scipion. Concertólo con Silano; y ejecutado, luego se pasó á Africa con algunos amigos suyos. Y desde entónces fué siempre amigo de los romanos; como epilogadamente se puede ver en la *Glosa de los triunfos* del escelente poeta Francisco Petrarca, á mas de los autores aquí alegados.

Glosa al c. 2. del Triunf. de la Fama.

9 Visto esto por los pocos amigos y cartagineses que quedaban en España á los africanos, se pasaron á Cádiz, donde estaba retirado Hasdrubal Gison. Y escriben Tito Livio y el Obispo de Gerona que de aquella vez fueron del todo arrojados de España los cartagineses, á escepcion de aquel poco terreno que ocupa la isla de Cádiz; habiendo tenido guerra con los romanos en España catorce años, y habiendo cinco que Publio Scipion vino à ella para vengar las muertes de su padre y tio los hermanos Scipiones: lo que logró cumplidamente. Despues de todo esto, Publio Scipion se volvió à invernar à Tarragona muy contento de tales victorias.

Ob. de Ger. l. 5. c. quomodo Carthag.

CAPÍTULO XXXII.

Se trata como segunda vez se dividió España en Citerior y Ulterior, y de qué modo se debe entender esto.

1 Desde este tiempo en adelante, en que ya el Senado y pueblo de Roma por medio de Scipion logró el señorío de España, desde toda la costa del mar Mediterráneo hasta mucha parte de tierra adentro de la parte de acá y de allá del Ebro: comenzaron los romanos á dividirla en dos provincias nombradas *Citerior* y *Ulterior*, que quiere decir *la de acá y la de allá*; como siguiendo á Tito Livio lo advierte muy bien nuestro compatriota Antonio Viladamor. Pero aunque dice verdad, no obstante á mí me parece que segun lo que dejo escrito en el libro segundo, capítulo veinte seis, sobre el tratado de paz que se hizo entre Roma y Cartago, ya entónces se dividió España en *Citerior* y *Ulterior*.

Liv. Dec. 3. l. 8. c. 7. Vilad. c. 38.

De modo que lo que dice Livio que hicieron los romanos, no sería division de las provincias, pues que ya estaba hecha, sino es que estenderían la division entónces hecha, y alargarían los términos de la Citerior, que tambien se llamaba Tarraconense. Y proveerían que los límites, que no pasaban de Ebro, pasasen á la otra parte del rio, comprehendiendo toda la tierra hasta la Lusitania, Andalucía y Estremadura, acortando los términos de la Ulterior; de modo que así como ántes llegaban hasta Ebro, despues en adelante no pasasen de lo que es Lusitania, Andalucía y Estremadura. Sobre cuyos términos de una y otra provincia se puede leer á Medina, Antonio de Nebrija, el Obispo de Gerona, Juan Vaseo, Marco Arecio, y otros que referiré cuando trataré del emperador Octaviano.

Med.l.1.c.5. Ob. de Ger. l.1.c.divisio Hisp. et c. descript. per mediterran. Vas.l.1.c.8. Mar. l.3.c. Orosio l.4.c. Scip.inHisp.

2 Y no es contrario esto á lo que escribe nuestro tarragonés Paulo Orosio, cuando dice que Publio Scipion puso á España desde los montes Pirinéos en forma de provincia; ni contrario tampoco á lo que dice Morales, y escribirémos abajo en el capítulo treinta y siete, que en el año ciento noventa y cinco ántes de Cristo fué hecha la division. Y es la razon, porque bien podian los romanos nombrar España Citerior, y poner en forma de provincia aquella parte que poseían, quedando con nombre de Ulterior la otra parte que no poseían. Y por esto cuando vino Publio Scipion, desde los Pirinéos hácia acá hasta Ebro, ó cuando fué señor de esta tierra y la gobernó solo, bien pudo arreglarla y regirla en nombre y modo de provincia, como dice Orosio. Y en cuanto á lo que dice Morales, satisfago con este ejemplo. Nosotros vemos que el condado de Rosellon tiene un gobernador, y hace por sí una provincia: el del principado de Cataluña ya es otro, y hace otra provincia: y un lugarteniente de la Real Magestad con nombre de Virrey rige y gobierna las dos provincias. Pues asimismo el Senado romano, hecho ya señor de España, ó teniendo dominios en una y otra provincia, á veces (cuando convenia) enviaba dos gobernadores cada uno á cada provincia, y en otro tiempo no enviaba mas que uno, y algunas veces volvia á enviar dos, como verémos mas adelante, donde corresponda. Bueno fuera que por esto dijésemos en la última vez, que entónces se hacia la division en dos provincias. No se debe entender así, sino que la division ya estaba hecha, y que á veces convenia que cada cual se rigiera y gobernára por sí sola; y otras, que uno solo tuviese voces y nombre de presidente; y tuviera sus legados en una ó en otra de las provincias. O á lo ménos habiamos de entender lo que dice Morales, de que se volvieron á alargar y

estender los términos de la *Citerior*, como lo dejamos notado. Porque decir que en aquel año de ciento noventa y cinco. se hizo la division, no puede ser; pues ya ántes de aquel año hallamos haber habido su gobernador en cada una de las provincias.

CAPÍTULO XXXIII.

Como Indibil y Mandonio se rebelaron; y vencidos por Scipion los perdonó: y como los cartagineses fueron sacados de toda España; y Scipion se fuè á Roma.

1 Volviendo á hablar de Scipion, y á ligar nuestra historia, se ha de saber que en el tiempo que las cosas de Roma estaban con tanta prosperidad; y que creía Publio Scipion que no habria nada que no se le humillase, segun escriben Tito Livio, Plutarco, Morales, Viladamor, Pedro Antonio Beuter, Pedro Medina, Juan Sedeño, Garibay, Mariana y el Obispo de Gerona: estando Scipion en Cartagena, enfermó gravemente, de modo que llegaron á desauciarle, y muchos le publicaron por muerto. Esta novedad causó en España muchos movimientos y alborotos. Porque Indibil y Mandonio, luego que lo supieron, ayudados de algunos celtíberos, ilergetes, ausetanos, lacetanos ó laletanos, y de algunas compañías del ejército romano, que estaban cerca del rio Sucro en el reino de Valencia, se rebelaron contra la gente romana; con intencion de que pues los cartagineses ya habian salido de España, saliesen tambien los romanos: y extinguidos los estrangeros, dominasen y gobernasen la España señores naturales; poseídos aquellos dos hermanos de la esperanza de que logrado esto, se harían ellos reyes de toda España. Con esta idea comenzaron á alborotar y conmover toda la tierra que hoy llamamos Cataluña. Salieron ellos de sus tierras con ejército formado, corriendo y robando el país, y especialmente por las comarcas de los sedetanos y suesetanos, que hallaron prevenidos y armados en favor de los romanos.

Liv. Dec. 3. l. 8. c. 12. 13. y 14. Plut. in vit. Scipionis. Mo. l. 6. c. 19. Vila. c. 4. Beut. l. 1. c. 20. Med. p. 1. c. 58. Sed. tit. 17. c. 7. Gar. l. 5 c. 14. Mar. l. 2. c. 23. Ob. de Ger. l. 5. c. infirm. Scipio. & c. præl. Scip.

2 Magon, que estaba retirado con los demas cartagineses en la isla de Cádiz, luego que supo aquellos alborotos, concibió esperanzas de reintegrar la república cartaginesa en España, y á este fin escribió al Senado de Cartago, pidiéndole ayuda y socorro.

3 Pero luego que Publio Scipion cobró la salud, se aplicó á apagar aquel comenzado incendio, y para ello empezó castigando aquellos romanos que habian adherido á la sedicion

y alboroto con los hermanos Mandonio é Indibil; y contra estos dos publicó la guerra.

4 Estaban ellos haciendo sus correrías é invasiones en las tierras de los sedetanos y suesetanos, cuando supieron que Scipion se habia recobrado de su peligrosa enfermedad, y luego cesaron las hostilidades, y se restituyeron á sus tierras á esperar lo que haría Scipion, segun Morales. Pronto tuvieron Moral. l. 9. la noticia de que Scipion habia castigado sus romanos; y con- c. 22 y 23. cibieron un grande temor de que iría contra ellos, y los destruiría. Por lo que se procuraron precaver, poniendo sobre las armas á sus vasallos, con la temeraria idea de defenderse de Scipion y de su ejército; fiados en que habian llegado ellos á juntar un ejército de veinte mil hombres de á pié y dos mil y quinientos montados (número prodigioso con respecto de lo reducido de sus tierras, y en aquellos tiempos en que todas eran poco pobladas; pero como quiera que sea está calificado por los sobredichos autores), con resolucion de defender la libertad, á que por naturaleza han sido siempre eficazmente propensos los hombres de este país, la que comunican á los que á él vienen á vivir. Pues vemos que con tantas mudanzas como ha producido la continuacion del tiempo, el transcurso de generaciones, funciones de guerras, venidas de diversas naciones, calamitosas épocas, y poderosos dominadores, jamas se le han extinguido los bríos á esta nacion, ni ha querido sufrir contra el goce de la amada libertad, dominadores, señoríos ni leyes estrañas, queriendo, venerando y amando siempre á sus propios y naturales señores.

5 Por último, Mandonio rey ó príncipe de los ilergetes con su hermano y con el referido ejército, se volvieron á meter en las tierras de los sedetanos y suesetanos, talando, destruyendo y arruinándolo todo. Luego que Publio Scipion supo estos procedimientos, al punto juntó un ejército, y marchó contra sus enemigos. Llegó al rio Ebro, y allí hizo á sus gentes un razonamiento, sobre el cual remito al lector á Tito Livio. Despues pasó á la parte de acá del rio, encaminándose hácia los enemigos, á los cuales encontró, y puso luego su Real cerca de ellos. Plutarco dice que estaban nuestros tarraconenses ó catalanes en un sitio bastante fortificado, de cuya buena positura y de la multitud confiaban tanto, que ni dudaban acometer, ni temian ser acometidos. Trabáronse valerosamente unos con otros diversos escuadrones, y finalmente se dieron la batalla de poder á poder. No dicen los historiadores en qué territorio pasó aquella funcion, sino que fué á la parte de acá del Ebro, y que fué muy reñida: que murieron muchos de los españoles de esta parte de Ca-

taluña, y que aun no perdieron un punto de ánimo; ántes bien que el dia siguiente muy de mañanita, con mucho órden y concierto, se pusieron en el campo en forma de batalla. Pero fueron luego acometidos y vencidos tambien como el dia anterior, porque Scipion los habia rodeado con su ejército, facilitándoselo la estrechez del sitio, que impidió á los ilergetes que jugase su caballería. Salvóse solamente la tercera parte del ejército, que se subió á una montañita; y huyendo y retirándose poco á poco, logró escapar de la furia del enemigo, en cuya fuga fueron comprehendidos los hermanos Mandonio é Indibil, y algunos de los principales. Con la fuga de estos cayó todo el poder romano sobre los demas, é hicieron en ellos una cruel carnicería; saquearon el Real de los vencidos, y prendieron en él cerca de tres mil hombres, que eran las guardias y los de servicio. Pero esta grande victoria la compraron bien cara los romanos; porque quedaron muertos en el campo de batalla mil y trescientos; se hallaron heridos mas de tres mil (segun Tito Livio) de los cuales murieron mil y quinientos; conforme siguiendo á Apiano, lo refiere Morales. Y por último Scipion hubo de tener á bien la reconciliacion con los príncipes Mandonio é Indibil, porque reconoció que su enemistad podia perjudicar mucho á la república romana. Luego que Indibil y Mandonio supieron aquella buena disposicion de Scipion, le enviaron embajadores; y el mismo Mandonio se le presentó, y poniéndose á sus pies, con mucha humildad le pidió su amistad, disculpándose con el ejemplo que les dieron los mismos romanos, que (como queda referido) se habian alzado en Valencia. Scipion le recibió con alguna severidad y palabras reprehensivas; pero los admitió en su amistad tan generosamente, que no les pidió arras, ni rehenes algunos para su seguridad. Pagaron los dos hermanos algunos sueldos que se debian al ejército romano por modo de pena; y despues se fueron hácia el mar Océano, y Junio Silano se volvió á Tarragona.

6 Omito el referir aquí como Masenisa, que se habia confederado con Scipion, acudió en su favor con buen socorro, y que por su persuasion se le entregaron tambien los de Cádiz: con lo que quedó España por el Senado romano, desde los montes Pirinéos hasta el mar Océano, sin quedar pueblo alguno bajo el dominio de Cartago: pues sobre esto me refiero á Tito Livio, Plutarco, Lucio Floro, Morales y Mariana.

Liv. Dec. 3. l. 8. c. 8. Plut. in vita Scipi. Rom. Fl. l. 2. c. 6. Mar. l. 2. c. 23. Floro l. 44.

7 Todos los referidos hechos de Publio Scipion fueron acabados en cuatro ó cinco años, segun quiere Lucio Floro, y viendo que ya no le quedaba mas que hacer en España, pues dejaba bien vengadas las muertes de su padre y tio, y

sujeta la tierra al Senado y pueblo romano; dejó encomendado el gobierno á dos principales romanos y hermanos, nombrados Lucio Cornelio Léntulo, y Lucio Manlio Accidino con encargo de procónsules. Y Scipion se volvió á Roma al fin del año doscientos cuatro. Hiciéronle los romanos una magnífica entrada, recibiéndole con aclamaciones y públicos regocijos, como se puede ver en Tito Livio, Plutarco y Vaseo.

Año 204. Liv. dec. 3. l. 8. c. 16. Vas. l. 1. c. 12.

CAPÍTULO XXXIV.

Como Mandonio é Indibil se volvieron á rebelar contra los romanos, y fueron vencidos y muertos.

1 Luego que Publio Scipion salió de España, y en el tiempo que empezaba el año doscientos tres ántes de Cristo; dicen Ambrosio de Morales, Pedro Antonio Beuter, Pedro Medina, Garibay, Juan Mariana y el Obispo de Gerona, que los dos hermanos Mandonio é Indibil, como eran hombres principales y poderosos entre los *ilergetes*, tenian grande autoridad y reputacion, y eran temidos y respetados de todos los vecinos; de que resultaba tener ellos altos pensamientos, y fraguar cada dia nuevas ideas en solicitud de la libertad; y no obstante las esperiencias con que habian visto tan acreditado el poder de los romanos, no podian domar ni sujetar sus espíritus al sufrimiento de dominio estrangero. Aunque Scipion habia dejado en España con nombramiento de procónsules y gobernadores á los dos hermanos nombrados en el capítulo precedente; los hermanos Mandonio é Indibil los despreciaron, y perdieron enteramente el temor que habian tenido á Scipion, una vez que ya se habia ausentado; conforme con las mismas voces lo escribe Tito Livio en sus *Décadas*. Yo me persuado que este movimiento es el mismo de que habla Diego de Valera, cuando dice que se alzaron los españoles, despues de ido Publio Scipion á Roma; y si bien que no dice cuales fueron los principales conmovedores, ni hace mencion de Indibil ni de Mandonio, el curso de la historia nos induce á haberlo de entender así.

Año 203. Mor. l. 6. c. 38. Beut. l. 1. c. 20. Med. l. 1. c. 58. Gar. l. 6. c. 1. Mar. l. 2. c. 24. Ob. de Ger. l. 5. c. Mago Amilc. filius. Liv. dec. 5. l. 9. c. 11.

2 Estos hermanos y señores ilergetes, para cohonestar y fundamentar su ideado levantamiento, manifestaban en público que se dolian y compadecian de la servidumbre y yugo en que estaba la España; y sus grandes deseos de verla en libertad. Decian que con haber sacado de España á los cartagineses, dejando apoderados de ella á los romanos, solo habian mudado de señorío; pero no de servidumbre y trabajo. Y de aquí fueron poco á poco perdiendo el respeto á los pro-

cónsules; y decian que ya en Roma no habia mas Scipiones que enviar á España, ni habia en ella sino figura y sombra de capitanes y ejército, porque Scipion se habia llevado los capitanes y soldados veteranos, y solo habia dejado los bisoños, no impuestos en la milicia, ni acostumbrados á obedecer, ni observar la disciplina militar, ni las ordenanzas de la guerra: y que Anibal habia muerto á los mejores en Italia. Y que en consideracion á todo esto, jamas habia habido ocasion mas proporcionada que entónces, paraque España se reintegrase en su estimada y deseada libertad, y se pudiesen gobernar sus naturales ellos mismos con propias leyes y natural señor. Todas estas especies que fueron sembrando aquellos dos hermanos, fueron unas limas sordas que conmovieron los ánimos, y arrastraron á sí las voluntades de las gentes. Y al fin conmovidas las pasiones naturales, alteradas las sangres é hirviendo los ánimos, comenzaron muchos pueblos á acudir, entonando el dulce nombre de *viva la libertad*, *por todos tan estimada*, *y hasta de los irracionales procurada.*

3 A este grito acudieron luego los pueblos de Cataluña vecinos á la ribera del Ebro, como mas inmediatos, y muchos de ellos del señorío de Indibil y Mandonio. Tambien con mucha prontitud siguieron aquella voz los ausetanos, y fueron los primeros que acudieron, segun escriben Livio y Morales. Entre unos y otros juntaron muy en breve un ejército de treinta mil hombres de á pié y cuatro mil de á caballo; y comenzaron á demostrarse juntos en los pueblos sedetanos.

4 Luego que los procónsules Léntulo y Accidino entendieron estos movimientos y congregacion de pueblos, recelando que con la tardanza del remedio crecería el daño, inficionando los demas, juntaron puntualmente un ejército de romanos y españoles, y partieron á toda diligencia en busca de sus enemigos, pasando por las tierras de los ausetanos, que aunque les eran enemigos, no hicieron resistencia alguna. De las comarcas que á estos pueblos les designamos en el libro segundo, capítulo primero, se reconoce que para ir el ejército romano á tierra de los ilergetes, pasando por la comarca de los ausetanos, debió salir de la tierra de los betulones, gerundenses, indicetes, rosilioneses y portusios, pues no siendo así, no alcanzo cómo podia ser el pasar por tierra de los ausetanos.

5 Lo cierto es que los procónsules llegaron á asentar su Real delante de los enemigos á distancia de una legua los unos de los otros. Y luego intentaron tratar de paz con los hermanos Indibil y Mandonio; prometiendo perdonarles todo

lo pasado. Pero no sirvió nada esta benignidad, ántes bien inmediatamente los ilergetes hicieron salir un escuadron de caballería contra otros caballos y ganados de los romanos, que estaban paciendo por la campaña. Los procónsules enviaron al punto para socorrerlos otro escuadron de caballería; y se trabó entre unos y otros una batalla muy reñida, portándose con tanta igualdad, que quedó indecisa la victoria.

6 El dia siguiente al salir el sol, ya se plantaron los ilergetes á punto de guerra en la inmediacion del campo del enemigo con el ejército ordenado, en esta forma: Pusieron á los ausetanos que estaban con ellos en un batallon en medio, la parte derecha la ocuparon los ilergetes con Indibil, dejando la izquierda para los otros pueblos ménos principales con Mandonio: y entre los dos cuernos y el batallon de enmedio dejaron mucho espacio, paraque pudiesen pasar los de á caballo cuando quisieran. Los romanos que observaron aquella formacion, la hicieron del mismo modo puntualmente con su ejército. Y al punto mandó Léntulo que Sergio Cornelio comenzase la batalla con su gente de á caballo. Y el mismo Léntulo acometió al batallon de la derecha, que era el de los ilergetes. De los cuales fué recibido con tanto valor, y le hicieron tanta resistencia, que le desbarataron toda una legion, y la hicieron retirar precipitadamente. Pero Léntulo hizo entrar inmediatamente otra legion en batalla, la cual reparó aquel daño. Y de allí pasó Léntulo á ver á su hermano Accidino, que peleaba en el cuerno izquierdo, para socorrerle; y despues continuó en pasar de una parte á otra socorriendo donde veía necesidad. Sergio, que con sus caballos se habia metido en medio del ejército contrario, desbarataba todos los escuadrones, é impedia que la caballería de Indibil y Mandonio pudiese salir á batir los romanos de á pié.

7 Esta operacion precisó á los ilergetes de á caballo á apearse para pelear á pié, ayudando á los que flaqueaban. Pero los romanos, que llegaron á comprehender flaqueza y temor en sus enemigos, los cargaron tanto y con tanta furia, que ya casi los llevaban de vencída; y todos se hubieran perdido á no haberlo impedido Indibil, que se hallaba tambien á pié con los que habian bajado de los caballos. Y puesto Indibil á su frente, se opusieron valerosamente á los romanos, haciendo una poderosa resistencia, con lo que se enardeció y se hizo mas sangrienta la batalla, trabajando todos como leones, los unos á vencer y los otros á resistir. Y allí Indibil recibió una mortal herida: pero así desangrándose, aunque le iban faltando las fuerzas, no se le disminuyó el ánimo, ni se rendia su valeroso corazon; pues sostenido sobre un tronco de

lanza, ó por mejor decir sobre su propia virtud, animaba fuertemente á los suyos. De los cuales aquellos que le eran mas fieles y verdaderos amigos defendieron tenazmente su persona, peleando valerosamente. Pero al fin fueron vencidos, y su braveza no les aprovechó mas que para morir como leales y verdaderos españoles.

8 Porfiaron siempre los que quedaron, hasta que muertos unos y otros, murió tambien con ellos el valeroso Indibil; y al punto se desbarató todo el ejército. Murieron muchos en aquella defensa; y otros muchos en el alcance que les dió la caballería romana, unos porque no pudieron subir á caballo, y otros porque intrépidamente hacian una temeraria defensa, pensando que podrian llegar á recogerse en el Real; y los romanos se entraron en él de tropel siguiéndolos. Y allí continuaron la matanza, y los saquearon todo cuanto habia. Murieron en aquella batalla tres mil españoles, y fueron cautivos ochocientos. Pero de los romanos solo murieron poco mas de doscientos.

9 Entre los españoles que huyendo de la batalla se salvaron, fué uno de ellos el ilergete príncipe Mandonio. Quien condolido de la desdichada suerte que aquel dia habian tenido, hizo juntar los principales de su ejército á quienes pidió consejo; y fueron de sentir que se enviasen embajadores al procónsul Léntulo, y á su hermano Accidino, pidiéndoles la paz con promesa de rendir las armas. Recibieron los procónsules con mucha benignidad aquella embajada; y en ella se sinceraron los embajadores, cargando toda la culpa del alzamiento sobre el difunto Indibil y su hermano Mandonio: diciendo á los procónsules que aquellos dos hermanos habian sido los conmovedores de toda la tierra, y los que la inquietaron toda, y la hicieron alzar contra los romanos. Y con esto negociaron los embajadores mejor para ellos, que no para quien los habia enviado (así lo suelen hacer otros muchos): porque los procónsules prometieron perdon á todos, con condicion de que á Mandonio y á los otros cabos de rebelion los pusiesen en su poder: que pagasen el sueldo del ejército romano, doblado en aquel año: que por espacio de seis meses proveyesen de trigo al ejército, y diesen á los soldados vestuario doble: y ademas de todo esto, que habian de entregar buenas arras ó rehenes. Y en todo convinieron los malos embajadores. Y dice Morales que dieron treinta ciudades en arras.

10 Pero yo no sé como puede ser esto, porque ellos no podian dar mas que las que estaban en su poder, y no tenian tantas en toda aquella tierra. Sino es que esto lo quieran entender, como lo que se lee en Aulo Gelio en el libro

décimo octavo capítulo séptimo *de las Noches Átticas: que ciudad se entiende de cualquier lugar, pueblo ó multitud de hombres.* A lo que parece aludir Andrés Alciato en el capítulo *Quod sedem.... de officio ordinarii*, en el número 87, cuando dice *haber ciudades mayores y menores, y otras en el territorio de la ciudad mayor.* De modo que en aquellas treinta ciudades que dieron en arras á los procónsules, se debe entender que eran comprendidas con las ciudades grandes las pequeñas, los pueblos, los lugares, ó ayuntamientos de hombres: y llevémoslo bien advertido para en adelante. Concertados que fueron los embajadores con los procónsules, aunque no hallamos escrito qué respuesta le volvieron á Mandonio, dicen Livio, Morales y Medina que á Mandonio y á los otros principales los pusieron en poder de los procónsules, quienes luego los hicieron degollar. Este fué el trágico fin que tuvieron los altos pensamientos de aquellos dos valerosos hermanos. De cuyas muertes hace mencion de paso nuestro catalan canónigo de Barcelona Francisco Tarafa; diciendo que murieron en la amistad cartaginesa. Tarraf. c. 39. Pero no sé como él lo entendió, porque ya los cartagineses estaban enteramente fuera de España, como ya lo dejo escrito en los capítulos treinta y uno, y treinta y tres; y advirtiendo otros lo que presto diré. Vaseo, que habla de aquellas turbaciones y guerras, solo dice que los procónsules mataron á Indibil. Vas. l. 1. c. 12. Pero por último entre todos lo dicen todo.

12 Esta guerra fué, en mi sentir, la primera que los españoles en nombre propio hicieron contra los romanos. Porque todas las anteriores fueron por defender el partido de los cartagineses. Pero ahora ya los cartagineses estaban enteramente fuera de España: y estos dos hermanos procuraban para sí el dominio y señorío de ella. Por lo que debo persuadirme que el decir Livio y Morales que la primera rebelion había sido en tiempo de Sempronio Tuditano, fué engaño, respecto de lo que aquí dejo escrito, y escribiré en otros capítulos, especialmente en el treinta y siete de este libro.

CAPÍTULO XXXV.

Se trata de lo que algunos escriben de Bara ó Barra romano, y del Rey de Castell de Assens: y cómo se debe entender esto.

1 No me parece fuera de propósito escribir los sucesos de este tiempo que hallo relacionados, y que en algun modo pertenecen á esta Crónica, porque si fuesen fábulas, no los

vendo por verdades; si son ciertos, no se deben callar; y si aparentes y ocultos, bueno es manifestarlos: pues aunque no sean muy importantes, á lo ménos los que no saben mas que aquello que hemos referido, verán que lo hemos visto todo; y entenderán en qué estimacion se debe tener lo que sabian. En aquellas cosas que advertirémos contradiccion, procurarémos la mejor concordia, ó á lo ménos la que sea posible, y á este fin empiezo.

Be.p.1.c.20. 2 Escribiendo Pedro Antonio Beuter esta guerra de los hermanos Mandonio é Indibil contra los romanos, dice que el principal que entre estos *ilergetes* entendió en la rebelion, fué un hombre que se llamaba Baro, natural de Roma, y que por los catalanes era nombrado Bará. Mas adelante escribe, que los catalanes dicen que este Bará, en pena de su traicion y para castigo de su rebelion, fué enterrado vivo en el campo, á distancia de dos leguas de Tarragona, hácia la parte de Barcelona, en el sitio donde en el dia se vé el arco, que vulgarmente nombran *arco de Bará*. El cual, para mayor demostracion le pinta el dicho autor (aunque con error) de esta forma y figura.



3 Y de este hecho de Bará advierte que tuvo principio en Cataluña la costumbre que se observa en los bandos Reales de decir *á pena de Bara y traidor*, cuando se manda hacer ó contenerse de hacer alguna cosa. Yo me persuado que Tomich c. 7. esta narracion la leyó Beuter en nuestro catalan Tomic. Pues á este propósito dice que los romanos habian encomendado el gobierno de España á un capitan nombrado *Barra*, y no Bará (cuya diferencia es corrupcion ó yerro de imprenta) y que este *Barra* regia la tierra por los romanos, teniendo su residencia en la ciudad *Arcana*, que dice era la que hoy es Tarragona. Añade despues que este Barra se rebeló contra los romanos, y que conjuró al mismo hecho al Rey de *Castelldasens*. De cuyo castillo y de sus pueblos hace mencion Lucio

Marinéo. Tomic dice que el Rey de Castelldasens era griego de nacion, de aquellos que varias veces han entrado y poblado en España: y que por esto Marquilles nombra *griegos* á los españoles de esta nuestra tierra. Y añade que este Rey señoreaba toda la tierra del llano de Urgel; por cuyo motivo, á sus vasallos los nombraban *los Asens de Urgel*: y que con todos ellos se habia rebelado, porque era gente belicosa y aficionada á las armas. Mas adelante dice que sabiendo los romanos que estos les habian quitado la tierra de Celtiberia, muy pronto dispusieron una grande armada, nombrando por capitanes de ella dos hombres ciudadanos romanos, que eran hermanos de Scipion Africano. Y que cuando estos llegaron á la ribera del mar de la ciudad de Arcana, aquel Barra y el Rey de Castelldasens con todas sus gentes de armas los acometieron, y en una campal y sangrienta batalla mataron los hermanos Scipiones, quedando Barra y el Rey vencedores, y muertos todos los romanos. Y que lograda aquella victoria, Barra y el Rey se volvieron cada uno á sus respectivas tierras. Pasando mas adelante, dice que llegando á Roma la infausta noticia de la pérdida de los capitanes y gente romana, dispusieron otra armada muy grande, haciendo capitan de ella al padre de Scipion Africano, quien llegó con toda la armada á la misma ribera donde se dió la batalla antecedente, y que allí le salieron tambien al encuentro Barra y el Rey de Castelldasens, pero con suerte muy contraria; porque murieron los dos, y los romanos tomaron la ciudad de Arcana, que la despoblaron enteramente, y se enseñorearon de toda la tierra. Con cuyo hecho, arguye el autor que se justifica la traicion de Barra. Y mas adelante advierte que entónces los romanos, por cuanto este Barra habia sido el primero que habia hecho traicion en la tierra, hicieron una ley, que ordenaba que cualquiera que en adelante hiciese traicion fuese nombrado *Barra*; y este, dice, fué el orígen del nombre de Barra.

Marin. l. 3. c. de populi. Laletaniæ. Marq. *Usat. cum Dom.* nota 12.

4 Esta es la narracion que hace Tomic del mismo caso que con mas brevedad escribió Pedro Antonio Beuter. Pero discurramos ahora sériamente qué opinion y concepto merece, así lo que dice Pedro Antonio Beuter, como lo que escribió Tomic.

5 En primer lugar digo que nuestro catalan Miguel Carbonell se burla de toda esta narracion, poniéndose de propósito á impugnar á Tomic, sin considerar que, como dice el proverbio catalan, *cada hu ne fa una, si no jo quen fas dos*. Y riéndose de Tomic dice *que todo son sueños*. Pero como él no da causa ni razon de su sentir, por cuya omision ignoramos el porqué le hemos de dar á él mas crédito que á To-

Carb. c. 13 y 14.

mic, no sabemos por consiguiente á cual de los dos hemos de creer. Pues hablando de esto mismo Micer Luis Pons de
Icart cap. 9. Icart, dice que no es posible que Tarragona se llamase *Arcana*, porque tal nombre no se le encuentra en ningun escrito. Pero en estas dificultades quiero decir lo que alcanzare.

6 Mirando la narracion de Tomic á bulto, no niego que tiene algunas faltas en los tiempos y en los nombres, tomando un Scipion por otro, y en algunas otras menudencias semejantes. Pero escudriñando el asunto, yo no le hallo tan distante de la verdad, que se pueda llamar sueño. Pues en lo que toca á la rebelion de *Bará ó Barra*, aunque Carbonell no nos lo quiera conceder, no lo tengo por imposible. Pues bien podia *Bará ó Barra* ser romano, y rebelarse, porque en el capítulo treinta y tres de este libro tercero hallamos que se rebelaron los del ejército romano, que estaban en el reino de Valencia; y sería muy posible que se juntasen con el Rey de Castelldasens, que tal vez sería este Rey el nombrado Indibil, siendo señor de Castelldasens, que hoy existe sobre Arbeca; ó de *Candasens* que es mas allá de Fraga en la region de los *ilergetes*. Y podia entenderse tambien aquel dictado *Rey* de la persona de Mandonio, que dejamos dicho y probado que era Rey ó Príncipe de los *ilergetes* ó urgelleses, que los hemos escrito contra los romanos en los capítulos 11, 23, 33 y 34 de este libro, y señaladamente á Indibil en las muertes de los Scipiones; y despues hemos visto que los dos hermanos tuvieron batalla con Publio Scipion; y luego que fueron vencidos por los Procónsules. Todo lo cual me hace creer que esto fué lo que quiso escribir Tomic. Pero como por nuestra desgracia los hombres poderosos regatean mucho sus ausilios á los escritores, les faltan á estos los medios para libros, y no pueden hacer los cotejos necesarios en las historias, quedando las cosas á medio decir, con necesidad de que suplan la falta los ilustrados entendimientos.

7 Despues de escrito esto he celebrado mucho haberlo en-
Gar. l.6.c.1. contrado del mismo modo en Garibay, el cual lo siente y entiende asimismo. Pues donde escribe los movimientos de estos hermanos Indibil y Mandonio, dice estas formales palabras: *Tuvieron la victoria los romanos con muerte de trece mil enemigos y del capitan Indibil, que dió fin á sus dias peleando: y su hermano Mandonio con un capitan romano nombrado Barra, que habia sido contra su República, y otros españoles capitanes se dieron prisioneros á los romanos. Los cuales ajusticiaron públicamente á Mandonio y á Barra, y á los demas principales culpados.*

8 Esto es conforme con lo que aquí dejo dicho, que estas

guerras de Mandonio é Indibil son las de que trata Tomic, y así están conformes y no diversas las opiniones de los escritores, y se vé que no fué sueño lo que escribió Tomic, como lo soñó y malamente lo advirtió Carbonell.

9 Verdad es que de aquí nacen, y se me ofrecen otras dificultades. La primera es, que si aquel *Barra* murió en alguna de aquellas batallas, aun se puede dudar si es verdad lo que dice Beuter, sobre que fuese enterrado en el sitio donde hoy está el arco en el camino Real de Barcelona á Tarragona, que se nombra el *arco de Bará*; y me mueven dos razones á creer que no puede ser.

10 La primera es, que el Ilmo. y Rmo. D. Antonio Agustin en sus Diálogos, hablando de este arco, no hace mencion del nombre *Bará* ni *Barra*, sino que determinadamente dice que era arco triunfal, hecho ó dedicado por Lucio Licinio á Sergio Sura, ó al revés, por Sura á Licinio. Y si vá à decir la verdad, el dicho Sr. Arzobispo tiene razon, pues así se lee en las letras del epigrama ó de la inscripcion, que en el dia se ven en el mismo arco. El cual no figuro aquí, porque lo haré en su propio lugar, que será en tiempo del emperador Trajano, en el libro cuarto capítulo 31 donde está largamente esplicado, y puede leerlo el lector, haciendo cuenta que lo lee aquí. Y leido todo aquello entenderá que, pues las mismas letras declaran lo que era, no debemos atribuirlo á cosa del tiempo de Bara, ni apropiarlo à aquel, ni calificarlo de sepulcro ó memoria de que allí estuviese enterrado. La segunda razon de esto es, porque no muy léjos de dicho arco à la parte de la marina hay una casa meson, que la nombran *Bará ó Barra*, y á una legua de distancia está la villa que llaman *Torre den Barra*. De que se deduce que el arco no tomó el nombre porque estuviese en él enterrado Bará ó Barra; sino que para demostracion se llamó el arco de *Bará*, como quien dice: *El arco que está en Bará, ó cerca de la Torre den Barra*. Porque los idiotas, y gente que carecen de la inteligencia de la historia, y no entienden para que está allí aquel arco, ó los forasteros que por relacion hablan de él, como Beuter, no sabiendo como mejor señalar, consignar ó demostrarlo, dicen *el arco de Bará*, como si mas claro dijesen: *El arco que está en Bará, ó cerca de la Torre den Barra*. Verdad es que Micer Icart apunta que tal vez al arco y villa de Torre den Barra, les quedaría el nombre del mismo Barra, segun opinan algunos. Esto lo entiendo yo de este modo, que el arco tomó el nombre por mayor demonstracion, por estar cerca del espresado meson ó de dicha villa, como he referido. Y la villa podria ser lo tomara, porque hu-

Ag. Dial. 4.

Icart. c. 47.

biese sido allí el sitio en donde fué sepultado *Barra*; así como de la ciudad Tafosiris dijimos en tiempo de Hércules que se llamó así por estar sepultado en ella Osiris, ó por estar sobre su sepultura. Asi mismo esta *Torre de Barra* por haber estado allí sepultado *Barra*. Y de este modo no discrepará Micer Icart en lo que aquí hemos dicho. Ni obsta lo que dice el mismo Icart, que se tiene por mas verosímil lo que escribió Antonio de Nebrija: el cual hace mencion del pueblo *de Barea*, en la costa del mar de la España Tarraconense: y que no sabemos que se pueda acomodar mejor á otra que á esta villa: pues solo sería la corrupcion y falta de la letra *e*, haciendo de *Barea*, *Bara*, y hoy *Barra*. Y la razon porque no me obsta es, porque el Nebrisense no le quita ni le dá fundacion en un tiempo mas que en otro, ni por ocasion diversa de esta: ni es tan antiguo, que se halle este nombre ántes del tiempo de que aquí escribimos, ántes bien escribió (como se vé en sus obras) en tiempo de los Católicos Reyes D. Fernando y Dª Isabel. Y la nombró en latin con el nombre tan conforme á nuestro catalan, que parece el mismo. Y si mucho queremos gramaticar, llamándole *Barea*, confirma nuestra opinion, porque *Bara* ó *Barra* es sustantivo, y de él se derivará el adjetivo *Bareus*, *barea*, *bareum*, que querrá decir cosa de *Bara*. Y por consiguiente la torre ó el sepulcro de Bara. Sea así ó sea que la villa tome su nombre de Marco Varron, ó de Viriato, como dice el mismo Icart que lo queria etimologizar el canónigo *Cese* de Tarragona: de cualquier modo que fuese, no tomaría el arco su nombre de *Bara romano*, de quien aquí hemos hablado, sino que lo tomaría de la villa, por demostracion y no mas, como ya está dicho.

Nebr. c. de civit. mont. et flumin.

Dist. c. 47. Véase c. 35.

11 La segunda dificultad que se podria mover resultante del nombre de *Bara* ó *Barra*, es sobre el orígen que dicen que de él tuvo una ley entre los romanos, vigente hoy en Cataluña, que impone la pena de *Bara* al que hace traicion. Y si no fuere del nombre del rebelado, que creo no lo es, lo es empero del tiempo, principio y orígen de la pena de *Bara*; pues esta pena no se comenzó á llamar así por este *Bara*, sino por el otro *Bara*, que fué conde ó gobernador en Barcelona por Ludovico Pio Rey de Aquitania, al cual gobernador acusaron de traicion, y fué vencido en duelo ó batalla, y desterrado á Francia donde murió. Y yo no sé de ley romana que haga mencion de pena de *Bara*, ni de que alguno sea tenido por *Barra*: ni en Cataluña se dice *Barra*, sino *Bara*, como de todo esto daré cumplida razon, queriendo Dios, en la segunda Parte de esta Crónica, cuando trataré del dicho conde *Bara*. (Véase el capítulo 12 del libro 10).

12 Falta solamente advertir que sobre aquello que dice Tomic, que Tarragona se llamó *Arcana*, aunque á Micer Icart le parece imposible porque no se lee, yo nunca me atreveré á decir: *es imposible*, *y no se lee*; sino (como la Glosa del Derecho civil) *no lo he leído*; porque puede estar escrito, y leer otro mas que yo. Y así no digo que no está escrito ni que sea imposible, sino que por no haberlo leído, estoy bien con Micer Icart en esto, y en lo demas con Beuter y Tomic, hecha la conciliacion y concordia que dejo dicha: con lo que me persuado quedará aclarada la historia, y quitada la dificultad que en esto pudiese ocurrir. Glosa 2. l. 1. ff. de lega. 1.

CAPÍTULO XXXVI.

Sobre lo que se dice de Lérida que se llamó Monte público, *y cómo nosotros lo debemos entender.*

1 Para acabar de remover todas las dificultades que parezca pueden salir de lo que de este tiempo escribe Tomic, conviene escribir aquí lo que él dice de la ciudad de Lérida. Y es que ántes ó muy cerca de este tiempo, los hombres de Urgel solian cada año ir á hacer sacrificios á sus dioses en aquel monte donde está edificada la ciudad de Lérida, y que la nombraban *Mont públich*. Porque allí, con la ocasion de los sacrificios, siete mugeres públicas habian comenzado una poblacion en el valle donde hoy está la plaza de la Suda. Y que aquel nombre *Mont públich* le duró hasta el tiempo de Julio César, quien se lo mudó, dándole el que hoy tiene que es *Leyda*, que dice significa *cabeza de leyes*, porque dá ley y ejemplo á los otros, que habian de hacer por su señor como los de aquel pueblo habian hecho por su señor Pompeyo, del cual trataré mas abajo en el capítulo veinte y siete. Tomic c. 7.

2 Sabido esto que Tomic escribe de Lérida, será bien que digamos lo que sienten otros; y señaladamente su émulo Pedro Miguel Carbonell; el cual dice así: *Todas estas narraciones de Tomic son fábulas y locuras, porque Lérida es de las mas antiguas ciudades de España, que se llamó Ilerda por el rio de Noguera que pasa por ella.* ¿Qué diré yo? pondré la mano (como suelen decir) entre dos muelas? mayormente siendo los dos catalanes? y si no, se dedignan de serlo los que descienden de Carbonell, pues en él y mis abuelos maternos hay una misma sangre. Pero la integridad debida á la historia me fuerza á decir lo que siento, tanto por uno como por otro. Y así digo que es verdad innegable lo Carbon. 13. y 14.

que dice Carbonell, que de Tito Livio, Floro, Orosio y otros autores aprobados se saca que *Leyda* muchos años ántes se llamó *Ilerda*; y que es de las ciudades mas antiguas de España. Y por eso en esta nuestra historia la hemos escrito fundada en tiempo de Brigo Rey de España; como puede verse en el libro primero, capítulo catorce y veinte y dos, y en el libro tercero, capítulo tres y cuatro; y en muchos otros lugares hemos hallado memoria de ella, nombrándola los escritores *Ilerda*. Pero el que tuviese este nombre por razon del rio Noguera, como quiere Carbonell, ni lo he leído en otro autor, ni lo tengo por posible: tanto por no frisar ni parecerse los nombres, como tambien porque el Noguera cuando llega á Lérida tiene perdido su nombre, mezclándose mucho mas arriba con el *Segre*, segun referí en los capítulos cuatro, catorce y veinte y dos del libro primero. Y tambien porque ya en otro lugar he dado la razon de su nombre. En cuanto á la reprehension que dá Carbonell á Tomic, porque la llama *Mont públich*, reconozco que no tiene razon para reprehenderle, porque muy bien podia ser verdad, del modo que yo comprendo que lo entendió Tomic. Y es que la ciudad sin duda se nombraría *Ilerda*, y viniendo á ella los pueblos de Urgel á sacrificar á sus dioses, porque era la cabeza y metrópoli de ellos, como en muchas partes hemos dicho, haciéndose allí los sacrificios, venia á ser un lugar público; y como era un monte, no es de estrañar le llamasen *Mont públich*, pues era comun á todos los singulares, y útil á la universidad, como lo dice Pomponio jurisconsulto. O tal vez porque realmente en el dicho sitio de la Suda viviesen algunas mugeres públicas, y que por ellas llamasen á la montaña *Mont públich*, así como en el dia las casas donde ellas habitan en los pueblos y ciudades, las nombran con este nombre *del público*, para hablar con honesta cortesía; y de esto pudo resultar fácilmente el dar tal nombre á la ciudad, y tal vez algunos por irrision, ó por mote ó sobrenombre, ó como solemos decir por mal nombre, la llamasen la ciudad *del Mont públich*. Sin que por esto dejase su propio nombre, que siempre ha tenido de *Ilerda*. Pues tambien Barcelona, como he dicho arriba en el capítulo veinte y uno, se llamó algun tiempo *Favencia*, pero no por eso perdió el nombre de *Barcelona*. Y de este modo se debe entender á Tomic en este caso. Los discretos lectores dirán mejor lo que sienten; como en el juego, que advierte mas el mirón que no el jugador.

Pom. l. pupilius ff. de verb. signi.

CAPÍTULO XXXVII.

De los Procónsules que gobernaron en España desde el año 202 hasta el año 195 ántes de Cristo.

1 Antonio Viladamor escribe que por las muertes de Indibil y Mandonio quedaron las cosas de España muy alborotadas, y que se siguieron muchas novedades, porque los parientes y amigos de dichos dos hermanos, para vengarlos, hicieron armar los demas catalanes, diciéndoles que por su causa, para ponerlos en libertad, habian muerto valerosamente el uno é infámemente el otro. Y por esto dice que duró en Cataluña muchos años la guerra, señalando particularmente la batalla contra Sempronio Tuditano. Pero en esto me parece que hay error; porque, como aqui verémos, tuvo España mas de cuatro años continuos de paz, y muy cerca de cinco, despues de la muerte de los hermanos Indibil y Mandonio; desde cuyo tiempo al de la jornada de Sempronio Tuditano pasaron cerca de once años. En lo que todos los autores concuerdan, ó aloménos se puede colegir de ellos, es que quedaron las cosas de España con las muertes de Indibil y Mandonio algun tanto sosegadas, por lo que no hay mucho que escribir de aquel tiempo. Mas no obstante, como hay algunas cosas que dan luz para llevar corriente y seguida la historia, aunque las han callado todos los que yo he visto, ménos Livio y Morales (pues verdaderamente Morales fué laborioso, y tomó grande trabajo en poner las cosas continuadas, seguidas y claras) por esto siguiendo tambien á los dos, iré continuando y siguiendo el hilo para mayor inteligencia de lo venidero. Morales vá un poco largo; yo seré mas breve en la relacion, tocando solo lo necesario para mi historia. Vilad. c. 42.

2 Y para la continuacion de ella, recuerdo al lector que al partir Scipion de España para Roma dejó en ella por procónsules á Lucio Cornelio Léntulo y á Lucio Manlio Accidino, que vencieron á Indibil y á Mandonio, como en los anteriores capítulos treinta y dos y treinta y tres dejo escrito. Continuando ahora lo que dicen Tito Livio y Morales, es de saber, que sosegadas las cosas de España con las muertes de Indibil y Mandonio, el año doscientos dos ántes de Cristo Lucio Cornelio Léntulo fué en Roma creado *Edil Curula* de aquella ciudad. Pero como sería cosa larga esplicar lo que era este encargo, digo con brevedad que los *Ediles Curulas* eran en Roma los que tenian el cargo de los templos, casas y obras públicas y particulares, de los sacrificios, juegos y fiestas pú- Liv. Dec. 3. l. 9. c. 6. Mor. lib. 6. c. 39. Año 202.

blicas, contratos de ventas, compras y de redibiciones ó restituciones de ganados, y de esclavos enfermos, morbosos ó viciosos, como se puede ver en diversas partes del Derecho civil, y en Fenestella *de Romanorum magistratibus*, en Claudio Prevocio y en Pomponio Leto.

Derec. civil. l. 2. § itemq. § deinde, &c. tit. de Ædili. Fenest. c. de Ædilib. Leto eodem tract.

3 Gobernó Léntulo el cargo desde España, por haberle confirmado el Senado á él y á Accidino en el proconsulado. Y en el mismo cargo estuvieron el año siguiente de doscientos uno, y los otros dos años despues, que fueron de doscientos y de ciento noventa y nueve. Y así estuvieron pacíficos todos estos cuatro años y el siguiente, que fueron cinco por lo ménos, como quieren Tito Livio y Morales. En el año siguiente, que fué el de ciento noventa y ocho conforme quiere Garibay, Lucio Cornelio Léntulo se fué á Roma, habiendo estado en España seis años, desde que se fué Publio Scipion; y llegado á Roma Léntulo tuvo el triunfo de ovacion, como lo escriben el mismo Tito Livio, Carlos Sigonio y Juan Vaseo.

Años 201, 200, 199, 198.

Livio Dec. 4. l. 5. c. 7. Vas. l. 1. c. 12.

4 Quedaba solo en España Accidino, y por esto vino de Roma Cayo Cornelio Cetego en lugar de Léntulo. Del cual, á mas de los ya citados, hace mencion Mariana. Y parece que en sus comisiones y poderes debia ser mayor que Accidino, pues en adelante apénas se hace mencion de él. Poco despues que Cetego estuvo en España sucedieron algunos movimientos y alborotos, de los cuales, segun en qué modo de los escritos en el libro segundo capítulo primero entenderíamos los términos de los *sedetanos*, podría ser nos tocase alguna parte. Y ante todas cosas Morales escribe que en este mismo año de ciento noventa y ocho Cetego dió sobre los *sedetanos*, y que en una batalla mató quince mil hombres y tomó setenta y ocho banderas; pero no se declara mas, notando y advirtiendo espresamente que Tito Livio, de quien él lo sacó, no lo escribe mas largo, y así es verdad. Pedro Antonio Beuter y Garibay se estienden mas en esto, porque dicen que como Cetego comenzó á gobernar con furor, se indignaron los españoles, y trajeron á la memoria las muertes de Indibil y Mandonio, llorando aun la infamia con que á este segundo le ajusticiaron. Quejábanse los españoles parientes y amigos de los dos hermanos, é incitaban los pueblos á rebelarse, que es lo que arriba hemos advertido que fuera de tiempo lo escribia Viladamor.

Mor. l. 7. c. 1.

Liv. Dec. 4. l. 1. c. 18. Be. l. 1. c. 20.

5 Y dice Beuter que estos pueblos que se resintieron é indignaron eran *celtíberos*, en los campos sedetanos. Mariana los nombra ceretanos. Pero como estos pueblos no estaban en los sobredichos campos, pienso yo que querrán decir, ó aloménos se ha de entender así, que los rebelados entraron en los campos sedetanos, ó en los ceretanos, ó porque les eran

amigos y rebelados con ellos, ó quizá para dañarlos si se mantenian con los romanos: lo cual les era muy fácil, siendo como eran sus vecinos. Y escribe Beuter que aquestos celtíberos convidaron á muchos pueblos de España, paraque los imitasen en su rebelion. Contra ellos vino Cetego, y les dió la batalla, en la que los rompió, desbarató, mató y tomó las banderas, como arriba queda dicho.

6 Viene ahora alguna confusion en lo sucedido en este tiempo, por causa de que los escritores, unos dejan una cosa y faltan á otra; otros van continuando, y á veces añadiendo á lo que dicen los otros. Y así Beuter pone que de lo que aquí habemos dicho se siguió grande guerra, otra vez paz, y muy presto guerra. Pero yo lo aclararé, segun lo que he podido sacar de estos sucesos y tiempo.

7 Pasando España las calamidades referidas, y perdiéndose tantas vidas como desde el último Scipion acá hemos escrito, aun no contentos con esto los romanos, procuraban poner á los españoles en mayor miseria, pues sobre quitar las vidas á los unos, se tomaban los bienes de todos, repartiéndose las heredades entre sí, del modo que escribe Morales que sucedió Mora. l.6.c.
en el mismo año de ciento noventa y ocho ántes de Cristo; 1. y c. 2.
en que Scipion que se hallaba en Roma, alcanzó remuneracion Año 198.
para los soldados que en España habian seguido sus banderas, sirviendo á la República Romana. Pero no fué el premio
á costa de la República, sino de los pobres vasallos (que así Año 197.
son en el mundo las mercedes de los señores, que no ceden en bien de uno sin daño de otro): porque el Senado concedió que se diese á cada soldado un jornal de tierra por cada año que habia servido. Y así se puso en ejecucion el año siguiente ciento noventa y siete, segun se lee en Tito Livio. Liv. Dec. 3.
8 En este año Cetego y Accidino se volvieron á Roma, y l. 10. c. 18. y
vinieron al gobierno de España Gneo Cornelio Léntulo y Lu- Dec. 4. l. 1.
cio Estertino con encargo de procónsules, y residieron en ella c. 1. Liv. Dec. 1.
el mismo año y el siguiente de ciento noventa y seis, como l. 1. c. 3.
parece de Tito Livio, Garibay, Morales y Vaseo. Gar. l.6. c. 1.
9 Todo este tiempo estuvo España sosegada, segun escri- Vas. l. 1. c. n. Gar. l. 6. c. 2.
ben Morales, Garibay y Mariana; y en el año siguiente ciento Mar. lib. 2.
noventa y cinco dividieron á España los Romanos en Citerior c. 25.
y Ulterior, pues hasta entónces habia sido una provincia gobernada por dos hombres con título de procónsules: y dicen que nombraron *Citerior* á toda la tierra que hay desde los montes Pirinéos hasta el reino de Toledo, y desde allí á Andalucía, Estremadura y Portugal, la nombraron *Ulterior*; y que perseveró este órden muchos años, hasta que despues hubo otra division, de la que tratarémos á su tiempo. Sobre esto ya he

tratado arriba en el capítulo veinte y seis del libro segundo, y en el treinta y dos de este libro. Vaseo dice que se hizo esta division en tiempo del procónsul Cetego, de quien aquí hemos tratado. Todos los autores son graves y de mucha autoridad. Yo procuré concordarlos lo mejor que pude. Aquí hemos visto que los procónsules romanos unos venian á residir en la provincia Citerior y otros en la Ulterior. De que resulta que ya estaba hecha la division; y que esta no fué division, sino confirmacion de la ya hecha. Lo cual tambien se co-
Liv. dec. 4. lige de Tito Livio, donde dice que el Senado Romano envió
l. 1. c. 11. á Sempronio Tuditano á la España Citerior; y á Aulo Elio á la Ulterior con títulos de procónsules; y que les dió ocho mil hombres de infantería y cuatrocientos de caballería, con órdenes de que amojonasen con fitas los términos, señalando con distincion lo que se habia de llamar Citerior, y lo que se habia de llamar Ulterior. De modo que la division ya estaba hecha, y solo se debe entender que estos nuevos procónsules, para no confundir los territorios é impedir que uno tomase del otro, pusieron fitas á fin de aclarar mas la division que ya estaba hecha, paraque con los ojos se viese, y con las manos se tocase. Creo quedar así concordada la diversidad de opiniones sobre esta division de España, como arriba las dejo notadas, y aun las volverémos á tocar mas adelante.

CAPÍTULO XXXVIII.

Como algunos pueblos se rebelaron contra Sempronio Tuditano: dícese su muerte, y como le sucedió Quinto Minucio Termo en el gobierno de la España Citerior.

Año 195. 1 Corriendo el año ciento noventa y cinco ántes de la venida de Cristo, que es el mismo del fin del precedente ca-
Mor. l. 7. c. pítulo, escriben Morales y Garibay que para hacer la divi-
2. y 3. sion de España arriba dicha, ó para poner los términos en la que ya estaba hecha, vino Gneo Sempronio Tuditano, y gobernó la Citerior: y á la Ulterior la gobernó Marco Hervio, ó Aulo Helio, que otros le nombran Helvio. De los cuales apunté ya en el próximo capítulo alguna cosa, siguiendo
Liv. dec. 4. l. 1. c. 11. á Tito Livio y Mariana. En cuyo tiempo habia algunas no-
Mar. l. 2. c. 25. vedades en España, que se habian movido poco ántes, ó se movieron poco despues. De Beuter, Medina y Viladamor pa-
Beut. l. 1. c. 20. rece que ya estaban comenzadas estas novedades de algun tiempo ántes, y que Gneo Sempronio Tuditano vino de Roma
Med. l. 1. c. 59. para apaciguarlas. Vá Medina tan sucinto en esto, que per-
Vilad. c. 52. fectamente no se puede colegir de él, cuando entiende que

comenzaron aquellas revoluciones. Viladamor las continua desde las muertes de Indibil y Mandonio: pero ya en el capítulo precedente advertí que no podia ser. Beuter dice que cuando por España se supo la muerte de los dichos dos hermanos, y se divulgó la pérdida de la batalla de los celtíberos en las tierras de los sedetanos, de la cual he tratado en el capítulo precedente; doliéndose de tan grande pérdida, de tanta sangre derramada y de tan dura sujecion, á un mismo tiempo se alzaron en muchas partes de España, y mataron á cuantos romanos pudieron haber, que fué sin cuenta ni fin: porcuya causa Gneo Sempronio Tuditano hubo de mover sus ejércitos contra los rebelados.

2 Si tomamos esto así, y leemos á Morales y á Garibay, que (como en el precedente capítulo he dicho) dan paz á España desde el año ciento noventa y ocho acá, no podemos decir que esto vá bien. Por lo cual para poner estas cosas con la claridad posible y con aparente concordia, creo yo haberse de entender del modo que probablemente se puede sacar de Tito Livio, y es que como los españoles vieron que Liv. dec.4.l. los celtíberos habian sido vencidos en los campos sedetanos, 3.c.3.y 6. doliéndose de esta pérdida y de las vejaciones que les hacian los romanos, debieron tratar entre sí de alzarse y alborotar toda la España, así para vengar los muertos, como para poner en libertad los vivos. Pero como los romanos estaban tan apoderados de ella, es regular que esta conjuracion se iría haciendo muy á la sorda y en secreto por el espacio de tres años, y así en dicho tiempo daban muestras de estar quietos y pacíficos. Esta sería la paz que dicen Morales y Garibay; y si en dicho tiempo habia algunas muestras de lo que despues sucedió, sería esto lo que escriben los otros. Porque á la verdad en el año ciento noventa y cinco, del cual aquí hablamos, se descubrió la conjuracion á la descarada, y se mostraron los rebelados públicamente. Y fué necesario que Sempronio tomára las armas contra ellos, como abajo verémos.

3 Consta de Beuter especificadamente que estos pueblos rebelados eran celtíberos. Y de Livio y Morales, que tambien Liv. Dec. 3. en la provincia Citerior se rebelaron Culca y Luscinio, seño- l.3. c.3. res principales de la tierra, con diez y siete lugares que los Mor.l.7.c.2. siguieron; y que dos de ellos eran ciudades principales, nombradas Cardona y Barcelona: y segun los nombres parece que las dos son de nuestra provincia Citerior ó Tarraconense que hoy es Cataluña. Pero de Tito Livio parece que eran de la provincia Ulterior; en cuya forma Morales viene á estar contrario á sí mismo; pues en las *Antiguedades de las ciudades* pone haber pasado esto en Cardona y Barcelona, ha-

biendo aquí dicho Bardona. Y allí dice que estaban en la provincia Ulterior, y que no sabe el sitio de ellas, habiendo aquí dicho que eran en la Citerior. Yo encuentro en nuestra Cataluña estas dos poblaciones, y dejar las que tocamos con las manos, por las que no sabemos donde eran, ni si han sido, no sé si está bien hecho: si es, ó si ha de ser cortesía, yo me doy por vencido. Otro sí, habiendo muerto en estas guerras Sempronio, que gobernaba la Citerior, como presto verémos, parece hay fundamento bastante para creér que pasaron en la provincia Citerior, y que estas eran ciudades de ella.

4 De que resulta que los que seguirán esta opinion pueden advertir tres cosas. La primera, que si Culca y Luscinio eran señores principales en la Citerior, no les faltarían amigos y valedores que los hiciesen poderosos en su provincia; y señaladamente en esta parte de la Tarraconense, hoy Cataluña: pues dos pueblos como estos hacian tanto por ellos, como era dejar la amistad de Roma; mayormente Barcelona que en los tiempos de los Scipiones habia sido tan favorecida de ellos, como lo dejo escrito en el capítulo veinte y uno. La segunda es, que Cardona se nombró ciudad principal, y así no sería como las del capítulo treinta y cuatro. Antes bien dicen los naturales de ella que tienen por tradicion que fué poblacion de tres mil vecinos: y hoy no llega á cuatrocientos fuegos. Bien que basta á suplir cualquier falta, el lustre que tiene por ser de los Excelentísimos Duques de las casas antiguas de los Folchs, y de la Real de Aragon, que es lustre de las mas y mejores familias no solo de Cataluña y de España, sino tambien de las mas Excelentísimas del mundo, como á su tiempo, Dios mediante, lo manifestaré. La tercera es en cuanto á su antiguedad; pues aunque es esta la primera vez que en nuestra historia la hallamos mencionada, puesto que aquí la nombran principal ciudad, es cierto que no comenzaba á fundarse en este tiempo, sino que sería ya muy antigua, y cuando no lo fuese mas, bastan ciento noventa y cinco años ántes de Cristo, que ya son cuando esto se traduce mil nuevecientos setenta y tres años (*). Otras advertencias se verán al fin de este capítulo.

5 Volvamos á la historia. Viendo Sempronio lo que adelantaba la rebelion, tomó las armas contra los rebelados. De lo cual, además de los autores arriba alegados, hacen mencion Paulo Orosio y Juan Vaseo. Pero todos la escriben con tanta brevedad, que solo relatan no el progreso, sino el fin

Liv. 4. c. secundum bellum punicum fini.
Va. L. 1, c. 12.

(*) El Sr. Tarazona traducia esta obra en 1777.

de ella, diciendo que Sempronio Tuditano fué muerto en una batalla, y su ejército desbaratado y vencido en el año ántes del Salvador ciento noventa y cuatro, segun Morales, Garibay y Viladamor; y quedaron los romanos tan atemorizados, que cuando oían la trompeta, no sabian donde esconderse, segun lo dice Beuter. Año 194.

6 Marco Hervio, que estaba en la provincia Ulterior, escribió á Roma participando esta derrota al Senado, segun lo escribe Livio, Morales y Mariana. Y avisó tambien que en vista de aquel mal suceso se iban moviendo todas las demas provincias con Culca y Luscinio; y que se tenia por cierto que toda la comarca marítima haría lo mismo luego que viesen armados á los demas vecinos, aunque entónces no se habian movido ni declarado aun de qué parcialidad serían. Estas noticias causaron en Roma tan grande espanto, que concibieron temor de perder la dominacion que tenian en España. Juntóse el Senado, y se resolvió que luego que se eligiesen los pretores, aquel á quien tocase venir á España, viniese prontamente, y avisára de lo que convendría hacer. En aquella ocasion se vieron en Roma diferentes prodigios, que se leen en los mas de los referidos autores.

7 Gneo Cornelio Léntulo, que habia estado en la España Citerior ántes de Sempronio, llegó á Roma en este mismo tiempo, segun lo escribe Tito Livio. L.dec.3.c.6.

8 Llegó el tiempo de elegirse los pretores en Roma, y luego que fueron creados, envió el Senado á Quinto Fabio Buteon para la Ulterior, y á Quinto Minucio Termo para la Citerior, con el cargo de pretores. Si no me engaño, esta es la primera vez que se hace mencion de pretores enviados á España. Porque aunque en el capítulo veinte y seis hemos escrito que Lucio Marcio tomó el nombre de pretor, no lo era, sino propretor ó lugarteniente de pretor; porque entónces Roma no solia crear mas que un pretor; quien en ausencia de los cónsules ministraba justicia en aquella ciudad. Y por eso Lucio Marcio no pudo tomar el nombre de pretor, porque no podia haber otro, sino el que residia en Roma. Pero desde entónces en adelante Roma acostumbró á crear tantos pretores como provincias tenia; y asi estos no venian ahora como propretores, sino como pretores: y este fué su principio. De donde los que estudiarán el Derecho podrán entender la division del tiempo que escribe el jurisconsulto Pomponio, en la ley segunda, título del *orígen del derecho*, cuando escribe lo que aquí vamos diciendo del pretor de Roma y de las demas provincias. Los cuales, dice, comenzaron despues de tomada Cerdeña, Sicilia, España y Narbona, paraque fueran L.2.§.cumq. Consul. et §. capta Sardinia.ff de origine jurisc.

tantos, cuantas provincias habian recaído en poder del señorío de Roma. Y aunque del mismo Pomponio, de Ulpiano y Jurisconsul. tot. tit. ff de offic. Præto. Paulo jurisconsultos, y de Pomponio Leto historiador, parezca que todo el oficio del pretor consistia en la sola administracion de justicia y negocios forenses, y que por tanto los sabios en derecho y los versados en historia podrian preguntar: porqué en tiempo de guerra se enviaban á España hombres, cuyos oficios tenian inspeccion en tiempo de paz? Respondo haberse de suplir, que tambien usaban insignias y poderes consulares; y siendo urgente la necesidad de las guerras entendian en ellas, como se saca de Claudio Precovi y Prec. c. 7. Fenest. c. de Prætor. Fenestella: y el primero dice que á cualquier magistrado de guerra le llamaban pretor, *à præeundo*; esto es, que preside y vá delante de otros; y presto verémos que á estos de quien voy tratando, al partir de Roma se les dió ejército. Ha sido forzosa esta digresion, paraque se entienda que los nombres diferentes de los gobernadores pasados no alteraban los poderes, y cual era la significacion del nombre de pretor. Sabido esto volvamos á la historia.

9 Envió pues el Senado á Quinto Fabio Buteon y á Quinto Minucio Termo á España con nombre de pretores, dándoles á cada uno una legion de soldados y cuatro mil italianos con trescientos caballos, enviándolos con mucha prisa; y Liv. dec. 3. c. 15. aunque de Tito Livio parece que Marco Marcelo cónsul fué elegido en lugar de Gneo Sempronio Tuditano, esto fué en el consulado; y en la prefectura ó pretoría le sucedió Termo. Porque hace mencion de él el mismo Livio, diciendo que venció en España la ciudad de Turba, y á dos capitanes Budar y Besasines. De los cuales hacen mencion tambien Garibay, Mariana y Vaseo, sin declarar de qué pueblos eran. Va. l. 1. c. 12.

10 Debia acabarse con esto éste capítulo; pero no está bien dejar cosa alguna sin advertencia. Y la primera es, que siguiendo á Tito Livio notan aquí Morales y Vaseo que la guerra arriba dicha, en que murió Sempronio Tuditano, fué la primera vez que los españoles por sí mismos se rebelaron contra los romanos; pero yo ya he notado lo que á mí me parece de esto, cuando lo escribí de Indibil y Mandonio en el capítulo treinta y cuatro.

11 La segunda advertencia es la etimología y asonancia del nombre de Termo, de cuyo argumento nos hemos valido y se valen los historiadores antiguos; y así podría ser que de este Quinto Minucio Termo fuese la villa de *Termens* en nuestra Cataluña, en la region de los *pallarenses* ó *palátuos*, de los cuales traté en su lugar, que fué en el libro primero, capítulo treinta y cinco: pues aunque Antonio de Nebrija la

halla en los *arevacos*, fuera de nuestra Cataluña; si tenemos presente que Termo presidia en la provincia Tarraconense, reconocerémos que es mas á propósito hallar pueblo de su nombre en su provincia, que no fuera de ella.

12 La tercera advertencia es, que aunque no escriben los autores que yo he visto cosa alguna señalada de calamidad ni de gloria de áquel tiempo por la parte de Roma ni de España con los pretores nuevamente venidos, á escepcion de lo que he dicho de Budar y Besasines: sin embargo debemos persuadirnos que pasaron cosas dignas de ser escritas, que sin duda no osaron escribirlas los historiadores romanos, por no infamar la nacion Latina honrando la España. Puédese colegir esto evidentemente, pórque Cárlos Sigonio en los *Fastos* dice que Quinto Minucio Termo triunfó de España con triunfo de ovacion. Tambien se saca de lo que todos conformes escriben, que yendo las cosas de España tan malas como iban, creciendo los movimientos y decayendo la autoridad romana, determinó el Senado que desde allí en adelante no se enviasen á España (especialmente á la Citerior) gobernadores con título de pretores, sino uno de los mismos cónsules, porque era mayor su autoridad, y lo requería así la gravedad y peligro de las cosas de aquel tiempo. Luego infiero bien de que eran cosas grandes las que pasaban, pues Termo triunfó de ellas, y despues hubo tales peligros. Y del primer cónsul que vino á España trataré en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXXIX.

Como la España Citerior fué hecha Provincia consular, y vino á ella Marco Porcio Caton, que tomó la villa de Rosas.

1 Parece ser suerte de nuestra Cataluña que siempre que hay que decir de ella, pasan los escritores en silencio lo que podian y debian escribir largamente: pues ciertamente todo lo hecho por Termo, y el poner los españoles las cosas del estado y autoridad de Roma en tal peligro, como en el precedente capítulo he tocado, todo ó buena parte sucedería en Cataluña. Valga el argumento que hacen los lógicos en buena filosofía, sacando de un consecuente el antecedente necesario. De este modo, si el primero é inmediato sucesor en el oficio de Termo que vino á remediar los peligros que amenazaban, en donde primero desembarcó, y con hechos de armas dió remedio, fué en Cataluña; necesariamente hemos de decir que allí estaba el mal, el daño y el peligro donde se aplicaba el remedio. Y que sea verdad lo que yo digo, lo verá el lector

como se saca de este capítulo, y ate él mismo el fajo, que yo no haré mas que segar sin volver á repetir esto.

Liv. dec. 4. l. 1. c. 15. Mor. l. 7. c. 4. Beut. l. 1. c. 20. Mar. l. 2. c. 25. Vas. l. 1. c. 1 y 12. Vilad. c. 52.

2 Escriben Tito Livio, Ambrosio de Morales, Pedro Antonio Beuter, Juan Mariana, Juan Vaseo y Viladamor, que pasando las cosas de Roma tan malamente, perdiéndose y decayendo sus fuerzas, y creciendo las de los españoles, considerando los romanos que necesitaban de nuevo modo de gobierno, y de personas que tuviesen mas mando, poder y autoridad que los pretores, determinaron que desde allí en adelante la provincia Tarraconense Citerior fuese consular, y que uno de los propios cónsules de Roma la viniese á gobernar. Y en consecuencia, con este nombre, título y poder consular enviaron á esta provincia á Marco Porcio Caton, que aquel

Año 193.

año era cónsul en Roma; dándole por coadjutores ó legados á Publio ó Paulo Manlio, el cual residiese en la misma provincia Tarraconense ó Citerior; y á Apio Claudio Neron, que residiese en la Ulterior: corriendo el año ántes de Cristo ciento noventa y tres. De cuya venida, ademas de los ya citados, hacen tambien mencion el Mtro. Pedro Medina, Juan Sedeño, Pineda y sobre todo Plutarco.

Med. p. 1. c. 59. Sed. tit. 13. c. 14. Pi. l. 9. c. 10. §. 2. Plut. in vita Caton. Liv. Dec. 4. l. 3. c. 4.

3 Partió Caton con tan poderoso ejército, que segun lo esplican Tito Livio, Morales y Viladamor, era de dos legiones, compuesta cada una de seis mil soldados, y ademas de estos cinco mil soldados italianos, á cuyas banderas llamaban *compañías latinas*, y con ellos quinientos hombres montados: de modo que tenia diez y siete mil y quinientos combatientes; para cuyo pasage tenia Caton veinte y cinco galeras, las veinte romanas y las cinco de confederados. Y á Publio Manlio le dieron la legion que Minucio Termo habia tenido en la Citerior, añadiéndole dos mil soldados de á pié y doscientos de á caballo. Claudio Neron iba con otra tanta gente como la de Manlio á la provincia Ulterior; pero como esta es fuera de mi objeto, no trataré de ella, remitiéndome á Morales y á Tito Livio.

Mor. d. c. 4. Liv. d. l. 4. c. 6.

4 Navegando Marco Porcio Caton con las veinte y cinco galeras, todos los navíos que halló en la ribera de Génova los hizo juntar en el puerto de Luna, y allí embarcó todo el ejército; y desde allí tomó la derrota con las galeras, ordenando que los navíos le siguiesen despues con la posible brevedad, y en pocos dias llegó á nuestra España Tarraconense. Medina dice que llegó Caton y desembarcó en Empurias, pero de Morales, Beuter, Viladamor, Pineda, Garibay y Mariana se saca que primero se detuvo en Rosas. Del sitio de esta plaza ya he tratado en el capítulo sesto del libro primero, y en el cuarto del libro segundo. Livio y el Obispo de Gerona dicen que llegó Caton al puerto *Pirene*, que era donde segun su órden ha-

Liv. 1. c. 6. y l. 2. c. 4. Ob. de Ger. l. 1. c. de adventu Phocen. l. 6. c. 2.

bian de juntarse todos los navíos, como lo hicieron, y desde allí acudieron á Rosas. Este puerto de Pirene sería sin duda *Portvendres*, ó los promontorios que caen en el mar de aquella parte, en donde dije en el libro primero capítulo 4, 6 y 22 que era el templo de Vénus Pirene.

5 Luego que se juntó la armada, partió Caton con ella hácia Rosas, y de golpe entró en el puerto, combatió la fortaleza, y arrojó de ella á los españoles que estaban dentro del presidio de guarnicion, y él la puso de soldados romanos: segun lo quieren Tito Livio, Beuter, el Obispo de Gerona, Juan Pineda, Garibay y Mariana.

6 Pero debemos persuadirnos que esta toma de Rosas no sería tan fácil como se pinta, sino que le costaría el batirla algunos dias; pues sacó la gente en tierra, asentó su Real, é hízose fuerte en la montaña en la parte superior de la villa á la parte del Norte. Indican esto aquellas paredes asoladas y fundamentos de edificios que aun subsisten en el sitio que llaman *Roma*: reteniendo el nombre del ejército y del Real romano que allí estuvo plantado; y atrévome á decir que por precision le ha quedado este nombre con aquel motivo, pues en ninguna otra ocasion he hallado ejército romano tan poderoso como este sobre aquella plaza; y así es de creer que desde allí enviaba Caton sus escuadras sobre el pueblo, y á correr la campaña; y que desde allí tuvo á Rosas sitiada hasta que la rindió y entró: despues espelió los españoles que habia dentro, poniendo en su lugar soldados romanos.

CAPÍTULO XL.

Llegada del cónsul Caton á Empurias, recibimiento que le hicieron los griegos de aquella ciudad, y como sitió á los españoles de ella.

1 Tomada y sujetada Rosas, y presidiada con tropa romana, resolvió Caton pasar adelante, y tomó su camino hácia la ciudad de Empurias, navegando la armada con viento favorable; aunque poco bastaba para traveaía tan pequeña, que no escede de una legua por mar, y dos por tierra, si van por la orilla del mar: pero por el camino ordinario que vá por Castellon, contiene tres leguas largas. Aqui relacionan los autores el ámbito, sitio y circuito de Empurias; pero yo lo omito, porque ya lo dejo escrito donde traté del tiempo en que tomó este nombre; por lo que pasaré adelante en la historia, segun los autores alegados en este y en el antecedente capítulo.

2 Llegado Caton á Empurias fué recibido con mucho con-

tento de todos los focenses, griegos ó marselleses que estaban en aquella parte de ciudad que miraba hácia el mar; y esto es lo que dicen Morales, el Obispo de Gerona, Pineda y Livio, cuando escriben que Caton fué recibido con mucho contento de todos; es á saber, de todos los griegos, porque de los otros poblados en aquella ciudad, que eran los antiguos españoles que estaban en el barrio de la ciudad de Alba, no fué recibido; antes bien le resistieron. Y esto es lo que dicen Beuter y Garibay, donde secamente escriben que Caton puso sitio á la ciudad: pero se debe entender que sitió la ciudad de los españoles, que con una particular muralla estaban divididos de los griegos. Advierta el lector esta concordia, pues si bien de la lectura de Livio y progreso de la historia se comprende que necesariamente se ha de entender así; solo en Mariana se halla esplicado con esta claridad, porque él solo urde así la tela, aunque se pasa sin advertir esto: siendo tan contrarios los otros, que unos dicen que fué recibido, y otros que puso sitio á la ciudad; y no especificándolo como lo dejo hecho, resultaría una contrariedad grande.

3 En fin, llegado Caton á Empurias, siendo recibido de los griegos y contrastado de los *célticos indicetes*, los sitió en su ciudad en los principios del mes de julio. Puesto el sitio, y estando así algunos dias; poco despues, viendo que ya los granos y frutos estaban en las eras, mandó á los mercaderes romanos que dejando algunas provisiones y mercaderías que habian traido con el ejército, se volviesen á Roma, y no comprasen los trigos, porque la guerra ella misma atraería la provision.

4 Hecho esto, estuvo Caton algunos dias continuando el sitio, tanto para reposar y alojar en alguna manera los soldados, cuanto para saber en donde estaban sus enemigos, y cuan grande ejército tenian. Y paraque entretanto no se apoltronasen los soldados, los hacia ejercitar en muchos actos de milicia; y tambien para no perder tiempo, comenzó á salir del sitio en que estaba de Empurias, y con parte del ejército, hizo poner fuego á los granos y á las mieses que habia en el contorno y vecindado de la ciudad. Tambien quemó, taló, robó y destruyó la comarca, atemorizando con estas cosas á los enemigos, forzándolos con la necesidad á rendirse. Con lo que se asombraron tanto, que muchos huyeron de aquella tierra, y otros, que debieron ser los mas, vinieron á darse libremente en sus manos y á reconciliarse del todo con él; manteniéndose aun sitiados los *célticos indicetes* de Empurias dentro del barrio que habitaban en aquella ciudad.

5 Bien me holgaría yo de poder esplicar mas largamente

estos sucesos, y no dudo que mis lectores lo quisieran tambien, por ser como son tan particulares y propios de nuestra tierra; pero como los antiguos escribieron con tanta brevedad, no quiero yo escribir mas amplificado, por no esponerme al riesgo de mentir con el ornato y abundancia de superfluas particularidades, ó á que me juzguen apasionado.

CAPÍTULO XLI.

Como Helvio Claudio viniendo de Portugal venció á los celtíberos; y de lo que pasó entre Caton y el hijo del rey Belistagenes sobre Empurias.

1 Prosiguiendo estos sucesos con el órden que los escriben Tito Livio, Juan Pineda, Estéban Garibay, Juan Mariana y Beuter, se ha de saber que enterados los portugueses de estos sucesos que acaecieron en la Céltica, parte de la provincia Tarraconense ó Citerior, Apio Claudio que allí estaba en Portugal, envió seis mil soldados viejos, y á Hervio ó Helvio ó Hilvio Claudio por capitan, paraque socorriese á Caton en Empurias y sus contornos. Luego que algunos celtíberos supieron la venida de aquel socorro, le salieron al paso cerca de la villa de *Iliturgi*, que dicen era cerca de Huesca, y diversa de aquella ciudad de Iliturgi, de quien traté en el capítulo diez y siete de este libro. Encontráronse pues en aquellos campos, y trabada la batalla, fuéron vencidos los celtíberos, con doce mil muertos. Los pueblos del contorno fueron robados, y Iliturgi asolada. Morales toca esto, y quiere que Ili- Mor.l.7.c.5. turgi fuese Andujar, y siendo así sería la misma que arriba en otro lugar nombré; pero omito averiguarlo, porque toca poco á mi propósito.

2 Ganada esta batalla, Hilvio Claudio pasó sin contradiccion alguna hasta el Real de Caton, pero como al parecer ya la tierra estaba algo pacificada, Caton mandó que los seis mil soldados volviesen á Portugal, é Hilvio se pasó á Roma, donde obtuvo el triunfo de ovacion, segun entre otros parece de Cárlos Sigonio en los *Fastos*.

3 Pasados estos sucesos, concuerdan los sobre citados historiadores en que Caton tenia su Real plantado no muy léjos de la dicha ciudad de Empurias, teniendo ya aquella comarca muy pacificada: pero que los de dentro de nuestra tierra céltica, ó Cataluña, estaban del todo alborotados y alzados. Aquella pacificacion no dicen de qué modo habia pasado, ni de qué vino; y yo pienso sería lo que dije en el fin del próximo pasado capítulo. Los alborotos é inquietud que habia por

la tierra adentro, se declaran bastante con aquello que escriben todos concordemente. Y es, que estando allí Caton, le llegó un hijo del rey Belistagenes, enviado con dos otros embajadores del Rey su padre. Aquel Belistagenes era Rey ó señor, segun Livio, de los *ilergetes*, cuyos pueblos, como tengo dicho, estaban mucha parte en Cataluña; pues aunque Tarafa en la *Descripcion* especifica que era Rey de Balaguer, todo es uno mismo. No escriben los historiadores como habia entrado Belistagenes en el reino, despues de muertos Indibil y Mandonio que eran señores de aquella tierra. Ni tampoco escriben como se nombraba aquel hijo de Belistagenes que hacia la embajada. Pero sin duda se vé que era Belistagenes amigo de los romanos, y que se mantenia fuera de aquellas revoluciones y alborotos; y que por no quererlos seguir, y sí mantenerse en la amistad de Roma, debia pasar grandes trabajos: porque escriben que llegado su hijo delante de Marco Porcio Caton, dió quejas, y llorosamente se lamentó de que por no querer su padre ni él seguir los alborotos de los contrarios de Roma, como los otros circunvecinos, los contrarios los destruían á ellos, y á toda su tierra, y los combatian las fortalezas á donde se recogian; poniéndolos en tanto aprieto, que ya no tenian esperanza de poderlos resistir, ni contener el daño, si no se les enviaba algun socorro. Muy confiado en que se le daría, señaló que bastaban cinco mil hombres, seguro de que en sabiéndose la venida de ellos, el enemigo no se atrevería á esperarlos. Y rogaba que fuese pronto y con diligencia, si queria ampararlos. Caton que oyó la embajada, respondió que se lastimaba mucho de verlos puestos en tan grande peligro, grave congoja y temor de perderse. Pero que teniendo él los enemigos tan cerca, y con tan poderoso ejército (que no falta quien diga eran cuarenta mil hombres), viéndose forzado á pelear en campo abierto, y muy presto, no tenia tanta tropa, que pudiese entónces dividir su ejército y repartir la gente, separando las fuerzas y el poder, dándole á él lo que pedia. Oida tan triste respuesta, los embajadores con grande amargura se arrojaron á los pies de Caton, rogándole con vivas lágrimas que no los desamparase en una necesidad y miseria tan estrema como aquella, representándole que ¿adonde podrian acudir, si los romanos los desamparaban, en tiempo que no tenian otra amistad ni esperanza alguna? Hiciéronle presente que bien habrian podido librarse de aquellos trabajos, si hubieran querido ser desleales al Señorío de Roma y juntarse con los demas españoles; pero que no habian querido moverse por amenazas, ni peligros, esperando que tendrian buen socorro en los romanos; pero

pues se lo negaba, hacian testigos á los dioses y á los hombres de que forzados (por no sufrir lo que sufrieron los saguntinos) faltarían la fé á los romanos, y se estimarían mas morir en compañía de los otros españoles, que á solas y á manos de sus propios parientes. Y aquel dia se partieron del cónsul Caton sin otra respuesta. Pasó Caton aquella noche con diversos pensamientos, procurando acudir y satisfacer á todo con comodidad. Por una parte temia disminuir su ejército, y por otra no osaba desamparar á los amigos, porque esto se le habia de reputar á mal, y peligraba perder los demas, y causar mucha tardanza al fin de la guerra, si las fuerzas estaban divididas, pues suelen sobrevenir siniestros sucesos cuando el poder no está unido; pero por último despues de mucho meditar, resolvió no disminuir su ejército. Mas para que entretanto los enemigos no causasen algun daño á sus amigos y estos no pudiesen quejarse de él, pensó mostrar á los embajadores algunas esperanzas de lo que le pedian, segun el tiempo en que se hallaba; y con esta resolucion, el dia siguiente dijo á los embajadores que aunque ayudándolos disminuía sus fuerzas, no obstante queria tener mas respeto al peligro de sus amigos, que al suyo propio; y así haciendo fingidas demostraciones de quererlos enviar socorro, mandó avisar la tercera parte de los hombres de todas las compañías, capitanías ó banderas, dándoles órden paraque incontinenti cociesen pan para las provisiones de las naves, y que para el dia siguiente estuviese todo aparejado, y mandó á los embajadores que se fuesen, y avisasen á su Rey del socorro que le enviaba. Hizo embarcar la tercera parte de su ejército delante de los embajadores, paraque se fuesen primero con la respuesta; y él retuvo en su poder al hijo del Rey, tratándole con regalo y cariño, como á quien era, y á Caton convenia. Los embajadores partieron con plena confianza; y llegados á sus tierras dieron á sus amigos buenas esperanzas, que causaron en los enemigos grande temor. Tanto que advierten los historiadores que solo esto bastó para hacerlos retirar á sus tierras y á sus casas, dejando á los ilergetes y á su rey Belistagenes con quietud y sin mas guerra alguna. Pero por otra parte Caton no hizo nada de lo que le habia prometido, ántes bien apénas fueron despedidos de él los embajadores, mandó desembarcar toda la gente, y volverse á su Real, para hacer lo que diré en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XLII.

Como Caton acometió al Real de los españoles, y los venció y robó.

1 Desembarcados que fueron los soldados que Caton fingió enviar al rey Belistagenes é incorporados con la demás gente del Real, como en el precedente capítulo hemos dicho, escriben Tito Livio, Morales, Juan Pineda y Juan Mariana que Caton, viendo que ya habia entrado el invierno, movió su Real, y lo plantó á una milla de Empurias; bien que no esplican si fué arrimándose á la ciudad para mas apretarla, ó si apartándose de ella iba arrimándose al Real de sus enemigos, que debian venir ó estaban ya alojados en socorro de la ciudad: verdad es que parece que se iría arrimando á la ciudad. Desde allí, cuando se ofrecia ocasion, dejando parte de la gente en el Real, con la demas salia á correr y robar la tierra y dañar á los enemigos, partiendo siempre por la noche para tomarlos descuidados y de sobresalto, ejercitando así á los que eran nuevos en la guerra, y engañando y cautivando á muchos enemigos, de tal modo que ya no osaban salir fuera de las murallas de la ciudad: tanto que para tener con quien pelear, resolvió dejar aquellos, é ir á buscar á los otros enemigos en su Real. Esto pienso yo que es lo que dice Medina, que sabiendo Caton que estaban juntos los enemigos, y eran cuarenta mil de pelea, no se atrevió allí mismo á acometerlos, sino que estuvo parado algunos dias ejercitando los soldados, y que despues de tenerlos bien ejercitados, pareciéndole tiempo conveniente para buscar al enemigo y darle la batalla, despidió las naves que de Marsella y otras partes habia traído, diciendo que no tenia necesidad de ellas; porque no queria que ningun romano escapase ó tuviese esperanza de escapar con vida, sino es vencido ó vencedor: pues era de mayor potencia y valor en las armas, aunque los enemigos fuesen mas en número. Y así hecho esto, despues que hubo esperimentado los ánimos de los suyos y de los enemigos, mandó llamar los Tribunos, Centuriones y otros preeminentes, y les hizo un razonamiento, que Livio le refiere de este modo.

Liv. dec. 4. l. 4. c. 4. Mor. l. 7. c. 6. Pin. l. 9. c. 10. § 2. Marian. l. 2. c. 25.

Med. d. p. 1. c. 39.

2 *Ya ha llegado, caballeros y soldados, el tiempo que mucho hemos deseado, de tener ocasion en que mostrar vuestro valor y esfuerzo. Hasta aquí hemos hecho una guerra mas propia de salteadores que de guerreros: de aquí en adelante pelearéis en batalla campal y legítima con vues-*

tros enemigos. No será menester, ni tendréis mas licencia para robar y talar los campos, sino para sacar las riquezas de las ciudades. Nuestros antepasados, cuando España era de los cartagineses, y en ella habia capitanes y ejército, tuvieron á bien hacer pacto y concierto de que Ebro fuese fin y límite del Imperio: ahora, como en España hay dos pretores, un cónsul, y tres ejércitos romanos, y hace ya diez años que no hay cartagineses; y hemos perdido el imperio y mando de las tierras de la parte de acá del Ebro, necesario es que lo cobremos con las armas y valor, y que la forceis á que reciba otra vez el yugo que ha sacudido del cuello esta nacion, que cuanto mas neciamente se rebela, tanto mas esforzadamente hace la guerra.

3 Hecha esta exortacion, dice Livio que se esforzaron los capitanes y gente de Marco Porcio Caton, y él incontinenti dijo que queria partir de noche, yendo al Real de los enemigos, y les mandó que se fuesen á reposar. Venida la noche, concuerdan Ambrosio de Morales, Pedro Antonio Beuter, Pedro Medina, Juan Mariana y Viladamor, con Tito Livio, en que partió Caton de su Real, paraque ántes que los enemigos lo sintiesen, pudieran tomar el sitio que quisieran al contorno del Real de los enemigos.

Mor. lib. 7. c. 11. Be. l. 1. c. 20. Med. p. 1. c. 69. Mar. l. 2. c. 25. Vilad. c. 42. Liv. Dec. 4. l. 4. c. 5.

4 A la punta del alba envió tres legiones delante del baluarte de los enemigos, los cuales, sorprendidos de verse sitiados de los romanos, corrieron á tomar las armas; y en este tiempo Caton dijo á los suyos, segun lo escribe Livio: *Ea caballeros, no hay mas esperanza que en el valor: yo siempre con astucia y diligencia he trabajado paraque fuese de este modo. Los enemigos están en el medio de nuestro Real y de nosotros; á las espaldas está la tierra del enemigo: tened esperanza en el valor.* Y dicho esto, se comenzó la batalla; pero sobre la relacion de ella en mi juicio hay alguna diferencia y demasiada brevedad. Por esto diré lo que dicen los unos y los otros: y últimamente escribiré la relacion de Tito Livio, que como de principal autor es mas circunstanciada, siguiendo en esto el estilo que algunas veces ha usado el gran arzobispo de Florencia S. Antonino.

5 Dicen Morales, Beuter, Medina y Viladamor, que pelearon nuestros españoles *célticos* valerosamente en los principios, como aquellos que señaladamente pugnaban por la estimable libertad de la amada patria, y fué tanto su valor y su braveza, que hicieron retirar algunas veces á los romanos. Tan porfiada dicen que fué esta batalla, que habiéndose comenzado al rayar del alba, duró sin cesar hasta el dia siguiente, y se continuó todo el dia hasta ponerse el sol: y que

murieron muchos de una y otra parte, segun lo escribe Medina; y es muy verosímil que en batalla de tanta duracion, tan reñida y de tan poderosos ejércitos morirían muchos, y se harían grandes proezas, mayormente adverandose, como se advera, que segun el valor con que nuestros españoles peleaban, sin duda hubieran sido vencidos los romanos, á no haber concurrido la gran diligencia y afan continuo del cónsul Caton, que con tres legiones de romanos iba socorriendo y acudiendo á los necesitados. Los romanos fingieron retirarse huyendo, y con esta traza sacaron á los célticos á campo abierto como lo dice Beuter, pero habiendo sobrevenido una legion de romanos de refresco, segun lo dice Morales, hallándose los celtas fatigados con tan larga pelea, y sin socorro de gente descansada, fueron desbaratados y vencidos; su Real fué entrado por los romanos, y muertos muchos españoles, que segun dicen fueron cuarenta mil: cosa ciertamente digna de memoria y de admiracion, y una de las calamidades dignas de advertencia, entre las demás pasadas por nuestra Céltica hoy Cataluña, y por los habitadores y señores de ella, que no solo perdieron la amada libertad y bienes, sino tambien sus personas y vidas.

6 Esta es la relacion que de esto hacen los ya citados historiadores; pero como he prometido contarla como la escribe Tito Livio, cumplo diciendo: que á la media noche, despues de haberse mirado Caton el auspicio ó agüero bueno ú malo sobre su venidera suerte, partió paraque ántes que los enemigos entendiesen su venida, pudiese ocupar el terreno al contorno de su Real ó acampamiento, que todo es uno; y luego que comenzó á ser de dia, puso tres legiones de soldados delante del baluarte de dicho Real, é hizo á los soldados aquel breve razonamiento que arriba dejo referido. Acabado el cual mandó á los suyos que á la primera acometida fingiesen huir, á fin de que los enemigos saliesen del Real. Y así sucedió, porque pensando los españoles que los romanos huían, salieron por la puerta del Real con grande ímpetu, llenando de gente armada toda la campaña que mediaba entre ellos y las escuadras de los romanos; y en el entretanto que se turbaron en ordenar las escuadras, como Caton ya todo lo tenia á punto, arremetió contra ellos, y sacó de las dos alas del ejército los primeros de á caballo; pero en el ala derecha les fué mal á los romanos, porque incontinenti se hubieron de retirar del ímpetu de los celtas, y viendo la gente de á pié que los de á caballo se retiraban, recibió grande espanto. Visto esto por Caton, mandó á dos escuadras selectas y preeminentes que por la parte derecha rodeasen al enemigo y le diesen por la

espalda, ántes que se encontrasen con la escuadra de los romanos de á pié, y con esto recibieron espanto los españoles célticos, y se igualó el peso de la batalla, que ya declinaba por el temor de los romanos. Pero no obstante esto, habia sido tan grande el temor que tomaron los romanos, y estaban tan turbados los de á caballo y de á pié del ala derecha, que fué preciso que el mismo Cónsul les echase la mano á algunos, y los hiciese volver contra sus enemigos; y tanto cuanto duró la batalla de dardos y saetas, tanto fué incierta la victoria de la parte derecha donde comenzó el temor y fuga, porque los romanos resistian con mucha dificultad. En el ala izquierda sucedia al contrario, pues los españoles eran maltratados, y con temor iban siguiendo detrás de los capitanes, viendo que los enemigos les iban á dar por las espaldas; y arrojadas una especie de armas que llamaban *soliferreas* y otras *fallaricas*, arrancando las espadas y renovando la batalla, hiriéndose mano á mano, estaba toda la esperanza en la fuerza del corazon, y entónces el cónsul Caton metió la segunda escuadra de refresco é hizo descansar los fatigados. Comenzóse nueva batalla, porque viniendo aquellos reposados, y hallando á los célticos cansados, los hicieron huir hácia su Real. Viendo Caton que por todas partes huían, acudió á la legion que habia guardado para socorro, y ordenó que les diera alcance con mucho órden. Pero fueron siempre arrojados del Real con piedras, maderos, palos y espadas, y otras especies de armas, que les tiraban desde las trincheras. Llegada la legion de socorro, creció el ánimo de los combatientes y se encendió un cruel encuentro, porque los españoles se defendian vigorosamente. Miraba el Cónsul por donde habia menor resistencia para poder entrar, y viendo que en la puerta izquierda habia pocos de guardia, llevando con él los mas principales de la segunda legion y los piquetes, dió sobre aquella parte mal guardada; y no los pudieron resistir las guardias de aquella puerta. Los otros viendo entrar los romanos y perdido el Real; ellos mismos arrojaban las banderas y se mataban los unos á los otros por la grande estrechura. Los del segundo órden herian á los españoles en las espaldas y los otros robaban el Real. Y dice el mismo Livio, refiriendo á Valerio Antias, que murieron mas de cuarenta mil españoles; y que el mismo Caton escribiendo esto, no acostumbrando á alabarse á sí mismo, dice que fueron muchos los muertos, aunque no los numera.

7 Al fin habida esta victoria, mandó Caton tocar á recoger y volverse á su Real con la gente cargada del despojo; y mandó á los suyos que reposasen ciertas horas. Despues los

volvió á sacar á robar los campos; y ellos lo hicieron escesivamente, porque estaban los españoles desordenados y de huída.

8 Estas relaciones hechas con brevedad por los citados autores, sin duda eran dignas de ser escritas mas largamente, porque de ellas se conjeturan algunas cosas, que las podian haber dicho mas copiosamente. Pues de la exortacion que Caton hizo á sus soldados, se infiere cuan alborotada debia estar toda esta tierra; pues dice Caton *que tenian perdido el imperio de ella.* Lo que se demuestra tambien suficientemente con lo que dicen Livio y Mariana, que cuando Caton llegó á Roma, dedicó una capilla con este título: *Ad Emporias*, cumpliendo el voto que en Empurias habia hecho: de que se infiere que en esta y otras jornadas de Empurias se debió ver en grandes trabajos, y que los españoles celtas (por el propio nombre de su comarca nombrados *indicetes*) que se encontraban en ellas, debieron hacerse memorables con sus hechos, que serían propios de tal nacion. Tambien se puede conjeturar que estos movimientos de los españoles celtas ó célticos no se podrian hacer sin caudillo: y que habria valerosos hombres, grandes soldados y famosos capitanes, dignos de que se hubiesen escrito sus nombres, como muchos de los pasados, que serían honra y gloria de nuestra nacion. Pero yo no puedo decir mas de lo que dijeron los historiadores que he leído. Los cuales han callado tambien el sitio donde pasó esta batalla; y por eso solo sabemos que sucedió en Cataluña; pero no sería léjos de Empurias, y seguramente en aquella comarca, que hoy llamamos la Plana de Empurdan: y la razon es, porque si Caton partió de su Real de noche, y al amanecer encontró el enemigo, hallándose él sobre Empurias, no pudo caminar mucho en una noche. Pero todo lo mejor de las cosas especiales se ignora por la antiguedad del tiempo y por la brevedad de los que las escribieron.

CAPÍTULO XLIII.

Como se le dieron á Marco Porcio Caton los de la ciudad de Empurias, y puso en ella nuevos pobladores romanos, haciendo la ciudad de tres pueblos.

1 Sabida en Empurias la victoria de los romanos y la pérdida de sus amigos españoles celtas ó de Cataluña, los robos que por la tierra habian hecho los romanos, y la entera destruccion de toda la comarca; como no esperaban socorro y veían el enemigo victorioso y potente, temieron su total ruína, y determinaron darse al cónsul Caton: en lo que no solo consintie-

ron los de la ciudad, sino tambien los demas *indicetes* que de aquella comarca y de otras ciudades se habian recogido allí, y estaban sitiados, segun así lo escriben Tito Livio, Morales, Beuter, Viladamor y Garibay.

Liv. dec. 4. l. 4. c. 5. Be. l. 1. c. 24. Ma. l. 2. c. 25. Vilad. c. Gari. l. 6. c. 3.

2 Cuando Caton vió que ya era señor de la ciudad de Empurias, hizo en ella cosas dignas de un cónsul romano; porque usó con los vencidos de toda clemencia, especialmente con los forasteros que halló recogidos en la ciudad, á los cuales trató muy benignamente, y mandó los proveyesen de lo necesario para el camino, y dándoles licencia, se volvieron contentos á sus tierras. Aunque los dichos autores no escriben con qué partidos se entregó la ciudad de Empurias, los pactos que hizo, ni como trató Caton á los ciudadanos: no obstante nos debemos persuadir que los trataría honestamente, como así lo requería su buena condicion y magnanimidad consular.

3 Y paraque lo que se puede decir no quede en silencio, se ha de advertir que ganada la ciudad por Caton, la pobló de muchos romanos. No tanto tal vez porque á ellos les pareciese buena la tierra, el aire y asiento de la ciudad, como para que los españoles de ella estuviesen bien refrenados, y tuviesen, como solemos decir, un padrasto y personas á quienes temer, y por respeto de este grande temor no se moviesen con nuevos pretestos en adelante.

4 Estos romanos tambien se encerraron dentro de la ciudad con muralla que los dividia de los otros, y quedó hecha poblacion de tres naciones; esto es, griegos, españoles y romanos; y así fué crecida, aumentada y sin duda ennoblecida con edificios y templos romanos. Esto es lo que dije en el capítulo quince del libro primero, que referian graves autores que allí alegué; y á la autoridad de ellos se añade la del arzobispo D. Antonio Agustin, quien para prueba de ello trae estas tres medallas.



5 El mismo autor esplica su significacion de este modo: La primera que tiene en la una parte aquella figura de una muger con dos peces delante y uno detrás, y al revés tiene el caballo pegaso con estas letras ΕΜΠΟΡΙΤΩΝ, era medalla de los griegos de Empurias; y aquella cara de muger significaba la diosa Céres, cuya figura usaban los de aquella ciudad para significacion de los mercados ó ferias que celebraban, cuyo uso dió á la ciudad el nombre de *Emperion*, como lo dejo escrito en el libro segundo capítulo treinta y cinco: y dice el mismo D. Antonio Agustin que estos por dicho motivo ponian la figura de Céres; porque los mas y mejores mercados que tenian eran de vituallas y provisiones, especialmente de trigo y otros granos, á los cuales presidia Céres por la razon ya dicha en el mismo capítulo treinta y cinco. Este trato y comercio fué tal y tan grande, no solo en esta ciudad y tiempo, sino tambien en todo el territorio, que despues de perdida y en sus tiempos continuados y sucesivos cobrada España, se ha acostumbrado comprar y sacar trigo de aquel territorio, hasta que sin saber por qué fin, uno de los Condes de Empurias privó la saca de trigo de aquel condado. Bien que contra dicha prohibicion se ha seguido causa en la Real Audiencia de Barcelona, en la cual yo, aunque mínimo de los abogados, abogué por parte del Ayuntamiento de la Real villa de Figueras contra el Conde, á relacion del noble D. Monserrat Guardiola en primera instancia; y en segunda á relacion del noble D. Salvador Fontanet: en el dia el uno Regente y el otro Fiscal en la Corte de su Magestad; despues co-

mo Asesor ordinario y Comisario general en dicho condado la he ejecutado diversas veces. Empero continuando la esplicacion de la medalla, digo que tenia las figuras de los peces por ser ciudad marítima. Y la figura del pegaso la usaban para mostrar la naturaleza que de Grecia tenian, como la usaban los griegos de Corinto y de Siracusa de Sicilia; y de estas medallas tengo yo una hallada aun en Empurias.

6 La segunda medalla era tambien con letras griegas, y en la una parte donde estaban las letras tenia tambien el pegaso, y eran las mismas letras que las de la primera: ΕΜΠΟΡΙΤΩΝ. En la otra parte estaba cuarteada ó gironeada, y en el un cuarto tenia tres piernas juntas, y en el otro dos peces. Cuya figura en mi juicio con aquellas tres piernas significaba las tres naciones, porque es la mas propia al asunto de que aquí vamos tratando; aunque todas lo son, como presto lo verémos.

7 La tercera medalla era latina y tenia en una parte una testa ó cabeza de hombre armado, con una letra en el contorno que decia así: C. L. NICOM. F. FL. Pero el mismo autor buenamente dice que no sabe lo que querian decir; si no es que significasen: *Cai. Libertus Nicomedes Fecit*, *Flavit*; esto es, que Nicomedes liberto de Cayo hizo fundir aquella moneda, la cual tenia en el revés el pegaso con estas letras: EMPORI. D. D., que quieren decir: *Emporitanorum Decretum Decurionum*; esto es: *Por autoridad*, *órden ó decreto de los Decuriones de los Empuritanos*. Queriendo decir todas aquellas letras: *Que Nicomedes liberto de Cayo fundó ó batió aquella moneda con autoridad y decreto de los Decuriones de Empurias*. Dejo ahora de declarar qué dignidad era la de *Decurion*, porque no se sabe si estas medallas se hicieron en este ú en otro tiempo, y será propia esta esplicacion en otro lugar; y por no detenerme en esplicar cosa fuera del intento, conviene pasar adelante.

8 A mas de estas tres medallas, el mismo arzobispo D. Antonio Agustin refiere y escribe otra que no la figura, pero dice haberla él visto; y me persuado que el no haberla puesto como las otras, será por no poner una misma figura dos veces: porque dice que tenia la misma forma y figura que la medalla latina, salvo que en la parte del pegaso tenia unos caractéres que servian de letras, puestos de este modo ↑NΨ<ϟ<N▲ Y cree que sean las letras ó notas que usaban antiguamente los españoles; y es cierto que ó no se entienden, ó quieren decir EMPORIN. ó EMPORON. que será *Emporion*, y asi Empurias; y de estas tengo yo una hallada en mis dias en Empurias.

9 Otra medalla tengo hallada allí mismo con el pegaso y letras latinas en la una parte, que dicen clara y distintamente EMPORI, y en la otra parte una testa armada con estas letras al contorno: C. C. Q. que cumplidamente quieren decir CONSO CONSILII. QUIRITUM; y en castellano dirán, *Cónsul*, *Dios de los Cónsules de los Quirites*, que eran Rómulo y Remo.

10 Semejante á esta tengo tambien otra hallada en las ruínas de aquella ciudad, que tiene las propias figuras y letras á la parte del pegaso, y en la otra tiene estas: Q. GN. C. C. R. L. C. E. Que quieren decir: QUINTO. GNEO. CONSUL. CONSILIORUM. RESTITUTIS. LUDIS. CIRCENSIBUS. EMPORIÆ. Y significan que la ciudad de Empurias batió aquella moneda en memoria de Quinto Gneo, porque habia restituído á Empurias los juegos *circenses*, en honor del Cónsul Dios de los Cónsules. Quien querrá saber cumplidamente qué vanidad de dios era esta, y cuales los juegos circenses, para tener inteligencia de estas dos medallas, lea á san Agustin en el *de Civitate Dei*, y á Luis Vives en las correctas *Adiciones* de aquellos libros, en el capítulo treinta y dos del primero, y en el diez y siete del segundo, y en el undécimo del cuarto. Y vea tambien á Vicente Cartario en el libro de las *Imágenes de los Dioses*, en el título de *Neptuno*.

11 De modo que viendo en las dos medallas griega y latina figurada ó relatada una española, y en todas ellas el rótulo *Emporion*, resulta bien cierto que en Empurias habia españoles, griegos y latinos ó romanos; con lo que queda probado el porqué las hemos puesto, y la historia que queda escrita del pueblo de tres naciones. Y cómo despues todas tres tomaron una ley, lengua y rito, y se mezclaron todas y vivieron sin division, lo verémos en tiempo de Julio César. Basta por ahora decir que luego que entró Caton en Empurias, juntó los romanos con los demás que estaban poblados en ella; y quedó ennoblecida y crecida, de modo que si hasta entónces habia sido famosa, mucho mas lo fué en adelante.

CAPÍTULO XLIV.

Como Caton se fué á Tarragona, y pacificó la tierra desde el Pirinéo á Ebro; y como fué contra los bergadanes, ó bergusios, y luego que los pacificó volvió á Tarragona.

Liv. dec. 4. l. 4. c. 5. Mor. l. 7. c. 7.

1 Luego que Caton tuvo pacificada Empurias y su comarca, escriben Tito Livio, Ambrosio de Morales, Pedro Anto-

nio Beuter, Juan Pineda, Estéban Garibay, Micer Luis Pons de Icart y Medina, que movió su ejército para ir á Tarragona, entrándose por la tierra adentro; y que por el camino le llegaron embajadores de muchas ciudades, ofreciéndole las personas y bienes de los ciudadanos por la amistad y confederacion del Señorío romano; y que le presentaron los esclavos romanos, italianos, y otros que en los movimientos y tumultos pasados les habian cautivado los españoles. Añaden que los recibió Caton con mucha afabilidad, y tomando arras de los embajadores, los aseguraba convenientemente de lo que le pedian: pero no dicen los autores por qué camino pasaba Caton practicando estas cosas, sino que cuando llegó á Tarragona, ya dejó toda la tierra pacificada desde los Pirinéos hasta Ebro.

Be. l. 1. c. 20. Pin. lib. 9. c. 10. § 3. Gar. l. 6. c. 1. Icart c. 32. Med. lib. 1. c. 59.

2 Algunos dias despues que llegó Caton á Tarragona, se movió un falso rumor de que habia de ir contra los turdetanos rebelados. Los cuales, segun lo dice Morales, eran los de Teruel en Aragon; y el mismo Morales, Livio, Pineda y Mariana escriben que como los bergadanes oyeron esta voz, pensándola cierta, imaginaron que si Caton se ausentaba tenian ocasion de alzarse y conseguir la deseada libertad: y al instante con esta idea se movieron y apoderaron de siete fortalezas, con el solo temor de aquella incierta voz. Ya en el capítulo primero del libro segundo dije que habia diversa opinion, sobre si los bergusios son los de Berga, ó los de Portús. La primera opinion es de Viladamor, que quiere que sean los bergitanos, hoy bergadanes. Beuter es de la segunda opinion, y Mariana tiene otra, diciendo que eran los del pueblo de Aragon cerca de Huesca segun algunos, ó de Teruel segun otros. El obispo de Gerona llama á los pueblos que se conmovieron bargustanos, y dice que eran entre Valencia y Cartagena; pero como si eran bergitanos ó bergusios tocarían á nuestra historia; para llevarla continuada, haciendo en esto lo que nos toca, digo que habiendo entendido Caton el movimiento de aquellos pueblos, partió de Tarragona para ir contra ellos. Y se asombraron tanto de saber su partida, que sin tener con ellos encuentro, ni batalla digna de memoria, los sujetó y pacificó muy seguramente á todos. Pues como tan ligeramente se movieron, ligeramente se habian de arrepentir. Beuter dice que se movieron estos pueblos dos veces, y no escribe funcion alguna de armas en la primera, si solo lo que pasó en la segunda, que presto verémos; y así callando, dijo lo mismo que escribieron Livio y Morales. Habiendo sido esto sin funcion de armas notable, ignoramos el modo con que tan facilmente los sujetó Caton.

Mo. l. 2. c. 25.

Lo que podemos pensar á mi juicio es, que viéndose engañados en su pensamiento, y que no les salia como pensaron, pues Caton iba sobre ellos, lo aplacarían con humillacion, y harían con él algun partido, que ignoramos si cedería en honor, gloria y fama, ó en calamidad de nuestros célticos españoles. Sosegados los bergitanos ó bergusios, se volvió Caton á Tarragona, segun lo escribe Ambrosio de Morales; y apénas estuvo en aquella ciudad, cuando hubo de volver otra vez contra los dichos pueblos, como lo referirémos en el capítulo siguiente. Pero ántes de pasar adelante quiero hacer aquí una digresion, que quizá no vendría bien en otra parte, y sin apartarme de la materia, diré lo que he sacado (como se suele decir) de mi tienda, que no debe ser desviado de la verdad, por lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XLV.

De las memorias que Silvio Hospes y Amens Apronio dedicaron á Marco Porcio Caton, y se hallan en Tarragona.

1 En el tiempo que Caton estuvo en Tarragona la primera ó segunda vez, Silvio Hospes, capitan de doscientos soldados de lanza ó piqueros de los que solian ir en la vanguardia de la legion décima nombrada *Gemina*, y su caballerizo mayor, le dedicó una estatua en aquella ciudad. De la cual hacen mención Apiano, Amancio y Morales, relacionando la inscripcion que habia en el pedestal. Y dice Morales que se hallaba en la Seo de dicha ciudad, cerca del altar de Sta. Bárbara; y aunque él se deja un renglon en la relacion que hace de ella, comunmente los otros la figuran de este modo.

Mor. Antiq. de Esp. c. de Tarra.

M. PORCIO. CATONI. XV. VIR. S. F. LEG. AUGG. PR. PR. PROVINC. H. C. ET. IN. EA. DUCI. TERRÆ. MARIQ. ADVERSUS. REBELLES. HH. P. P. ITEM. ASIÆ. ITEM. NORICÆ. DUCI. EXERCITUS. ILLIRICI. EXPEDITIONE. ASIANA. ITEM. GALLICA. LOGISTÆ. CIVITATIS. ITEM. EPHESIORUM. LEG. PR. PR. PROVINC. ASIÆ. CUR. CIVITATIS. TEANENSIUM. SPLENDIDISSIME. NICOMEDENCIUM. ALLECTO. INTER. PRETORES. ITEM. TRIBUNICIOS. PROC. XX. HERED. PER. GALLIAS. LUCDUNENSEM. ET. BELGICAM. ET. UTRAMQ. GERMANIAM. PREPOSITO. COPIARUM. EXPEDITIONIS. GERMANIÆ. SECUNDÆ. TRIBUS. MILES. LEGII. GUG. PREFECTO COHORTIS. SECUNDÆ. CIVIUM. ROMANORUM. SILVIUS HOSPES. HASTATUS. LEG. X. GEMINÆ. STRATO. EJUS. OPTIMO. PRESIDI.

2 Esta inscripcion toca mucha historia fuera de nuestro propósito, y si la hubiesemos de romancear sería muy largo, y así basta saber que Silvio Hospes dedicó á Caton aquella estatua relatando todos los empleos honoríficos que en diversas partes habia tenido. Los mismos autores dicen que en la misma ciudad de Tarragona se halla otra inscripcion que dice de este modo:

M. PORCIO. M. F. AMENS APRO. II. VIRO.
PREFEC. FABR. TRIB. MIL. LEG. VI.
FERRAT. PROC. AUGUSTUS. AB. ALIMENTIS. FLAMINI. P. H. C. P. H. C.

3 La cual romanceada en castellano me parece dice así: *La provincia de España Citerior dedicó esta memoria á Marco Porcio hijo de Marco, y á Amens Apronio, otro de los dos del gobierno, prefecto de las fábricas de los artífices ó artistas, tribuno de los soldados de la legion sexta nombrada* Ferrata, *procónsul augusto, y esto por la singular piedad que habia mostrado en proveer de alimentos á los flámenes ó sacerdotes de la provincia de España Citerior*. Y aunque en esta piedra allí donde dice *M. Porcio*, no se encuentra el nombre de Caton, esto no importa: porque Marco Porcio no tenia el nombre de Caton por propio, ni de su familia, sino por sobrenombre, por la grande sabiduría y prudencia que tenia como dice Morales; por lo que no es de admirar que no pusiesen el nombre de Caton.

4 Lo que falta advertir es, que se estraña el que en la primera inscripcion de la estatua dedicada á Marco Porcio Caton, no se le nombre cónsul, sino tan solamente PR. PR. PROVINC. H. C. *prefecto pretorio de la provincia de España Citerior*; pues si hubiese sido cónsul, como al principio hemos dicho, no le hubieran quitado aquella honra en cosa en que se pretendia hacerla pública. Y de aquí nace la duda de que Caton viniese con el carácter de cónsul, porque si lo hubiese sido, esplicándose en esta inscripcion los empleos de honor que habia tenido, y queriendo perpetuar su honra, no es regular que olvidasen el título de cónsul, que era el empleo mas honorífico de la república romana, si con tal carácter hubiese venido á España; y aunque hubiese cumplido el consulado cuando le dedicaron la estatua, se hubiera hecho mencion en la inscripcion de ella, como de los demas empleos. Pero no obstante estas razones, pues la comun opinion quiere que fuese cónsul, como lo he dicho en el capítulo treinta y ocho, pasarémos por ello.

CAPÍTULO XLVI.

Como Caton segunda vez venció á los bergitanos ó bergusios, y les quitó las armas; mandó asolar las murallas de muchos pueblos: y otros que se alborotaron.

1 Ya hemos dicho en el capítulo cuarenta y tres como Marco Porcio se volvió á Tarragona poco despues que á su parecer hubo sosegado los bergitanos ó bergusios: los cuales fuesen unos ú otros, todos son de nuestra Cataluña. Dije tambien que al cabo de poco que llegó á Tarragona, supo que ya se habian vuelto á alborotar. Ahora pues habiendo dicho esto, y las memorias que de él se encuentran en Tarragona, debemos decir lo que del nuevo alzamiento de estos nuestros catalanes sucedió.

Liv. dec. 4. l. 4. c. 5. Mor. l. 7. c. 7. Beut. l. 1. c. 20. Med. l. 1. c. 49. Vilad. c. 43.

2 Prosiguiendo pues esta historia, se saca de Tito Livio, Morales, Beuter, Medina y Viladamor, que entendida por Caton la nueva alteracion y movimiento de esta tierra, volvió contra los pobladores de ella; los venció, sujetó, y castigó áspera y severamente, paraque nunca mas tuviesen poder para semejantes alteraciones. Lo primero que hizo fué venderlos á todos con coronas ó guirnaldas en la cabeza, como á públicos esclavos del pueblo romano. Tan caro les costó á nuestros catalanes el procurar su deseada libertad; que fué acabar de perderla, cayendo en la miseria de la mas vil esclavitud. Y aun no se contentó con esto Caton; pues segun los ya citados autores, Garibay y Mariana, les hizo quitar las armas á todos los comarcanos, y á cuantos poblaban la tierra de la parte de acá del Ebro, paraque desarmados no pudiesen adaptar mas ideas de alzamientos; segun tambien lo escriben asímismo Juan Pineda y el Obispo de Gerona. Esta privacion de armas causó en los feroces naturales de aquellos pueblos tanta desesperacion, que desestimando el vivir sin armas, se mataban ellos mismos, ántes que se las quitasen. Y dice Livio con esta ocasion que las gentes que poblaban de la parte de acá del Ebro eran tan belicosas y feroces, que sin las armas no estimaban la vida.

Gar. l. 6. c. 3. Mar. l. 2. c. 25. Pi. l. 9. c. 10. §. 3. Ob. de Ger. de bello Turdetano. Liv. d. l. 4. c. 6.

3 Admiró á Caton aquel estremo de desesperacion que causó en los catalanes su séria providencia. Y concibiendo algun temor de hombres tan feroces, se puso á meditar sobre los medios de precaucionarse. Y resolvió arruinar las murallas de las plazas fuertes, para quitarles todo abrigo y acogimiento; y para ejecutarlo, convocó á muchos de los viejos senadores de los españoles, y les dijo que la barbaridad con que sus paisanos

se habian quitado las vidas, porque les quitaban las armas, era mas en daño suyo que de los romanos; y que pues la quietud de los españoles convenia á ellos mas que á Roma, les rogaba que le aconsejasen lo que convendría hacer para contener en adelante los alzamientos. A este ruego todos los ancianos callaron: lo cual visto por Caton, les dió algunos dias de tiempo, para que sobre ello meditasen, y le diesen respuesta. Pasado el término los volvió á convocar y pedir su resolucion, pero su respuesta fué el silencio; y Caton los despidió. Puso luego en ejecucion su resolucion, despachando con secreto correos á los gobernadores de las plazas, con tal órden, que todos llegasen á sus destinos en un mismo dia, como así sucedió: y abiertos los pliegos, pensando cada gobernador que era él solo á quien se mandaba arruinar las murallas, obedecieron todos en un mismo tiempo; y quedaron arruinadas todas las fortalezas, especialmente en la Celtiberia, y en toda la ribera de Ebro, segun lo dice Juan Sedeño; aunque Plutarco dice en la ribera del Bétis. Livio y Floro concuerdan con Sedeño y con los demás; y especifican que fueron ciento y cincuenta pueblos los que obedecieron. No dudo que mucha parte de esta calamidad alcanzaría á nuestra Cataluña, respecto de que los alborotos que dieron márgen á esta providencia, fueron los de los pueblos bergusios ó portusios, cuya fiereza temió Caton tanto, que le determinó á usar de esta crueldad.

Sed. tit. 11. c. 14.
Plut. in vita M. P. Caton.
Fl. l. 2. c. 17.

4 Aun no satisfecho Caton con lo referido, mandó á todos los pueblos que estaban situados en la montaña en sitios elevados y fuertes, que los mudasen á las llanuras, y hacia asolar los edificios que dejaban en la altura, para privarlos con esto de poderse fortificar en parte alguna. Y es muy regular que aquellos edificios que hallamos asolados en los sitios altos de la montaña, y juzgamos comunmente que son de la conquista, fuesen aquellos de que aquí tratamos, aunque ignoramos sus nombres.

5 Pasado todo esto, dice Medina que se siguió en España una paz y quietud que duró diez y siete años; pero yo opino que esta paz no comenzó tan pronto, ántes si quedaron algunas reliquias de inquietud: porque dice Morales que algunos de los pueblos conociendo el intento de Caton en hacerlos mudar de sitio de las alturas á las llanuras, que era quitarlos la natural fortaleza, no quisieron obedecer su mandato: por lo cual indignado Caton fué sobre ellos, los destruyó y sujetó. Mas adelante dice Morales que se le alzaron algunos celtíberos, sedetanos, ausetanos, suesetanos, lacetanos, y algunos bergitanos: pero de ello presto harémos mencion; porque me persuado yo que aquella paz y quietud

Mor. l. 7. c. 8.

de España que dice Medina, no comenzó entónces, sino poco despues, como lo notarémos en su lugar.

6 Dejando ahora lo que Livio y Morales dicen que hizo Caton en la conquista de la ciudad de Saguncia ó Segestia (que de todos modos la nombran ellos), y dejando lo que pasó con los turdetanos y con los celtíberos, solo diré lo que escriben tocante á nuestra historia; pero ántes de pasar en ella adelante, advertiré dos cosas. La una, que Livio, Morales, Plutarco y Mariana, allí donde hacen mencion de los movimientos de estas naciones, dicen que Caton con alguna poca gente que llevaba, resto de la guerra de los turdetanos y celtíberos, tomó algunos lugares. Y que los sedetanos y suesetanos todos se le dieron de buen grado y buena voluntad; pero que los lacetanos, vecinos de todos ellos, no lo hicieron así; porque eran de su natural gente fiera, como silvestres y de montañas, que iban siempre con las armas al cuello; y especialmente en ocasion que temian el castigo que merecian, no quisieron darse. Mas en esto que dicen de los lacetanos, recelo que sea error de imprenta en el primer códice, y así se haya propagado en todos los autores que le han leído; porque quizá habrian de decir *acetanos* en lugar de *lacetanos*, como lo dejo notado en el capítulo primero del libro segundo, que se habia tomado este error. Lo segundo que advierto es, que con lo que aquí está dicho y con lo que abajo verémos, se ha de tener por cierto que estos pueblos estaban en desgracia de Caton; pues vemos que parte de ellos se le entregaron, y los demas los sujetó con las armas, como se verá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XLVII.

Como Marco Porcio Caton venció los lacetanos ó acetanos, ganándoles la ciudad, y cual se presume que era. Y de la memoria de Publio Manlio su legado.

Liv. Dec. 4. l. 4. c. 6. Mor. l. 7. c. 6. Pin. l. 9. c. 10. § 3. Mar. lib. 2. c. 25.

1 Volviendo á la historia, dicen Tito Livio, Ambrosio de Morales, Fr. Juan Pineda y el P. Juan de Mariana, que los acetanos como he notado, ó los lacetanos como ellos dicen, entretanto que Caton estaba ocupado en la Turdetania y Celtiberia, habian conspirado contra los romanos, y hecho repentinamente algunas entradas en tierras de amigos de los romanos, robando y destruyéndolas del todo. Lo mismo habian hecho los sedetanos, suesetanos, ausetanos y bergusios, por no dejar las poblaciones de los sitios altos y bajarse á las llanuras. Sabido esto por Caton, vino con el resto del ejército,

que le quedó de la Turdetania. Y habida noticia de su venida, se le rindieron todos los pueblos á escepcion de los acetanos, que temiendo el castigo no quisieron humillarse; y Caton fué á batir su principal ciudad con su ejército, que se componia de cinco cohortes ó compañías de soldados romanos y quinientos de á caballo de los españoles confederados, segun lo dice Plutarco. Y añaden los otros autores que estos quinientos eran mucha parte de la juventud de los suesetanos, que se hallaban injuriados de los lacetanos, y les tenian terrible odio. Debiéndonos persuadir que las injurias recibidas serían aquellas correrías y robos que ya he dicho habian hecho los lacetanos en las tierras de los pueblos amigos de los romanos, que quizá lo hicieron, porque se habian rendido y dado á Caton. Fuese este ú otro el motivo, el hecho es que aquella juventud de los suesetanos iban con Caton contra los lacetanos. De cuya ciudad dicen Livio y Morales que su construccion era larga y estrecha como la villa de Esparraguera, y que á distancia de cuatrocientos pasos de el un estremo, puso Caton algunas cohortes ó compañías prácticas de distinguido valor y confianza, mandándoles que no se moviesen por ningun motivo, hasta que él en persona los viniese á buscar, y mandar lo que habian de hacer. Y él con el resto del ejército se puso á combatir el otro estremo de la ciudad que estaba muy distante. Eran muchos los suesetanos que iban con Caton, y como le seguian con intento de vengarse, mostraban grande gana de pelear, y conociéndolo así Caton, les mandó dar el primer asalto. ¡Desdichada en esta ocasion nuestra tierra, que llegase á tal calamidad y miseria que sus propios hijos se matasen unos á otros por el útil y provecho del comun enemigo! En fin los suesetanos quisieron dar el primer asalto; pero los de adentro, como los conocieron luego por los estandartes y sus insignias y banderas; memorando sobre las muchas veces que les habian robado sus tierras, sin que osasen defenderse, y si algunas veces lo habian hecho habian sido batidos, los tuvieron ahora tan en poco, que abrieron incontinenti las puertas de la ciudad y salieron de tropel contra ellos con grandísimo menosprecio. Los suesetanos como los vieron salir animosos y determinados, y tenian bien esperimentado su valor, luego que oyeron los gritos y alborotos con que se encaminaban á ellos, no esperaron á probar sus armas, sino que echaron á huir á mas no poder, hiriéndoles en la espalda los que salieron de la ciudad. Viendo Caton verificado su proyecto, corrió velozmente hácia las compañías que tenia apostadas en el otro estremo de la ciudad, y por donde vió que estaba mas desierta y habia falta de gente (porque los mas

habian salido é iban siguiendo á los suesetanos) dió por allí la escalada y asalto tan pronto, que ántes que volviesen los que habian salido ya habia tomado la ciudad. Cuando los de dentro se vieron perdidos, y que no tenian donde recogerse, se dieron todos á merced de Caton, poniéndose humildemente en su poder. Y él usó de esta victoria con una severidad muy cercana á la crueldad; porque segun refiere Plutarco, habiendo caído en su poder seiscientos hombres que habian ántes huído de su ejército y pasádose al de los acetanos, los sentenció todos á muerte, y se ejecutó sin usar de clemencia con ninguno; y con esto se acabó aquella cruelísima guerra.

2 No nombran esta ciudad los historiadores que yo he visto y he citado, ni yo he podido saber ni congeturar en qué sitio estaba, ni (si era de la Lacetania) en qué parte de ella pudo estar; si no decimos que fuese el pueblo que hoy se llama Vilasar cerca de Mataró, respecto de que allí se encuentra una piedra de mármol muy antigua con una inscripcion y memoria de Publio Manlio y de su hijo Gneo, el cual Publio era legado de Marco Porcio Caton, como lo he dicho arriba en el capítulo treinta y ocho. De que se podria conjeturar que tomada la ciudad y quedando en ella Publio, como legado que era de Caton, para acabar de arreglar las cosas del pueblo; en memoria de esto, ó por beneficios que allí hizo, ó por complacerle y adularle, dedicaron aquella memoria á él y á su hijo Gneo. Y aunque hallarémos que Publio Manlio vino otra vez á España, como no vino para la Citerior, si no es por pretor de la Ulterior, y con título mayor que ahora, es muy regular que aquella memoria fuese puesta en el tiempo de que vamos tratando, pues en ella no se lee el título de pretor que trajo en la segunda venida. La inscripcion de la piedra referida por Miguel Carbonell en sus *Memorables* (que de su propio puño tengo escritos) decia de este modo:

P. MANLIO. GN. F. GAL.
AEDILI. II. VIR.
GN. MANLIO. P. F. GAL.
SECUNDO AEDILI.

3 Que en castellano quiere decir: *A Publio Manlio Galero, hijo de Gneo, edil, y uno de los dos hombres del gobierno; y á Gneo Manlio Galero su hijo, que segunda vez era edil.* Sobre la declaracion de esto no digo mas, porque ya en el capítulo treinta y siete he esplicado lo que era ser edil: y el por qué se dicen Galeros, se dirá en el capítulo tercero del libro cuarto.

CAPÍTULO XLVIII.

Como Caton sacó los ladrones del castillo de Bergio ó Vergio donde se habian fortificado.

1 No por haber Caton vencido á los lacetanos ó acetanos tuvo del todo pacificada España; porque ó bien fuese que de resultas de las guerras pasadas quedase alguna escuadra de gente vagamunda, ó que á algunos de los españoles les pareciese ocasion de hacer nuevos movimientos; lo cierto es, que en el castillo de Bergio ó Vergio se encastillaron é hicieron fuertes muchos, que como salteadores de caminos se atrevian á salir á menudo á robar los pasageros y destruir los campos de aquellas comarcas. Fué Caton contra ellos y los sitió dentro del castillo.

2 Escriben Tito Livio y Ambrosio de Morales que durando el sitio secretamente se pasó á Caton un hombre principal de los de Vergio, que segun lo quiere Livio era príncipe de aquellos; y que llegado á la presencia de Caton, se disculpó á sí mismo y á sus súbditos, diciéndole que los ladrones y mucha gente de guerra se habian entrado en la villa, y los tenian oprimidos, de modo que ni eran señores de la poblacion ni del territorio. Recibió Caton benignamente á este príncipe, y luego le ocurrió el cómo por su medio tomaría la fortaleza. Mandóle que se volviese á dentro, fingiendo algo con que cohonestar su salida, paraque los ladrones no le culpasen. Concertó con él que cuando le viera ir á dar el asalto á la muralla y los ladrones embarazados en defenderla, juntase él los mas fieles amigos que tuviese de sus vasallos, y se apoderase de la fortaleza. Hízolo asimismo el príncipe, y viendo los ladrones tomada la fortaleza, y que Caton asaltaba la muralla del pueblo, se sobresaltaron, de modo que ni pudieron ni supieron resistirle. Tomada la fortaleza, ciudad y castillo, prendió Caton los ladrones y los hizo ahorcar y degollar: y á muchos de los del pueblo que con ellos se habian avenido, los vendió públicamente por esclavos del pueblo romano. Pero al príncipe y á los demas que le ayudaron en aquella funcion, los dejó gozar de su libertad y bienes.

Liv. Dec. 4. l. 4. c. 6. Mor. l. 7. c. 9.

3 Con este nombre de ladrones señalan los ya citados autores á estos de quien vamos tratando. Y esta fué la primera vez que en Cataluña hallamos memoria de gente acuadrillada, que fuese nombrada con este infame nombre de *ladrones*, y por tales conocidos. Pues aunque en todos los parages cuando hay guerra, se hacen de parte á parte muchos robos,

no se tienen por ladronicios, si solo por hostilidad y espolio, á la sombra de que son enemigos. Y así en toda esta historia hemos visto robarse los habitantes del país unos á otros: y en los ejércitos los Reales campamentos de los vencidos enemigos, porque esto lo cohonestan las leyes de la guerra. Pero cuadrillas encastilladas con instituto de robar que espresamente los escritores los nombrasen *ladrones*, hasta este caso no se habian visto.

4 Falta ver si sabemos averiguar en donde estaría este castillo de Bergio ó Vergio: en lo que tenemos la misma dificultad que otras veces en buscar los sitios y comarcas donde estaban otros pueblos; y en este particular el Obispo de Gerona en su *Paralipómenon de España* dice que este castillo se nombraba *Castro Regio*: no sé si sería error de imprenta; porque en los volúmenes latinos y vulgares que yo he visto de Tito Livio, y en Morales en el lugar ya aquí referido, y en las *Antiguedades de España* en el capítulo de Vergio, por todos es nombrado *Vergio*. Y si la asonancia no engaña y vale algo, sería muy factible que fuese nuestro pueblo nombrado *Verjes* en el Ampurdan, ribera del rio Ter: de lo cual dá alguna probabilidad el ver que sucedian en Cataluña las predichas cosas; y yo en ella no conozco otro pueblo que tenga mas asonancia y similitud de vocablo que este. Y aunque es verdad que si á este pueblo le nombramos *Bergio*, habida consideracion de las cosas pasadas con los bergusios, parecerá que habiamos de decir ser *Berga ó Bergada*: no obstante, como en el mismo año y en tan breve tiempo pasaron las cosas de Empurias, tambien podria ser la una cosa como la otra; y como ni de una ni otra hay mas certidumbre que esta, se deja la resolucion de la dificultad á la discrecion del lector.

Ob. de Ger. l. 6. c. de rebellion. Turditanor.

CAPÍTULO XLIX.

Como toda Cataluña gozó de paz, y Marco Porcio Caton estuvo algun tiempo en Barcelona. En ella hizo edificar unas cárceles, en las cuales dicen que estuvo presa santa Eulalia.

1 Vencido que hubo Caton las arriba dichas naciones, punidos y castigados los ladrones que se habian hecho fuertes en el castillo de Vergio: concuerdan Tito Livio, Ambrosio de Morales, Pedro Antonio Beuter y nuestro Viladamor en que Cataluña y toda España universalmente gozaron de perfecta paz: y esta es aquella de que dijimos que ántes de tiempo

Liv. dec. 4. l. 4. c. 6. Mor. lib. 7. c. 10. y 11. Be. l. 2. c. 20.

habia hecho mencion Pedro Medina. Meditando Marco Porcio Caton en conservar esta provincia Citerior en la quietud que él la habia puesto, hizo algunas cosas tocantes al buen gobierno y á la utilidad del pueblo romano, sobre las cuales principalmente me refiero á Morales. Pero lo que toca á nuestra historia (conforme á lo que dicen Garibay y Beuter) es, que Gar. l.6.c.3. acabadas todas las sobredichas cosas, entendiendo Caton en la pacificacion del país, se vino á Barcelona, y en ella hizo construir unas cárceles para guardar los delincuentes. Y especifica Beuter que fueron las mismas en las que se dice que tiempo despues estuvo presa nuestra invencible patrona la vírgen y mártir Santa Eulalia.

2 No pasan mas adelante estos escritores en cosa que por sí sola necesitaba de todo un capítulo. Pues nos debian declarar en qué tiempo vino y estuvo Caton en Barcelona, paraque pudiéramos entender cuando se hicieron estas cárceles. Porque dirán algunos que ¿cómo con tal guerra y rematada con tanta diligencia pudo tener tiempo Caton para ver acabado este edificio? Mayormente cuando, segun abajo dirémos, en seis meses se le acabó el consulado. Y pues todos estos historiadores escribieron tan sucintamente y se necesita de mayor esplicacion, creo no ser molesto en declarar que Caton pudo estar en Barcelona miéntras duraba la guerra de los lacetanos; porque como la Lacetania era la marca de Barcelona, le era fácil desde ella el proveer las cosas de la guerra; y residiendo en ella edificar cárceles públicas y cualesquiera otras obras conducentes al buen gobierno. Tambien pudo ser que acabado su consulado se mantuviese en Barcelona todo aquel tiempo que tardaría en llegar de Roma su sucesor para gobernar la provincia, y la órden para que se volviese á Roma. Pues aunque no estuvo Caton mas que seis meses con el caracter de cónsul en España, como presto en el siguiente capítulo verémos, no se volvió á Roma luego que se acabaron los seis meses, ni todo lo que de él hemos dicho se hizo en el tiempo de su consulado, como lo quiere Morales, ántes bien con autoridad de Tito Livio se prueba lo contrario: pues dice, que acabado el consulado de Caton, el Senado le dejó aun algun tiempo el gobierno del ejército que estaba en España. Luego en este tiempo bien pudo Caton residir en Barcelona y edificar en ella las dichas cárceles.

3 Para declaracion de lo que escribe Beuter, donde dice que estas cárceles fueron las mismas en que estuvo presa Sta. Eulalia, se ha de saber, que los naturales de esta ciudad por tradicion de unos á otros, continuada de padres á hijos, dicen que aquellas cárceles eran las casas que hallamos hoy

en la calle que nombramos *de la Boquería*, y antiguamente la nombraban de *Sta. Eulalia*, en la parte que mira á la calle llamada del Call y travesía de los Baños nuevos: allí al entrar á mano izquierda pasando de una calle á otra, aquellas dos casas que empiezan con bóbeda, y pasan de la calle de la Boquería á la plaza de la santísima Trinidad. Eran estas casas mas largas que anchas, y estaban aisladas como parece aun, y se muestra claramente á quien las mira desde arriba del terrado. Desde allí se vé como tiempo despues se han juntado todas las casas del contorno; y yó he visto el callejon que pasaba entre estas casas y las inferiores, parte del cual ocupa Antonio Bravo tesorero de la Sta. Cruzada; y la otra parte el Dr. Micer Juan Gaspar de Prat, caballero natural de la ciudad de Vique, domiciliado en Barcelona y señor propietario de la casa que tiene la torre de la estancia en que estuvo presa la Santa: el cual en el año de mil seiscientos y nueve con ciertas obras que ha hecho en aquella casa, ha acabado de cerrar la callejuela que la aislaba. Era toda la obra de estas casas dórica; y tanto las estancias de ella como los pavimentos eran de bóbeda. El mayor indicio que tenemos de haber habido cárcel en ella, es la entrada por la estancia donde se dice que estuvo encerrada la Santa: de la cual daré mayor relacion cuando trataré del martirio y glorioso triunfo de esta invencible coluna de la fé cristiana y honra de Barcelona Santa Eulalia, que será en el capítulo ochenta y uno del libro cuarto. Se han persuadido algunos que estas casas estuvieron fuera de la ciudad, porque las han hallado fuera de la muralla vieja, no distinguiendo ni considerando los tiempos. Pues si bien es verdad que Barcelona en sus principios no sería mas que lo que ocupaba el circuito de la muralla vieja, no obstante, en el tiempo de Marco Porcio Caton ya dos veces habia recibido aumento, y se habia crecido y poblado de resultas de las ruínas de Rubricata y Cartago vieja, como hemos visto en el capítulo tercero de este libro.

4 De modo que si las cárceles de Sta. Eulalia son las que hizo Caton, sabiendo donde estuvo presa la Santa, sabrémos cual era la obra del cónsul Caton. Denota la magnificencia de ellas lo que debian ser, y el poder romano; y que en tan breve tiempo acabase tal obra, no puede ser ménos sino que fuese á fuerza de poder, que parece se medía con el querer.

CAPÍTULO L.

Declárase una dificultad sobre el tiempo en que se dice haber hecho Caton todas sus campañas.

1 Falta saber para resolucion de los hechos de Marco Porcio Caton, en cuanto tiempo ejecutó las cosas hasta aquí referidas. Morales quiere que en solos seis meses hiciese todas las campañas y cosas escritas de él en Cataluña y otras partes de España. Pero esto no puede ser; y fundo mi razon de este modo. Cuando Caton llegó á España era en el mes de julio por lo ménos; y ya entónces en aquel mismo mes habia tomado la plaza de Rosas y tenia sitiada la ciudad de Empurias, como queda espresado en los capítulos treinta y ocho y treinta y nueve de este libro. De modo que si contamos desde julio hasta diciembre inclusive que fueron los seis meses, este último es el primero de los tres de invierno. Y ya hemos visto en el capítulo cuarenta y uno que Caton en el invierno aun no habia ganado la ciudad de Empurias, sino que entónces la tenia sitiada, como parece del principio del capítulo cuarenta y uno: ¿pues como podrémos decir que en seis meses hiciese tantas jornadas y funciones, si en ellos aun no era señor de Empurias, y despues hizo todo lo demas? Lo que yo creería es lo que se puede sacar de Tito Livio, cotejados los capítulos sesto, catorce y quince de la cuarta Década del libro cuarto. Y es, que Caton en los primeros seis meses hizo las jornadas que hemos escrito, hasta la pacificacion puesta en los capítulos cuarenta y dos y cuarenta y tres de este libro. Porque hasta allí se ven empleados estos seis meses ó poco mas, y así venia bien acabársele el consulado, que acababa á los primeros del año siguiente, segun Livio y Morales. Y como segun el mismo Livio (en el capítulo catorce) aunque Marco Porcio hubiese acabado su consulado, no se fué tan pronto de España á Roma, ántes bien se quedó en esta provincia, dejándole el Senado por algun tiempo el cargo del ejército que habia en ella, y miéntras que venia su sucesor, entónces debieron ser las otras jornadas puestas desde el capítulo cuarenta y tres, acabando en este tiempo de pacificar España, y no en solo los dichos seis meses. Esto me parece se ha de entender así, salvo en todo el parecer de quien mejor lo declare.

Liv. Dec. 4. l. 4.

CAPÍTULO LI.

De los Procónsules que gobernaron en España desde el año ciento noventa y dos ántes de Cristo, hasta el año ciento ochenta y tres.

Año 192.

Mor. lib. 7. c. 11. y sig. Beut. p. 1. c. 21. Gar. l.6.c.3. Mar. l. 2. c. 26. Vilad. c.43. Liv.l.4.c.14. d. 4. Sede. tit. 14. c. 20. Vas. 1. c.12. Me.l.1.c.59.

1 Habiéndose vuelto Marco Porcio Caton á Roma, dicen Ambrosio de Morales, Pedro Antonio Beuter, Estéban Garibay, Juan Mariana y Antonio Viladamor, que quedaron en España para el gobierno de la Citerior ó Tarraconense, Sexto Digicio; y Publio Scipion Nacica para el de la Ulterior, en el año ciento noventa y dos ántes de la Natividad de Cristo nuestro Señor. Y escribiendo esto mismo Tito Livio, Juan Sedeño, Juan Vaseo y Garibay, nombran á este Scipion, Publio Cornelio. El Mtro. Medina dice que despues de Caton vino á España Fulvio Flaco; pero fué despues, como verémos mas abajo. Y dejando de hablar de cualquiera que fuese venido al gobierno de la Ulterior, como cosa fuera de nuestro intento, hablarémos de Sexto Digicio, que vino á la Citerior ó Tarraconense; y esto con brevedad, solo para llevar seguido y continuado el hilo de la historia, y no porque haya mucho que escribir.

Liv. l. 5. c. 1. Dec. 4.

2 En tiempo de este Sexto Digicio, á quien nuestro tarraconense Paulo Orosio nombra Publio Digicio, se volvieron á mover muchos alborotos en su provincia; porque como los romanos no cesaban de agravar y hacer vejaciones á los pobres españoles con tributos inmoderados, tampoco ellos podian resolverse á soportar tan pesado yugo; y por eso tomaron las armas contra Digicio. Y dice Beuter que los que se alborotaron eran *hiberos*. Este nombre es tan general, que comprende á todos los españoles, como lo he referido en los capítulos veinte, y veinte y uno del libro primero; pero yo entiendo que lo quiso decir por los de la ribera de Ebro, pues habla del gobierno de la Citerior. Mas yo no puedo asegurar si los que baña aquella ribera en nuestra Cataluña tuvieron parte en aquel levantamiento. Lo que se halla especificado es, que entró Digicio en batalla muchas veces con los que se habian alzado; y siempre fué arrollado, desbaratado y obligado á huir algunas veces. Tanto, que cuando habla de esto Tito Livio, dice que estas batallas fueron mas frecuentes que dignas de contar ni poner en memoria; y que fueron tan contrarias á Digicio, que apénas pudo dar á su sucesor la mitad de la gente que él habia recibido á su ingreso en aquel cargo. Cobraban con esto grande ánimo los españoles. Y ciertamente hu-

bieran vencido del todo á Digicio, y los romanos hubieran perdido el dominio de España, si no le hubiese socorrido Scipíon Nacica, que ganó una grande batalla en la Lusitania, con cuya victoria se reprimieron algun tanto los bríos de los conmovidos y rebeldes españoles.

3 Escribiendo Viladamor esto mismo que vamos refiriendo, añade que en estas revoluciones y movimientos de pueblos cupo parte á Cataluña; y que en los ausetanos se alteró una poblacion nombrada Corbion, cerca de donde está en el dia la ciudad de Vique. Y que Digicio tenia en su compañía un pretor nombrado Varron, al cual envió contra Corbion; y que este venció y destruyó los de aquel pueblo. Yo bien he hallado memoria de este Varron y destruccion de Corbion; pero en diverso tiempo, y quizá en diverso sitio, como verémos en el capítulo siguiente.

4 Acabado el proconsulado de Sexto ó Publio Digicio, corriendo el año ciento noventa y uno ántes de Cristo, fueron elegidos en Roma Cayo Flaminio para el gobierno de la España Citerior, y Marco Fulvio Flaco Nobilior para el de la Ulterior. Este es el mismo de quien arriba dije que Medina le ponia anticipado. Cuando fué elegido Cayo Flaminio, sabiendo lo que pasaba en su provincia, le causaron tanto temor los españoles, que no quiso salir de Roma sin que se le diera una legion de seis mil soldados de á pié, y trescientos de á caballo, todos escogidos de la flor de los ejércitos. Y viendo que tardaban en condescender con lo que pedia, para inducir al Senado á que se le concediese, ponderaba por sí mismo y por medio de sus amigos las cosas que pasaban en España. Los romanos en vista de su instancia, y como no tenian disposicion para concedérsela, le dieron libertad para que él mismo reclutase la gente que pedia, allí donde pudiese. Navegó á Sicilia, Africa y España, y recogió hasta tres mil soldados; los cuales juntó con los que Digicio le dió en España; pero no se lee cosa digna de memoria de este Flaminio, á lo ménos que conduzca á nuestro intento. Solo diré que se escribe de él que estaba tan temeroso de los españoles, que en viéndolos en campaña les volvia las espaldas y huía. Quien quisiere ver de él otras cosas lea á los citados autores y al Obispo de Gerona.

Año 191.

Ob. de Ger. l.6.c.capitur Toletum.

5 Llegado el año ciento noventa ántes del Salvador, escriben Tito Livio, Garibay, Morales y Pineda, que fueron confirmados para el gobierno de la España los mismos Flaminio y Fulvio, cambiándolos el Senado las provincias, como dice Vaseo; pero abajo parece lo contrario. Tampoco tenemos nada que escribir de este segundo año, sino es lo que en general

Liv. Dec. 4. l. 6. c. 7.
Gar. l.6.c.4.

dice Orósio, que tuvieron muchas guerras.

Año 189. 6 El año siguiente de ciento ochenta y nueve ántes de la venida de Cristo, fué enviado á la Ulterior Lucio Emilio Paulo en lugar de Marco Fulvio, quedando aun Flaminio en la Citerior; y por esto poco ántes he dicho que no puede ser lo que escribe Vaseo, si ya no decimos que Flaminio de la Ulterior volviese á la Citerior, y así sería todo concertado, aunque por ahora importa poco.

7 Quedando Flaminio en la Citerior, tuvo solo el título de propretor, y le envió el Senado un socorro de tres mil soldados reclutados de nuevo, y trescientos de á caballo, para que todos se uniesen con los que tenia; y no obstante esto, no hizo cosa señalada.

Año 188. 8 Del año ciento ochenta y ocho ántes del Salvador, no tenemos tampoco nada que decir, sino es que á Flaminio y á Paulo Emilio los confirmaron en el gobierno de sus respecti-
Liv. Dec. 4. vas provincias, segun lo escriben Tito Livio, Morales y Pi-
l. 6. c. 1. l. 7. neda.
c. 16.

9 Corriendo el año ciento ochenta y siete ántes de nues-
Año 187. tra salud, fueron nombrados en Roma Lucio Bebio para el gobierno de la Ulterior, y Plaucio Hipseo para el de la Citerior. Murió Lucio Bebio por el camino de Marsella, segun
Liv. d. l. 7. lo dicen Tito Livio, Estéban Forcátulo, el Obispo de Gerona,
c. 20.
Forc. l. 2. de Juan Vaseo y Juan Pineda. Y por su muerte fué enviado al
Gal. Imp. mismo gobierno Guillermo Publio Munio, de otro modo lla-
Ob. de Ger. mado Publio Junio Bruto. A Lucio Plaucio Hipseo cuando vi-
l. 6. c. capitur
Tolet. no se le dieron mil soldados ciudadanos romanos, dos mil
Pin. d. c. 10. italianos escogidos, y doscientos de á caballo; y no sabemos
§ 5. cosa alguna que escribir de su tiempo.

10 Llegó el año ciento ochenta y seis ántes de Cristo, y se
Año 186. mudaron los oficios en Roma; nombrando para el gobierno de la provincia de España Citerior á Lucio Manlio Accidino, y para la Ulterior á Cayo Catinio ó Artinio, y vinieron trayendo cada uno mil y quinientos hombres de á pié y doscientos de á caballo, todos latinos, sin que sepamos para qué efecto servia esta gente: pero congeturo que los debieron poner de guarnicion en los presidios.

Año 185. 11 Estos mismos quedaron en las dichas provincias el siguiente año de ciento ochenta y cinco, como se lee en Tito
Livio Dec. 4. Livio, Morales, Vaseo y Pineda.
l. 8. c. 11.

12 En el año de ciento ochenta y cuatro ántes de la venida del Salvador fueron nombrados en Roma Lucio Quincio
Año 184. Crispino para la España Ulterior, y Cayo Calpurnio Pison para la Citerior; y entre tanto que tardaban á venir, hubo en España algunas revoluciones: en las cuales sobre Asta en la

Lusitania ó Bética (que no está averiguado) fué muerto Cayo Catinio. Y Accidino tuvo guerra contra los celtíberos sobre Calahorra. Llegaron en esta ocasion los pretores nuevos, trayendo tres mil soldados de á pié, y doscientos de á caballo, todos romanos, veinte mil infantes, y mil trescientos de á caballo latinos, que fué el mayor ejército que hasta entónces habian tenido en España los romanos. Acabábase ya el verano, cuando vinieron estos pretores; y como ya era tarde no pudieron hacer nada mas que invernar.

13 En el año siguiente ciento ochenta y tres fueron confirmados los mismos pretores en las respectivas provincias; y luego que pasó el invierno, y se habian juntado los dos, los vencieron los carpentanos, que estaban cerca del reino de Toledo. Recogiéronse los vencidos lo mejor que pudieron, y juntándoseles algunos españoles, se rehicieron algun tanto: y en diversas batallas salieron vencedores. Refiérome en todo á Tito Livio, á Morales y á Pineda. En los cuales tambien se verá como se volvieron á Roma, y triunfaron por lo que en la provincia Citerior y en Lusitania habian hecho contra los celtíberos y lusitanos, como parece tambien de Cárlos Sigonio y Vaseo, donde lo podrán ver los curiosos.

Año 183.

Vas.l.1.c.11.

CAPÍTULO LII.

De Aulo Terencio Varron, que sujetó á los de Corbion, y de la memoria que de su familia hallamos en Cataluña, y de la de los Paternos.

1 Acabados los proconsulados de Lucio Quincio Crispino y Cayo Calpurnio Pison, escriben Tito Livio y los demas que en el capítulo precedente dejo citados, que vinieron á España Aulo Terencio Varron para la Citerior, y Publio Sempronio Longo para la Ulterior, que era corriendo el año ciento ochenta y dos ántes de la venida de Cristo. A los cuales, al tiempo que fueron elegidos en Roma, les dieron cuatro mil soldados de á pié, y cuatrocientos de á caballo todos romanos; y por otra parte cinco mil infantes, y quinientos caballos latinos, como lo trae Ambrosio de Morales; y escriben que se les dió esta gente, para que reformáran los ejércitos de España, enviando los soldados viejos á descansar; y para que ellos pudiesen quedar con suficiente ejército.

Liv. dec. 4. l. 9. c. 14.

Año 182.

Mo.l.7.c.16.

2 Llegados los procónsules á España, no le faltó á Aulo Terencio Varron en que entender. Porque escriben Morales y Beuter, siguiendo al mismo Livio, que tuvo muchos dias sitiada la ciudad de *Corbion*; y despues de algunas batallas,

Mo.l.7.c.17. Beu.l.1.c.21.

la sujetó á fuerza de armas, haciendo muchas escavaciones, fosos, torres y fortalezas en su contorno. Y despues que la entró, vendió á sus vecinos por esclavos públicos con guirnaldas en la cabeza; con lo que todo quedó en quietud y se pasó el invierno, y todo el siguiente año de ciento ochenta y uno sin que hubiese novedad alguna en España, manteniéndose en el gobierno los mismos pretores.

Año 181.

3 Ordinariamente discrepan los escritores en señalar los lugares en los sitios ó comarcas de la tierra que les corresponde, como ya en tres pasages lo hemos visto. Y esto mismo sucede ahora, que no sé averiguar donde pudo estar Corbion. Beuter quiere que fuese en los suesetanos, que se habian alzado; Morales y Vaseo dicen que era en los ausetanos. Confieso que si á los suesetanos se les dá el asiento que algunos han querido, en la ribera del Ebro, podria ser que este pueblo fuese el que hoy se llama Corbera. Y si eran (como dicen otros y en su lugar he notado) desde Villafranca de Panadés al Llobregat, sería el lugar de Corbera, que hoy así por la devocion de la gloriosa Sta. Magdalena, como por el solar de Corbera, es tan conocido. Entre los ausetanos no se á quien me le simbolice, sino es á Gurb, que mudada la *o* en *u*, haría Gurbion y Gurb. Pero si alguno me lo asignára en los pueblos ilergetes, me parece que sería mas semejante á Corbins (pueblo entre Lérida y Balaguer) que no Corbera, ni ningun otro. Pero como no hay mas certidumbre por lo uno que por lo otro, basta apuntarlo aquí. Garibay hace tambien mencion de esto, y refiriendo las dos opiniones que he dicho, no se determina. De que Viladamor lo asigne entre los ausetanos, no se debe hacer caso; pues así como erró el tiempo de estas cosas (como lo dije en el capítulo pasado) pudo tambien errar en esto. Pero si lo meditamos bien, quizá mi opinion tendrá lugar, valiéndome de Tito Livio, que dice que aquella guerra pasaba en la Celtiberia; porque aunque nuestro caballero Francisco Calza fué de opinion que jamas ninguna parte de Cataluña tocase en la Celtiberia, y por esto quiere Pineda que Corbion fuese en Navarra: no obstante, segun dice el mismo Calza, no falta quien diga que la Celtiberia tocaba en Cataluña; ó á lo ménos no se puede negar que Corbins, por ser de los ilergetes, era del convento jurídico de Zaragoza, el cual ántes en el capítulo tercero de este libro ya manifestamos que llegaba á los ilerdenses. Y como Zaragoza era de Celtiberia, quizá entendió Livio que tambien lo era todo su territorio, y por eso puso Corbion en los celtíberos.

Gar. l.6.c.6.

Liv. dec.4.l.9. c. 20.

Calza c. 3.

4 Pasando á otra cosa, no sé si me engaño en decir que

quizás de Aulo Terencio Varron hubiese quedado alguna descendencia y familia en Cataluña en tiempo de los romanos. De ella hallamos memoria en dos partes. La primera en la inscripcion que dice de este modo:

L. CORNELIO. C. F. GAL. CELSO. II. VIRO. PREFECTO. ORE. MARITUMÆ. COHORTIS. I. ET. II. POMPEAE. DONACE. UXOR. Q. LICINIO. SILVANO. GRANIANO. FLAM. AUG. PROVINC. HISPANIÆ. CITER. PREFECTO. ORE. MARITUMÆ. LATETANÆ. PROCURATORI. AUGUSTI. C. TERENTIUS. PHILETUS. DOMO ROMA.

5 La cual dicen Apiano y Amancio que se hallaba en Tarragona; y esplicándose mas Micer Comas en las inscripciones que ha recopilado de las piedras de aquella ciudad, dice que se halla en la santa Seu, delante de la puerta del claustro: y traducida en castellano quiere decir: *que Cayo Terencio Fileto, de casa y sangre romana, dedicó aquella memoria á Lucio Cornelio Celso, de la tribu Galeria, hijo de Cayo: el cual Lucio habia sido uno de los dos del gobierno* (que no se esplica), *prefecto de la ribera del mar, y de las cohortes ó compañías primera y segunda: y á Pompéa Donace, su muger: á Quinto Licinio Silvano Graniano sacerdote de los emperadores en la provincia Citerior de España, prefecto de la ribera del mar de Latetania, procurador de los emperadores.*

6 Aquí ocurren esplicaciones de muchas cosas, y se pudieran traer diversas inscripciones de algunos de los nombrados en esta; pero por no mezclar cosas poco comprehensibles y ménos conducentes, las omito, pareciéndome que para el asunto basta esta inscripcion y su esplicacion: á la cual añadiré la de qué tierra era la Latetania. Lucio Marinéo Sículo dice que era la tierra que hoy se llama Principado de Cataluña con sus condados. Y me persuado que él fué el que dió este nombre moderno á toda Cataluña, con motivo de que Barcelona, que en lo temporal es cabeza del Principado, está situada en la comarca nombrada *Lacetania* ó *Latetania*: y esto determinó á Marinéo á nombrar á toda la provincia con el nombre de la capital de ella. Pero la verdadera Latetania se entiende ser toda la tierra desde Llobregat hasta Tordera y Blanes, si concedemos qué *Lacetania*, *Laletania* y *Latetania* fuese todo una misma comarca, á pesar de la corta variedad de los tres nombres. Sin embargo, yo tengo concebido que *Latetania* es comarca diversa de *Lacetania*, porque se halla esta diferencia de nombres en diversas piedras. En la

Marin. l. 3. c. Latetani.

esplicada en este capítulo se lee el primero; y el segundo en la piedra de Aulo Mevio, que figuraré en el capítulo sesenta y ocho. Y es verosímil que si todos estos tres nombres comprendiesen una sola comarca, los romanos no la hubieran designado con diversidad de nombres, sino es con uno solo: y bajo este concepto opino que la comarca nombrada *Lacetania* era lo que hoy es el obispado de Barcelona. Esto lo comprueba la espresion en la piedra de Aulo, que dice fué puesta en el camino que iba á la *Lacetania*, para decir que iba hácia Barcelona, tierra poblada de *lacios*, como lo dejo dicho en el capítulo veinte y dos del libro primero. La Latetania sería la ribera del Rosellon, por la cual pasan los rios *Tec* y *Latet*; y es muy verosímil que de este segundo tomase el nombre la dicha *Latetania*.

7 La segunda memoria de los Terencios se lee en aquella piedra de sepultura, que aun subsiste en Barcelona, en la casa de la dignidad del Arcediano mayor de la santa Seo de esta ciudad, en la pared que está en el primer tramo de la escalera á mano izquierda al subir, y al frente del que baja, la cual está de esta forma, y dice así:

D. M.
HAVE VOLUSIA
PATERNA. CONIUNX
SANTISSIMA. TER-
ENTIUS PRIMUS
MARITUS

8 Que en nuestra lengua vulgar quiere decir: *Que Terencio primero, marido de Have Volusia Paterna, dedicó aquella memoria á la divinidad de los muertos* (ó á los dioses de los difuntos segun Luis Vives, ó á las furias infernales segun Cartario) *por su muger santísima*. Y es de advertir que allí donde dice esta inscripcion *Terencio primero*, y despues *marido*, ha de haber nota ó señal de separacion por coma ó punto, de modo que se lea *Terentius primus, maritus*. Porque aquel *primus* allí no está para significar que fuese primer marido de dos ó tres que tal vez hubiese tenir-

Viv.l.9.c.11 de civit.

do la difunta, habiendo sido repudiada por el primero, como era permitido entre los romanos: sino porque entre ellos era tambien costumbre nombrarse ó apellidarse primero, segundo, tercero, &c. cuando eran muchos hermanos en una casa de un mismo nombre, como lo escribe Cárlos Sigonio en su libro *De nominibus romanorum*. Así que el Terencio de la inscripcion sería el primero de sus hermanos que llevaban el mismo nombre. Falta satisfacer al reparo que podrán hacer los curiosos presumidos de ciencia sobre aquellas palabras *Paterna conjunx* de la inscripcion, que alguno ha dicho tienen un no sé qué de retroceso, que indica que fuese *Volusia* muger del padre de Terencio. A esto respondo que el *Paterna* era nombre de familia, de la cual se halla mencion en otra persona y en otra parte, que es aquella inscripcion que traen los mismos Amancio y Apiano sacada de Tarragona. La cual dice Micer Comes que en su tiempo se hallaba en aquella ciudad, en la fuente de las Moriscas: y decia de este modo:

C. CAMILLO PATERNO. ÆMILIUS VALERIANUS. AMICO. OPTIMO. ET FIDELISSIMO.

9 Que quiere decir: *Que Emilio Valeriano puso aquella memoria á C. Camilo Paterno, su amigo bueno y fidelísimo.* Con lo cual queda evidenciado que aquel nombre *Paterna* es de familia, como lo es este otro *Paterno*. Y si no temiese enfadar á los lectores que se ceban en la continuacion de la historia, mostraría aquí otra familia que se llamaba *Materna*, que ya la llegarémos á encontrar en esta historia en el capítulo cincuenta y ocho del libro cuarto.

10 De los Emilios de que aquí hallamos mencion, tambien dejo ahora de notar algunas cosas, para poderlas decir en el tiempo que les corresponde, que será en el capítulo tercero del libro cuarto. Y volviendo á los Terencios, si algun curioso pregunta por qué esta familia quedó en Cataluña, descendiente de Aulo Terencio Varron, y no de aquel Marco Terencio Varron, de quien hablarémos mas abajo, en el capítulo setenta: respondo que este segundo Marco Terencio hizo toda su residencia en Andalucía, y el primero la hizó en Cataluña con el oficio de pretor; por lo que es mas verosímil que este dejase aquí su posteridad, que no el otro que residia en Andalucía, el cual no sabemos que nunca viniese á esta provincia.

CAPÍTULO LIII.

Como Quinto Fulvio Flaco sitió á Urbicua *y la tomó; y se discurre sobre cual sería esta ciudad.*

1 Acabado el año ciento ochenta y uno acabaron Aulo Terencio Varron y Publio Sempronio Longo sus preturas. Y corriendo el año ciento ochenta ántes de Cristo, vinieron á España Quinto Fulvio Flaco á la Citerior, y Publio Manlio á la Ulterior. Terencio triunfó en Roma de la provincia Citerior con triunfo de ovacion, como parece en los Fastos de Cárlos Sigonio y en Juan Vaseo.

Va.l.1.c.11.

2 Luego que Fulvio Flaco llegó, puso sitio á una ciudad, que la nombraban *Urbicua*, segun escribe Tito Livio. Y esplicándola Ambrosio de Morales, Pedro Antonio Beuter, Juan Pineda, Viladamor y Vaseo, resulta que era la que hoy se nombra *Arbeca*, sin embargo de que estos autores truecan el sitio de su existencia. Pues Morales primero dice que Arbeca estaba en el reino de Valencia, y despues en otro lugar escribe que Beuter hacia mencion de ella y debia ser conocida en el reino de Aragon; en lo que no solo yerra tambien, sino que suplió la autoridad de Beuter en mas de lo que debia y podia conjeturar. El mismo error comete Fr. Juan Pineda, donde escribe en el libro de las *Antiguedades de España*, en el suplemento del libro séptimo capítulo diez y ocho, que Beuter ponia á Urbicua en el reino de Valencia; porque Beuter solo dice que Urbicua (á la cual él nombra Urbiena) era la que hoy se llama Arbeca; pero no espresa en qué sitio, reino, provincia ó comarca estaba. Y así deben estar advertidos los que leerán estos autores, que aunque muy graves, como hombres erraron por falsas relaciones. Pues Arbeca no está en otra parte sino en Cataluña, mas acá de Lérida, á dos leguas de Bellpuig, cerca de las Borjas y los Belianes, como lo advierte nuestro Viladamor.

Liv. dec. 4. l.10.c.1.y 6. Mo.l.7.c.18. Be.l.1.c.21. Pin. lib. 9. c.10.§5. Vilad. c.43.

3 Contra esta comun opinion de los escritores, si me es lícito poner alguna lechuga de mi huerto, digo que dudo mucho que *Urbicua* pueda ser la que hoy se nombra *Arbeca*; porque Tito Livio la escribe poniéndola en la Celtiberia. Y por eso Garibay hablando de ella, no se atreve á decir determinadamente que fuese Arbeca, pues se esplica con estas palabras: *dicen ser Arbeca.* Y si seguimos á Livio, hemos de decir ó que no era en Cataluña, pues en el libro primero capítulo doce se dijo que la Celtiberia estaba en el reino de Aragon, ó habrémos de decir ser verdad lo que hemos notado en

el capítulo cincuenta y uno de este mismo libro, que algunos autores opinan que parte de la Celtiberia entraba en Cataluña, en cuyo caso hallarémos bien á Urbicua en este Principado. Verdad es que aun siguiendo este parecer de que *Urbicua* fuese en la parte de Celtiberia que tocase en Cataluña, todavía no me satisface del todo la opinion de los que quieren que fuese Arbeca por la asonancia que tiene el un nombre con el otro. Sino que en mi juício, dejada esta similitud, y examinando la propiedad del vocablo latino *Urbicua*, parece que en nuestro idioma catalan querrá significar ciudad *petita* (en castellano *pequeña*) que es diminutivo de *urbs*, *urbis*, que quiere decir *ciudad*. Asi que, si mucho vulgarizamos este nombre *Urbicua*, quizá quisiera decir lo mismo que *Ciutadella* ó *Ciutadilla*, de cuyo primer nombre tengo relacion de personas fidedignas hallarse un pueblo en Cataluña, bajando de la Seo de Urgel, Segre abajo, en un sitio alto, el cual se nombra *Ciutat*, y aunque hoy sea de pocas casas, el sitio donde está el castillo y las ruinas muestran que debia ser buen pueblo en tiempos pasados. Este, siendo pueblo menor que la Seo de Urgel, sería *Urbicua* ó *ciudad pequeña*, y ya mas arrimado á la Celtiberia que no *Arbeca*. Del segundo nombre se halla otro pueblo nombrado *Ciutadilla*, que está cuasi á dos leguas de Arbeca, situado mas al levante hácia Santa Coloma de Queralt, y legua y media del Real Monasterio de Poblet, quedando este al poniente y Arbeca á tramontana ó cierzo. Tiene tambien este pueblo su castillo viejo y fuerte, cuya existencia, con la de muchos pedazos de murallas viejas en parte asoladas, dá señal y vestigios de haber sido poblacion muy grande, bien que hoy no tiene mucho mas de setenta vecinos.

4 Fuese este pueblo de *Urbicua* Ciutadilla, Ciutadella ó Arbeca: volviendo á la venida de Fulvio Flaco, y sitio que le puso, se debe presuponer que habria hecho algun movimiento, del cual tomaría ocasion aquel pretor para sitiarla. El motivo que tendría Urbicua para alzarse no lo sabemos. Los efectos que produjo aquel movimiento, fueron que Flaco la combatió, venció y sujetó: aunque sin duda el sitio debió durar muchos dias, pues fueron bastantes paraque llegasen á tiempo los celtíberos con un grande ejército de socorro, persuadidos de que harían alzar el sitio; y tuvieron con los romanos terribles encuentros, en que murieron muchos de ellos. Pero su capitan Fulvio no por esto alzó el sitio, ántes si que cuanta mas gente le mataban, le continuaba con mayor teson é intrepidez hasta que vista por los celtíberos su constancia y valor en medio de tanto daño como le habian hecho en su ejército, y conociendo que ellos no podian entrar dentro de la plaza á an-

mentar sus fuerzas, se cansaron y abandonaron la empresa, volviéndose á sus tierras: lo que causó la pronta toma de *Urbicua*. Fulvio la hizo saquear y la destruyó; y el botin que produjo el saqueo le repartió entre sus gentes. Hasta aquí habíamos seguido con algun consuelo, porque ya habia tiempo que los romanos perdian y perecian. Pero ahora comenzamos otra vez á ver las pérdidas y muertes de los españoles, cuya calamidad la especifica mas nuestro tarraconense Paulo Oresio, diciendo que en aquellas batallas fué tanta la mortandad de los españoles, que pasaron de veinte y tres mil, y de cuatro mil los presos; muchos de los cuales sin duda debian ser de Cataluña, pues en ella sucedian estos estragos.

Oros. l. 4. c. secund. bellum Punic. finitur.

5 Pasados estos infortunios entró el año ciento setenta y nueve ántes de Cristo, y quedaron confirmados en las preturas los mismos del año antecedente. Y temiendo los romanos los movimientos que cada dia se hacian en España, enviaron tres mil soldados y doscientos caballeros romanos, con seis mil soldados de á pié y trescientos de á caballo de los pueblos latinos. Hizo Flaco en aquel año cosas importantes en la Celtiberia y Carpentania, sobre las cuales por ser fuera de mi intento me refiero á Tito Livio, Morales, Beuter, Medina y Garibay.

CAPÍTULO LIV.

Como Tiberio Sempronio Graco vino á España: lo que hizo en Celtiberia y Lusitania; y de Spurio Ligustino, del cual se puede pensar que le quedó el nombre á Llagostera.

Año 178 ántes de Cristo.

1 Habiendo pasado los dos años de la pretura de Flaco y siguiéndose el año ciento setenta y ocho ántes de Cristo, segun lo que dejan escrito Tito Livio, Ambrosio de Morales, Pedro Antonio Beuter, Pedro Medina, Juan Pineda, Estéban Garibay, Juan Mariana y Juan Vaseo, vinieron al gobierno de España, para la Citerior Tito ó Tiberio Sempronio Graco; y para la Ulterior Lucio Postumio Albino. Y apartándome del todo de lo que toca á la Ulterior, hay tambien muy poco que decir de la Citerior.

Liv. dec. 4. l. 10. c. 14. y c. 16. Mor. lib. 7. c. 20. Be. p. 1. c. 21. Med. lib. 1. c. 9. 11. § 1. Piu. l. 9. c. 22. § 1. Gar. l. 6. c. 6. Ma. l. 2. c. 26. Vas. l. 1. c. 11.

2 Graco vino á desembarcar á Tarragona y estuvo en esta ciudad algun tiempo arreglando los negocios pertenecientes á su pretura. Ante todas cosas acuarteló la gente de guerra que traía, que era una legion compuesta de cinco mil soldados de á pié y quinientos de á caballo, todos romanos; y siete mil infantes y trescientos de á caballo de los pueblos latinos. Entre los cuales (segun espresa mencion de Livio y Morales) venia un caballero romano nombrado Spurio

Ligustino, que en la pretura pasada de Fulvio Flaco habia sido ya centurion en España. Poco despues que Graco llegó á Tarragona, avisó á Fulvio Flaco que viniese á encontrarle allí, y trajese con él toda la gente que tenia de armas, para pasar la revista y enviar los soldados viejos á descansar, reemplazándolos con gente nueva: y paraque el mismo Flaco se embarcase allí, y se volviese á Roma con los navíos que él habia traído. Púsose Flaco en camino para Tarragona, y los celtíberos le salieron al encuentro; pero Flaco los venció, y llegó con toda su gente á Tarragona. Era Graco cortés, y hombre de atenciones, y las usó con Flaco, saliéndole á recibir con mucha cortesanía. Luego que este descansó de su jornada, se pasó la revista y se hizo la reforma y reemplazo en el ejército. Y Flaco se fué luego á Roma, donde triunfó de la España Citerior, como parece de Cárlos Sigonio en los *Fastos*.

7 Quedó Graco en España; pero no sabemos que hiciese cosa señalada en nuestra tierra, sino es que tuvo el mismo cargo en el año siguiente de ciento setenta y siete: en el cual Año 177. el Senado envió á España tres mil hombres de infantería y trescientos montados, todos romanos, y seis mil de á pié, y cuatrocientos de á caballo latinos. En este año, pasando Graco por algunas partes de la provincia Ulterior, que eran en lo de Lusitania en los confines de la Citerior y estremo de los celtíberos, tuvo muchas guerras en aquellas tierras, en las cuales segun los autores referidos hubo tantas y tan frecuentes batallas y encuentros, sitios y bloqueos, que en la provincia Tarraconense quedaron asoladas ciento y cincuenta poblaciones. Hacen autor de esto á nuestro Paulo Orosio: y realmente ó las impresiones que yo he visto están erradas, ó ellos se engañan. Porque en los volúmenes que yo he visto no dice Paulo Orosio que pasasen estos sucesos en la Tarraconense, sino en la Ulterior. Verdad es que parece haber aquí alguna confusion: la cual nace de que todos los que tengo ya citados, dan á Graco el gobierno de la provincia Citerior, y parece que Paulo Orosio le da la pretura en la Ulterior. Si esto no fué error de imprenta, lo fué de Paulo Orosio, hablando con el acato que se debe á su bondad y letras. Y no me maravillo, porque ciertamente tuvo ocasion de engañarse; pues como estas cosas pasaban en los confines de la Citerior y Ulterior, en parte de Lusitania, debió pensar que Graco tuvo la pretura en la Ulterior: y los otros que despues de él han escrito, no considerando donde pasaron estas guerras, sino donde presidia Graco, las pusieron en la Tarraconense, la cual era de su pretura, aunque ellas sucedieron en la Ulterior, adonde sin duda habria ido Graco á auxiliar al pretor de aquella provincia: ó por mejor

decir, yo no entiendo que Orosio señalase qué provincia gobernaba Graco, sino que le sucedieron estas guerras en la Ulterior. El como le pasó, siendo fuera de su provincia, súplalo el lector. Pues yo ya he dicho que en mi sentir iría á auxiliar al otro pretor; y así el error no está en Orosio, sino en aquellos que leen sin estas consideraciones, pues atendiendo solamente á que gobernaba la Citerior, dan por sucedido en esta lo que el mismo Orosio dice que sucedió en la provincia Ulterior. Mosen Diego de Valera y Alfonso de Cartagena hacen mencion de estas guerras, y no dicen donde pasaron.

Val. l. 2. c. 16. Alf. c. 4.

8 Cárlos Sigonio en los *Fastos* dice que Graco triunfó de los celtíberos; y así se confirmaría que Graco tuvo la pretura de la Citerior ó Tarraconense, porque de ella era la Celtiberia: y que sería verdad que sucedieron las guerras en los confines de las dos provincias, como hemos dicho al principio. Y si alguno replica que de este triunfo se puede arguir que la destruccion de aquellas ciudades (como quieren algunos) fuese en la Citerior: no obstante yo leo lo contrario en Livio, Estrabon y Polibio, referidos por el Obispo de Gerona y Juan Vaseo. Y como todos son autores muy acreditados, no lo quiero apurar mas, por no poner la mano entre dos muelas, mayormente siendo como es cosa que hace muy poco á nuestro principal intento.

Ob. de Ger. l. 1. c. de urbibus quæ in Hispan. sunt delet. Vas. l. 1. c. 11

9 Lo que podria ser propio de nuestra historia, es lo que arriba he apuntado de que con Graco vino á España Spurio Ligustino: y si no recelara que me juzgasen apasionado y propenso á atribuirme cosas curiosas y antiguedades afectadas, me detendría en probar que de este caballero quizá tomaría el nombre el pueblo nombrado *Llagostera*, que en el dia se conserva con este mismo nombre en Cataluña, en el territorio que se llama la Selva de Gerona, capital de Baronía, estimada mucho en este Principado así por los señores como por los pueblos de ella. A la cual pertenece Llagostera, Caldes de Malavella y Cassá dentro de tierra: Lloret y Tossa en la ribera del mar, y otros pueblos de ménos nombre. Y si la etimología y semejanza del vocablo pueden valer para nosotros, como valen para otras naciones, no será este pensamiento muy fuera de razon, mayormente si se atiende al valor y demas apreciables circunstancias de Spurio Ligustino referidas por Tito Livio, las cuales son muy bastantes para inducir á creer que bien podia un sujeto como él dar nombre á un pueblo.

CAPÍTULO LV:

De los pretores que gobernaron á España desde el año ciento setenta y seis hasta el de ciento sesenta y nueve: las quejas de los españoles, privilegios que les dió el Senado; y de la fundacion de Granollers.

1 Vuelto Graco á Roma luego que se le acabó el tiempo de su gobierno, vinieron á España para la Citerior Marco Titinio Curvo, y Quinto Fonteyo para la Ulterior, en tiempo que corria el año ciento setenta y seis ántes de la venida del Salvador, segun consta de Tito Livio, Ambrosio de Morales, Juan Pineda, Estéban Garibay, Juan Mariana y Viladamor. Y aunque Pedro Antonio Beuter dice que á Graco sucedió Apio Claudio; del mismo pasage de Tito Livio que alega, resulta que él se descuidó, y que el hecho fué como aquí dejo escrito.

Año 176.

Liv. dec. 5. l. 1. c. 7 y 17. y l. 2. c. 1. Mor. lib. 7. c. 25 y 26. Pin. l. 9. c. 11. § 3. Gar. l. 6. c. 7. Mar. lib. 2. c. 26. Vilad. c. 43. Beu. l. 1. c. 21.

2 Graco se volvió á Roma ántes que Marco Titinio partiese de allí para venir á España. Y no se sabe que en ella hiciese cosa alguna de lo que pertenece á nuestro propósito en aquel año; ni tampoco en el siguiente en que fué confirmado en el gobierno. Llegado el año ciento setenta y cuatro ántes de Cristo, fué elegido en Roma Publio Licinio Craso para el gobierno de la Tarraconense ó Citerior: pero lo repugnó, y quedó el mismo Marco Titinio. Y no obstante, despues al cabo de diez y nueve años vino á España el mismo Publio Licinio, como lo referirémos á su tiempo en el capítulo cincuenta y siete. El Senado envió á Titinio mil soldados de á pié y doscientos de á caballo todos romanos; y tres mil infantes y trescientos de á caballo latinos para reforzar el ejército: pero ignoramos que causasen daño alguno en Cataluña.

Año 174.

3 El año ciento setenta y tres ántes de la venida de Cristo, fué elegido para el gobierno de la Citerior Apio Claudio Centon, que es de quien habló Beuter con anticipacion, como lo dejo advertido. En el tiempo de su gobierno se alborotaron los celtíberos, pero los venció y sujetó. No sabemos quien vino á gobernar la España Ulterior, sino que Apio se volvió á Roma, y triunfó de los celtíberos, como lo escriben Vaseo y Carlos Sigonio. Año 173.

4 En el año ciento setenta y dos vinieron á España Servilio Scipio ó Cepio para el gobierno de la Ulterior, y Publio Furio Filon para la Citerior. Y no sabemos que hiciese cosa alguna adversa ni favorable, que haga á nuestro propósito. Año 172.

Año 171. 5 Siguióse el año ciento setenta y uno, y fueron elegidos en Roma nuevos pretores para enviar á España, á los cuales dió el Senado tres mil infantes, y doscientos caballos romanos. Y viniendo á sus provincias, Marco Macieno que iba á la Ulterior, llegó á su destino: pero Gneo Fabio Buteon que venia para la Citerior, murió por el camino en Marsella. El Senado mandó á Publio Furio que subsistiese en España: por lo que el año de que voy hablando, gobernó tambien la provincia Citerior el mismo pretor que el año antecedente, sobre lo que me refiero á los ya citados autores, y especialmente á Livio.

6 Escribe en este lugar Antonio Beuter que en aquel tiempo se quejaron los españoles al Senado y pueblo romano de los agravios y vejaciones que les hacian los pretores. Y que por esto fué desterrado Publio Furio á Tíbuli; y que pareciendo á los españoles que aquel no era castigo correspondiente, dándose por agraviados de que el Senado no apreciase en mas sus quejas, tomaron las armas, y se sublevaron.

7 Verdad es que todo esto pasó así; pero no en aquel tiempo. Pues ni entónces fueron las quejas á Roma, ni el conocimiento de la causa y castigo fué hasta pocos años despues, como presto verémos. Y añade Beuter que habiendo Furio acabado el tiempo de su gobierno, no se hallaba despues en Roma hombre alguno que se atreviese á aceptar el empleo de pretor sino solo Scipion. Pero yo entiendo que va muy anticipado, segun resulta de lo que escriben Morales, Mariana, Vaseo y Livio; ni lo que él dice puede venir bien segun la cuenta de los años, si es verdadera la comun opinion aquí referida, de que Furio quedase en el gobierno por todo el año de ciento setenta y uno. Y así los que hacen mencion de Lucio Licinio Lúculo, ponen su venida en el año ciento cuarenta y nueve, y resultan veinte y dos años de error de cuenta: y por sucesor de Furio ponen en el año ciento setenta á Marco Junio en la Citerior, y á Spurio Lucrecio en la Ulterior, como parece de Tito Livio, Morales y Mariana.

Liv. l. 2. d. 5. c. 13.

Liv. d. 5. l. 2, c. 4. y c. 11.

8 De modo que acabado el año ciento setenta y uno y con él el oficio de Publio Furio Filon, habiéndole sucedido Marco Junio en el año ciento setenta, viniendo á acabarse tambien su tiempo como el de los otros, le sucedió en el gobierno de la España Citerior ó Tarraconense Lucio Ganuleyo, en el año ciento sesenta y nueve ántes de la venida de Cristo. Y de los mismos Livio, Morales, Garibay y Viladamor parece que conceptuando los romanos muy pacificada la España, hicieron de toda ella una provincia sola; paraque un solo pretor la gobernára; y por eso este Lucio Ganuleyo la

Liv. d. c. 13. l. 3. c. 2. Mor. l. 7. c. 18. Gari. l. 6. c. 8.

gobernó sólo. Y en este tiempo fué cuando los españoles se quejaron al Senado contra Furio: lo cual hemos dicho que Beuter lo ponia ántes de tiempo; pero como acaecidó en el de que voy tratando, relataré lo que todos concordes dicen que pasó.

9 Muchas ciudades de España (y tal vez entre ellas algunas de Cataluña, pues como verémos se quejaban los de la Citerior ó Tarraconense) enviaron al Senado romano unos embajadores, quejándose de la soberbia y avaricia con que los pretores los maltrataban y destruían: acusando á algunos de ellos de cohechos, trampas y engaños; que por moneda habian vendido la justicia, y habian hecho baraterías, y otras cosas ilícitas. Fueron escuchadas del Senado estas quejas; y dió comision á Lucio Ganuleyo paraque conociera de la causa, hallándose aun en Roma previniéndose para venir á España. Este comisionado recibió informacion sumaria. La causa se recibió á prueba y los españoles nombraron en Roma cuatro abogados y procuradores, que espusieron vivamente la querella. Pero aunque lo probaron, especialmente contra Marco Titinio y Publio Furio Filon, la resolucion no fué nada favorable, porque siguieron la errada máxima de que los príncipes no ofenden al vasallo, aunque falten á la justicia. Yo no sé si esto es razon de estado; pero sé que siendo contra justicia y contra religion, no puede ser buena. En fin en nuestro caso todo se despreció. Titinio fué absuelto: y los cargos de Furio se dejaron pendientes, y sepultada la causa con el pretesto de que el comisionado Ganuleyo hacia falta en España; y se embarcó. Furio se desterró él mismo á Tibuli voluntariamente; y los españoles quedaron burlados de sus quejas; de lo que se dieron por muy agraviados como lo verémos en el capítulo siguiente, donde tambien se leerá como Furio volvió otra vez á España.

10 Bien conocieron los romanos la injusticia que habian hecho á los españoles, y que esta era bastante ocasion para que se alteráran, como presto lo hicieron: y por eso desde luego con este mismo recelo, y para sosegarlos con beneficios, pues se quejaban de rigores, aparentaron darles un testimonio de benevolencia, concediéndoles algunos privilegios é inmunidades. Otorgáronles que de allí en adelante los magistrados romanos no pusiesen precio ni tasa al trigo, ni los pudiesen forzar á arrendar los veintenos, que era cierto tributo que los españoles pagaban; el cual esplicaré largamente al fin de este capítulo. Les concedieron tambien que desde allí en adelante los romanos no pondrian en las ciudades *publicanos* (que eran exactores ó colectores de las rentas fiscales, tributos y alca-

balas) sino que los mismos pueblos los cobrasen de los primeros contribuyentes, y respondiesen y diesen razon de ellos al qüestor, que era el que ahora llamámos tesorero. Finalmente se les concedió que los españoles genízaros concebidos ilejítimamente de mugeres españolas y soldados romanos (que hasta entónces habian sido tratados como esclavos, y los nombraban *hybridas*) tuviesen en adelante derecho para entrar en parte y porcion, y recibir su contingente, cuando se dividian entre los soldados los campos y posesiones de las tierras que se ganaban á los enemigos. Los primeros que gozaron de este último privilegio, fueron los de *Carteya*. Estas cuatro gracias fueron (en mi juicio) las primeras exenciones, libertades é inmunidades que tuvieron los españoles de la mísera servidumbre en que los tenian los romanos; que fué respirar un poco de las muchas calamidades que habian padecido, y tomar aliento para lo que habian de padecer.

11 He dicho que declararía lo que era el *veinteno*; y lo cumplo, diciendo que seguida la muerte de alguno se estimaban los bienes del difunto; y ántes que el heredero se pudiese posesionar de la herencia, habia de pagar al Fisco ó á los exactores de las rentas del Senado, el valor de la veintena parte de la herencia. Así se lee en una de las leyes puestas en el Código del Emperador Justiniano: *Codic. de edicto divi Hadrian. tol. l. finali.* A la cual es semejante y confirma esto mismo aquella inscripcion de una piedra antigua que dicen Miguel Carbonell y Morales que se hallaba en un huerto de la ciudad de Tarragona, cuyo contenido era este:

Carb. en los Memorabl. Mor. en las Antig. en el suplem. del lib. 7. c. 1.

D. M.

FELICI. AUG. LIB. A COMMENT. XX.

HAER. H. C. HILARIUS. COLLIB. TABUL.

XX. HAER. PROV. LUSITANIAE.

11 Que romanceada dice: *Que aquella memoria fué dedicada á los dioses de las almas ó de los muertos por Hilario archivero, ó que custodiaba las escrituras públicas de los veintenos de las heredades de la provincia de Lusitania, á su conliberto Felix ó Felio, que era liberto de Augusto, y comentariense*; *esto es*, *el que guardaba las escrituras públicas de los veintenos de las heredades de la España Citerior*. Y en cuanto aquí hace dos veces mencion de los veintenos de las heredades, muestra bastante claro lo que aquí tengo dicho; y á su propósito la pondré tambien en tiempo de Augusto.

12 Acabarémos este capítulo con el gobierno de Ganuleyo

apuntando lo que su apellido indica para nuestra historia; pues de su gobierno ninguna otra cosa hemos tenido que decir. Paréceme á mí que no será estraño el concepto de que Ganuleyo diese el nombre ó que le quedase por su contemplacion á la famosa, mercantil y populosa villa de Granollers en el Vallés, á cuatro leguas de la ciudad de Barcelona, y á Granollers del Gironés. Este pensamiento consultado con hombres doctos, no les desagrada: aunque nuestro canónigo Francisco Tarafa, en la *Descripcion de los pueblos de España*, quiere que se llame Granollers por los muchos robles y encinas que se crian en aquel territorio del Vallés. No quisiera ponerme en competencia con quien es mas viejo, no teniendo yo mas prueba que la similitud de los vocablos, la cual para estos casos se considera con mucha frecuencia.

CAPÍTULO LVI.

Se trata sucintamente de los pretores y cónsules que gobernaron en España desde el año 168 ántes de Cristo, hasta el de 130. Y se discurre sobre si Viriato pudo ó no pasar sobre Coblliure.

1 Ambrosio de Morales escribió dudando si despues de Mor. lib. 7.
acabado el gobierno de Ganuleyo en el año ciento sesenta y c. 29.
nueve, vino ó no en el siguiente algun nuevo pretor á España. Pero yo estoy por precision persuadido que Ganuleyo fué confirmado en el oficio. Bien que como en las obras de Tito Livio falta mucho de lo que pertenece á aquel tiempo, no se puede dar por cierto lo uno ni lo otro. Mas no obstante, me parece que da mucha fuerza á mi pensamiento el silencio del mismo Tito Livio; pues aunque escribe las elecciones de Liv. dec. 5.
pretores que hicieron en Roma al principio del dicho año l. 3. c. 9. y 10.
ciento sesenta y ocho, no dice quienes fueron elegidos para España, ni tampoco que viniese alguno. Luego de este silencio es preciso inferir que no se hizo novedad, y que continuó Ganuleyo en el gobierno. De los sucesos de aquel año solo hallamos la noticia muy por mayor de que hubo muchas y sangrientas guerras, alborotos y sediciones señaladamente entre los celtíberos. Pero los motivos de estas inquietudes tambien los callan los autores: bien que yo me persuado que serían efecto del desprecio con que en Roma se trataron las quejas de los españoles, como llevo referido en el precedente capítulo; y me parece que esto mismo se infiere del capítulo cuarto del libro tercero de la quinta Década de Tito Livio.

2 Tambien me es preciso advertir que todo cuanto en este capítulo se dirá, disgustará tal vez al lector, porque no hay nada que notar que sea propio de la historia de nuestra Cataluña. Y lo peor es, que hay tanta confusion en los escritos, que están casi ininteligibles. Pero esto no obstante, por no romper el hilo de la historia, que produciría en ella intervalos que suspenden y disgustan al lector, procuraré discurrir sobre unos treinta y seis años poco mas ó ménos, con la claridad y brevedad que me sea mas posible.

3 Y en primer lugar, así como no sabemos de cierto
quien vino á la provincia Tarraconense en el año ciento se-
senta y ocho, tampoco lo podemos decir del año ciento sesen-
Mo.l.7.c.13. ta y siete; porque solo se halla que Ambrosio de Morales,
Pi. l. 9. c. 11. §. 4. Juan Pineda, Estéban Garibay, Juan Mariana y Juan Vaseo,
Gar. l.6.c.8. haciendo mencion de Marco Claudio Marcelo que vino á Es-
Ma.l.2.c.26. paña por pretor, dicen que tuvo guerra con la ciudad de Mar-
Vas.l.2.c.11. colid; pero como no hace á nuestro propósito, me refiero á
Liv. dec. 5. l. 5. c. 3. Tito Livio. Este pretor volvió despues segunda vez á España,
como abajo verémos en este capítulo.

4 Acabada la pretura de Marcelo, vino á España Publio
Fonteyo Balbo en el año ciento sesenta y seis, segun Esté-
Gar. l.6.c.9. ban Garibay y Vaseo. Pero no se sabe de él cosa que conduzca al objeto de esta obra. El curioso que quisiere saber sus sucesos, los hallará escritos en los ya citados autores, y especialmente en el capítulo diez y seis, libro quinto de la quinta Década de Tito Livio. Debemos persuadirnos que no habia mucha quietud en España; y por eso los romanos, segun variaban los sucesos variaban tambien el gobierno: de modo que
Año 165. en el año ciento sesenta y cinco ántes de Cristo (que segun la cuenta que llevamos, siguiendo los dichos autores, habia de ser acabada la pretura de Publio Fonteyo Balbo, ó llevaríamos la cuenta errada de un año) dividieron otra vez á España en dos provincias con dos pretores; habiendo durado algo mas de tres años la regencia de un solo pretor; como se vé en lo que dejamos escrito desde el año ciento sesenta y nueve acá.

5 Hecha otra vez la division segun la antigua forma en Tarraconense ó Citerior, y Ulterior, vinieron Gneo Fulvio para pretor de la Citerior, y Cayo Licinio Nerva para la Ulterior. De cuyos hechos me refiero á los citados autores y señaladamente á Tito Livio en el capítulo diez y seis del libro quinto de la quinta Década.

6 Hasta aquí hemos tratado de los pretores de España con bastante coordinacion de unos á otros, no solo en cuanto á la sucesion de las personas, sino tambien en cuanto á

la continuacion de los años. Y aunque no he intentado escribir Anales, he procurado acomodarme lo mejor que he podido para llevar el hilo de la historia con la formalidad de los tiempos en que acaecieron los sucesos en ella referidos, á fin de que el lector se instruya con perfeccion: pero de aquí en adelante, como nos falta la luz de Tito Livio, no tenemos ya sino los *Sumarios*, y hemos de estudiar estas cosas en autores modernos que no han escrito tan seguido como Livio. Por lo que habrémos de pasar un período de mucha distancia de tiempo, sin tener cosa que escribir ni de Cataluña, ni de otras partes de España; de las cuales solia tocar alguna cosa, cuando me guiaba al fin ó intento que me he propuesto. Y por estos motivos ni podrémos hallar el órden que se observó en el gobierno de España, ni escribir los sucesos que en ella acaecieron desde que gobernaron Gneo Fulvio y Cayo Licinio Nerva; á no ser que digamos lo que dice Garibay y Vaseo, que aquellos pretores gobernarían con paz y quietud y que duraría esta hasta el año ciento cincuenta y cuatro ántes de Cristo, esto es por espacio de once años. Pero como por la incertidumbre de todo esto, y porque algunos son de opinion que en aquel período vino á España Sergio Galba, queriendo otros que fuese mucho tiempo despues, y porque tambien, segun Vaseo, sea esto muy dudoso; esta incertidumbre me acobarda á mí, y me hace volver atrás al año ciento sesenta y uno, en el que, segun escriben los otros, los romanos vencieron á los lusitanos. De que se deduce que no se podria verificar tan dilatada paz como poco ha hemos dicho; pero respecto de que es ageno de nuestro objeto, basta haberlo apuntado.

7 Llegando el año ciento cincuenta y cuatro vino á España Marco Manlio por pretor de la Ulterior. Y en aquel año y en los dos siguientes tuvo guerra con los lusitanos y con los celtíberos; sobre lo que me refiero á Ambrosio de Morales y á otros que él cita. Mo.l.7.c.33. 34. 35.

8 Despues de Marco Manlio enviaron los romanos á España á Quinto Fulvio Nobilior que era cónsul en Roma, para pretor de la provincia Citerior ó Tarraconense: y á Lucio Mummio para la Ulterior, cuando corria el año ciento cincuenta y uno ántes de Cristo. Fulvio tuvo guerras con los celtíberos, y particularmente con los numantinos, y Mummio con los lusitanos, segun lo traen Morales, Medina, Pineda y Mariana. Mor. l. 7. c. 35. 36. 37. Med. l. 1. c. 60. Pin. l. 9. c. 12. § 1. Mar. l. 3. c. 1.

9 Cuando estos pretores hubieron acabado su tiempo, segunda vez vino á España Marco Claudio Marcelo, que ya, como dejo escrito, habia estado el año ciento sesenta y siete.

Este vino ahora por pretor de sola la Citerior; y para la Ulterior vino Marco Atilo, ó Acilio, el año ciento cincuenta ántes de Cristo. Y porque tambien los sucesos de Marcelo fueron en la Celtiberia, y triunfó de ella, como parece de Cárlos Sigonio, me refiero á los mismos que en el discurso de este capítulo he elegido, y especialmente á Ambrosio de Morales, Medina, Beuter y Vaseo.

10 Estaban entónces muy alborotadas las dos provincias de España con aquellas guerras, y especialmente la Citerior por causa de los celtíberos. Por lo mismo el Senado consideró conveniente que esta provincia fuese otra vez consular, segun lo dicen Ambrosio de Morales, Pedro Medina y Estéban Garibay. A este fin vino á ella Lucio Licinio Lúculo en el año ciento cuarenta y nueve, y á la Ulterior fué Sergio Galba: sobre lo cual, además de los citados autores, me refiero á Alfonso de Cartagena y á Fr. Juan Pineda. Habia aquí una infinidad de cosas que contar, sobre que Publio Scipion Emilio vino á España y fué legado de Lucio Licinio Lúculo, é hizo muchas proezas: pero como todo es fuera de nuestro propósito, lo omito, refiriéndome á los citados autores, y á Pedro Antonio Beuter en su Crónica, á Juan Sedeño en la de *Varones ilustres*; y al P. Juan de Mariana en su *Historia general de España*.

Mor. l. 7. c. 38. Gar. l. 6. c. 9. Alfonso c. 4. Pi. l. 9. c. 12. §. 3. Be. l. 7. c. 21. Sed. tit. 17. c. 8. Mar. l. 3. c. 2. Med. l. 1. c. 62.

11 Dejaré tambien de averiguar la confusion que en este punto se encuentra en Medina; pues escribe que á Sergio Galba le sucedieron en el gobierno de la provincia Manlio, Pison y Munio, y despues Marco Atilio ó Acilio: pero á Atilio ya le hemos hallado mas arriba. Morales y Juan Vaseo, sin hacer mencion de ninguno de estos, ponen á Marco Vitelio por sucesor de Galba en la Ulterior, el año ciento cuarenta y ocho ántes de Cristo; y así me persuado que lo entendieron los arriba citados Pineda y Beuter, y se infiere de la cuenta de los años; á no ser que soldemos esto con decir que el impresor lo erró, poniendo en lugar de *Vitilio*, *Atilio*. Verdad es que en cuanto á los otros que dice Medina, yo me quedo con la misma confusion. Pero dejando esto, continúo diciendo que despues de Vitilio en el año ciento cuarenta y siete fué á la provincia Ulterior Cayo Plaucio, del cual habla tambien Medina. Y todos estos tuvieron guerra con los lusitanos, la que aun duraba en el año ciento cuarenta y seis; por lo que enviaron á aquella provincia á Claudio Unimano, segun Morales; pero Beuter le nombra Claudio Mancurrio. Sucedió á este el año siguiente Cayo Nigidio, y en el año ciento cuarenta y cuatro fué á la misma provincia Cayo Lelio. El año siguiente la gobernó el cónsul Quinto Fabio

Me. l. 1. c. 63. Mor. d. l. 7. c. 46, 47, 48, 49, 50 y 52.

Máximo Emiliano, de quien tambien hace memoria Medina; Año 142.
y le sucedió Popilio en el año ciento cuarenta y dos ántes de Cristo. En todo este tiempo no he podido hallar memoria de quien vino á la provincia Citerior ó Tarraconense, aunque hace mencion de todos estos Morales.

12 El año ciento cuarenta y uno escribe el mismo Medina que vino á esta nuestra provincia Citerior el cónsul Quinto Cecilio Metelo, porque se comenzaban muchas guerras en la Celtiberia. De su venida hacen tambien mencion Juan Sedeño y Mariana; y por no haber en aquellos tiempos cosa que haga á mi propósito, abrevio mis escritos, advirtiendo de paso que á la provincia Ulterior fué Quincio ó Quinto Pompeyo en el mismo año. Año 141.

13 El Mtro. Pedro Medina escribe del español *Viriato* (quien de pastor se habia hecho capitan de ladrones, y despues general de los españoles que se alzaron contra los romanos en tiempo de Marco Vetilio) que no habiendo podido prevalecer contra Quinto Fabio Máximo, se pasó á probar si podria dañar á los romanos en la provincia Tarraconense; pero que le derrotó Quinto Pompeyo que la gobernaba, y hubo de retirarse á las sierras de Coblliure; y que despues salió de allí, acometió á Quinto Pompeyo, le venció, y mató mucha gente. Si esto se hallase escrito en algun autor antiguo acreditado, no hay duda que conduciría mucho á nuestro objeto, y que sería digno de que nos detuviésemos en averiguar los valerosos hechos que de Viriato se cuentan; pero los hizo donde tuvo las guerras, que fué en Andalucía y Portugal, segun resulta de Paulo Orosio, de los *Sumarios* de Tito Livio, de Justino y Morales alegando á Lucio Floro, del canónigo Tarafa, de Valera y otros que cita Juan Sedeño, de Garibay, Mariana, del Obispo de Gerona y Beuter. Y aunque segun algunos parece que algo de aquellas guerras alcanzó á una parte de Celtiberia; del mismo Medina se advierte el error, porque como arriba hemos dicho y él lo escribe, Quinto Pompeyo gobernaba en la provincia Ulterior, y no en la Tarraconense: luego si Viriato peleaba con él, no podia hallarse en la Tarraconense, y mucho ménos en Coblliure; pues aunque de Lucio Floro parece que se estendió el poder de Viriato en algunas tierras de la parte de acá del rio Ebro, fué por la Celtiberia como dejo dicho, y no tan adentro como Coblliure, que es de los últimos pueblos de España: si acaso no fué error del amanuense, que tal vez por escribir *montañas de Celtiberia*, escribiría *Illiberia* ó *Illiberis*. Y así diría: *las montañas de Coblliure que es Illiberis*, por *Celtiberis* ó *Celtiberia*.

Tar. c. 38. Val. l. 2. c. 17. Justi. l. 44. Sed. tit. 19. c. 5. Gar. l. 6. c. 16. Mor. l. 3. c. 3. y 4. Ob. de Ger. l. 2. c. 3. Floro l. 2. c. 17.

14 Y por esta misma razon que no sabemos que Viriato tuviese algun poder sino en la poca parte que de Celtiberia podia tocar á nuestra Cataluña, como lo he dicho en el capítulo cincuenta y uno de este mismo libro, y no creemos que tocase hácia Tarragona, no puede tener fundamento lo
Icart c. 47. que Micer Luis Pons dice que queria el canónigo Cesé, que Viriato fuera fundador del pueblo nombrado Torredembarra, á una legua de Tarragona á corta diferencia. Ni le valdria la etimología del vocablo; porque si le habiamos de aplicar este argumento, mas le cuadraría el de Marco Varron, que escribe el mismo Micer Luis Pons de Icart haber advertido el propio Cesé. Verdad es que á mí no me satisface esto, porque Marco Terencio Varron no tuvo ocasion, motivo, ni oportunidad para fundar allí aquel pueblo, pues no era en la provincia de su gobernacion, como se puede ver en la division de España que hicieron entre sí Afranio, Petreyo y Varron capitanes del gran Pompeyo, como abajo en su lugar verémos. Y vaya por advertido, que allí no lo diré; y aquí tengo por mas cierto lo que dije arriba en el capítulo treinta y cinco de este libro: pero pasemos adelante en lo que es historia.

Año 140. 15 Habiendo acabado Quinto Cecilio Metelo su consulado, no se volvió á Roma, sino que se quedó por pretor en la misma provincia Tarraconense el año ciento cuarenta, segun lo escriben Vaseo, Morales y Antonio Beuter: y á la Ulterior fué enviado Quinto Fabio Serviliano, que era cónsul en aquel año. El Mtro. Medina escribe que este Quinto Fabio sucedió en el gobierno á Pompeyo: y entendiendo que sucediese á este que el año pasado fué á la Ulterior, viene bien: pero poniendo á Quinto Fabio, como él y Pedro Antonio Beuter lo ponen, cuando Pompeyo acabó el gobierno de la Citerior, á la cual fué enviado en el tiempo que abajo verémos, entónces no viene bien; porque en aquel tiempo á Quinto Pompeyo no le sucedió Quinto Fabio, sino Gayo Matieno ó Quinto Popilio, como presto lo espresaré. De modo que en este año ciento cuarenta Quinto Pompeyo ya estaba fuera de España, acabada la pretura de la Ulterior.

Año 139. 16 Llegado el año ciento treinta y nueve ántes de Cristo, creándose y mudándose los magistrados en Roma, Quinto Pompeyo fué enviado segunda vez á España para la Citerior ó Tarraconense; y sin hacer mencion de su primera venida, la hacen de esta Medina y Beuter, y dicen que vino en lugar de Fabio; pero creo que yerran, porque de Morales parece que Fabio este año quedó en la Ulterior, que era la misma provincia que habia gobernado el año antecedente, como aquí hemos referido: de modo que viniendo Pompeyo á la Ci-

terior, no pudo suceder á Quinto Fabio, sino á Quinto Cecilio Metelo. Pero como quiera que sea, no tenemos cosa alguna que escribir de estos que haga á nuestro propósito. Solo es de advertir que en aquel año era cónsul en Roma Quinto Pompeyo, y habiendo sido enviado como á tal á esta provincia Tarraconense, podrá el lector conjeturar qué ruidos debia de haber en ella, pues ya ántes de ahora hemos visto que no venian los cónsules, sino es por mucha necesidad.

17 Acabó Quinto Pompeyo su consulado; pero el Senado le mandó subsistir en España: y llegado el año ciento treinta y ocho, segun la cuenta de Morales, envió el Senado á la provincia Ulterior á Quinto Servilio Cepion ó Scipion, que era hermano de Quinto Fabio Máximo Emiliano, y de Quinto Fabio Serviliano; y Quinto Pompeyo quedó en la misma provincia Citerior con título de procónsul: como todo resulta de los escritos de Morales, Beuter, Medina, Mariana y Vaseo. De Quinto Servilio solo tenemos que decir, que hizo la paz con los numantinos; pero de Quinto Pompeyo ninguna cosa. Beuter quiere que habiendo acabado el proconsulado, le sucediese Cayo Matieno; pero esto yo no sé en qué tiempo pudo ser, pues aunque Diego de Valera dice que vino Matieno despues de muerto Viriato, yo hallo que ni una cosa ni otra viene bien á la puntuacion y cuenta de los años.

Mor. lib. 7. c.53.l.8.c.1.

Val. lib. 2. c. 18. y 19.

18 Pasados los referidos sucesos del año ciento treinta y ocho, segun escriben Ambrosio de Morales y Juan Mariana, fué enviado á España por los romanos en principio del año siguiente Marco Popilio Lenato, que en aquel año era cónsul. Y aunque no especifican para qué provincia vino, me persuado que fué para la Citerior ó Tarraconense, porque dicen que sucedió á Quinto Pompeyo. Vaseo, siguiendo á Lucio Floro, espresamente dice que vino para la Tarraconense. Este Popilio rompió la paz con los numantinos, peleó con ellos, y fué vencido en el año ciento treinta y seis, que aun subsistia en la provincia con título de pretor; y despues en el mismo año vino para la provincia Ulterior Decio Junio Bruto, que aquel año era cónsul en Roma, segun lo escriben Morales, Medina, Mariana, Vaseo y Valera.

Año 136.

Mar.l.3.c.7.

19 Quedó Decio Junio Bruto en la provincia Ulterior; y para la Citerior vino Gayo Hostilio Mancino en el año ciento treinta y cinco, segun escriben Mariana y Morales: y asi se ha de entender á Beuter. Este Gayo hizo paz con los numantinos, y los romanos no quisieron aprobarla, ántes bien enviaron al cónsul Emilio Lepido paraque prosiguiera la guerra, como se lee en los autores referidos por Morales, Mariana, Vaseo y Medina.

Año 135.

Mor.l.8.c.3. 5. y 6.

Me. l.1.c.65.

Año 134 y 133. 20 Decio Junio Bruto estaba aun en la provincia Ulterior, y subsistió en ella el año ciento treinta y cuatro ántes de Cristo, en que vino para la Citerior Publio Furio Filon que era cónsul, el cual habia ya estado otra vez, como dejo escrito en el capítulo cincuenta y cuatro de este libro. Tampoco hay nada que decir de estos, si no que los dos fueron confirmados para el año siguiente de ciento treinta y tres segun Morales, aunque Vaseo no se atreve á afirmarlo, temiendo quizás lo que dice Medina, que en dicho año ciento treinta y tres vino á España Calpurnio que era cónsul en Roma, como resulta del mismo Vaseo.

21 Concuerdan todos los escritores en que eran tan vivas y frecuentes las guerras que en aquel tiempo habia en España, y los sucesos tan adversos para los romanos en una y otra provincia, y que los tenian tan en estremo atemorizados, que no habia soldado que al oir la voz de un español parase en la campaña. Ni en Roma se hallaba quien se atreviese á aceptar los cargos y empleos militares. Encarece mucho este temor de los romanos Paulo Orosio, y otros que abajo alegaré; y todos escriben que solo Publio Cornelio Scipion Emiliano que habia sido legado de Licinio Luculo siendo cónsul en Roma (como lo dejamos escrito en este capítulo) se atrevió á emprender el pasage para España y el gobierno de ella en el año ciento treinta y dos ántes de la venida de Cristo. Y se mantuvo despues en ella con el título de procónsul los años ciento treinta y uno y ciento treinta; y porque de cuanto él hizo, no toca nada á nuestra historia, pasaré diciendo en general como Paulo Orosio, que hizo muchos estragos, y alcanzó grandes y gloriosas victorias: de las cuales, y en particular de las de los numantinos triunfó en Roma, como parece de Cárlos Sigonio en los *Fastos*. Y en lo demás me refiero á Morales, en los capítulos siete, ocho, nueve y diez del libro octavo; á Beuter en el capítulo doce de la primera parte; á Medina, parte primera capítulo sesenta y cinco; á Eusebio poco ántes de la olimpíada ciento sesenta; á Juan Sedeño título diez y siete capítulo octavo; al obispo Alfonso de Cartagena capítulo cuarto; á Diego de Valera, parte segunda capítulo veinte; á Fr. Juan Pineda, libro noveno capítulo quince y diez y seis; á Lucio Floro en el libro segundo capítulo diez y ocho; á Garibay en el libro sesto capítulo once, doce y trece; al P. Juan Mariana en el libro tercero capítulos nono, décimo y undécimo; al Obispo de Gerona en el libro séptimo capítulos uno, dos, tres, cuatro y cinco, y á Juan Vaseo libro primero capítulo once.

Oros. l. 5. c. 1.

Año 132, 131 y 130.

CAPÍTULO LVII.

Como España se rigió algun tiempo por diez legados y otro tiempo por diferentes magistrados romanos: y como los cimbrios entraron en España, y pelearon con ellos algunos pueblos de Cataluña.

1 Escriben nuestro catalan Viladamor, Juan Mariana y Pedro Medina que en aquel tiempo, que debia ser el año ciento treinta y tres ántes de Cristo, habia quietud en España; y que el Senado y pueblo romano envió diez personas con título de legados, paraque con prudencia, comedimiento y buen trato, mantuviesen á los españoles en la pacífica quietud en que se hallaban; y que España fué así gobernada con sosiego por algunos años; y me persuado que en esto comprendieron los citados autores á nuestra Cataluña, pues se vé que en toda España universalmente hubo paz por todo aquel tiempo, como parece de Paulo Orosio. Verdad es que en mi juicio ha errado el año Viladamor; pues habia de decir el año ciento treinta, segun parece de la cuenta de los sucesos escritos en el precedente capítulo; y porque tambien en los escritos de Ambrosio de Morales consta con toda claridad haber sucedido en el año ciento treinta ántes de Cristo; pero dejemos esta averiguacion por manifestar, y vamos al curso de la historia.

Vilad. c. 45. Ma. l. 3. c. 12. Med. lib. 1. cap. 65. Oros. l. 5. c. de bello numantino. Mor. lib. 8. c. 11. y 12.

2 Despues de doce años que España se gobernaba por aquellos diez legados; que ya se contaba el año ciento diez y nueve ó diez y ocho ántes de Cristo, escriben el mismo Mariana y con él Medina, Morales y el literatísimo D. Antonio Agustin arzobispo de Tarragona, que habiendo vuelto los españoles á alterarse vino Calpurnio Pison; y despues de él Sulpicio Galba: pasage que solo tocamos de paso, porque no hallamos en él cosa que contar de lo que hace á nuestro propósito.

Aug. dial. 10.

3 El acertado gobierno de Pison y de Galba restituyó á España la perdída paz; y sosegadas las cosas volvió el gobierno de los diez legados en cada provincia, segun lo escribe Mariana; pero no sabemos con certidumbre los nombres de estos legados. Me persuado que uno de ellos sería Quinto Servilio Cepion; porque se halla escrito por Morales que este en el año ciento siete ántes de Cristo venció á los lusitanos: prueba de que ya en aquel tiempo no duraba la paz.

4 No se lee que en aquella época ni hasta algunos años despues hubiese novedades en esta nuestra provincia; porque se mantuvo en paz hasta que estrañas naciones la vinieron á perturbar. Escriben Morales, Mariana, Beuter y Vaseo que

Be. l. 2. c. 22. Vas. l. 1. c. 11.

Año 107. en aquel tiempo, cerca del año ciento siete, los pueblos cimbrios, gente de Alemania hácia el norte, salieron de sus tierras y fueron á inquietar á muchas naciones; y que poco á poco bajaron hácia poniente divididos en dos ejércitos; el uno de ellos bajó por Francia y Auvernia, y desde allí, segun lo
Ga. l. 6. c. 14. escribe Garibay, se entró en España el año ciento uno ántes de Cristo por el valle de Roncal, y comenzaron á dañar, destruir y quemar mucha parte de Navarra, estendiéndose tambien por Aragon.

Año 101. 5 Los de las tierras de Cataluña fronteras á aquellas partes del Aragon tambien sintieron parte de aquella calamidad, y pasaron por las miserias que traen de suyo semejantes invasiones y hostilidades: y si bien que esto se escribe con el nombre en general de pueblos vecinos á Aragon, lo entendemos unicamente de aquellos que se llamaban *ilergetes*, que como en su lugar hemos dicho, tocaban en los rios Gallego, Ebro y Segre, como mas cercanos á las partes de Aubernia y Francia, de donde bajaban los cimbrios. Y como ellos solos no los podian resistir, se juntaron con mucha parte de los celtíberos de Aragon; y todos juntos se portaron con tanto valor, que no solo resistieron la furia de sus enemigos, sino que los desbarataron y pusieron en precipitada fuga, quedando muchísimos de ellos muertos; y los que escaparon se volvieron á meter en Francia, sin mas atreverse á pasar de la parte de acá de los Pirinéos; y luego tomaron su camino hácia Italia. Tan de paso como esto se cuenta esta campaña, aunque no hay duda que habria mucho que escribir de ella; porque acaecerían pasages dignos de encomendarlos á la memoria, respecto de la fiereza de aquellos enemigos, que habian tenido valor y osadía para invadir tantas tierras como pasaron hasta los Pirinéos. Pero déjolo aquí por guardar la debida fidelidad á la historia.

6 Habiendo sido la entrada de los cimbrios el año ciento uno, debió durar la guerra con ellos todo aquel año y el centésimo ántes de Cristo; sin que pueda yo ahora verificar bajo de qué capitan ó gobernador romano militaban los españoles; por lo que nos habrémos de contentar solo con lo que hemos dicho por lo perteneciente á estos dos años.

Año 99. 7 Despues hallamos que Decio Junio Silano vino á España, y que alcanzó en ella algunas victorias el año noventa y nueve ántes del milagroso Nacimiento de nuestro Redentor y Maestro. Y en el año noventa y siete Lucio Cornelio Dolobela vino por pretor y venció á los lusitanos, segun lo escriben Ambrosio de Morales y Juan Mariana, á quienes me refiero.

CAPÍTULO LVIII.

Como Quinto Sertorio, tribuno de Titio Didio, fué arrojado de Catalon, y despues recobró el pueblo, venció y destruyó á los gerisenos.

1 Hallándose la España en el estado de inquietud que dejo dicho en el precedente capítulo, reconociendo el Senado de Roma el peligro que amenazaba, consideró necesario enviar alguno de los cónsules, como ántes lo habia hecho en ocasiones semejantes. Escriben los mismos autores citados en el capítulo anterior, que enviaron al cónsul Tito Didio, dándole por legado á Quinto Metelo, y por tribuno á Quinto Sertorio.

2 Llegó Didio á España, venció y sujetó los celtíberos, de los cuales despues triunfó en Roma. Y no hay otra cosa que decir de él, que haga al objeto de esta historia; pero hace á nuestro propósito lo que aconteció á su tribuno Quinto Sertorio; pues de este escribe Plutarco que ejercitando su empleo, se hallaba invernando en un pueblo nombrado *Catalon*, donde sus soldados se habian dado á todo género de vicios, poltronería, pereza, embriaguez, lujuria y todo lo demas que concilía en la soldadesca el ocio, con la abundancia de víveres. Los vecinos de Catalon, que deseaban la libertad, conocieron que aquella vida de los soldados romanos les proporcionaba facilidad de lograrla con un repentino levantamiento; y para mas bien asegurar el éxito, solicitaron el auxilio de sus vecinos, nombrados los *gerisenos*, á cuya ciudad no nombra Plutarco con otro nombre que *Gerisenorum*: sobre lo cual mas abajo me declararé. Unidos pues los conjurados, señalaron dia y hora, que fué por la noche, en la cual entró con mucho secreto en Catalon el socorro enviado por los gerisenos, quienes al punto se unieron con los de Catalon y dieron sobre los soldados romanos, asaltándolos en sus mismas posadas; y como los hallaron á todos desprevenidos, unos entregados al sueño, y otros en sus vicios hicieron en ellos una terrible mortandad. Sertorio tuvo ventura de escapar del pueblo con algunos pocos que le siguieron: y con esto y algunos otros que despues se le fueron juntando de los que huían, formó una compañía; y como práctico soldado aprovechó la ocasion, que se la proporcionó lo largo de la noche de invierno. Juntó sus soldados, y los fué repartiendo circundando quietamente la muralla, y sin que los de dentro lo sintiesen fueron sitiados; y él andando al rededor, encontró abier-

Plut. in vita Sertorii.

ta la puerta por donde entraron los enemigos, que con la priesa, ó por el mal órden, se habian descuidado de cerrarla. Puso guardas en aquel paso, ocupó los lugares y puestos de lá ciudad, y repartió la gente á su satisfaccion, facilitándoselo la quietud de la noche y el descuido con que estaban sus enemigos entregados al sueño y al descanso. Sertorio mudó la hoja del libro de la fortuna, envistió á sus enemigos dentro de sus mismas casas, y se encarnizó de modo que á cuantos eran capaces de usar de armas, cruelmente los pasó á cuchillo, sin perdonar ni uno.

3 No paró aquí su venganza, sino que la estendió hasta los miserables vecinos de la ciudad de los *gerisenos*. Hizo que sus soldados se vistiesen las ropas y armas de los gerisenos muertos en Catalon, y prontamente marchó con ellos á su ciudad. Al amanecer llegó muy cerca, y cuando los vecinos los alcanzaron á ver, engañados con los vestidos y armas de sus compatriotas que esperaban vencedores, salieron desarmados, y muy contentos á recibirlos. Sertorio los hizo hacer tajadas á todos: despues entró y sujetó la ciudad al señorío romano.

4 Referido ya todo el hecho, como le cuenta Plutarco, falta saber qué pueblo era Catalon, y qué ciudad la de los gerisenos. En cuyo particular nuestro canónigo Tarafa, en una *Descripcion* que hizo manuscrita de los pueblos, rios y montañas de España (que la tiene Pablo de Fluviá caballero barcelonés, por su ingenio y suma curiosidad en todo lo que toca á letras y armas, bien digno de ser nombrado) dice que Catalon era en Cataluña, aunque ahora no se tenga noticia del sitio donde estaba. Muchos han dicho que de él habia tomado el nombre toda Cataluña. Y de esta opinion fué ántes que él Lorenzo Valla; pero como nuestro caballero barcelonés Francisco Calza de propósito reprende á Valla, queda la cosa dudosa é indeterminada. Yo por ahora no quiero disputar contra él, ni aprobar que este pueblo diese su nombre á toda Cataluña, porque es conveniente dejarlo para la segunda Parte de esta Obra que estoy trabajando. Basta por ahora saber con las autoridades de Valla y de Tarafa, que este pueblo estaba en Cataluña; pues aunque Calza opone que el lugar de Plutarco en algunos libros está enmendado, y que no se lee en los originales griegos *Catalon*, sino *Castulon*, y que estaba situado mas allá de Cartagena; esto no nos puede obstar á nosotros: porque si bien es cierto que en los originales griegos de Plutarco (que he visto en la copiosa librería del convento de Sta. Catalina mártir del órden de Predicadores en esta ciudad de Barcelona, armario 49) el nombre de este pueblo se lee *Castulon*, y no *Catalon*, y lo mismo

Valla l. 1. de rebus á Fer. Calza c. 2.

en las traducciones latinas de Guillermo Xilandro y de Leonardo Aretino: en la de Jacobo Bardio (que debian haber visto Valla y Tarafa) se lee *Catalon*. De manera que el intento todo es de un mismo pueblo, y la disputa es en sustancia una pura cuestion de nombre, escribiendole unos íntegramente, y otros con alguna alteracion. Y aunque Plinio y Morales en sus *Antiguedades de España* cuentan haber habido un pueblo nombrado *Castulon* en los límites de la España Citerior y confines de la Bética, que era de la Ulterior; esto no se opone á que en otra parte de España hubiese otro pueblo diferente con el mismo nombre; pues vemos en Cataluña *Granollers* en el Gironés, y en el Vallés: *Gualba* en la Lacetania, y otro en el Gironés: *Subur* en los cosetatos, y en los ilergetes: *Castelló de Toro* en Ribagorza: *Caselló de Farfaña* en los ilergetes sobre Balaguer: *Castelló* en los castellaunos sobre Besora, mas arriba de Cardona; y *Castelló de Empurias* en los indicetes. Y conforme en España hubo dos pueblos con el nombre de *Illiberis*, uno en la Citerior en Rosellon, y otro en la Ulterior en Granada; así pudo haber dos *Castulons*, uno en el convento jurídico de Cartagena, y otro en el de Tarragona en Cataluña. El cual certísimamente habia de ser Castelló de Empurias, porque lo prueban los vestigios que se hallan en aquel pueblo, especialmente una ara y una piedra de sepulcro. La primera fué hallada en el convento de S. Francisco en las ruínas del dormidor viejo, y está todavía bastante entera para ser un grande indicio de lo que vamos buscando, porque tiene una inscripcion de este modo:

Pin. l.2.c.3.
Mor. c. Cast.

GEN
CASTUL
PRO SALU
P. C. LAELI.
L. F. GEM
V. L. S.

Que romanceada dice así: *Cayo Lelio Geminiano, hijo de Lucio, dedicó aquesta ara al genio de Castulon, por la salud pública, teniendo cuidado de pagarle enteramente el voto que le habia hecho.*

5 La piedra de la sepultura está fuera de la villa, en el camino de Gorch Martell en un ribazo, y dice de este modo:

D M S
L. TUSCUS. CAST
GN. F. OPT.
AN. XXX. H. S.
JULIA. FELIS
SOROR. F. C. S. T. T.

Y quiere decir: *Que Julia Feliciana, hermana de Lucio Tusco, de Castulon, hijo de Gneo Optato, que murió de edad de treinta años, y estaba enterrado allí, tuvo cuidado y procuró hacerle la sepultura: rogando á los dioses de los difuntos que le hicieran ligero el peso de la tierra que tenia encima.*

6 No me detengo en averiguar el tiempo en que se hicieron estas inscripciones, porque es difícil, respecto de que no espresan el año, ni quien era el cónsul que entónces mandaba; porque no lo solian esplicar en esta especie de epigramas; ni tampoco se han puesto aquí con este fin, si solo para probar el nombre de *Castulon.* El cual se confirma con muchos actos, que por abreviar no refiero mas que el de la consagracion de la iglesia mayor de aquella villa, hecha en el año mil sesenta y cuatro, que se halla en la sacristía de la misma iglesia, en el libro intitulado *Dodalia*, custodiado en un cajon de escrituras del consulado y universidad, en el cual se lee: »Que Berenguer obispo de Gerona consagró la iglesia de Sta. María en la villa de *Casteylon*" que es muy poca cosa corrupto de *Castulon*, cambiada por el antiguo lemosin la *u* en *ey*: quedando aun mas consonante que la que hoy usamos, diciendo *Castelló.* Tambien los edificios viejos de aquella villa dan bastantes muestras que han sido de pueblo antiguo y obra de romanos; particularmente el puente viejo sobre la Muga, que pocos años hace le han acabado de arruinar, para valerse de la piedra (de que necesita mucho aquel pueblo) para fabricar el coro en medio de la iglesia mayor. Tenia aquel puente nueve arcos con sus pedestales, y todo él era de piedra picada: la muralla que hoy tiene es del año mil doscientos ochenta y nueve, como se lee en las inscripciones puestas en las torres de las puertas Nueva y de Sta. María. Pero no son estas las viejas, porque de aquellas se muestran aun evidentemente cuatro puertas, la una cerca del monasterio de la Magdalena, sobre la capilla de S. Lázaro, en donde se halla aun la torre entera con los se-

ñales de los quicios y regatas por donde pasaba el rastrillo ó tranca, entre dos arcos: la segunda se muestra junto al monasterio de Predicadores; y detrás del huerto del convento hay dos pies de torres cuadradas, y un trozo de zanja que se alarga por la parte del medio dia hasta encontrarse con la tercera puerta, delante de la que hoy se llama *den Cabra*; y siguiendo la zanja, poco mas allá se tuerce á la parte de levante hasta encontrar la cuarta puerta, cerca del monasterio de Sta. Clara y las casas de Planiol, que se pasaba caminando al puente viejo. La primera y última distan mas de doscientos pasos de la muralla nueva, evidenciándose de estos vestigios la hermosura que tendria entónces aquella villa. El rio de la Muga desde el mar hasta allí era navegable; y donde hoy está el hospital estaban las aduanas: y por eso estaba con tan grandes arcos y colunas, del modo que está hoy la Lonja de Barcelona. Dentro de la villa, entre las calles de Sta. Clara y de Cabra, se halla un edificio subterráneo, que hoy los habitantes le nombran *Trunes*. Está fabricado con tres ángulos, como si fuesen de un claustro, á escepcion de que por una y otra parte es todo un lienzo de pared seguida, y lo de encima es bóveda; y de trecho en trecho hay en ella unos cimborios pequeños, por donde entra la luz: y por la magestad de la obra por sí sola, y sin ornatos ni estraños primores, parece que es de la que se llama *dórica*, como lo dice la tradicion de Francisco Patricio. En la rinconada del Patri. lib. 1. último ángulo, que está á la parte de tramontana ó cierzo, c. 12. hay un pedazo de ruína, que me pareció al pronto un hornillo para poner alguna caldera de calentar agua para baños: mayormente viendo que bajaban de la parte superior algunas cañonadas de tierra, al modo que hoy las usan para los conductos de aguas: pero mudé de pensamiento, porque no ví estancias para bañarse; y encontré en la parte superior del primer ángulo en una altura cuasi junto á la bóveda, una puertecita por la cual se entraba á una cueva ó mina, toda de piedra picada y bóveda de lo mismo, de alzada y anchura capaz de pasar por ella un hombre; y yo entré y caminé por la bóbeda unos doce ó quince pasos; pero aunque conocí que se alargaba mas hácia la parte de medio dia, no pude pasar mas adelante, porque encontré la tierra movida. De modo que aunque no podamos atinar lo que era aquello, á lo ménos indica que era alguna casamata, ó algun otro importante edificio ó fortaleza de obra romana. De lo cual y de lo demás se viene á colegir que Castellon de Empurias era *Castulon*, y del tiempo de los romanos; y que Calza y otros que pensaron que habia sido edificado de las ruínas de Em-

purias, se engañaron, así por lo que queda referido, como porque en el tiempo de la desolacion de Empurias, Castellon no era de aquel condado, sino del de Peralada, conforme largamente lo probaré con testimonios y escrituras auténticas en la segunda Parte (Dios mediante): y tambien porque de Castellon hallarémos una memoria de ochocientos años ántes de la desolacion de Empurias. De modo que si en el dia se nombra con el renombre de Empurias, este renombre demostrativo es moderno, y solo para diferenciarle de los otros que tienen tambien por nombre *Castellon*; de que resulta que siendo este pueblo del tiempo de los romanos, y nombrándose *Castulon*, es muy regular pensar con Tarafa y Valla que este pueblo era el mismo en donde invernaba Sertorio cuando le asaltaron los gerisenos. Mayormente no hallándose hoy autor alguno que nos diga que otro Castulon tuviese cerca de sí algun pueblo, de quien se pueda decir que era *Gerisena*, como tenemos nosotros á una legua de Castellon, en la falda del anti-Pirinéo, la *Gerisena*, que hoy corrupto algun tanto el vocablo se nombra *Garriguella*, habiendo tambien cambiado el nombre con las venidas de tantas naciones que despues de esto (como lo referirémos) entraron en Cataluña; y no obsta decir que Garriguella es hoy un pueblo pequeño; pues la esperiencia nos muestra los efectos que producen la mudanza de los tiempos y la variedad de acaecimientos que en ellos suceden. A mas de que aun cuando no hubiese sido mayor de lo que es en el dia, bien podrian los romanos nombrarla ciudad, del modo que (como he dicho en otra parte)
Ge. l. 38. c. 7. lo advierte Aulo Gelio; esto es, que con el nombre de ciudad entendian cualquier lugar ó pueblo, chico ó grande.

7 Esplicado ya lo que ha correspondido para la verdadera inteligencia del lugar de Castulon, volvamos á seguir la historia. Logró Sertorio grande crédito de famoso y astuto capitan por la estratagema con que rebatió al enemigo y ganó la ciudad; y le fué muy importante el tener ganada buena reputacion en España para los sucesos que diré en el capítulo siguiente. Por ahora basta saber que habiendo acabado Dicio su consulado, se volvió con él á Roma con grande nombre, fama y reputacion.

Año 95. 8 Despues en el año noventa y cinco ántes de Cristo vino á España Publio Licinio Craso, trayendo por su legado á Gneo Cornelio Léntulo; los cuales gobernaron en la provincia Ulterior: motivo por qué de su tiempo no tengo cosa alguna que decir, que haga para el objeto de esta obra. Y lo mismo digo en cuanto á Fulvio Flaco, que vino contra los celtíberos que se habian rebelado en el año noventa y dos se-

gun Mariana y Morales, siguiendo á Apiano y á Julio Obsequente. Quienes tambien hacen mencion de que Quinto Calidio vino al gobierno de España, del cual tampoco hay nada para mi propósito.

CAPÍTULO LIX.

Como Quinto Sertorio, huyendo de Sila, se vino á España, y vino contra él Cayo, que por medio de Calpurnio Lanario mató á Lucio ó Livio Salinator en los Pirinéos.

1 En aquel tiempo se movieron en Roma muy ruidosas contestaciones entre Mario y Sila, que trascendieron á todo el señorío de los romanos; las cuales muy largamente escriben nuestro tarraconense Paulo Orosio, en el libro quinto capítulo *Bellum Mithridaticum*, Ambrosio de Morales, en el libro octavo capítulo trece, Luis Vives en las *Adiciones á S. Agustin*, en el libro segundo capítulo veinte y dos, y en el libro tercero capítulo treinta de la *Ciudad de Dios*, Plutarco en las *Vidas de Cayo*, *Sila* y *Sertorio*, Apiano Alejandrino libro primero capítulo trece, Lucano en el segundo de la *Pharsalica*, Jacobo Bergomense libro siete, Juan Pineda libro nueve capítulo veinte y cuatro y veinte y cinco, Lucio Floro libro tercero capítulo veinte y uno, S. Antonino en la *Historial*, título cuarto, capítulo cinco, párrafo veinte y ocho y veinte y nueve; el Obispo de Gerona, libro octavo capítulo de *cædibus quas Marius*, y los que mas adelante alegaré. Los de Mario estaban apoderados de la ciudad de Roma, y sin duda proveían los oficios en sus amigos y valedores, persiguiendo á los de Sila; y considerando lo mucho que les convenia tener á España de su parte, como sabian lo bien quisto y acreditado que en ella estaba Quinto Sertorio, que habia estado acá siendo tribuno de Tito Didio, como lo he dicho en el precedente capítulo, y segun dice Morales se habia hallado en las guerras de Numancia, donde adquirió mucha práctica y se concilió el amor de la gente de guerra; resolvieron que viniese por gobernador á España con el título de pretor que le dió el Senado, segun lo escribe Apiano Alejandrino. Sila, que en aquella ocasion no dormia, dió sobre Roma, y se apoderó de ella enteramente, en tiempo que se contaban setenta y nueve ú ochenta años ántes de la venida de Cristo, segun resulta de Beuter, Medina y Viladamor: en cuyos años la parte y parcialidad de Mario quedaron con bastantes penas y trabajos, como siempre sucede en todos los casos de bandos y

Mor. l. 8. c. 7. y 11.
Ap. l. 1. c. 19.
Beut. p. 1. c. 22.
Med. p. 1. c. 66.
Vilad. c. 45.

parcialidades. Por lo que muchos del bando de Mario hubieron de huír de Roma; y entre ellos fué Quinto Sertorio, que se pasó á España, confiado de estar aquí seguro con el título de pretor, segun todos los referidos autores, y con ellos Juan Mariana. Solo Apiano Alejandrino lo cuenta de otro modo. Dice que Sertorio no vino huyendo, sino que vino á servir al Senado con el título de pretor, que ya le habia dado ántes que Sila se apoderase de Roma; y que trajo consigo un ejército de Italia. Pero estas dos opiniones no son opuestas; porque de cualquier modo era preciso que Sertorio viniese huyendo de Sila, una vez que este estaba apoderado de Roma y Sertorio era del bando y parcialidad de Mario. En fin él venia navegando, y una tempestad lo arrojó en tierra á la parte de allá de los Pirinéos hácia Francia. Allí quisieron los gascones impedirle el paso, y reconociendo él que no era ocasion de detenerse á abrirse camino con las armas, los cohechó con dinero, y pasó con toda su gente: bien que no sabemos por qué parte de los Pirinéos; pero es verosímil que pasaría por la parte de Cataluña, como la tierra mas vecina á donde desembarcó; y porque así convenía á la prisa que traia.

Mar. lib. 3. c. 13. Apia. lib. 1. c. 25.

2 Puesto ya Sertorio en el ejercicio de su cargo de pretor en España, comenzó á meditar sobre la prosperidad con que Sila se habia apoderado enteramente de Roma; y recelando que enviaría algun ejército contra él, como prudente capitan comenzó desde luego á prevenirse, valiéndose de sus amigos, con cuyos ausilios juntó mucha gente de guerra, que la incorporó con la que él habia traído de Italia.

3 Sabido todo esto en Roma, dicen los mismos autores que he citado, y con ellos Micer Luis Pons de Icart que fué proveido por Sila y sus parciales que viniera á España Cayo Annio con un poderoso ejército contra Sertorio. Este, que lo supo, providenció luego el armar la tierra del mejor modo que pudo, enviando á Lucio ó Livio Salinator con seis mil infantes á que tomase los pasos de los montes Pirinéos; y debo persuadirme que mucha parte de la tropa que en esta ocasion reclutó Sertorio, sería de nuestra Cataluña; y que el camino que transitaron para ir á apostarse en los pasos del Pirinéo, sería tambien por la misma tierra de Cataluña. Lo cual resulta de Beuter, pues espresamente dice que los pasos que L. Salinator iba á tomar, eran los del *Coll del Portús*; especificando que la gente que iba con él, fué alojada y repartida por el Portús, Bellagarda y la Junquera: de que se sigue que Salinator tomaría tambien los otros pasos de Massanet de Cabreñs hácia tramontana ó norte, y el Coll de

Icart c. 32.

Bañuls hácia levante; la Massana y otros por donde podia pasar su enemigo igualmente que por el Portús. Pues escriben los citados autores que cuando Cayo Annio llegó, halló tomados todos los pasos del Pirinéo; y que se hubo de quedar en las tierras de Rosellon y alojarse en la villa del Voló, como especialmente lo dice Beuter, cuya villa sabemos todos que está en Rosellon, en el partido de Vallespir.

4 Hallábanse aquellos dos capitanes enfrente el uno del otro; y es verosímil que los dos se fortificarían por temor de un súbito rebato. Salinator que ocupaba los pasos de la parte de acá del Pirinéo, y habia resuelto no moverse de allí, mientras su contrario estuviese acampado de la parte de allá, y conocia que esto iba de espacio, determinó edificar allí un pueblo, paraque el enemigo comprendiese cuan ageno estaba de pensar en dejar aquellos puestos que él no se atrevia á acometer. Púsolo en práctica; y hecha la obra, le puso su mismo nombre; esto es Salinator, segun lo escribe nuestro Micer Gerónimo Pau en su *Barcinona*. Y aunque en el dia ya no se halla tal pueblo, nos presumimos que su situacion fué en las alturas del anti-Pirinéo que miran al Ampurdan, y hoy se llaman *las Salinas*, sobre Massanet de Cabreñs, en el sitio donde entre *Jazas de Vaquers* se halla la capilla de nuestra Señora de las Salinas: en el paso de Massanet (que es de Ampurdan) á Ceret que está en Rosellon en el partido de Vallespir, distante el uno del otro una legua y media.

5 Cayo Annio, que estaba como he dicho en el Voló, tambien se debia fortificar cómodamente; porque las ruinas halladas en aquel pueblo denotan cuan fortificado estuvo. No quiero decir que todo se hiciese en el tiempo de que voy tratando; pero sus vestigios manifiestan que ha sido una fortaleza de las buenas que tuvo la antiguedad; porque en él en la parte que mira hácia levante y tramontana ó cierzo, tomando tambien parte del poniente, se vé que tenia tres órdenes ó lienzos de muralla: la una de ellas ceñia todo el barrio de la iglesia que hoy está allí, despues la otra tomaba y atravesaba desde la parte del mediodia en forma circular, por las partes de poniente y tramontana, hácia levante, cerrando en medio de ella y de la otra muralla el barrio de la plaza y mesones del camino Real: y la tercera encerraba dentro de sí todas las otras. No eran murallas de obra muy delicada, sino maciza, de piedras gordas de rio; pero no les faltaba nada de lo perteneciente á fortaleza; porque tenian sus espolones, torres y almenas, que aun en el dia se ven en algunas partes.

6 Por último, cansado ya Annio de esperar en el Voló, y habiendo conocido que su enemigo Salinator no dejaría nun-

ca aquellos puestos que él no se atrevia á acometer, resolvió faltar á la buena fé; y envió á su capitan Calpurnio Lanario de su parte á Salinator, á quien llegó con palabra de que iba á tratar de paz. Salinator lo creyó, y no dudó conferirse con él: pero Calpurnio, cumpliendo la órden que llevaba, asesinó traidoramente á Salinator; de que resultó la destruccion de Sertorio para mucho tiempo; porque toda la gente que tenia Salinator en los pasos del Pirinéo, viendo muerto su general, dejaron sus puestos y se dieron todos á huir tierra adentro; y Annio pasó el Pirinéo sin contradiccion ninguna. Medina dice que estos montes que pasó Annio eran los Álpes: pero esto no puede ser, porque allí no hubiera puesto guardias Sertorio; pues en Francia no solo no tenia amigos, sino que eran sus enemigos, como arriba lo dejo referido, y lo verémos despues mas abajo. Mas dice el mismo Medina, que pasó los Álpes y entró en España. Y la verdad es, que por los Álpes no se entra en España, sino es desde Italia á Francia; y pasando los Pirinéos se entra desde Francia á España. Esto me hace creer que Medina leería para esto á Aulo Gelio, quien para nombrar los Pirinéos, los nombra *Álpes de España*; lo que advierto paraque el lector que no haya leído sino un libro, no tome uno por otro.

Aulo lib. 2. c. 22.

7 Una vez que Annio pasó el Pirinéo y se metió en España, es verosímil que iría sujetando á su obediencia á los pueblos, que se le rendirían ellos mismos á vista de su poder: y que se haría la division del espolio de las heredades entre los soldados, conforme acostumbraban los romanos, y sin duda le tocarían algunas á Lucio Cornelio Cinna, amigo de Sila, que vendría capitaneando alguna de aquellas compañías; moviéndome á creer esto la memoria que de Cinna hallamos en Cataluña, como se verá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO LX.

De la memoria que se halla de Cornelio Cinna, y de la fundacion del pueblo de Figueras.

1 Bien notorio es á los que saben la historia romana, que en aquel tiempo en que estaban mas encendidas las guerras civiles en Roma uno de los mayores amigos que tuvo Sila fué Lucio Cornelio Cinna. Y los que no lo saben, si lo quieren saber, lo hallarán en los autores que dejo nombrados en el principio del precedente capítulo. Esto sentado como cierto, es muy verosímil que Cinna seguiría los ejércitos de Sila; y es regular que viniese con Cayo Annio, y pasase los Piri-

néos, como me lo persuade el *Itinerario* de Antonino Pio, donde hace mencion de un pueblo que se llamaba *Cinna*, el cual dice que estaba situado á la parte de acá de los Pirinéos, cerca de la Junquera. La semejanza del nombre da motivo para creer que fué fundado por *Cinna* en aquella ocasion que vino bajo las banderas de Annio haciendo las partes de Sila, á cuya fundacion le alentaría el que tal vez en el espolio y reparticion de tierras le cupieron algunas en aquel territorio, en donde como sitio suyo nadie le podia impedir la fundacion. Y como en hechos de tanta antiguedad bastan las conjeturas para prueba, y estas hacen aparente lo que voy á escribir un poco mas abajo, me parece que es muy propio del asunto declarar donde estaba este lugar, y muy justo dar conocimiento de las cosas pasadas á nuestros descendientes paraque no acabe con nosotros la memoria de ellas.

2 *Cinna* ó *Cinnanum* (de estos dos modos le nombra Tarafa en el lugar que diré) es pueblo de España; pero de qué provincia sea, es lo que necesita declaracion. El *Itinerario* de Antonino Pio, en el viage de Italia á España por el camino que se toma en Arleto, asienta este pueblo á quince mil pasos de la parte de acá de la Junquera, debajo de los Pirinéos: que á razon de mil pasos por milla, y cuatro mil por legua catalana, vendría á ser el cómputo á tres leguas y media y una milla de la parte de acá de la Junquera. De cuya cuenta el canónigo Francisco Tarafa, en su *Descripcion* manuscrita de los pueblos de España, saca que este pueblo debia de ser la que hoy es villa de Figueras en Cataluña, en el condado de Besalú y confines del Ampurdan, partido que antiguamente se llamaba de los indicetes, ó aloménos de los gerundenses, como lo dejo espresado en el capítulo primero del libro segundo. Claudio Ptoloméo, en la tabla de los pueblos de España, pone á Cinna entre los acetanos, que tambien son de Cataluña. Antonio Nebrisense en el *Diccionario*, lo pone en los pueblos castellaunos, que son del ducado de Cardona en este Principado: de modo que todos estos ponen á Cinna en Cataluna. Pero paraque no tengamos cosa sin contradiccion y que no se la apropien los otros, sale Ambrosio Calepino con su *Diccionario* poniendo á Cinna en Castilla. Bien que está luego conocido su error; el cual ha nacido de que diciendo Plinio los *castellaunos*, los entendió *castellanos*, como de él mismo resulta; porque se funda en la autoridad de Plinio (que es la misma que alega el Nebrisense) quien le pone en el convento ó chancillería de Tarragona. En la villa y término de Figueras no se halla memoria de *Cinna* para podernos conformar con Tarafa; pero lo que yo sé decir es, que el *Diccio-*

Plin.l.3.c.3.

nario histórico y poético dice estas palabras: *Cinna, civitas cistellanorum in Hispania*; que quiere decir que *Cinna es ciudad de los cistellanos en España*: y como á distancia de una legua de Figueras al poniente hallamos á *Cistella*, pequeño pueblo que dista tres grandes leguas de la Junquera, quizás sería este, y no Figueras. Iría el camino desde la Junquera á Lers, á Cistella, Lladó y Sponollá, pasando el puente sobre Fluviá, y parece que estas tres grandes leguas desde la Junquera á Cistella, vienen bien á la computacion de los quince mil pasos que dice Antonino que habia desde la Junquera hasta *Cinna*; porque de la Junquera á Figueras no se cuentan mas que dos grandes leguas: á no ser que se salve
Plin.l.3.c.1. la opinion de Tarafa con lo que dice Plinio, que por mudarse á veces los tiempos y con ellos los límites y términos, torcerse los caminos, y variarse y girarse los cursos de los rios, se ven precisados á medir los pasos, estadios y leguas con tanta diferencia, que despues apénas se hallan dos escritores conformes en las distancias. Y esto tal vez ha sucedido con las de este pueblo; porque antiguamente el camino real de Santiago á Roma pasaba por la villa de Peralada, y allí se vé todavía casi del todo arruinado un grande puente que servia para pasar los rios de Llobregat y Orlina; y aun se conocen los pilares, pies y pedestales que denotan bien su antiguedad y magnificencia romana. En otro tiempo pasaba el camino desde Pont de Molins por la Calzada, que aun en el dia es manifiesta y retiene el nombre: y pasando por la parroquia y término de Figueras, San Pau de la Calzada, tirando á la parroquia de Sta. Logaya de Algama, entraba en el actual camino real.

3 Verdad es que á mí no me cuadra el que la villa que hoy se llama Figueras fuese el pueblo de *Cinna*, porque de cualquier modo que se nombrase, es cierto que ya era poblacion mas antigua que el tiempo de *Cinna*. Descúbrenos esto la inscripcion de una ara, que Marco Valerio Gemino dedicó á los dioses de los difuntos, por su hermano Marco Valerio Lavino, que habia sido dos veces cónsul en Roma. La cual se conserva todavía hoy en el cementerio de la iglesia de S. Pedro, parroquial de aquella villa, á un lado de la puerta de dicha iglesia saliendo por la capilla de S. Antonio. Y tiene una losa encima, en la cual los dias de fiesta ponen el pan de las ánimas, y sus letras dicen de este modo:

D. M.
M. VAL. LAVINO
B·F. COS.
M. VAL. GEMI-
NUS. FRATRI
OPTIMO

4 Y es cierto que Marco Valerio Lavino fué dos veces cónsul en Roma. La primera en compañía de Lucio Ampustio en el año quinientos veinte y siete de la fundacion de Roma, segun Gregorio Holoandro y Mariano Scoto, que sería doscientos veinte y cinco ántes de la venida de Cristo. El segundo consulado fué en compañía de Marco Marcelo que ya lo habia sido otras tres veces; siendo esta cuarta en el año de quinientos cuarenta y dos de la fundacion de Roma, y doscientos quince ántes de Cristo, segun lo escribe Mariano Scoto, ó bien en el de quinientos cuarenta y cuatro de Roma, conforme quiere Holoandro; que vendría á ser el de doscientos trece de Cristo, en cuyo tiempo pasaban en Cataluña las cosas que hemos escrito arriba en el capítulo veinte de este libro. De modo que con unos cuantos años de vida que le consideremos á Marco Valerio Lavino despues del último consulado, vendrémos á conocer con poca diferencia en qué tiempo se puso allí aquella ara, y en qué tiempo estaba ya poblada Figueras, pues en ella se hallan tales memorias. No digo por ahora que tuviera el mismo nombre, pero basta que fuese mas antigua que *Cinna*; y por consiguiente los unos que no tuvieron noticia de esta villa hasta el tiempo del Rey Eurigo godo, y los otros que no la tuvieron hasta el del Rey D. Jaime primero y del Príncipe D. Pedro su hijo, queriendo que sea fundacion de estos dos Príncipes, sabrán de cuanto tiempo ántes habia ya memoria de que existia aquella villa. Nos descubren tambien esto mismo los muchos cortijos y ruinas de diversas casas de dentro y fuera del pueblo, cuyos vestigios se encuentran en el partido que se llama de *Vilademunt*; y el sitio del pié de una torre vieja, que se manifiesta en la calle nombrada de la *Junquera*, delante de la casa de mis padres: y tambien las troneras de muralla que se ven en diversas casas de la misma calle, y de la otra que se nombraba de la *Fustería*, que hoy se llama *de Besalú*. Todo demuestra que la poblacion ó fortaleza estaba en aquel barrio que hay desde la puerta de la Junquera

hasta la de Besalú, y encierra dentro de sí la iglesia parroquial; cerca de la cual (en una plazuela junto á la escalera vieja que sube al cementerio) se encuentra aun la torre del homenage con las troneras que solian tener las fortalezas antiguas. Y por eso dijo muy bien Fr. Antonio Vicente Domenech cuando advirtió que ya ántes del Rey D. Jaime primero habia allí parroquia nombrada de *Figueras*; y que si no era villa poblada, sería porque habia sido destruída en la entrada de los moros en Cataluña. Dá indicio de esto la calle nombrada de la *Morería* que aun retiene el nombre. El Rey D. Jaime no hizo mas que ensanchar la muralla de la fortaleza y Cellera vieja, y dar el título de villa á lo que ántes era ya parroquia de S. Pedro de Figueras, conforme lo esplica el mismo Rey en el privilegio concedido á los habitantes de aquella parroquia, dado á los once de las calendas de julio (que es á veinte y uno de junio) del año mil doscientos sesenta y siete del Nacimiento de Cristo, custodiado en la casa del consulado de dicha villa, en el cajon de los privilegios; y en el Real archivo de Barcelona, folio 1277 en el registro de aquel año. Y consta tambien en diversas escrituras otorgadas mucho ántes de la data de dicho privilegio, custodiadas en el archivo de la iglesia Colegiata, olim monasterio de Sta. María de Vilabertran, en el saco intitulado *de Figueras*. Despues la ensanchó, y aumentó su poblacion el Príncipe D. Pedro hijo del mismo Rey D. Jaime, dándole todo el demas ámbito que hoy tiene, desde la puerta de la Junquera que está al norte, hasta la de Peralada que mira casi al levante, y hasta la de Gerona que está al medio dia, y despues hasta la de Besalú que mira al poniente. Fortificóla tambien con las torres, almenas y defensas que aun duran en nuestro tiempo: estimándola y teniéndola el Príncipe por propia villa suya, como de todo haré mencion en su lugar y tiempo, si Dios se digna darme tanta vida que pueda llegar tan por allá. De todo lo cual resulta que aquel privilegio supone que ya Figueras tenia ser, y juntada una cosa con otra, colegimos que ni fué fundacion de *Cinna*, ni de los Reyes ya nombrados, sino de muchos centenares de años ántes. Y así *Cinna* la dejarémos por ahora para los de Cistella ó para los del ducado de Cardona.

CAPÍTULO LXI.

Como Quinto Sertorio huyó á Africa, y despues volvió á España; y á Cayo Annio le levantaron una estatua en Tarragona.

1 Volviendo á la historia que hemos dejado en el capítulo cincuenta y ocho, digo que habiendo muerto Lucio Salinator, y entrado en España Cayo Annio por la parte de acá de las montañas Pirinéas del Ampurdan: Quinto Sertorio, que estaba en la antigua ciudad de Tarragona, sabiendo estos desdichados sucesos, y hallándose con poca gente para resistir á Annio, determinó huirle el cuerpo, y retirarse á Cartagena, como lo dicen Plutarco, Garibay, Beuter y Medina: aunque Morales quiere que ya residiese en Cartagena. En efecto, no teniéndose por seguro aquí, ni allá, se embarcó y pasó á Africa, en donde le acontecieron diferentes y varios sucesos; y huyendo de ellos, volvió á embarcarse y pasó á las islas Baleares: y no habiendo logrado su intento, se volvió á España, donde tampoco le salieron bien sus ideas; y como desesperado se pasó á las islas Canarias; y de allí se volvió á Africa, habiendo pasado en estos pasages muchos trabajos que son fuera de nuestro propósito; por lo que me refiero á los autores citados, y particularmente á Lucio Floro. Ultimamente Fl. l.3.c.22. volvió Quinto Sertorio de Africa á España, donde algunas ciudades de Portugal le recibieron por capitan, y sucedió lo que adelante dirémos.

2 Cayo Annio con la ausencia de Sertorio fácilmente se apoderó de Cataluña, y al fin de toda España. Facilitábale esta empresa el ser natural de la misma provincia Citerior de las partes de Cantabria, por lo que estaban inclinados los ánimos de los españoles á su voluntad, mas que si hubiese sido un forastero. Aquietó y ordenó las cosas de la provincia y se embarcó para Roma, adonde llegó á tiempo que se estaba tratando en el Senado de castigar cruelmente como rebeldes á los españoles que habian sostenido la parte de Sertorio. Cayo Annio se opuso á esta resolucion, defendiendo à los españoles con grande constancia, correspondiendo así à la fidelidad y confianza que de él habian hecho, cuando se le dieron y prestaron obediencia; y como consiguió aplacar la ira del Senado, y embarazar los daños que amenazaban à toda la provincia Citerior, le pusieron en Tarragona una estatua con una inscripcion del tenor siguiente:

C. ANNIO. L. F. QUIR. FLAVO. JULIOBRIGENSI. EX GENTE. CANTABRORUM. PROVIN. HISP. CITERIOR. OB. CAUSAS. UTILITATES. QUÆ. PUBLICAS. FIDELITER. ET. CONSTANTER. DEFENSSAS.

Mor. en las Antigued. c. de Tarrag. Icart c. 29.

3 De este modo la trae Ambrosio de Morales, y aunque Micer Pons de Icart, Apiano y Amancio la comparten de otra forma, no obstante estàn concordes en lo demàs. El vulgar de ella es: *Que la provincia de España Citerior puso aquella memoria á Cayo Annio Flavio, hijo de Lucio de la tribu quirinal, natural de Julio Briga en Cantabria, porque con gran fidelidad y constancia habia defendido los negocios públicos.*

CAPÍTULO LXII.

Como Sertorio volvió á España; dió privilegios y puso estudios á los españoles; y como sus capitanes Hirtuleyos vencieron á los capitanes romanos en diversas batallas.

1 Vuelto Quinto Sertorio à España, fué recibido primero por algunas ciudades de Lusitania que entónces estaban alzadas, las cuales le nombraron capitan; y como era tanta su sabiduría y destreza, en poco tiempo tuvo ganadas las voluntades de los lusitanos y de toda España. Comenzando los españoles à demostrar la voluntad que tenian à Sertorio, y conociendo él las inclinaciones de todos; para mas bien ganarlos (segun escriben los autores nombrados en el principio del capítulo cincuenta y ocho) concedió algunos privilegios y libertades à los que le siguieron, haciéndolos francos de algunos tributos y alcabalas que los españoles pagaban á los romanos. A los pueblos que se le confederaron les concedió que no se aposentasen los soldados en las casas, sino en los arrabales, barracas y tiendas, y él fué el primero que se aposentó. Tambien les concedió que no se diese cosa alguna á los soldados, que no la pagasen con dinero. Demostróles que quería alzar á España á tan pública magestad como estaba Roma, ordenando para esto un nuevo modo de gobierno muy semejante al del Senado, así en la autoridad y representacion como tambien en los nombres; eligiendo para los oficios y empleos de gobierno y justicia hombres españoles, nombrando tambien *Senado* á la reunion ó junta de ellos. Entraban en él trescientas personas, segun escribe Apiano Alejandrino, el cual

dice que Sertorio no hizo esto tanto por honrar á España con tribunal y gobierno senatorio, cuanto por burlarse del Senado de Roma. Hecho esto, les dijo á los españoles que para ser en todo semejantes á los romanos, les faltaban hombres de letras; y los indujo á que enviasen á Italia, ó conviniesen en que enviase él mismo á buscar maestros para fundar una Universidad de estudios, donde los hijos de los españoles aprendiesen y fuesen adoctrinados en buenas costumbres, y en todo género de facultades, letras, artes y ciencias. Y habiendo convenido los españoles en esto, fundó Sertorio la Universidad de Huesca en el reino de Aragon, con lo que todos quedaron contentos, y él muy satisfecho (como en realidad podia gloriarse de haber sido fundador de obra tan grande). Sertorio logró por este medio conciliarse mucho mas la estimacion de los españoles, y asegurar la subsistencia de su amistad y confederacion, porque en la Universidad tenia los hijos de los españoles, como en arras ó rehenes de su fidelidad. Con estos establecimientos, y con su prudencia, sagacidad y amable trato, logró poner la España de tal modo, que duró algunos años la duda sobre si era mayor el poder de los romanos en Italia, ó el de Sertorio en España, y si sería Italia ó España la que con el tiempo señorease el mundo.

2 Llegó por fin Sertorio á trocar su suerte, de modo que así como ántes le perseguia la que llamamos fortuna, llevándole fugitivo y temeroso por el mundo; despues cambiando su rueda, le alagó y acarició tanto, que le puso en estado de guerrear con Fidia ó Didio gobernador romano, que se hallaba en España. Este Didio era aquel mismo Tito Didio que estuvo ántes en España, de quien hice mencion en el capítulo cincuenta y siete de este libro. Y dice de él Aulo Gelio que llevaba tres mil soldados en su compañía; y ora fuesen para guardia de su persona, ó fuesen parte del ejército, peleando Sertorio con ellos, los venció en el reino de Aragon segun quiere Medina y Beuter; aunque Morales y Mariana dicen que sucedió aquella pelea en tierra de Guadalquivir, y señala el mismo Morales el año, diciendo que era el de setenta y nueve ántes de Cristo.

Año 79.

Gelio l. c. 27.

Mo. l. 8. c. 15. Mar. lib. 3. c. 14.

3 Fuese aquí ó allá este vencimiento, luego que en Roma lo supieron, enviaron contra Sertorio á Quinto Metelo Pio (á quien el Obispo de Gerona nombra Appio Metelo) y á Lucio Domicio, en el año setenta y ocho ántes de Cristo. Hace mencion de ellos Paulo Orosio, que en este lugar comienza á tratar de Sertorio. Llegados los dos referidos, Quinto Metelo comenzó la guerra, y fué vencido dos veces en Aragon: bien que Orosio y Mariana dicen que el vencido fué Domi-

Ob. de Ger. l. 8. c. de Sertorio & Ap.

Oros. l. 5. c. bellum mitridaticum.

Año 78 ánt. de Cristo. cio; y esta es la mas comun opinion. Despues de esta rota Domicio aumentó su ejército, ó con los soldados que se le pasaron de Metelo, ó con españoles; ó lo mas cierto con unos y otros, y especialmente con catalanes: porque dicen que entró Domicio por Cataluña, y peleó con Hirtuleyo (que algunos nombran *Herculeyo*) capitan de Sertorio; el cual llevaba consigo otro hermano del mismo nombre. En esta batalla fué vencido Domicio, y no escriben en donde, ni de qué modo; pero se conjetura que fué en Cataluña, porque al entrar en ella Domicio, le salieron al encuentro los hermanos Hirtuleyos, y le vencieron. Vencido Domicio, se vió precisado á pedir socorro á Lucio Lolio Manilio, que era procónsul en la Galia narbonesa, el cual pasó á España con tres legiones de soldados de á pié, y mil y quinientos de á caballo. Sabida su venida le salieron tambien al encuentro los mismos hermanos Hirtuleyos; y le desbarataron, poniéndole en precipitada fuga, abandonando el Real al saqueo del enemigo. Y escriben que huyendo Manilio con algunos de los suyos que escaparon con él de aquella batalla, fué á parar á la ciudad de Lérida, en donde murió pocos dias despues de Gar. l. 6. c. 7. resultas de las muchas heridas que tenia, segun lo dice Garibay. De esta retirada de Manilio á Lérida infiere Morales que la dicha batalla no sucedería muy léjos de aquella ciudad. Beuter dice que pasó en Urgel, en los campos que hoy nombramos *del Guayre*, que distan dos leguas de Lérida por el rio Segre arriba; y allí está el monasterio de señoras religiosas de S. Juan de Jerusalen. En aquella batalla murieron la mayor parte de las compañías de Manilio, pues no se salvaron mas que aquellos pocos que huyendo se recogieron en Lérida, y de aquí se infiere que esta ciudad no era entónces de la parte de Sertorio, pues en ella se recogian sus enemigos.

4 Despues de la dicha batalla, tuvieron otros diferentes encuentros en Lacobrigia como lo dice Morales, y algunos en Valencia segun lo dice Beuter; pero son agenos de nuestro pro-
Mor. l. 8 c. 16. pósito. Solo advierto que Morales hace mencion (en este tiempo que Lucio Lolio Manilio andaba por España) de un tal Aulo Mevio de la ciudad de Vique, y yo me persuado que habla de él con anticipacion; porque Aulo Mevio no militó en tiempo de Lucio Lolio Manilio, sino en tiempo de Lucio Lúculo, de quien hablarémos en el lugar que le corresponde, que será en el capítulo sesenta y ocho acabadas las guerras de Sertorio.

CAPÍTULO LXIII.

De la venida de Gneo Pompeyo á España contra Sertorio y Perpena; y de la fuga que Sertorio hizo de Calahorra.

1 Meditando el Senado de Roma sobre las adversidades que esperimentaba su señorío ya dos años habia en España, y que cada dia se avivaban mas las guerras entre Sertorio y Quinto Metelo Pio: en el año setenta y siete ántes de Cristo (conforme á la cuenta del precedente capítulo) determinó el Senado que viniese á España Gneo Pompeyo, segun lo dicen Paulo Orosio, Dion Lucio, Floro, Plutarco, Ambrosio de Morales, Juan Mariana, Juan Sedeño, Viladamor y Beuter. Este fué aquel Pompeyo que se concilió con sus proezas el renombre de *magno* (sobre lo que remito al lector al Obispo de Gerona); y como las urgencias de España requerian grande providencia, le dió el Senado á Pompeyo para que viniese á España dos ejércitos, suficientes para remediar el daño. Trajo por questor ó tesorero á Lucio, ó Quinto Casio Longinó.

Año 77.

Oros. l. 5. c. post bella civil. Dion. l. 33. Floro l. 3. c. 22. Plut. in vita Sertorii. Mor. lib. 8. c. 17 y 18. Ma. l. 3. c. 14. Sede. tit. 14. c. 16. Vilad. c. 45. Be. p. 1. c. 22. Ob. de Ger. l. 8. c. Pompeyus quomodo mag.

2 Sertorio, que supo aquella ruidosa venida, no se descuidó en prevenirse para la defensa. Aumentó su ejército, disciplinó sus soldados con repetidos ejercicios: los hizo poner espadas de empuñadura (algunas de ellas doradas) y armólos de morriones ó celadas doradas, tratándolos bien y con mucha afabilidad; y así juntó un poderoso ejército.

3 En aquel mismo tiempo acaeció que Perpena, noble ciudadano romano, enemigo de Sila y parcial de Mario, vino de Cerdeña á España y desembarcó en la Lacetania (como se evidenciará con lo que presto diré) con treinta compañías de soldados, que eran el resto del ejército de Lepido, que habia sido vencido segun lo especifican Apiano y Mariana. Ap. l. 1. c. 25.

4 Algunos, como Plutarco y Beuter, dicen que vino Perpena á España para hacer guerra á Metelo. Otros, segun lo refiere Beuter, dicen que no tanto para hacer guerra á Metelo, cuanto para valer á Sertorio. De Metelo ya dijimos en el capítulo antecedente que habia sido vencido. Luego el que viniese Perpena por odio y enemistad que tuviera á Metelo, ó para auxiliar á Sertorio, todo sería uno; y habria muy poco que reparar, si no lo variase como lo varia Mariana; pues dice que Perpena venia con humos de construir y alzar imperio y principado para él mismo en España: y puede esto ser cierto, porque al fin él mató á Sertorio con la idea tal vez de verificar el adagio que dice: *á rio revuelto, ganan-*

cia de pescadores. Como quiera que sea, en los principios mostró amistad á Sertorio; y en esta ocasion que Pompeyo venia de Roma, estaba Perpena en las tierras de los laletanos, ó mas propiamente *lacetanos*, que todo es uno, como lo dejo escrito en el capítulo primero del libro segundo; cuyos pueblos eran desde Llobregat hasta los términos de los gerundenses; y por esto he dicho que Perpena cuando vino de Cerdeña desembarcó en aquellas partes; y en aquellos pueblos tuvo aposentada su gente.

5 Sertorio estaba muy satisfecho de que hallándose Perpena en las tierras que hoy llamamos Cataluña con un copioso número de soldados, guardaría los pasos de los Pirinéos, é impediría que los pasase el ejército de Pompeyo que venia por Francia, y no podia pasar por otra parte. Pero Perpena no lo hizo así; porque al parecer él deseaba que pasase Pompeyo y se encendiese la guerra con Sertorio para lograr él (como se suele decir) coger las capas de los contendentes.

6 Los soldados de Perpena, que segun escribe Plutarco eran en número de cincuenta y tres compañías, cuando vieron que no quiso hacer la menor oposicion á los romanos; y que habian pasado libremente y entrado con toda comodidad en España: movieron las banderas y se alborotaron, diciéndole á Perpena que si no los llevaba á juntarse con Sertorio, le dejarían solo y se irían ellos mismos á buscarle, porque querian militar á las órdenes de hombre que supiese regirse á sí mismo, y mandarlos á ellos; murmurando contra él en concepto de que por cobardía habia dejado pasar el ejército del enemigo. Perpena á vista de este cargo, le fué forzoso condescender con la voluntad de sus soldados. Levantó el campo, y marchó á incorporarse con Sertorio, abandonando nuestra Cataluña, sin que sepamos en que estado la dejó.

7 Reunidos Sertorio y Perpena, les acudieron muchos españoles. Juntaron un poderoso ejército, y pelearon contra Pompeyo; y segun se lee en Plutarco, no les fué muy bien á los de Sertorio, porque confiados en la multitud, poco prácticos, no observaban las órdenes que les daba Sertorio. Dejo de escribir el progreso de la batalla, porque concuerdan los que tengo citados en que fueron estos encuentros en el reino de Valencia, entre Játiva y Laurona, que dicen se llama hoy Liria; y así Mariana y Lucio Floro dicen que fué entre Laurona y el rio Sucro. Bien hallaba yo en nuestros pueblos lacetanos una poblacion, cuyo nombre es mas conforme á Laurona que no lo es el de Liria en Valencia. Esta que yo digo está en el Vallés no léjos de Granollers; y así en los antiguos términos de los lacetanos: cuya poblacion en el dia se

llama *Larona*, nombre que frisa con *Laurona* mucho mejor que el de *Liria*. Por lo que no sería fuera de camino el que pensásemos que hubiesen sucedido allí los dichos encuentros y peleas: mayormente si atendemos á que los pueblos lacetanos eran amigos de Sertorio; y por eso estuvo en ellos Perpena.

8 Tambien pudieramos pensar que fuese la que hoy se llama Lorona, cerca de Besalú; porque Pompeyo pasadas aquellas batallas se fué á invernar á los Pirinéos, como lo verémos; y era mas fácil ir allí desde estas partes de Cataluña, que no viniendo desde el reino de Valencia, habiendo de dejar en medio mucha parte de aquel reino y casi toda Cataluña, en donde habia tan buenos pueblos para invernar, y mejor y mas apto temperamento de cielo y tierra que no el del Pirinéo, en donde nieva contínuamente y son escesivos los frios. Pero como todos los autores están conformes en que Laurona era la que hoy es *Liria*, sigo el consejo de Caton en su libro de *Costumbres*, no queriendo pretender contra la comun opinion; la cual tal vez sería mas verdadera hablando del lugar en que aconteció la muerte de Hirtuleyo.

9 Fuese pues Laurona donde se querrá, pasada la dicha batalla escriben que Pompeyo, que se habia retirado y habia invernado en el Pirinéo, bajó de allí en el año setenta y cuatro ántes de Cristo, segun Viladamor y Morales, y tomó su camino por nuestra Cataluña. No escriben lo que hizo en ella ni por donde pasó, sino que por ella tomó su camino tirando á Andalucía, para juntarse con Quinto Metelo Pio. Y que en dicho camino tuvo un encuentro con Hirtuleyo capitan de Sertorio, en el que mató y cautivó veinte mil soldados, é Hirtuleyo escapó huyendo con algunos pocos de los suyos. Año 74.

10 Hubo despues entre Sertorio y Perpena contra Pompeyo y Metelo algunas batallas; y en una de ellas Pompeyo fué herido en un muslo, y hecho prisionero; pero tuvo la ventura de escapar. Afranio su capitan general se distinguió mucho en aquella funcion. Despues fué Sertorio de vencida, porque le mataron los dos hermanos Hirtuleyos, perdió Valencia, y á sus habitantes los pasó á cuchillo Pompeyo, porque habia perdido á Cayo Mevio su questor, que le mataron en una batalla.

11 Con estas pérdidas le fué forzoso á Sertorio retirarse á Calahorra, segun Morales y Viladamor; y se evidenciará de lo que se sigue: aunque Medina en general diga que se retiró á Andalucía. Sabida por Pompeyo la fuga de Sertorio envió contra él á su capitan general Lucio Afranio segun escri-

be Orosio, y dice que sitió á Sertorio en aquella ciudad de Calahorra. Sertorio juntó la gente que pudo y con mucho secreto huyó de la ciudad, la cual fué quemada y asolada por los pompeyanos, ó á lo ménos cayó en poder de los romanos, segun escribe Lucio Floro. Verdad es que no ha faltado quien diga que Pompeyo, porque venia el invierno y se le habia retardado la llegada de algunos víveres de Roma, alzó el sitio y se retiró: algunos dicen que á Cataluña; otros que á Castilla la Vieja; y algunos en general dicen que se retiró á los vacéos, y que Metelo se retiró á los Pirinéos; pero como estos son tan estendidos, no sé de que parte lo habemos de entender. Apiano dice que Sertorio acometió á los que estaban sobre Calahorra, y que mató á tres mil de ellos; lo que sería causa de levantar el sitio, si es cierto que se levantó.

12 Pasaban estas cosas segun escribe Garibay, por los años sesenta y ocho y sesenta y siete ántes de Cristo; pero dudo que sea así, porque mas abajo hallarémos ya muerto á Sertorio en el año sesenta y nueve. Y no sin causa me he detenido un poco en los casos acontecidos en Calahorra, porque ha sido preciso paraque se entienda bien lo que diré en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO LXIV.

Como Spurio Pompeyano general de la caballería del ejército del gran Pompeyo, hizo edificar en Barcelona un templo al dios Esculapio.

Pau en la Barcinona.
Jorba Excel.

1 Escriben los dos doctores barceloneses Micer Gerónimo Pau y Micer Dionisio de Jorba que en el referido sitio de la ciudad de Calahorra iba siguiendo las compañías del ejército de Lucio Afranio contra Sertorio un famoso soldado nombrado Spurio Pomponio ó Spurio Pompeyano, que era *magister equitum*, que es lo mismo que capitan general de caballería (segun lo esplican Fenestella, Pomponio Leto y Claudio Prevoci): y que cuando iba proveyendo como valeroso capitan las urgencias de sus escuadrones, y poniéndose él en el mayor peligro de la batalla ó asalto de los que allí se dieron, fué cruelmente herido por manos de *Hitia ó Nitia*, natural de Calahorra. Spurio que sin duda á mas del cargo que tenia, debia de ser noble de nacimiento (los cuales siempre procuran mejor que otros vengar sus heridas, y vender caras las vidas), sintiéndose mas de la injuria que no del dolor de la herida, procuró en seguida rebatir el agravio y vengarse tan

Fenest. c. de Tribun. cel. et de magistro equit.
Leto cap. de Dictatore et magis. equit.
Prevo. c. 8.

honradamente, que le costó á Hitia no ménos que la vida. Pues inmediatamente que se sintió herido, arremetió contra su enemigo con tanto ímpetu y varonil esfuerzo, que le mató de una estocada. Vengóse Spurio como buen soldado, pero no por eso cobró la salud; ántes bien vino á morir de aquella herida. Y conociendo que era mortal, como es natural en el hombre el deseo de alargar la vida, aunque entienda y crea que le es forzoso el morir; procurando Spurio por todos los medios posibles resistir á la muerte que se le iba acercando, determinó mudar de sitio, y venirse á Barcelona, pensando que con la mudanza de aires tal vez cobraría la salud. Pero como sucediese lo contrario, luego que llegó á estar desauciado, recorrió como devoto en su religion á solicitar en ella su remedio; é hizo voto al dios Esculapio de edificarle un templo, en el cual fuese venerada su deidad. Mas al parecer fué larga su enfermedad, porque segun se colige de la inscripcion que pondré mas abajo, el templo se edificó ántes que él muriese; y de su contenido se deduce que él en vida hizo algun grande donativo para la fábrica; porque en la inscripcion trata de ingrato al dios Esculapio, lo que no hubiera hecho, si no le hubiese obsequiado.

2 Ningun autor escribe estos sucesos de Spurio tan largamente como yo lo acabo de hacer. Pero nada he dicho sin testimonio, porque todo se colige de la piedra de la sepultura, cuyo contenido pondré aquí en seguida como lo traen Apiano y Bartolomé Amancio en las inscripciones que sacaron de Ciriaco Anconitano, y dicen que se hallaba en Barcelona. Micer Gerónimo Pau en su *Barcinona* hablando de esta piedra, dice que en su tiempo ya no se hallaba en Barcelona, y que tambien él la habia sacado de Ciriaco Anconitano. Pedro Miguel Carbonell en sus *Memorables* manuscritos que yo tengo originales de su puño, dice que estaba dentro de los muros viejos de Barcelona. Y aunque el literatísimo D. Antonio Agustin la tiene por fingida, dudo que tenga razon salvando el respeto debido á sus letras; porque se vé claramente que en Barcelona hubo templo del dios Esculapio. Y una de las torres la hizo reparar Quinto Valerio Castritio, como abajo en su lugar verémos. Aquí se añade que Carbonell fué mas antiguo que D. Antonio Agustin, y como él dice el lugar donde Agus.dial.11.
estaba, hemos de creer que la vería, ó que tuvo relacion de quien la habia visto. Por todo lo cual la tengo por verdadera, y en este concepto digo que su contenido era en la forma siguiente; aunque en muy pocas palabras podrá variar dicha inscripcion con la que traen los otros autores, como despues advertiré.

D. M. S.
BELLO. SERTORIANO. VULNERE. SUSE-
PTO. A. CALIGURRITANO. INVIA. QUEM
MANU. EXTEMPLO. FODI. ACQUIREN-
DÆ. VALETUDINIS. GRATIA. BARCHINO-
NAM. PETII. ESCULAPIO. VOTA. VOVI. TEM-
PLUM. INGRATO. UT. FIERET. STATUI. MO-
RTE. IMMATURA. ME. INTERCIPIENTE. ET
A. VALETUDINE. ET. AB. AURA. ADOLES-
CENTEM. MISERABILITER. DESTITUT-
UM. VIDES. EQ. M. SP. POM.

3 Allí donde Apiano y Amancio escriben VULNERE SUSEPTO, como lo lo he puesto aqui, Micer Pau escribe *susepto vulnere*, pero todo es uno y tiene un mismo sentido. Allí donde dice INVIA, el mismo Micer Pau y Diago escriben HITIA, y Carbonell escribe NITIA: y realmente los dos cuadran mejor, y por esto yo arriba en la narracion al caligurritano le nombré Hitia; y así, siguiendo á dichos autores, digo MANU. Esta palabra falta en Micer Pau; y en él se lee BARCINONEM, y no BARCHINONAM. El nombre ESCULAPIO todos lo ponen sin diptongo. Tambien siguiendo á los mismos Apiano, Amancio y Carbonell, escribo así, AB AURA, que falta en los otros; y faltan tambien las abreviaturas, EQ. M. SP. POM. Estas abreviaturas, si hemos de creer á Apiano y á Amancio en el modo que tienen de leer abreviaturas de epigramas, quieren decir: *Equitum Magister*, *Spurius Pompeyanus*. Y por esto en el principio de este capítulo dije que este soldado capitan general de la caballería se debia nombrar *Pompeyano*, y así le nombra tambien Carbonell.

4 La version de esta piedra se puede sacar de las dichas *Escelencias* que de Barcelona escribió el ya citado Micer Dionisio de Jorba: y porque me persuado que se ha declarado lo suficiente con la historia que de ella he sacado y dejo narrada, omito el traducirla.

5 Pero para mayor perfeccion de esta historia diré algunas cosas, que aunque sean solo conjeturas no se pueden omitir: pues la conjetura parece fácil, y medía la ocasion que nos convida. La primera es, que me parece no ser fuera de razon el pensar que este Spurio Pomponio ó Pompeyano fuese natural de Barcelona, porque habiendo sido herido en el territorio de Calahorra, y hecho traerse desde tan léjos á esta de

Barcelona, aventurándose á los peligros é incomodidades de un largo viage, denota que tenia tanta aficion á esta ciudad como tienen sus naturales; y se duda que esta vehemente aficion pueda tener otro orígen que el natural amor y propensa inclinacion á la patria: á cuya conjetura se añade el haberle ordenado los médicos la mudanza de aires; pues todos sabemos que en estos casos los aires que convienen son los de la patria. Luego es muy regular el persuadirnos que, pues se vino á tomar los aires á Barcelona, y gastó su dinero en hermosearla con la edificacion de un templo, sería esta la tierra de su nacimiento.

6 Tambien es cosa digna de ser sabida el motivo por qué este famoso caballero y valiente capitan en solicitud del recobro de su salud edificó el templo á Esculapio, y no á ningun otro de los muchos dioses que adoraban los gentiles. El cual sería seguramente porque como los gentiles, con su vana y supersticiosa religion, á muchos hombres despues de muertos los adoraban como á dioses; y aun lo mismo hacian con los planetas, plantas y animales (sobre lo que me refiero á Ovidio en sus *Metamorfóseos* y *Fastos*, y á Ciceron *de natura Deorum*): así entre esta caterva de dioses tenia lugar Esculapio con el atributo de *dios de la medicina*, creyendo aquellas gentes ignorantes que era el dador de la salud y el inventor de la ciencia médica, como lo escriben Vicente Cartario y Alberico. Pero á lo ménos fué quien la perfeccionó y la elevó á cumplido arte con preceptos y reglas: y era hijo de Apolo, que fué el inventor de aquella, como refiriendo á S. Isidoro en sus *Etimologías* lo escriben la Glosa de los Triunfos del Petrarca y Estéban Forcátulo. Esculapio tuvo ciertamente gran noticia de ella, y la ennobleció y amplió con sus esperimentos, como se puede ver en los escritos historiales de S. Antonino de Florencia, y en lo que escribieron Andrés Tiraquello, S. Agustin, Luis Vives, y los sumarios del compendio de Tito Livio. Y aunque dicen que hubo muchos de este nombre *Esculapio*, y que á todos se atribuye la medicina, como lo espresa el Bergomense; este de quien tratamos fué singularmente tenido por dios de la medicina y causador de la salud; y por esto Spurio le edificó aquel templo á él y no á otro alguno de sus dioses; como quien le hacia un sacrificio con rogativa paraque le diera la salud. Movido quizás á imitacion de Hércules, de quien escribe Vicente Cartario que en un encuentro que tuvo con *Hippocoon* y con sus hijos fué herido de una cuchillada en un muslo; y cobrada la salud edificó un templo á Esculapio en ofrecimiento y agradecimiento del beneficio que le habia hecho dándole la salud.

Cart. de imagin. Deor. tit. de Apol. Alberico tit. de Escula.

Glosa al c. 3. del Triunfo de la fama. Forcat. l. 1.

S. Ant. tit. 4. c. 5. § 18. Tiraq. tratado de nobi. c. 13. S. Ag. y Viv. l. 3. c. 12. y 17. y l. 8. c. 37. Liv. dec. 2. lib. 1. Bergom. l. 5. Cart. in tit. de Mercuri.

No la habia cobrado Spurio, segun el contenido de la anterior inscripcion; pero habia hecho sus devociones para cobrarla, edificando el dicho templo en el sitio que diré en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO LXV.

Del sitio donde fué edificado el templo del dios Esculapio, y de una consuetud antigua que de él quedó en Barcelona.

1 No podemos pasar en silencio las pruebas que demuestran el sitio donde fué edificado en Barcelona el templo del dios Esculapio, pues siendo ahora poca la memoria que de él hay, con el tiempo no habria ninguna si lo dejabamos en el tintero. Porque lo que es de tradicion de padres á hijos, si esta misma tradicion no la hubiera alguno puesto en escritos, y nosotros no la renovabamos viniéndonos tan á propósito, de aquí á poco tiempo estaría del todo olvidada como otras muchas cosas. Vamos al caso. Micer Gerónimo Pau en su *Barcinona* y Micer Dionisio Gerónimo de Jorba en las *Excelencias* de esta ciudad, dan por cierto que el sitio que ocupa la iglesia parroquial de S. Miguel, es el mismo que ocupaba el templo del dios Esculapio; y esto lo confirma la antigua tradicion creída universalmente por el vulgo: corroborando unos y otros su concepto con el testimonio de los pavimentos de dicha iglesia. Pues especifica Micer Pau que en ellos habia algunas figuras de serpientes, y si en su tiempo (que fué en vida del rey D. Juan segundo, é infancia del Católico D. Fernando) se encontraban allí dichas figuras, era fundado el concepto que tenian los viejos de que hubiese sido allí el templo de Esculapio; porque como parece de Ovidio en los *Metamorfóseos*, de Constantino Lando, de Valerio Máximo y de Vicente Cartario, la serpiente fué figura, tipo y símbolo del dios Esculapio, el cual era significado con esta figura, porque fué llevado en aquella forma desde Epidauro á Roma: ó por mejor decir, porque en Epidauro le adoraban con aquella figura, como lo trae el grande humanista y jurisconsulto Andres Alciato en sus *Emblemas*. Aunque es verdad que estendiendo mas su simulacro, dice Vicente Cartario que en Epidauro la estatua de Esculapio estaba sentada en un solio, teniendo en la una mano un palo ñudoso, y debajo de la otra una serpiente, sobre cuya cabeza él se recostaba; y á sus pies tenia un perro: su cara muy poblada de larga barba, y su cabeza coronada con laurel. Y no discorda mucho de esto la

Ovid. l. 15. Land. in numismat. Antiochi. Valer. tit. de miracul. l. 1. c. 101. Cart. tit. de Apolo.

figura con que le describe Alberico, pues dice que le pintaban en figura humana, con la barba muy larga, vestido con hábito de médico (que entónces sería de cierto modo conocido por tal de todos), y que estaba sentado con los pechos llenos de botes de unguentos y otras cosas del arte; la mano derecha en la barba, y en la izquierda un palo con una serpiente en él enroscada: de modo que todos concuerdan con la figura de la serpiente. De que resulta que siendo ella la figura, simulacro y símbolo de Esculapio, ó con la que le adoraban los gentiles; y hallándose como se hallaban estas figuras en los pavimentos del templo de S. Miguel, era fundada la creencia de que fuese el templo de Esculapio.

2 Aun en nuestros tiempos se ven en el suelo del referido templo unas piedrecitas blancas y azules, que en la cara que muestran en la superficie de la tierra no son mayores que la moneda de valor de un sueldo, y entran en el hondo de tierra cerca de medio palmo de largo, y están colocadas de modo que figuran follages, personages, dados cuadrados y otras muestras terciadas: todo lo cual aparenta que el dicho templo tenia antiguamente el enladrillado del suelo hecho de obra mosáica. Pues aunque es verdad que con algunas sepulturas que se han hecho en aquella iglesia, se ha desfigurado mucho la forma de aquel enladrillado, no obstante lo poco que ha quedado aun es delicioso á la vista. Se ven allí muchas figuras de peces grandes y pequeños, y en el medio de un grande cuadro un bello caballo marino. Al pié de la escalera de la puerta que está al lado del púlpito, hay una figura de hombre, que ya no se manifiesta mas que de medio cuerpo arriba, y en su mano derecha tiene la figura de un palo nudoso y alzado, y en la mano izquierda un puñado de alguna cosa, que si bien los eclesiásticos de aquel templo dicen que aquello sería un manojo ó puñado de yervas, no obstante advirtiendo yo que están retorcidas y con dobleces, hago juício que serían figuras de serpientes. Esta figura allí comunmente dicen que era la de Esculapio; y pues vemos muy bien que tenia el palo conforme las figuras que arriba he descrito, si lo que yo digo son serpientes, ciertamente podrémos decir que es aquella la figura de Esculapio; y si esta es su imágen, y Micer Pau en su tiempo vió por allí otras figuras de serpientes, que hoy no aparecen por las sepulturas que despues se han hecho, verdaderamente era prueba que inducia á creer que allí fué el templo de Esculapio. Y se corrobora tambien con lo que alega Micer Jorba de la consuetud que de tiempo inmemorial se observaba en Barcelona, que es la siguiente.

3 Dicen los viejos que siempre oyeron decir á sus padres que era consuetud antiquísima lo que se hace en Barcelona, de llevar los herbolarios cada año en los meses de abril y mayo junto al cementerio de la iglesia de S. Miguel, las yerbas para vender á los enfermos; porque como en aquellos meses las sangres y humores de los cuerpos humanos suelen hacer movimiento, y están en aquella ocasion las yerbas con mas vigor y mas natural sustancia que en todo el año, la gente se suele medicinar, y van al dicho lugar los enfermos á comprar yervas cordiales y salutíferas para hacer sus confecciones y medicamentos. Y dicen que esta consuetud tuvo principio en el tiempo que estaba allí edificado el templo de Esculapio, dios de la medicina; y pienso yo que los que venian á hacer sacrificios en el templo, luego al salir de él, compraban allí los simples de que hacian la composicion para medicinarse, haciendo mucho aprecio de comprarlos en el templo, de donde tenian por fé que les venia la salud. Y de tal modo está esto encajado en la cabeza de los barceloheses, que sería muy dificultoso darles á entender lo contrario.

4 Por lo mismo es casi imposible pensar que crean ellos lo que dice Micer Gerónimo Pau han pretendido algunos, á saber: que este templo fuese mas antiguo, y fundado por el Tarraco que vino á España, segun dije en el capítulo siete del libro segundo; porque como hay estos argumentos por la parte de Esculapio, y no los hay por la parte de Tarraco, perseverarán en lo que aquí hemos dicho, como lo mas verdadero. Mayormente que no sabemos que Tarraco pasase de la parte de acá de Tarragona ó de Tárraga, ni que llegase á la Lacetania; y por esto mismo no seguirán á Diago, que se inclina á que fué templo de Júpiter, como ya lo puse en otro capítulo mas arriba.

Dia. l. 1. c. 1 y 4.

5 En otra parte diré (Dios mediante) como el templo que es hoy de S. Miguel allí donde era ántes el de Esculapio, habiéndose caído, fué reedificado por manos de ángeles: que es una de las mayores honras y glorias que tiene esta nuestra ciudad.

6 Y no me parece se deba pasar en silencio, ántes bien conviene advertir aquí que si todo esto es verdad, mal dijeron Florian y Beuter cuando escribieron que Barcelona estuvo arruinada en tiempo de los romanos hasta el del emperador Claudio; pues aquí se vé lo contrario, conforme tambien lo tengo notado en el capítulo veinte y cuatro del libro segundo, y en otras muchas partes.

CAPÍTULO LXVI.

De algunos encuentros que tuvo Sertorio con los Pompeyanos; y como Perpena su amigo le mató á traicion.

1 Volviendo á continuar los sucesos de Sertorio desde el estado en que los dejamos en el capítulo sesenta y dos; y arreglándonos á lo que escriben Paulo Orosio, Dion, Morales, Medina, Beuter, Sedeño, Mariana y Viladamor, dijimos que Pompeyo alzando el sitio de Calahorra se habia retirado á invernar, y que Sertorio habia huído de aquella ciudad.

2 Llegado el siguiente verano y habiendo Sertorio recogido el mayor número de gente que pudo, y reforzado su ejército, bajó con él sobre la ciudad de Valencia y la cobró.

3 Iba aun Sertorio de vencida, y ya no osaba pelear con sus enemigos en campo formado, ni tenia poder para ello; y por eso daba rebatos, y hacia sorpresas allí donde podia y hallaba descuidos. Procediendo de este modo, segun refiriendo á Estrabon lo escriben Morales y Viladamor, tuvo algunos encuentros con la gente de Pompeyo y Metelo, y los últimos fueron sobre las ciudades de Huesca, Lérida y Tarragona. Con esta brevedad pasan los dichos autores unos hechos que sin duda tendrian mucho que contar de ellos: pero es en fin una de las miserias ó calamidades de esta provincia dignas de ser bien advertidas, pues tanto en ella se continuan.

Oros. l. 5. c. post bella civilia. Dion l. 39. Mor. lib. 8. c. 19 y 20. Med. l. 1. c. 67. Be. l. 1. c. 22. Sed. tit. 14. c. 16. Mar. lib. 3. c. 15. Vilad. c. 45.

4 Aunque no sepamos especificadamente como le fué á Sertorio en estos encuentros, yo estoy en el concepto de que salió de ellos muy mal parado, porque en resolucion entendemos que perdió mucha gente y fué arrojado de la Celtiberia.

5 Al fin cansada la fortuna de levantarle tan alto, le despeñó de aquella altura; y no pudiendo mas sostener á Sertorio, le dejó caer en lo último de la miseria, y colocó á Pompeyo en su lugar para que le acabase de abatir, como lo irémos viendo. Y el instrumento fué su amigo Perpena, que era de quien él hacia mas confianza. Aquél movido de envidia de las glorias de Sertorio, y envanecido con lo ilustre de su linage, deseando el imperio y mando (como lo dice Plutarco), ó bien lograr los grandes premios que Metelo ofrecia á quien matase á Sertorio, ó temeroso tal vez de que Sertorio le matase á él, como lo habia hecho con muchos otros que le querian matar (así parece que se entiende de Apiano), él mismo le vendió, y en un convite le hizo matar por manos de un tal Marco Antonio, estando en la ciudad de Valencia (segun lo trae Garibay) corriendo el año setenta y uno

Plut. in vita Sertorii, & Pompey. Apia. lib. 1. c. 25.

ántes de Cristo conforme Morales, ó el año setenta segun Jacobo Bergomense, ó el de sesenta y nueve, que es cerca de la cuenta que en el capítulo sesenta y dos hemos seguido.

Bergo. l. 7.

6 Pero no le aprovechó á Perpena aquella traicion, porque luego que Pompeyo supo la muerte de Sertorio, vino sobre Perpena y le venció, prendió, é hizo degollar el año sesenta y ocho ántes de Cristo, segun lo escribe Garibay; y así tuvo Perpena el castigo correspondiente á su maldad. Sobre lo cual, además de los escritores ya alegados, se pueden ver á Amiano Marcelino, Lucio Floro, el Obispo de Gerona y el Bergomense.

Ga. l. 6. c. 18. Marce. l. 26. Fl. l. 3. c. 22. Ob. de Ger. l. 8. c. de morte Sertorii.

7 Y aunque Estrabon dice que Sertorio murió de enfermedad, lo que dejo aquí escrito es lo mas verdadero y mas comun. Despues que fué muerto hallaron que tenia hecho heredero á Perpena, quien por su maldad ni gozó del mundo ni de la herencia, sino del justo castigo, como indigno de la sucesion. Una vez que faltaron á Pompeyo aquellos dos enemigos Sertorio y Perpena, luego logró pacificar la España, apoderándose de ella con mucha facilidad.

8 He escrito esto con brevedad y únicamente la sustancia, porque es ageno de mi propósito el detenerme en referir por estenso sucesos acaecidos fuera de Cataluña; y no intento quitar á Sertorio lo que se le debe, ni detractarle de su honor, como sin razon lo hicieron algunos referidos por Aulo Gelio en el capítulo veinte y siete del libro segundo de sus *Noches áticas*.

9 Escriben Medina y Morales que Sertorio era muy amado en toda España y especialmente en el Andalucía. Pero en mi sentir no escedian en este afecto los andaluces á los catalanes, señaladamente á los pueblos ausetanos, que hoy son los de Vique. Porque si es cierto que el mayor estremo de amor es aquel en que se dá la vida por el objeto amado; esto es lo que hicieron muchos de estos pueblos que estaban alistados en la caballería de Sertorio; y fué tan vehemente el sentimiento que tuvieron cuando supieron su muerte, que dejándose llevar de la desesperacion se mataron los unos á los otros hasta que no quedó ninguno; cuya gente sin duda serían aquellas compañías, que segun escribe Apiano habia elegido Sertorio para guarda de su persona en campaña, porque tenia formado mayor concepto de la fidelidad de los españoles, que de la de los italianos.

Ap. l. 1. c. 25.

10 Estas compañías fueron enterradas en el lugar donde se mataron; y para memoria de tan peregrino suceso se puso allí una piedra, cuya inscripcion contenia todo el hecho, y segun escriben Ambrosio de Morales y Antonio Viladamor, estaba la dicha piedra cerca de la ciudad de Vique: lo que pa-

rece suficiente indicio de que por allí sucedió el hecho. La inscripcion de la piedra es la siguiente:

HIC. MULTÆ. QUÆ. SE. MANIBUS. Q. SERTORII. TURMÆ. TERRÆ. MORTALIUM. OMNIUM. PARENTI. DEVOVERE. DUM. EO. SUBLATO. SUPERESSE. TÆDERET. ET. FORTITER. PUGNANDO. INVICEM. CECIDERE. MORTE. AD. PRÆSENS. OPTATA. JACENT. VALETE. POSTERI.

11 La traduccion de las palabras latinas que contiene la copiada inscripcion, quiere decir: *Aquí estan enterradas muchas compañías de gente de á caballo de Quinto Sertorio, que se ofrecieron á la tierra, madre de todos los mortales; porque muerto él, les era la vida fastidiosa ó enfadosa; y así pugnando fuerte y valerosamente se mataron los unos á los otros, siendo entónces deseada de ellos aquella muerte que recibieron de buena voluntad.* Usaban entónces los familiares matarse detrás de sus señores, principalmente en España, segun lo dicen Beuter y Viladamor.

12 De esto resulta que aquellas compañías de Sertorio que estaban en los ausetanos y quizá eran de la misma tierra, amaron á Sertorio tanto y mas que los andaluces y portugueses; pues no quisieron sobrevivirle: cuyo estremo era entre gentiles de grande alabanza, porque acreditaba lo sumo del amor. Pero semejante hecho entre cristianos solo demostraría la falta de la virtud de la fortaleza, y el temor de los trabajos de esta vida, que no acobardan á los que están constantes en la fé, como lo muestra bien S. Agustin en los libros de la Ciudad de Dios: por lo cual está justamente prohibido en el Derecho como se puede ver en un concilio Bracarense, y largamente en el jurisconsulto Francisco Árias.

August. l. 1. c. 17. usque ad 27. Conc. Brach. in can. Placuit. 23 q. 5. Arias. tract. de bello nu. 128 ad 134.

CAPÍTULO LXVII.

Como despues de pacificada España, queriendo Pompeyo volverse á Roma, puso sus troféos en los Pirinéos.

1 Con las muertes de Perpena y de Sertorio quedaba concluida la guerra: pero estaba España tan revuelta, que tuvo Pompeyo necesidad casi como ganarla de nuevo. Allanáronse luego estas dificultades; y Pompeyo puso pacíficamente toda España bajo la obediencia del Senado de Roma; porque su

Año 69 ánt. de Cristo.

prudencia y valor lo facilitó todo, ya con las armas, ya con la palabra, pues de todo sabia usar este ingenioso y prudente capitan, segun particularmente lo dice Plutarco en la vida de este ilustre ciudadano romano. De esta manera el fin de su empresa, que parecia muy dificil, le logró con tanta facilidad, que conforme dice Eusebio sujetó toda España en la olimpíada 176, corriendo el año cinco mil ciento treinta de la creacion del mundo, que segun la cuenta de Jacobo Bergomense se venia á ser en el año sesenta y nueve ántes del glorioso Nacimiento de Cristo nuestro Salvador y Maestro; que fué el mismo año en que asesinaron á Sertorio, conforme la cuenta de algunos que he referido en el capítulo precedente, ó á lo ménos entre los dos años sesenta y nueve y setenta, conforme quieren Morales y Viladamor, ó segun otra cuenta que he llevado en el anterior capítulo, al último del año sesenta y ocho.

Plut. in vita Pomp. — Bergo. l. 7. — Mo. l. 8. c. 22. — Vilad. c. 46.

Alfonso c. 4.

2 Dice Alfonso de Cartagena que concluido todo lo referido, se volvió Pompeyo á Roma, dejando á sus hijos y á los capitanes Afranio y Petreyo en España; pero es error, pues mas abajo en los capítulos setenta y uno y ochenta y dos diré cuando vinieron estos. Lo cierto en que concuerdan todos los ya citados y con ellos Beuter y Morales, es que Pompeyo se fué á Roma, y que á España vino Antistio, como lo dije en el capítulo sesenta y ocho.

Beut. l. 16. c. 25. — Mor. l. 8. c. 22.

3 Marchando Pompeyo á Roma (segun dicen los mismos autores citados) hacia su camino por tierra, atravesando los Pirinéos para pasar á Francia, y al llegar á aquellas montañas, en las alturas y cimas de ellas colocó los trofeos de las victorias que habia obtenido en las guerras de España; y de ellos hizo memoria Plinio, diciendo que los habia ganado Pompeyo en ochocientos cuarenta y seis pueblos, desde los Álpes hasta las últimas partes de la España Ulterior; y que los puso en los altos de los Pirinéos. Tambien se hace memoria de ellos en aquella piedra que Ambrosio de Morales dice se halló en Roma poco ántes que él escribiese su obra: cuya inscripcion decia de este modo:

POMPEYUS. SICILIA. RECUPERATA. AFRICA. TOTA. SUBACTA. MAGNI. NOMINE. INDE. CAPTO. AD. SOLIS. OCCASUS. TRANSGRESSUS. ERECTIS. IN. PYRINEO. TROPHÆIS. OPPIDIS. DCCCLXXXVI. AB. ALPIBUS. AD. FINES. HISPANIÆ. REDACTIS.

SERTORIUM. DOMUIT. BELLO. SERVILI. EXTINCTO. ITERUM. TRIUMPHALES. CURRUS. EQUES. ROMANUS. INDUXIT. DEINDE. AD. TOTA. MARIA. ET. SOLIS. ORTUS. MISSUS. NON. SEIPSUM. TANTUM. SED. PATRIAM. CORONAVIT.

4 Omito el traducirla, porque con la narracion del hecho que la antecede, queda suficientemente esplicada. Y aunque sé que algunos como Pedro Miguel Carbonell en sus Memorables manuscritos la ponen mas estendida, como no hace tampoco á mi propósito, no he querido detenerme ahora en averiguar en qué se fundan.

5 Este hecho de alzar Pompeyo los trofeos fué tan señalado y famoso y se hizo con tanta fiesta y solemnidad, que debió ser sabido por todo el mundo: y no faltaron unos que lo tuvieron á bien y otros á mal, atribuyéndolo á soberbia y vanagloria de sus hechos. Porque dice Dion histórico que Pompeyo no fué loado ni aplaudido, ántes si murmurado de sus émulos. Dion l. 41.

6 Para averiguar en qué consistian, y en qué sitio fueron puestos estos trofeos, hay bastante que decir; porque se halla escrito con variedad. Unos escriben que los trofeos colgaban de unas grandes y gruesas argollas de hierro, en lo mas alto de aquellas montañas, como ademas de Morales, Viladamor y Beuter, hace mencion Francisco Calza. De estas argollas se hallan aun dos en el puerto de Andorra y Altavaca, como de ello hice mencion en el capítulo cinco del libro primero y volveré á hablar en el cincuenta y nueve del libro cuarto. Y si es allí donde estos dicen, parece que Pompeyo colgaría sus trofeos de aquellas argollas, como que representaban las puertas, con que por aquella parte se divide España de Francia. Micer Gerónimo Pau ya va por otro camino, y conceptúa por sitio de aquellos trofeos el promontorio de Cervaria, que está á la parte de acá de Portvendres, como lo dejo dicho en los capítulos cuatro, seis y veinte y dos del libro primero, cuya opinion trae en su libro de *montibus*; y dice que aun en su tiempo se hallaban vestigios, aunque no señala cuales. Estéban Garibay escribe muy diferente; pues dice que no se ha de entender que Pompeyo colgase cosa alguna con nombre de trofeos en los Pirinéos ni en otro sitio alguno; sino que edificó la ciudad de Pamplona al pié de los

Calza c. 18.

Ga. l. 6 c. 18.

Pirinéos, y la dió su nombre en memoria de sus trofeos y victorias. Y dice que así hemos de entender el lugar de Plinio arriba alegado: cuya autoridad ignoro como la entiende Garibay, porque no prueba su intencion. De modo que como hasta aquí hay tanta divergencia de opiniones sobre el asunto, conviene hacer la decision en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO LXVIII.

Se trata con certidumbre el sitio de los Pirinéos en donde Pompeyo puso los trofeos, en qué ocasion y en qué consisten.

Hieron.p. 1. Epist. 11. 1 San Gerónimo nos saca de la duda concebida con la variedad de opiniones escritas en el precedente capítulo: pues dice este grande Santo y Doctor de la Iglesia en la epístola que escribió á Ripario y Desiderio, presbíteros de esta ciudad de Barcelona, en cierto pasage y acomodado propósito del objeto de aquella carta, que Pompeyo habiendo domado las fuerzas, y humillado los brios de los españoles, yéndose de España, deseoso de alcanzar el triunfo que confiaba tener luego que llegase á Roma por los méritos que á ello le hacian acreedor, al tiempo que pasaba por los montes Pirinéos hizo aprecio de las noticias que llevaba, de que en aquellos fragosos bosques se ocultaban muchos vagamundos, hombres perdidos, acogidos allí huyendo de las guerras pasadas; que obraban facinerosamente robando y matando, siendo crueles enemigos de la república de Roma; y que eran capaces saliendo de allí á las llanuras, de volver á perturbar la quietud y alborotar el reino. Con estos recelos Pompeyo resolvió precaver este daño; y á este fin dió sobre ellos con tanto aire, que los arrojó de allí, haciéndolos pasar á la parte de Francia septentrional de Cataluña, allí donde hoy está la ciudad que los latinos nombran *Convenarum*, y que nosotros llamamos *Comenge*; de la cual dice el mismo Santo que en sus principios tomó este nombre por la conveniencia y ayuntamiento de aquella infame gente, que todos acordes convinieron en fundarla y poblarse en ella. Esta noticia no es fuera de mi propósito, porque aquella ciudad en el dia es episcopal, y su diócesis se estiende hasta todo el valle de Arán, que es uno de los corregimientos de Cataluña; y tambien porque con estas noticias se entenderá mejor lo que á su tiempo diré del heresiarca Vigilancio.

Retrar. dial. 57. de prospera et adversa fortu. 2 Hecho esto por Pompeyo, dice el célebre Francisco Petrarca referido por nuestro Francisco Compte, que Pom-

peyo en la falda del Pirinéo quiso celebrar sus obtenidas victorias con una alegre fiesta; y en ellas se hizo dar un varonil triunfo por sus soldados, amigos y confederados á la usanza romana, mandando que se hiciese una imágen ó figura al natural de su rostro, de modo que aparentase su misma edad y manifestase su natural fiereza; para que la honrasen y venerasen. Y en el tiempo que duraba la fiesta, imitando Pompeyo al grande Hércules en el hecho de plantar las columnas en Gibraltar; y á semejansa de Alejandro Magno, que (como dice Estrabon) en el estremo de las Indias, en señal de sus victorias puso unas aras ó altares: así Pompeyo hizo edificar semejantes obras magníficas, para señal y perpetua memoria de las grandes victorias que habia obtenido en España; cuya obra fué construir y fabricar en sitio alto unas columnas ó montañas altas en forma casi piramidal, que fuesen señal, memoria, término y límite de lo que él habia conquistado: y á aquellas columnas ó montañas altas y agudas que artificialmente hizo construir, las nombraron *trofeos*; porque conforme dice Ambrosio Calepino, no solo son trofeos los despojos que antigua y primitivamente se solian colgar de los árboles, sino que tambien son nombrados y comprendidos en el nombre de *triunfos* las memorias que despues se han acostumbrado hacer de piedras en las montañas ó sitios eminentes. Y para probar esto trae un lugar de Salustio, que hace mencion de estos trofeos de Pompeyo puestos en los montes Pirinéos, y en arcos de mármoles en Roma. De lo cual arguye Salustio que aquellos trofeos son de piedra, y se deben entender de cualquier monumento ó memoria que quedáre de aquellas cosas. De modo que es cierto que no debian ser aquellos trofeos de Pompeyo armas ni escudos que colgasen de lo alto, sino memorias que se construyeron de pié, y las elevaron en alto, en testimonio y memoria de las dichas victorias, y como fitas y señales entre España y Francia.

3 Sabida ya la ocasion por qué se pusieron, y qué cosa eran estos trofeos, falta cumplir lo prometido en cuanto al sitio donde estaban. Y en este particular, de cuantos escritores he citado en el capítulo antecedente antiguos y modernos, uno solo ha acertado; y otro es el que se declara con perfeccion, aunque hasta aquí no le he citado: porque no están los trofeos en Cervaria ó Coblliure, ni en Altavaca, ni en Andorra, ni en Pamplona, sino en aquel ramo ó cordillera de montaña Pirinéa que baja de Canigó hasta la fuente de Salsas y promontorio de Laucata, á la parte de allá del Rosellon, como lo escribe nuestro Obispo de Gerona refiriendo á Estrabon. Y nos lo declara mas Francisco Compte natural de la villa de

Ob. de Ger. l. 1. c. de terra Rossilio. Comp. c. 2, 3 y 8.

Illa; el cual como vecino de aquellos territorios y de aquella misma comarca donde está su casa, y que debe saber mas que todos los otros sabios en casa agena, merece mucho mas crédito. Este autor pues, en su Geografía manuscrita de los condados de Rosellon y Cerdaña, dice que en las faldas y raíces de los Pirinéos en la tierra de Fonolleda, que hoy es poseída por los franceses, al pié de la montaña que divide á los corberanos de los fonolledas, en la falda de la montaña que comienza á bajar del *coll de S. Luis* á la vuelta de levante, la cual da fin en el *cap de Laflandi*, en el término de *Caldes*, que es pueblo de cerca de trescientos vecinos y capital de la Fonolleda, se hallan unas montañas, que son mas de cincuenta, todas redondas, separadas de la gran montaña Pirinéa, que cada una de ellas tiene cerca de cien pasos de circunferencia y otro tanto de alto, hechas sin duda manualmente de muchas peñas que juntaron y conglutinaron las unas sobre las otras, de tal modo argamasadas, que á la primera vista aparentan ser montañas naturales; porque en ellas hay muchos árboles salvages de diversas maneras; y estos son los *trofeos de Pompeyo* de que aquí vamos hablando, y buscando su sitio. Prueba esto el mismo Francisco Compte con autoridad de Estrabon (qûe yo pienso ser la misma que ha seguido el Strabon l. 4. Obispo de Gerona), quien describiendo la ribera del mar de Francia, desde Italia hasta España, cuando habla de la Galia Narbonense, dice que los trofeos de Pompeyo de que aquí vamos tratando, eran límite y término de la division de Francia y España, y que distaban treinta y seis millas de Narbona. Así que desde Narbona al sitio de los trofeos hay diez grandes leguas catalanas, que á muy corta distancia hacen las treinta y seis millas que dice Estrabon. Y de aquí concluye Compte que precisamente aquellos son los trofeos: con lo que se evidencía que ni estan de la parte de acá de Rosellon, ni tampoco este condado era entónces de Francia. Resultando tambien errada la opinion de que los trofeos estaban en Cervaria, Coblliure ó Cap de Creus; porque desde estas partes hasta Narbona hay sesenta y nueve millas, que son las diez y nueve leguas que nosotros contamos, en esta forma: de Cap de Creus á Coblliure cinco leguas: de Coblliure y Cervaria hasta Perpiñan cuatro: desde Perpiñan á Narbona diez; que todas juntas componen diez y nueve por la costa del mar. Hay tambien otra razon que conduce mucho á la prueba de esta opinion; y es contar la distancia que hay desde la ciudad de Empurias hasta estos trofeos, la que escribiré hablando del concilio Iliberitano en el capítulo segundo del libro quinto, para probar que fué este concilio en Coblliure, y que Coblliure

era entónces de España; y allí me refiero. Concluyo pues diciendo que por todas estas razones, no pudieron estar los trofeos en Andorra, ni en Altavaca; ni se puede entender que en memoria de ellos fuese edificada la ciudad de Pamplona, como lo opinan los que en el antecedente capítulo he notado; y por consiguiente debemos creer como cierto que los trofeos del gran Pompeyo son aquellas cincuenta y mas montañas hechas artificialmente en forma piramidal en el dicho territorio de Fonolleda. Volvamos ahora á la historia.

CAPÍTULO LXIX.

Como Antistio fué pretor y Julio César questor de España; y de la memoria y hechos de Aulo Mevio de la ciudad de Vique.

1 Llegado Pompeyo á Roma, gozó allí de otro mas cumplido triunfo que aquel que sus soldados y amigos le habian dado en la falda del Pirinéo de Cataluña, como se puede ver leyendo á Cárlos Sigonio, en sus *Fastos de los Romanos.* Y como es de nobles condiciones no olvidar nunca á personas de buena voluntad, conociendo Pompeyo la que los españoles le tuvieron, y que se la continuaban en su ausencia, no fué bastante la magestad y triunfo para borrarlos de la memoria ni minorar el amor que los tenia. Antes bien, como los españoles le obedecian y servian en cuanto les mandaba desde Roma, él tambien los favorecia y amparaba en todo; y con especialidad á los de la provincia Citerior, conforme así lo dicen todos los autores que en los precedentes capítulos tengo citados; y con mas particularidad Morales. Mo.l.8.c.22.

2 Despues que Pompeyo hubo salido de España en el año sesenta y siete ántes de Cristo segun se congetura de Morales y Viladamor, vino á España Antistio con título de pretor; y Vilad.c.46.
en su compañía vino Julio César con cargo de questor ó tesorero de la república romana, como parece de Suetonio Tranquilo; y de lo que escriben Dion, Morales y Pineda parece Dion l. 37.
que ejerció este oficio en Cádiz: aunque tambien se puede in- Pin.l.10.c.1.
ferir que su residencia era en Cádiz y el ejercicio del empleo § 2.
comprendia toda España; lo uno porque no repugna, y lo otro porque Plutarco y Juan Sedeño dicen que César fué questor Pluta. in vita Cæsaris.
de Iberia, hablando así en general de toda ella. Sed. tit. 2.

3 Como quiera que fuese, estando Roma en este estado c. 1.
de cosas con España, se tuvieron algunos años de quietud. Pero en aquella capital y en otras partes habia demasiado en qué entender; porque aunque durante el consulado de Servilio Va-

tia Isauro y de Apio Claudio Pulcher (que segun S. Gregorio y Holoandro en los *Fastos consulares*, fué en el año seiscientos setenta y cinco de la fundacion de Roma, y sesenta y siete ántes de Cristo segun Jacobo Bergomense) se sabe que murió Sila, causador de tantas guerras, así en España como en toda la república romana; no obstante, con su muerte aun no quedó del todo pacificada la república. Pero como el pormenor de aquellas guerras no es propio de esta Crónica, trataré solo de aquella parte de ellas que lo es. Y habiendo prometido en el capítulo doce de este libro tratar de Aulo Mevio de la ciudad de Vique, de razon es y de justicia que lo cumpla haciendo honrosa mencion de este insigne ausetano, que se hizo célebre así por su valor en las armas, como por su caridad fraternal y singular piedad catalana; pues aunque gentil, puede servir de ejemplo á muchos católicos, y es gloria de nuestra Cataluña, y particular honor de aquella ciudad su patria, el haber producido un hijo tan pio y liberal. Y tambien para que se vea que en nuestra Cataluña en todos tiempos hemos tenido hombres valerosos y grandes guerreros, dignos de memoria: que no solo en sus propias casas, sino fuera de ellas, en remotas y apartadas regiones sabian campear, adquirir coronas para sus señores, y eterna fama para sí; y que eran estimados del pueblo romano, y honrados con el honor con que acostumbraban honrar sus hijos y ciudadanos.

Bergo. l. 7.

4 Es de saber, pues, que por los años setenta y dos ántes de Cristo segun el Bergomense, el pueblo romano comenzó á tener muy sangrientas, crueles y costosas guerras contra Mitridates Rey de los partos; por motivo de que teniendo este Rey comenzada ya la guerra contra Nicomedes Rey de Bithinia, los romanos que le eran confederados, amonestaron á Mitridates para que sobreseyese é hiciese la paz. Y él no quiso hacer caso alguno de esta mediacion, despreciando la autoridad del Senado romano, conforme lo escriben Justino, Orosio, Apiano, Plinio y Gelio, referidos por el Bergomense, Ambrosio de Morales, S. Antonino de Florencia y Mariana. Era aquella provincia de los partos en el Ásia mayor, parte de la region de Asiria segun algunos, ó segun otros era parte de la Scythia oriental: la cual por haberse poblado de gente desterrada de la Scythia occidental se nombró *Parthia*; porque *partho* en lengua scythia quiere decir *desterrado*, como lo dice Juliano en el libro veinte y dos. Estendíase aquella provincia tanto, que tenia dentro de su ámbito veinte y dos reinos, circundados al oriente de la provincia de Ásia, al mediodia de la Caramania, á poniente de los Medos, y al septentrion ó norte de los Hircanos. Comenzada pues por los romanos la

Mo. l. 8. c. 16. S. Anton. tit. 4. c. 5. §. 27. Mar. l. 3. c. 4.

guerra contra los partos en el dicho año de setenta y dos, duró diez años continuos; á mas de otros muchos encuentros que tuvieron en los otros diez años siguientes segun algunos, ó en los veinte, conforme quieren otros: y no falta quien diga que duraron cuarenta años. En los principios de aquella guerra Mario y Sila unas veces vencieron á Mitridates y otras fueron por él vencidos. Despues á lo último de los dichos primeros diez años de aquella continua guerra, corriendo el año seiscientos ochenta de la fundacion de Roma segun Gregorio Holoandro, que conforme cuenta el Bergomense era el año seiscientos tres ántes del Nacimiento del Redentor Jesucristo, siendo cónsules en Roma Lucio Licinio Luculo y Marco Aurelio Cota, como necesitaba el Senado, segun el estado de aquella guerra, poner en ella la presencia y autoridad consular, deliberó que Luculo pasase á Asia contra el rey Mitridates, quien unas veces vencido y otras vencedor, siempre acometia á los romanos, y hacia crueles estragos en las guarniciones de ellos y en las tierras de sus confederados.

5 Llegado Luculo al Ásia, acometió á Mitridates con tanto acierto y ventura, que le venció en muchas batallas, y especialmente en una ocasion le cercó á él y á su Real dentro de un profundo valle, y le hizo levantar el sitio que habia puesto á la ciudad de *Cycicena*, obligándole á tomar la marcha para su país; pero Luculo le siguió, y le mató mas de quince mil hombres.

6 Entre muchos valerosos soldados de varias naciones que en esta guerra de Asia militaron bajo las venturosas banderas de los romanos, el que mas se distinguió fué el tribuno nombrado *Aulo Mevio*. Era este valiente guerrero natural de nuestra ciudad de Vique, y se semejó en la venida al mundo al glorioso S. Ramon Nonat; ó por mejor decir, el Santo se asemejó á él, pues fué muchos años ántes: no nació, porque su madre nombrada Publia Elia murió de los dolores ántes de darle á luz, y luego le sacaron por un costado del cadáver materno. Su padre que se llamaba *Aulo*, murió tambien cuatro años despues, dejando este solo hijo varon con doce hembras. Crióse felizmente hasta la edad de veinte años, y fué instruido en las morales virtudes que se alcanzaron en el gentilismo: reconocíase dotado de corazon valeroso y espíritu guerrero; y viéndose constituido padre de doce hermanas huérfanas, con muy pequeña herencia para dotarlas, la renunció enteramente á favor de ellas, sin reservarse otra cosa que la espada. Fiado en ella y en su valor, se pasó al Ásia, y se alistó bajo las banderas del cónsul romano Lucio Licinio Luculo. Y en las diversas batallas que ganó su ejército, hizo aquel

insigne catalan tantas y tan grandes proezas, que tuvo él solo la mayor parte en todas las victorias; de modo que aunque entró á servir en aquella guerra de simple soldado, ascendió de grado en grado hasta el de tribuno del ejército, que era lo mismo que entre nosotros coronel graduado de brigadier; y salió de ella cargado de dones y riquezas. Llegado despues á Roma, tuvo la satisfaccion de hallar tambien al Senado instruido de su distinguido mérito; el cual le honró con muchos y grandes privilegios, dándole la licencia paraque los fuese á gozar con descanso á su patria. Llegó á ella y fué recibido con sumo regocijo: y desde luego comenzó á espender sus riquezas en beneficiar la patria. Hizo construir en aquella ciudad un pórtico en la plaza, para la comodidad de los negociantes que allí acuden á vender sus granos y mercancías; porque entre los romanos se acostumbraba mucho hacer en las plazas esta especie de pórticos, al modo que en el dia los vemos delante de la fuente del Ángel y en los *encantes* de esta ciudad de Barcelona. Pero hiciéronse los de Vique con mayor primor, mejor arquitectura, y mas hermosa perspectiva; de modo que aquella obra aventaja á cuantas de su especie hay en otras plazas de España; porque ademas de lo primoroso de la construccion, la hace mas visible lo eminente del sitio y grande ámbito de la plaza, y el estar hecha en forma orbicular y redonda; y por todo el rededor con la misma perfeccion la rodean los pórticos, los cuales sirven á los negociantes de toldo en el verano contra el rigor del sol, y de cubierta en el invierno para resistir la inclemencia del cielo y la intemperie de las grandes nevadas y rígidas heladas. La plaza es capaz para formarse en ella un grande escuadron de gente de guerra, aunque sea de caballería. Hay de estension de uno á otro ángulo del pórtico una buena carrera de caballo. En medio de la plaza hay una empinada fuente en forma de aguja redonda, abundante de agua, que la dá por unos conductos adornados con hermosas llaves de bronce. Tiene la plaza su entrada por seis calles principales que abocan en ella, lo que aumenta la perfeccion de la obra, embelesando la vista de los forasteros. Y todo ello junto manifiesta y mudamente publica la sabiduría del artífice, el poder de Aulo, la nobleza de Vique, y de los ausetanos la fama.

7 Y no paró en esto la nobleza de corazon y liberal magnificencia de Aulo con su patria: pues hallándose entónces el comun de aquella ciudad muy empeñado y reconvenido por los acreedores, le redimió con sus caudales, pagando no solo los atrasos de pensiones, sino tambien los capitales. Ultimamente lleno de mérito, amado de sus patricios, querido de los

romanos, temido y respetado de los enemigos, y lleno de elogios de unos y otros, murió. Hízosele un pomposo funeral al uso y costumbre de la gentilidad. *Aula Mevia* su última hermana, que fué la única que le sobrevivió, iba delante del cadáver de su hermano, acompañada de muchos sobrinos, hijos de las once hermanas; y detrás seguian los seis hombres del gobierno de Ausa, honrándose aquel serio magistrado ó *Sevirato ausetano* de acompañar el cadáver de quien habia honrado y beneficiado con tanta liberalidad á su patria. Pusieronle en un grande y magnífico sepulcro, distante dos estadios de la ciudad, sitio por donde pasaba el camino que iba á la Lacetania, que era el mas frecuentado, y encima colocaron una estatua para condigna memoria suya. Y esta es la que yo prometí hacer de Aulo Mevio, cuya narracion se ha sacado de una piedra antigua, que sin duda debió ser pedestal ó peana de la estatua que representaba la persona de Aulo Mevio, la cual dice Ambrosio de Morales que se hallaba cerca de Vique, y de ella hacen mencion Juan Mariana y Fr. Juan Pineda, transcribiéndola de este modo:

AVL. MEVIO. A. F. QVI. POST. DVODECIM.
SORORES. POSTHVMVS. E. VVLVA. RESECTVS.
ET. QVARTO. AETATIS. ANNO. PATRE.
AVLO. ORBATVS. ET. SVCCEDENTE. PRAE-
TAXATAE. TEMPORE. ANIMO. IN. SORO-
RES. MATERNO. PATERNO. Q. FVIT. TO-
TA. HAEREDITATE. PRO. CONIVGIIS. EA-
RVM. RELICTA. ET. SIGNA. POPVLI. RO-
MANI. VICTRICIA. SVB. LVCVLO. COS. IN. ASI-
AM. SECVTVS. CVM. OPIBVS. PLENVS. ET.
TRIBVNICIA. MILITVM. POTESTATE. FVN-
CTVS. IN. PATRIAM. REVERTISSET. MVL-
TIS. A. SENATV. P. Q. RO. PRIVILEGIIS.
DONATVS. ET. NOBILEM. IN. FORO. AVSE-
TANO. PORTICVM. STRVXISSET. AV-
LA. MAEVIA. VLTIMA. SOROR. QVAE. SV-
PERERAT. CVM. MAGNA. NEPOTVM. MVL-
TITVDINE. PRAECEDENTE. ET. SEVIRA-
TV. AVSETANO. FVNVS. SVBSEQVENTE.
HIC. SEPVLCRVM. CVM. STATVA. PO-
SVIT. SECVNDO. A. CIVITATE. STADIO. IN.
LOCO. PATRIAE. PVBLICO. QVO. OMNES.
VRBEM. ADEVNTES. IN. LACETANIAM.
Q. REDEVNTES. PERTRANSIBVNT.

Nota de los Editores. En Ambrosio de Morales despues de la palabra *è vulva* de la 2.ª línea se lee: P. AELIAE. MATRIS. EXTINCTAE. Y despues del *struxisset* de la lín. 15.ª ET PATRIAM. AERE. ALIENO. LIBERASSET: palabras que omite el autor en el original catalan, y tambien el traductor. En la 5.ª lin., en vez de *prætaxatæ*, se lee *prætextæ*.

8 Esta inscripcion no tiene necesidad de ser traducida, porque con la narracion de la historia que queda hecha de Aulo Mevio, la tendrá el lector entendida. Y aunque es verdad que me ocurre bastante que moralizar, y algunas historias que referir con este motivo, lo omito, porque mas me precio de fiel historiador que no de verboso escritor ó inventor de patrañas. Solo advierto que de este *Aulo* subsisten á dos leguas de Vique los dos pueblos de Sta. María y S. Juan de *Oló*: mudado el diptongo *au* en la primera *o*, aunque hoy le usamos en la pronunciacion de la palabra, porque decimos *Auló*.

CAPÍTULO LXX.

Se trata de los pretores que vinieron á España desde el año sesenta y dos hasta el de cincuenta y cinco, en el cual Marco Craso legado de César vino contra los pueblos sonsiatos; y las batallas que tuvieron.

1 Dejados estos follajes que adornan la obra, volvamos á continuar la historia por los sucesivos tiempos de ella. Despues que dije que vinieron á España Antistio con encargo de pretor, y César con el de questor, no he contado nada, ni he tenido que decir de los magistrados romanos que la gobernaron. Ni
Año 62, y 60. puedo decir mas, sino que en el año sesenta y dos ántes de Cristo vino por pretor de España Gneo Pison, y despues Ca-
Ga.l.6.c.19. lido en el año sesenta, segun escribe Garibay. En tiempo de estos dos pasaron algunas guerras en España, pero fueron en las tierras que no corresponden al objeto de esta obra; por lo que no quiero detenerme en alargarla con relaciones que no pertenecen al objeto que me he propuesto, que es escribir únicamente la Crónica de este Principado, á escepcion de aquellos casos en que sea preciso tocar algo de otras partes, por la conexion que tienen con la historia de este país y para la plena inteligencia, como lo he hecho hasta aquí.

Año 59. 2 Pasado el curso de aquellos años, Julio César, que ántes habia estado por questor, volvió á venir á España con título de pretor, segun escriben Plutarco, Suetonio, Apiano, Sedeño y Mejía, los cuales dicen que fué esta segunda venida
Ap.l.2.c.3. Se.tit.2.c.1. en el año cincuenta y nueve ántes de Cristo; y así lo afir-
Mejía en la man tambien Morales, Viladamor y Tarafa: pero este último
vida de Ces. erró cuando dijo que este fué el año en que César habia ocu-
Mor.l.2.c.3. Vilad. c. 46. pado la España; respecto de que esta vez no vino por sus
Tarafa c.40. intereses y pasiones, sino es enviado por el Senado y pueblo romano. La ocupacion de España para sí fué algunos años

despues, como verémos en el capítulo setenta y cuatro. Estéban Garibay dice que esta venida de César en calidad de pretor fué en el año cincuenta y ocho ántes de Cristo. En fin la diferencia sería poca; pero es muy notable la que trae Mariana, porque dice que fué esta venida en el año sesenta y ocho. Yo hago juício de que Mariana se equivocó tomando una venida por otra; esto es, aquesta segunda de que tratamos por la primera, cuando vino en calidad de questor. Sea este ó el otro motivo, vamos al caso: César trató entónces las cosas de paz y guerra con mucha prudencia y madurez, poniendo siempre la concordia entre unos y otros pueblos, y entre los particulares que habitaban en ellos. Verdad es que Dion, hablando de esta segunda venida de César á España, no dice que fuese pretor de toda ella, sino solamente de la Lusitania. Y por esto nada tenemos que decir de su tiempo que haga á nuestro propósito, pues solo hemos tocado esto para que sirva de luz á la inteligencia de otras cosas que se dirán despues.

3 Acabado el gobierno de César, se volvió á Roma. Y en el año cincuenta y cinco ántes de Cristo vino al gobierno de España Publio Cornelio Léntulo Spinter, segun los mismos autores, ó los mas de los que he alegado. No sabemos si vino para alguna provincia en particular ó para el gobierno de toda España: pero tampoco tenemos que contar de su tiempo.

4 Se ha de saber empero, que en aquel mismo año iba Julio César conquistando la Francia; y como parece de sus propios *Comentarios*, habia él enviado á la provincia de Guiana á Publio Craso (Francisco Compte le nombra Marco Craso). Reflexionando este que habia de hacer la guerra en aquella misma provincia donde pocos años ántes habia muerto el legado Lucio Valerio Reconio, y de donde Lucio Manlio procónsul hubo de huír abandonando todo el equipage, reconoció cuan necesario le era obrar con cuidado, reserva y prevencion. Por esto procuró hacer buena provision de víveres y de todo lo necesario; recogió el mayor número que pudo de gente de á caballo, y envió á buscar, llamándolos por sus propios nombres, á muchos sujetos principales, fuertes y poderosos de Tolosa y de Narbona, ciudades tan conocidas como todos sabemos. Y desde aquellas regiones se vino y trajo sus compañías á las tierras de los *sonsiatos*, á quienes nuestro Francisco Compte nombra *sonzuatos*. Pero para saber qué pueblos eran estos, es preciso hacer alguna digresion: porque los que habrán leído algunos autores, juzgarán que no pertenecen á nuestra historia, y los que habrán leído otros quizá me culparían si omitiese la funcion que voy refiriendo, conceptuán-

César l. 3. c. 8. y 9. p. l.
Comp. p. 1. del proemio.

dolos por pueblos nuestros y como tales dignos de entrar en esta historia.

5 Para prevenir esta crítica, me esplicaré con distincion y claridad. Segun lo que aquí dejo referido siguiendo al mismo César, parece que estos pueblos habian de ser en *Guiana*, que era donde César habia enviado á Craso; y si era así estaban fuera de Cataluña: pero si atendemos á que Craso desde Guiana fué á los pueblos sonsiatos, harémos juício de que estaban fuera, aunque fronteros á Guiana. Por esto el Mtro. Antonio Nebrisense dice que estos eran pueblos de la Galia Narbonense. Y como algunos opinan que los condados de Rosellon fueron de pertenencia de la Galia Narbonense, como lo hemos visto en los capítulos cuatro, cinco y seis del libro primero: de esto infiero yo que no es fuera de razon lo que pinta la *Tabla* declaratoria de los lugares insignes, que vá añadida á los *Comentarios* de César, en cuanto manifiesta que estos *sonsiatos* eran pueblos de los condados de Rosellon. Abrazando y estendiendo esto Francisco Compte, dice que eran los mismos que los *suesetanos*, confundiendo estos con los de Rosellon, Confient, Cerdaña, Arán, Andorra, Capsir, Donadá, Salsas, Fonolledas y Corbera: de modo que con un solo vocablo quiere comprender y abrazar á muchos, que yo he dividido en el capítulo primero del libro segundo. Pero si consideramos á solas á los suesetanos, siguiendo á muchos autores, los pondrémos en muy diferente lugar, comarca ó region. Verdaderamente yo confieso que si bien tengo por posible que los *sonsiatos* fuesen de Rosellon, aun no entiendo tanta variedad, ni como se confunden los suesetanos con estos y con aquellos; sobre lo cual se puede ver el capítulo primero del libro segundo. En fin, yo no quiero dar zelos á nadie, ni sé á quien arrimarme: haré cuenta que estaban aquí donde quieren el Nebrisense, la Tabla y Francisco Compte; pues si no son los mismos que los suesetanos, á lo ménos serán roselloneses; y así nos corresponde tratar de ellos.

6 Volviendo al asunto del capítulo, digo que viniendo Craso contra los sonsiatos y sabida por ellos su venida, juntaron mucha gente de á pié y de á caballo, porque segun dice el mismo César tenian para ello bastante proporcion, porque era numerosa la poblacion de sus tierras. Luego que se vieron con un grande ejército, no solo no temieron á Craso, ántes bien le salieron al camino; y no esperaron que les acometiese, sino que ellos le acometieron con su caballería, en que eran sobresalientes. De los escritos de César y de lo que presto dirémos se comprende que los sonsiatos iban capitaneados por un hombre jóven de grande valor, aunque César no le nom-

bra; pero Francisco Compte escribe que se llamaba *Alcantua*: y que iba acompañado de muchos de sus nobles que se hacian nombrar *soldros*, cuya calidad y condicion diré despues conformándome con César. Fuesen ó no fuesen los *soldros* los que guiados de su jóven capitan acometieron á Craso, ellos trabaron con él una buena escaramuza, y habiendo comenzado su gente de á caballo á retirarse y los romanos á irles siguiendo el alcance; improvisamente dieron sobre ellos las otras compañías de á pié de los sonsiatos, que los esperaban emboscados, y se encendió allí una batalla muy larga y sangrienta; porque los sonsiatos peleaban animosos con el orgullo adquirido en la batalla que anteriormente habian ganado á Lucio Valerio Reconio, pensando ahora que la libertad de toda la Guiana dependía de su esfuerzo y valentía; y al mismo tiempo los romanos peleaban con un género de satisfaccion, ansiosos de ver qué podrian hacer los sonsiatos sin otras legiones ni mas general que aquel jóven capitan. Por una y otra parte se peleaba con esfuerzo é intrepidez; pero á lo último los sonsiatos, como muchos se hallaban ya heridos desde el primer encuentro, comenzaron á flaquear, y de seguida dieron á huír, en cuya fuga perecieron muchos en manos de los romanos, que los siguieron con ardor.

6 No paró aquí la desgracia de aquella nacion; porque Craso se apoderó prontamente de los puestos y pueblos de los sonsiatos, los cuales no nombra César. Solo dice que uno de ellos se le resistió tan valerosa y tenazmente, que Craso hubo de arrimar manteletes y torres; pero los sitiados hicieron frecuentes salidas, en que le dieron mucho que hacer, y algunas veces por medio de minas llegaron hasta las trincheras del Real de los romanos. Y dice César que en esto de minar eran muy prácticos, porque tenian en su territorio muchas minas de metal. Al fin, viendo que nada bastaba contra el teson de los romanos, y que se iban ellos aniquilando, enviaron mensageros á Craso, pidiéndole que los recibiese á merced: y Craso cansado ya de tantas fatigas y pérdidas como le habian causado, se contentó con recibirlos así, mandándoles entregar las armas; en lo que ellos convinieron.

8 Persuadíase Craso que con esto quedaba todo acabado; pero entretanto que los unos y los otros estaban entendiendo en aquel concierto de paz, se movió por la otra parte del pueblo *Adjatonon*, que segun dice César tenia á su obediencia el mayor poder de aquella tierra. Este se alzó con seiscientos hombres que se le ofrecieron ellos mismos, todos escogidos y tenidos por los mas valerosos de la tierra, que los nombraban *soldros*. Los cuales, segun dice César, vivian con fraternidad,

siendo entre ellos comunes los bienes y los males, y eran muy sufridos en toda especie de adversidades. Tan fieles en sus amistades, que jamás se desampararon hasta morir junto con el amigo. Glória de que pueden preciarse los roselloneses, como únicos en tan constante fé y fiel amistad. Es verdaderamente cosa memorable, y que la acreditan las circunstancias del escritor, que es un César, enemigo de los mismos á quien él elogia; lo que quita toda sospecha de adulacion.

9 Habiéndose alzado Adjatonon con los soldros, probó el salir con ellos, y levantada luego una gritería por aquella parte del Real por donde él venia, corrió la gente con las armas, y se trabó entre ellos una grande pelea; pero al fin Adjatonon hubo de retirarse con su gente dentro del pueblo. Con razon podria Craso quejarse de este movimiento hecho sobre trato, y no querer estar al concierto: pero como meditaba lo mucho que le habia de costar el pacificarlos por fuerza, y el vencer los demás enemigos, fácilmente se convino en recibirlos con las condiciones que ántes habian sido concertadas. Y Craso recibió de ellos algunas armas y algunas arras; y se fué luego á la tierra de los vaccasios y de los tarusios.

CAPÍTULO LXXI.

Como los sonsiatos se alborotaron contra Craso, y viniendo sobre ellos, los venció en campal batalla con muerte de mas de treinta mil.

Año 53. 1 Partió despues Publio Craso para la tierra de los vaccasios y tarusios en el año cincuenta y tres ántes de Cristo; Ga. l.6.c.20. y en el siguiente, segun Estéban Garibay era procónsul en España Quinto Metelo Neptuno. Habiendo conocido nuestros sonsiatos que la causa de haberles tomado su pueblo en tan pocos dias, habia sido el no tenerlo bastante fortificado, se aplicaron á ello, y le fortificaron mas. Y arrepentidos de la pasada flaqueza, tomaron las armas y enviaron mensageros á formar una grande conjuracion con los de muchas partes de la España Citerior, de Vizcaya y Cantabria, vecinos á la Guiana, y á los mismos pueblos de toda su comarca. Juntaron grandes socorros de gente bien armada, y capitaneada por grandes guerreros; y se dieron arras unos á otros para la seguri-
Cesar p. 1. l. 3. c. 9. dad, segun todo así lo dice el mismo Julio César. Morales
Mor. lib. 8. c. 23. y Viladamor, esplicando á Paulo Orosio, añaden que tambien enviaron mensageros á algunas de aquellas tierras que hoy
Vilad. c. 46. son parte de nuestra Cataluña, aunque no las nombran. En fin entre unos y otros recogieron un socorro que pasaba de cin-

cuenta mil hombres, segun lo escriben los mismos autores y Juan Mariana. Y añade Julio César que llevaban muchos capitanes que habian militado en las guerras de Quinto Sertorio. Estos como prácticos de las costumbres de los romanos, tomaron desde luego sitios proporcionados, y sentaron y fortificaron sus Reales; ideando tambien el recoger todos los víveres del contorno, para que no pudiesen llevarlos á los romanos. Craso en vista de todo esto, considerando que los enemigos le escedian mucho en el número de gente, y que no le convenia salir en campaña ni dividir sus tropas, manteníase perplejo: pero como al mismo tiempo advertia que le iban ocupando todos los pasos y caminos, quedándoles aun mucha gente para guarda de los Reales, y que el número de sus enemigos se aumentaba de dia en dia, costándoles á ellos mucha pena y muchas vidas el adquirir víveres para su manutencion: recelando que el hambre le habia de estrechar á retirarse sin honor, y que tal vez le picarían la retaguardia, resolvió aventurarse á la batalla; y lo propuso á los suyos: quienes reconociendo los espresados motivos que para ello tenia, aprobaron todos la resolucion, porque ya se veían precisados á ello, y no habia otro medio mas proporcionado.

Mar. lib. 3. c. 18.

2 Vista aquella unánime resolucion, el dia siguiente al amanecer sacó Craso toda su gente á campo raso, ordenóla en dos divisiones, y puso en el centro algunos que le venian á ayudar; y así formado se puso á esperar lo que harían sus enemigos que no le debian estar léjos. Estos aunque respecto de su muchedumbre, de su antigua gloria militar, y del corto número de los romanos, confiaban pelear con ventaja; con todo imaginaron que sería mejor cantar la victoria sin sangre; y á este fin tomaron enteramente todos los caminos, dejando imposibilitada la llegada de víveres al ejército romano: y teniendo por cierto que esta constitucion les habia de precisar á retirarse, estuviéronse quedos en espera de este caso, prevenidos para acometerlos en la retirada, en la que precisamente habian de ir muy débiles, ya por la fatiga del camino, ya por el peso de sus mochilas, y ya en fin por el hambre. Este pensamiento era bastante prudente y fundado, pero el éxito fué muy diferente y contrario; porque Craso conceptuando que aquella quietud procedia de miedo, y viendo á su gente muy animosa para pelear, y que se oían voces de todos que no se debia aguardar mas, sino comenzar luego la batalla, exortó á sus tropas, y con grande deseo de todos acometió de improviso el Real de sus enemigos. Aquí unos empezaron á cegar los fosos: otros con repetidas descargas arrojaban de su puesto á los defensores de las trincheras y demas reparos; y

los que habian venido á auxiliar á Craso, en quienes tenia poca confianza, servian para llevar piedras, armas, ramas y céspedes á las barreras, queriendo aparentar y ganarse opinion de soldados. Los españoles y guianeses como estaban en puesto alto y ventajoso, no disparaban en balde, y hacian grande destrozo en los romanos. Y sin duda hubieran quedado vencedores, á no ser que tuvieron la desgracia de no haber fortificado bien la parte de la puerta que nombraban *Decumana*, que era la puerta grande por donde entraban los víveres y provisiones, y la caballería romana que habia dado vuelta al Real, lo advirtió y lo avisó á Craso. Este supo con tanta puntualidad aprovecharse del aviso, que al punto despachó á los capitanes de su caballería, exortándoles á que moviesen á los soldados con promesas y grandes premios, y diciéndoles lo que habian de hacer. Estos conforme á sus órdenes sacaron algunas compañías que habian quedado de guarnicion en los reales, que no estaban cansadas, ni espantadas del furor de los enemigos y trabajo de la pelea, y llevándolas en las grupas de sus caballos por un camino mas largo y desviado, pero cubierto y secreto, dieron de improviso sobre el Real de sus enemigos, ántes que estos pudiesen conocer lo que pasaba. Entonces oída la gritería de aquella parte se esforzaron los romanos que peleaban en la otra, renovando la pelea con la esperanza de la victoria. Cercados los sonsiatos por todas partes, y perdida la esperanza del remedio, se echaron por las barreras, procurando salvarse con la ligera fuga; pero los romanos les dieron alcance en aquellos campos abiertos, y se salvaron pocos, pues de cincuenta mil que dice César se habian juntado allí solo de Cantabria y Guiana, no quedó la cuarta parte. Murieron pasados de treinta mil en aquella batalla, la cual produjo la sujecion de la mayor parte de aquella tierra, que luego se dió á Craso, enviándole arras de su propia voluntad. No hay en el asunto nada mas que conduzca á lo que es de nuestro propósito, ni tampoco desde aquí hasta el año de cincuenta y dos.

CAPÍTULO LXXII.

Cómo Pompeyo fué nombrado para venir segunda vez á España; y deteniéndose él en Roma envió á Varron, Afranio y Petreyo sus legados.

Año 52. 1 El año cincuenta y dos ántes de Cristo, en que ya quedaban sosegados los *sonzuatos*, estaba aun por procónsul en España Quinto Cecilio Metelo. Y habiendo habido grandes

movimientos en Galicia, hácia la Coruña segun Mariana, escriben Dion, Juan Sedeño, el mismo Mariana, Apiano, Morales y Viladamor, que habiéndolo sabido en Roma, y reconociendo cuan poco aprovechaba el cónsul Metelo en España, y lo mucho que convenia atajar los progresos de aquellos movimientos, proveyeron que Gneo Pompeyo el grande (como querido, temido, práctico y conocido en España) volviese segunda vez para gobernar las dos provincias Citerior y Ulterior por tiempo de cinco años. Diéronle mucho tesoro, víveres, municiones, y todo el número de gente de armas que les pareció necesario. Creó Pompeyo para esta venida tres legados, que fueron Lucio Afranio, Marco Petreyo y Marco Terencio Varron. Pero sobrevino la eleccion de Pompeyo en ocasion que se hallaba recien casado con Julia, hija de Julio César, segun lo escriben los ya nombrados autores, y con ellos Plutarco; y como los romanos no permitian llevar las mugeres á las provincias que iban á gobernar, segun parece de Ulpiano, Pompeyo sentia mucho el haber de dejar la esposa; y por eso resolvió retardar algunos dias su marcha, y despachó desde luego á España con ámplios poderes á sus tres nombrados legados; fiando su desempeño en la esperiencia adquirida por Afranio en el tiempo anterior, quien (como ya dejamos dicho en el capítulo sesenta y dos de este libro) habia estado en España capitaneando algunas compañías bajo las órdenes del mismo Pompeyo. Llegaron prontamente á España aquellos tres legados; y ejercieron sus oficios con arreglo á las órdenes que se les dieron. Pero la causa de quedarse Pompeyo en Roma la cuenta muy diversa Dion; pues dice que comenzaba ya á entrar la envidia y zelos entre César y Pompeyo, y que este se entretenia por Italia á la mira de lo que haría César: el cual pidiendo el consulado, queria entrar en Roma sin licenciar el ejército, ni dejar las armas que tenia. La envidia fué sembrando el odio, este produjo rencores, y estos hicieron rebentar la ira, que causó tantas guerras civiles, perniciosas á toda la república romana; porque se encendió el fuego poco á poco, y duró á la sorda algunos años, en los cuales trataba César el modo de alzarse con el imperio. Y como en el ínterin murió su hija Julia, esposa de Pompeyo, se siguieron los sucesos que diré en el capítulo siguiente.

Dion l. 39. Sede. tit. 14. c. 16. Ma. l. 3. c. 18. Ap. l. 2. c. 6. Mor. l. 8. c. 29. Vilad. c. 64.

Plut. in vita M. Cras.

Ulpiano l. observare, ff de officio proconsulis.

CAPÍTULO LXXIII.

Del rompimiento entre César y Pompeyo, y como envió á España á Vibulio Rufo con ciertas órdenes para sus legados, y luego que las recibieron Afranio y Petreyo, se pusieron en Lérida.

1 De la muerte de Julia, hija de César y muger de Pompeyo, hablan S. Agustin, Plutarco, Apiano, Lucio Floro, Juan Mariana y Dion. Y dicen que Pompeyo empezó á procurar que su suegro Julio César no se le igualase en Roma (como tambien lo advirtió así nuestro Antonio Viladamor) y se infiere tambien de Dion histórico, y lo dice el mismo César en sus *Comentarios*. Por esto ó por algun otro fin, segun dicen Juan Sedeño y Lucano, la Glosa de los triunfos del Petrarca, Fr. Juan Pineda, el Obispo de Gerona y Pedro Mejía, se movieron tales cuestiones, que vinieron á parar en guerra civil, sangrienta y cruel. De la cual omitiré aquello que no hace á nuestro intento; y con brevedad referiré las calamidades que de esto se siguieron á nuestra Cataluña.

S. Agust. l. 3. de Civit. Dei, c. 15. Plut. in vita Ces. et Pom. Ap. l. 2. c. 6. Floro l. 4. c. 2. Mer. l. 8. c. 23, 24 y 25. Dion. l. 14. c. 16. Vilad. c. 47. Dion l. 4. c. 41. César p. 2. l. 1. c. 1. Luc. l. 1. Glosa al c. 1. del Triunfo de amor. Pin. l. 10. c. 1. §. 2 y 3. Ob. de Ger. l. 9. c. initium civilis belli. Med. p. 1. c. 68.

2 Escriben los ya citados autores, y con ellos Pedro Medina, que rompida entre César y Pompeyo la amistad, y atropellados todos los respetos, comenzó entre ellos la guerra civil el año cuarenta y siete ántes de Cristo: de la cual hace mencion Eusebio en la olimpíada 182. Publicada la guerra, Pompeyo se fué de Roma; y habidas muchas batallas en Italia (sobre las cuales me refiero á los ya citados autores) al último se pasó á Macedonia, pareciéndole que allí con mayor comodidad podria juntar lo necesario para la guerra: omitiendo el pasar á España, en confianza de que sus legados la mantendrían por él contra César, en el ínterin que él se ocupaba en juntar ejército en Macedonia. De estos tres legados en quien confiaba Pompeyo, habla nuestro tarraconense Paulo Orosio: y dice que eran capitanes Pompeyanos que poseían las Españas. Pero se debe entender que las poseyeron primero como ministros del Senado y pueblo romano en cuyo nombre vinieron, y que despues se alzaron en nombre de Pompeyo, como en este y en el siguiente capítulo se espresará.

Oros. l. 6. c. de bello civili.

3 Antes de partirse Pompeyo para Macedonia, despachó á España á Vibulio ó Titulio Rufo, con órden de lo que se habia de hacer, y cómo debian gobernarse sus tres legados. Cuando este llegó á España, la halló dividida por gobiernos entre los tres legados de Pompeyo. Lucio Afranio gobernaba en la España Citerior con tres legiones de soldados: Marco

Terencio Varron con dos legiones gobernaba desde Sierra Morena á Guadiana; y Marco Petreyo en todo lo restante del Andalucía y Lusitania. Publicóles Bibulio Rufo el rompimiento acaecido en Roma entre César y Pompeyo: y dándoles la órden que les traía de Pompeyo, les dijo que pues César sin duda segun pasaban los cosas vendría á España, que le resistiesen, y que á fuerza de armas le impidiesen la entrada. Recibida esta órden, para ponerla en ejecucion con la diligencia y puntualidad posible (cual lo requería el caso) deliberaron que Petreyo, con las dos legiones que tenia y con la gente de á pié y de á caballo que pudiese sacar de Lusitania, Andalucía, Cantabria y de los bárbaros vecinos al mar Océano, se viniese hácia Aragon, y pasando el Ebro, se juntase con Afranio, que como he dicho estába en la Citerior. Cumplió Petreyo prontamente esta órden, y luego vino á juntarse con Afranio; y hallaron tener entre los dos cinco legiones de romanos, tres de Afranio y dos de Petreyo; y cerca de ochenta cohortes ó compañías españolas, cada una de doscientos y cincuenta soldados, todos con escudos redondos, rodelas ó broqueles; y mil caballos españoles, segun lo escriben los ya citados autores, y entre ellos el mismo César: de modo que entre todos eran treinta mil romanos de infantería y dos mil de caballería; ocho mil españoles de á pié y cinco mil de á caballo: que todos juntos componían un ejército de cuarenta y cinco mil hombres á corta diferencia. Los cuales así juntos entraron por Cataluña y se alojaron cerca de la ciudad de Lérida, por los pueblos ilergetes y ribera del rio Sícoris, que (como he dicho en los capítulos cuatro y veinte y ocho del libro primero) hoy se llama Segre. Eligieron aquella ciudad por teatro de la guerra, pareciéndoles que desde allí podian guardar toda Cataluña. Enviaron tambien algunas compañías á los Pirinéos para guardar aquellos pasos; las cuales, segun quiere el Obispo de Gerona, se apostaron en el paso del Portús, entre Rosellon y Ampurdan, en el mismo lugar donde hoy está el castillo y fortaleza de Bellaguarda. Alli sobre aquel puerto es regular que pondrian las guardias y centinelas avanzadas ó atalayas; y abajo en el pequeño vecindario ó por aquel contorno algunas compañías. Y Lucio Afranio (segun dice el mismo Obispo de Gerona) les estaba guardando las espaldas en la villa de Castellon de Empurias.

CAPÍTULO LXXIV.

César viniendo á España, envió delante á Cayo Fabio su legado, el cual tomó los pasos de los Pirinéos, haciendo huir á los Pompeyanos hasta Lérida, y él acampó allí cerca.

1 Luego que Pompeyo se fué á Macedonia, y Bibulio Rufo vino á España, meditando César que tenia de su parte las provincias de Francia é Italia, pues como escriben Dion y Plutarco, le habia tocado por cinco años el gobierno de la Galia de las partes de acá y de allá de los Álpes; vino á consentir en que si lograba, miéntras Pompeyo se ocupaba en Macedonia, destruir los legados que tenia en España, se haría señor de todo el Occidente. Con esta idea desistió de seguir á Pompeyo, y resolvió venirse á España; á cuyo fin hizo grandes prevenciones, como lo escriben todos los autores citados en el precedente capítulo: á los cuales seguiré en este y tambien á la *Glosa* de las coplas de Juan de Mena.

2 Prevenido todo lo necesario para la jornada, se puso César en camino para España, viniendo por las tierras de la Galia Narbonense, que estaba bajo de su dominio. Desde allí despachó á su legado Cayo Fabio con tres legiones, paraque se adelantase á ocupar los pasos de los montes Pirinéos, miéntras que él iba reclutando alguna gente, segun lo escriben Dion, Suetonio Tranquilo, el mismo César, Lucano y Pedro Mejía: y luego envió detrás de Fabio otras tres legiones que habian invernado algo mas léjos, paraque le ayudáran. Detúvose él en aquellas partes de la provincia para sujetar á los marselleses, que no le habian querido recibir y le habian cerrado las puertas, con cuyo hecho se conciliaron la guerra de que pretendian huir, como lo dice Lucio Floro.

3 Cumplió Fabio con tanta prontitud las órdenes que le habia dado César, fué tan diligente y caminó con tal secreto, que llegando de improviso á los Pirinéos, dió repentinamente sobre los soldados de Afranio que guarnecian aquellos pasos: los cuales como no tuvieron noticia de aquella venida tan pronta, no estaban bastante prevenidos. Este súbito acontecimiento los espantó de tal modo, que cubiertos de un terror pánico libraron sus vidas en la ligereza de sus pies, huyendo precipitadamente todos desbaratados; y siendo seguidos, se amilanó tambien Afranio que estaba en Castellon de Empurias, y huyó sin parar hasta Lérida.

4 Guarneció Fábio los pasos de los Pirinéos; y él se ha-

jó con el resto de sus gentes al Empurdan, desde donde empezó á despachar cartas á los pueblos de Cataluña, convidándolos con la amistad de César que venia detrás, y se fué bajando por el Principado, encaminándose hácia Lérida, donde Afranio se habia fortificado. No encontró Fabio oposicion en toda la tierra, ántes bien los halló á todos gustosos de seguir á César. Llegó prontamente muy cerca de Lérida, y pasó el rio Segre á vista de sus enemigos. Asentó su Real sin oposicion alguna á la parte de allá del rio hácia Aragon, en cuya misma ribera tenia tambien Afranio plantado su Real. Y aunque dice Plutarco que el rio Segre pasaba por en medio de los dos campos, esta opinion es equivocada; porque de los Comentarios del mismo César, de Morales y de lo que dirémos en estos pasages, resulta probado que los dos ejércitos estaban acampados á la parte de allá, en medio de los rios Cinca y Segre.

5 En esta ocasion, como proporcionada, relata Morales las circunstancias del sitio y territorio de la ciudad de Lérida, en cuya guarda estaban los Pompeyanos cuando llegó Fabio, y dice lo que no sería del caso referir para los de nuestro país, porque los mas habrán estado allí. Pero paraque los otros entiendan mejor los sucesos que allí acaecieron con los dos ejércitos, tengo por útil poner aquí la descripcion de ella, como la trae el mismo Morales, que es en esta forma. Está la dicha ciudad de Lérida situada en medio del camino real que viene desde Zaragoza á Barcelona, cuyo territorio es dentro de Cataluña, distante cuatro leguas de Aragon, junto á la ribera y corrientes del rio Segre. El que viene de Aragon entra en la ciudad, la atraviesa á la larga, y para salir pasa el rio: y al revés el que va de Barcelona á Zaragoza. La mayor parte de ella está en sitio elevado, y los mas y mejores de sus edificios miran de cara al rio, que la toca y baña por el levante y parte del medio dia. Á poco mas de cuatro leguas de ella, que es mas abajo de Fraga, entra el rio Cinca en el rio Segre, y perdiendo allí su nombre el Cinca, dura el Segre hasta que poco mas abajo cerca de Mequinenza entra en el rio Ebro, que viene desde Zaragoza atravesando todo el Aragon. Tiene esta ciudad entre poniente y medio dia una montaña que la sirve de padrasto, por poder ser desde allí ofendida en la guerra. Dicha montaña hoy se llama *Gardeny*, y allí está situado el castillo del Priorato de Cataluña, del órden de S. Juan del Hospital de Jerusalén. El cielo de Lérida es muy inconstante y vario: estremado en frio y en calor, sujeto á continuas nieblas, tanto que en tiempo de mis estudios he visto que desde el colegio de la inmaculada Concepcion

donde yo estaba, hasta la iglesia de S. Andrés que dista un tiro de piedra, no se figuraba una persona de modo que se pudiese conocer quien era. Y por causa de estas nieblas comunmente se pasan ocho, quince ó veinte dias sin ver el sol. Su territorio es muy estéril de leña y de buenos vinos; pero abunda de todos granos, blanco pan, sabrosísimas frutas, y especialmente guindas, granadas, acerolas, manzanas y melones de todo el año. Lo mejor de toda ella es la Universidad, colegios y concursos escolásticos en todo género de ciencias: como quizá (Dios mediante) en otro lugar dirémos, acabando con esto el presente capítulo.

CAPÍTULO LXXV.

Entrada de Julio César en Cataluña y el camino que hizo.

1 Julio César (á quien dejamos en la provincia Narbonense sobre el sitio de Marsella) tomadas las legiones viejas que habian invernado en Francia, y seis mil soldados veteranos que
Med.p.c.68. Cesar p. 2. l. 1. c. 15. recogió segun Medina, ó cinco mil no mas como lo dice el mismo César, tres mil caballos franceses, y otra gente de á pié y de á caballo en igual número del que habia prevenido en Francia; y llamados por sus nombres cada uno de los mas nobles de todas las ciudades de Guiana: comenzó á tomar el camino de los Pirinéos para pasar y entrar en España, habiendo dejado algunos capitanes sobre el sitio de Marsella. Hi-
Dion l. 41. zo esto, segun lo escriben Dion, muy poco despues de haber enviado á Cayo Fabio, recelando que si iba solo, podria ser vencido por Afranio y Petreyo. Estando por el camino se le desvaneció este temor, y se le aumentó el deseo de verse con Fabio, porque tuvo noticia positiva de que habia desbaratado á los enemigos en los Pirinéos, y que tenia bien guardados
Vilad. c. 48. los pasos para la llegada de César, segun Viladamor. Pero como este era en todo tan advertido, no bastó aquella buena noticia para asegurarle del todo el feliz éxito en sus ideas, porque la esperiencia le habia hecho ver que en la guerra cuando no hay temor está mas cerca el peligro, y es cordura estar con recelo de lo que puede suceder. Con esta consideracion, luego que César entró en España, despachó al punto todo su ejército, con órden de que apresuradamente se fuese á encontrar con Fabio; y él se quedó en la retaguardia con solo nuevecientos hombres de á caballo para guarda de su persona, y se fué poco á poco tras del ejército, providenciando de camino lo que convenia á sus fines.

2 Para esplicar por qué tierras hizo su camino, César en

esta jornada, me hallo muy indeciso; porque si bien concuerdan todos en que entró por Cataluña, hay entre ellos alguna divergencia, que basta para hallarme perplejo. Bien conozco que esta perplejidad nace de mi escrupuloso genio; pero como yo no quiero faltar en un ápice á la fidelidad de la historia, es preciso que el lector tenga paciencia en leer las opiniones que le cito, y hacer él la decision como le parezca, porque yo no quiero ser autor de lo que no he visto. Vamos al caso. El Obispo de Gerona se inclina á creer que César entró por los mismos puertos del Pirinéo, por donde habia entrado su legado Cayo Fabio: porque dice que habiendo ocupado Fabio el Pirinéo, vino César á Cataluña, y entró en la ciudad de Empurias; y que desde allí sujetó todo el Empurdan y la ciudad de Gerona; y que despues de haber ordenado lo conveniente, se fué sobre la ciudad de Lérida. De este modo de decir resulta que César entró por el Portús por donde habia entrado Fabio; y que bajando de allí pasaría al Empurdan, y atravesando toda Cataluña, se iría á Lérida. Ob. de Ger. l. 9. c. César Rom. intrat.

3 Francisco Compte escribe el camino de César por muy diferente rumbo: pues dice que pasó el Pirinéo por Cerdaña, y que se detuvo algunos dias en la ciudad de Libia, y que desde allí se bajó á Lérida. Y á mí me parece que esto es lo mas verosímil. Porque en ningun escritor he sabido hallar memoria de que César tocase en Empurias, hasta despues cuando tuvo pacificada la España é hizo colonia romana á aquella ciudad, como lo verémos en el capítulo ochenta y cinco. A mas de que el camino para Lérida desde Libia, Segre abajo, le era mucho mas cómodo que no el haber de ir por Empurias, atravesando todo el Principado. Parece que confirma esto lo que hablando de la fundacion de Libia dejo dicho en los capítulos veinte y dos del libro primero, y dos del libro segundo, donde con la opinion de los autores allí citados advertí que algun tiempo despues se vino *Libia* á nombrar *Julia Líbica.* Lo que dá motivo á creer que sucedería en esta ocasion cuando transitó por allí Julio César, y para adular á este le pondrian su mismo nombre. O si no es esto, será que Julio César le haría el honor de darla su nombre, cuando hizo diversas mercedes á otras ciudades, como lo diré en el capítulo ochenta y cuatro. Compte c. 5.

4 Haga el lector la decision de esta duda, como mas bien le dicte su conocimiento é instruccion, que yo así lo dejo: advirtiendo empero que el Obispo de Gerona escribe que estando César en esta ocasion en la ciudad de Empurias, temiendo que los griegos que allí habitaban como deudos de los marselleses (á quienes él dejaba sitiados) no se le rebelasen; aña-

dió á la ciudad, como por presidio, casi una tercera parte de gente, que todos eran ciudadanos romanos, en los que afianzaba su seguridad. Pero tambien prevengo que esto no puede ser; porque este aumento de vecindario no le hizo César, sino Marco Porcio Caton en la ocasion que dejo escrita en el capítulo cuarenta y dos de este libro. Ni he hallado en otro autor que César aumentase aquella ciudad, sino que de tres pueblos divididos hizo uno, como lo he dicho en el capítulo cuarenta y cinco de este libro, y se hablará aun mas abajo.

5 Por estos motivos yo me persuado que equivocado el Obispo de Gerona quiso decir que César enviaría algunas compañías, para valer á los *latinos* que estaban allí poblados desde el tiempo de Caton. Porque de ningun modo se le puede atribuir el haberla poblado de latinos y romanos; pues es contra lo que escriben los autores antiguos y muy graves que he referido tratando de Caton.

CAPÍTULO LXXVI.

De los puentes que hizo Cayo Fabio sobre el rio Segre; y los encuentros que sus soldados tuvieron con los de Afranio, sobre los pastos de los ganados.

1 Dejo por ahora á César en el camino de España, porque me llama Cayo Fabio su legado, á quien dejé acampado cerca de Lérida á vista del enemigo. Estúvose allí en quietud algunos dias, pues no sabemos ni que él se moviese, ni que su enemigo le provocase; pero despues (segun escriben los autores citados en el capítulo setenta y dos) comenzó á faltarle el pasto para su ganado. Para subvenir á esta falta, fabricó dos puentes de madera sobre el rio Segre, dos leguas mas abajo de su Real, y distantes cuatro mil pasos el uno del otro, paraque por ellos pudiese pasar el ganado á la parte de acá del rio hácia Cataluña, y apacentarlos por aquellas espaciosas llanuras y fértiles riberas. Tratando de estos puentes Morales, dice que estaban dos leguas mas allá de Lérida, rio arriba, y que distaban cuatro millas el uno del otro. Yo me persuado que tiene razon, porque estos puentes debian estar mas arriba de Lérida, y no mas abajo. Y es mas regular que el último de ellos distaría tres leguas de aquella ciudad, segun se evidenciará en el progreso de esta historia. Continua Morales diciendo que sobre la construccion de estos puentes hubo entre la gente de Fabio y la de Pompeyo algunas escaramuzas y peleas de bastante importancia; pero no narra el progreso de ellas: bien que no bastaron á impedirle la fábri-

Mor. l. 2. c. 25.

ra de los puentes, porque los acabó enteramente. Y concuerdan todos los autores citados en el capítulo setenta y dos en que cuando el bagaje y los ganados pasaban por aquellos puentos á la parte de acá del rio Segre á pacer, los escoltaban muy buenas compañías de soldados para resistir á los enemigos, en el caso que les quisiesen impedir los pastos. Los de la ciudad de Lérida y los del Real de Afranio siempre que querian pasaban el rio por su puente, y hacian correrías contra los de Cayo Fabio que escoltaban á los forrageadores, y entre ellos con mucha frecuencia se trababan escaramuzas y encuentros.

2 Aquí se ha de advertir que el puente que hay ahora junto á la muralla de la ciudad (que ha sido de los magníficos que hubo en España, tanto por su arquitectura como por su grandeza y hermosura) no se cree que fuese el que servia á la ciudad en el tiempo de aquellas guerras, ni el de que se hace mencion en este capítulo. Antes bien cuando yo estudiaba en aquella ciudad, siempre oí decir á los curiosos naturales de la tierra, inclinados á investigar antigüedades, que el puente que servia en aquellas guerras, era el que hoy se encuentra junto á nuestra Señora de Gracia, convento de religiosos Agustinos, y cerca tambien de los Trinitarios, en la ribera de la parte de acá del Segre, á unos doscientos pasos poco mas ó ménos del *cap pont* ó arrabal. Y para creer esto hay razon bastante en mi juício, con lo que se dirá en el capítulo siguiente. Acuérdome todavía que cuando ví este puente tenia cuatro arcos, que hoy están tan enterrados y llenos de tierra que no se puede ya pasar por debajo de los dos de los lados; y para pasar por los dos de enmedio un hombre de mediana estatura (como yo he pasado) habia de bajar la cabeza.

3 No pasa por debajo de este puente mas agua que la de un pequeño arroyuelo, que sirve para regar algunos huertos, el cual sale un poco mas arriba hácia levante del rio Segre, y no es de estrañar que el rio pase ahora tan léjos de aquel puente viejo y haya torcido su curso mas hácia la ciudad y junto á ella; porque en dilatados tiempos suelen las aguas hacer semejantes mudanzas. A mas de que en este caso concurre motivo especial; y es, que un Obispo de aquella ciudad hizo construir unas grandes paredes y parapetos de piedra allí cerca de los molinos, quién vá á nuestra Señora de Grañana, lo cual hizo para divertirle el alveo que destruía la huerta, y con esto se le mudó el curso hácia la ciudad; pues parece se queria volver por el alveo antiguo; y los de aquella ciudad le quisieron mas cerca. En los seis años que pasé allí mis estu-

dios le ví hacer muchas mudanzas: pues cuando fuí, que era el año mil quinientos ochenta y cinco, no tocaba á la ciudad, sino al *cap pont*, y todas las casas de la plaza de S. Juan tenian salidas y corrales á su ribera. Despues se torció hácia las casas de la calle mayor y hospital, y cuando acabé mis estudios, ya se habia desviado del *cap pont* y arrimado á la ciudad, llevándose las salidas y los corrales que estaban en su ribera; y haciendo vueltas y revueltas se alejó del Hospital, y mas abajo se llevó los huertos de Micer Barberá: el año de mil quinientos noventa y seis, con una creciente se llevó las casas del Ayuntamiento, que eran las consulares y del senado de aquella ciudad: y el año siguiente de mil quinientos noventa y siete, en el mes de mayo, se llevó dos arcos y medio del puente. De todo lo cual resulta que no es estraño que en el discurso de mil y seiscientos años que han pasado desde el tiempo de César y Pompeyo, haya hecho algunas mudanzas el alveo y curso de aquel rio. Y vamos al progreso de la historia que arriba hemos dejado.

Mor. lib. 8. c. 25. Cesar p. 1. c. 15.

4 Dice Ambrosio de Morales y el mismo Julio César, que los encuentros y funciones de guerra de que vamos tratando, acaecieron en el mes de abril y principios de mayo cuando se derretia la nieve de las montañas. Un dia que Fabio habia enviado segun tenia de costumbre dos legiones á la parte de acá del rio en guarda de los forrageadores y del ganado, súbitamente acaeció una furiosa creciente tan pronta é impensada, que no tuvieron tiempo de prevenirse, y con el furioso ímpetu de los vientos y de la corriente, y con el gran peso del ganado, del equipage y de las legiones que pasaban por los puentes, se rompió de improviso el mas cercano á la ciudad, sin poder pasar el resto de la caballería.

5 El cascajo y pedazos de maderos que tomaron la corriente rio abajo informaron mudamente de la desgracia á las espías y atalayas de Afranio, que pronto advirtieron lo que era. Y reconociendo este la dificultad en que habia quedado su enemigo para socorrer sus ganados que quedaban de la parte de acá del rio, destacó luego cuatro legiones y toda la caballería para que se apoderasen de ellos: confiando en que como por falta del puente no podian ser socorridos, sería cierto el vencimiento y segura la presa. Mandaba aquel dia las legiones de Fabio que iban en guarda del ganado un valeroso soldado nombrado *Lucio Planco*. El cual viendo venir la gente de Afranio, y que no tenia tiempo para llegar al otro puente de mas arriba, se fué retirando poco á poco, y se subió en un alto para hacerse fuerte. Allí dividió su gente en dos partes; y sufrió el ímpetu de los enemigos, resistiéndose como pudo, aun-

que con grande pérdida de los suyos. No duró mucho la batalla; porque el prudente capitan Fabio, luego que supo la ruina del puente, atinando lo que haría su enemigo, despachó prontamente dos legiones al socorro de Planco, las que pasaron por el otro puente de mas arriba. Apénas los de Afranio en lo mejor de la pelea descubrieron las insignias y banderas de las escuadras de aquellas dos legiones, cuando se retiraron, ufanos sí de la victoria, pero sin lograr el robo del ganado que era á lo que fueron enviados.

CAPÍTULO LXXVII.

César llegó á encontrarse con su legado Fabio, y sitiaron la ciudad de Lérida; y de algunas batallas que tuvieron con los Pompeyanos.

1 Prosiguen esta historia los autores citados en el capítulo setenta y dos, diciendo que dos dias despues de la funcion referida sobre los pastos, Julio César que venia detrás de su ejército (como he dicho en el capítulo setenta y cuatro) llegó al Real de Fabio su legado. Este le informó de lo acaecido, y luego dió providencia, paraque se reparase el puente hundido, trabajando de noche. Salió él mismo á reconocer el terreno, y dejando para guarda del Real nuevecientos hombres, se encaminó luego á la ciudad de Lérida con todas sus tropas ordenadas en tres divisiones: hizo alto en frente de los Reales de Afranio, y puso sitio á la ciudad, segun tambien aunque de paso lo tocan Lucio Floro y Antonio Beuter. Flo. l. 4. c. 2.

2 Puesto allí Julio César, y manteniendo algun tanto á sus Beut. p. 1. tropas sobre las armas, presentó la batalla á sus enemigos Lu- c. 23. cio Afranio y Marco Petreyo, legados de Pompeyo, que (como he dicho) estaban acampados con su ejército fuera de Lérida. Los capitanes Pompeyanos sacaron tambien las suyas á campaña, y formados en batalla se quedaron á la mira de lo que haría César, poniendo sus gentes sobre un collado, segun lo Mor. lib. 8. dicen Ambrosio de Morales y Viladamor, y ordenándolas en c. 26. un llano que habia en medio de él y estaba debajo del Real, Vilad. c. 48. segun lo dicen el Obispo de Gerona y el mismo Julio César. Ob. de Ger. Y así dice bien Lucano, que en todo aquel dia no hubo nin- c. præliaCæsar. apud Ilgun encuentro, porque todo fué presentarse la batalla los lerdam l. 9. un á los otro.

3 Conociendo en esto César la reserva con que procedia Afranio, y que estaba por él el venir á las manos, determinó fortificar su campo á la falda del monte, á cerca de cuatrocientos pasos de distancia. Y para que miéntras durase la

obra no se espantase la gente con algun súbito acometimiento del enemigo, ordenó que por entónces no levantasen trincheras, á fin de que no descubriesen la obra los enemigos y se pudiese hacer con perfeccion; porque no habria oposicion, si no lo advertian. Mandó hacer al frente del Real del enemigo una grande zanja de quince pies de ancho; y miéntras la abrian, la primera y segunda division estaban sobre las armas, detrás de las cuales trabajaba sin ser vista la tercera. Así se concluyó la obra clandestinamente, ántes que los enemigos tuviesen noticia de que se fortificaban. Luego que esto estuvo acabado, metió de noche Julio César dentro de aquella cava ó zanja seis legiones, que allí reposaron muy á su satisfaccion; y al dia siguiente, mantuvo todo el ejército dentro de la cava, zanja ó ya Real y seguro campamento. Y porque era forzoso ir léjos á buscar la tierra que necesitaban para atrincherarse y fortificarse, destinó á cada legion un lado del Real para que lo fortificara, y les mandó hacer otros fosos iguales al primero poniendo las demas legiones armadas al frente del enemigo.

4 Admiráronse mucho Lucio Afranio y Petreyo, cuando advirtieron ya hecha la obra. Y para desbaratarla sacaron su gente á la falda de la montaña, provocando á la batalla; pero no bastó á embarazar á Julio César la continuacion de su obra, confiado en la defensa de las tres legiones y en el reparo de la cava. Lo cual visto por las compañías de los enemigos, que no habian osado alejarse mucho de los últimos collados de la montaña, se recogieron presto á su campamento. Al tercer dia fortificó César su Real con trinchera, y mandó venir allí las legiones ó compañías, el equipage y el ganado que habia dejado en el otro campamento mas arriba cerca de los puentes.

5 En lo alto de una sierra, que estaba allí junto á la ciudad de Lérida y cerca del Real de Afranio, habia una llanura de unos trescientos pasos; y como era tan vecina á la ciudad, sus naturales dicen que es la que hoy llaman de Gardeny, pues lo acredita el que todo su contorno es muy llano. Pero fuese esta ó fuese otra, escriben Dion, el mismo César y Apiano, que en aquel sitio alto y muy fuerte habia casi en el medio un collado un poco mas alto, y César comprendió que si lo ocupaba y fortificaba, impediría á sus contrarios la comunicacion libre que tenian de su Real con la ciudad, y los privaría de servirse de los mantenimientos que sacaban de la plaza y del uso del puente. Resolvió ponerlo al punto en ejecucion, y sacando tres legiones de las suyas, y ordenadas en batalla en un parage á propósito, mandó à los alférezes de la una legion que arremetiesen prontamente para ocupar aquel importante

Dion l. 41. Ces. p.2.l.1. c. 17. Ap.l.2.c.11.

puesto. Advirtiéronlo Afranio y Petreyo, y al punto destacaron algunos capitanes con sus compañías, de las que estaban delante de los Reales; y por el camino mas breve que hallaron, llegaron primero y ocuparon aquel sitio, rebatiendo á algunos de los soldados de César que iban á ocuparlo, poniéndolos en fuga, y persiguiéndolos hasta las barreras ó estacadas del Real de César. Salieron contra ellos los de la estacada, que eran de la legion nona, y viéndose de ellos acosados, se fueron retirando con una fingida fuga poco á poco, hasta que estuvieron debajo de la muralla de Lérida; y cuando los tuvieron allí en lugar apto y acomodado, dieron prontamente la vuelta, cogiéndoles la espalda, y quedaron metidos entre ellos y los de la plaza, con cuya favorable situacion lograron matar muchos mas de los que habian muerto en el alcance anterior; porque como dice César peleaban en sitio desigual, los suyos en bajo y los enemigos en alto. Pero no obstante, la constancia de los de César dió lugar á la llegada del socorro, que fué tan á tiempo, que trabada una furiosa pelea se mudó la fortuna á su favor. Alargóse la batalla, perseverando todos en ella, hasta que acabadas las saetas y los dardos pusieron manos á las espadas; y como César fué enviando gente de refresco y alguna partida de caballería, los acabaron de apretar de modo que muchos de ellos se entraron de miedo en la ciudad: y Julio César quedó señor de toda la campaña y del collado alto que motivó la funcion. Luego que César ganó este collado, le fortificó y puso en él algunas compañías.

7 Este pasage comprueba lo que dejo escrito en el precedente capítulo, sobre que el puente de Lérida, de que aquí se trata, era el que hoy está arruinado cerca de nuestra Señora de Gracia, porque por allí pasaba el rio, y entre él y la ciudad mediaba terreno bastante para poderla rodear, que fué la idea de César para cortar á sus enemigos la comunicacion de la ciudad, del puente y de todos los víveres que de ella sacaban: lo cual en el dia no se podría hacer, porque el puente está unido con la muralla, sin mediacion ninguna, y por consiguiente se opone á lo que dice César, de *que el puente estaba cerca de la ciudad*: de modo que habia separacion y distancia de lugar entre la ciudad y el puente. César l.º r. c. 15. part. 2.

8 Tambien de este hecho se verifica lo que tengo dicho, de que aquella montaña que ocupó Julio César, es la misma que hoy se llama Gardeny; porque en todo aquel contorno no hay otra montaña ni collado que tenga comodidad semejante á aquella, desde donde se pudiese hacer lo que habia ideado Julio César, y aquí dejo escrito. Volvamos á la historia.

9 Escriben el mismo Julio César, el Obispo de Gerona y

Ambrosio de Morales, que el dia que pelearon sobre la posesion de aquel collado, duró la pelea mas de cinco horas; y en la primera acometida murieron de los de Julio César cerca de sesenta hombres; y entre ellos un famoso soldado nombrado *Quinto Fulvio* ó Fulginio, centurion primipilario de la legion decima cuarta. César dice que era el que llevaba la primera lanza de aquella legion, que sería capitan de piqueros, y que por su gran valor habia merecido subir á aquel puesto desde soldado raso. Tambien de los de Afranio fueron heridos mas de doscientos, è igual número de muertos; y entre ellos cuatro centuriones de poca cuenta, y un centurion primipilario que se nombrába *Tito Cecilio*. Morales y Viladamor opinan que *primipilario* era centurion del condestable. Pero segun Andrés Alciato y Juan Corrasi no es esta su verdadera significacion; sino que era el que llevaba el águila en el ejército romano (que correspondia á la bandera que entre nosotros lleva el alférez) y presidia á cuatro centurias, que eran cuatrocientos hombres de guerra: nombrábase así, como si mas claramente dijésemos *primer príncipe*. Del encargo, solicitud, cuidado, inmunidad y privilegios de estos primipilarios, tenemos un espreso título en el Derecho civil; allí remito por ahora á los curiosos.

Alciat. l. in tres poster. Cod. tit. de prim. Corras. l. 5.

Tit. de princip. l. 12.

CAPÍTULO LXXVIII.

De las necesidades que padeció César con su ejército estando sobre Lérida, y las diligencias que hizo para remediarlas.

Lucano l. 4.

1 Segun el poeta Lucano, los sucesos referidos en el precedente capítulo acaecieron à últimos del mes de marzo. Pero como en el capítulo setenta y cinco hemos visto que el puente de Cayo Fabio fué arruinado en el mes de mayo, y la funcion de guerra fué posterior, no puede ser lo que quiere Lucano; ó bien será que tal vez los copiadores de Lucano escribieron *marzo* donde habian de escribir *mayo*. Concordes todos los demás referidos, dicen que al acabarse estas funciones era ya entrado el tiempo del verano: y que aunque estaba muy adelantado, dos dias despues de los referidos hechos sobrevinieron unas lluvias tan copiosas y continuas, cual nunca se hubiesen visto en aquellos parages. Porque dicen que las tierras secas se hicieron pantanos, y las balsas enjutas grandísimos lagos; y el Real de César se llenó de agua. Y como las nieves de las montañas se derretian y los manantiales abundaban, vinieron á rebosar tanto las madres de las fuentes, que crecieron las corrientes de los arroyos, y fueron gran-

des las avenidas de los rios que entran en el Segre, de modo que le obligaron á salir de madre, inundando los campos. Y con el furioso ímpetu de la creciente rompió los puentes que habia construido Cayo Fabio, y reparado César.

2 Este acaecimiento puso á César en la mayor consternacion é inminente peligro de perder todo el ejército. Porque como se hallaba acampado entre los dos rios Cinca y Segre, y ninguno de ellos podia vadearse, no podia recibir víveres de las ciudades amigas; ni volver los que habian venido á esta otra parte del rio á hacer forrage; ni llegar al Real los grandes convoyes que le venian de Francia y de Italia. Los pueblos inmediatos estaban exáustos de todo: porque Afranio con anticipacion habia recogido y almacenado en Lérida todos los comestibles: y las mieses del territorio, sobre que se habian inundado de agua, no estaban aun en sazon de segarlas. De modo que habiendo ideado César sitiar á Lérida, él quedó sitiado de agua y de necesidad.

3 No comprendió este infortunio á Afranio, ni en su Real ni en Lérida se esperimentaban estos trabajos, así porque tenia bastantes provisiones, como porque sirviéndose del puente de la ciudad entraban y salian por él sus acémilas y su ganado á pacer y á buscar todo lo necesario con mucha seguridad.

4 Algunos de los de César, que con la ruina de los puentes habian quedado á la parte de acá del rio en guarda de los ganados que estaban en pasto, se atrevieron á querer pasar por el puente vecino de la ciudad, para ír al Real de César. Pero fueron desbaratados por los enemigos, porque no pudieron ser socorridos de los suyos, segun lo escribe Dion Histórico. Dion l. 41.

5 Afranio fué avisado de que venian algunas provisiones al ejército de César, y socorros de Francia de la gente de los rutenos (*Rovergue*), y algunos embajadores de ciudades amigas y confederadas. Y dice el mismo César que salió con toda su caballería y tres legiones à encontrarlos: lo que logró, y los venció y puso en precipitada fuga obligándolos á salvarse en lo fragoso de los montes.

6 Julio César trabajaba cuanto podia en reparar estos daños y comenzaba á construir segunda vez los puentes arruinados: pero no podia concluir la obra; porque las frecuentes avenidas del rio le desbarataban en un punto cuanto habia hecho en cuatro dias. Añadíase á esto que los de Afranio salian algunas veces de Lérida, y pegaban con los trabajadores, y los desbarataban y arruinaban la obra, porque era muy difícil trabajar y pelear á un mismo tiempo. Cesar, parte 2. l. 1. c. 17.

7 Estos trabajos se aumentaron en gran manera: porque

durando las aguas, los mantenimientos llegaron á faltar así por estar la tierra entre dos rios, como por ser poca y estragada con la guerra, y no habia remedio para proveer el Real. Faltando el sustento, faltaban las fuerzas, y los soldados se debilitaban y enflaquecian de dia en dia, causándoles aquel infeliz estado una desesperacion de remedio. Estos desgraciados sucesos ensoberbecieron tanto á Afranio, que ya se figuraba vencedor, y á su contrario arruinado.

8 Con este concepto escribia Afranio muchas cartas á diversas partes de España, Italia y Roma, encareciendo la necesidad en que estaba César, y el inminente peligro de perecer él y todo su ejército. Esto le concilió muchos confederados, que le enviaron embajadores, ofreciéndosele muy de véras: algunos vinieron á encontrarle para ausiliarle y para hallarse con él al tiempo de la victoria: otros muchos de Italia se pasaron á la parte de Pompeyo, y lo mismo hicieron otros que estaban en Roma, dejando la ciudad y pasando á encontrarse con él. Todo lo cual le envaneció tanto, que ya se figuraba dueño de España.

9 En el ínterin, César aprovechándose de su valiente espíritu y animoso corazon, procuraba y discurria medios con que remediar sus trabajos: por una parte animaba á sus soldados, tratándolos con mucha afabilidad, dándoles esperanzas y prometiéndoles premiar su constancia, y por otra trataba y maquinaba como hallar medios con que salir del estrecho en que se hallaba. Y por último, á fuerza de discurrir, halló su ingenio lo que buscaba, porque acertó el modo de construir unas barcas para tentar el vado del rio. Hízo las quillas y costillage de madera ligera; y lo restante del casco de mimbres entretegidos, calafeteados y bien cubiertos con cueros, imitando las que habia visto usar en Inglaterra cuando estuvo en aquel país. Concluidas que tuvo las barcas, las hizo llevar con carros por la noche tres leguas mas arriba de su campo; y echadas al agua, pasaron en ellas un buen número de soldados, los cuales al punto que se vieron á la parte de acá del rio, tomaron una montañita que estaba en la ribera, cerca del lugar donde ántes estuvieron sus puentes. Fortificaron el sitio, è incontinenti fué puesta allí una legion de soldados para guardarle.

10 Pasados algunos dias despues de esta operacion, comenzaron á disminuirse las aguas, y con las barcas hizo César que se rehiciesen los puentes arruinados. Con esto se abrieron los caminos de comunicacion con el Real, y con los sitios donde pacian los ganados, y comenzaron César y toda su gente á cobrar los alientos que ya perdian; porque luego se desterró el hambre, sobrevino la hartura, y se cobraron las fuerzas; tan-

to que el mismo dia quiso entender en ofender á su enemigo; y tuvo con él un reencuentro, en que le mató toda una cohorte de soldados y le tomó un gran número de caballerías: de modo que dentro de muy pocos dias le visitó tan placentera la fortuna que le habia vuelto la espalda, que atemorizados los soldados de Afranio, ya no osaban llevar sus ganados á los pastos; sumergidos en la cobardía y sitiados dentro del Real y de la ciudad.

CAPÍTULO LXXIX.

Se refiere como mudada la fortuna á favor de César, se pasaron á su partido muchos pueblos de Cataluña. Siguió, y sitió á Afranio que le huía. Encuentros y peleas que tuvieron.

1 Continuando en contar la buena fortuna de César del modo que se iba siguiendo, escriben Dion Histórico, Lucano y el mismo César, con algunos de los otros ya citados, que al mismo tiempo que sobre Lérida sucedia lo últimamente referido, los capitanes que (como hemos visto en el capítulo setenta y cuatro) dejó César en el sitio de Marsella, lograron una completa victoria. Sabido este feliz suceso por Afranio, escriben los mismos autores, y con ellos Morales, Mariana y Viladamor, que como él y los suyos estaban ya atemorizados con los felices resultados que obtuvo César contra ellos luego que mejoró de situacion, se espantaron y acobardaron tanto, que temiendo en especial á los caballos de César, no iban ya con la libertad que ántes á hacer forrage, ni osaban alejarse de su Real, para tener mas pronta y segura la retirada en caso necesario; y aun se estrechaban mucho en los pastos. Los de César al contrario, procuraban vedárselo, cercándolos desde léjos con mucha estension; y acometiéndoles frecuentemente con muy espesas cargas, les causaban grandes pérdidas: cuyas operaciones los llegaron á poner en tal estremo de miedo, que luego que veían asomar de lejos la caballería de César, daban á huir desapoderadamente, abandonando ganado, equipages y cuanto llevaban, para llegar prontamente al abrigo de sus Reales. Duró esto muchos dias, continuándose siempre las pérdidas de Afranio y mejorándose el partido de César.

Dion l. 41. Luca. l. 3 y 4. Cesar p. 2. l. 4. c. 12. Morales l. 8. c. 28. Mar. l. 3. c. 19. Vilad. c. 49.

2 Como en asuntos de esta naturaleza siempre ha sido la parlera fama muy pronta en publicar las novedades, no se descuidó en este, porque como la fortuna vencida de la animosa constancia de César se habia declarado ya su protectora, publicó luego por Cataluña, por Italia y por Roma los felices

sucesos de César y las adversidades de los Pompeyanos. Y como siempre en el mundo se han mudado los ánimos de los hombres á correspondencia de las mudanzas de la fortuna, aquellos mismos que poco ántes obsequiaban á Afranio, le dejaron y se declararon por César. Fueron los primeros los de las ciudades de Huesca y Calahorra, que enviaron embajadores espresos para confederarse con él. Y muy poco despues hicieron lo mismo en nuestra Cataluña los de Tarragona y pueblos cositanos, los ausetanos y lacetanos; y algunos dias despues los pueblos ilercaones. A todos los recibió César con mucha benignidad y clemencia; y añade él mismo que á estos nuevos aliados de Cataluña les pidió que le ayudasen con trigo: lo que ellos le prometieron. Y buscando caballerías por todas partes abastecieron el ejército de pan con gran abundancia: porque son pueblos que saben cumplir bien lo que prometen.

3 A esta declaracion de los referidos pueblos se siguió otra muy azarosa y sensible para Afranio, pues una compañía de buenos soldados que tenia en su ejército, naturales de los pueblos ilercaones, luego que supieron que sus parientes y deudos se habian confederado con César, hicieron ellos lo mismo, pasándosele todos para servirle en su ejército.

4 En todo este tiempo nunca dejaba César de discurrir y cavilar como hallar medio para poder vadear el rio Segre; porque como duraban aun las crecientes, no se podia pasar sino por los puentes; los que, aunque estaban tal cual reparados, no sostenian mucho peso, y lo mismo sucedía con las barcas, pues aunque se pasaba, era con mucha pena, mucho despacio, y con peligro: á mas de que para ir á los puentes se hacia mucho rodeo y se fatigaba la tropa demasiado. Por último á fuerza de meditar y trabajar su entendimiento, halló lo que buscaba: mandó que á cierta distancia mas arriba de su Real, se hiciesen muchas acequias, cada una de treinta pies de ancho; y luego se sangró y repartió el caudal del rio en todas ellas quedando en términos, que con mucha facilidad pasaban á pié y á caballo. Esta admirable traza fué el medio que mas concurrió al logro de la completa victoria que consiguió contra sus enemigos, como adelante verémos; y solo hacen mencion de esto el mismo César y Morales.

César p. 2. l. 1. c. 22.

5 Afranio, que cuidadosamente observaba cuanto correspondian los efectos á las trazas de Julio César, llegó á temerle tanto, que ya no se consideraba seguro en su Real, en especial cuando supo la mudanza de voluntad de tantos pueblos á un tiempo y especialmente la de los pueblos ilergetes è ilercaones; y reconociendo que ya no podia contrastar la potencia de César, se resolvió á alzar su campo y marchar á plantar

su Réal en las tierras mas adentro del Aragon, en medio de la Celtiberia, creyendo que tendria allí mejor disposicion para proseguir la guerra. Y para ponerlo en práctica, providenció que se fueran recogiendo todas las barcas que se hallasen en el rio Ebro, y que bajasen á *Octogesa*, cinco leguas mas abajo de Lérida. (Morales y Mariana dicen que *Octogesa* era el pueblo que hoy se llama Mequinenza). Llegáronle á Afranio las barcas, que dice César eran veinte y una, y con ellas fabricó un puente para pasar el rio Ebro, y pasando dos legiones á la parte de acá del Segre por el puente de Lérida, hicieron un fuerte con trinchera de doce pies, y vino á quedar el rio entre ellos y los de César. A este tiempo César tenia ya enteramente concluida la obra de las acequias, y por su medio libre y desembarazado el paso del rio á pié y á caballo, y á todas horas.

6 Afranio y Petreyo, temiendo la vivacidad de César, alzaron su campo por la noche, procurando el mayor silencio; y dejaron dos compañías dentro de Lérida, segun lo dicen algunos de los nombrados autores, y con ellos Pedro Medina. Levantado el campo de los Pompeyanos, se juntaron con las dos legiones que habian hecho pasar á la parte de acá del Segre; y á la primera vigilia de la noche tomaron el camino hácia *Octogesa* para pasar el rio Ebro.

Medina p. 1. c. 68.

7 Llegó á entender esta marcha Julio César, y luego que amaneció despachó detrás de ellos su caballería para picarles la retaguardia: la cual pasó el rio, y á toda diligencia caminó tanto, que alcanzó el ejército de Afranio, y comenzó á embestirlos por la retaguardia con tanta intrepidez, que los detuvo y embarazó bastante en la marcha.

8 Cuando fué ya dia claro, desde los terrenos altos y cuestas donde estaba el Real de César, se veía y descubría muy bien cómo su caballería hacia un grande efecto, cargando á la retaguardia de Afranio y resistiendo valerosamente la furia del ejército enemigo cuando revolvia sobre ellos. Viendo esto los soldados de César se alborotaron, quejándose de que los enemigos se les iban de las manos; y que el fin de la guerra se dilataba sin causa, pudiéndose acabar entónces de una vez. Y alterados de este modo llegaban á los tribunos, y estos á los centuriones, rogándoles dijesen á César, que sin detenerse á meditar el trabajo y fatiga de ellos, los dejase pasar el rio por donde habia pasado la caballería. Era el caso que dos dias ántes el rio habia hecho algun crecimiento, y era peligroso el paso para la gente de á pié. Pero César viéndolos tan determinados y ganosos, se resolvió á contentarlos; y habiendo pasado revista á todas sus tropas, separó á un lado los

hombres sanos, robustos y espeditos, y en otro los flacos, débiles y los que parecia que no tenian bastantes fuerzas para correr y alcanzar al enemigo: á estos los dejó de guarnicion en el Real, y á los primeros les dió permiso para pasar el rio. Para desviar en el modo posible el peligro que amenazaba el paso, discurrió una traza como suya. Y fué que al tiempo de pasar hizo meter en el rio de la parte de arriba muchas acémilas grandes en fila, al través, para que cortasen el ímpetu de la corriente; y mas abajo en el parage por donde habia de pasar la gente de á pié, hizo entrar bastante número de soldados de á caballo, para que en caso preciso los ausiliasen prontamente si los trabucaba el ímpetu del agua. Y fueron tan útiles estas providencias que pasaron todos felizmente sin perderse ni uno. Pasado el ejército, aunque hubo de rodear mucho para tomar el camino en seguimiento del enemigo, y caminó detrás de él seis millas; y con todo que Afranio y Petreyo habian salido de noche y caminado ántes del dia, sin embargo los que les picaron la retaguardia supieron detenerlos tanto, que ántes de las nueve de la mañana los alcanzó César, habiendo marchado con buena diligencia.

9 Puesto ya César con su ejército á vista del enemigo, querian sus soldados acometer con furia. Pero él con suma discrecion los detuvo, y los mandó hacer alto, y comer y reposar, porque no convenia que cansados y desfallecidos entrasen en pelea. De modo que aquel dia no quiso hacer otra cosa mas que asentar su Real y fortificarse á vista de los enemigos, que tambien estaban parados en un sitio alto fortificándose para descansar, muy admirados del alcance de César, que nunca lo pensaron.

10 Este, que deseaba salir con la suya en aquella empresa, sitió á Afranio en aquel sitio alto, quedándose á la espera de lo que haría. Estaban Afranio y Petreyo en tierra quebrada y fragosa, y deseaban aquella noche salir de allí y pasarse á la montaña sin ser sentidos. Pero César, que lo penetró á tiempo, tocando al arma, los atemorizó y forzó á detenerse, confiados en lo fortificado del sitio: por el grande miedo que tenian del alcance de los caballos. Amanecido el dia siguiente salió Petreyo á reconocer la tierra; al mismo fin envió César á Lucio Decidio Saxza español, natural de la Celtiberia. Uno y otro volvieron dando noticia á sus respectivos gefes, de que pasada aquella aspereza de montañas, se descubria una espaciosa llanura de algunas cinco millas, y despues se seguian otras grandes montañas ásperas y barrancosas de pasos muy estrechos; y que de ellos sería señor el que las ocupase primero, y podría fácilmente estorbar la marcha al ene-

migo. Sabido esto, deseaba Afranio partir la noche siguiente y tomar la montaña: empero temiendo la vigilancia de César, no se atrevió à moverse. César tambien tenia voluntad de tomar aquellos pasos de *Octogesa*, que (como tengo dicho) era Mequinenza: pero no podia ir por el camino derecho, porque se lo impedian los enemigos que estaban delante. No obstante este tan grande inconveniente, como él habia bien conocido lo muy importante que le era el tomar aquellos pasos, habiendo reconocido toda la tierra, al rayar el alba del dia siguiente, ántes que los Pompeyanos se moviesen, alzó su campo y comenzó á marchar de través, por un camino muy diverso sin tener apariencia de ír hácia Mequinenza: de modo que muchos del Real de Afranio consintieron en que César se volvia á Lérida por falta de víveres; y en este sentir le alborotaban, è insultaban con palabras injuriosas, celebrando no haberse ellos movido, en concepto de que así habian cansado y apurado á César, forzándole à volverse á su Real de pura hambre, creyendo que se habia venido sin provisiones. (Aqui viene bien aquel refran: *una piensa el vayo, y otra el que la ensilla*). Porque como dice Morales, marchó el ejército de César muy oculto por tierra tan fragosa, que à veces por las sierras y peñas iban los soldados subiendo á gatas, y subidos los unos, daban las manos á los otros para ayudarlos á subir, dejando las armas, y los caballos pasaban con muchísima dificultad. Pero así César como sus soldados toleraban aquellas fatigas con mucho esfuerzo y constancia, sin que ninguno se acobardase ni quedase atrás, porque confiaban que aquellos trabajos serían los últimos de aquella campaña. Llegaron por fin á verse en las cimas de las montañas que deseaban, y comenzaron á torcer el camino en forma de arco; y entónces ya se descubrió claramente que iban á ocupar aquellos pasos que estaban delante, y á cortar el camino á los Pompeyanos. Los cuales se atemorizaron tanto de aquel hecho, que luego con suma diligencia tomaron las armas y se pusieron en camino de Mequinenza, dejando algunas pocas compañías en el Real. Iban unos y otros á porfia de quien llegaría primero á ocupar los desfiladeros y la montaña.

Mor. lib. 7. c. 29.

11 A César le detenia la aspereza de la tierra, que no le dejaba adelantar en el camino; ya los Pompeyanos les detenian los caballos de César, que les iban picando la retaguardia. Prevaleció empero la diligencia de César, que llegó primero al paso, y puso su gente en la llanura, ordenada en forma de batalla. Visto esto por Afranio y que la caballería le apretaba, se recogió á un sitio alto; y desde allí envió cuatro legiones, para que tomasen la montaña mas alta de las que

estaban á la vista, pensando él que despues subiría, y que por allí por las barrancadas tendría paso seguro á Octogesa: pero no le salió como lo pensó, porque la caballería de César encontró aquellas legiones, y cerró con ellas con tal denuedo, que no pudieron resistir, y los alanceáron delante de sus ojos, sin poderlos él socorrer. Con este feliz suceso cobraron tanto ánimo los de César, que querian inmediatamente dar la batalla al enemigo. Pero la prudencia de César consideraba que aunque ganase la batalla, le habia de costar mucha sangre, al paso que él tenia bien comprendido que habia de lograr su fin sin perder un hombre; porque estaba el enemigo sitiado, falto de municiones y de víveres, tenía muy léjos el agua, y el tiempo y sitio era caluroso, y por fuerza la hambre y la sed le habian de rendir; y así con este seguro concepto no quiso dar la batalla. A todo esto añaden los autores Dion y Medina otra consideracion de César, y era el que pelearían los enemigos como gente desesperada por el grande aprieto en que los tenia, y le podia costar cara la victoria que él esperaba conseguir de franco. Sus soldados murmuraban y se quejaban de aquella quietud; pero César perseveraba en su resolucion, conteniéndolos con sus buenas mañas. Aun hizo mas, que fué irse apartando para dar lugar á que Afranio se volviese á su Real, como lo hizo. Y despues fué arrimando su campo al de su enemigo, poniendo bastantes guardias en los pasos y cortándoles los caminos para que no pudiesen pasar al Ebro, con lo que les puso en el mayor aprieto.

12 Reconoció Afranio el deplorable estado en que se hallaba, y ya no concebía la mas mínima esperanza de remedio; porque ni podia arrimarse al rio, ni volverse á la ciudad de Lérida, ni ir á Tarragona, ni surtirse de víveres: sus soldados estaban débiles por las continuas malas noches que habian pasado, cansados de aquellas aceleradas marchas, y afligidos con los frecuentes rebatos que les daba la caballería de César; y lo peor de todo exáustos de víveres, porque se proveyeron muy poco en Lérida, por la satisfaccion con que emprendieron la marcha, muy creídos de que el dia inmediato pasarían el Ebro, y que en Aragon lo tendrían todo sobrado. Mas como á los afligidos nunca les viene el daño en una sola cosa, le sobrevino otro azar á Afranio, que diré en el capítulo siguiente, repartiendo así la historia, para no molestar con la lectura demasiadamente larga.

CAPÍTULO LXXX.

Se refiere como la falta de agua que esperimentó el ejército de Afranio, causó en él un grande alboroto, que los precipitó á rendirse.

1 Estando Afranio con los trabajos referidos, sucedióle otra desgracia impensada, segun escriben los mismos autores alegados en los precedentes capítulos, y en particular el mismo César: pues dice que como el sitio donde estaba sitiado Afranio era por naturaleza fragoso y seco, llegó á faltarle del todo el agua, y esto acabó de ponerle en el último estado de perdicion. Porque les era preciso el ír muy léjos à buscarla con grande trabajo y mayor peligro; pues los de César les salian al paso, y cada punto llegaban á las manos: de modo que la poca agua que podian tomar, la compraban á costa de mucha sangre. Para remediar este grande inconveniente determinó Afranio poner en una fila mucha gente de á caballo, y detrás algunas compañías de á pié, y tras de ellos hizo hacer una trinchera y despues un grande foso, tan largo, que llegaba desde su Réal hasta donde estaba el agua. Y para que los enemigos no lo pudiesen estorbar, entre Afranio y Petreyo se partieron la obra. Puesto esto en ejecucion, así como se iba adelantando la obra, bajo la presidencia de los dos generales, se iban estos alejando del Real; y en su ausencia, comenzaron los soldados á salir del campamento y tratar con los de César, llamando por sus propios nombres á los que conocian ó sabian que eran de una misma patria. Atrevíanse tambien muchos soldados españoles, tribunos y centuriones à ir á preguntarles si se podrian fiar de la fé de César y pasarse á él con seguridad, culpándose ellos mismos de no haberlo hecho desde sus principios. En confirmacion de esto, y para que no se juzgase que venian solo por su propio interés; sino que tambien deseaban el bien de sus capitanes, trataron de que se salvasen las vidas á Afranio y á Petreyo. Asentado esto, se concertó que presto se pasasen las banderas á la parte de César, y enviaron mensageros de paz à los centuriones de los primeros órdenes, convidándose entretanto los unos à los otros, pasándose con toda libertad de un Real al otro, de tal manera que ya los dos Reales no parecian mas que uno solo: y muchos príncipes españoles, que estaban por rehenes ó arras en poder de Afranio, se pasaron tambien al ejército de César; y entre otros un hijo del mismo Afranio se le vino à presentar. Ya César habia prometido, por medio de Sulpicio,

Cesar l. 1. c. 24. 25. p. 2.

que si Afranio queria venir à él, le perdonaría. Y habiéndolo sabido Afranio, incontinenti se retiró de la obra y se volvió à su Real con semblante muy sosegado, y muestras de sufrir con grande ánimo cualquier venturo suceso. Petreyo lo hizo al contrario; porque luego que fué avisado de lo que pasaba, mandó armar aquellos que conceptuaba por mas fieles, que la mayor parte eran españoles y de la cohorte pretoria adargada, y saliendo con grande ímpetu á las barreras del Real, hizo retirar los soldados de la plática y trato que tenian con Julio César y con los de su Real, matando muchos de los que pudo haber á las manos de una parte y de otra; si bien algunos con las espadas en las manos y otros tomando piedras se defendieron algun tanto, fiados en la cercanía de los Reales de César.

2 Comenzáronse à irritar todos los que habian intervenido en el concierto hecho con los de César; y los otros favorecian el partido de Petreyo: lo que produjo una grande division en el ejército. Petreyo huvo de retirarse à su Real, y juntando allí à todos los capitanes, les rogó con lágrimas que no quisiesen entregarle á él ni à su emperador Pompeyo ausente en poder de su enemigo, para que tomase venganza en ellos. Inducidos de él los capitanes y soldados juraron todos que no desampararían su ejército, ni resolverían cosa alguna sin consejo público, y separados de los demás. Y lo mismo juraron él y Lucio Afranio. Hecho esto, todos los soldados que pudo haber à las manos de los de Julio César que habian entrado en su Real, los hizo degollar públicamente, aunque escaparon muchos que escondieron los del ejército, y los echaron fuera aquella noche por la trinchera.

3 Julio César obró lo contrario, pues luego que supo aquella crueldad, hizo buscar en su Real todos los soldados de Petreyo; y con mucho amor y afabilidad les mandó que se volviesen à los suyos: cuya clemencia y benignidad fué muy estimada y reconocida por hija del noble y magnánimo corazon de César, que ganó con aquello las voluntades de todos los españoles contrarios, que le aplaudian como era razon, y de dia en dia se le iban pasando.

4 Viendo Afranio y Petreyo la grande discordia del ejército, el grande apuro en que se hallaban metidos, y que los soldados de las adargas no acostumbrados á ir cargados y mal proveídos de pan, cada dia se pasaban al Real de César; y hallándose imposibilitados de poder pasar adelante, resolvieron volverse á Lérida, donde habian dejado la provision del pan; pensando que desde allí se abriría algun camino que mejorase su suerte. Este era el único espediente que entónces podian tomar, respecto de que Tarragona estaba demasiado léjos, y

el camino con mas peligro de infortunios, porque los pueblos de aquella comarca se habian declarado por César, como lo hemos dicho en el precedente capítulo: motivos por los cuales alzaron su campo para volverse à Lérida, segun lo escriben Morales y el mismo César. Mor. lib. 8. c. 30.

5 Este que no les estaba muy lèjos, viendo el camino que habian tomado, prontamente les salió al encuentro, y avanzándose la caballería, comenzó á impedirles el paso picándoles la retaguardia, y con otras operaciones, hasta que los precisaron á sentar su Real, y parar en sitio muy desacomodado, en el que padecian la misma necesidad y falta de agua que ántes y aun peor; porque no la podian haber sino á costa de muchas vidas, y á cada punto habian de llegar á las manos con los de César. Esta falta de agua realmente la padece toda aquella tierra, no solo en los desiertos, sino tambien en los poblados; pues en muchos de ellos están precisados á beber aguas de balsas y algibes, donde la recogen cuando llueve: por lo que no es de estrañar que padeciesen las tropas de Afranio aquellos trabajos; de que estaban exentas las de César, porque libremente iban y venian al rio. César deseaba vencer á sus enemigos mas con la benignidad que con las armas, como lo mostró cuando la fortuna le ofreció la ocasion. César p. 2.I. I. c. 26.

6 Ya que Afranio y Petreyo con aquellas necesidades y aprietos se vieron sin fuerzas, y tan oprimidos, acabaron de consentir en que les era forzoso rendirse; y pidieron á César parlamento y partido, como ademas de los otros autores ya citados lo toca de paso Beuter. Rogáronle que compareciese delante de los capitanes á solas; pero César no quiso hacerlo, sino es en presencia de los dos ejércitos; y con tal que primero pusiesen en su poder al hijo de Afranio por arras y seguridad del parlamento. Hízose así, y llegados los unos delante de los otros, comenzó Afranio su plática diciendo á César: *Que ni él ni sus soldados debian culparlos por haber sido hasta entónces sus contrarios: pues era oficio propio de los legados y lugartenientes mantener fé y lealtad á su señor ó capitan todo el tiempo que pudiesen. Y pues que ya habian cumplido bastantemente con este deber, como lo demostraban las fatigas pasadas y las presentes; y no podian sufrir mas el dolor del ánimo, ni los trabajos del cuerpo, asi se le rendian y daban por vencidos: suplicando que si quedaba algun lugar á la misericordia, no quisiesen descargar sobre ellos el último suplicio.* A este razonamiento respondió César: *Que nadie pudo quejarse jamás con ménos causa, ni esperar con ménos razon la misericordia que él* Beuter p. I. c. 23.

y Petreyo; pues nunca tuvieron ánimo para pelear, y siempre impidieron la paz, las veces que con buena oportunidad la queria su ejército: ni habian guardado fé, lealtad, ni pacto en los conciertos, treguas y parlamentos que los ejércitos entre sí habian hecho; ántes bien con inhumana crueldad habian muerto los miserables que habian hallado en su Real, entrados allí bajo la buena fé de sus conciertos. Que por esto les sobrevenia lo que sucede de ordinario á los soberbios, que á lo último piden y quieren con mucha eficacia lo que primero han menospreciado. Pero que esto no obstante él, movido no del abatimiento y súplica que le hacian, ni ufano por tan buen suceso, les proponia un partido, no conforme á interés propio, sino segun las reglas de lo justo y ordinario, arreglado á la razon; esto es, que primero deshiciesen el ejército y despidiesen las compañías que tantos años habian mantenido contra su persona; y que saliesen de España, á la que tenian fatigada con tan larga y continua guerra. Que si esto hacian, no temiesen ser ofendidos de él, ántes bien que con estas condiciones tuvieran por muy cierta y segura la paz; y les advertia que no pensasen en pedirle otra cosa, pues la que les prometia era justa y moderada. Acabó de hablar César; y los soldados de Petreyo y Afranio no les dieron lugar á replicar cosa alguna, porque como hasta entónces habian estado temerosos del castigo, oyendo lo razonable del partido que hacia César y que quedaban libres y descansados, dieron muestras de mucho contentamiento y alegría, y gritaron todos á una voz diciendo que César procedia con benignidad; y que se le obedeciese puntualmente. Se acordó que incontinenti fuesen licenciados todos los soldados que eran naturales de España ó habitantes en ella, á quienes aseguró Julio César que no forzaría á ninguno á seguir la guerra, sino que los dejaría ir libres á sus casas: que fuesen tambien despedidos los soldados italianos; y que Afranio se pasase á Grecia, donde estaba Pompeyo.

7 Concertadas así todas estas cosas, se pusieron en ejecucion el dia dos de agosto del año cuarenta y siete ántes de la venida de Cristo nuestro Señor, ó en el año cincuenta, segun Garibay; pero la primera cuenta es mas conforme al curso de la historia. Con esto quedó César señor de toda la España Tarraconense ó Citerior, como lo dicen Paulo Orosio, Beuter, y todos los demas escritores que en la relacion hecha de esta guerra de César dejo citados y referidos.

Ga. l. 6. c. 21.
Oros. l. 6. c. de bello civili.
Beut. lib. 1. c. 23.

CAPÍTULO LXXXI.

Como César se fué á reposar á Lérida, y le quitó el nombre de Mont public. *Y de la memoria de Afrania, liberta de Lucio Afranio, que se encontró en aquella ciudad.*

1 Concluido todo lo dicho del modo que queda referido, dueño ya César de la España Tarraconense, y hallándose al tiempo de hacer la paz tan cerca de la ciudad de Lérida, sobre la cual habia pasado tantos trabajos; y teniéndola aun sitiada con parte de su ejército, ¿quién duda que alzando luego su campo debió ir á unirse con la porcion de tropa que allí tenia? que para gozar del vencimiento, debió apoderarse de ella, sirviéndose de las provisiones que alli tenian almacenadas los Pompeyanos? y que para descansar de sus fatigas debió ordenar el gobierno del país y prevenir las cosas para la guerra de la provincia Ulterior? No lo escriben los que hasta aquí hemos referido: pero las conjeturas son tales, que probablemente nos lo dan á entender, nos lo persuaden, y casi fuerzan á creerlo así. En aquella ocasion sin duda sucedería en Lérida lo que dice nuestro Tomic, y es que Julio César, hecho dueño de la ciudad, la dió nombre, haciéndola nombrar *Leyda*, quitándole el de *Mont públic* que dicen tenia ántes. Pero para concordar bien esto, se ha de entender (como dije arriba en el capítulo 35) que *Mont públic* era sobrenombre, puesto por la costumbre que alli espliqué. Y que puede ser que César hallándose entónces en aquella ciudad, aboliese y quitase aquel nombre, y mandase que la nombrasen solamente con el suyo propio, que era Ilerda. Y advierto tambien que aunque el mismo Tomic pone en este pasage el vencimiento de los hijos de Pompeyo; no es aun su tiempo ni lugar, sino mas adelante, como diré en el capítulo ochenta y tres. Tomic c. 6.

2 En el entretanto que César estaba descansando de los trabajos pasados, y disponiendo las jornadas que diré en el siguiente capítulo; y Afranio estaba poniendo á punto su viage para irse á Grecia, como se habia concertado: acordándose de que en aquella ciudad se le habia muerto una liberta suya, que se nombraba tambien *Afrania*, le hizo un monumento ó memoria, de la que no se puede dejar de hablar. Pues aunque lo que de ella diré no sucediese en el tiempo de que vamos tratando, sino poco ántes hallándose Afranio en Lérida, á lo ménos viene bien en este lugar el hablar de ella sin romper el hilo de la historia. Tal vez no faltará quien crea que no debia yo detenerme en esplicar una memoria de

una muger de tan bajo estado: á este le digo que no se detenga, que vuelva la hoja y pase adelante en lo demás, bien que dejará de leer una cosa curiosa y que no la hallará en otra parte sino á costa de mucho trabajo: pues yo reconozco que no porque Afrania fuese liberta, lo debo pasar en silencio. Que muchos esclavos ha habido á quienes el estado bajo y servil no les obscureció la claridad de su entendimiento, ni les oprimió el generoso ánimo y natural virtud que en sí tenian; porque la fortuna muda las suertes en cuanto á lo corporal; pero no tiene imperio en los dones del alma. Y por eso hemos visto que muchos por la nobleza de su corazon merecieron, como piedras preciosas, levantarse de la tierra, y ser puestas en el inestimable engaste del preciosísimo oro de la libertad; è hicieron tales obras, que con ellas alcanzaron perpetua fama, nombre y memoria, y que les honrasen sus propios señores: y por cuanto tales ejemplares estan recopilados por Revisio Textor, no me detengo en escribirlos. Pero comprendo que entre ellos pudo ser puesta esta Afrania, liberta de Lucio Afranio. De ella trata el arzobispo D. Antonio Agustin, despues de haber hablado de la ciudad de Lérida y de Lucio Afranio; diciendo que tenia en aquella ciudad una memoria suya que decia de esta manera: AFRANIA L. L. CHROCALE S. Que quiere decir: *Afrania Lucii Liberta Chrocale sibi.* Y no declara otra cosa de ella, ni en qué lugar estaba. Pero estando yo en tiempo de mis estudios en aquella ciudad, desde el año de 1585 hasta 1591 en que (aunque sin mérito) me gradué en ella, estaba esta memoria escrita y conservada sobre la puerta foranea de la casa de Onofre Severo, doctor en Derechos, y caballero de aquella ciudad, en la calle que baja de la iglesia de S. Lorenzo al hospital y plaza del Almodí, en una piedra por un lado rompida y entallada en esta forma:

Text. oficin. tit. de amicis arctis.
Aug. Dial. 6.

AFRANIA
L.L
CHROCALE
S.

3 Y estando yo leyendo y deseando entenderlo, salió Micer Severo, y me dijo que la habia hallado fuera de la muralla de aquella ciudad, y puerta de los *Boters*, cerca del arroyo que llaman de la Canaleta: y que para conservarla, se

la habia llevado, y la habia puesto allí (1). Despues habiéndome venido á las manos el libro de los *Diálogos* de D. Antonio Agustin, lo celebré à primera vista, persuadido de que satisfaría mi deseo: pero me dejó con la misma sed. Y ahora que la ocasion nos trae á hablar de ella, desearía mas bien oir la interpretacion, que no escribirla.

4 No dudo que á cualquiera le será fácil el vulgarizarla, y dirá que significa: *Afrania liberta de Lucio*, *Chrocale*, *á sí*, *ó para sí*. Pero qué cosa sea el *Chrocale*, aquí está la dificultad. Para declarar esto, primeramente presupongo que aquella S. en semejantes inscripciones quiere decir *Sibi*, *Suis* ó *Sacrum*. En la primera significacion la entiende el literatísimo D. Antonio Agustin en este lugar, sobre esta misma inscripcion. En la tercera la entienden en otros lugares, en el modo de leer abreviaturas que hacen Apiano y Amancio. En la primera y segunda quiere decir que Afrania hizo para sí, ó para los suyos aquel *Chrocale*: y en la tercera querría decir que el *Chrocale* era *sagrado*. Aquesta significacion es mas conforme á la esplicacion primera que haré de esta inscripcion: y la primera y segunda significaciones se conforman mas con la última esplicacion de las dos que tengo de hacer. Presupuesto esto, entiendo que aquella diccion *Chrocale* está puesta metafóricamente. Y para entender la metáfora, es de saber que los gramáticos tienen un verbo del cual usan los latinos, que se llama *crocare*, y significa el graznar ó cantar del cuervo, segun lo dice Ambrosio Calepino en su *Diccionario*. De cuyos graznidos usaban mucho los agoreros para sus adivinanzas; y fué animal consagrado á Apolo, como se puede ver en Ovidio, y en Vicente Cartario. Y escribe Juan Pieri Valera que el cuervo fué tenido por los agoreros por animal de mal agüero, que amenazaba desgraciados futuros sucesos. Y aunque podria yo traer á este propósito lo que de él dice el poeta Virgilio, y una autoridad del profeta Sofonías, me parece suficiente al intento decir con Pieri que entre otros malos agüeros é infortunados presagios que con su canto trae ó significa, acostumbra pronosticar discordia y separacion de colegas, sociedades y compañías. De lo cual podrémos entender que así como podia ser que Afrania con sus amonestaciones ó de otro modo hubiese avisado alguna vez á Lucio Afranio, previniéndole y pronosticándole la discordia y la division que despues hubo en su ejército, esplicada en los capítulos seten-

Ovid. lib. 2. Methamor. y en el 2. de los Fastos.
Cartha. tit. de Appol.
Pieri l. 23. Hierogli. tit. de corvo.
Vir. Georg. lib. 1.
Sopho. c. 3.

(1) *Nota del Traductor.* Certifican personas de crédito que esta piedra subsiste del mismo modo, y en la misma casa en Lérida, como lo refiere el autor.

ta y siete y setenta y ocho: así acordándose Afranio de esto, tomando la metáfora del graznido y canto del cuervo, por la voz y aviso de Afrania, puso en el sepulcro aquella piedra con la inscripcion que decia *Chrocale Sacrum*, como quien quiere decir: *Afrania liberta de Lucio, canto y presagio verdadero de la discordia del ejército é infortunios que se subsiguieron.*

6 Falta responder á la objecion que tal vez hará algun curioso, diciendo que *crocare* no se escribe con *h*, como está en la piedra *chrocale*, por lo que no puede derivarse lo uno de lo otro: y que *chrocale* es diccion griega, la cual dice Budeo que quiere decir lo mismo que *littus*, ó *arena littoralis* en latin: y en castellano *ribera*, *ó arena de la ribera*. Sea así muy en hora buena; pues no será mala esplicacion el decir que la inscripcion quiere significar: *Que aquella ribera fué consagrada á Afrania liberta de Lucio: ó que fué ella sepultada en la arena y ribera de aquel rio Segre.* Y si por ser mias, ninguna de las dos esplicaciones es buena, no habré hecho poco en mover á los estudiosos á buscar la verdadera.

Budeo, dict. gree.

CAPÍTULO LXXXII.

Como César ganó la provincia de España Ulterior. Venció á Marco Varron, y se vino á la ciudad de Tarragona, y puso aras en los Pirinéos.

1 Volviendo á tomar el hilo de la historia, donde le dejé para hablar de Afrania; digo que vencidos que hubo César los capitanes y legados de Pompeyo, y hallándose ya señor de la España Citerior; para complemento de sus ideas faltábale todavía serlo de la Ulterior. A este fin despues de haber descansado algunos dias en Lérida, alzó su campo, y se puso en camino para pasar á conquistar la España Ulterior. No hubo de menester para lograrlo muchos hechos de armas, porque á la fama de su poder, sabiduría, y buena fortuna se le dieron muchas ciudades, sin que pudiese impedirlo Marco Varron legado de Pompeyo, que ya quedaba solo en España; ántes bien al fin el mismo Varron se vió precisado á ponerse en sus manos, como mas largamente se escribe por los autores que en el discurso de los hechos de César he alegado, y por algunos que presto referiré.

Dion l. 41. Cesar p. 2. l. 2. c. 8. Garib. lib. 6. c. 20. Morales l. 8. c. 33. Ob. de Ger. l. 9. c. de Cæsar. obtentâ Hisp. Mejia Imperial en la vida de Cesar. Mar. l. 3. c. 19. Vilad. c. 50. Cart. c. 32.

2 Escriben Dion Histórico, César, Estéban Garibay, Ambrosio de Morales, el Obispo de Gerona, Pedro Mejía, Juan Mariana, Pedro Viladamor y Micer Luis Pons de Icart, que

habiendo ya sujetado Julio César las dos provincias Citerior y Ulterior, puso á punto las naves que habia ganado de Marco Varron, y con ellas se vino por mar á la ciudad de Tarragona en nuestra Cataluña, en la cual encontró muchos enviados de diversas ciudades de España que le estaban esperando para darle la bien venida y el parabien de sus victorias, y congratularse con él. César los recibió con su acostumbrada afabilidad, mostró quedarles muy agradecido, y les hizo muchas mercedes y públicos honores, con lo que los iba prendando y ganando su benevolencia, ofreciendo contentarlos en todo lo que le quisiesen pedir, y él pudiese valerlos. Hecho esto, y arregladas las cosas de España para el buen gobierno del mejor modo que le pareció conveniente para conservacion de su estado y quietud de la tierra; se volvió á Roma, y allí triunfó de las victorias que habia logrado en España, como parece de Carlos Sigonio.

3 Pero es de saber que al partir César de España á Roma, saliendo de Tarragona, tomó su camino por tierra, porque sin duda le convino así para visitar las ciudades de Francia, que tanto le valieron en la conquista de España, como lo hemos referido en los pasages correspondientes á esta su historia. Y haciendo aquel camino por los Pirinéos, teniendo presente que cuando Pompeyo pasó por ellos, habia puesto sus trofeos, quiso dejar tambien allí una memoria de sus hechos. Pero como sabia que á Pompeyo se le habia murmurado, atribuyéndolo á soberbia y vanagloria, para que á él no le sucediese otro tanto, quiso colorar el hecho con capa de religion, á cuyo fin puso unas *aras* para sus dioses segun lo dicen Dion Histórico y Ambrosio de Morales: aunque no especifican en qué parte del Pirinéo fueron puestas aquellas aras de Julio César. En el libro primero al fin del capítulo diez y ocho he dicho haber escrito Francisco Compte, que Compt. c. 4.
entre las veguerías de Camprodon y de Rosellon hace término una montaña, que se llama del *Coll de las aras*: y que en la veguería de Conflent, entre la tierra nuestra y la de Donada tierra de Francia, se halla otra que se llama la *montaña de las aras*. Y escribe este autor que tomaron el nombre en tiempo de *Osiris* por la ocasion que allí dije, pero no alega autor alguno. Ni yo tengo mas certidumbre para lo uno que para lo otro, ni puedo decir si tomarían el nombre en aquel tiempo, ó ahora por haber puesto César allí sus aras. El lector hará la decision, sobre cual de estos dos tiempos tenga el hecho mas similitud con la verdad; si en tiempo de Osiris, ó en el de César.

CAPÍTULO LXXXIII.

Se trata de algunos procónsules que gobernaron en España: de como á Quinto Casio Longino se le rebelaron en la Ulterior. Muerte del gran Pompeyo, y venida de sus hijos á España.

1 No escriben los autores que yo he visto, quién quedó por gobernador de España cuando se fué á Roma Julio César, si solo que la dejó pacificada, quieta, y sujeta á la voluntad del Senado: y que poco despues de su llegada á Roma, envió á Marco Lépido, como se evidencia claramente de Dion, y lo notan Juan Mariana, Pedro Mejía, y Ambrosio de Morales. Este Lépido, en el tiempo que gobernó, no hizo cosa alguna que sea de nuestro propósito, por lo que solo de paso harémos de él alguna memoria.

Dion lib. 42. Mar. lib. 3. c. 19. Mejia Imperial, en la vida de Cesar. Mor. l. 8. c. 32. 35. Apia. lib. 2. c. 11. Cesar p. 2. l. 2. c. 7. Ob. de Ger. l. 9. c. Cæsar. obtentá Hisp.

2 En la España Ulterior habia quedado Quinto Casio Longino con cuatro legiones de soldados. Y segun escriben los mismos autores, y con ellos Apiano, César, y el Obispo de Gerona, aunque Julio César dejó toda la España en quietud, muy poco despues hubo grandes novedades; pues los de la provincia Ulterior se alzaron contra Longino, no pudiendo tolerar ni sufrir mas los malos tratamientos que les daba. Y dice Ambrosio de Morales que Longino los queria mal, desde que siendo quëstor de Pompeyo le dieron un golpe en la cara, de que se mostraba vengativo al abrigo del escudo de su empleo, cosa indigna de pechos nobles y propia de hombres plebeyos. Ultimamente tomó cuerpo la sedicion, y paró en tumultos, negándole descaradamente la obediencia, y tomando las armas, se conjuraron algunos espresamente para matarle; de los cuales escapó huyendo, segun lo escribe Dion Histórico: y sobre el modo como pasó el suceso, me refiero á Ambrosio de Morales. Indignado Longino contra sus enemigos, continuó aumentando sus tiranías, con las cuales acabó de irritar á los españoles de tal modo, que ya muchos amigos de Pompeyo se alzaron contra él, solo porque era hechura de César.

Año 46 y 45.

3 Los que mas se señalaron fueron los de Córdoba que tomaron por capitanes primero á Tito Thori, y poco despues á Marco Marcelo, que era quëstor en España: y le dieron nombre de pretor. Este supo portarse con tan sagaz conducta, que estuvo bien con las dos partes, pues sus hechos tan pronto cedian en bien de la una, como de la otra: cuyos pasa-

ges sucedieron en los años cuarenta y seis y cuarenta y cinco ántes de Cristo, segun Morales.

4 Al tiempo que esto pasaba en la España Ulterior, sucedian en Italia, Ilírico, Macedonia, Asia y Egipto entre Julio César y Pompeyo, otros casos ruidosos que no me toca á mi escribirlos. Basta decir que Pompeyo fué vencido por César en la Farsália el año cuarenta y ocho, segun Garibay. Garib. lib. 6. c. 24. Pero no pudo ser en aquel año; porque en el de cuarenta y siete se salieron de Roma, rompida la amistad, como lo hemos visto en el capítulo setenta y dos: y así precisamente hubo de ser en uno de los años cuarenta y seis ó cuarenta y cinco. Como quiera que sea, vencido Pompeyo en la Farsália, huyó, y fué muerto por Ptoloméo Rey de Egipto. Y despues César tuvo grandes guerras contra el mismo Ptoloméo y contra los romanos que estaban en África manteniendo la parte de Pompeyo. Sobre lo cual me refiero á Dion, á Eusebio en la olimpíada ciento ochenta y tres, á Juan Sedeño, Sedeñ. tit. 14. c. 16. Plutarco, Suetonio, Apiano, Lucano, Jacobo Bergomense y Plut. in vitâ Cæs. et Pompeii. Juan Pineda.

5 Luego que en España se supo la muerte de Pompeyo y la continuacion de los felices progresos de Julio César, Suetonio in vita Cæsar. Marco Marcelo se declaró enteramente por él, segun se infiere de Dion Histórico; Apia. lib. 2. c. 16. 22. pero no obstante la sagacidad con que se habia portado, fué acusado á César, y hubo de sincerarse Luc. l. 7. 8. para quedar como quedó en su gracia. Al contrario sucedió á Bergo. l. 7. Pin. l. 10. c. 2. Longino, pues fueron oídos los embajadores que contra él enviaron los españoles á Roma, y salió privado de oficio.

6 Marco Lépido que miéntras pasaban estas cosas gobernaba en la Citerior, cooperó mucho para que no se perdiera aquella provincia Ulterior. Porque pasó á ella, y se halló en todos los hechos de Marcelo y de Longino, como dicen los dichos autores. Y despues le fué muy bien, pues como solemos decir, él cogió las capas de los que reñian. Porque Marcelo padeció, Longino fué privado de oficio, y Lépido triunfó en Roma, como parece de Cárlos Sigonio; y en ello concuerdan Dion l. 43. Mor. l. 8. c. 35. Dion y Morales: aunque á la verdad no habia sobre qué recayese aquel triunfo; porque en España no hizo otra cosa que robar á sus compañeros, ni él llevó á Roma otra cosa que dinero. Pero este es el que siempre ha hecho, y ahora hace triunfar á los hombres en todas partes. Lo único bueno que hizo Lépido, fué privar á Longino y sosegar los españoles.

7 Longino luego que se le notició la privacion de oficio, sintió tanto esta afrenta, que se puso al momento en camino para retirarse á su casa, y murió de pasion de ánimo á la parte de acá del Ebro, en tierra de este Principado. Aulo Hir-

cio criado de César, y Morales escriben que Longino hacia su viage navegando por el mediterráneo, y que una borrasca lo echó á los Alfaques de Tortosa, y que al tiempo de entrar en ellos, aumentándose la tempestad, se anegó con todo el tesoro que llevaba. Sea lo uno ú lo otro, es cierto que él murió allí, ó de la angustia ó de la borrasca.

Año 44. 8 Con esto quedaron las cosas de España algun tanto sosegadas en el año cuarenta y cuatro ántes de Cristo; y parece que fué entónces cuando pasó á España Aulo Trebonio, de quien habla Viladamor, sin declarar bien el tiempo; pero se colige asi de Mariana y Morales: los cuales añaden que Trebonio vino desde Francia. Bien es verdad que Medina dice que pasadas estas cosas, envió César á España á Quinto Pedio y á Quinto Fabio Máximo: pero no son contrarios, ántes bien todos dicen verdad, puesto el asunto en órden, conforme se evidencía de Dioa y de Mariana; y el verdadero sentido se le dá de esta manera.

Vilad. c. 51. Mar. l. 3. c. 21. Morales l. 8. c. 27, 28. Med. lib. 1. c. 69.

9 Aunque despues que Lépido en fuerza de la comision de César privó á Longino del gobierno de la España Ulterior, quedó aquella provincia con alguna quietud, esta duró poco; y como entre tanto no habia mucha necesidad de gran gobierno, pasó Trebonio desde Francia á España. Pero luego se volvieron á alterar, y César envió á Cayo Didio con una armada de mar desde Cerdeña. Los rebelados perseveraron contra él, teniendo por capitanes á Tito Quinto, Annio Scapula y Quinto Aponio: y enviaron comisionados á Africa, para que Scipion suegro de Pompeyo (que mantenia allí la guerra contra los amigos de César) les enviase socorro. Scipion celebró aquella sedicion que habia en España, y les envió un buen socorro con Gneo Pompeyo, hijo mayor del difunto Pompeyo el magno, y nieto suyo: ó bien él mismo, habiendo sido espelido de la ciudad de Sturro en la guerra de África, se vino desde allí á España, como lo quiere el Obispo de Gerona. Y al venir, de paso se hizo señor de las islas baleares, Mallorca, Menorca é Ibiza, y despues acabó de pasar á España, apoderándose de ella en el modo que lo cuenta Aulo Hircio en sus comentarios.

Ob. de Ger. l. 9. c. Cæsar. iteru. Hisp. Hircio c. 1.

Año 43. 10 Poco despues de muerto el gran Pompeyo, siguió á Gneo y vino á España su hermano Sexto Pompeyo, con otro socorro considerable, corriendo el año cuarenta y tres ántes de Cristo, segun Morales. Acudieron tambien muchos de los que habian escapado de las guerras de Berbería y Farsalia, y muchos esclavos, prácticos guerreros. Con los cuales y otros, y con los sobredichos españoles, como dicen Apiano y Juan Pineda, creció tanto el número de gente que siguió su parciali-

dad, que Trebonio fué sacado de España. Y entónces César envió por pretores á Quinto Pedio y Quinto Fabio Máximo. Pero luego que llegaron reconocieron tan superior el partido de los rebeldes, que no se atrevieron á hacer nada: y se estuvieron quietos hasta la venida de César, de la cual hablarémos abajo. Entendido esto así, se vé que Medina no es diferente de los otros, sino que por querer ser breve, se hace obscuro muchas veces. Es empero de advertir que Medina dice que estos hijos de Pompeyo vinieron de Africa huyendo. Pero de lo que aquí hemos dicho se evidencía lo contrario. Verdad es que despues que estaban en España, murieron en Africa Caton y Scipion, y entónces huyeron muchos á España: con los cuales creció tanto el poder de los hermanos Pompeyos, que fué necesario que César volviese á España, como lo trataré en el capítulo siguiente. En el presente hemos dicho cosas fuera de nuestro propósito; pero como por incidente tocan en él, no se podian escusar, como conducentes para la plena inteligencia de lo que es mi propio objeto. Lo mismo sucederá en el siguiente capítulo. El lector habrá de tener paciencia si quiere los asuntos con claridad y sin confusion, que es lo que resulta cuando en esta especie de escritos por laconizar se abrevia la esplicacion.

CAPÍTULO LXXXIV.

Segunda venida de Julio César á España contra los hijos de Pompeyo. Y como los venció en una batalla.

1 Segun lo que escriben Dion Histórico, Ambrosio de Morales, el P. Juan de Mariana, Juan Pineda, Antonio Viladamor, y otros de quienes haré aquí mencion, es de saber: que en el tiempo que en España pasaban los referidos sucesos, César tenia muchas ocupaciones en Roma, y se habia hecho nombrar cuarta vez cónsul, como lo escribe Apiano; y tambien cuarta vez se habia hecho declarar dictador, segun lo dice Aulo Hircio. Con esto se habia hecho César señor de Roma, y habia ocupado el imperio y mando; de modo que ya no se osaba contradecirle en nada de lo que queria. Aunque muy pronto supo las alteraciones de España, no pudo dar el remedio con la brevedad que convenia, porque le interesaba tambien no dejar á Roma tan pronto. Pero como sus pretores Quinto Pedio y Quinto Fabio Máximo no podian resistir al poder de los hermanos Pompeyos, escribieron resueltamente á César, que viniese á España.

Dion l. 43. Morales l. 8. c. 38. 44. Mar. lib. 3. c. 21. Pin. lib. 10. c. 3. § 1. Vilad. c. 51. Apia. lib. 2. c. 22. Hircio c. 2.

2 Meditando este despacio sobre lo mucho que le habia

costado la sujecion de España, cuanto le habia valido para adquirir el Imperio, y cuanto le importaba su posesion para conservarse en él: considerada la urgente necesidad por la prisa que le daban, y los continuos ruegos con que le llamaban; se determinó, y vino segunda vez à España por mar, trayendo en su compañía à Octaviano su sobrino, segun se deduce de Suetonio Tranquilo. Fué tan pronta su venida, que ántes le vieron en España que supiesen la resolucion de venir; pues segun dice Apiano, en veinte y siete dias hiso su navegacion desde Roma à España.

3 Movió luego la guerra, cuyos sucesos dejo de contar por ser fuera de mi propósito, diciendo solo de paso que al fin desbarató y venció à sus enemigos los Pompeyanos. Tratan muy à la larga de esta guerra los arriba citados autores y Antonio Beuter. Quinto Fabio Máximo fue hecho cónsul, y triunfó en Roma, como parece de Carlos Sigonio.

4 En una batalla de aquella guerra murió uno de los hijos del gran Pompeyo, y el otro escapó huyendo, como lo
Flo. l. 4. c. 8. dice Lucio Floro. Sobre cual fué el muerto y cual el que huyó, hay diversas opiniones. Viladamor escribe que murió Gneo Pompeyo, y que Sexto su hermano escapó huyendo: y asímismo parece que lo sienten Dion, Apiano y Pedro Mejía en la
Oros. l. 6. c. Petentibus Alexandrin. *Imperial*. Paulo Orosio, que cuenta esta historia siguiendo à Beuter, escribe que murió Sexto, y que Gneo escapó huyendo. Y así hasta ahora tenemos problemático este asunto. Pero el problema se ha de resolver en mi juicio diciendo que unos y otros aciertan en cuanto al que huyó, porque todos dos huyeron, y solo uno se salvó, que fué Sexto Pompeyo.

Mo. l. 8. c. 47. Hircio c. 9. 11. 12. 5 Es el caso, que segun afirman los autores Morales, Aulo Hircio secretario de César, Dion, Apiano, Juan Pineda y Mariana, Gneo Pompeyo escapó de la última batalla, que de poder á poder se dieron cerca de Munda ó de Córdoba (á mi no me toca averiguar el lugar cierto), y huyó á Cartagena, ó á Carteya (que hoy dicen es Algeciras): haciéndose llevar allí en unas andas, con ánimo de venirse desde allí á la España Citerior. En efecto se embarcó con treinta galeras, y navegó algunos dias: pero como iba herido, el peligro que amenazaban sus heridas le obligó á desembarcar. Y siguiendo su camino por tierra, quiso descansar en un sitio alto y fuerte por naturaleza, que no especifican donde era. Súpolo Casonio ó Didio, capitan de algunas compañías de César, y le salió al camino, y le persiguió hasta que le hubo muerto. Despues su cabeza fué presentada á César en Sevilla, como espresamente lo escribe Hircio, que se hallaba en aquellas guerras. Y así es verdad que Gneo huyó y murió; pues aun-

que hay alguna diversidad en el modo de referir su muerte, la resolucion es, que él fué el que murió.

6 Es fama entre personas curiosas, que si bien Casonio ó Didio presentó la cabeza de Gneo á César en Sevilla, el cuerpo fué traido á esta ciudad de Barcelona, y puesto en una ara de piedra mármol muy obrada con follages y figuras de personages guerreros, que hoy sirve de pila á la fuente de la casa del Arcediano mayor de esta misma ciudad (1). Y es muy verosímil que así fuese; porque luego que se escapó Sexto de la batalla, vino á recogerse á Cataluña en la comarca ó region de los lacetanos, y es regular que tendria cuidado de dar honrosa sepultura al que habia tenido tan desdichada muerte. Los lacetanos, aunque viendo la prosperidad de César sobre Lérida se le habian hecho amigos, aun habia muchos que eran en secreto afectos á Pompeyo. Y por la mucha voluntad que tuvieron al padre, recibieron con amor al hijo, y le recogieron, ampararon, y escondieron todo el tiempo que César estuvo en España. Esto sin duda es aquello que dice Tomic, que los hijos de Pompeyo huyendo de César se recogieron en Gerona. Que tambien sería Gerona de la Lacetania, si la tomamos por toda Cataluña, como la tomó Lucio Marinéo, ó la ponemos en la Lacetania, como lo hicieron algunos que cité en el capítulo primero del libro segundo. Y así solo habria errado Tomic en el tiempo, habiéndolo puesto allí donde César venció á Afranio y Petreyo, como ya en aquel lugar lo noté, que es el capítulo ochenta. Viladamor quiere que se recogiese Sexto en los acetanos; pero yo pienso que fué error, porque en Morales se lee claramente lacetanos, y lo mismo se lee en Dion Histórico.

(1) *Nota del Traductor.* Para los que no residen en Barcelona, ni han estado nunca en ella, se advierte que esta pila que se dice sepulcro de Gneo Scipion subsiste aun efectivamente con el mismo ejercicio de recibir el agua de la fuente que hay en el patio de la casa del Arcediano Mayor, conservándose aun en muy buen estado todos los follages y figuras de guerreros de á pie y de á caballo, aparentando una batalla en las posituras de hombres y caballos. (*El actual Sr. Arcediano* (*en* 1830) *va á colocar este precioso monumento en lugar mas digno y en que se conserve mejor.*)

En el mismo patio subsisten tres piedras con inscripciones latinas, puestas seguramente por los romanos á otros fines, que se esplicarán cuando tratarémos de los sucesos á que se refieren. La una de dichas piedras está encima de la nombrada fuente, debajo de una ventana: la otra está en el primer tramo de la escalera principal sobre la mano izquierda, á la alzada de siete ú ocho palmos de tierra; y la otra á igual alzada de tierra está debajo de la escalera.

CAPÍTULO LXXXV.

De las mercedes que hizo César á las ciudades de España; y como á la de Tarragona la hizo colonia, segun algunos; y del Genio de ella.

1 Concuerdan los escritores que tengo citados en el precedente capítulo, en que despues de la muerte de Gneo Pompeyo y fuga de su hermano Sexto quedó sosegada la España; y en que César hizo diversas mercedes á muchos pueblos y ciudades, entre las cuales fué comprendida la de Tarragona, que es de la que únicamente hablaré como tocante á mi propósito.

2 Estoy persuadido que la merced que hizo César á Tarragona en esta ocasion, fué honrarla con el título de *colonia.* Pues aunque algunos han opinado que fueron los Scipiones los que le hicieron esta gracia, como lo he dicho arriba en el capí-
Ag. dial. 7. tulo catorce; no obstante el arzobispo D. Antonio Agustin escribe que tiene por mas cierto que esta merced se la hizo César, fundándose en una piedra que se encuentra en Tarragona con una inscripcion de este modo:

GENIO. COL. I. V. TARRAC.

Que declarada por el mismo Arzobispo, dice: *Genio de la colonia Julia, vencedora, Tarraconense.* De modo que haciendo la esplicacion de aquellas letras COL. I. y queriendo que signifiquen *colonia Julia*; vendria bien el decir *que es colonia de Julio César*. Pero yo considero que estas letras COL. I.
Ag. dial. 9. segun el mismo D. Antonio Agustin en otro lugar declara, quieren decir *Colonia Itálica*, para denotar el privilegio é inmunidad que ella tenia, del cual hace mencion el juriscon-
Paul. l. final. de censibus. sulto Paulo. Considero tambien que este último sentido é interpretacion les dá sobre aquella misma piedra el tarraconense
Icart c. 6. Micer Luis Pons de Icart. Y así no dándoles aquel primer sentido, no se podrá esto atribuir á Julio César. Pero tampoco digo que no deba agradecérsele, y que deba adjudicarse la merced á los Scipiones; sino que concluyo diciendo que de la referida inscripcion no podemos sacar prueba cierta para atribuir esta concesion á César, mayormente diciendo el mismo D. Antonio Agustin que no ha faltado quien ha escrito que la gracia de ser colonia esta ciudad de Tarragona fué privilegio de Octaviano Augusto César, como despues diré en el capítulo noventa y uno.

3 Y para satisfacer en el modo posible el gusto de los

curiosos, especialmente de los que siguen la primera opinion aquí escrita: ya que tengo aquí ocasion para acabar de esplicar la inscripcion de esta piedra, que tal vez mas adelante no se ofrecerá tan oportuna, me quiero detener algo mas en este asunto, porque es mas curioso de lo que parece. Tambien hacen memoria de esta piedra Apiano, Amancio y Carbonell. Pero solo Ambrosio de Morales señala el sitio donde se halló, que fué en la calle de *Escar Moliner* de la misma ciudad. El nombrado Arzobispo tampoco refiere de ella mas que las pocas palabras arriba escritas; pero los otros, aunque en el repartimiento de los renglones discordan algun tanto, en las letras y dicciones concuerdan de esta manera:

Carb. Memorabl. manuscrit. Mor. c. de Tarrag. en las Antigue.

GENIO. COL. I. V. TARRAC. L. MINITIVS. APRONIANVS. II. VIR. Q. Q. TESTAMENTO. EX. ARG. LIB. XV. PONI. IVSSIT.

Morales la traduce en esta forma: *Que Lucio Minucio, que era uno de los del gobierno de los juegos quincuatrios,* ó (segun Micer Icart) *uno de los dos quinquenales, dedicó aquella estatua al Genio de la colonia Julia, ó Itálica, vencedora, Tarraconense, y mandó en su testamento que la pusiesen, dejando para el gasto de esto quince libras de plata.*

4 La misma inscripcion da á entender bastante la calidad del testador que mandó poner aquella estatua. Falta ahora declarar quien era el *Genio* á quien se dedicaba; porque de todos los autores citados, solo Morales (y con mucha brevedad) es quien dice algo. Vicente Cartario, S. Agustin y Luis Vives, escriben que *Genio* era entendido por un dios doméstico: de modo que cada casa, y cada uno en particular tenia su dios *Genio* propio, y le nombraban v. g. el genio de mi generacion. Porque suponian que presidia en ella, ó que era juntamente engendrado y concebido con la criatura; y que era la guarda de aquel, con quien ó para quien era engendrado. En esta forma los gentiles á cada individuo le atribuían su dios *Genio*, ó por mejor decir dos á cada uno, uno bueno y otro malo: el uno como inspirador del bien, y el otro como incitador y estimulador para lo malo. Lo cual parece que en algun modo tenia semejanza con lo que en el dia creemos los católicos de los Ángeles de guarda, y de lor ángeles malos y tentadores. Esceptuando empero que nosotros ni decimos, ni pensamos que los Ángeles nazcan con nosotros, sino que son espíritus puros, criados por Dios milagrosamente, y que nos los da á cada uno cuando nacemos, para nuestra guarda y custo-

Cart. tit. de diis Laribus. S. Agustin l. 7. c. 13. y l. 9. c. 11. de Civitate Dei.

dia; permitiendo, para ejercitarnos, que nos tienten los ángeles malos, que son los espíritus infernales. Los gentiles el dia de su nacimiento obsequiaban con grande fiesta á su dios *Genio*, mayormente cuando nacia el Príncipe, cuyo dia se celebraba con pública y universal alegría. Tambien á cada pueblo, villa ó ciudad le atribuian un dios *Genio* que le protegía y guardaba. Y con esto se entiende el motivo porqué, y á quien se puso la estatua que aquí vamos declarando, la cual se dedicó al dios *Genio*, guarda y custodia de la ciudad de Tarragona.

5 Bella cosa creo que sería el poder saber la figura que tenia la estatua *del Genio*, que estaba sobre aquella piedra: pero varían los autores. Cartario dice que unos la figuraban en forma de serpiente que se entraba en una cueba. Otros en figura de muchacho, con una saya con cola no muy larga, toda sembrada de estrellas, con una cornucopia en las manos. Unos le dan figura de hombre jóven, otros de hombre viejo, y no falta quien le describa con vestidura militar, con una copa de sacrificar en la mano derecha, y en la otra la cornucopia, como si quisiese significar que necesitaban de él los hombres de todos estados, y en toda edad; y que en todo les asistia. De cual de estos modos estaba la estatua no lo sabemos. Contentémonos con haber podido declarar quién la mandó poner y á quién la dedicó.

6 Con esto se viene tambien en conocimiento de otra inscripcion que se encontraba en la misma ciudad de Tarragona segun lo escriben Amancio, Apiano, Morales y Micer Icart, la cual (concordando estos autores en las letras, y discordando en el repartimiento de ellas) decia de esta manera:

GENIO. CONVENT. ASTURICENSIS.

Que quiere decir en castellano: *Que los del distrito ó convento de Astorga pusieron á su dios Genio aquella memoria.*

7 Con la esplicacion de estas piedras nos hemos distraído un poco del curso de la historia y de las mercedes que hizo César á los pueblos de España, particularmente á los de Cataluña. Pero vamos á continuarla en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO LXXXVI.

Como César hizó colonia la ciudad de Empurias, reduciendo las tres naciones de que se componia á un solo pueblo. Y como los emporitanos dedicaron un templo á Diana.

1 Entre otros pueblos que recibieron mercedes de César, fué uno nuestra ciudad de Empurias, segun escriben Mariana, Ambrosio de Morales, Antonio Viladamor y el Obispo de Gerona, con autoridad de Zozomeo Pistoriense. Concluidas las cosas referidas en el capítulo ochenta y tres, vino César á esta ciudad, y le hizo la merced de constituirla *colonia*, honrándola con este privilegio y nombre, como á amiga y principal de las demas de España. Y á fin de que esta merced fuese enteramente cumplida, y quedase aquella ciudad mas ennoblecida, puso en ella nueva gente y nuevos pobladores romanos, á mas de los que estaban desde el tiempo de Marco Porcio Caton. Y deshaciendo la antigua division que habia en ella de tres pueblos y naciones, griega, latina y española, de las cuales cada una vivia dentro de su barrio murallado; estableció que desde allí en adelante no viviesen separados ni en diversas estancias, ni con diferente gobierno, sino que todos compusiesen un solo pueblo; y para esto mezcló las dichas tres naciones, pasando los unos al barrio de los otros, haciendo vivir los unos en los sitios de los otros, y cambiándolos de habitaciones y casas. Hizo tambien que los griegos que estaban allí, y nunca habian dejado su nativo idioma, usasen en adelante de las lenguas latina y española como los otros: y se sujetasen á la observancia de las leyes de los romanos. De todo lo cual hacen mencion los autores que he alegado en los capítulos catorce y quince del libro segundo, y en este capítulo. Año 43. ánt. de Cristo.

2 En aquel tiempo los griegos de Empurias edificaron un templo à la diosa Diana Efesina, como se prueba con aquella piedra que Morales y Viladamor refieren hallarse con una inscripcion, de este modo:

EMPORITANI. POPVLI GRÆCI. HOC. TEMPLVM. SVB. NOMINE. DIANÆ. EPHESIÆ. EO. SÆCVLO CONDIDERE. QVO. NEC. RELICTA. GRÆCORVM. LINGVA. NEC. IDIOMATE. PATRIÆ. IBERÆ. RECEPTO. IN. MORES. IN. LINGVAM. IN JVRA. IN. DITIONEM. CESSERE. ROMANAM. M. CETEGO. ET. L. APRONIO. COSS.

Traducida en castellano quiere decir: *Que los pueblos griegos de Empurias edificaron aquel templo en reverencia y advocacion de la diosa Diana Efesina ó de Efeso: en tiempo que (no habiendo aun dejado la lengua griega, ni tomado, ni usado el idioma y modo de hablar de la patria española) se sujetaron á las leyes, costumbres y señorío de los romanos: siendo cónsules Marco Cetego y Lucio Apronio.*

3 Debo persuadirme que no faltarán curiosos que querrán saber porqué los emperitanos dedicaron aquel templo à Diana y no à otra de sus vanas deidades: ó porqué en aquel tiempo y no en otro; y porqué la intitularon Diana Efesina, si acaso fué por diferenciarla de alguna otra. Quiero satisfacerlos, diciendo que como los emporitanos habian ántes formado un cuerpo de tres diferentes naciones con distinto lenguage, y vivian todos mezclados, les pareció que esto tenia alguna similitud con Diana; porque los gentiles la nombraban por antonomasia *Dea triforme*, por las tres varias figuras y nombres, con que la solian pintar y nombrar, como largamente se lee en Vicente Cartario, en su libro *De las imágenes de los Dioses, titulo de Diana*. Y por esto, como los emporitanos eran tres figuras en un cuerpo, quisieron venerar à aquella engañosa y fingida deidad, que era como ellos, concibiendo que se complacía y deleitaba con las cosas compuestas del número *ternario*, segun lo dice el mismo autor; con lo que se entiende la ocasion, el tiempo, y el por qué en aquel y no en otro.

4 Tambien puede ser que considerando los emporitanos que la ciudad de Efeso en el tiempo de su prosperidad habia sido el emporio de la provincia de Ásia citerior y mayor, por patrocinio y favor particular de la diosa Diana; y que por este motivo (como escriben el Bergomense y Luis Vives en las Adiciones al capítulo II del libro cuarto de la *Ciudad de Dios*) los de Efeso la tenian en suma veneracion, y le habian dedicado aquel suntuosísimo y celebrado templo, que fué una de

las siete maravillas del mundo: por esto sin duda quisieron los emporitanos hacer otro tal templo consagrando ara à la misma Diana, con el renombre de *Efesina*, para que fuese protectora de aquella union de tres naciones, con el fin de que creciese y prosperase el emporio de Empurias, como habia crecido y prosperado el de Efeso, en donde principalmente era celebrada y venerada Diana. Tan grande era la ceguedad de los gentiles; pues creían que podría patrocinarlos la que no pudo contener el incendio de su mismo templo, causado por la malicia del envidioso incendiario *Horostrato* la noche que nació Alejandro Magno, conforme lo escriben Luis Vives, Jacobo Bergomense y otros referidos por ellos y por Ambrosio Calepino.

5 Ambrosio de Morales y Viladamor dicen que la piedra de que vamos tratando fué hallada en las ruinas de Empurias: de que quieren arguir que estuviese edificado el templo en la misma ciudad. Pero yo dudo lo uno y lo otro; y si es cierto que se halló en las ruinas de la ciudad, habria sido llevada allí desde su verdadero asiento, que sin duda fué en el territorio de la ciudad y no dentro de ella. Pues en mi juicio el templo se edificó media legua distante de la ciudad, en el sitio que ocupa hoy el vecindario que se llama de *Diana*, à la parte de acá del lugar de Albons, del cual he hablado en el capítulo catorce del libro segundo, probando que se llamó *Alba*, y que fué poblacion de los mismos griegos marselleses, como Empurias: no siendo de estrañar que al vecindario de *Diana*, en el pago ó distrito de Empurdan, le quedase el nombre del templo; pues à Portvendres le quedó, segun muchas opiniones, por haber estado allí el templo de Vénus. Y tambien la ciudad de Denia trae este nombre de otro templo dedicado à Diana que hubo en aquel parage, como ya lo dejo esplicado en el capítulo cuarto del libro primero, y en el trece del segundo. Y si meditamos bien las cosas de aquellos tiempos, verémos que el templo de Denia comenzó à tener fama y concurso de devotos en los principios, cuando los griegos de Empurias y Denia vinieron de Marsella. Y el de Empurias se fabricó en el tiempo que los griegos dejaron de habitar separados, y se unieron y mezclaron con los españoles y con los latinos.

6 De la inscripcion de esta misma piedra, meditando aquella cláusula que dice: *Emporitani populi Græci*, se infiere que no solo los habitantes de la ciudad de Empurias, sino tambien todos los otros pueblos griegos de la comarca pasaron por lo mismo que los de la ciudad, y contribuyeron para los gastos de la fábrica del templo; pues la escritura habla en ge-

neral de pueblos; y así denota que eran muchos; porque à no ser ellos comprendidos, no hubieran usado de esta espresion: *los emporitanos pueblos griegos*; sino que hubieran dicho: *el pueblo griego de Empurias.*

7 Los cónsules nombrados en la inscripcion de que se trata, no se hallan continuados en los catálogos y fastos consulares: cuya falta consiste en que no fueron mas que substitutos, como lo escribe Ambrosio de Morales. Lo cual no es de estra-
Dion l. 43. ñar; porque escribe Dion que en aquella concurrencia de tiempos no estaban aun en Roma bien ordenadas las cosas tocantes al gobierno. De que se originaba que unos cónsules no lo eran el año entero, otros no duraban ni medio año, y algunos solo un mes: por cuya causa se ignoran los nombres de muchos de ellos. Y de esto nace la imposibilidad de señalar año cierto à la construccion de aquel templo.

8 Por conclusion de este capítulo digo, que es cosa bien digna de advertirse el teson con que los griegos mantuvieron el uso de su natural idioma por espacio de doscientos noventa años, que pasaron desde el de trescientos treinta y tres en que llegaron à Empurias, hasta el de cuarenta y tres en que se unieron con las dos naciones española y latina, aunque vivieron con ellas separándolos solo una cortina de muralla.

CAPÍTULO LXXXVII.

Como César se fué á Roma; y Sexto Pompeyo se alzó en España, y como despues de muerto César fué restituido á Roma. Muerte de Ciceron.

Año 43 ant. de Cristo. 1 Luego que César hubo hecho las mercedes à los pueblos de Cataluña, se volvió à Roma, segun dicen todos los escritores citados en el capítulo cuarenta y ocho; pues aunque
Ga.l.6.c.22. Estéban Garibay escribe que sería el año cuarenta y seis ántes de Cristo, lo mas cierto y conforme con lo que queda escrito en el capítulo ochenta y cuatro, y con lo que dicen Am-
Mor. lib. 8. c. 49. brosio de Morales y Pedro Viladamor, es que partió de Espa-
Vilad. c. 51. ña en el mes de octubre del año cuarenta y tres ántes de Cristo. Y concuerdan todos en que César dejó en la gobernacion de la España Ulterior á *Senio Dolion* ó *Assinio Polion*: y en la Citerior à Marco Lépido; el cual estaba en España desde la ocasion escrita en el capítulo ochenta y dos; y desde aquí gobernaba tambien la provincia de la Galia Narbonesa, segun lo escriben Dion Histórico y Ambrosio de Morales.

2 Hemos probado ya en el capítulo 83 que cuando Sexto Pompeyo escapó de la batalla, se vino á los pueblos lacetanos,

de quienes fué amparado y ocultado. Aquí pues con mucho secreto fué juntando los que habian quedado del ejército de su hermano, segun lo escribe Apiano: y poco despues que César se volvió á Roma, con la ayuda de los mismos lacetanos, comenzó à salir y manifestarse en público, y à perturbar la quietud de España. Con estos y con los que habia recogido de su hermano se rehizo, y mostró ánimo de renovar la guerra pasada, segun lo escriben Dion Histórico, Ambrosio de Morales, Juan Mariana, y Antonio Viladamor.

Ap. l. 2. c. 23. 24 y 25.

Dion l. 45. Mor. l. 8. c. 47. 49. y 50. Mar. lib. 3. c. 23. Vilad. c. 52.

3 Sucedia esto en España en el año cuarenta y dos ántes del glorioso Nacimiento del Hijo de Dios, nuestro Redentor y Maestro. Y en este mismo año, segun refieren Ambrosio de Morales, Estéban Garibay y Pedro Mejía, que era el tercero de la dictadura de César segun Juan Bautista Egnacio, habiendo imperado cuatro años y siete meses, y así en el año quinto de su imperio, como dice Jacobo Bergomense, fué muerto à puñaladas el mismo Julio César en el Senado de Roma por algunos enemigos conjurados: lo que mas largamente escriben los ya citados autores y con ellos Paulo Orosio, Plutarco, Suetonio, la Adicion á Lucano, la Glosa à los Triunfos del Petrarca, Fr. Juan Pineda, y nuestro canónigo Francisco Tarafa.

Ga. l. 6. c. 23. Mejia vida de Cesar. Egnacio l. 1. Bergo. l. 7. Oros. l. 6. c. qualiter in curia. Suetonio in vita Cæsar. Luc. l. 1. Glosa al c. 3. del Triunf. de amor. Pin. lib. 10. c. 4. § 5.

4 Súpose esta muerte en España el año siguiente, que era el cuarenta y uno ántes de Cristo segun Ambrosio de Morales y Viladamor. Sexto Pompeyo cobró ánimo, y como estaba brioso con la gente de guerra que ya tenia, púsola en ordenados escuadrones y en forma de ejército, y marchó de Cataluña enderezando su camino hácia el Andalucía, en donde (pasando primero por tierra de Cartagena) entró despues con tanta furia, que *Senio Dolion ó Assinio Polion* que allí gobernaba, no le pudo resistir de ninguna manera: ántes bien desbaratado huyó con toda la gente que tenia. Y con esta victoria quedó Sexto muy poderoso y ufano, y señor de toda la Andalucía.

5 No escriben los historiadores lo que pasó en nuestra Cataluña, que es de donde salió todo aquel poder que aseguró la vida y restauró el honor de Sexto: ni qué prevenciones hizo Lépido, que era el que presidia en las provincias de la Galia Narbonesa, y de la España Citerior y Tarraconense. Pero yo estoy en el concepto de que el poder de Sexto Pompeyo fué tan grande y tan pronto, que Lépido no le pudo impedir, mayormente hallándose como en aquella sazon se hallaban las cosas de la corte de Roma tan alborotadas por el acaecido asesinato de Julio César. Por lo que me persuado que Sexto Pompeyo se hizo con mucha brevedad señor de toda Cataluña; con-

firmándome en esta opinion el que Lépido aunque gobernador de Cataluña, propuso partido à Sexto y le prometió en nombre del Senado (segun escriben los historiadores referidos arriba) que si queria dejar à España quieta y pacifica, y volverse á vivir en Roma, le darían licencia para llevarse allá todos sus muebles, tesoros, haberes y dinero: y que íntegramente se le restituirían los bienes que fueron de su padre. De lo cual se infiere que Lépido no pudo resistirle ni arrojarle de la Lacetania con la fuerza; sino que tuvo à bien entrar en partido con él. Aceptado y firmado el concierto, Sexto Pompeyo se fué à Roma; y tambien se fué allá Marco Emilio Lépido, que triunfó de España el último dia de diciembre, segun lo escribe Cárlos Sigonio. Despues de su ausencia, ignoramos quién quedó por gobernador de esta nuestra provincia Tarraconense.

6 Miéntras que en Italia y en España acaecian estos sucesos, corriendo aun el mismo año cuarenta y uno, como escribe Morales, sobrevino el fallecimiento de Marco Tulio Ciceron, grande padre de la elocuencia romana. Y segun escriben Plutarco y Apiano le mató un discípulo suyo llamado Popilio, à quien el mismo Ciceron con su sudor, jurisprudencia y elocuencia habia defendido y librado de la muerte, à que habia sido condenado: y en pago de tan buena obra correspondió este ingrato quitando la vida á su bienhechor. Habia estado Ciceron en España, y particularmente en Tarragona, como lo dice Micer Icart: y algunos naturales de Arpino (que segun D. Antonio Agustin era la patria de Ciceron) hallándose en Tarragona, á donde como metrópoli acudian gentes de todo el mundo; ó estando él en aquella ciudad, ó (conforme lo mas cierto) sabida por dichos sus patricios su muerte: para que no se acabase la memoria de un tan célebre jurista y padre de la elocuencia, ántes bien se perpetuase en las generaciones de los hombres; y para manifestar que sabian estimar los méritos de Ciceron, concertaron ponerle una estatua en aquella ciudad con una inscripcion, que esplicára los empleos y encargos que habia tenido en la república romana. La cual subsistió en pié hasta el tiempo de Micer Luis Pons de Icart, quien la escribió en su libro intitulado: *Grandezas de Tarragona*; y tambien la refiere Ambrosio de Morales, en la forma y tenor siguiente:

Plut. in vita Cicer.
Ap. l. 4. c. 4.
Mor. en las Anti. de Tarragona.

M. TVLIO. CICERONI. M. F. ROMANÆ.
FACVNDIÆ. PRINCIPI.
QVÆST. ÆDIL. COS. PROCOS. IMPE-
RATORI. P. P. ARPINATES.

Esta inscripcion queda suficientemente entendida con lo que ántes he dicho de ella; faltando solo esplicar que Ciceron fué quëstor, edil, cónsul, procónsul y capitan general, aunque jurista; pues las letras nunca tuvieron aversion con las espadas.

CAPÍTULO LXXXVIII.

Como Octaviano sucesor de Julio César se concertó con Marco Antonio y con Marco Lépido, y despues los destruyó.

1 A fines del mismo año cuarenta y uno ántes de Cristo: habiendo sucedido á Julio César su sobrino Octaviano (que despues fué nombrado César Augusto) ocurrieron grandes cuestiones con Marco Antonio y con el arriba nombrado Marco Lépido; y por último se convinieron y concertaron en que el gobierno del Señorío romano se dividiese en tres partes, duradera esta division el tiempo de cinco años. A Lépido le cupo la Galia Narbonesa con las dos provincias Citerior y Ulterior de España: á Marco Antonio, Francia y Flandes; y á Octaviano Italia, África, Cerdeña y Sicilia: dejando lo demas de Grecia y Asia, porque tenian ocupadas las dos provincias de aquellas partes dos ciudadanos romanos nombrados Casio y Bruto, principales conjurados en la muerte de Julio César. A este modo de gobierno y repartimiento de provincias nombraron *Triumvirato*, que quiere decir *gobierno de tres hombres*. Y para entera inteligencia de esta division, puede el curioso lector ver los autores siguientes. Apiano Alejandrino en el capítulo primero del libro cuarto. Suetonio en la *vida de Octaviano*. Paulo Orosio en el libro quinto, capítulo de la *potencia de César*. Dion en los libros cuarenta y cinco, cuarenta y seis, y cuarenta y siete. Juan Sedeño, título trece, capítulo primero. Jacobo Bergomense, libro séptimo. Juan Pineda, en el capítulo cinco del libro diez. Lucio Floro, libro cuarto, capítulo quinto. Juan de Mariana libro tercero, capítulo veinte y tres. Y Pedro Mejía en la *Imperial*, en la vida de Octaviano. Año 41.

2 Este Triumvirato en los principios tuvo el nombre de gobierno, pero los hechos de tiranía: porque comenzó con proscripciones y publicaciones de sentencias, condenando á muerte á muchos caballeros, ciudadanos y senadores romanos con tal esceso, que Tito Livio dice pasaron de ciento y treinta; en cuya sangrienta escena tenia la mayor parte el furor concebido por motivo de codicia: á saber, por parte de Lépido contra Lucio Paulo su hermano: por parte de Antonio contra Lucio César su tio; y con mandamiento de Octaviano contra

Marco Tulio Ciceron, siendo Popilio el instrumento de aquella tirana crueldad, como lo he tocado en el capítulo antecedente. Pero con iguales efectos acabó aquel Triumvirato: porque Marco Lépido, aunque segun el concierto de la division debia estar en su gobierno cinco años, no cumplió este tiempo, á causa de las nuevas cuestiones que se movieron entre él y Octaviano en el año treinta y ocho ántes de la venida del Salvador, como lo señalan Morales y Viladamor. Y Octaviano para sosegarlo, le dió la provincia de África en recompensa de la de España que le quitó, conforme lo escribe Apiano. Y así Marco Antonio quedó señor de toda la tierra que hay desde el mar Jonio hasta Levante; y Octaviano de la que ya tenia y de toda la Hesperia, como lo dice Plutarco. Sabiendo Marco Antonio que Lépido habia de pasar á África, procuró hacerse señor de aquella provincia, segun resulta de Dion Histórico; y así conforme dice el mismo autor, Lépido solo de nombre tuvo el gobierno de África, y quedó del todo excluso del Triumvirato.

Mor. lib. 8. c. 58. Vilad. c. 52. Apia. lib. 5. c. 10. y 12. Plut. en la vida de Ant.

4 Poco despues de estos conciertos, Octaviano acabó de destruir à Lépido en aquel mismo año, como parece de Dion y Apiano: dejándole en Italia no solo vencido y en bajo estado, como hombre particular; pero aun afirma Paulo Orosio que le desterró.

Dion l. 49. Ap. l. 5. c. 25.

5 Vencido y destruido Lépido, quedaron con la monarquía romana Octaviano y Marco Antonio. Y esto creo yo que es lo que quisieron decir Hartman Schadel en su *Chronica mundi*, y S. Antonino de Florencia, cuando escribieron que Octaviano y Marco Antonio se partieron la monarquía: sin hacer mencion de Lépido. Y así parece de todos los alegados autores, y particularmente de Suetonio Tranquilo.

Schad. en el tiem. de Oct. S. Anton. tit. 4. c. 6. al fin del princip.

6 Despues tambien se creó un grande odio y enemistad entre Octaviano y Antonio, formando y dándose quejas el uno al otro, de que cada uno respectivamente se habia apropiado algunas tierras de la conquista del otro: y que de muchas victorias no se habia hecho la reparticion, y se habian defraudado el uno al otro infinitas riquezas. Cada uno acusaba al otro aquello mismo de que él era acusado. Bien que solo en lo perteneciente al honor fué Marco Antonio reo contra Octaviano. Porque se enamoró de Cleopatra y triunfó de su castidad, siendo ella Reina de Egipto. Por cuyos amores Marco Antonio despreció à su legítima, discreta, gentil y honesta esposa Octavia, hermana de Octaviano Augusto César: quien justamente se quejaba de que su cuñado hubiese abandonado á su hermana por una embaidora etiopisa, muy inferior en gentileza y honestas prendas à su legítima esposa, como lo

dice Plutarco. Llevaba siempre en su compañía aquella manceba en los ejércitos y demas parages adonde iba: y aunque muchas veces habia prometido dejarla y corresponder à su esposa, no solamente no lo cumplió, sino que agravó la injuria y aumentó el desprecio, coronando en diversas provincias y reinos los hijos que de su difunto marido tenia Cleopatra, y los que le nacieron de su adulterio. Envió à Roma à arrojar de su casa à su esposa Octavia, que casta y honestamente estaba criando sus hijos, y los que habia tenido Antonio de su primera muger Flavia. Y finalmente tomó las armas contra su cuñado Octaviano, forzándole con estos agravios à venir à batalla campal con él, como de hecho se la presentó, y en ella le venció. Y desde allí en adelante gobernó y tuvo él solo el imperio y señorío romano; como todo mas largamente se lee en los libros 48, 49, 50 y 51 de Dion Histórico, y en los de Paulo Orosio, Jacobo Bergomense, Juan Sedeño, Plutarco y Suetonio en los lugares ya alegados, y en Fr. Juan Pineda en el libro 10, capítulo 37: porque todos largamente escribieron esta historia.

CAPÍTULO LXXXIX.

De las guerras que Gneo Domicio tuvo con los ceretanos, y de los grandes tesoros que salieron de España.

1. César Baronio siguiendo à Dion Histórico escribe que en el mismo año treinta y ocho ántes de Cristo vino à España Gneo Domicio Calvino por procónsul. Y aunque Estéban Garibay pone esta venida en el año treinta y cinco, y Morales y Viladamor dicen que llegó en el año treinta y tres: esto no obstante, tengo por mas verosímil la opinion de Baronio, así porque esta jornada de Domicio habia de anteceder al cómputo de la *Era*, por la razon que diré en el próximo siguiente capítulo, como tambien porque en el tiempo de Octaviano no sabemos que hubiese otras guerras en España mas que las de Cantabria y Galicia. O tal vez si Domicio en aquellos años se hallaba ya en España, sería habiendo venido segunda y tercera vez, siendo preciso que la primera venida fuese en el año treinta y ocho. Así que reteniendo este propósito, y escribiendo el suceso como todos ellos concordes refieren, ciertamente es de creer que Domicio vino para el proconsulado y gobierno de la Citerior ó Tarraconense, porque fué enviado de propósito contra los pueblos ceretanos, que son de nuestra Cataluña, como en otros lugares y señaladamente en el capítulo primero del libro segundo lo hemos visto, dándo-

Bar. in Mart. die 22. Octobris.
Ga. l. 6. c. 26.
Mor. lib. 8. c. 52.
Vilad. c. 52.

les allí sus límites y términos. Los cuales pueblos, ó fuese por mantener la obediencia y amistad à Lépido, à quien Octaviano habia privado de la España, como queda escrito en el próximo anterior capítulo, ó por cualquier otra causa, se habian alzado y puesto sobre las armas. Y todos sus progresos y los de Domicio consisten en que habiendo tenido un legado suyo muchos encuentros con los ceretanos, les hizo dar una batalla y en ella los venció. Pero lo hicieron tan bien los ceretanos, que despues que los tuvieron por vencidos, se rehicieron y rodearon à Domicio, y teniéndole circuído, rodeado y encerrado en medio, apretáronle de tal modo, que Domicio casi se conceptuó perdido allí, porque los suyos no pudiendo resistir la furia de los ceretanos, le desampararon poniéndose en fuga; y no hay duda que Domicio haría lo mismo, desamparando el campo y salvando la vida con la ligereza de sus pies. Pero despues, meditando sériamente en la falta cometida por su gente, y cuanto habia peligrado su vida, la reputacion de Roma, y el estado de las cosas de España por la culpa de los suyos; resolvió castigarla, para que otra vez el temor de la pena los tuviese mas constantes en la adversa fortuna. Pero como era dificultoso punirlos à todos en general; procedió con mucha prudencia en el modo de hacerlo. Mandó juntar toda la gente à parlamento; hizo que los que no tenian culpa circundasen à los culpados, y encerrados así, mandó diezmar las centurias culpadas; y de cada una de las así diezmadas tomó veinte hombres; á estos los hizo sortear, y condenó à muerte à los que salieron por suerte, salvando la vida à los demas. Con este ejemplar castigo quedaron sus soldados tan escarmentados, que en adelante observaron siempre la mas firme constancia en las funciones de guerra que se ofrecieron. Domicio volvió muy pronto à acometer à los ceretanos y los venció: entrando despues en Roma (como lo dice Cárlos Sigonio) triunfante de aquella victoria y llevando mucho oro y otras riquezas que con la misma victoria habia adquirido. Y fueron tantas, que no solo sufragaron para su triunfo, sino que fueron suficientes y bastantes para el del Emperador Octaviano, que (segun los dichos autores Dion y Baronio) entró aquel año triunfante en Roma. Y aunque todas las ciudades sujetas acostumbraban à contribuir para el gasto de los triunfos de los Emperadores, como de hecho dice Suetonio Tranquilo que contribuyeron para aquel, el tesoro de España bastó solo para todo, y aun para mucho mas en adelante; porque fué con tan grande magnificencia, que despues de haber gastado parte de él en el triunfo de Octaviano, sufragó todavía para la reedificacion de su palacio, que se habia quemado; y lo mejoraron con

grandes adornos y muchas figuras. Del cual triunfo de Domicio, gastos y suntuosidades de Octaviano, se puede colegir cual sería la guerra de los ceretanos, y cuanto el tesoro que salió de ellos y de España.

CAPÍTULO XC.

Se trata del motivo y principio de la cuenta de la Era, *que la comenzaron á usar los ceretanos y catalanes y despues otros.*

1 Sucedieron tantas cosas y fué tan venturoso Octaviano en aquel año treinta y ocho ántes de Cristo, que sus prosperidades acaecidas en aquel año no solo le hicieron à él famoso, sino que tambien al mismo año le hicieron célebre para muchos centenares, dándole perpetua memoria de años y siglos. Porque de aquel año treinta y ocho ántes de la Natividad de Cristo nuestro Redentor advierten Ambrosio de Morales, Pedro Antonio Viladamor, nuestro canónigo Francisco Tarafa, Estéban Garibay, Blas Ortiz, Pedro Miguel Carbonell, el P. Juan de Mariana, Juan Vaseo, Pedro Mejía, César Baronio con autoridad de S. Julian arzobispo de Toledo, el Dr. y obispo Diego Covarrubias, y otros por ellos referidos, que se tomó el principio de la cuenta de la *era*, tan sabido y usado en España. Y aunque nuestro Obispo de Gerona comienza la cuenta de la *era* en el año veinte y seis ántes de Cristo, realmente yerra el tiempo de ella; pues en vez de ponerlo en el año treinta y ocho, lo pone en el año veinte y seis. Y yo sospecho que este error le recibió tomando la cuenta del año de la data ó fecha de un edicto de Octaviano, de que hablaré en el capítulo noventa y uno, en lugar de tomarla del año en que Octaviano comenzó à imperar solo, y propuso el caso à la deliberacion del Senado, de cuyas resultas salió despues el edicto. Si ya el mismo Obispo no lo salva, diciendo que su intento no fué decir que esta cuenta tuviese su principio en dicho año de veinte y seis, sino que en aquel año se comenzó à usar aquella cuenta de la *era*, tomando el principio desde el año treinta y ocho: de modo que comenzando à usarla en el año veinte y seis no dijeron *era primera*, sino *era décimatercia*; y así viene bien à comenzar el año treinta y ocho.

Año 38.

Mo.l.8.c.15. Vilad.c.52. Taraf.c.41. Ga.l.6.c.26. Ortiz c. 3. Carb. en la vida del Rey Jaum. f. 30. Ma.l.3.c.24. Vaseo p. 1. c. 22. Mejia en la vida de Oct. Baro.Marty. 22.de octub. Covarru.l.1. variar. c.12. n. 3. Ob. de Ger. l. 10. c. 3.

2 Otros referidos por Pedro Mejía en su *Imperial* dijeron que la *era* comenzó à contarse desde el año cuarenta y dos ántes de Cristo; pero es tambien error: porque si bien Octaviano en aquel año comenzó à gobernar, por la sucesion de su

tio Julio César: no obstante, como aun no imperaba entónces solo, ni tuvo en su mano todo el señorío hasta el dicho año treinta y ocho, como parece de lo que arriba queda escrito, no pudo tomar su principio el cómputo de la *era* de aquel año cuarenta y dos. Y así suelta Mejía esta dificultad: cuya solucion es muy conforme à razon, si la unimos con lo que abajo dirémos, habida consideracion de la causa, por qué se llama *era*.

3 Y para que se desengañen los que han querido tener varias opiniones, apartándose de esta cuenta del año treinta y ocho, y para total corroboracion de lo que tengo dicho de la cuenta de la *era*, que tenga su principio de este dicho año, si bien podria traer aquí una infinidad de datas de escrituras auténticas hechas en Cataluña, que traen la *era* de César y el año de Cristo, con las cuales se vé que viene muy bien la cuenta y corresponde à los dichos treinta y ocho años de ventaja en la *era*: no obstante, dejando las escrituras para la segunda Parte, para no ser aquí muy largo, pondré solamente un testimonio público y patente que tenemos en Barcelona, en la puerta del patio ó cementerio de la iglesia del antiguo convento y monasterio de S. Pablo del Campo. Que es una piedra y epitafio de la sepultura del conde de Barcelona Wifredo tercero, hijo del conde Wifredo segundo, cognominado el *velloso*: à quien comunmente en Cataluña le llaman *Guifre ó Jofre pelós*. En la cual queriéndose designar con el epigrama ó escritura el año en que murió aquel conde, se dice que acabó sus dias corriendo del César la *era* nuevecientos cincuenta y dos; año de Cristo nuevecientos catorce. Y para que sea notoria à todos los lectores, la pondré aquí conforme en el dia se halla en aquel sitio.

A✠P SVB HAC TRIBVNA JACET CORPVS QVONDAM WIFREDI COMITIS FILII WIFREDI SIMILI MODO QVONDAM COMITIS BONÆ MEMORIÆ (DIMITTAT EI DOMINVS AMEN) QVI OBIIT VI. KAL. MADII. SVB ERA DCCCCLII. ANNO DOMINI DCCCCXIV. ANNO XIV. REGNANTE CAROLO REGE POST ODONEM. ✠

4 No se traduce en romance, porque el objeto de ella es propio de la segunda Parte. Basta que se vea de la penúltima línea ó renglon que la *era* de César lleva treinta y ocho años de ventaja á la Natividad de Cristo: que es el intento principal de este capítulo, y lo que con ella hemos querido probar. Y entre tanto que yo acabo de escribir la segunda Parte de esta Obra, quien quisiere ver la esplicacion de esta piedra

lea al P. Mtro. Diago, que aunque no la trae formalmente, la esplica bastante à la letra (1).

5 Ahora pues que sabemos con certidumbre el tiempo en que se empezó à contar la *era* de César, será bien que digamos el motivo por qué se llamó así: y por qué comenzó en aquel año. Lo cual no tiene poca dificultad, por las muchas y diversas opiniones que hay en ello; como se puede ver en Ambrosio de Morales, y en las adiciones que Diego Perez de Mesa hizo à Medina, y en Pineda, Blas Ortiz, Mariana, Vaseo y Diego Covarrubias: de las cuales solo diré algunas. Y sea la primera la de Viladamor, que quiso decir que los españoles, por congratularse con Octaviano y manifestar cuanto estimaban sus cosas, quisieron usar esta cuenta desde el primer año de su imperio. Esto mismo es lo que dijeron algunos, escribiendo que el principio de la *era* se toma del año en que comenzó el imperio de Octaviano. Y si quieren decir del año que comenzó á imperar solo, dicen bien. Y porque es así, se habría de escribir *hera* con *h*, derivándola de la

Mor. l. 8. c. 50, y 51. Med. y Mesa p. 1. c. 15, y 16. Pin. l. 10. c. 12. § 3. Ortiz c. 3. Vaseo p. 1. c. 22.

(1) *Nota del Traductor.* Aunque el Autor dilata la traduccion de esta inscripcion para la segunda Parte de esta Obra, á mi me ha parecido no tener pendientes hasta entónces á los que no entienden latin; y por esto la pongo aquí à continuacion, del mismo modo que la trae el Mtro. Diago en su *Historia de los Condes de Barcelona*, à fol. 73, y es en la forma siguiente: *Debajo de esta tribuna yace el cuerpo del conde Wifredo, hijo de Wifredo de buena memoria, que tambien fué conde (perdónele Dios. Amen.); y falleció á seis de las calendas de mayo, en la Era de novecientos y cincuenta y dos, en el año del Señor de nuev cientos y catorce, y en el catorceno del reinado del Rey Cárlos, que sucedió á Odon.* Advierto que la piedra mármol, que contiene este epitafio latino, subsiste aun en el patio del Monasterio de S. Pablo de esta ciudad, arrimada á la pared que confina con la callejuela de los huertos.

Nota de los Editores. Esta lápida, de 5 palmos de alto escasos y 3½ de ancho, fué colocada en el año de 1817 por disposicion del Iltre. Sr. Abad y demas Monges de dicho Monasterio en la pared del altar de S. Galderico (ó *S. Galdrich*) dentro de la Iglesia; y en noviembre de 1830, al tiempo de imprimirse esta nota, acaba de ser trasladada y colocada en la pared del crucero que da á la capilla del Sto. Cristo, actualmente del Sacramento, en el hueco de una ventana; à fin de que pueda leerse la inscripcion romana desconocida hasta ahora que tiene en el reverso, y dice así:

EDANIO
CLEMENTINI
LIB.
CLEMENTI
IIIIIIV.... AVG.
MAXIMINVS LIB.
PATRONO OPTIMO
D D D

Como todo se verá mas por estenso en la *Genealogía de los Condes de Barcelona*, que desea publicar uno de los Editores.

diccion *herus*, que quiere decir *señor*. Cuasi como si la *hera* quisiese decir: *el año del señorío de Octaviano*. Y así lo entendieron muchos que cita Pedro Mejía en su *Silva de varia leccion*. Hicieron esto los españoles, pareciéndoles que con el grande aumento que habia hecho Octaviano en la ciudad de Roma, la grande religion que tenia, y el buen órden que habia puesto en el curso del año, no podia dejar de tener algo de divinidad: y entendian que nunca habia habido en el mundo para ellos cosa mejor que el imperio y señorío de Octaviano. En este concepto para obsequiarle, y dar ellos principio à una cosa muy señalada, empezaron à contar en sus archivos y anales desde el principio del imperio y señorío de Octaviano Augusto César, y así establecieron el uso de decir: *la era de César*, como se puede ver en Beuter y Medina.

Mejia lib. 3. c. 36.

Beut. l. 1. c. 1. Med. lib. 1. c. 15.

6 Dicen otros que la ocasion de la cuenta de la *era* fué: que como Octaviano en aquel año treinta y ocho tuvo las dos partes del imperio, esto es, la suya y la de Lépido, propuso en el Senado de Roma un pensamiento, como el de David: de dar forma cómo se pudiera contar el pueblo. Y á fin de saber el número de personas que estaban sujetas al pueblo Romano, para que no se pudiese hacer fraude en la exaccion, ni en la paga de los tributos, y para aumentarlos en el modo que dirémos, propuso que se hiciese un decreto, y de él se formase un edicto, que generalmente se publicase en todos sus dominios, mandando que todas las personas sujetas al pueblo Romano se fuesen à escribir y manifestar en sus tierras naturales; y que cuando se escribiesen, pagasen una moneda por tributo, de la cual el publicano ó receptor les diese recibo. Esta proposicion pareció muy bien al Senado, pues comprendieron que su práctica conduciría tambien para mejor ordenar los oficios y régimen de los pueblos, sabiendo el número de sus habitantes. Y así se proveyó del mismo modo que César lo propuso. Pero no pudo ponerse por entónces en ejecucion, à causa de las guerras que abajo referirémos; y de muchas otras que no conducen á nuestro propósito. Pero despues en el año veinte y seis ántes de Cristo, venido Octaviano á España, y acaecidas las guerras que abajo contarémos, ó miéntras aquellas duraban, estableció é hizo registrar y poner en la cancelaría aquel decreto, y el edicto que de él se formó con convenio del Senado cuando estaba en Roma. Pero tampoco se pudo publicar por entónces, hasta que acabadas aquellas guerras se volvió á Roma. Allí fué publicado aquel edicto, treinta y ocho años despues que él lo propuso y el Senado lo otorgó, veinte y seis años despues de la data, y cuarenta y dos años despues de la muerte de Julio César:

Reg. 2. c. 24.

en tiempo que nuestra Señora la Vírgen purísima è inmaculada Santa María estaba en cinta de su hijo Jesucristo nuestro Señor, verdadero Dios y verdadero hombre. Y este es aquel edicto de que habla S. Lúcas en su Evangélica historia. De modo que de esta novedad, ocurrida en el año treinta y ocho ántes de Cristo, establecida por Octaviano estando en España, y publicada despues de treinta y ocho años que fué propuesta, pareciendo à los españoles que era una cosa que habia removido y alterado el estado del mundo, y que en él no habia cosa mas señalada; tomaron de ella principio para sus cuentas, así en sus historias, como en sus instrumentos y archivos. Y porque la moneda que en la subscripcion se pagaba, era (como toda la demas de aquel tiempo) de cobre, que en latin se nombra *æs*; por eso de *ære*, que es ablativo del nombre *æs*, correspondiendo la diccion, quitando la *a* del diptongo, y mudada la última *e* en *a*, vinieron á pronunciar y quedó el decir *era*, por el año en que se pagó, ó desde que se pagó aquella moneda. Todo este discurso se ha sacado del *Racional* de Guillermo Durán: y fundamentalmente es de S. Isidoro, segun parece de Pedro Antonio Beuter, y de Micer Luis Pons de Icart, que alega infinitos autores; y ademas de ellos y de los por mí alegados, se pueden ver la Crónica del Rey D. Pedro de Castilla, y Pedro Mejía en su *Silva de varia leccion*.

S. Luc. c. 2.
Dur. l. 8. c. 3.
Beut. d. c. 1.
Icart c. 31.
Cron. Castilla año 2. c. 1.

7 César Baronio en el Martirologio romano, no se aparta del todo de la opinion que dice que *era* se llame y tome el nombre de paga ó junta de moneda *ærea*. Pero no quiere que se llame por la paga ó tributo que se pagó y cobró en virtud del sobredicho edicto, sino por aquella multitud de moneda, que en el dicho año de treinta y ocho pagaron ó dieron los ceretanos españoles de nuestra Cataluña, de que he tratado en el precedente capítulo. De modo que los españoles que pagaron aquella moneda, tomaron la ocasion de la grande suma que ellos habian pagado, y no de la que cada particular pagaba en cada provincia, para contar y decir la *era*. Y verdaderamente es este un pensamiento gallardo, y muy á propósito; porque si la cuenta de la *era* se hubiera tomado por la paga de la moneda hecha por las demas provincias, alguna de aquellas hubiera usado esta cuenta; y pues solo se halla usada en España, y en la parte de la Galia que algun tiempo despues se llamó *Galia Gothica*, es cierto que se infiere bien que fué por la moneda que aquestas provincias pagaron ó dieron à Domicio y á Octaviano con tanta magnificencia como he esplicado. Y especialmente debieron ser los ceretanos los primeros que usaron esta cuenta; y de ellos se

Baro. d. die.

debió comunicar y estender à las otras ya dichas provincias. Y aunque Covarrubias diga que la cuenta de la *era* se ha usado no solo para contar el tiempo de Octaviano Augusto César, sino tambien desde el diluvio universal, desde el tiempo de Alejandro Magno, de Filipo, de Cristo nuestro Señor, y de otros, porque dice que así se encuentra en el proemio del libro que en Castilla le llaman *de las Partidas*: es de advertir que si bien esto que él dice debe de ser verdad, no obstante aquel contar *ab era diluvii*, *Alexandri*, *Philippi*, *Christi*, no lo usaban otras naciones, sino los españoles, de quienes es propio aquel libro, los cuales usaban el contar por *eras*; y en lugar de decir: *á tantos años del diluvio*, *de Alejandro*, *de Filipo*, *ó de Cristo*, decian *á tantas eras*; pero no lo usaban otras naciones. Y así los españoles, como lo tenian tan en uso, lo aplicaron de un caso á otro. Y por ser ellos solos, arguye bien que tuvo orígen y principio este contar por *eras* del propio hecho de ellos, como lo dejo escrito siguiendo à César Baronio.

9 Sabido esto, no me quiero detener en ponderar cuan propia cosa es de nuestra historia, y cuanto se habia de eternizar aquel suceso de nuestros ceretanos, por haberse seguido de él la cuenta de la *era*. Y de aquí se infiere, que debieron ser nuestros pueblos de Cataluña los primeros pueblos que usaron este modo de contar: y que desde aquí se debió estender por las demas partes de España y Aquitania, ó Galia Gothica, pues todo se deja à la meditacion de los ingenios capaces y discursivos.

CAPÍTULO XCI.

Como Cayo Norbano procónsul gobernó á España, y Octaviano dividió la Ulterior en dos provincias; y en ellas se hablaba la lengua latina. Octaviano hizo guerra á los cántabros y salassios, y vino á Tarragona.

Año 34. 1 Despues de pasadas las cosas que de la Ceritania dejo escritas en el capítulo ochenta y ocho, no sabemos otros sucesos mas que escribir, propios de nuestro intento, que los escritos en el capítulo precedente. Solo apuntarémos que en el año treinta y cuatro ántes del glorioso Nacimiento de Cristo (segun quiere Garibay) vino por gobernador de España Cayo Norbano con título de procónsul; de quien no sé cosa que haga à mi propósito. Pero hizo en España algunas cosas notables: por las cuales triunfó despues en Roma, segun parece de Cárlos Sigonio.

Garib. lib. 6. c. 26.

2 En aquel tiempo, despues que Octaviano se hizo nombrar *César* (en virtud del testamento de César su tio y predecesor, como dicen Paulo Orosio y Apiano, ó por la adopcion que de él se habia hecho en el Senado, como lo dice Dion) habiendo vencido á Marco Antonio (sobre cuya victoria me refiero á los mismos ya alegados), y despues de haberse hecho nombrar *Augusto* (porque habia aumentado la ciudad de Roma y el Imperio, como lo dicen Hartman Schadel y S. Antonino, ó porque era tenido por persona divina y sagrada, como lo quieren Dion, Viladamor y Medina, que todo puede ser verdad, como parece de Ovidio): aunque quedaba señor de todo el Imperio romano, no obstante en el pueblo residia aun una especie de sombra del mando y gobierno que ántes habia tenido. Porque Octaviano dió al Senado algunos pueblos ó provincias, para que las rigiese, y él se reservó todo lo demás que le pareció. En España le dió al Senado la Andalucía, como parte mas quieta, reservándose para sí la Lusitania en la provincia Ulterior, y toda la provincia Citerior, como tierras que tenian necesidad de ser dominadas por hombre poderoso y temido. Y por esta division que hizo de la Bética y Lusitania, dicen los historiadores citados que desde entónces la provincia Ulterior quedó dividida en Bética y Lusitania, y todo lo restante quedó con el nombre de Citerior ó Tarraconense; lo cual confirman tambien el Mtro. Pedro Juan Nuñez, Bartolomé Casaneo, el Obispo de Gerona, Antonio Nebrisense y Vaseo: á cuyas provincias designan los límites los mismos Nebrisense, Nuñez y Micer Luis Pons de Icart.

Oros. l. 6. c. de potentia Cæsaris, & duob. seque. Ap. l. 2. c. 30. Dion l. 36.

Nuñez c. qui. expris. Hisp. admi. Casa. p. 12. cons. 17. Ob. de Ger. l. 1. c. divisi. Hisp. et c. descrip. Hispan. per medite. Nebr. in prolog. c. de descrip. Hisp. Vas. l. 1. c. 8. Morales l. 8. c. 53. 54. Vilad. c. 53.

3 Y dicen todos estos historiadores que en algunos tiempos era tanto el concurso de romanos en España, y estaban ya tan mezclados con los españoles, que no se hablaba otra lengua sino la latina, con tanta elegancia como en la misma ciudad de Roma. Y escriben Morales y Viladamor, que con la ocasion que habia tenido Octaviano de partir y dividir la España Ulterior (en la forma que dejo dicho) vino á ella. Pero Orosio, hablando de su venida, no hace mencion de que aquella novedad la ocasionase, sino que pareciéndole que los romanos habian hecho poco en España en el espacio de doscientos años si no sujetaban á los cántabros: determinó hacerles guerra, y para llevarla con mas ardor, quiso venir él mismo en persona. Mariana dice que vino para impedir y apaciguar unas guerras movidas por los cántabros con algunos amigos del pueblo romano. Dion no escribe uno ni otro motivo, sino simplemente que Octaviano vino á España, lo que basta saber para nuestro intento; y fué su venida el año vein-

Orosio l. 6. c. ubi dicitur Cæsar. Mar. lib. 3. c. 25. Dion lib. 53.

Garib. lib.6. c. 27. te y seis ántes de Cristo, segun Garibay.

4 Venido Octaviano à España, hizo guerra á los cántabros, vizcainos y navarros, como se infiere de Pedro Antonio Beuter, de Suetonio Tranquilo, de Francisco Tarafa, de Sexto Aurelio Victor, de Jacobo Bergomense, de Lucio Floro y de otros que he visto, referidos por Micer Luis Pons de Icart. Y dicen unos y otros que para impetrar la victoria á favor de las armas romanas en aquella guerra, se abrieron las puertas del templo del dios Jano, como ya lo habian hecho en otras semejantes ocasiones.

Beut. p. 1. c. 23. Suetonio in vita Octav. Vict. de vita et mori. Imp. Bergo. l. 7. Fl. l. 4. c. 12. Icart c. 31.

5 En la narracion de esta venida de Octaviano he sido muy breve para venir á lo que corresponde á nuestro propósito, que juzgo es lo que escribe Dion, á saber: que estando Octaviano en España hizo guerra à los salassios y á los cántabros: los cuales dicen son dos naciones situadas á la parte de acá de los Pirinéos en lo fuerte de la montaña, y en los pasos para la llanura de España. Verdad es que Suetonio dice que los salassios son pueblos en los Álpes. Pero no entiende decir de los Álpes que hay entre Italia y Francia, sino que ciertamente entiende hablar de los Pirinéos, respecto de que no trata de guerras de Francia ni de Italia, sino de España; y así lo ha de entender forzosamente de los montes Pirinéos de España. Pero como ya lo noté en los capítulos cuatro y cinco del libro primero, y en el quinto del libro segundo, Aulo Gelio y otros autores nombran á estos montes *los Alpes de España*. Suetonio se dejó en el tintero la palabra *de España*, cuando escribió que los *salassios* eran pueblos en los Álpes: pues en la realidad están situados en las faldas ó pendientes de los montes Pirinéos de España. Y estos serían sin duda aquellos mismos que Pomponio Mela nombra *salussios*. Los cuales (segun la esposicion que Gerónimo Olivario hace sobre Mela) son los que hoy, reteniendo mucha semejanza del nombre, llamamos nosotros *pueblos de Salces*, en Rosellon; y así lo escribe Francisco Compte escribano y natural de la villa de Illa, vecino de aquellos pueblos.

Gel. l. 1. c. 22.

Mel. l. 2. c. 5.

6 Estando estos en el Rosellon, y por consiguiente haciendo parte de nuestra Cataluña, nos toca decir alguna cosa de aquellas guerras: aunque es bien poco lo que de ellas se halla escrito. Dion y Suetonio que las escriben, solo dicen que Octaviano encomendó esta guerra á Terencio Varron. Y que este muchas veces les dió asaltos y rebatos de sorpresa, acometiéndolos siempre de pocos en pocos: temiendo que si los acometia á todos juntos, serían poderosos y difíciles de vencer: y yéndolos fatigando y agotando de este modo, los venció y los sometió muy fácilmente. Pero Terencio Varron se portó con

ellos muy de mala fé. Porque viéndose los salassios constreñidos y ya casi perdidos, se quisieron concertar con él. Pidióles cierta suma de moneda, prometiéndoles que no les haría otro daño alguno: y fiados ellos en esta promesa, recogieron las monedas y dejaron las armas. Varron cuando los vió sin armas, juntó mucha gente armada, y la envió repartida por aquellos pueblos en diversos presidios y estancias, y dándoles las órdenes para un determinado dia, cada compañía se apoderó del pueblo donde estaba de guarnicion. Tomaron á todos los que eran de edad perfecta, y como á esclavos del pueblo romano los vendiéron pública é infamemente. Y en las ventas pusieron una condicion nunca usada, ni vista en tales contratos: á saber, que los que los compraban, no pudiesen darles libertad, ni alguno de ellos la pudiera merecer ni alcanzar en el tiempo de ocho años; sino que todo aquel tiempo forzosamente habian de estar en servidumbre. No contentos los romanos con esta cruel tiranía, les ocuparon la octava parte del territorio, y la repartieron entre los soldados. Todas estas miserias y calamidades padecia esta parte de Cataluña en el Rosellon, muy poco ántes ó al mismo tiempo que pasaban las guerras de Cantabria: las que no refiero, notando solamente lo que hace á nuestro propósito.

9 Concordes todos los citados autores, dicen que Octaviano César Augusto cansado de las guerras de Cantabria, medio enfermo, y del todo melancólico, para esforzarse y cobrar salud, ó por querer pasar el invierno en tierra templada, se vino á Tarragona: dejando allí algunos capitanes ó legados, para que continuasen aquellas guerras; los cuales las acabaron y sojuzgaron la tierra. Y lo estimó tanto Octaviano, que por esto, en señal de paz y de que no habia mas que vencer en el mundo, para demostrar que ya estaban acabadas las guerras, mandó cerrar las puertas del templo del dios Jano, que por causa de dicha guerra habian estado abiertas en Roma, como arriba hemos dicho. Y del fin de esta guerra tuvo principio aquella tan celebrada y universal paz, que hubo en el mundo en el imperio de Octaviano.

CAPÍTULO XCII.

Cómo Octaviano edificó un palacio, é hizo el edicto en Tarragona, y recibió embajadores de la India.

1 Escribe Micer Luis Pons de Icart que estando Octaviano César Augusto en la ciudad de Tarragona, edificó en ella aquel palacio que en el dia retiene el nombre de *Octa-* Icart c. 28.

viano, y subsiste aun en pié parte de su grandeza, que indica su augusta y magnífica fábrica, delante de la santa Iglesia Catedral de aquella ciudad. Y dice el mismo Icart que en su tiempo lo vió él mismo mucho mayor de lo que hoy es, señalando y escribiendo los sitios por donde pasaba. Y dice que tenia ochocientas y cincuenta varas de largo y cuatrocientas y cincuenta de ancho: de cuya sumaria relacion puede colegir el lector la grandeza de aquella fábrica. En este castillo ó palacio dice el mismo autor que habia un acueducto, del cual él mismo halló en su casa algunos vestigios. Y si bien en confirmacion de todo esto que he dicho alega á D. Antonio de Guevara *en la Vida del Emperador Adriano*, no obstante, aun parece que declina en otro sentir: porque dice que halló allí en su tiempo una medalla, derribando una bóbeda del dicho palacio, la cual despues de limpiada la leyó, y decia así: JULIUS. CESAR. AUG. P. M. T. P. Que quiere decir: *Julio César Augusto*, *pontífice máximo*, *con la tribunicia potestad*. De lo cual vino él á creer que aquel palacio habia sido edificado ántes de Octaviano por Julio César: quien tambien residió en Tarragona, como lo dejo escrito en el capítulo ochenta y uno. Y porque Octaviano estuvo quizás mas tiempo que Julio César, ó porque en él se formó el edicto de que presto hablarémos, de una cosa tan señalada le debió quedar el nombre de *palacio de Octaviano*.

Aug. Dial. 7. 2 Pero no es razon callar lo que escribe D. Antonio Agustin, meritísimo arzobispo de aquella ciudad. Y es, que tiene él por cierto que Octaviano César Augusto dió título y nombre de *colonia* á aquella ciudad de Tarragona. Aunque puede ser que esta gracia se la hubiese hecho ántes Julio César. Por lo que se queda indiferente, mediante á que hay razones para la uno y lo otro. Y pues yo en el capítulo ochenta y cuatro ya dejo escritas las que hay por la parte de Julio César; para que el lector pueda hacer juicio sobre esto, justo es decir las razones que hay por la parte de Octaviano.

3 La primera es del mismo autor, que dice que en algunas piedras del tiempo de los romanos que se hallan en Barcelona, se ven escritas y esculpidas aquestas letras: IIIIII. VIR. AUG. COL. I. V. T. TARRACON. Y dice que estas letras quieren decir: *Sevir Augustal de la colonia Julia vencedora*, *tirrena*, *ó togata de Tarragona*. Y aunque él no esplica en qué parte de Barcelona, ni en memoria de quién estaban puestas aquellas piedras que tenian las copiadas letras, no obstante yo me persuado son aquellas que pondré á cierto propósito en el libro cuarto, capítulo veinte y nueve, donde las podrán ver los curiosos. Y sobre sí prueban ó no prue-

ban esto mismo, ya he dicho yo algo en el capítulo ochenta y cuatro de este libro, en que referí algunas opiniones sobre la esplicacion de estas palabras. Por lo que dejando al juicio del lector la eleccion entre dichas opiniones, diré lo que escribe Micer Icart: y es, que los Scipiones hicieron colonia á Tarragona: César y Octaviano la repararon, confirmándole tal vez aquel privilegio, que ya de ántes tenia. Icart c. 6.

4 Ademas de todo esto, es de saber que en el año veinte y tres ántes de la venida de Cristo, Octaviano César Augusto, que aun estaba en Tarragona, hizo poner en órden aquel edicto, que el año treinta y ocho ántes de la venida de Cristo habian deliberado él y el Senado romano, en que se mandaba que todo el universo ó todos los pueblos sujetos al Imperio romano se escribiesen y registrasen en las propias patrias de cada persona respectiva, y que cuando se escribiesen pagasen cada uno una moneda, de que habla el Evangelista S. Lucas, como lo he notado en el capítulo ochenta y nueve. S. Luc. c. 2. Cuyo edicto en aquel año veinte y tres fué puesto en los registros y archivos Imperiales, y se hicieron todas aquellas solemnidades que se acostumbran hacer con los edictos Reales ó pragmáticas ántes de ser publicadas. Pero dado este edicto, pasado por la Cancelaría y registrado ya en los archivos Imperiales, no pudo entónces publicarse ni ponerse en ejecucion hasta muchos años despues, poco ántes del glorioso Nacimiento del Salvador del mundo, que fué veinte y tres años despues de su data. Mas aunque esto se tiene comunmente por cierto, y así se dice y se publica en los púlpitos por los predicadores y por los doctores en las iglesias y escuelas de España, y lo escriben los que abajo alegaré: no obstante el literatísimo arzobispo de Tarragona D. Antonio Agustin lo tiene por incierto, Agust. dia. 1. y ha dado motivo á Ambrosio de Morales Mor. lib. 8. para abalanzarse á escribir redondamente que no podia ser. c. 58. Porque dice que si se hubiese hecho en Tarragona el año veinte y tres aquel edicto, no se hubiera pasado tanto tiempo hasta su publicacion; opinando que se haría en Roma poco ántes de la publicacion, y no en Tarragona.

6 Pero Antonio Viladamor, respondiendo como debe por el Vilad. c. 55. honor de Tarragona, dá la razon por qué se tardó tanto en publicarle, diciendo que luego que Octaviano salió de Tarragona, tuvo muchas guerras en Francia, Alemania y en otras partes, y ocupado en ellas no pudo ó tal vez no consideró conveniente hacer la publicacion de aquel edicto hasta que todo el mundo estuviese en paz, como circunstancia precisa para conciliar la obediencia, que tal vez no se hubiera conseguido, aloménos de aquellos pueblos que estaban en guerra.

Viladamor se esfuerza bastante en satisfacer á Morales: y yo
Ob. de Ger. ceso en este asunto, teniendo por cierto lo que aquí dejo escrito;
l. 10. c. 2. y 3. por que lo escribe tambien el Obispo de Gerona en su *Paralipómenon*, refiriéndo à Paulo Orosio. Aunque puede ser que
Oros. l. 6. c. fin. Orosio hablase solo de la publicacion, y no de la fecha. Dice tambien el Obispo de Gerona que en el registro de los Anales de Roma se leía en el mismo edicto: *Datum Tarracone*. Verifican tambien esto Micer Luis Pons de Icart, nuestro canónigo Tarafa y Fr. Juan Pineda, refiriendo al Dr. Palacios Rubios. Dijo (tratando de este particular) Juan Palau caballero barcelonés, que estando en Roma (con la embajada que la Generalidad de Cataluña hizo á la Santidad del Sumo Pontífice por el negocio de las encomiendas de la religion del Hospital de S. Juan de Jerusalen, súbditos á la Castellanía de Amposta) vió que nuestro venerable perpiñanés Fr. Angel de Paz, del órden del seráfico P. S. Francisco, escribiendo sobre el citado lugar de S. Lúcas, notaba que aquel edicto tenia la data de Tarragona. No he podido alcanzar obras tan dignas de la santidad de tal religioso, lustre nuestro: pero la legalidad del relator concilia el crédito que se le debe: y las letras y virtud del Religioso prometen que no hubiera escrito tal, sin bastante testimonio para salir en público. El Dr. Felipe Puigvecino Dean de la Catedral de Huesca, en la esplicacion que hizo de la medalla de Cayo Caponio pretor, dice que Augusto hizo cuatro veces aquel edicto. La primera en su sesto consulado en tiempo del Triumvirato, el año setecientos veinte y seis de la fundacion de Roma: la segunda en el de setecientos cincuenta: la tercera en el de setecientos cincuenta y ocho; y la cuarta en setecientos sesenta y cinco. Y que cuando el Obispo de Gerona y Micer Icart dicen que el edicto tenia la data de Tarragona, se ha de entender de la primera vez: y que la segunda fué en tiempo del parto de nuestra Señora, dignísima Madre del Hijo de Dios; y no tenia data de Tarragona.

Icart c. 31. Taraf. c. 41. Pin. lib. 10. c. 12. § 2.

7 Empero como él mismo dice que Augusto no vino á España en el tiempo del Triumvirato, sino cuando fué Emperador, por las guerras de Vizcaya, no sé como podia hacer la data en Tarragona ántes que viniese. Y por esto es mas de creer que fuese en la segunda vez, porque se conforma mas con lo que en este capítulo hemos dicho.

8 Finalmente, en aquel año veinte y tres ántes de Cristo, residiendo Octaviano en Tarragona, vinieron embajadores de la India Oriental y de la Scitia Gótica á darle la obediencia y pedirle paz: para lo cual hubieron de atravesar casi todo el mundo, movidos solo de las victorias de Augusto, publi-

cadas por la voladora fama; como así lo escriben Suetonio, Orosio, Blondon, Sabelio, Morales, Mariana, Pineda, Viladamor y Luis Pons de Icart en las *Grandezas de Tarragona*. Blon.l.1.d.1. Sab. Enei.7. l. 9.

CAPÍTULO XCIII.

De la fundacion del castillo de Octaviano. Y como este Emperador hizo á Barcelona colonia: y municipal á Lérida.

1 Sucedieron en Cataluña, en el tiempo que Octaviano estuvo en ella, algunas otras cosas que por no saber el año cierto en que acaecieron, las he reservado para los tres últimos capítulos de este tercer libro: las cuales no se pueden pasar en silencio. Y sea la primera que Octaviano, miéntras residió en Tarragona, sin duda vino à Barcelona ó á su territorio; y aunque no he leído autor que lo diga, se presume con el motivo de que el monasterio é iglesia de S. Cucufate del Vallés, ántes que fuese casa de Religion, se llamó *Castrum Octaviani*; esto es, *castillo de Octaviano*. Y aun en el dia á la parroquia y pueblo que está allí, la nombran *San Pedro de Octaviano*: y en las dotaciones de aquel imperial y célebre monasterio verémos en su lugar y tiempo que el castillo y pueblo se nombraba de *Octaviano*. Pruébase esto tambien con la escritura hallada en la urna del cuerpo de S. Severo obispo de Barcelona, que con otro propósito referiré mas abajo. Y lo mismo se lee en el breviario viejo de Barcelona, en las liciones de las fiestas del martirio y traslacion del mismo Santo. Y así lo nombra tambien Garibay. De modo que no tiene duda el que aquel insigne monasterio antiguamente se llamaba *castillo de Octaviano*. Lo que produce una suficiente y probable razon de que Octaviano no siempre se estuvo en Tarragona, sino que es verosímil que viniese á este territorio de Barcelona, y edificase aquel castillo; ó aloménos se edificaría de órden suya, porque esto denota la verdadera significacion y esplicacion de su nombre.

2 Mas viniese ó no viniese Octaviano á Barcelona, se tiene por cierto que si Julio César no la hizo la merced de intitularse *colonia romana*, á lo ménos Augusto César la honró con este privilegio. Y por eso desde allí en adelante se comenzó á nombrar *colonia Julia Augusta*, como lo nota D. Antonio Agustin, por aquellas letras que se hallan escritas en algunas piedras antiguas de esta ciudad, que son en esta forma: F. I. A. BARC., que segun él las esplica quieren decir: *Favencia Julia Augusta del pueblo barcelonés*. Y aunque solo dice que se hallan escritas en unas piedras de Barcelona, sin especificar Agust.dia.7.

cuales, ni en qué sitio estaban, las hallará el lector abajo en el libro cuarto, capítulo veinte y nueve: y en el treinta y cinco del mismo libro hallará declarado en qué consistia el ser colonia romana.

3 Tambien estoy en el concepto de que en aquel tiempo Octaviano Augusto César debió llegar hasta la ciudad de Lérida. Y estando en ella, por algun buen servicio que le hicieron los ciudadanos, ó cuando no llegase á ella, á peticion y méritos de los habitantes de aquella ciudad le concedió la gracia y privilegio de *ciudad municipal*: que consistia en que sus ciudadanos pudiesen tener oficios y encargos públicos de la ciudad y pueblo romano; como mas largamente lo esplicaré en el capítulo treinta y cinco del libro cuarto.

4 Los de la ciudad de Lérida correspondieron á esta merced con una demostracion de agradecimiento, que fué perpetuar y reconocer con eterna memoria aquel beneficio que Octaviano les habia hecho: y para que quedase indeleble, y sin jamás borrarse la gloria y honra adquirida por la ciudad, batieron una moneda de peso de una dragma, la cual en la una parte figuraba el rostro de Octaviano, y en la otra un lobo, con las letras que abajo dirémos. Se saca todo esto de la figura y disposicion de dicha moneda, que trae el ilustrísimo y
Ag. Dial. 6. reverendísimo D. Antonio Agustin, en esta forma:



5 Las letras del reverso de la moneda que figura el lobo dicen: *Mun Ilerda.* Y las del derecho que figura el rostro quieren decir: *Que la ciudad municipal de Lérida hizo aquella memoria á Augusto, hijo del Divo.* Y se ha de entender: *hijo adoptivo de César.* Y respecto de que muchas veces hemos hablado de Lérida, sin haberla hallado municipal hasta en el tiempo de que vamos tratando, debemos inferir que entónces se comenzó á nombrar así, y que esta merced se la hizo el emperador Octaviano. No declara D. Antonio Agustin el motivo, por que los de Lérida pusieron en aquella moneda la figura del lobo: pero presupuesto lo que dice Vicente Cartario, que el lobo era insignia que usaban los romanos en sus

estandartes y banderas, como el águila; y que el lobo era simulacro del dios Marte que presidia en las batallas: de aquí infiero yo que es fácil hallar la razon, porque los de Lérida en aquella moneda pusieron la figura del lobo: que fué para significar que eran ya todos unos con los de la ciudad de Roma, y por eso usaban sus insignias: ó queriendo adular á Octaviano, haciéndole semejante al dios Marte por las grandes victorias que alcanzó en España y en todo el mundo.

CAPÍTULO XCIV.

Se refiere como Octaviano desterró á los sacerdotes y epulones de la diosa Bona del templo de los ceretanos á peticion de los pueblos. Y como por esto le pusieron una memoria á sus victorias.

1 En el tiempo de que vamos tratando subsistía aun en Cataluña en los pueblos ceretanos (segun se justifica con la inscripcion de una piedra que pondré al fin de este capítulo) un templo dedicado á la *diosa Bona*, y en él hacian cierta especie de sacrificios por ministerio de sus sacerdotes, y de otros siete ministros del templo á quienes nombraban *epulones*; y todo se dedicaba á la dicha fingida deidad. A unos y otros los desterró del templo Octaviano, á instancia de aquellos mismos pueblos, que ya los tenian en mal concepto por el motivo que presto esplicaré. Pero primeramente para mejor inteligencia de esto, es conveniente decir quien era aquella fingida deidad, á quien nombraban *la diosa Bona*; quienes eran sus sacerdotes, y quienes los *epulones*: pues esplicado esto, se entenderá todo lo demás.

2 Aquella diosa Bona, á quien estaba dedicado aquel templo, decian los gentiles que era aquella virtud invisible, que tiene la tierra de fomentar, producir y hacer nacer y crecer las simientes que se echan en ella. Llamábanla *Bona* por la abundancia con que producía ó hacia producir los frutos de la tierra, segun así lo ha sacado Vicente Cartario de Porfirio y de Eusebio. Otros dicen que la diosa Bona iba en figura y forma de muger: que nunca los hombres la habian visto, y solo se dejaba ver de las mugeres; y que por eso ellos la veneraban: segun así lo refiere Ambrosio Calepino en su *Diccionario*. Pero Ovidio mas claramente dice quien ella era, si juntamos dos lugares suyos el uno con el otro. Lo diré todo con brevedad, para que se entienda mas cumplidamente.

Cart. tit. de Magna matr.

Ovid. l. 4. y de fastos.

4 Esta fingida deidad fué una de las doncellas ó vírgenes Vestales, que se nombraba *Claudia Quinta*, de la progenie de Claudio. La cual aunque verdaderamente era doncella, co-

mo era algun tanto libre y amiga de andar soltera, por eso entre el pueblo romano era reputada por deshonesta: pues ordinariamente la doncella poco recogida es mal opinada. Viéndose ella disfamada, quiso hacer un dia cierta prueba de su virginidad delante de todo el pueblo. Usaban en aquella ocasion llevar á Roma el simulacro ó figura de la diosa Berecinthia, que decian era madre de los dioses. Y como traían aquella figura en una nave, se descuidaron los marineros, y se encalló en la ribera del Tíber; de modo que no bastaron ni fuerzas ni multitud de cuerdas para sacarla á salvo. Claudia que andaba por allí, se puso á orar oyéndola todo el pueblo: suplicó á la diosa que respecto de que élla era doncella intacta, la hiciese la gracia de acreditarlo al pueblo, saliendo de la nave y viniéndose á sus manos. Y así sucedió, porque al punto el tal simulacro de la diosa Berecinthia, que estaba dentro de la nave encallada, salió de ella, y fué á ponerse en las manos de Claudia, como ella se lo habia pedido. Así lo escribe tambien Fenestela. Con esto el pueblo vino en conocimiento de que Claudia era doncella, y desde entónces la estimaron por muy honrada, teniéndolo por de fé, respecto de que aquella deidad lo habia acreditado. De modo que se mudó tanto el concepto, que en adelante no solo la tuvieron por casta y honesta, sino que la estimaron por diosa, y la edificaron un templo en el monte Aventino, y otro en la via Capena, como lo traen Mariliano y Publio Victor. Y nuestros ceretanos los imitaron, edificándola tambien un templo, en el tiempo que dejo referido al principio de este capítulo; y todos los cultos y sacrificios de este sin duda debian ser como los del templo de Roma, en el cual solo podian entrar aquellas mugeres que aborrecian los hombres. Y por esto, segun los dichos autores, la llamaron *Bona*. Verdad es que el Bergomense escribe que la nombraban con diversos nombres: unos *Bona*, otros *Berecinthia*, otros *Cibelle*, otros *Rhea*, *Eccate*: y al fin cada cual la nombraba segun el uso de la tierra, ó segun la propiedad de aquello á que la aplicaban. Y por eso Plutarco refiere varios nombres y opiniones de aquella diosa, diciendo que los griegos la nombraban *Ginesia*; y decian que era madre de Libero, y no se le podia hablar de ningun modo. Los frigios decian de ella que era hija del rey Midas: y los romanos la nombraban con muy diferente nombre, llamándola *Driada*; y publicaban y fingian que era muger del dios Fáuno.

Fenest. de Rom. magist. titu. de traject. Matris Deor.

Mari. lib. 7. c. 17. Publi. Vict. libello de Verb. Rom.

Berg. l. 8.

Plut. en la vida de Pompeyo.

5 Y si bien que á esta discordancia de nombres se pueden atribuir diversos objetos, para nosotros basta saber la conformidad con que todos los citados autores dicen que las mu-

geres romanas la veneraban con dia de mucha solemnidad y propia fiesta. En la cual, segun dice Plutarco, hacian ciertos concertados y vistosos tabernáculos, tiendas ó barracas de fresca verdosa rama de parra, y entre ellas le alzaban, y adoraban como á cosa sagrada y religiosa, una estatua ó simulacro en figura de dragon. Y mientras que celebraban aquella fiesta y hacian los supersticiosos sacrificios, no podia arrimarse ningun hombre á ellas, ni estar en el lugar, templo ó casa donde se celebraban, aunque fuesen cónsules ó pretores, si no eran sacerdotes ó ministros; pues todos los otros se habian de salir afuera. Quedábanse dentro las mugeres, pasando la mayor parte de la noche en cantares y juegos. Lo que tambien escribe Vicente Cartario, añadiendo que solian sacrificar á la diosa Bona en aquellas fiestas una marrana preñada: y que sus sacerdotes solian llevar varias y diversas yerbas al templo, y las daban por reliquia á los enfermos. De cuya práctica algunos llegaron á persuadirse que aquella que ellos llamaban diosa era la encantadora Medéa, que burlada de Jason huía de los hombres. Otros dijeron que era hija de Fauno que la tentó forzar, y defendiéndose élla, le hirió en la cabeza con una vara de murtra. Y que él viendo que ni con halagos ni con fuerzas habia podido lograrla, determinó valerse de engaños, y el primero que usó fué embriagarla, pero no produjo esto el efecto que deseaba: y que despues se transformó en figura de serpiente, con cuyo medio dice que logró su fin. Y por eso dicen que en aquel templo de *Bona* no se podia llevar, ni aun hablar de murtra. Sobre la cabeza de su figura estendian una parra. Y el vaso en que tenian el vino en el templo para las libaciones ó sacrificios le nombraban *mellario*, y al vino *letino*: sin querer jamás conocerlo por su propio nombre. Mucha parte de esto puede verlo el curioso en Tiraquello, en las *leyes connubiales*, en la ley décima, glosa primera, número 26.

6 Ahora bien, que en Cataluña se usasen ó no esta especie de sacrificios, á lo ménos lo que en este particular resulta probado por la inscripcion de la siguiente piedra es, que en aquel tiempo habia aquello mismo que Fenestella dice habia en Roma: esto es, que servían en aquel templo de la *diosa Bona* algunos sacerdotes, y otros siete ministros que se nombraban epulones. Y me persuado que estos tendrian el mismo cargo que aquellos otros que en Roma servian en los templos de Júpiter y Juno, de los cuales hablan Paulo Minucio, S. Agustin y Luis Vives; y trata tambien algo de esto Pomponio Leto. Tambien habia otros epulones en compañía de los capitanes en la guerra, como acá nuestros capellanes de regimientos, segun lo dice D. Antonio Agustin. Pero yo soy de dictá-

Minuc. antiquitat. f. 10. S. Agust. l. 8. c. 7. de Civit. Dei. Læto de Roman. magist. cap. Epulones. Ag. dial. 10.

men que aquí lo habemos de entender de los epulones que servian al templo. Los cuales, como dicen dichos autores y especialmente S. Agustin, tenian el cargo de poner las víctimas (que siempre eran viandas guisadas por ellos) en las aras de aquellos fingidos dioses, con quienes eran perpétuos convidados. Y como comian y bebian mucho y estaban ociosos, dice Fenestella que por precision habian de estar poseídos de otros vicios: fuera de que como oficiaban en aquel templo de noche á solas con las mugeres, sin presencia de otros hombres, era muy sospechoso. Pues aunque de ellos, porque eran eunucos, no se podia presumir generacion, se podian temer ilícitos accesos, y corrupcion de buenas costumbres. Y aunque parece que su estado de religion debia desvanecer estas sospechas, no obstante se consideraron obligados á quitar la ocasion de que el pueblo sospechase de ellos. Pues como dice S. Gerónimo, él aconsejaba que nunca ó muy tarde entrasen las mugeres en las habitaciones y concursos de los religiosos: porque no podia con corazon puro y limpio servir al templo el que gustaba de tratar con mugeres. Y cuasi hace á la muger de la condicion del fuego, diciendo que quema y consume la conciencia del que con frecuencia la trata, así como el fuego puesto junto á la estopa cuasi siempre la consume. Bajo de estas consideraciones nuestros ceretanos en concepto de que la buena fama nos es necesaria como la vida; y que no basta no hacer mal, sino que conviene tambien quitar la ocasion de que otros sospechen que se obra mal: suplicaron al Emperador que quitase todas aquellas ceremonias, ritos, prácticas y personas, que podian causar algun escándalo en la tierra, y mala reputacion con los estraños. Como Octaviano, aunque gentil, era hombre de muy honestos pensamientos, consideró bien fundada la súplica de aquellos pueblos, como dice S. Antonino de Florencia: y luego sacó del templo aquellos ministros, y estinguió enteramente su colegio é instituto, como lo habia tambien hecho con todos los demas de los templos de Roma, segun lo dice Minucio.

Canan. hospitiol. disc. 32.

7 Quedaron los ceretanos tan contentos con aquella providencia, que conceptuándola por un grande beneficio de sus tierras, y por una accion gloriosa del Emperador, la contaban en el número de sus victorias: y con justa razon (porque no es ménos magnífico un Monarca estirpando los vicios, que triunfando de sus enemigos, como lo dice Justiniano), por eso dedicaron á su bienhechor Octaviano un templo en memoria de aquella tan señalada providencia, lo cual se prueba con la inscripcion que pusieron en él, que decia de este modo:

Just. in pro. instit.

AUG. TERRAE. MARI. Q.
VICTORE. ELIMINATIS. SA-
CERDOTIBUS. BONÆ. DEÆ.
ET. COLLEGIO. SEPTEM.
EPULONUM. COMMUNI. PO-
PULI. SENTENTIA. EXCLU-
SO. CERETANI. TEMPLUM.
VICTORIÆ. AUG. DD.

8 Ambrosio de Morales y Viladamor escriben que esta inscripcion se hallaba en los Pirinéos, la cual en castellano dice: *Que en el tiempo que Octaviano Augusto fué vencedor por mar y por tierra, los pueblos ceretanos dedicaron un templo à la victoria y deidad suya: porque de consentimiento comun del pueblo habia estinguido los sacerdotes de la diosa Bona y el colegio de los siete epulones.* Romanceando esta inscripcion Viladamor, en las dicciones *dea Bona*, vierte *dea Vesta*: yo no se porqué. Pues ciertamente fueron diversas deidades, como parece de Ovidio en los ya alegados lugares, y de S. Agustin tambien.

Mor. lib. 8. c. 55. Vilad. c. 14.

S. Ag. l. 4. tit. 10. de Civit. Dei.

CAPÍTULO XCIV.

Como Octaviano se fué á Roma: de Felix su liberto; y como los tarraconenses le dedicaron ara y le enviaron embajadas y otros honores à él y à sus nietos.

1 Concluido lo referido, viendo Octaviano que toda España quedaba ya en paz, se volvió á Roma con mucho aplauso de todos los súbditos, como lo escriben los autores que dejo alegados en el capítulo noventa y dos.

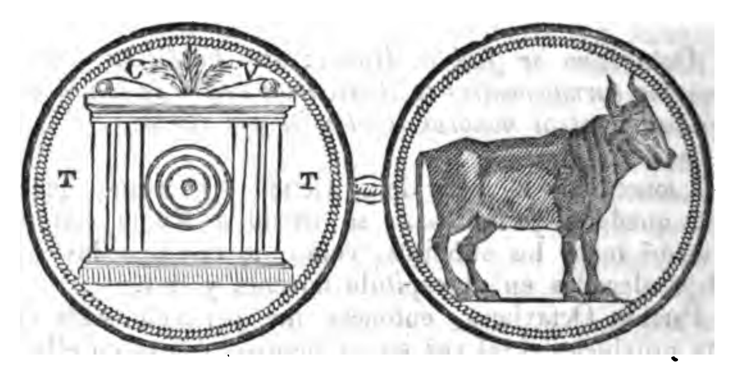
2 Partido Octaviano, entónces me persuado sería cuando en esta provincia, ó tal vez en su tiempo, estuvo en ella aquel liberto suyo nombrado Félix, que era receptor de los veintenos de las heredades; de que he tratado arriba en el capítulo cincuenta y cuatro. Y le fué dedicada una memoria por Hilario, quien juntamente con él, era tambien liberto de Augusto y archivero de los libros de dichos veintenos de la provincia de Lusitania, como parece de aquella inscripcion, que dejo puesta y esplicada en el mismo capítulo cincuenta y cuatro. Aquellos veintenos fueron quitados despues en tiempo del emperador Justiniano, como parece en su Código, *l. final. de edicto Divi Adria. tollen.* Empero porque ya entónces los romanos no tenian casi nada en España, no volveré allí á hacer memoria.

3 Los de Tarragona habian dedicado templo y ara á la deidad de Augusto, cuando estaba en aquella ciudad, ó luego que se fué á Roma. De la cual (á otro propósito que diré cuando trataré de Adriano) hace mencion Medina. Y escriben Morales y Viladamor, refiriendo á Quintiliano, que los tarraconenses hallaron un dia que habia nacido y crecido una palma en el ara del templo. Y como los gentiles eran tan supersticiosos, tuvieron esto por un grande y favorable pronóstico: y por esto, con mucha diligencia enviaron embajadores á Octaviano, dándole la buena nueva y el parabien de aquel portento y misterioso señal.

Med. p. 8. c. 7. y 4. Mor. l. 8. c. 60. Vilad. c. 54.

4 Octaviano les respondió que conocía cuan pocas veces hacian fuego en el ara, pues si con frecuencia lo hubieran hecho con los sacrificios, hubieran impedido el nacimiento y crecitud de la palma. Pero dice Quintiliano que Octaviano dijo esto por donaire. Pues segun escribe el arzobispo D. Antonio Agustin, los tarraconenses no dejaron por eso de tener en mucho aquel acaso; ántes bien estimándolo mucho, para dejarlo en perpétua memoria, batieron una moneda, que en la una parte tenia un toro, y en la otra una ara con una palma, en la forma siguiente:

Ag. dial. 1. y 7.



5 De la cual moneda, aquellas letras C. V. T. T. han sido esplicadas por el mismo D. Antonio Agustin. Y á mí me parece que son las propias que espliqué arriba en el capítulo noventa y uno; y quieren decir: *Colonia*, *Vencedora*, *Terrena* ó *Togata Tarraconense*. Lo que es un grande testimonio de esto que hemos escrito, sacado originalmente de Quintiliano.

6 Mas adelante, no satisfechos aun con haber dado esta demostracion de su aprecio hácia Augusto, despues que fué muerto le edificaron un templo, reconociéndole y venerándole en él como á dios. De lo cual dá testimonio aquella otra moneda, que en memoria suya batieron los tarraconenses: la cual pondré en el capítulo segundo del libro cuarto.

7 Y no contentos con haber adulado y honrado al emperador Octaviano de dichos modos: sabiendo ellos que tenia dos nietos, hijos de su hija Julia y de Marco Agripa su marido, que se nombraban Cayo y Lucio, y Octaviano se los habia adoptado; batieron una moneda en memoria de ellos, la cual trae el mismo D. Antonio Agustin, en esta figura:



8 Las letras de la parte de la faz ó rostro quieren decir: *César Augusto hijo del Divo, Padre de la Patria.* Y las de la parte de los dos personages, las de abajo quieren decir: *Cayus, Lucius, Cæsares.* Y las del circuito: *Augusti Filii: Consules designati, Principes juventutis.*

9 Finalmente aunque Octaviano vivió algunos años despues de esto, como hay muy poco que decir del resto de su vida que toque á nuestro propósito, y nos llama asunto mas agradable, darémos fin á este libro, reservando el decir su muerte para el siguiente, en que comenzará nuestra vida.

FIN DEL LIBRO III.

LIBRO CUARTO

DE LA CRÓNICA UNIVERSAL DE CATALUÑA.

CAPÍTULO PRIMERO.

De la Natividad de Cristo Señor nuestro: de la claridad que hubo aquella noche en España. Paz universal, y muerte del emperador Octaviano.

1 He llegado al tiempo mas memorable, que es el del glorioso Nacimiento de Jesucristo nuestro Señor, Hijo único del Eterno Padre, Redentor y Salvador del género humano. Y pues (como consta del capítulo veinte y uno de S. Juan en su Apocalipsis) el mismo Jesucristo dijo: *Yo hago todas las cosas nuevas*; muy justo es que en tiempo de su alegre venida y saludable Natividad, innovemos esta historia, comenzando nuevo libro y nuevo modo de contar, tomando por norte y guia el feliz tiempo de aquel milagroso Nacimiento, como de cosa tan insigne, admirable y señalada, mas que todas las maravillas sucedidas y que sucederán en todo el Universo. De cuyo maravilloso portento (como fué el bajar del cielo á la tierra el Todopoderoso Dios que la crió, á unirse su inmensidad con la bajeza de la humanidad) se siguió á toda España, y particularmente á nuestra Cataluña el imponderable beneficio de haber salido de aquellas espesas tinieblas de la ignorancia, en que estaba sepultada, abandonando la adoracion de las fingidas falsas deidades, sus ritos y ceremonias, de que hasta aquí hemos tratado, y de que aun tratarémos: acabándose aquellas tinieblas y obscuridad con el complemento de la victoria del árbol de la cruz, debida á la verdadera luz que iluminó á todo el género humano en estas y otras provincias, como se manifestará en el curso de esta historia.

S. Ag. l. 18. c. 46. de Civitate Dei.

2 Empiezo pues el nuevo progreso, diciendo: Que hallándose ya mudado el estado de la República Romana en Imperio, como dice S. Agustin, y lo hemos escrito en los últi-

mos capítulos de esta historia con las dos autoridades que trae
Garibay, y dejadas las setenta y dos opiniones referidas por Gar. l. 7. c. 1.
Pineda: digo que segun S. Antonino, corria el año cinco mil Pin. l. 1. c. 11.
ciento noventa y nueve de la creacion del mundo, como lo S. Ant. tit. 5.
traen los setenta Interpretes y Beda, seguidos por el Martiro- cap. 1.
logio Romano de Gregorio XIII, Eusebio, Diego Perez de
Mesa en las adiciones á Medina, y Gonzalo Illescas: ó el de Mesa p. cap.
tres mil nuevecientos y sesenta y cinco, segun S. Gerónimo, 16.
que se conforma con la cuenta de las Hebréos: ó el de tres
mil nuevecientos sesenta y uno, segun Beuter; y del diluvio,
segun el mismo Beuter, Goes y Garcia, era el año dos mil
trescientos cinco, ó dos mil doscientos cuarenta y cinco, segun
Mesa: ó dos mil trescientos diez y siete, segun Annio: deja- An. l. 12. c. 1.
das otras cuentas referidas por Jacobo Bergomense, en el año
cincuenta y dos del Imperio de Octaviano César Augusto, se-
gun el dicho S. Antonino; ó en el de cuarenta y dos segun
Beuter, Morales, Pedro Mejía en su *Silva*, Goes, Garcia, el Beut. p. 1. c.
Bergomense, la Historia eclesiástica *Tripartita*, Pineda, y Ma- 21. Mor. l. 9. c. 1.
riana; que es conforme á la cuenta que en los capítulos del Mex. l. 2. c.
próximo anterior libro hemos traído; ó en el año cuarenta y 11.
uno de dicho Imperio, segun Mariano Scoto y Eusebio refirien- Bergo. l. 8.
do á Tertuliano, comenzó el año de la Natividad de Cristo; que Trip. l. 1. c. 5. p. 1.
era de la poblacion de España dos mil ciento sesenta y cinco: Pin. l. 10. c.
aunque Mesa dice dos mil ciento dos; y de la fundacion de 13. §. 3.
Roma sietecientos cincuenta y dos segun Mariana. Mar. l. 4. c. 1.

3 Y como aquel feliz y dichoso dia fué glorioso por todo Scot. ætat. 6. c. 22.
el mundo (como se puede ver en dichos autores) y especial-
mente luminoso en todo el Universo; lo fué tambien en Es-
paña. Pues dicen Morales, Garibay y Vaseo, que en toda ella Vas. l. 8. c. 1.
se vió una nube clarísima y de grande resplandor: de que
no tocaría poca parte á nuestra Cataluña, pues era señal de
la luz de gracia que nacia.

4 En aquel tiempo, Cataluña, toda España y el univer- Año 15 de
so mundo gozaban de la paz que comenzó en los capítulos últi- Cristo.
mos del libro tercero. La cual trajo á la tierra Jesucristo, ba-
jado del cielo; y la publicaron los Ángeles sus ministros; por
lo que justamente le llamamos *Autor de la paz*. La cual, mas
que todos los escritores, la celebra nuestro presbítero Paulo
Orosio. No dió lugar esta universal paz á que en algunos años Oros. l. 3. c.
acaeciesen sucesos memorables que escribir. Por lo cual pasaré- init. belli p.
mos de un salto algunos años, diciendo solo de paso que al cabo de l. 6. cap. fi.
quince del glorioso Nacimiento de Cristo, murió Octaviano Au- Vilad. c. 55.
gusto César, segun Antonio Viladamor, Garibay, Morales, Juan Mor. l. 9. c. 2.
Sedeño y Tarafa: cuyo fallecimiento acaeció á catorce de las Sed. tit. 13. c. 1.
calendas de setiembre (que seria á 19 de agosto) segun Ma- Tar. c. 41.

Mar.l.4.c.1. riana: habiendo imperado cincuenta y tres años segun la cuenta que en el capítulo ochenta y nueve del libro tercero hemos tomado de la *era*: pero tomándolo del principio de su imperio
Bergo. l. 7. fueron cincuenta y seis, segun Juan Bautista Egnacio y Sexto Aurelio. A cuya cuenta añade seis meses el Bergomense; y esto creo yo que será la causa, por que algunos dicen que
Pin. l. 10.c. 16. §. 4. imperó cincuenta y siete años, como lo refiere Fr. Juan Pineda. Dion y Suetonio Tranquilo informarán al lector curioso del modo como sucedió la muerte de aquel Emperador, que yo no quiero detenerme en esto, porque no hace á mi propósito.

CAPÍTULO II.

De la sucesion de Tiberio. Socorro que le enviaron los españoles; y una embajada por la cual concedió edificar templo á Octaviano. Mudanza del gobierno de España: y muerte de Cristo.

1 Por muerte de Octaviano Augusto César sucedió en el Imperio y en el señorío de España, especialmente en el de Cataluña, Tiberio César, segun la mayor parte de los autores referidos en el precedente capítulo, y particularmente la His-
Trip. l. 1.c. 8. p. 1. toria Tripartita. Este Tiberio era hijastro de Octaviano, hijo
Dion l. 55. de Libia, habido de otro marido, y Octaviano se le habia adop-
Suet. in vita Tiber. tado y tomado por hijo, segun lo escriben Dion, Suetonio y Aurelio Victor. Mariana le nombra Tiberio Neron. Esta suce-
Victor ibi. Mar.l.4.c.1. sion fué en el mismo año quince del Nacimiento de Cristo,
Tar. c. 42. segun parece de Eusebio, seguido de nuestro canónigo Tara-
Pin. l. 10.c. 17. §. 1. fa: aunque Fr. Juan Pineda y Mariano Scoto dicen que fué el año diez y seis. Por razon de esta sucesion fué Tiberio señor
Scot. ætat.6. c. 12. del Imperio, y por consiguiente de nuestra Cataluña. Por lo que hablarémos de él y de sus sucesores, hasta Arcadio y Honorio.

2 Este Tiberio ántes que fuese emperador, habia estado en
Año 16. España en las guerras de Vizcaya, en vida de Octaviano. Y se concilió en España tantas amistades, que en una guerra que tuvo en Flándes contra Germánico en el año 16 de Cristo, le socorrieron los españoles voluntariamente con caballos, armas y dinero: lo que estimó mucho; aunque no quiso aceptar el dinero. Y si bien que no es mi ánimo atribuir este servicio particularmente á Cataluña: no obstante, debo considerar que habiendo estado Tiberio durante las guerras de Vizcaya con Octaviano su padrasto en España, no se apartaría mucho de su lado. Y pues Octaviano, como hemos visto en sus lugares,

estuvo tan de espacio en las ciudades de Tarragona y Barcelona, ¿quien duda que estaría tambien Tiberio, y que se conciliaría muchas amistades en Cataluña? Y así es de presumir que tambien concurrirían en aquel socorro para la jornada de Flándes.

3 En el mismo año diez y seis de Cristo, segun escriben Viladamor, Garibay y Vaseo, sucedió aquello que muchos escriben, sacado de Cornelio Tácito, y es: que los pueblos que hoy se llaman Catalanes, enviaron una embajada á Tiberio, pidiéndole licencia para edificar un templo en honor del emperador Octaviano César Augusto su padrasto y padre adoptivo. Verdad es que Tarafa, Mariana y Morales escriben esto atribuyéndolo á toda la provincia Citerior ó Tarraconense: pero concuerdan todos en que Tiberio les concedió lo que pedian: y este ejemplar despertó á otras provincias para igual pretension. De todo lo cual hace mencion el arzobispo D. Antonio Agustin en sus *Diálogos*; y allí lo prueba todo con una medalla que en la faz tenia figurado un templo, y en la circunferencia unas letras que decian: ÆTERNITAS. AVGVSTÆ. C. V. T. T. Y en el revés la figura de un hombre sentado, que tenia en la mano derecha un globo, y sobre él figurada la victoria; y en la mano izquierda una hasta ó lanza con unas letras que decian de este modo: DEO AVGVSTO. Lo cual todo junto queria decir: *Que la ciudad ó colonia vencedora tirrena ó togata Tarraconense* (conforme lo que hemos dicho en el capítulo noventa y cuatro del libro tercero) *dedicó aquel templo á la eternidad augustal y sagrada del dios Augusto.* Y la figura de la medalla era esta:

Gar. l. 7. c. 2.

Dial. 2. y 7.



4 Durante el imperio de Tiberio César, se mudó el método del gobierno de España, estableciéndole muy diferente del que tenia en tiempo de Octaviano, y dejo referido en el capítulo noventa del libro tercero, como lo advierte Es-

téban Garibay. Porque como los Emperadores se habian apoderado de la república y la tenian tiranizada, ya no hallamos que el Senado tuviese aquel poder que ántes; sino que (como lo notan Garibay y Vaseo) los Emperadores enviaban un pretor, un legado y un qüestor á la Bética, los cuales estaban sujetos á un procónsul, que gobernaba la Tarraconense y Andalucía. Y el procónsul tenia su ejército dividido, con tres legados: el uno estaba con dos escuadrones á la parte de allá del rio Duero, cuidando de lo de Cantabria, Asturias y Galicia: el otro en la Lusitania; y el tercero residia en las costas marítimas de Cataluña y Valencia. Queda esto advertido, para que en lo sucesivo entienda el lector el modo que se tenia en el gobierno, y cómo se regia nuestra Cataluña por los Emperadores romanos.

5 Duraba aun el imperio de Tiberio César, cuando en aquel memorable dia ocho de las calendas de abril, que era el veinte y cinco de marzo, en que Jesucristo tenia la edad de treinta y tres años, tres meses y dos dias, y en Roma componian el consulado Tiberio César y Elio Seyano, segun Mariano Scoto (ó Servio Sulpicio Galba y Lucio Cornelio Sila, como lo dice Gregorio Holoandro á mas de los infrascritos), contándose el año diez y ocho del imperio de Tiberio, segun Scoto, Morales, Viladamor, Pedro Mejía, Garibay y Juan Mariana; sucedió el inmenso beneficio de la clementísima y copiosísima Redencion del humano linage por medio de la dolorosa pasion, cruel muerte y resurreccion triunfante y gloriosa de Jesucristo, verdadero Dios y Hombre, Señor, Maestro, Redentor y Salvador nuestro. Y esta cuenta es la mas cierta, segun Eusebio y Holoandro. Pues aunque estos dos dicen tambien que Tertuliano ha escrito que la muerte de Cristo sucedió en el año quince del imperio de Tiberio: y Juan Bautista Egnacio escribe que fué el año veinte y dos del imperio de aquel; sin embargo, segun la computacion que hace la Historia eclesiástica Tripartita, parece que la primera cuenta es la mas verdadera. Y aunque Fr. Juan Pineda se esfuerza en probar que Cristo murió á los treinta y dos años, y tres meses de su edad, y otros dicen que fué á los treinta y tres años: no obstante esta variedad se puede concordar, segun dice Pineda, entendiendo que sucediese á los treinta y dos cumplidos, y ya entrado en algunos meses del año treinta y tres; ó á los treinta y tres cumplidos y entrado en los treinta y cuatro, que es conforme con la primera cuenta. En fin la diferencia es poca: y la Fé nos enseña y asegura que efectivámente sucedió; y así lo confesamos, y en esta creencia queremos vivir y morir con la firme inteligencia de que con aquella Pasion y muerte

Egn. l. 1. Tripar. l. 1. c. 8. p. 1. Pin. l. 10. c. 21.

comenzó nuestra vida, teniendo principio aquella gloria que goza nuestra Cataluña de la santa Fé Católica, Apostólica, Romana: en la cual Dios por su misericordia y para su santo servicio se digne de conservarla hasta el fin del mundo.

CAPÍTULO III.

De Paulo Emilio Régulo, y de algunas memorias que de esta familia se hallan en Cataluña.

1 Viviendo aun Tiberio César, Emperador romano, y así señor de Cataluña, tuvo por qüestor ó tesorero en España á un español, nombrado Paulo Emilio Régulo. Del cual habla Morales, diciendo que en una torre de Sagunto se hallaba una piedra con una inscripcion antigua, que no la pongo por ser ageno de mi intento. Pero advierto que era español natural de Córdoba, segun quiere Gerónimo Mariana: y que en esta familia Emilia, los mas eran Paulos, ó por mejor decir era familia *Paula*, y se llamó Lépida ó Emilia por la gracia ó lengua graciosa (1) de Marco Lépido. Era familia antigua y patricia de la ciudad de Roma, segun lo escribe Plutarco en la vida de Paulo Emilio. Y como muchos de esta familia vinieron á España con empleos, señaladamente Emilio Lépido contra los numantinos, pudo quedar aquí alguna descendencia, y haber producido hombres célebres, no solo en Castilla y Córdoba, sino tambien en muchas partes de Cataluña: en donde se estendieron algunas ramas, que sin duda vendrian de Attaca, ciudad de la jurisdiccion del convento de Cartagena; segun se justifica con la inscripcion de aquella piedra, que Morales dice que se encontraba en Tarragona; y era del modo siguiente:

Mor. l. 9. c. 6.

Mor. Antig. de Esp. c. de Tarragona.

L. ÆMILIO. L. F. PAVLO. FLAM. P. H. C. EX.
CONVEN. CARTHAG. ATTACC. OMNIB. IN.
REP. SVA. HON. F. TRIB. MIL. LEG. III.
COHOR. XIV. PREF. P. H. C.

2 Quiere decir: *Que la provincia de España Citerior puso aquella memoria á Lucio Emilio Paulo hijo de Lucio, flámen ó sacerdote de toda la provincia, natural de Attaca, de la jurisdiccion ó distrito de Cartagena: el cual en su república habia tenido todos los oficios y cargos honrosos, y habia sido tribuno, coronel ó maestro de campo de la legion tercera, y prefecto de la cohorte catorcena.*

3 Y así como este de Attaca vino á ser *flámen* de la pro-

(1) *Xamosa* en buen catalan, como dice Pujades en el original.

vincia en Tarragona, sin duda debió dejar algun descendiente en aquella ciudad, en la cual hay algunas memorias de Emilios y Paulos (como ya lo dije en el capítulo diez y ocho del libro tercero). Y para cumplir lo que allí prometí, referiré algunas otras en testimonio de esto que voy escribiendo. La primera parece que fué la piedra del sepulcro de Emilio Valerio; de la cual hace mencion Morales, escribiéndola de este modo:

D. M.

ÆMILIO. VALERIO. CORINTHO. HOMINI. BONO. QVI. VIXIT. ANN. XXXXX. DEFVNCTHO. HONORIBVS. ÆDILITIIS. ANTONIA. FRONTONIA. MARITO. OBSEQVENTISSIMO.

D. M. P.

4 Romanceada quiere decir: *Que aquella memoria dedicada ó consagrada á los dioses de los difuntos y almas buenas ó malas, fué puesta por Antonia Frontonia á su marido Emilio Valerio Corinto, hombre de bien, que habia vivido cinquenta años. Habia sido edil, habia siempre hecho lo que ella habia querido y habia sido de su gusto: por lo que mereció que tuviera cuidado de hacerle aquel suntuoso sepulcro.* Este ejemplo puede servir á los casados para complacer á sus mugeres en vida, y así los encomendarán á Dios despues de su muerte.

5 La segunda memoria que de los Emilios se halla en aquella ciudad, conforme escriben Ambrosio de Morales y Pedro Miguel Carbonell, tiene una inscripcion de este modo:

DEO. TVTELÆ. ÆMILIVS. SEVERIANVS. MIMOGRAPHVS. POSVIT.

Quiere decir: *Que Emilio Severiano mimografo, puso allí aquella memoria* (que sin duda debia ser una ara) *al dios de la Tutela, guarda ó defensa de la ciudad, ó de su casa.*

6 Este Emilio Severiano debia ser sin duda muy gran poeta, y por consiguiente letrado científico: porque mimografo quiere decir *componedor de versos*, no tanto lascivos, como de cosas fingidas y de invencion: lo que no se puede hacer sin mucha erudicion, letras, agudeza de entendimiento y palabras sentenciosas.

7 Y no faltó gente de este linage en Barcelona: pues aun en el dia se halla memoria de él en la casa de la Dignidad del Arcediano mayor de la Catedral de esta nuestra ciudad, sobre la puerta de una oficina de casa, en la tienda, hoy patio, al lado de la fuente, debajo de la ventana grande de la primera sala que da al dicho patio. Allí en una grande piedra cuadrada, en letras mayúsculas esculpidas, se lee lo siguiente:

C. ÆMILIO. C. F. GAL.
ANTONIANO. ÆDIL.
II. VIRO. FLAMINI.
ÆMILIA. C. F. OPTATÆ.
AN. XVI.

8 En ninguna parte he hallado la declaracion de esta piedra, y como he visto solo el original, y nadie me lo ha referido, no he tenido quien me diese esta luz. Pero segun lo que yo de ella comprendo, no dice quien la puso, sino que se hizo en memoria de dos personas: á saber *de Cayo Emilio Antoniano*, *hijo de Cayo Galero* (cognominado así porque sería de la tribu Galera, ó porque llevaría celada ó yelmo que en latin se llama *galea*, ó porque usaría llevar copete en la cabeza) *que era edil*, *y uno de los dos del gobierno de la ciudad*, *y sacerdote de ella*: *y á Emilia*, *hija bien querida y amada de Cayo*, *la cual tenia diez y seis años cuando murió*.

9 Tambien en la ciudad de Empurias hubo casa de esta familia, cuya memoria se halla en aquel pedazo de piedra mármol, que está embutido en el primero de los espolones fuera de la iglesia de san Martin, enfrente del castillo, en cuya piedra hay una inscripcion del modo siguiente:

ΔΗΜΟΙ. PIT.
CꞶϽCTPATO.
PAVLLA.
AEMILIA.
H:::::::::::::.

Pero como esta inscripcion no está con sentencia cumplida, y no se le puede dar perfecto sentido, por eso no la tra-

duzeo: basta que pruebe el fin para que la he puesto, y que sea de Paula Emilia.

10 Estaban los de la familia Emiliana tan estendidos en Cataluña, que hasta en lo alto de Pallás se halla memoria de ella y de su nobleza, en una piedra que Amancio y Apiano refieren que se halla en Isona, con una inscripcion de esta manera:

LVNÆ. AVGVSTÆ. SACRVM. IN HONO-
REM. ET. MEMORIAM. ÆMILIÆ. L. FIL.
MATERNÆ. L. ÆMILIVS. MATERNVS. ET.
FABIA. FVSCA. PARENTES. S. P. F. C.

Quiere decir: *que Lucio Emilio Materno y Fabia Fusca, padres de Emilia Materna, de sus propios dineros procuraron hacer aquel templo ó ara á la deidad de la Luna, en honor y perpétua memoria de la misma Emilia.*

11 Tendría mucho que decir, si quisiera detenerme en esplicar la ocasion por qué las mugeres adoraban á la Luna, y la edificaban templos. Pero como ellas ya son bastante supersticiosas, lo omito para no darles motivo de que lo sean mas. Los curiosos pueden ver el capítulo primero del concilio *Anquirense*, referido por Graciano en el cánon que comienza: *Episcopi eorumque 27. quæst.* 5. donde se reprueba la vanidad de las mugeres, que creían que de noche servian á la diosa Diana, que es la luna, bailando etc.: conforme dice S. Agustin en el capítulo diez y seis del libro séptimo de la ciudad de Dios.

12 Empero es bien saber que este pueblo de Isona en el Pallás, de que aquí hemos hecho mencion, era ciudad antiquísima; y la mudansa del tiempo la ha reducido tanto, que ya no sabríamos nada de ella, si no fuera por algunos testimonios que han quedado en sus ruinas. Y esta es la causa, porque en toda esta obra no hemos hecho mencion de ella hasta ahora. Pues como la antiguedad la ha reducido cuasi á la nada, si aquí no hubiesemos hallado este particular motivo, sería muy regular que no hubiera parecido en esta Obra. Que fué ciudad y tuvo ciudadanos nobles, se colige en parte de la inscripcion referida, y tambien de lo que dirémos mas adelante en el capítulo doce, donde tratarémos de la familia Valera, y de Lucio Valero faventino ó barcelonés. Colígese tambien de que Marco Marano, natural de Oreto, quiso hacerse y se hizo ciudadano de Isona, que en aquel tiempo la nombraban *Æsona*, como consta de la inscripcion hallada en una piedra que refieren Amancio y Apiano; que es del modo siguiente:

P. MAR. MARN. FILIO. CALPHVRNIANO. ORET. DEFVNCTO. AN. XVIII. MAR. MARANVS. COMMVNI. AFFECTIONE. MARANÆ. CALPHVRNIÆ. VXORIS. ET. MATRIS. RECEPTO. IN. CLIENTELAM. CIVIVM. ÆSONEN. ET LIBERALIBVS. STVDIS. ERVDITO. IMPETRATO. LOCO. EX. D. ORD. STATVA. FOVENS. MEMORIAM. PIETATIS. HONORAVIT. DATIS. Q. SPORTVLIS. DEDICAVIT.

13 Esta piedra servia de pedestal ó peana á una estatua, *que por piadosa memoria y honra de Publio Marano, jóven de edad de diez y ocho años, doctrinado en todas las artes liberales, habida licencia del Consejo de los ciudadanos de Isona, y pagadas las espórtulas* (que eran ciertos dineros de salarios, ó tributos) *la habia dedicado Marco Marano Calfurniano de Oreto su padre: quien por la grande aficion y amor que tenia á Marana Calfurnia su muger, se habia hecho ciudadano de Isona.*

14 Mas adelante refieren los mismos autores otra piedra con esta inscripcion:

FVL. F. FVLVI. RESTITVTI, F. CATVLÆ, P, ÆSONENSI. ANN, XL. FVLVIVS. HOMVLLVS. LIBERTVS. PATRONÆ. DE. SE. BENEMERITÆ. FACIVNDVM. CVRAVIT.

Quiere decir: *que Fulvio Homullio liberto habia dedicado aquella memoria á su señora y patrona Fulvia Catula de Æsona, quien habia vivido cuarenta años, y se lo tenia bien merecido: y á Fulvio Restituto hijo de Fulvio.*

15 He hecho esta breve digresion, porque me dolia el pasar en silencio aquella antigua y noble ciudad, en la cual hemos hallado los Emilios, de quienes era el principal instituto. Pero no creo cause enfado al instruido lector, el que hayamos sacado á luz cosa tan oculta, á fin de que no se acabase de perder lo poco que de esta ciudad nos queda. Lo demas que de la familia Emilia se puede decir, lo dejarémos para mas adelante: basta lo que hemos dicho hasta aquí, para satisfacer á la ocasion que nos ha dado Paulo Emilio Régulo: y para mostrar á las otras naciones que se precian de tener familias romanas, que no faltaron ni faltan en Cataluña.

CAPÍTULO IV.

Se trata de Cayo Poncio Nigrino, de Porcia Nigrina, y de Cayo Licinio Saturnino de la ciudad de Lérida.

Año 38. 1 Corriendo el año treinta y ocho del glorioso nacimiento de Cristo nuestro Señor, que (segun traen algunos y dirémos mas abajo) fué el último del imperio de Tiberio, era cónsul en Roma Cayo Poncio Nigrino: como parece de los *Fastos consulares* de Gregorio Holoandro. Tuvo este una hija nombrada Porcia Nigrina, que casó con Cayo Licinio Saturnino, hijo de Cayo. De esta familia Licinia hemos ya tratado mas arriba, y dirémos aun mas en el discurso de esta historia, donde se justificará su grande nobleza.

2 Este Cayo Licinio Saturnino con quien casó Porcia era edil, y uno de los dos flámenes ó sacerdotes de los dioses. Nos persuadimos que estos conyuges vivieron en la ciudad de Lérida, ó aloménos Cayo Licinio debió morir en ella. Porque hallamos en aquella ciudad la memoria de su sepultura, la cual puso su muger Porcia que le sobrevivió. Yo la ví en el tiempo de mis estudios en una piedra mármol, en la iglesia Catedral de Lérida, á mano derecha del altar mayor, de esta manera:

C. LICINIO.
C. F. GAL.
SATVRNINO.
ÆD. II. VIR.
FLAM.
PORCIA. P. F. NIGRINA.
VXOR.

Quiere decir: *Que Porcia Nigrina, hija de Poncio, muger de Cayo Licinio Saturnino, hijo de Cayo de la tribu Galera* (ó Galero, como lo he dicho en el capítulo veinte y tres del libro tercero) *que habia sido edil, del gobierno, y sacerdote de la ciudad, dedicó aquella memoria al nombrado su marido.*

3 Esta señora heredó la nobleza de su padre en sus procederes y morales virtudes, pues vivió siempre con su voluntad tan unida á la de su marido, y le amó en tanto estremo, que cuando le vió con las ánsias de la muerte, no pudiendo

sufrir tan amarga separacion, abrazada con el moribundo, mezcló sus dolorosos sentimientos con los mortales desmayos y últimos suspiros de aquel. Y así como le habia amado en vida, quiso acompañarle tambien en la muerte; pues al tiempo que el fuego reducia en cenizas el cadáver de Cayo Licinio, se arrojó á la hoguera repentinamente: de modo que á no haberla sacado de allí al instante, hubiera perecido, mezclando sus cenizas con las de su marido, para que subsistiesen unidos despues de la muerte los que con tanto amor habian estado siempre bien unidos en vida ¡Grande amor! ¡grande valor! ¡grande ánimo! verdaderamente digno de la mayor alabanza: sin embargo de que no necesitaba hacer aquella ni otra demostracion para acreditar su amor y su bondad, porque de todos eran aplaudidas sus costumbres y singulares prendas. Marcial, famoso poeta español la celebró mucho en aquel epigrama que de ella escribió; y de él hemos sacado este último discurso. Sus versos á la letra son como siguen. Marcial l.4.

¡O felix animo! felix Nigrina marito,
Atque inter Latias gloria prima nurus.
Te patrios miscere juvat cum conjuge census:
Gaudentem socio, participemque viro.
Arserit Evadne flammis injecta mariti:
Nec minus Alcestim fama sub astra ferat.
Tu melius certè meruisti pignora vitæ:
Ut tibi non esset morte probandus amor.

5 Reconociendo que mi bajo estilo quitaría á estos versos el elevado quilate que tienen, no los quiero traducir; pues tampoco se necesita; porque su contenido queda bien declarado con el discurso que de ellos hemos sacado, el cual nos pone delante este doloroso ejemplo de aquella honesta señora, mas de admirar que de imitar en la última resolucion, que solo es propia de gentiles.

6 En este mismo año de treinta y ocho de la venida de Cristo y consulado de Poncio Nigrino, en que ya se habia comenzado á predicar por los Apóstoles en muchas partes el sacrosanto Evangelio, murió el emperador Tiberio César, despues de haber imperado veinte y dos años, ó veinte y tres segun Eusebio en la Cronología, y la Historia Tripartita. Suetonio Tranquilo, Tarafa y Juan Bautista Egnacio siguen la última cuenta, á la cual añade el Bergomense algunos dias. Omito decir la variedad que hay sobre esto y de donde proviene, refiriéndome á Garibay y Pineda. Año 38 de Cristo. Trip. l. 2.c. 2. p. 1. Egna. l. 1. Bergo. l. 8. Pin. l. 10.c. 17.

CAPÍTULO V.

Del principio de la predicacion Evangélica en España, hecha por el Apóstol Santiago.

1 He dicho al fin del precedente capítulo, que Tiberio César murió en el año treinta y ocho de Cristo, estando ya comenzada la predicacion de la ley Evangélica por los santos Apóstoles. Pero como algunos opinan que el santo Evangelio se comenzó á predicar en España en vida de Tiberio; y otros que en tiempo de su sucesor Calígula: por esto tomaré un medio entre los dos estremos, escribiendo estos sucesos entre los de los dos emperadores: á saber, despues de la muerte de Tiberio, y ántes de hablar de Cayo Calígula. Dejando solo apuntado que á Tiberio César sucedió Cayo Calígula, como lo escriben Dion y otros que referiré en el capítulo séptimo.

Dion l. 58.

2 Y habiendo de tratar del principio de la predicacion Evangélica en España, y descender particularmente á lo que toca á Cataluña: parece habia de ser primero lo que escriben Fr. Gerónimo Roman, y el P. Fr. Juan Pineda, esforzando y probando con autoridad de Simon Methafrastes que San Pedro vino á predicar á España, y que en ella, en la ciudad de Sirmio, dejó por obispo á un discípulo suyo, que se nombraba Epeneto. Mas como si vino San Pedro á predicar á España, no pudo ser en este tiempo de que tratamos; pues segun parece de Eusebio y del cardenal Baronio en el Martirologio, en aquel año treinta y ocho, ó en el de treinta y nueve segun el mismo Baronio en los Anales, ó en el año cuarenta segun Mariano Scoto, comenzó el apóstol San Pedro á tener la Silla Pontifical en la ciudad de Antioquía: por esto el tratar de su venida lo dejarémos para otro tiempo, que será el año cuarenta y cuatro de Cristo, en el imperio de Claudio. Y ahora tratarémos de nuestro primer predicador.

Rom.l.1.c.3. Pin. l. 10.c. 28. §. 4.

3 Los mas de los escritores concuerdan en que el primer predicador del Evangelio en España fué el glorioso apóstol Santiago. Pedro Antonio Beuter, mi padre Micer Miguel Pujades y Juan Vaseo dicen que comenzó Santiago esta predicacion en tiempo y vida de Tiberio, y así parece que lo entendieron el P. Fr. Juan Pineda y Estéban Garibay; pues conformándose con Vaseo dicen que en el año treinta y siete de Cristo vino Santiago á España. La Historia eclesiástica *Tripartita*, Jacobo Bergomense, Ambrosio de Morales y el P. Fr. Juan Mariana escriben que comenzó esta predicacion despues de la muerte de Tiberio, imperando Claudio Calígula.

Beut. p. 1. c. 23. Puj. p. 2. Pin. l. 10. c. 25. §. 3. Gar. l. 7. c. 2. Trip. p. 1. l. 2. c. 4. Bergo. l. 8. Mor. l. 9. c. 6. Mar. l. 4. c. 2.

Pero dejando ahora la averiguacion de esto, que puede ser poca la diferencia: omitiendo tambien lo que se podria decir de los padres, patria, nacimiento, vocacion al Apostolado, y de los hechos de Santiago durante la vida de Cristo: y sin hacer caso de lo que algunos han opinado que no es posible que Santiago habiendo muerto en Jerusalén hubiese predicado en España; porque esto es negar una antigua tradicion tenida por cierta entre nosotros; voy á esplicarme en cuanto á lo que importa para demostrar los principios de la Fé en Cataluña.

4 Escriben Hartman Schadel, Jacobo Bergomense, y Bartolomé Casaneo que despues que recibieron los santos Apóstoles el Espíritu Santo, compusieron el símbolo de la Fé, que vulgarmente decimos el *Credo*: y en él, el apóstol Santiago ordenó aquel artículo que dice: *Passus sub Pontio Pilato, crucifixus, mortuus, et sepultus est.* Y hecho esto, dividiéndose las provincias del mundo para predicar el santo Evangelio, á Santiago le tocó la de España, y vino á ella para aquel santo ministerio. Esta su venida la afirman San Antonino de Florencia, Pedro de Natalibus, vulgarmente nombrado Obispo de Equilino, los Breviarios Romanos, y el viejo de Barcelona; y nuevamente Hernando del Castillo en la *Crónica del órden de Santo Domingo*, Gerónimo Roman, Juan Pineda, Guillermo Durán, y Juan Beleth. Y tambien el Mtro. Francisco Diago cree que aquella autoridad del glorioso Padre San Gerónimo, cuando sobre Isaías, hablando de la mision de los Apóstoles, dice: *Alius ad Indos, alius ad Hispanias, alius ad Illyricum, alius ad Græciam pergeret*, se debe entender por lo que mira á España del apóstol Santiago: advirtiendo que no se puede entender de San Pablo, de quien hablaré abajo; porque si se hubiese de entender de San Pablo, hubiera dicho: *Alius ad Hispanias, et Illyricum*, porque San Pablo predicó en una y otra parte. Pero pues dice: *Alius ad Hispanias, alius ad Illyricum*, cierto es que habla de diversos, que fueron uno á una parte y otro á otra, y no del que predicó en las dos provincias; y así se entiende de Santiago, y no de san Pablo: siendo esto mismo lo que dicen los nueve autores aquí citados; y por eso advierte el mismo Diago contra el cardenal César Baronio que puso en duda esta venida de Santiago á España, que fué inadvertencia, no acordándose de haber visto aquella autoridad de San Gerónimo. De todo lo cual resulta, que solo quien fuese por naturaleza caviloso y espíritu de contradiccion dudará que á Santiago le cupo el venir á predicar á España, y que efectivamente vino. Así lo leemos en el libro intitulado *Vitæ Sanctorum* de la librería de esta santa iglesia Catedral.

Casa. Cata. p. 2. conf. 20.

S. Ant. tit. 6. c. 7.
Ob. Equili. l. 7. cap. 133.
Brev. en las lec. de la fiesta.
Cast. en el Prin.
Roma l. 1. c. 4. p. 1 de la Rep. Crist.
Pin. l. 10. c. 25. §. 54.
Dur. l. 6. c. 17.
Bel. c. 140.
Dia. l. 1. c. 6.

Lib. Sell. 3.

5 Esta venida de Santiago dicen algunos que fué por mar. Y así lo refieren mi padre Micer Miguel Pujades y Beuter, y se saca de Pedro Medina *en las Grandezas de España*, cotejando dos pasages suyos y añadiendo el uno al otro. Así lo entiende tambien el Mtro. Diago; y es lo mas verosímil, porque se le acomodaba mejor el viage por mar, que no por tierra. Y concuerdan todos los escritores en que desembarcó en las Asturias. Cierto es que si Santiago hubiera venido por tierra, nos vendria bien creer que tocaría en alguna parte de Cataluña; pero no es ménos conjeturable esto aun habiendo venido por mar; y así lo opina el Maestro Diago, considerando que es la primera tierra que acaso pisó de la provincia á donde venia.

Medl. p. 2. cap. 126. y 161.

6 Y aunque esto solo no prueba, tampoco concilia oposicion. Pues yo para mí tengo que siendo mucho el zelo que Santiago traía de la predicacion, parece natural que llegando á ver tierra de la provincia de su destino, no podria resistir el ansioso deseo de comenzar prontamente su ministerio, y saltaría luego en tierra; á que se añade, que tambien tendría deseo de descansar de la fatiga del viage, y salir de los peligros anexos á la navegacion: ó á lo ménos, cuando no fuese mas que para repararse algunos dias, aunque no fuese su ánimo volverse á embarcar para irse á las Asturias. Añádese á estas conjeturas otra que pesa mucho mas; y es que el santo Apóstol tendría bastante noticia de que Cataluña entónces era el emporio del comercio, la provincia mas poblada de España, la gente mas civilizada y mas llena de romanos, como vecina al Levante, y con una metrópoli como Tarragona, que ya entónces era conocida de todas las naciones.

7 Todo lo cual conspira, y violentamente induce á creer que Santiago desembarcó en Cataluña, y que esta fué la primera de España que oyó el santo Evangelio por boca de Santiago. Y basta esto, que en el siguiente capítulo diré lo demás.

8 Pasó Santiago á Oviedo, segun escriben los ya referidos autores. Y se dice que solo convirtió un discípulo, con todo lo que predicó en aquella comarca. Pasó adelante predicando por la tierra hasta la ciudad del Padron. De allí se bajó por el reino de Castilla: entró despues en Aragon, pasando por Cariñena, y llegó á Zaragoza, donde con su predicacion convirtió ocho discípulos, que con el convertido en Oviedo fueron nueve. Aunque leyendo los autores arriba citados y otros, no falta quien diga que Santiago no tuvo sino un solo discípulo: otros dicen que tuvo dos, otros que siete, y otros que doce. La opinion de los nueve discípulos es la mas comun. Pero es lo mas verosímil y mas digno de crédito, lo que en este particular escribe Fr. Gerónimo Roman, y es, que

los que escriben que no convirtió Santiago mas qué un discípulo lo entendieron de los Príncipes de España, que le fueron tan contrarios, y por su malicia solo se convirtió uno. Así parece que lo entendieron Duran y Beleth, pues dicen: *No convirtió Santiago sino un Príncipe en España.* Y tambien puede ser lo entendiesen de aquel solo, que se convirtió en Oviedo. Los que le dan siete discípulos, lo entienden de aquellos siete que se llevó en su compañía, cuando se fué de España á Jerusalén, como abajo se verá. Los que hablan de dos, lo entendieron de dos mas señalados, que quedaron cuando él se fué, para predicar la Fé en España. La opinion de los que le dan doce discípulos al Santo, es añadiendo los nueve á los tres que convirtió en Jerusalén, como lo dirémos abajo. Y todo esto se ha de entender conforme á lo mismo que Fr. Gerónimo Roman responde á los que le dan nueve discípulos solamente: es decir, que estos no quisieron reducir el número de los convertidos por Santiago á nueve, ni á doce tan solamente; sino que de muchos convertidos, nueve fueron los elegidos, como mas familiares ó participantes del cargo de la predicacion, por ser mas aptos para ello, y en quienes Dios habia infundido mayor gracia; y no fueron solos doce, sino infinitos los convertidos. Así lo cree Vaseo; y parece necesario conforme á lo que dirémos cuando puso Obispo en Zaragoza. Paréceme á mí que esto es semejante á lo de Cristo nuestro Señor, que tuvo cuatro clases de discípulos. Los doce que eligió para el Apostolado, de los cuales hablan San Mateo, San Márcos, y San Lúcas. Y de estos uno, que fué San Pedro, amaba á Cristo mas que todos los otros; á quien como parece de San Juan, dijo Jesucristo: *Simon Joannis, diligis me plus his?* y le respondió: *Etiam Domine.* Y de aquestos mismos doce, uno habia á quien Cristo amaba. Así lo dice el mismo San Juan hablando de sí mismo. Despues á mas de estos doce, tuvo setenta y dos, como parece de San Lucas; y ademas de estos tuvo otros muchos. Porque dice San Juan: *Multi crediderunt in eum.* Y en otro lugar: *Et multò plures crediderunt.*

Mat. c. 10. Marc. c. 3. Luc. c. 6. Joan. c. 13. 19. y 21. Luc. 10. Joan. c. 2. 4. 7. 8. 12.

9 Finalmente tuvo algunos discípulos ocultos, como Josef de Arimatéa, de quien habla S. Juan. ¿Quien dirá, pues, que Cristo nuestro Señor no tenia sino un discípulo, ó dos, ó doce, ó setenta y dos? Pues esto mismo se ha de entender de Santiago, que sin duda tuvo muchos de convertidos; y diversas clases de discípulos, y entre ellos un Príncipe; como Cristo á San Bartolomé, que era nieto del Rey de Siria, segun dice el Obispo Equilino, á quien sigue mi padre Micer Miguel Pujades, y se infiere tambien de Hartman Schadel: aunque

Joan. 19. Ob. Eq. lib. 7. c. 103. Pujad. p. 3. Scha. f. 105.

Bar. in martir. 23. Aug. el cardenal César Baronio no quiere conceder que San Bartolomé fuese hombre principal.

10 Parece pues, que cuando Santiago iba predicando por España, sería el tema de sus sermones aquel mismo artículo, que él habia dictado cuando entre los Apóstoles compusieron el símbolo de la Fé, que fué el *Passus sub Pontio Pilato, crucifixus, mortuus, et sepultus est*, como ya lo dejo escrito. Y así se verifica del Obispo Equilino, que dice increpaban los judíos á Santiago, porque predicaba á Cristo crucificado. Pero como los gentiles á quien el Santo predicaba estaban muy agenos de las sagradas profecías, y no esperaban tal venida del Mesías, cuando oían al Santo decir que Cristo era Dios y hombre á un mismo tiempo, y que los judíos le habian muerto enclavado en una cruz, dice San Pablo que á los unos causaba risa y á los otros escándalo, y que los mas miraban á Santiago como un hombre necio, suponiendo que lo que predicaba era necedad. Por lo cual no es de maravillar que la predicacion de Santiago produjese poco efecto, respecto del que produjeron los sermones de San Pedro y San Andrés, que con cada un sermon convertian millares de hombres. Ó por mejor decir, lo permitiría Dios así por las causas á él bien vistas, y reservadas á su eterna sabiduría.

11 En aquel tiempo vivia aun la Vírgen Santísima nuestra Señora, dignísima Madre de Cristo nuestro Señor. Y como Santiago estaba triste, por el poco fruto que hacian sus sermones respecto de los otros Apóstoles, se salia por las noches fuera de la ciudad de Zaragoza, á la ribera del Ebro, en donde aprovechando la quietud y silencio de la noche, la empleaba en orar y enseñar á sus privados discípulos la doctrina cristiana y ritos de la Ley Evangélica. Estando una noche dormidos, cuando se despertaron sintieron unas voces muy suaves, que cantaban con mucha melodía; y era una concertada música de muchos coros de Ángeles y Espíritus celestiales, que obsequiaban á María Santísima, que en medio de todos se ostentaba sobre un pilar ó columna de piedra, que (segun Beuter, Morales y Pineda) era y aun es de jáspes: y Medina añade que es blanco. Lo que los Ángeles cantaban dicen era el Oficio matutinal: que sería sin duda en la forma que los Apóstoles lo usaban entónces, ó por mejor decir, serían estos cantares, loores y encomios, como cosa del cielo. Los discípulos de Santiago se turbaron con aquella celestial vision, reparando que su maestro puesto de rodillas miraba y adoraba á aquella Señora que estaba sobre el pilar, porque la conoció al punto. Y muy atentos los discípulos con profundo silencio, oyeron que acabados aquellos celestiales cánti-

cos la Vírgen nuestra Señora habló al apóstol Santiago, y le mandó *que en aquel mismo sitio donde estaba, la edificase un altar ó capilla; pues que en aquella ciudad habia logrado muchos mas convertidos y discípulos que en ninguna otra parte.* Y advierte Medina que ya de ántes, cuando Santiago salió de Jerusalén para venir á predicar á España, le habia mandado nuestra Señora que allí donde lograse mayor número de convertidos, le edificase una iglesia ó templo á honra suya.

12 Fuese ó no fuese esto como lo dice Medina, todos estan concordes en que hablándole nuestra Señora, quedó confortado de la tristeza que tenia y animado á perseverar en la predicacion. Porque aquella soberana Señora le dijo que tomaría bajo su proteccion y amparo á España, y que sus naturales le serían muy devotos. Consoló tambien al Santo, diciéndole y prometiéndole que despues de muerto haría su predicacion mayor fruto que el que habia hecho en vida; pues aunque entónces le seguian pocos, despues de muerto convertiría á toda España. Luego que María Santísima concluyó aquel razonamiento, los Ángeles la llevaron á su casa y aposento, que tenia en Jerusalén. Quedó Santiago grandemente consolado con tan escelente y magestuosa visita, y acudiendo él y sus discípulos á ver de mas cerca el pilar que mereció ser trono de aquella soberana Reina, la hallaron retratada en el estremo alto del mismo pilar, y burilada su santa Imágen con tanto primor, que bien manifiesta ser obra del cielo. Insistió el Santo en la empresa comenzada de la predicacion; y segun se le habia mandado, edificó al rededor del pilar aquella capilla, que hoy se nombra *de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza*: quedando colocada en ella con profunda veneracion la Imágen de nuestra Señora, que los Ángeles sin duda dejaron labrada sobre aquel mismo pilar, en que se ostentó aquella soberana Señora ¡Dichosos aragoneses, que logran tan sagrada reliquia! Beuter dice que todo esto lo leyó él mismo en la propia santa capilla de Zaragoza, y en Roma en el monasterio de la Minerva: y le refieren, aprueban y siguen Morales, Damian Goes, Felipe Garcia, y mi padre Micer Miguel Pujades. Medina escribiendo esto mismo, refiere á Calisto Papa, en la vida y milagros de Santiago. De todo lo cual resulta que necesariamente hemos de decir que fué esta la primera iglesia que públicamente se edificó en España.

13 En aquella capilla ó iglesia dejó Santiago por presbítero á Atanasio, y por obispo á Teodoro, sus discípulos, ó al revés: despues de haberlos instruido en la Ley Evangélica, y misterios de la Fé. De este Atanasio y otros pontífices sus su-

Blancas f. 3. y fol. 11. cesores, se puede ver á Gerónimo Blancas en sus *Comentarios de Aragon*.

14 Despues de esto partió Santiago de Zaragoza, para volverse á Jerusalen, donde le esperaba el martirio, y se llevó en su compañía los siete discípulos mas amados.

CAPÍTULO VI.

Se trata de la predicacion de Santiago en Cataluña, que dió aquí principio al Cristianismo.

1 Partiendo Santiago de Zaragoza, escribe Pedro Antonio Beuter p. 1. c. 23. Beuter que tomó el camino de Cataluña, y llegó á Lérida, donde se detuvo y predicó. ¡Dichosa Lérida, que fué la primera en Cataluña, que mereció oir la palabra de Dios de boca de tan grande maestro y predicador! Y dice Beuter que fué á Tarragona á embarcarse para Jerusalén. Esta narracion de Beuter es muy breve, y la sacó de los escritos del Papa Calisto. Pero no por ser breve carece de grande sentido; ántes bien es importantísima para nuestro propósito. Porque aunque no dice que San Jaime predicase en Lérida y Tarragona, ni en otros lugares por donde pasaba dentro de Cataluña, no obstante píamente se puede creer que supuesto que pasó, predicó; pues debemos tener por cierto que ni el Santo, ni sus discípulos pasarían el tiempo ociosos, sino en ejercicio de su ministerio. Mayormente siendo como eran entónces aquellas dos ciudades de Lérida y Tarragona las mas principales; pues Lérida era *municipal*, y Tarragona *colonia*, metrópoli y cabeza de la provincia Citerior; y así no puede dejar de ser cierto que en ellas predicó Santiago: porque es regular que llevaría la máxima de predicar en los pueblos de mayor concurso, para que se dilatara y estendiera el Evangelio, que era el único objeto de su predicacion. Tienen en Lérida una capilla de Santiago, en la calle nombrada *del peu del Romeu*, y es fama continuada de padres á hijos, que el Santo en aquel viage pasó por allí: y los muchachos, la noche de la fiesta del Santo, van con linternitas de papel y con luces, que ellos llaman *San Jaumet* (lo mismo que *Santiaguito*) en memoria de la predicacion que el Apóstol hizo en aquella ciudad. Y por consiguiente no errará quien diga que de aquellos sermones, que el glorioso Santo debió predicar pasando por aquellas ciudades y pueblos que encontraba al paso en su camino, y del buen vecindado que tenia de Zaragoza donde quedaban los santos Anastasio y Teodoro, tuviese principio la predicacion Evangélica y la Fé católica en Cataluña. Y con esta certidumbre, especialmente

le dan este principio Beuter y mi padre Micer Miguel Pujades, que dicen de este modo: *Comenzó la Fé en Cataluña en los ilerdenses, tarraconenses y barceloneses con la predicacion de San Jaime, y buen vecindado de Zaragoza.* Pujad. p. 1.
Por manera que de un modo ú de otro se ha de tener por cierto que el apóstol Santiago predicó el Evangelio en Cataluña, y que de su predicacion tuvo principio en ella la fé; pues aunque prevalezca la opinion del P. Mtro. Diago que dije al principio de este capítulo, si no tocó este Santo en Cataluña cuando vino á España, es cierto que la atravesó cuando se volvió á Jerusalén, y que no pasó sin ejercer su ministerio.

2 De los barceloneses he dicho de paso, que por la predicacion de San Jaime tuvieron el primer aviso de la Ley Evangélica y de gracia por haberlo escrito así los ya citados autores: aunque no citan el lugar de donde lo sacaron, no carecen de testimonios; pues tienen á lo ménos la tradicion de hombres doctos, que dicen que San Jaime instituyó y fundó en Barcelona la primera iglesia con el título é invocacion de la santa Cruz, y que dejó en ella obispo para la instruccion de los nuevamente convertidos y cuidado de sus almas. Que esta tradicion sea fundada, resulta principalmente de dos cosas: la primera, que trece años lo mas tarde despues de la pasion de Cristo nuestro Señor, que son cuarenta y cinco ú cuarenta y seis de su glorioso Nacimiento, y por esto seis ú ocho años despues del tiempo de la predicacion de Santiago, ya encontrarémos en el capítulo diez la muerte del primer obispo de Barcelona: de modo que no es menester darle muchos años de vida para conceptuar su eleccion en el tiempo de San Jaime. La segunda, que, como en el precedente capítulo hemos visto, el principal instituto y artículo de los sermones de Santiago era el misterio de la cruz. Luego templo fundado en honor de la santa Cruz, indicio dá de que fué obra de quien con superior estimacion la veneraba y la queria imprimir en los corazones de los hombres, mayormente siendo, como es cierto, que la santa Séo de Barcelona tiene este título desde la primitiva iglesia, como constará abajo en el capítulo setenta y nueve del libro sesto.

3 Evidenciándose de todo lo escrito en este capítulo, que este Principado de Cataluña tiene la gloria de haber recibido la santa Fé católica tan en los principios de su establecimiento, como que la aprendió del mismo apóstol de Cristo Santiago, viviendo aun en carne mortal la sacratísima Madre de Dios y Señora nuestra. Y así no hay que estrañar que de aquel grano de trigo, sembrado por el mismo apóstol, se hayan propagado tantas y tan copiosas mieses de santidad, como (con

la ayuda de Dios) verémos en el discurso de esta Obra. Pues de aquel granito de mostaza llegó á crecer una planta tan frondosa, que han anidado en ella muchas celestes avecillas. ¡Dichosas pues las tres ciudades de Lérida, Tarragona y Barcelona, que merecieron ser de la primera vocacion en la obra de la viña del Señor! Y pues, como dice Beuter, se debe preciar y gloriar España por haber sido de las primeras regiones que de la gentilidad se convirtieron y recibieron la fé, protestando morir por no perderla; por lo mismo digo yo que se debe igualmente gloriar nuestra Cataluña por la pronta participacion que tuvo en tan dichoso y alegre suceso, como fué el comenzar á arrojar y detestar la ciega servidumbre de la idolatría, y hacerse hija adóptiva de Dios. Y si mereció Zaragoza ser la primera que en consagrada capilla adoró el precioso árbol de la cruz; Lérida fué la segunda, Tarragona la tercera, y Barcelona la cuarta, como todo así resulta del contesto de este capítulo. Y de aquí se infiere la obligacion que tenemos de conservar este tesoro inestimable, en reconocimiento del inmenso beneficio recibido de la mano del Señor: pues como dice David en el Salmo 147: »No ha hecho tales mercedes, ni ha encomendado tales tesoros á todas las tierras y naciones." Quiera Dios por su misericordia conservarnosle para su santo servicio y provecho nuestro.

4 Del tiempo que se entretuvo Santiago predicando en Lérida, Tarragona y otras partes de Cataluña, nada sabemos de cierto. Sobre cuanto tiempo estuvo en toda España, hay diversidad de opiniones: algunos con Beuter pretenden que estuvo cinco años: Hartman Schadel y San Antonino parece se inclinan á que no fué ni un año cumplido.

5 De aquí nace otra dificultad entre los escritores, sobre señalar el año en que murió Santiago. Hartman Schadel y San Antonino dicen que murió un año despues de Cristo. Mi padre Micer Miguel Pujades lleva la otra opinion de los que pretenden que murió siete ú ocho años despues de Cristo. Pedro Antonio Beuter tiene la tercera, de los que dicen que murió dies años despues de Cristo; y así sería el año cuarenta y tres de su gloriosa Natividad poco mas ó ménos, como lo dicen Damian Goes y Felipe Garcia. Mariano Scoto dice que murió en el año primero del Imperio de Claudio, que segun su cuenta era el año cuarenta y cinco de Cristo. La averiguacion no es de mi propósito, y basta haber apuntado esto; pues sucediese en uno ú en otro tiempo, todos concuerdan en que fué dia por dia, y la misma hora en que murió Cristo nuestro Señor; y con ellos se conforma la sesta leccion del breviario viejo de Barcelona.

6 El cómo volvió á enriquecer la España el cuerpo de este Santo, lo diré (Dios mediante) abajo en el capítulo octavo.

CAPÍTULO VII.

De los emperadores Cayo Calígula y Claudio, y de Drusilano Rotundo. Fundacion de los pueblos de Vilarodona y Camprodón.

1 Muerto el emperador Tiberio en el año treinta y ocho de Cristo, sucedió en el Imperio Romano y señorío de España, incluso el de nuestra Cataluña, el emperador Cayo Calígula, segun lo escriben Dion, Suetonio, Sexto Aurelio Victor, la Historia Tripartita, Fr. Juan Pineda, el P. Juan Mariana, Schadel y Pedro Mejía. Pero de este Emperador no leemos cosa alguna que haga á nuestro propósito: y así por lo que á él toca, concluirémos el principio con el fin; que le tuvo muriendo el año cuarenta y dos de la Natividad de Cristo. Matóle un capitan de su guardia nombrado *Cassio Cherea*, segun lo dicen Dion, Ambrosio de Morales, Antonio Viladamor y el Bergomense. Y respecto de que Orosio, haciendo mencion de esta muerte, no nombra el homecida; siendo comun el decir que fué el citado Cassio, yo no sé por qué ha dicho el canónigo Francisco Tarafa que fué Paulo Emilio Régulo. Basta apuntarlo aquí; pues de lo demás de su vida me refiero á los arriba citados, y á Eusebio, Juan Bautista Egnacio y Garibay.

Dion l. 58. Suet. in vita Cæsar. Vict. de vita Imper. Trip. p. 1. l. 2. c. 2. Pin. l. 10. c. 26. §. 2. cap. 23. §. 3. Mar. l. 4. c. 2. Scha. cor. Mex. Imp. Mor. l. 9. c. 6. Vilad. c. 56. Berg. l. 8. Oros. l. 7. c. hic dicit. Taraf. c. 43. Eg. l. 1. Gar. l. 6. c. 3.

2 Al emperador Calígula sucedió Claudio, que habia sido hijastro de Octaviano César Augusto, segun lo dicen los escritores arriba nombrados; y fué esta sucesion el mismo año cuarenta y dos de Cristo, segun lo quieren Eusebio, Morales, Tarafa, Pineda, Viladamor y Mariana: ó en el año cuarenta y tres segun Jacobo Bergomense. Lo que de él encuentro que haga á nuestro propósito, es, que segun escriben Morales y Mariana tuvo en España un *liberto*, que le administraba las rentas y haciendas que aquí tenia, el cual se llamaba Drusilano Rotundo. Y omitiendo muchas cosas que de él se podrian decir, me ha pasado por la fantasía la idea de que por ventura la villa que hallamos hoy junto al rio de Gayá, entre los límites del *Campo* de Tarragona y el Panadés, que se nombra *Vilarodona*, y en latin *Villa rotunda*, tendria principio de aquel hombre; pues segun en diversos lugares hemos dicho, la etimología es fuerte argumento para hacer presumir, y casi probar en las cosas antiguas.

Pin. l. 11. c. 1. §. 1.

3 El mismo pensamiento he tenido de la villa de Cam-

prodón en la montaña Pirinéa, de que ya hice memoria en el libro primero, capítulo cuarto. Y por la misma razon pudo tal vez ser principiada por el mismo *Rotundo*, ó tomaría el nombre á contemplacion suya.

4 No se opone á este pensamiento, el decir que aqueste hombre era de condicion libertina y baja; pues el cargo que ejercia induce á creer que sería estimado de muchos, y con su negociacion poderoso para tales y mayores cosas. Y en todas dos partes tenia motivo para haber habitado: en Vilarodona, porque estaba cerca de la metrópoli de Tarragona, en donde era el concurso de los asuntos forenses, y del patrimonio del Fisco Imperial. Y por lo que toca á Camprodón, pudo ser ocasion el que regularmente frecuentaría sus viajes hácia aquella tierra, donde estaban las minas de oro, plata y otros metales, de que estaban llenos los Pirinéos. Mayormente, porque escribe Morales que este Drusilano Rotundo se habia hecho tan rico en España, que para su servicio se mandó hacer una fuente de plata, de peso de quinientas libras de aquel tiempo, que ahora serían mas de cincuenta marcos; y si esta fuente, como es regular y saben bien los cortesanos, tenia debajo la correspondiente bacina, sería una alhaja, que acreditaría bien la riqueza de su dueño: el cual naturalmente tendría su familia á correspondencia de su riqueza; y así pudo muy bien edificar las dichas dos poblaciones: ó acaso lo harían otros por adularle, dándoles su nombre; porque al hombre rico todos le adulan, aunque sea un borrico.

CAPÍTULO VIII.

Se trata de como el cuerpo de Santiago fué traído á España por sus discípulos, y como aquí fueron creados obispos todos siete.

1 Cumplo con lo que prometí en el capítulo seis, de que en este trataría de la venida á España del cuerpo del glorioso apóstol Santiago. Y respecto de que ya he dicho allí la variedad de opiniones sobre el tiempo en que murió el Santo; y que las escrituras traen que la venida de su santo cuerpo fué en tiempo del Imperio de Claudio, lo escribiré aquí con la posible brevedad.

2 Este bienaventurado apóstol Santiago murió en Jerusalén por mandato de Herodes, como parece de los Hechos de los Apóstoles. Aquellos siete discípulos que se llevó de España cuando se volvió á Jerusalén, y Hermógenes y Fileto, que siendo magos encantadores se habian convertido y hecho sus

Actor. c. 2.

discípulos, todos juntos la misma noche del martirio del Santo tomaron su venerable cuerpo, y se embarcaron con él para venir á España, como así lo traen Juan Beleth y Vincen- Bel. c. 140.
cio historial. Llegaron á España en el año cuarenta y cuatro de Vinc. l. 8.c. 4. y 5.
Cristo, segun lo dice Estéban Garibay, el dia veinte y cin- Gar. l. 7. c. 4.
co de julio, que es el en que nuestra santa Iglesia católica romana celebra la fiesta de su martirio, respecto de que no puede entrar el dia de su muerte, por estar la Iglesia ocupada con la conmemoracion de la sagrada Pasion y muerte de nuestro amantísimo Redentor Jesucristo. Así lo he hallado escrito en los breviarios romanos, y en el viejo de Barcelona, en Pe-
dro Antonio Beuter y Jacobo Bergomense. Y tambien lo escri- Beut. p. 1. c.
ben así Pedro de Natalibus obispo Equilino (á quien sigue 23.
mi padre Micer Miguel Pujades), y San Antonino de Floren- Bergo. l. 8. Nat. l. 6. c.
cia, Pedro Medina, Fr. Juan Pineda, Juan Vaseo y el autor 123.
del *Vitæ Sanctorum* de la librería de la Catedral de Barce- Puj. p. 2.
lona. Los cuales á los arriba citados añaden que luego que S. Ant. tit. 6.
llegaron á España con aquella joya del santo cuerpo, desem- cap. 7. Medi. p. 2. c.
barcaron en la ciudad de Iria, que hoy se llama del Padron; ó 126.
en la de Compostela, en la cual entónces había una señora prin- Pin. l. 10. c.
cipal que se nombraba *Loba*; que unos dicen era reina, otros 25. §. 4.
régula (que debe ser lo mas cierto) de aquella ciudad. Y los Vas. p. 2. Vitæ SS. de
discípulos de Santiago rogaron á aquella señora que les deja- la lib. de la
se una carreta para llevar el santo cuerpo desde la mar has- Seo de Bar.
ta la ciudad, y debemos píamente persuadirnos que esta pe- Sel. 3.
ticion sería inspiracion de Dios; pues el cuerpo del Santo no sería tan pesado, que no pudiesen los discípulos llevarlo cómodamente en hombros. Fué el caso que la señora, como gentil, quiso hacerles un tiro con que quedasen burlados, y para esto les dejó una carreta con dos bueyes mal domados, bravos y furiosos, creyendo ella que aquellas fieras, al quererlas uncir, arremeterían á los discípulos y los matarían, ó á lo ménos los pondrían en huida, abandonando el santo cuerpo á la burla de los gentiles. Pero sucedió muy al contrario; porque luego que los discípulos hicieron la señal de la cruz á los toros, ellos mansos y humildes como corderos se dejaron uncir, y llevaron la carreta con el cuerpo del Santo hasta la ciudad. Este prodigio convirtió á la reina *Loba*, que gustósamente detestó el gentilismo, y abrazó el Evangelio. Edificaron allí una iglesia los discípulos de Santiago, y en ella colocaron el santo cuerpo de su maestro. Y desde allí se dividieron y fueron por diversas partes de España á predicar el santo Evangelio y la nueva Ley de gracia. Vincencio historial dice que recibieron las insignias y órden episcopal de manos de los apóstoles San Pedro y San Pablo, y que les señalaron á cada uno

respective las tierras por donde habian de predicar. Pero el cómo y cuando se hizo esto, lo verémos mas abajo en el capítulo nueve: basta por ahora decir que todos murieron mártires; y en donde y sus nombres lo escriben el referido Vincencio y Pedro Antonio Beuter.

3 Si conceptuase alguno que esto ha sido fuera del intento de nuestra Obra, esté advertido de que no lo es; porque conducirá mucho á nuestro propósito en lo sucesivo, como en sus propios lugares lo verémos.

CAPÍTULO IX.

De la venida del apóstol San Pedro desde Antioquía á Roma, y cómo pasó por España, y consagró en ella algunos obispos.

Oros. l. 7. c. hic dicitur ubi primum. 1 Escribe Paulo Orosio que en la temporada de que vamos tratando, el apóstol San Pedro, que habia tenido siete años el Pontificado en Antioquía, se pasó á la ciudad de Roma, para que fuese cabeza del mundo en lo espiritual la que lo era
Bergo. l. 8. en lo temporal; y esto fué corriendo el mismo año cuarenta
S. Ger. de viris illustri. y cuatro de Cristo, segun Eusebio y Jacobo Bergomense. El Padre y grande Doctor San Gerónimo dice que San Pedro vino á Roma en el segundo año del Imperio de Claudio, que si seguimos la primera cuenta de su Imperio que hemos puesto arriba, viene á ser el propio año de cuarenta y cuatro. El cardenal César Baronio en el Martirologio Romano, escribe que San Pedro, habiendo comenzado á tener el Pontificado en Antioquía el año de treinta y ocho, y habiendo pasado en ella siete años, transfirió despues la cátedra Pontifical á Roma. Que claramente es decir lo mismo que ha escrito despues en los Anales, donde pone la translacion de la cátedra, é institucion de la iglesia Romana en el año cuarenta y cinco de Cristo. Del mismo sentir son el obispo Equilino Pedro de Natali-
Puj. p. 2. bus, y Micer Miguel Pujades mi padre. Pero sea la una ú la otra cuenta, sería aun en vida del emperador Claudio, y aquí es el lugar propio para hacer de ello mencion.

2 Asentadas por San Pedro las cosas del Pontificado en Roma, lo mejor que pudo en aquel tiempo, para lo cual es regular que predicase algunos sermones, é hiciese algunos milagros, con que convertiría algunos á la Fé, y que aquellos le recibirían por predicador apostólico y Pontífice: despues de haber ordenado á Lino y Cleto, para que le ayudasen en la predicacion y cuidado de las almas de los convertidos; pues estas son las cosas que San Pedro hizo en Roma en aquel tiempo, co-

mo así parece de Platina y de Illescas: deseando el santo Pontífice estender la predicacion Evangélica por todo el mundo, en el año cuarenta y seis de Cristo, imperando Claudio, envió á muchas regiones y ciudades particulares diversos predicadores discípulos suyos, de cuyos nombres me refiero al doctísimo cardenal César Baronio en los Anales, y al Mtro. Alfonso Ciaconi, penitenciario apostólico, en las *Vidas de los Sumos Pontífices*. Basta saber que á España envió á Torcuato, Ctesifonte, Secundo, Indalecio, Cecilio, Eschio, Eufrasio y otros. Despues en el año ocho de Claudio, y cincuenta y uno del Salvador, le fué forzoso á San Pedro salir de Roma, obedeciendo un edicto del Emperador, en que desterró todos los hebréos. Desde allí se fué á Jerusalén á celebrar un concilio, en el cual se hallaron con él San Pablo, Santiago el menor, San Juan Evangelista, San Bernabé y otros. Acabado el concilio visitó San Pedro muchas iglesias del Oriente; y dando vuelta por el Occidente, ó porque subsistiese aun el destierro de Roma, ó porque fuese rogado con cartas de diversos discípulos, para que los visitase en particular el que era maestro y pastor de todos, ántes de volverse á Roma, visitó las iglesias de África, y pasó á Bretaña. Y finalmente no se olvidó de España; ántes bien para tener parte en la conversion de ella, visitar y confortar los cristianos que Santiago habia convertido, vino y predicó en España: y en la ciudad de Sirmio dejó por obispo á Epaneto su discípulo, como lo dije arriba en el capítulo quinto, donde espliqué que con autoridad de Simon Metafrastes lo escribian y probaban Baronio, Fr. Gerónimo Roman, Fr. Juan Pineda, y el eruditísimo Mtro. Alfonso Ciaconi penitenciario apostólico, *en las Vidas de los Sumos Pontífices*. Y parece se confirma esto con lo que dice Vincencio historial, escribiendo los hechos que se siguieron despues de la muerte del apóstol Santiago; y es, que los discípulos, que trajeron su santísimo cuerpo, recibieron despues las insignias pontificales de manos de los apóstoles San Pedro y San Pablo, y que por ellos fueron creados obispos de algunas de las ciudades de España, recibiendo el órden y consagracion de estos santos Apóstoles. Y para concordar las historias, hemos de decir que fué en España. Porque traido el cuerpo del Apóstol su maestro, no sabemos que saliesen mas de ella, sino que se dividieron por sus ciudades y provincias á la predicacion. De San Pablo ciertamente averiguarémos abajo que vino á España; y así pudo ordenar á algunos de aquellos: y si los otros fueron consagrados por San Pedro, no habiendo ellos salido de España, forzósamente hemos de decir que San Pedro los consagró estando en ella. Y por esto Baronio y Cia-

Plat. in vita Petri. Illescas l. 1. c. 3.

Baron. an. 58. Roma. l. 1. c. 3. de la Rep. cristiana. Pin. l. 10. c. 18. §. 4. Vinc. tom. 3. lib. 8. c. 5.

coni dicen ser ciertísimo que ninguno instituyó las iglesias de España, sino los apóstoles San Pedro y San Pablo: ni ninguno presidió ni predicó en ellas, sino es los enviados y ordenados por estos santos Apóstoles ó sus sucesores: que es lo mismo que dijo el Papa Inocencio IV en una epístola Decretal. Advierto empero que esto no se opone á lo que habemos escrito de Santiago; porque él ya vino en virtud de la órden que recibió de San Pedro al repartir las provincias entre los Apóstoles.

Can. quis nesciat. 11. dif.

3 No sabemos mas de las cosas que San Pedro hizo en España. Y así no haré discursos, sobre si estuvo ó no en Cataluña, si á la venida ó á la vuelta; pues en este particular repito lo que dije de Santiago, que son razones que pueden acomodarse muy bien á San Pedro. Este primer Apóstol en el año ocho de Neron segun algunos, ó en el doce segun otros, se volvió á Roma.

CAPÍTULO X.

Se trata de Teodosio, primer obispo de Barcelona.

1 A propósito es de notar aquí lo que escribe Florian de Ocampo: que Barcelona fué tan reducida, y quedó tan destruida cuando Anibal la dejó, que estuvo casi desierta hasta el tiempo del emperador Claudio, de cuya temporada vamos tratando. Y exâgerando mas esto Pedro Antonio Beuter, escribe que estuvo del todo arruinada desde que Telongo Bachio la destruyó, hasta el tiempo de este emperador Claudio. Y que en su Imperio, y no ántes, se volvió á tenerla en memoria. Pero advierto que Beuter se olvidó de aquello que él mismo habia escrito tratando de esta ciudad, en tiempo de los Scipiones, y yo lo dejo ya escrito en los capítulos 2, 15, 21, 63 y 64 del libro tercero. Tambien se olvidó de lo que habia escrito sobre el principio de la predicacion Evangélica, cuando vino á esta ciudad, como ya lo dejo escrito en el capítulo quinto de este libro. Y no debió haber tenido noticia de todo lo que yo he apuntado en diversos lugares de esta historia, ó por mejor decir y salvar la opinion de tan graves escritores, pienso yo haberse de entender, que el intento de ellos no fué decir, que desde entónces hasta ahora no se hallaba memoria alguna de Barcelona, sino que toda ella era un nada, y que se podia decir casi del todo arruinada, en comparacion del aumento, autoridad y forma que adquirió en aquella temporada de Claudio, de que ahora vamos tratando. Y entendiéndolo así, que es como se debe entender, los tenemos concordados.

Flori. l. 4. c. 42.

Beut. l. 1, c. 16.

2 No escriben en qué consistió esta nueva estimacion ó causa de la honrosa memoria de Barcelona. Pero sin duda (pues no se sabe otro buen suceso de ella) debió de ser el de la predicacion evangélica que oyó, y la puntualidad y amor con que abrazó la Fé católica; porque este fué el feliz suceso que tuvieron los barceloneses en el tiempo de que tratamos. O por mejor decir, fué el saberse públicamente y con certidumbre lo que poco ántes andaban rastreando sobre lo que ya en este capítulo está manifiesto y patente. Porque escribe mi padre Micer Miguel Pujades que en este tiempo, tre- Puj. p. 2.
ce años despues de la sagrada pasion de Cristo, que sería el cuarenta y cinco ó cuarenta y seis de su Nacimiento (que es el tiempo en que hemos dicho que San Pedro puso su Pontificado en Roma) hubo ya obispo en esta ciudad de Barcelona, que se nombraba *Teodosio*; y que este fué el primer obispo de esta ciudad. No dice cómo vino, de qué nacion era, quién le envió, ni cuando murió. Solo escribe el dicho mi padre que lo sacó de un libro manuscrito, que cuando él escribia (que era cerca del año de mil quinientos sesenta y cuatro) estaba en el archivo de la Comunidad de presbíteros Beneficiados de la santa iglesia Catedral de Barcelona, que vulgarmente le llaman *el archivo de San Severo*, porque aquella Comunidad le tiene por Patrono. Y en aquel libro estaban continuados muchos obispos de Barcelona sucesivamente por sus tiempos. No han faltado algunos venerables eclesiásticos que me han certificado haberlo visto: pero aunque nosotros lo hemos buscado, no lo hemos hallado. Sin embargo no porque falte el dicho libro, ha de menguar el crédito del relator. Pues de este mismo Teodosio hace mencion, y lo pone por primer obispo de Barcelona nuestro Pedro Miguel Carbonell en su *Catálogo de obispos de esta ciudad*, que está custodiado en el archivo Real en un libro intitulado: *Memoriale quaranta nou*, folio sesenta y cuatro. Así mismo está tambien escrito en el *Episcopologio* del archivo del Cabildo de la dicha Catedral, del cual me dió copia Don Alonso Coloma, obispo que fué de esta ciudad. Por eso cuando en el año de mil y seiscientos le merecí la confianza de encargarme que trazara la sucesion y série de los obispos de esta ciudad, que su Sría. Ilustrísima hizo pintar en la sala grande del palacio episcopal: movido yo entónces de los espresados documentos, coloqué á Teodosio por primer obispo de Barcelona. Y el P. Fr. Francisco Diago despues ha tenido á bien seguir Diag. l. 1. c. 6.
esto mismo.

3 La antiguedad de la gloria barcelonesa que de esto resulta es tanta, que no tiene ponderacion. Por lo que paso des-

de luego á decir la muerte de este santo obispo Teodosio, que acaeció en el año cuarenta y cuatro de Cristo nuestro Señor, segun el dicho Episcopologio del Cabildo de la santa Iglesia de esta ciudad; que sería en el propio año que San Jaime murió en Jerusalén, conforme los *Anales eclesiásticos* de César Baronio: de modo que solo habrían pasado once años despues de la muerte de Cristo nuestro Señor: ó á lo ménos en el año cuarenta y seis ó cuarenta y siete del glorioso Nacimiento de Jesucristo; que serían los trece cabales despues de su pasion, muerte y resurreccion, segun el dicho libro que sigue y refiere mi padre Miguel Pujades.

4 Persuádome que no faltará quien diga (como otros muchos cuando se pintaba la dicha sala): ¿Que cómo se puede probar ó qué fundamento hay para decir que ya en aquel tiempo tuviesen obispo los barceloneses? Porque bien sé que hay hombres que no conceptuan posible, sino aquello que á ellos se les mete en el entendimiento. Aunque pudiera satisfacer á esta crítica con el grande crédito que se merecen los escritos de tan calificados archivos, quiero no obstante, á mayor abundamiento, esponer las razones de probabilidad que para ello tengo, en concepto de que para quien desea sencillamente instruirse, bastará lo que diré. Si bien que no es mi ánimo arguir con aquellos maliciosos, á quienes ninguna razon convence: meditemos que ya la fé de Cristo iba comenzándose á sembrar en España por la predicacion de Santiago, que habia estado en ella; y que desde entónces, segun Pedro Antonio Beuter, quedó la Fé en Cataluña, cuando el santo Apóstol pasó por Lérida y Tarragona; y que desde aquí se fué estendiendo: y como tan vecinos participaron los barceloneses, aun ántes que el Santo entrase en Barcelona. A mas de que es muy regular, que el Santo dejaría en aquestas partes alguno de sus discípulos; pues como ya he dicho tuvo otros á mas de los nueve. Pudo tambien ser que Teodosio viniese á Barcelona enviado de los santos Anastasio y Teodoro, que habian quedado en Zaragoza, como dejo escrito. Esta verisimilitud se funda en el intento de aquellos Santos, que era sembrar el Evangelio, y plantar la fé por cuantas partes pudiesen del mundo, como lo mandó Cristo nuestro Señor por San Márcos el dia de su
Marc.c. fin. admirable y gloriosa Ascension á los Cielos. Y como aquellos dos Santos tendrian algo adelantado en Zaragoza, es muy regular que desde allí enviarían algunos de sus discípulos ó condiscípulos á que predicasen el Evangelio por algunas otras partes: pues como ya he dicho, los discípulos de San Jaime fueron muchos mas de doce, y con él no se fueron sino siete. Por consiguiente alguno de aquellos que quedaron en Espa-

ña vino á predicar á Barcelona: lo cual ni implica contradiccion ni tiene imposibilidad; mayormente cuando era mucho mas cómodo el que viniesen de Zaragoza, que no de Jerusalén, de los que allí se hallaban en aquella dispersion de los fieles que hubo despues de la muerte del protomártir San Estéban: de la cual hablan los *Hechos de los Apóstoles*, en el año treinta y cinco de Cristo. Bien sé que un curioso, docto y moderno escritor quiere persuadir que de Jerusalén vinieron á Barcelona los primeros predicadores. Pero á mí me parece que es otro tanto mas probable que viniesen *à proximis* que no *à remotis*. Luego de una de estas partes ó de las dos vendrían á predicar en el tiempo referido, y vendria tambien Teodosio. Y no se me objete que porqué no decimos lo mismo de Lérida y Tarragona y otras partes: que yo no digo que no pudiesen tener tambien allí obispo, pues ya habia predicado allí San Jaime. Mi silencio no es argumento negativo; y si no lo digo, es porque no lo he hallado escrito, y no quiero ser inventor. Mas adelante hablarémos de estas y de otras ciudades.

5 Volviendo á lo propuesto en el principio del capítulo, digo que habiendo logrado Barcelona un beneficio tan grande, como es el haber tenido pontífice tan en los principios del cristianismo, es muy fundado lo que de ella dicen Florian y Pedro Antonio Beuter: á saber, que en aquel tiempo comenzó Barcelona á ser ilustre y famosa; y que todo lo anterior fué tan nada como si no hubiese sido, respecto de lo que con tan plausible y venturosa novedad fué despues, lo que es ahora, y lo que Dios mediante será en lo sucesivo. Y es de tanta importancia el que los barceloneses mediten sobre esto; como que de ello resulta la gloria de que se pueden preciar, de haber tenido pontífice un año despues que lo tuvo Roma, segun la primera cuenta puesta en el principio del precedente capítulo. Y si queremos seguir la segunda cuenta, todavía resulta de ella que lo tuvo un año ántes que Roma. Demos pues á Dios humildes gracias, de que una iglesia tan antigua haya sido tan iluminada y asistida con su divina gracia, que siempre ha perseverado en la obediencia de la Santa Sede, Apostólica, Católica, Romana; sin que jamás haya habido en la silla episcopal de Barcelona ningun herege, ni cismático. Pues aunque cierto autor moderno y mordaz ha empleado su pluma, queriendo persuadir que hubo aquí un obispo arriano, carece de fundamento, y no tiene ni aun probabilidad; como mas adelante lo haré ver en el lugar que corresponde, que será en el capítulo setenta y uno del libro sesto.

CAPÍTULO XI.

Se trata de los santos Victor y Etio, obispos de Barcelona, que fueron muertos por los infieles: siendo los primeros mártires de Cataluña.

1 Ya he dicho en el precedente capítulo que se duda si la muerte del obispo Teodosio acaeció en el año cuarenta y siete de Cristo ó en el de cuarenta y cuatro. Fuese el uno ó el otro, en el de cuarenta y siete se hallaba ya hecha eleccion de otro obispo para sucesor de Teodosio, que se nombraba Victor; segun lo escribe mi padre Micer Miguel Pujades, siguiendo el referido libro del archivo de la Comunidad de San Severo. Este Victor gobernó hasta el año de cincuenta y dos de Cristo en que murió, á diez y ocho de las calendas de mayo, que son los catorce de abril. Hacen memoria de este prelado Damian Goes en su *España*, y Micer Gerónimo Pau en la *Barcinona*; y Pedro Miguel Carbonell, y el canónigo Tarafa, cada uno respective en su *Episcopologio*. De modo que este segundo obispo ya pudo ser de los que San Pedro envió desde Roma, á mas de los nombrados en el capítulo nono; ó pudo gozar de la presencia del santo Apóstol en Cataluña, conforme lo que dejó escrito en el mismo capítulo nono. Reflexione el lector que la antiguedad de estos sucesos, las calamidades que pasó la Iglesia en las persecuciones que á su tiempo dirémos, y la eficacia con que los perseguidores ocultaban las memorias de los Santos, son circunstancias, que no nos permiten mas que ir rastreando las cosas, y apurando los sucesos, hasta hallar en la variedad de opiniones lo que se acerca mas á lo verosímil. Por lo mismo ignoramos la nacion, orígen y patria de estos obispos de Barcelona, que fueron en aquel tiempo; especialmente de Victor, que comunmente es tenido por santo, y apellidado como tal. En cuyo tiempo, y en el de la primitiva Iglesia, andaban ya algunas diabólicas máximas opugnando la verdad evangélica, y comenzaban á correr las heregías de los Nicolaítas y Hebionitas, especialmente en las iglesias de Efeso; como parece del Apocalipsis de San Juan. Y como estos últimos negaban la Divinidad de Cristo, no queriendo conocerle por Dios, con facilidad se estendió esta heregía por el mundo, no acostumbrados los hombres á prodigios de tanta magnitud, como la union hipostática de la Divinidad con la humanidad de Cristo, cuya incredulidad entró súbitamente en España. Por esto fueron tan pocos los que en ella creyeron en la predicacion de Santiago, segun ya lo dejo

Puj. p. 1.

Apoc. c. 1.

escrito en el capítulo quinto. Asímismo en el tiempo del obispo San Victor de que vamos tratando, muchos infieles visto que habia otros que conformaban con su opinion, estuvieron tan obcecados sobre el artículo de la Divinidad de Cristo que negaban los Hebionitas, que fueron seguidos de millares de hombres. Y esto fué lo que causó el martirio del santo Victor, porque como incesantemente les predicaba, persuadiéndoles á la creencia de que Cristo es el mismo Dios, se amotinaron contra él, y le mataron cruelmente el dia catorce de abril; como lo escriben los arriba alegados autores, y Fr. Vicente Domenech. Verdad es que el Episcopologio del archivo de esta santa iglesia Catedral dice que la muerte del santo Victor fué en el año de cuarenta y dos: pero yo me persuado que lo erró el copiante. Pues todos los Episcopologios de los tres dichos archivos estan errados en la asignacion de los Emperadores que reinaban en el tiempo de cada pontífice respective. Vaya esto por advertido; pues no lo volveré á referir, porque sería cosa enfadosa repetirlo cada vez.

2 A San Victor sucedió otro santo obispo nombrado Etio, el cual no tardó mucho en ser elegido, ni en acabar el pontificado. Porque dicen los mismos escritores ya alegados que murió á diez y nueve de las calendas de setiembre (que es á catorce de agosto) del año noventa y tres. Y dicen que tambien murió mártir; pero no señalan con qué especie de martirio.

3 Estas fueron las primeras hostias que esta ciudad ofreció al Dios Omnipotente en sacrificio por toda Cataluña, para aumento de la Religion católica, que se iba estendiendo y propagando. Estas fueron las primeras fuentes que regaron los sembrados de la predicacion evangélica, que hasta entónces se habia hecho en Cataluña. Esta fué la cera encarnada, con que nuestro Dios y Señor quiso que se sellase la carta de gracia que habia hecho á esta tierra, admitiendo á los suyos en el gremio de la Iglesia. Barcelona es la dichosa, que tan de las primeras sale con la ropa de púrpura á recibir á Cristo nuestro Señor su esposo. ¡Feliz ella, que atestigua aquello que á los otros se predica! Y finalmente venturosa, la que fué llamada tan de mañanita á la viña de Dios nuestro Señor; pues cuando se verá en la tarde (que será en el fin del mundo) habrá tenido tiempo de haber bien trabajado en ella. Quiera su Divina Magestad que se aproveche, y no permita que *sint novissimi primi*, *et primi novissimi*. Y estos santos *Teodosio*, *Victor y Etio*, protomártires de Cataluña, quieran interceder por Barcelona, y por todo el Principado.

4 Muerto San Etio, tercer obispo de Barcelona, le suce-

dió en el pontificado el obispo Deodico: de quien hablarémos en el capítulo trece.

CAPÍTULO XII.

Se trata de la muerte del emperador Claudio: sucesion de Neron: y de cómo en aquel tiempo predicó en Cataluña San Saturnino.

Beut. p. 1. c. 23. Vilad. c. 55. 1 Pedro Antonio Beuter y Antonio Viladamor escriben que en el año cincuenta y cinco de Cristo murió el emperador Claudio. Pero me parece mas cierto que fué el año de cincuenta y seis, á los trece años, nueve meses y veinte y ocho ó veinte y nueve dias de reinado; como lo escriben Jacobo Bergomense, Juan Pineda y el canónigo Tarafa: que viene á ser lo mismo que dicen Juan Bautista Egnacio, Suetonio, y Sexto Aurelio Victor, quienes escriben que murió el año catorce de su Imperio. De que resulta, que sin duda estan errados algunos códices de la Historia eclesiástica Tripartita, en cuanto dicen que Claudio no cumplió el año cuarto de su Imperio; pues quisieron decir el décimo cuarto, y escribieron el *cuarto*.

Bergo. l. 8. Pin. l. 11. c. 1. §. 1. Tar. c. 54. Egn. l. 5. Trip. l. 2. c. 4. p. 1.

2 Sucedió á Claudio en el Imperio romano y señorío de España su hijo ó hijastro Claudio Neron, segun los mismos escritores arriba citados. Le llamamos hijo ó hijastro de Claudio, porque lo fué uno y otro; respecto de que Claudio se lo habia adoptado, segun consta de lo que escribe Suetonio en las *Vidas* de los dos. De los hechos de este emperador Claudio Neron tratan Paulo Orosio, Pedro Antonio Beuter, Antonio Viladamor, Ambrosio de Morales, Hartman Schadel, Sexto Aurelio Victor, Juan Bautista Egnacio, la Historia eclesiástica Tripartita, Juan Pineda y Tarafa: y algunos con Mariana le nombran Domicio Neron. Por ahora solo conduce advertir, que unos quieren que esta sucesion fuese en el mismo año de cincuenta y cinco, otros en el de cincuenta y seis y algunos en el de cincuenta y siete.

Oros. l. 1. c. Nero. hic. Beut. p. 1. c. 23. Vilad. c. 56. Mor. l. 9. c. 9. Egn. lib. 1. Trip. p. 1. l. 2. c. 8. Pin. l. 11. c. 4. §. 1. 2. 3. Mar. l. 4 c. 3. Puj. p. 2.

3 En aquella temporada, que (conforme quieren Beuter y Micer Pujades mi padre) corria el año cincuenta y cinco del Señor; á los últimos dias de la vida de Claudio, la ciudad de Tolosa comenzó á tener obispo. Y el primero que se sentó en la Pontifical de ella, é instruyó aquel pueblo en la Ley evangélica, fué San Saturnino, que habia sido enviado á aquella ciudad por el Sumo Pontífice San Pedro apóstol, despues que le llevó de Antioquía á Roma. Y si bien que el intento del Apóstol fué que su discípulo San Saturnino se viniese en derechura á Tolosa, él se detuvo algunos dias en Árles; y allí, entre

otros que predicando convirtió, tuvo por discípulo á San Honesto; quien despues le fué socio en la predicacion que hizo en Tolosa: conforme (además de los autores citados) lo traen Nicolás Bertran, Estéban Garibay, Pedro de Natalibus, Hernando del Castillo y Fr. Gerónimo Roman. Bert. fol.43. Gar. l.7.c.5. Rom. l. 1.c. 3.

4 En el tiempo que San Saturnino se entretuvo en Árles, acaeció la muerte de Claudio, y sucesion de Neron en el Imperio: y cuando el Santo con su discípulo San Honesto llegaron á Tolosa, ya imperaba Neron; y al cabo de poco tiempo San Saturnino envió á San Honesto á que predicase en España. Llegó, y predicó en Pamplona: y poco despues le siguió el mismo San Saturnino, llamado por los del país, en el cual hizo muy grande fruto; pues en dos años convirtió en Pamplona mas de cuarenta mil personas: y desde allí se fué á predicar á muchas partes del reino de Castilla.

5 Ahora, pues, que le tenemos en España, me parece conveniente advertir que muchos españoles le nombraron *San Cerni*; y así le nombra Beuter. Garibay, que es navarro, dice que asímismo le nombran los navarros. Y en Cataluña hubo tiempo que tambien le nombraban *San Cerni*, como se verá en la segunda Parte de esta Obra. Por lo que debe estar el lector advertido que San Saturnino es conocido con estos dos nombres.

6 Volviendo á la historia, escribe Nicolás Bertran que predicando San Saturnino por España, ó estando en Navarra, torció el camino sobre la izquierda, y vino á predicar á la ciudad de Roda. De la cual ya hablé en el libro segundo, capítulo cuarto, diciendo que Roda de hoy es la que antiguamente estaba en las montañas de Cataluña, en los partidos del condado de Ribagorza, segun Estéban Garibay; y que de ella hace mencion nuestro doctor catalan Marquilles. Y no obsta el que se diga que Ribagorza está en Aragon; porque ya tengo probado que está situada en los antiguos límites de Cataluña, aunque hoy sea del reino de Aragon. De que resulta que Cataluña participó de la predicacion de San Saturnino, y que no hay duda sería aceptada su doctrina evangélica, y que dejaría allí por obispo á alguno de sus discípulos, cuyo nombre ignoramos. Pues dice Bertran que ordenó San Saturnino que los de Roda acudiesen á los concilios y congregaciones de los fieles que se harían en España: de que se deduce con evidencia, que fué admitida su doctrina, y que los dejaría pontífice, cuando se fué de aquella ciudad. Gar. l. 7. c. 44. Marq. in Usatic. Stra.

7 Así vamos rastreando poco á poco el incremento de la Religion cristiana apostólica romana en Cataluña, la cual tuvo los principios que ya arriba quedan referidos. Pero des-

de entónces hasta el tiempo de los godos no tengo noticia de algun obispo de Roda, de que pueda hacer mencion. Verdad es que Morales, Garibay, Vaseo y el Obispo de Gerona me son contrarios, diciendo que los obispos de Roda que hallan firmados en algunos concilios, eran de la de Redes, que está en el obispado de Gerona. Que lo quieran decir de la Rodope, que estaba cerca de donde hoy es el monasterio de San Pedro de Rodes: ó que lo quieran decir de la que tuvo título de vizcondado de Rodes; ya dije en el libro segundo, capítulo cuatro, que no tengo por posible sea lo que ellos dicen, por estar allí muy cerca Elna, Joncaria, Illíberis, y Empurias, que en aquellos tiempos tenian todas cuatro obispos. Añádese á esto, que los catalanes siempre han estado en el seguro concepto de que Roda de Ribagorza fué la ciudad famosa, y de mas memoria que las otras, como parece de Marquilles; el cual contando las ciudades mas célebres de Cataluña, dice estas palabras: *Decima civitas ab antiquo est Roda, ejus Comes est Ripacurciæ, Vicecomes nominatur de Peralta, aqua navalis Noguera Ribagorzana.* De aquí se evidencia que de tiempo antiguo es Roda de Ribagorza la famosa y señalada: razon suficiente para creer que en la ocasion de que vamos tratando, la predicacion de San Saturnino fué en la ciudad de Roda de Ribagorza, respecto al vecindado que tiene de Aragon y Navarra, de donde venia el Santo; y era mas regular que siendo como era aquella ciudad muy populosa, se detuviese allí, de donde podia sacar mucho fruto; que no que se fuese rodeando muchas leguas á buscar la otra Roda al estremo de Cataluña, al levante y junto al mar.

8 Añado á todo esto que la sede de Roda de Ribagorza fué mudada y unida con la de Lérida, en tiempo de D. Ramon Berenguer conde de Barcelona y príncipe de Aragon, que conquistó á Lérida: como mas largamente lo escribiré en la segunda Parte de esta Obra. De que resulta por precision que los obispos de Roda que hallamos en este intermedio de tiempo, fueron de la Roda de Ribagorza. Y quedando con esto satisfechos los contrarios; pasarémos ahora adelante en la historia, segun el curso del tiempo.

CAPÍTULO XIII.

Se refiere la venida del apóstol San Pablo á España, y la muerte de Deodico obispo de Barcelona.

1 Escriben Hartman Schadel de Nuremberga, Beuter, el Bergomense, Baronio, Mariano Scoto, Eusebio y otros muchos, que en el segundo año del Imperio de Neron llevaron preso á Roma al apóstol San Pablo, y lo tuvieron en cadena y con centinela de vista dos años: al cabo de los cuales le dieron libertad; y al santo Apóstol, segun dice Beuter, espresamente se le concedió licencia para irse adonde quisiese, y se vino á predicar á España, como ántes lo habia prometido en una Epístola que habia escrito á los Romanos, diciéndoles en ella que de paso los visitaría viniendo á España. De lo que, segun escribe S. Gerónimo tratando de los hombres ilustres ó escritores eclesiásticos, parece que S. Pablo fué sacado de la prision espresa y directamente, para venir á predicar al Occidente. Y así lo afirma el autor del *Vitæ Sanctorum* de la librería de esta Catedral de Barcelona. Y prevengo á los que habrán leido al canónigo Francisco Tarafa, que aunque él no se atreve á certificar que San Pablo viniese á España, contentándose solo con escribir que así se dice y se piensa que San Pablo vino á España: consiste esta duda en que leyó en el *Decreto de Graciano* la autoridad del papa Gelasio, ó al Angélico Doctor santo Tomás; y no entendió bien el sentido de estas autoridades. Porque esta venida de San Pablo se prueba con autoridad de otro Papa, que cuando ménos es San Gregorio Magno *en los Morales*, donde yo lo he leido; y en Vaseo, que lo prueba con autoridad de San Juan Crisóstomo, de San Gerónimo y de otros que tambien son alegados por Hernando del Castillo. Lo escriben tambien Teofilato, sobre la alegada Epístola de San Pablo, Vincencio historial, San Isidoro *De obitu patrum*, Don Lúcas de Tuy, Juan Gil de Zamora, y Jacobo Bergomense, referidos por Beuter. A los cuales Micer Pujades mi padre añade á San Anselmo y al Venerable Beda, sobre la ya citada Epístola de San Pablo. Y ademas de estos lo he visto y leido en el Martirologio Romano del papa Gregorio XIII, y en el Catálogo de los Santos que hizo el Obispo Equilino, y en Ambrosio de Morales, que sobre esto refiere otra infinidad de escritores eclesiásticos y seculares. Esto mismo hacen Fr. Gerónimo Roman, y Fr. Juan Pineda: y la autoridad del papa Gelasio, segun dice César Baronio en el Martirologio, no se ha de entender

Beut. p. 1. c. 23. Bergo. l. 8.

Ad Rom. 15.

Tar. c. 44.

Mor. de San Greg. l. 31. c. 37. Chrisostho. Homilia 7. Geron. Isai. c. 11. Amos. c. 5.

Ob. Ed. l. 1. cap. 10. l. 6. c. 23. Mor. l. 9. c. 11. Roma. Rep. crist. l. 15. Pin. l. 10. c. 23. §. 2. Bar. dia 22 de marzo.

de manera que pensase aquel Papa que San Pablo no viniese á España, sino que *por voluntad del Señor fué impedido, y no pudo venir cuando queria, hasta algun tiempo despues*. Y en prueba de que despues vino, cita muchos santos y escritores eclesiásticos, que lo afirman así. Sobre que novísi-
Dia. l. 1. c. 6. mamente tiene la misma opinion Fr. Francisco Diago. Para lo cual conduce lo que abajo diré, hablando de la Bula del papa Estéban, en la que resuelve que vino San Pablo á España.

2 Sentada esta resolucion, se ofrece otra dificultad, que es la averiguacion del tiempo en que vino. Pero respecto de que ninguno discrepa en que San Pablo fué preso el segundo año del Imperio de Neron, como arriba he dicho, y que estuvo preso dos años; habrémos de decir que vino á España en el cuarto del Imperio de Neron, que sería el cincuenta y nueve de Cristo, si seguimos la cuenta de los que quieren que comenzase á imperar Neron en el año cincuenta y cinco, como lo he dicho en el capítulo doce; pero si comenzó á imperar en el de cincuenta y seis, la venida de San Pablo sería en el año sesenta de Cristo. Si bien que César Baronio la pone en el de sesenta y uno.

3 Sea el uno ú el otro, que es poca la diferencia, vamos continuando la historia. Poco ántes ó poco despues que San Pablo llegase á España, contándose el diez y ocho de las calendas de enero, que es á quince de diciembre, murió en Barcelona el obispo *Deodico*, que habia sucedido á San Etio: y habia sido el cuarto obispo de Barcelona. A este le sucedió Lucio, como lo verémos abajo en este capítulo. De este Deodico hacen memoria mi padre Micer Miguel Pujades, siguiendo el referido libro del archivo de San Severo y el Episcopologio del archivo Real, y Micer Gerónimo Pau en la *Barcinona*; advirtiendo que á este obispo Deodico, el Mtro. Fr. Francisco Diago le nombra Theotico. Y no sabiendo otra cosa de él, concluyo diciendo que pues sucedió á Etio que murió en el año de cincuenta y tres como arriba dije, y él murió en el año de sesenta, resulta que duró su pontificado el tiempo de siete años á corta diferencia; y así alcanzó los principios de la predicacion de San Pablo, si vino á España el año de cincuenta y nueve ú el de sesenta. Pero si no alcanzó á San Pablo, porque no viniese hasta el año de sesenta y uno como opina Baronio, ó sesenta y cuatro como dice Vaseo, ó sesenta y siete como quiere Garibay, á lo ménos vió aquellos dichosos dias su sucesor Lucio: cuyo pontificado fué de mucha felicidad, así porque con él alcanzó la corona del martirio, y con ella la gloria (segun lo diré en el capítulo diez y seis), co-

mo por los sucesos que hubo en Cataluña de predicadores apostólicos, que le ayudaron á sembrar la doctrina evangélica, y especialmente el bienaventurado San Pablo, como en el capítulo siguiente lo verémos.

CAPÍTULO XIV.

Se trata de los discípulos que San Pablo trajo á España: de cómo predicó en Cataluña, y dejó á San Rufo por obispo en Tortosa.

1 Cuando San Pablo vino á predicar el santo Evangelio á España, trajo en su compañía muchos discípulos; y especialmente concuerdan los escritores nombrados en el precedente capítulo en que trajo á San Sergio Paulo, que habia sido procónsul en el reino de Chipre, y San Pablo le habia convertido y bautizado, pasando por aquellas islas, cuando vino á Roma. Trajo tambien á San Rufo, hijo de aquel Simon Cirenéo, de quien dice San Márcos que era padre de Alejandro Marc. c. 15. y de Rufo, y que ayudó á llevar la cruz á Cristo nuestro Redentor. Tambien trajo San Pablo en su compañía á Trofimo, Efesino, Torcuato, Colon y Endelario, y algunos otros que en diversas partes habia convertido, como parece de una Bula que el papa Estéban escribe á Frodoino obispo de Barcelona en favor de Hermemiro, reprendiendo á Frodoino, porque ocupaba algunas casas que eran de patrimonio de santa Tecla, y diócesi de Tarragona. Cuya Bula, segun dice Micer Luis Pons de Icart, está en el archivo de la iglesia Catedral Icart l. 1. c. de Tarragona, sacada de los archivos de Roma. 37.

2 Mas adelante vino á juntarse con San Pablo Crecencio, segun lo refiere el Mtro. Fr. Francisco Diago, siguiendo á Dia. l. 1. c. 6. Ado obispo de Viena. Tomando San Pablo su camino por donde el Espíritu Santo le guiaba, entró en Cataluña. Pero estamos en duda por qué parte entró. Pues segun diversos lugares del Obispo Equilino, parece vino desde las partes de Francia, Equil. l. 1. habiendo dejado á sus discípulos Crecencio en la ciudad de Vie- c. 6. na, Trofimo en Árles, y á San Sergio Paulo en Narbona. Pero no falta quien siguiendo lo que parece se saca del Bergomense, dice lo contrario. Porque Beuter, mi padre Micer Pu- Bergo. l. 8. jades y Micer Icart dicen que yéndose San Pablo de Tarragona, dejó á Sergio Paulo en Narbona: de que se infiere que esto fué cuando marchó de España, y no cuando vino.

3 El Martirologio Romano de Gregorio XIII en este particular dice estas palabras: *Narbone in Gallia, natalis sancti Pauli episcopi, Apostolorum discipuli, quem tradunt fuis-*

se Sergium Paulum proconsulem, qui à beato Apostolo baptizatus, et cum in Hispaniam pergeret, apud Narbonam relictus, ibidem episcopali dignitate donatus est. De cuyas palabras parece resulta claramente que San Pablo apóstol dejó en Narbona á San Paulo Sergio al venir, y no al irse de nuestra España.

4 En efecto, ó bien que no entrase San Pablo en Cataluña por la parte de Francia donde habia dejado á los nombrados sus discípulos, ó bien que entrase por allí ó por alguna otra parte, la comun opinion, conforme los ya citados escritores, es: que ántes de ir á Tarragona, llegó à Tortosa. Y juntamente con dichos autores, escriben Mariana y Vaseo que predicó en Tortosa, y dejó allí por obispo à San Rufo su discípulo: el cual fué el primer obispo de aquella ciudad. Esto lo advierte tambien Morales, diciendo que en Tortosa se hace solemne fiesta de aquel Santo; y que se lee así en el Breviario viejo de aquel obispado. Fr. Gerónimo Roman escribe que en la iglesia de Tortosa tienen este Santo por Patron. El cardenal César Baronio en el Martirologio, y el Obispo Equilino le hacen obispo de Tébas. Fr. Antonio Vicente Domenech dice que por tiempo sucesivo fué obispo de una y otra parte; esto es, de Tortosa y de Tébas. El Martirologio Romano pone su fiesta á veinte y uno de noviembre, y Fr. Domenech dice que Beda, Usuardo y Ado la ponen à treinta del mismo.

Mar. l. 4. c. 2. Vas. l. 1. c. 18.

Mor. l. 9. c. 11.

Bar. 21 noviembre.

Domen. 14 noviembre.

5 Era San Rufo africano de nacion, natural de una ciudad nombrada Cirene ó Corena: y en ella fueron sus padres de noble linage. Pero por causa de algunos infortunios que le sobrevinieron à su padre Simon, vino à verse pobre; y avergonzado se fué à Jerusalén, llevándose los dos hijos que tenia, nombrados Alejandro y Rufo. Cuando llevaban al calvario à Cristo nuestro Bien, venia Simon de una alquería ó aldea, y le tomaron para que le ayudase à llevar la cruz, como lo hizo. Su hijo Rufo, que estaba instruido en las virtudes morales y las practicaba, meditó mucho sobre aquel suceso de la muerte de Cristo, y sobre lo mucho que habia oído de sus maravillas, vida y milagros; y como una virtud atrae é incita al hombre á otra, se aficionó à seguir à los que predicaban las grandezas de Cristo; y entre otros al grande predicador San Pablo. Aprovechóse tanto, que en muy poco tiempo, ayudado de la divina gracia, mereció ser escogido para el ministerio de la Iglesia; como con semejantes palabras lo dice el mismo San Pablo: que es un testimonio tan calificado de la santidad de Rufo, que no necesita de otra contestacion. Pues así como San Pablo dice à los Romanos: *Salutate Rufum electum in Domino*: no falta quien interpreta estas palabras,

Ad Rom. 16.

de modo que quieran decir que saluden à Rufo, señalado en santidad. Puede creerse muy bien que fué de esta calidad; porque de tal maestro no podia ménos de salir tal discípulo. Elegido Rufo en la suerte del Señor, vivia aun su madre, como se infiere del mismo San Pablo; pues encomienda tambien à los Romanos que la saluden, diciendo: *Salutate Rufum et matrem ejus.* Y los dos debian vivir en Roma en aquel tiempo. De que se sigue que cuando San Pablo estuvo allí preso, le trataría mucho San Rufo, y allí le tomaría el amor que le incitó à traerlo consigo à España, y dejarlo por obispo en Tortosa: ciudad de Cataluña y no de Aragon, como (errando el sitio) lo dice Vaseo. Los progresos de San Rufo, y el éxito que tuvo su predicacion en Tortosa, no ha venido à mi noticia: por lo que no lo escribo. Contentémonos por ahora con lo referido, que nos evidencia los principios de nuestra religion en aquella ciudad; y pues San Pablo dejó obispo en Tortosa, habria convertido muchos gentiles al Cristianismo.

CAPÍTULO XV.

De la predicacion de San Pablo en Tarragona, y de la edificacion de un templo en honor de santa Tecla.

1 Habiendo dejado San Pablo à su discípulo Rufo en Tortosa, se pasó à la ciudad de Tarragona. Y estando en ella, como era la metrópoli de la provincia Citerior, y así concurriendo à ella gentes de toda España; es regular que el santo Apóstol se detuviese allí muchos dias, para el fin à que habia venido. Y que con el espíritu que le habia dado el Señor, continuando sus sermones, convertiría à muchos al Cristianismo, y aumentaría el número de sus discípulos. En este concepto, dicen mi padre Micer Pujades y Beuter que como entre los discípulos que San Pablo tuvo en toda su predicacion, el mas escelente fuése la vírgen y mártir santa Tecla, y esta hubiese ya muerto en el tiempo que San Pablo predicaba en Tarragona; contando el santo Apóstol y narrando à los tarraconenses la maravillosa santidad de aquella vírgen, los de aquella ciudad se movieron à tanta devocion de la Santa, que à honor suyo y gloria de Dios omnipotente edificaron una iglesia, bajo la invocacion y nombre de la dicha santa Tecla. De cuya virtud y martirio me refiero al Martirologio Romano, á las lecciones del Breviario Romano y al de Barcelona, y à Fr. Juan Pineda. Pero sobre todos léase à César Baronio, que especifica cuales cosas de la historia de santa Tecla son verdaderas, y cuales son apócrifas. Y si alguno que haya leí-

Puj. p. 2. Beut. p. 1. c. 23. y 24.

Mart. 23 setiembre. Pin. l. 10. c. 34. §. 1.

Bergo. l. 8. do à Jacobo Bergomense, quisiere poner entre las cosas apócrifas esto que digo, de que santa Tecla murió primero que S. Pablo, respecto de que el Bergomense pone el martirio de S. Pablo á veinte y nueve de junio, y el de santa Tecla à veinte y tres de setiembre del año setenta de Cristo; advierta que como ha habido tanta diversidad de cosas escritas de esta Santa, segun se puede ver en César Baronio, no es de maravillar que se reciba algun engaño en esto, y se atribuya al tiempo de la predicacion de San Pablo alguna cosa de las sucedidas à la Santa, ó hechas por sus devotos despues de la muerte de San Pablo; y particularmente esta. Porque como parece
Equil. l. 8. c. 110. del Obispo Equilino, y del Breviario de Barcelona, aunque luego de convertida santa Tecla por San Pablo en la ciudad de Iconio se comenzasen algunos de sus martirios; y librada del fuego se fuese á una casa, donde estaba San Pablo con algunos discípulos que rogaban à Dios por la fortaleza de la Santa; y poco despues fuese vuelta à prender, y librada tambien de diversos tormentos, yendo á la ciudad de Iconio cerca de Seleucia, muriese: César Baronio, con autoridad de San Juan Crisóstomo, dice que santa Tecla dió sus joyas de oro à los guardas de la cárcel, para que la dejasen ir à ver à San Pablo. Y de los mismos escritores, con autoridad del gran Doctor S. Gerónimo y del Breviario de Barcelona, consta que santa Tecla se quedó en Antioquía; pues San Pablo no la quiso llevar en su compañía, por temor de que como era hermosa y de edad de diez y ocho años, no causase algun escándalo: que allí en aquella ciudad padeció diversos tormentos; y librada que fué de ellos, yéndose desde Antioquía á Iconio, se metió dentro de un peñasco cerca de Seleucia, donde se cree que murió de edad de cerca de noventa años, como lo dice el Breviario Romano. De que resulta, que teniendo la Santa diez y ocho años cuando San Pablo la convirtió, no podia tener mas que veinte cuando el Santo predicaba en Tarragona: y por consiguiente se vé que en aquel tiempo era viva, y tambien en el año setenta de Cristo. Evidenciase de todo esto que santa Tecla no murió de los martirios que padeció en la temporada que predicaba San Pablo en Tarragona, sino muchísimo despues. Pero de esta verdad resulta una duda; y es, ¿cómo pudo ser que en vida de San Pablo se edificase templo en honor de la Santa? Si no es que digamos, para concordancia de las cosas, que predicando san Pablo la ejemplar vida que entónces estaba ya haciendo la Santa, se enardecieron tanto en su devocion los tarraconenses, que aun viviendo la erigieron altares, y construyeron templo para venerarla. Y esto lo verifica aquella Bula del papa Estéban, que relata Micer Luis

Pons de Icart, en la cual se halla escrito que san Pablo predicó en Tarragona, y fundó el templo en honor de santa Tecla. Redarguyendo (como he dicho) por esto á Frodoino, que ocupó las pertenencias de la iglesia de santa Tecla, fundada por el apóstol San Pablo, y confirmada y corroborada con su predicacion.

2 Aquesta iglesia que San Pablo, ó los tarraconenses, ó todos juntos fundaron en honor de la gloriosa Santa, dice Mícer Icart que se tiene por cierto que estuvo allí en donde hoy en Tarragona está *santa Tecla la vieja*. Pues aunque Tarragona ha sido destruída y asolada tantas veces, como en el discurso de esta historia verémos; y por esto no podría conservarse entera joya tan digna de ser guardada: debemos persuadirnos que la grande devocion de los tarraconenses los habrá inducido à mantener con frecuentes reparaciones una memoria tan preciosa, antigua y digna de perpetuarse, como reliquia de la primicia de la religion, y testimonio de su antiquísima cristiandad. Dios los prospere en premio de tanta devocion. Pues bien se conoce que es obra de Dios, y de los méritos de la Santa, y ellos bien devotos, imitadores de ella: que como tantos tormentos no la separaron del amor y caridad de Cristo; así tambien ellos han sabido resistir tantas borrascas y calamidades, sin apagárseles el ardiente fuego de su devocion.

3 Finalmente, de todo lo que hemos dicho en este capítulo se puede tener por cierto, que San Pablo despues de su predicacion y fundacion de dicha iglesia, ántes de marchar de Tarragona, nombraría para dejar en ella algun prelado. Porque fundar y construir en ella templo, dejar gente que ya se alargaban à hacer sacrificios públicos, presupone que no dejaría San Pablo aquellas ovejas sin pastor y obispo; porque la iglesia hubiera quedado viuda, y sus hijos huérfanos. Y ciertamente no era esta la costumbre de los Apóstoles: ántes bien San Pablo acostumbraba dejar alguno de sus discípulos en las ciudades por donde pasaba, como en Viena, Arles, Narbona y Tortosa. Y así debió dejar alguno en Tarragona. O hemos de decir, que si no lo dejó, sería porque ya lo habría desde el tiempo que llegó allí Santiago, como lo habia habido en Barcelona. Lo que parece se confirma con lo que escribe Ambrosio de Morales en las *Antiguedades de España*: donde dice que Tarragona siempre desde la primitiva Iglesia ha sido metrópoli muy principal. De modo que parece es de sentir que en aquellos principios tuvo ya su pontífice; pues de lo contrario, ni hubiera sido en aquel tiempo metrópoli, ni se podria decir que lo fuese desde la primitiva Iglesia. Mayormente precediendo ya la predicacion de Santiago en Léri-

Mor. c. de Tarragona.

da y Tarragona, y habiendo tambien obispo en Barcelona. Verdad es que hasta San Fructuoso yo no he sabido hallar nombre de ningun otro obispo de los que lo fueron ántes de él.

4 Concluido lo dicho, se fué el apóstol San Pablo de Tarragona (ya he dicho que algunos opinan que á la ida hizo el camino dirigiéndose hácia la parte de Francia) llevando en su compañía à su discípulo Paulo Sergio, como lo he dicho en el capítulo catorce. Y á este le dejó en el Empurdan. O despues de haberlo dejado por obispo en la ciudad de Narbona, es cierto que estuvo y predicó en tierras del Empurdan. Porque de esto hallamos memoria en un libro antiguo de pergamino manuscrito, que está en el coro de la iglesia del antiguo monasterio de San Pedro de Roda del órden de San Benito. En el cual, hablando de como llegaron á aquel lugar y monasterio aquellas santas reliquias (de que trataré abajo en el capítulo ochenta y dos del libro sesto) están escritas estas palabras: *Et descendentes ab ipso monte, invenerunt fontem valdè perspicuum, et ante ipsum montem invenerunt unam pulchriorem speluncam: et super ipsam unum parvum altare, quod beatus Paulus Narbonensis ædificaverat, episcopus: imminente super eum persecutione Narbonensium, duobus aut ter annis latitans ibidem etc.* De modò que parece poderse colegir de esto que San Pablo Narbonense estuvo en estas partes de Cataluña. Confórmase algun tanto con
Equil. l. 1. c. 60. esto, lo que dice Pedro de Natalibus obispo Equilino, hablando de Paulo Sergio Narbonense, de este modo: *Beatus Paulus eidem mandavit, ut ad partes Hispaniæ er Galliæ pergeret ad prædicandum. Quod et ipse fideliter adimplere curavit etc.* Y poco mas abajo dice: *Indeque Hispaniam circumiens prædicavit, etc.* Tambien hablando Jacobo Bergo-
Bergo. l. 8. mense del apóstol San Pablo, dice estas palabras: *Multis electis discipulis, non multò post in Hispaniam prædicandi gratiâ navigavit; et ibi Paulum discipulum ordinatum Antistitem dereliquit, etc.* Y despues de San Pablo Narbonense dice: *Paulus Narbonensis episcopus, et confessor, quem ut diximus, Paulus Apostolus ordinatum eidem urbi destinaverat Antistitem, quique cum eodem Apostolo ad Hispaniam prædicandi gratiâ perrexerat, et ibidem relictus fuerat, etc.* De la confrontacion de las historias públicas con las escrituras de los nuestros, resulta verdaderamente haber estado San Pablo Sergio Narbonense en estas nuestras partes de Cataluña. Y lo advera mas, el que en el dia en la iglesia de San Pedro de Roda, debajo del altar mayor se halla una cueva, que por tradicion continuada entre los monges de aquel monasterio se cree ser la misma, en que estuvo San Pablo Narbonense.

5 Pasando el apóstol San Pablo de Tarragona á Francia, nadie duda que iría predicando por las ciudades de Barcelona, Gerona y Empurias que le venian al paso; y que dejaría (si le llevaba en su compañía) á Paulo Sergio en alguna de las tres nombradas ciudades: ó bien que vendría desde Narbona durante aquellos dos años que estuvo en aquella cueva, donde hoy está el monasterio de San Pedro de Roda, como lo dejo escrito. Y respecto de que entónces la ciudad de Empurias era tan grande y noble poblacion (como lo hemos visto en tiempo de Marco Porcio Caton y de César, y aun se escribirá mas adelante), es muy verosímil que aquel Santo desde la cueva de su alojamiento se bajaría muchas veces á predicar el Evangelio á Empurias, que no estaba muy distante. No lo he leído espresamente en autor alguno: pero, pues el citado libro de San Pedro de Roda dice que Paulo Sergio Narbonense estuvo allí, y del Obispo Equilino y del Bergomense consta que vino á España para predicar el santo Evangelio, ¿quien dudará de su predicacion en Empurias, siendo una ciudad tan grande y tan vecina á su habitacion?

6 Lo mismo digo de la colonia Rusino, y de otras partes del Rosellon: porque escriben Pedro Antonio Beuter y mi padre Beut. l. 1.c. 23.
Micer Miguel Pujades que el apóstol San Pablo habia recomendado á Paulo Sergio que desde Narbona, predicando por aquellas comarcas, se entrase en el Rosellon. Y es muy verosímil que vendría por la comodidad del vecindado de aquellas dos ciudades, Narbona y Rusino, que solo distan seis leguas la una de la otra. Y es verosímil tambien que al irse San Pablo de Cataluña á Francia, pasando con él Paulo Sergio, predicarían los dos, ó alguno de ellos en aquellas partes. Aloménos Paulo Sergio al volverse desde Narbona á la cueva de la montaña, es muy creíble que no pasaría por la region que estaba en medio, sin sembrar en ella la simiente de la Ley evangélica. Evidenciándose de todo esto el antiquísimo principio de la cristiandad en las tierras del Empurdan y del Rosellon.

CAPÍTULO XVI.

Se trata de como el emperador Neron movió la primera persecucion contra la Iglesia, en la que murió San Lucio obispo de Barcelona; y de quien le sucedió.

1 Acabada la predicacion del apóstol San Pablo en España y Francia, como queda escrito en los precedentes capítulos, no tengo mas que decir de él; sino que despues llegó á

la ciudad de Roma, en donde ayudó con sus sermones todo lo que pudo al Príncipe de la Iglesia el apóstol San Pedro, durando aun el Imperio de Neron. El cual como por su depravada naturaleza se habia hecho cruel con los suyos; así fácilmente se hizo ministro del demonio para perseguir á los cristianos: de tal modo que en el año doce de su Imperio, que segun el uno de los dos modos de contar referidos en el capítulo doce, sería en el año sesenta y cinco de Cristo nuestro Señor, movió la primera persecucion contra la Iglesia y sus hijos los católicos, prendiendo, condenando y sentenciando á diversos tormentos, á penas de hierro y muertes: y para decirlo todo en una palabra, martirisando á todos los que profesaban la Ley evangélica, dada por Jesucristo nuestro Dios y Señor; y dando muerte en un mismo dia á los gloriosos Apóstoles, lumbreras de la Iglesia, San Pedro y San Pablo: como lo escriben San Antonino de Florencia, San Agustin, Luis Vives, Icart, Juan Bautista Egnacio; Hartman Schadel, Paulo Orosio, Ambrosio de Morales, mi padre Micer Miguel Pujades y Antonio Viladamor. Verdad es que el Padre Juan de Mariana dice que esta persecucion, que el emperador Neron movió contra la Iglesia, fué en el año once de su Imperio. Si bien que yo no lo estraño; pues hemos visto en el capítulo doce que hay diferentes pareceres sobre el año en que comenzó su Imperio. Y por eso algunos discrepan de esta cuenta de Mariana: porque Jacobo Bergomense dice que esta persecucion fué movida el año trece del Imperio de Neron; y Eusebio, Damian Goes y Felipe Garcia la ponen en el año catorce del mismo Imperio, y setenta de Cristo. De la Historia Tripartita parece que fué mucho ántes. Pero habiéndolos de concordar, recurro á lo que escribe Pedro Mejía en la *Imperial*; esto es, que esta persecucion tuvo principio el año décimo del Imperio de Neron, y duró todo este tiempo hasta el fin de su vida.

Año 65 de Cristo.

Bergo. l. 8.

Trip. p. 1. l. 2. c. 10.

Mejía en la vida de Ner.

2 Y es de advertir, que aunque decimos que esta fué la primera persecucion de la Iglesia, se ha de entender de las que movieron los Emperadores Romanos, como dice San Antonino, y se lee en la *República cristiana* de Fr. Gerónimo Roman, y en la *Silva de varia leccion* de incierto autor, y en la *Historia Imperial* de Mejía. Y es así verdad; porque persecuciones particulares ya las habia habido ántes: como la de Judea, cuando fueron perseguidos los Apóstoles, y muertos San Estéban y Santiago, segun se lee en los *Hechos de los Apóstoles*: y en Barcelona ya hemos escrito como murieron mártires los santos Victor y Etio obispos de esta ciudad. Y tambien hubo otras persecuciones particulares hechas por otros

Roman l. 1. c. 7.

Silva l. 5. c. 16.

Actor. c. 7.

Reyes, Emperadores y Señores de diversas provincias, ántes y despues de las doce persecuciones que de los Emperadores Romanos pondrémos en el discurso de nuestra Obra. Quien quisiere saber cómo persiguieron la Iglesia, lea á San Agustin en los libros de la *Ciudad de Dios.* August. lib. 18. cap. 52.

3 Estendióse esta persecucion de Neron hasta España, aunque no tanto como en otras tierras. Pero no obstante, murieron en diversas partes de España muchos santos, como (aunque de pocos) hace mencion Micer Miguel Pujades mi padre en el *Tratado de las precedencias*, refiriendo á Vincencio historial. Y lo mismo ha escrito despues el cardenal César Baronio bibliotecario apostólico, en sus *Anales*, al año sesenta y nueve de Cristo nuestro Señor. Refiriendo para prueba de esto, aquella piedra que Aldo sobre los *Comentarios de Julio César*, en la descripcion de la España Citerior, dice que se encontraba en las ruinas de Maramesa, escrita de esta manera:

NERONI. CL. CÆS. AVG. PONTIF.
MAXIM. OB. PROVIN. LATRONIB.
ET. HIS. QVI. NOVAM. GENERI. HVM.
SVPERSTITIONEM. INCVLCAR.
PVRGATAM.

4 La cual quiere decir: *Que fué dedicada aquella memoria al emperador Neron Augusto, Pontífice Máximo, porque habia purgado y limpiado la provincia de ladrones, y de aquellos que supersticiosamente* (esto es, con nueva y demasiada religion) *hacian seguir ritos y ceremonias y leyes diferentes de las pasadas, y ponian nuevos preceptos sobre los viejos en materia de religion.* Y aunque esta inscripcion no hace espresa mencion de los cristianos, habemos de entender que habla de ellos. Porque en tiempo de Neron no habia otras leyes, que las del gentil y del cristiano. Y siendo Neron gentil, claro está que la nueva religion que añadía mas religion á la pasada, ó sobrepujaba la antigua como dice la inscripcion, habia de ser la cristiana. Y con esto queda probado que su persecucion llegó á España. Que es lo que hace en este asunto á mi propósito.

5 Tambien corresponde á nuestro intento el martirio de S. Lucio obispo de Barcelona, de quien he hablado en el capítulo trece; porque siguiendo el arriba citado libro del archivo de San Severo, escriben mi padre Micer Miguel Pujades,

y los Episcopologios de los archivos Real y Capitular de esta ciudad, y despues de ellos Fr. Vicente Domenech en la vida de San Lucio, que habiendo sucedido á Deodico, y tenido el
Año 69 de Cristo. obispado hasta el año sesenta y nueve de Cristo, murió mártir el primer dia de agosto. Y si bien es verdad que no escriben la calidad del martirio que padeció, basta que muriese mártir. Y en el número de los mártires de Cataluña lo po-
Diago l. 1. c. 6. ne Micer Gerónimo Pau en su obra titulada: *La Barcinona.* Y así lo adveran tambien Fr. Francisco Diago y Fr. Vicente Domenech, diciendo que fué martirizado y murió en esta persecucion de Neron. Pues si bien esta fué la primera que movieron los Emperadores Romanos, ya Lucio vino á ser la tercera piedra preciosa del fundamento y cimiento de este edificio de la fé, y la tercera fuente que con su sangre regó el plantío de la Ley evangélica en esta ciudad por toda Cataluña.

6 A este santo mártir Lucio sucedió Fuca, que tuvo el obispado muy poco tiempo: porque murió el primero de octubre del mismo año sesenta y nueve. De modo que aunque hubiese sido electo el mismo dia de la muerte de su predecesor, solo dos meses pudo Fucá tener su pontificado. Y le sucedió Deodato, como está escrito en el citado libro del archivo de San Severo, al cual sigue mi padre Micer Miguel Pujades, y en el Episcopologio del archivo Real. Y del otro Episcopologio del archivo del Cabildo parece que al obispo Fuca le sucedió Thoca, y que murió en el mismo año sesenta y nueve. A este el canónigo Tarafa en su Episcopologio ó vidas de los Pontífices, y Micer Gerónimo Pau *en la Barcinona* le nombran Theotico, del cual dije en el capítulo trece: ó quizás le confunden con este Deodato que sucedió á Fuca; así como sucedió con Deodico, que hubo quien le nombró Theotico; que tambien lo he referido en el mismo capítulo trece. El Mtro. Fr. Francisco Diago dice que Fuca, Thoca y Theotico todo es uno. Y en este concepto ha seguido el órden que yo observé (tres años ántes que él escribiese, que era el año de mil y seiscientos) en la sala del palacio episcopal de Barcelona, poniendo á Deodico por sucesor inmediato de Fuca. Y de Deodico trataré abajo en el capítulo veinte y dos,

CAPÍTULO XVII.

Se refiere como Galba se alzó en España contra Neron, espresando los que para ello le valieron; y de un presente que le hicieron los tarraconenses.

1 Ya que hemos tratado de lo que en la provincia de la España Citerior, y particularmente en Cataluña, pasó en lo espiritual en el tiempo de Neron, razon será hacer alguna memoria de lo que aconteció en lo temporal: siguiendo á nuestro tarraconense Paulo Orosio, Estéban Forcátulo, Ambrosio de Morales, Viladamor, Francisco Tarafa, Fr. Juan Pineda, Estéban Garibay, Juan Mariana y otros que iré alegando donde corresponda. Segun lo que refieren los nombrados autores, digo que en aquel tiempo y últimos años del Imperio de Neron, estaba por procónsul, y tenia el gobierno de la España Citerior (conforme lo que he dicho en el capítulo segundo) un caballero romano nombrado Sergio Galba, que era de la noble familia Sulpicia, estimada en mucho entre los romanos, como lo escribe Suetonio Tranquilo: á cuya nobleza añadia sus méritos personales, valor, prudencia y benignidad, cuyo conjunto le hacia digno de ser, como lo era, muy respetado, amado y honrado. Y como por el contrario eran muy depravadas las costumbres de Neron, su crueldad, avaricia, lujuria, soberbia é inhumanidad; los del ejército romano, que estaban muy mal contentos y cansados de sufrirle, le negaron la obediencia, proclamando Emperador á Galba á quien el mismo Neron habia enviado á la provincia Citerior, como lo dice Plutarco. Hízose esta proclamacion el año sesenta y nueve de Cristo, segun Morales y Viladamor. Y si fué así, acaecería esta novedad ántes que muriese el obispo de Barcelona Fuca, que comenzó su pontificado en primero de agosto del mismo año sesenta y nueve, y le acabó en primero de octubre del mismo; pues segun los dos últimos escritores citados fué la eleccion de Galba al fin del verano: de donde se vé que fué en el pontificado del dicho Fuca. Bien es verdad que de Vaseo parece que sucedió á la fin del año setenta, ó en los principios del setenta y uno. En fin, fuese ántes ó despues, Galba aceptó la eleccion que en él hizo el ejército á persuasion de Julio Víndice, que estaba por pretor (segun Suetonio) en la provincia de la Galia Narbonense; como parece de Plutarco, de Morales y Pedro Mejía en la *Imperial*. Pero omitiendo ahora la averiguacion de si Galba solicitó aquella eleccion, ó si la hizo el ejército de su propio movimiento: él luego que fué electo, mandó publicar

Oros. l. 7. c. Nero hic
Forca. l. 3.
Mor. l. 9. c. 17. 18. 20.
Vilad. c. 56.
Tar. c. 54.
Pin. l. 11. c. 15.
Gar. l. 7. c. 6.
Mar. l. 4. c. 3.

Plutar. in vita Galbæ.

libertad para todos los que estaban en servidumbre; con cuya providencia recogió un buen número de gente, propia para tumultos y alborotos. Mandó además suspender el curso de todos los pléitos, considerando que entónces no podia tener Audiencia. Y comenzó á ordenar las cosas de la paz y de la guerra con mucho cuidado. Pero segun dice Plutarco, fué tanta su moderacion, que no quiso intitularse Emperador, sino solo capitan general del Senado y pueblo romano. Y esto mismo fué causa de que el Senado confirmase la eleccion que de él habia hecho el ejército, como abajo se dirá. Estimaba en mucho Galba los consejos de los españoles: y por eso les llamaba en todo, y se aconsejaba con ellos: les honraba mucho, y les daba los encargos y empleos de mayor confianza. Escogió algunos de los señores de España que en edad y sabiduría eran señalados, para consultar con ellos los negocios de gravedad é importancia, del mismo modo que se hacia en Roma con los senadores. Formó una legion toda de soldados españoles escogidos; y de esta legion escogió los mas jóvenes, y de la segunda calidad de caballeros, y formó con ellos una compañía ó cohorte, y la nombró *de los llamados ó escogidos*, dándoles el cargo de la guardia de su persona, para que asistiesen siempre en su cuarto, del mismo modo que en Roma los soldados pretorianos; y aunque le servian á pié, les dejó el anillo de oro y el caballo, por insignia de su estado militar y de su nobleza: ó por mejor decir (como á jurista), en señal de la ingenuidad y libertad de que era señal el anillo de oro, que solo los ingenuos lo usaban, ó aquellos á quien por particular privilegio se lo concedian los Emperadores: como parece en el Cuerpo del Derecho civil. Y por eso les dejó á aquellos el uso del anillo de oro, para mostrar que eran todos ingenuos; diferenciándolos de aquellos, de quienes he dicho que los sacó de servidumbre, publicándoles la libertad.

Toto titul. ff. etc. de jure annulorum aureor.

2 En esta ocasion se hallaba en España un caballero romano, que estaba por el emperador Neron en el gobierno de la Lusitania, el cual se nombraba Silvio Otho. Y luego que supo lo que pasaba en la provincia Tarraconense, se pasó á la parte de Galba. Y para manifestarle su voluntad y aficion hizo fundir todo el oro y plata que tenia, y con ello labró moneda, y la repartió entre los llamados y privados de Galba. Y viendo que Tito (ó Cayo Julio) legado de Galba era su mayor privado, no pudiendo privar mas que él, procuró serle igual en la privanza. Y se dió tal maña, que consiguió ser el mas privado y familiar despues de Julio, así con Galba, como con los príncipes, pueblo y todos aquellos con quienes trataba.

3 Con esto crecieron los bríos de Galba, y envió cartas y provisiones por toda España, para que negada la obediencia á Neron, se la dieran á él, y para que ayudasen todos como pudiesen á la comun necesidad de la república. Negáronse algunos á darle la obediencia. Y en fin, como él no entraba con justo título en el Imperio, comenzó á hacer algunas tiranías contra aquellos; y poco á poco se fué haciendo cruel, arruinábales las murallas, los sujetaba por fuerza, y los cargaba de tributos, haciendo matar familias enteras de los que resistian.

4 Algo de la avaricia de Galba alcanzó á la ciudad de Tarragona, que aunque fué materia de corta entidad, acredita no obstante cuanto se habia ya radicado en su corazon el vicio de la avaricia. Fue el caso, que los tarraconenses para demostrarle su aficion, le ofrecieron una corona de oro que tenian en un antiguo templo del dios Júpiter, y se la enviaron habiéndole dicho que pesaba quince libras: y como despues de haberla fundido, hallase que faltaban tres onzas, se las mandó pagar. Sobre lo cual escribe jocosamente Micer Icart: quien Icart c. 6. y tambien escribe que todas estas cosas de Galba pasaron hallán- 32. dose en Tarragona; por cuyo motivo las he escrito, como correspondientes á nuestro intento: pues es muy regular que el donativo referido se le haría cuando le aclamaron Emperador, y que se coronaría con aquella corona de oro ántes de hacerla fundir.

CAPÍTULO XVIII.

Del orígen de los nombres de las poblaciones de Gualba, y Gualbes: y por qué el emperador Galba tuvo este nombre.

1 Tenemos en Cataluña una poblacion nombrada *Gualba*, que está en aquella partida de tierra inmediata á la montaña nombrada de Monseny, entre levante y mediodia, cerca del camino que vá desde San Celoni á Hostalric: y hay opiniones de que el dicho pueblo tomó nombre del emperador Galba. Una de ellas es la de nuestro canónigo Tarafa, que lo es- Taraf. c. 4. cribe así en la *Historia de los Reyes de España*: y dice que así lo han querido algunos, aunque no los nombra. Pero lo vuelve á repetir en la *Descripcion de los pueblos de España*, y afirma que fué en el año setenta ó setenta y uno de Cristo, tiempo en que ya Galba era Emperador. Y bien mirado, aunque para esto no alega autor alguno, lo concepтuo muy creible, no solo por la etimología del vocablo; pues

de Galba á Gualba hay tan poca diferencia, que atendido la diversidad de naciones que posteriormente han entrado en España, y estableeídose en Cataluña, como lo verémos en el curso de esta historia, ha sido muy posible aquella poca corrupcion del vocablo: sino que coadyuva tambienmucho á esta creencia la consideracion de que presidia Galba en Tarragona, donde se coronó. Y es muy regular que desde allí saldría á visitar la provincia, y pasando por las fuentes y caceras de Mónseny, llegaría á aquellas praderías y arboledas, que aparentan una hermosa tela pintada de países. A este pasage nos salen al encuentro Suetonio Tranquilo y Antonio Sabelico, diciendo que este Emperador era de la familia Sulpicia; y que tomó el nombre de Galba, porque habiendo combatido un pueblo de España mucho tiempo sin fruto alguno, hizo unos fajos de gálbano, y con ellos le pusó fuego y le quemó, quedándole de aquí el nombre de Galba. Dioscórides dice que el gálbano es una caña (ó la goma que sale de ella) que se cria en Siria, cuya propiedad es calidísima, atractiva y disolvente: por lo que Sergio Galba se sirvió de ella para quemar aquel pueblo. Tal vez el pueblo nombrado *Galba*, sería uno de los que se resistieron á dar la obediencia á Galba, y por esto lo quemó con el gálbano: y así como á él por este suceso le quedó el nombre de Galba, porque se sirvió del gálbano; por lo mismo le quedaría al pueblo el mismo nombre, que despues algo corrompido se llama *Gualba*. Siendo muy regular que aquel incendio diese nombre al agente y al paciente.

Suet. in vita Galbæ. Sabelico Ac-cid. 7. l. 2.

Diosc. l. 3. c. 91.

2 Pero tenémos tambien en Cataluña en el obispado de Gerona, cerca de la villa de Bañoles, otro pueblo que se llama *Gualbes*. Y no tengo mayor fundamento para atribuir á este ó al otro pueblo el suceso de la quema con el gálbano; aunque me parece que si como dice Tarafa el de *Gualba* tomó el nombre del dicho Emperador, no será tampoco imposible el que por uno ó otro motivo á nosotros oculto, tomase tambien el nombre del mismo Galba el pueblo de *Gualbes*.

3 Solo debo advertir dos cosas: una, que pues *Galba* tomó el nombre del gálbano, no sería de la descendencia de aquel Galba español, de quien he hecho memoria en el libro tercero, capítulo quince. La otra advertencia es, que estos pueblos no pudieron tomar el nombre del dicho español; porque solo tuvo mando y residencia en el estremo de Cataluña, que es en la ribera del rio Ebro.

CAPÍTULO XIX.

Se refieren los peligros en que se vió el emperador Galba en España: la muerte de Neron, y confirmacion hecha por el Senado de Roma á favor de Galba: quien despues murió á manos de su privado Silvio Othon.

1 Volviendo á la historia de Neron y Galba: luego que Neron supo lo que Galba hacia en España, le confiscó todos los bienes que tenia en Roma, y los hizo vender allí mismo en pública subasta. Lo mismo hizo Galba en España con los bienes que sabia que eran de Neron: como acordes lo escriben los mismos autores alegados en el capítulo trece. Y como en las cosas de este mundo no hay nunca una maciza, sólida y asentada estabilidad, ántes bien todas tienen continuas mudanzas: así tambien la fortuna de Galba tuvo algunos reveses y adversidades en España. Fué la primera, que hallándose un dia cerca de su Real una grande escuadra de soldados, arrepentidos de haberse rebelado contra Neron, quisieron volverse á él y dejar á Galba; y fué con tanta obstinacion que le costó mucho trabajo el contenerlos. Poco despues le sucedió que un liberto de Neron habia concertado con unos esclavos de Galba que le matasen; pero fueron descubiertos. Luego le vino la noticia de que Julio Víndice, su fiel amigo, habia sido vencido en Francia, y que por último él mismo se habia quitado la vida con sus propias manos.

2 Esta frecuencia de azares le desalentaron de modo, que faltó poco que no se matase él mismo. Pero al fin, como el temor es propio del tirano, se retiró á lo último de España en Clunia, cerca de la Coruña. Y al cabo de poco, que era á los últimos del año sesenta y nueve de Cristo, segun la una cuenta, ó segun la de Eusebio, Garibay y Mejía el año de setenta, tuvo la noticia de como el Senado y pueblo romano se habian alzado contra Neron: y que él mismo se habia dado la muerte á los cuarenta y dos años, siete meses y ocho dias de su Imperio; aunque Juan Bautista Egnacio y Mejía dicen que reinó solo catorce años, á los que añade el Bergomense ocho dias. Pero la Historia Tripartita no le dá mas que catorce años de reinado.

Gar. l. 7. c. 7. Mejía en la vida de Gal. Egna. l. 1. Bergo. l. 8. Trip. p. 1. l. 3. c. 1.

3 En el mismo tiempo tubo Galba el aviso de que el Senado y pueblo Romano habian confirmado la eleccion que el ejército habia hecho de su persona para el Imperio. Y luego al punto se nombró Augusto, cobró ánimo, y volvió á salir en público, como legítimo Emperador y señor del mundo.

A o 70 de Cristo. 4 Despues determinó pasar á Italia. Dejó el gobierno de España á Elvinio Rufo, y se llevó con él aquella cohorte ó compañía de soldados españoles, que tenia para guarda de su persona; y se fué á Roma, bien ageno de que allí le esperaba la muerte. Pues á los siete meses de su Imperio, contándose el mismo año setenta de Cristo, le mató Silvio Othon su amigo, segun lo dicen Juan Bautista Egnacio, Paulo Orosio, Francisco Tarafa, Jacobo Bergomense y Sexto Aurelio Victor. Pero Eusebio pone esta muerte en el año setenta y uno. Y hay tambien varias opiniones sobre quien le mató, y como murió: sobre lo que me refiero á Eusebio, Mejía, Suetonio, Plutarco y á Estéban Forcátulo. Tambien hay variedad en si fué ó no fué Emperador: unos le escriben poseedor de buena fé, otros dicen que fué tirano. Pero lo mas cierto es que fué legítimo Emperador, respecto de que el Senado le aprobó, confirmó y reconoció por tal. No me quiero meter en esta disputa, en concepto de que para mi intento basta haber escrito lo que del tiempo de su dominacion tocaba á nuestra Cataluña. Murió Galba sin hijos; y porque no los tenia se habia adoptado á Lucio Pison Liciniano: quien tambien murió á manos de Othon en el mismo dia que Galba.

Egn. lib. 1. Oros. l. 7. c. Nero hic. Tar. c. 64. Bergo. l. 8. Plut. in vita Galbæ. Forcat. l. 1.

CAPÍTULO XX.

Se refiere la muerte de Othon: sucesion de Aulo Vitelio: las guerras que entre él y Vespasiano pasaron en España: y cómo los tarraconenses y ilergetes fundaron la ciudad de Fraga.

1 Los escritores Paulo Orosio, Plutarco, Tarafa, Forcátulo, Juan Bautista Egnacio, Jacobo Bergomense, Fr. Juan Pineda, Estéban Garibay, Juan Mariana, Pedro Mejía, Morales y Viladamor, escriben que á Galba le sucedió su homicida Silvio Othon, quien habiéndole seguido en España con tanta aficion como he dicho en el capítulo diez y siete, despues acabó con él, como la yedra con el árbol donde se arrima. Pero no tuvo el Imperio sino es tres meses y algunos dias mas. Porque dice Suetonio, en la narracion de su vida, que imperó solo noventa y cinco dias, á cuyo autor sigue Estéban Forcátulo. Pero Sexto Aurelio Victor le dá cuatro meses cumplidos de Imperio.

2 No tengo mas que escribir de Silvio Othon, correspondiente á mi intento; sino es que por muerte de Galba tuvo el Imperio Romano (aunque no pacíficamente) y por con-

Oros. l. 7. c. Nero hic. Plut. in vita Galbæ, et Othon. Taraf. c. 46. Egna. l. 1. Bergo. l. 8. Pin. l. 11. c. 16. Gar. l. 7. c. 8. Mar. l. 4. c. 3. Mejía en las vidas de Ga. y Othon. Mor. l. 9. c. 20. 21. Vilad. c. 53.

siguiente el de España, con el señorío de Cataluña, en el tiempo que imperó.

3 Y por su muerte le sucedió Aulo Vitelio, que se habia alzado contra él, con el favor de España y Francia.

4 Entretanto que en las partes occidentales del Imperio pasaban estas cosas, hubo tambien alteraciones en las partes de Oriente. Pues como en aquella sazon se hallaba Vespasiano haciendo la guerra en nombre de Neron en la region de Judéa, que se le habia rebelado: luego que supo la muerte de Neron, y las revoluciones de Occidente, como era hombre de altos pensamientos, aspiró al Imperio; y lo logró con el favor de algunos capitanes generales del ejército de Egipto y de Siria. Y luego se pasó al Occidente, dejando en Judéa á su hijo Tito. Llegó Vespasiano á Italia, en el tiempo que Aulo Vitelio se tenia por Emperador. Pero luego empezaron á mudarse las cosas de Occidente; porque muchas provincias reconocieron á Vespasiano por Emperador, y le dieron la obediencia. Bien que como otras se quedaron quietas en servicio de Vitelio, se vió la España dividida en parcialidades; y hubo grandes guerras, que con particularidad las refiere Ambrosio de Morales. Mór. l. 9. c. 22. 23.

5 De cuyo escritor se infiere que las tierras de la Lacetania en Cataluña sufrieron alguna parte de aquellas guerras. Porque refiriendo á Plinio el mismo Morales, dice que habiendo guerra en aquellos tiempos en la Lacetania, una muger de nacion romana que tenia un hijo sirviendo de soldado en España, habiendo salido un dia de Roma á pasearse por el campo, vió una planta de escaramujo (que es especie de rosa ó lirio silvestre), y porque le agradó la flor de aquella planta, la cogió; y soñó aquella noche que si la enviaba á su hijo que se hallaba enfermo de una mordedura de un perro rabioso, bebiendo el zumo de ella curaría: que lo hizo así mismo como lo soñó, y curó su hijo. Y si como refiere Ambrosio de Morales, hubiese dicho Plinio que esto sucedió en la Lacetania, camino llevaba para decir que esta nuestra tierra habia alcanzado parte de aquellas guerras que Vespasiano tuvo en España. Pero yo he mirado el mismo lugar de Plinio que alega Morales para confirmacion de su dicho, y no he hallado que el caso sucediese con soldado que estuviese en la Lacetania, sino en Lusitania. Podria ser error de la una ó de la otra impresion. Nuestro Viladamor dice que sucedió en la Acetania, que tambien era en Cataluña. Si pasó en la Lacetania ó Acetania, irá por escrito. Si fué en Lusitania, no nos lo habrémos apropiado: pues lo dejamos advertido con salvedad.

6 Pero lo cierto es, que la ciudad de Tarragona debia tener mucho afecto al emperador Vespasiano; pues en ella le pusieron estátua pública: en cuya peana tenia (segun refiere Pedro Miguel Carbonell) una inscripcion que decia de esta manera:

Carbonell in Memorabil. manuscrip.

IMP. CÆSAR. VESPASIANUS.

Como quien dice que aquella estatua figuraba al emperador Vespasiano.

7 Los pueblos ilergetes tambien debian ser de la parte de Vespasiano. Porque como en aquellos tiempos algunos de sus habitantes, que no cabian en ellos, se fueron por aquellas comarcas fundando otras nuevas poblaciones; á una de ellas pusieron por nombre *Gallica Flavia*, á contemplacion y honor del emperador Vespasiano: quien por renombre se hacia nombrar *Gallico Flavio*, como lo traen los citados autores. Y pues se honraban con su nombre, sin duda que le tenian mucho amor y voluntad.

Año 72 de Cristo.

8 El pueblo de *Gallica Flavia* que aquellos ilergetes fundaron, tuvo su asiento en la ribera de la parte de acá del rio Cinca: y así será en la antigua porcion, y dentro los límites de Cataluña. Tuvo su principio corriendo el año del Señor setenta y dos; en cuyo tiempo, segun la cuenta de algunos que presto diré, debian pasar estos hechos de armas entre Vitelio y Vespasiano. Esta poblacion de *Flavia* despues en el tiempo sucesivo, con bastante corrupcion del vocablo, se ha venido á nombrar *Fraga*. Y este es su principio, segun lo escribe nuestro canónigo Tarafa en la manuscrita *Descripcion de los pueblos de España*.

9 Pero volviendo á la division y guerras de España, por las parcialidades de Vitelio y Vespasiano; yo me persuado que durarían poco, respecto de que (como ya he dicho) tambien fué muy poco el tiempo que Vitelio se mantuvo con el Imperio; porque murió dentro de cuatro meses, en el setiembre del año setenta ó setenta y uno, conforme á lo que he dicho al fin del capítulo precedente. Si bien que de la cuenta que Eusebio trae de *Galba*, *Othon y Vitelio*, parece que Vitelio habria llegado al año setenta y dos. Y así resulta tambien de Mejía, donde dice que Othon murió el año setenta y dos. De manera que siendo Vitelio su sucesor, por fuerza habria de ha-

ber reinado en aquel año; y en el mismo sucederían las guerras en España entre los suyos y los de Vespasiano. Pero como no hace á mi intento averiguar esto, voy á continuar la historia en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXI.

De la destruccion de Jerusalén, acaecida en tiempo del emperador Vespasiano; y como algunos de los judíos que fueron desterrados, llegaron á Barcelona.

1 Llega el caso de tratar del emperador Vespasiano, y aun no sé si habré salido de la duda, sobre darle legítimo antecesor. Porque Suetonio Tranquilo, Sexto Aurelio Victor, Pedro Mejía, Ambrosio de Morales, y otros de los citados en el precedente capítulo, ponen á Galba, Othon y Vitelio por Emperadores, y siguiendo esta opinion los he puesto yo como señores de Cataluña. Pero Paulo Orosio, San Antonino de Florencia y Juan Bautista Egnacio los escriben como á tiranos y no como á legítimos Emperadores. Y creo que Eusebio y Juan Mariana entendieron lo mismo. Porque habiendo puesto á Neron por sesto Emperador, ponen á Vespasiano por séptimo. Y lo mismo hallamos en la Historia Tripartita, y en Antonio Beuter. Pero ora sucediese Vespasiano á Neron, ora á cualquiera de los otros tres aquí nombrados; él comenzó á imperar en el año setenta y uno ó en el de setenta y dos segun la diversidad de cuentas puesta en los dos precedentes capítulos.

Año 73 de Cristo.

S. Ant. tit. 6. cap. 23. §. 1. 2. tit. 7. cap. 1.

Trip. p. 1. l. 1. c. 1.

Beut. p. 1. c. 24.

2 Brevemente, lo que de su tiempo se puede decir es, el suceso de la destruccion de Jerusalén, hecha por su hijo Tito, quien (como he dicho en el precedente capítulo) habia quedado en Judéa cuando Vespasiano se vino. Hablan largamente de aquella destruccion el judío Josefo y Paulo Orosio. Y dice Eusebio que fué en el año setenta y tres de Cristo, segundo del Imperio de Vespasiano, concordando en esto con Josefo, y con ellos el Bergomense y la Historia Tripartita. Verdad es que Garibay dice haber sucedido en el año setenta y cinco; pero no me quiero detener en esta averiguacion.

Josefo l. 6. c. 7. y l. 7. c. 18 de bello Judaico.

Berg. l. 8.

Trip. l. 3. c. 1. 2. p. 1.

3 Seguida la destruccion de Jerusalén y de toda la Judéa, escriben los mismos autores ya referidos, y con ellos Beuter y Mariana, que como muchas ciudades de aquella tierra fueron asoladas, y los judíos sus naturales desterrados á diversas partes del mundo, vinieron muchísimos á España, donde ya habia otros de su nacion, que habian venido de resultas de las anteriores destrucciones de Jerusalén. Bien que yo no me acuerdo haber leído otra anterior venida de esta pérfida nacion á España, y pen-

saba que fuese esta la primera. Pero si no lo es, lo será para sacar de ella lo que toca á nuestra historia. Y es que Jafael Judío, que escribe la destruccion de Jerusalén, segun que en mucha parte la vió él mismo, y lo que otros fidedignos le relataron dice que habida por Tito aquella victoria, queriendo volverse á Roma, hizo aparejar tres naves, y en cada una de ellas mandó poner sesenta personas, entre hombres, mugeres, muchachos y muchachas, sin ningun marinero que las pudiese regir ni gobernar, ni otro hombre alguno que entendiese de navegacion: y las hizo echar al mar alzadas las velas, y dejadas al arbitrio de la inconstante fortuna. Tal vez siendo esto efecto de la Justicia Divina, para castigo de igual crueldad que ellos habian usado con los discípulos de Jesucristo santa María Magdalena, Marta y Marcela criada suya, Lázaro y Máximo, y Celedonio el ciego á quien Cristo habia curado con el barro. A los cuales, como dicen San Antonino y el Obispo Equilino, en el tiempo de la cruel persecucion en que murió el glorioso San Estéban, los pusieron en una nave, dejándola correr por el mar, al rigor de los furiosos vientos, sin velas, timon, ni provisiones. Son juicios de la Omnipotencia Divina, que si por su infinita clemencia suspende y retarda, no falta en la ejecucion de su justicia por los mismos medios que los hombres le ofenden. Y así queriendo castigar á los pérfidos é inhumanos judíos; y que la memoria de su sacratísima muerte y pasion, triunfo de su gloriosa resurreccion, la perfidia de los judíos y el castigo que les habia dado, se entendiese por todo el mundo: permitió que fuesen tratados como ellos habian tratado á sus amados discípulos; y guió las naves con los que en ella entraron, hasta estos nuestros mares: quedando la una en Narbona, la otra en Barcelona y la tercera pasó hasta Inglaterra.

Japhael prope fin.

4 De lo dicho resulta que á Barcelona le cupo parte de la venida de los judíos á España que fueron desterrados de Jerusalén ú otras partes de Judéa en la ocasion arriba referida. Y así en la segunda Parte (y otras Dios mediante) de esta Obra, con frecuencia verémos como poblaron en esta ciudad, y los debates que tuvieron con los cristianos, y otras cosas placenteras de saber. Y dice Jafael que todos aquellos hombres que fueron puestos en aquellas tres naves y sus descendientes, tuvieron purgacion natural, arreglada en sus tiempos cada mes como las mugeres. Bien pudiera yo particularizar sobre esto alguna cosa; si no fuera porque nuestra santa religion no permite echar en cara á los conversos ni á sus descendientes el estado pasado. Doy por ahora fin á este capítulo. Porque trás de este calamitoso contagio, me llaman cosas muy gloriosas y dignas de ser sabidas.

CAPÍTULO XXII.

Se refieren los sucesos del tiempo de Vespasiano: la muerte de Deodato: venida de Licinio Larcio, y de Plinio. Introduccion de los árboles abetos. *Privilegios concedidos á España.*

1 Durando aun el Imperio de Vespasiano, cuando llegó la plaga judáica á la ciudad de Barcelona, vivia en ella el obispo *Deodato* primero, que como en el capítulo diez y seis dije habia sucedido á *Fuca*. Tuvo mucho trabajo este prelado, para guardar que no se pegase la sarna de la peste judáica á aquellas pocas, limpias y sanas ovejas que tenia en su obispado. Y así ejercitando su oficio pastoral en estos y otros santos empleos, murió el año setenta y ocho de Cristo nuestro Señor, á diez y nueve de las calendas de enero, que corresponde á catorce de diciembre, segun los tres Episcopologios que de los alegados archivos y de mi padre Micer Miguel Pujades tengo citados. Y modernamente Diago, en su *Historia de los Condes de Barcelona*, es del mismo sentir.

Año 78 de Cristo.

Puj. p. 2. Diago l.c.6.

2 El gobierno de lo temporal en aquel tiempo estaba á cargo de Licinio Larcio con título de procónsul ó pretor en la España Tarraconense, como se puede ver en Morales.

3 Tambien vino Plinio por quëstor de España en aquellos tiempos, y compuso aquí su *natural Historia*, segun lo dicen Morales y Mariana. Y aunque en la breve relacion de su vida, que está en el principio de sus obras, se dice que fué procurador en España, es todo una misma cosa; porque el quëstor se llamó á veces procurador de César, otras veces *racional*: como parece de lo que escribe nuestro Micer Antonio Ros en los *Memorables*. Pero en el dia son diferentes estos oficios en Cataluña, como parece de lo que escribe Micer Antonio Oliva. Y esto basta por ahora.

Ros l. 3. c. 12. n. 31.

Oliva c.4. y 8 n. 53.

4 En aquel mismo tiempo fueron traidos á España los árboles *abetos* de que ahora abundan mucho nuestras montañas Pirinéas, y sirven de grande utilidad al Estado para la construccion de navíos, y de galeras que continuamente se fabrican en las Atarazanas de esta ciudad de Barcelona, cuyo arsenal es de los célebres de Europa. Trajo estos árboles á España un caballero romano llamado Flavio Pompeyo, que habia estado aquí mucho tiempo con Aulo Vitelio, segun lo escribe Plinio en su *natural Historia*, y le siguen Ambrosio de Morales y Viladamor.

Plin. l. 15. c. 22.

5 Escriben los mas de los escritores citados en el capítulo

veinte, y con ellos Juan Vaseo, que Vespasiano concedió á los pueblos de España el goze de la inmunidad, gracias, privilegios y honores que gozaban los pueblos *latinos* en Italia, y en Roma los poblados en ella. Y dicen que hizo esto, porque como la República romana estaba tan alterada, quiso ganar la voluntad á los españoles con aquellas gracias.

6 Debe empero advertirse, que aunque los dichos escritores espresan esto con palabras generales, comprendiendo á toda España, y significando que fueron concedidos estos privilegios á todos los que la poblaban: yo dudo que se pueda decir así tan indefinida y universalmente. Bien se halla en el cuerpo del Derecho Civil, en el libro del Digesto nuevo, título de *Censibus*, que muchos pueblos de una y otra provincia de España obtuvieron alguno ó algunos de estos privilegios y exenciones (como abajo en otro lugar lo verémos) puestos bajo cierto órden, que se esplicará cuando tratarémos del emperador Hadriano: pero que todos los pueblos de España fuesen de un modo ú de otro privilegiados, no lo creo. Antes bien Plinio, que como dicen ellos en aquel tiempo estaba en España, y despues escribió en ella su libro de *natural Historia*, dice (conforme abajo verémos) que ciertos pueblos que nombra, unos eran colonias, otros municipales, algunos *latinos*, y muchos confederados. Y así, pues los reduce á número cierto y especificado, se sigue de esto que no toda España gozaba de aquellos privilegios, sino que en toda ella habia pueblos privilegiados. Y allí se verá cuales lo eran en Cataluña. Por lo que debemos decir que á algunos de aquellos pueblos, y no á todos (pues hallamos algunos que ya ántes eran privilegiados) fueron concedidos por Vespasiano estos privilegios, de que aquí vamos hablando: y que aquellos pueblos obtuvieron sus privilegios en aquel tiempo; y en el tiempo de Hadriano fueron puestos en el órden que allí dirémos.

7 Últimamente, segun dicen Paulo Orosio, San Antonino y Ambrosio de Morales, murió el emperador Vespasiano, á los nueve años de su Imperio; aunque Eusebio y Tarafa añaden once meses y veinte y dos dias. Y así algunos, como la Historia Tripartita y otros, dicen que reinó doce años. De esto y de la diversidad que hubo en el primer año de su Imperio, se sigue estar indiferente el año en que murió: porque segun la cuenta de los nueve, si comenzó en el de setenta y uno acabó en ochenta, y dándole diez años de reinado acabaría en ochenta y uno, como quieren Estéban Garibay y Pedro Mejía; ó en el año ochenta y dos como dice largamente el P. Mariana: que sería seguir los que quieren que comenzase su Imperio en el año de setenta y dos.

CAPÍTULO XXIII.

Se refiere como Tito sucedió en el Imperio á su padre Vespasiano, y le puso estátua en Tarragona. Y á Tito se la pusieron tambien en Tarragona los de la ciudad de Cascante.

1 Al emperador Vespasiano le sucedió en el Imperio y señorío de la España Ulterior y Tarraconense su hijo Tito, conforme lo escriben Paulo Orosio, Suetonio Tranquilo, Juan Bautista Egnacio, la Historia eclesiástica Tripartita, Estéban Garibay, el glorioso San Antonino de Florencia, Ambrosio de Morales, Antonio Viladamor y Pedro Antonio Beuter. Pero no le duró á Tito mas que dos años el Imperio, segun Orosio, Eusebio y la Tripartita, Morales y Beuter: y dos meses y veinte dias, que le añaden Juan Sedeño, Mariana, Tarafa, Sexto Aurelio Victor, Jacobo Bergomense, Pedro Mejía y Suetonio. Así que, á la cuenta del precedente capítulo, sería su muerte en el año ochenta y uno de Cristo, ó en el de ochenta y dos, y lo mas largo en el de ochenta y tres como lo quiere Mejía.

2 Y entre tantos como tengo referidos, ninguno escribe cosa que al intento de nuestra obra pertenezca. Por lo que hubiéramos pasado el tiempo de este Emperador sin decir cosa alguna de nuestra Cataluña, si yo me hubiera mirado con indiferencia un epigrama, de que hablan Apiano y Amancio en sus inscripciones, y nuestro Miguel Carbonell en sus *Memorables* manuscritos, diciendo que se hallaba en la antigua ciudad de Tarragona, y que decia del modo siguiente:

Oros. l. 7. c. Nero hic. Suet. in vita Titi. Egn. l. 1. Trip. l. 1. c. 5. Gar. l. 3. c. 11. S. Antoni. tit. 7. c. 1. § 5. Mor. l. 9. c. 24 y 25. Vilad. c. 57. Beut. p. 1. c. 24. Sed. tit. 18. c. 5. Mar. l. 4. c. 4. Taraf. c. 48. Bergo. l. 8. Mej. Imp.

IMP. TITUS. CÆS. VESPASIA. AUG.

P. M. TR. POTEST. COS. VIII. P. P.

Quiere decir: *El emperador* Tito *César, á Vespasiano Augusto, Pontífice Máximo, de la tribunicia potestad, ocho veces cónsul, padre de la patria.*

3 De esta inscripcion se colige que Tito puso aquella estátua á honor de Vespasiano su padre. Y de esto parece podríamos inferir que Tito hubiese estado en Tarragona algun tiempo miéntras fué Emperador. Pues no siendo así, no se puede congeturar por qué ocasión en su nombre se pondría aquella memoria en Tarragona, estando él ausente.

4 Y como Dios nuestro Señor puso premio á los que observasen su santo mandamiento de honrar á sus padres; como tan buen Señor, que segun los teólogos hasta á los impios é

S. Agust. l. 1. c. 36. l. 5... 12. de Civit.

infieles remunera (á lo ménos en esta vida mortal), quizás para animar á los cristianos á la observancia de este precepto, quiso que fuese honrado Tito con la misma especie de honor que habia dado á su padre, y en el mismo parage en que le habia venerado. Pues los ciudadanos municipales de Cascante le pusieron en la ciudad de Tarragona una estátua, cuya peana tenia una inscripcion, que dice Pedro Miguel Carbonell, en los *Memorables*, que decia de esta manera:

TIT. CÆSAR. DIVI.
AUG. F. AUGUSTUS.
MUNICIP.
CASCANTUM.

Quiere decir: *Que la ciudad municipal de Cascante puso aquella estátua, figura del emperador* Tito *César Augusto, hijo del Divo Augusto Vespasiano.*

5 No paraba en estas demostraciones la adulacion que los pueblos súbditos hacian á los señores temporales en aquel tiempo de la gentilidad, particularmente los españoles de la provincia Citerior, pues á Tito para demostrarle que le tenian por dios, y que veneraban su deidad, le mantenian un sacerdote para el culto y sacrificios que ofrecian en sus aras: el cual se nombraba *Cayo Egnatulo Séneca*, conforme se prueba de una inscripcion que se halla en la torre grande de Tarragona, que dice del modo siguiente:

C. EGNATVLÆ.
C. FIL. CAL.
SENECÆ. TARR.
AED. Q. II. VIR. FLAM.
DIVI. TITI. EQVO. PVB.
DONATO. PRÆF.
COH. IIII. T. HRAC. EQ.
FLAMINI. P. H. C.
EGNATVLEI.
PATRONO. INDVL-
GENTISSIMO.

Quiere decir: *Que ciertos esclavos de Cayo Egnatulo Séneca, hijo de Cayo, dedicaron aquella estátua á su amo y señor, que usaba con ellos muchas misericordias, y les perdonaba grandes faltas: quien era natural de Tarragona, Edil, uno de los dos del gobierno quinquenal, sacerdote del emperador Tito, el cual* (conforme semejante esplicacion que hice en el capítulo treinta y seis del libro tercero, y lo que diré en el capítulo treinta y ocho de este libro cuarto) *habia sido armado caballero, y era prefecto ó capitan de cuatro cohortes ó compañías; y sacerdote de la provincia de España Citerior.*

6 Con esto acabo todo lo que del tiempo del emperador *Tito* he podido hallar perteneciente al propósito de la Crónica de Cataluña.

FIN DEL TOMO II.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO II.

LIBRO TERCERO.

LIBRO CUARTO.

